# CUADERNOS
# HISPANOAMERICANOS




MADRID
JULIO - AGOSTO 1963
163-164

CUADERNOS
HISPANO-
AMERICANOS

LA REVISTA

que integra

al MUNDO

HISPANICO

en la

cultura de

NUESTRO

TIEMPO

# CUADERNOS
# HISPANOAMERICANOS

*Revista mensual de Cultura Hispánica*

Depósito legal: M 3875/1958



163-164

DIRECCION, ADMINISTRACION
Y SECRETARIA

Avda. de los Reyes Católicos
Instituto de Cultura Hispánica
Teléfono 244 06 00
M A D R I D

# INDICE

## Arte y pensamiento

Páginas



## Primer Congreso de Instituciones Hispánicas



## Brújula de actualidad

*Sección de Notas:*



*Sección Bibliográfica:*

Páginas



Ilustraciones de la pintora Aguirre.

## RELACION DE CORRESPONSALES DEL EXTRANJERO

Eisa Argentina, S. A. Araoz, 864. *Buenos Aires* (Argentina).—Gisbert & Cía. Librería La Universitaria. Casilla, 195. *La Paz* (Bolivia).—Don Fernando Chinaglia. Rúa Teodoro Da Silva, 907. *Río de Janeiro, Grajaú* (Brasil).—Unión Comercial del Caribe. Carrera 43, núm. 36-30. *Barranquilla* (Colombia).—Librería Hispania. Carrera 7.ª, núm. 19-49. *Bogotá* (Colombia).—D. Carlos Climent. Unión Distribuidora de Ediciones. Calle 14, núm. 3-33. *Cali* (Colombia).—Don Pedro J. Duarte. Selecciones. Maracaibo, núm. 47-52. *Medellín* (Colombia).—Librería López. Avda. Central. *San José* (Costa Rica).—Don Oscar A. Madiedo. Presidente Zayas, 407. *La Habana* (Cuba).—Distribuidora General de Publicaciones. Galería Imperio, 255. *Santiago de Chile* (Chile).—Instituto Americano del Libro. Escofet Hnos. Arzobispo Nouel, 86. *Santo Domingo* (República Dominicana).—Selecciones. Agencia Publicaciones. Aguirre, 717, entre Boyacá y Francisco García Avilés. *Guayaquil* (Ecuador).—Selecciones. Agencia Publicaciones. Venezuela, 589, y Sucre esq. *Quito* (Ecuador).—Roig Spanish Books. 576. Sixth Avenue. *New York* 11, N. Y. (USA).—Librería Cultural Salvadoreña, S. A. Edificio Veiga. 2.ª Avenida Sur y 6.ª Calle Oriente (frente al Banco Hipotecario). *San Salvador* (El Salvador).—Don Manuel Peláez, P. O. Box, 2224. *Manila* (Filipinas).—Librería Internacional Ortodoxa. 7.ª Avenida, 12. D. *Guatemala* (Guatemala).—Don Leopoldo de León Ovalle. 4.ª Calle (Calvario), frente a Telecomunicaciones. *Quezaltenango* (Guatemala). Establecimiento Comercial de don Jesús M. Castañeda. *La Ceiba* (Honduras).—PP. Paulinos. Casa Cural. Apartado número 2. *San Pedro de Sula* (Honduras).—Librería La Idea. Apartado Postal 227. *Tegucigalpa* (Honduras).—Librería Font. Apartado 166. *Guadalajara* (México).—Eisa Mexicana, S. A. Justo Sierra, 52. *México, D. F.* (México).—Don Ramiro Ramírez V. Agencia de Publicaciones, *Managua* (Nicaragua).—Don Agustín Tijerino. *Chinandega* (Nicaragua).—Don José Menéndez. Agencia Internacional de Publicaciones. Plaza de Arango, 3. *Panamá* (República de Panamá).—Don Carlos Henning. Librería Universal. 14 de Mayo, 209. *Asunción* (Paraguay).—Don José Muñoz R. Jirón. Ayacucho, 154. *Lima* (Perú).—Don Matías Photo Shop. 200 Fortaleza Sh. P. O Box, 1.463. *San Juan* (Puerto Rico).—Eisa Uruguaya, S. A. Obligado, 1.314. *Montevideo* (Uruguay).—Distribuidora Continental. Ferrenquín a la Cruz, 175. *Caracas* (Venezuela).—Distribuidora Continental. *Maracaibo* (Venezuela).—Conwa Grossovertrieb GMBH. Danziger Strasse 35a. *Hamburg* 1 (Alemania).—W. E. Saarbach. Ausland-Zeitungshandel. Gercontrasse, 25 - 29. *Koln* 1, *Postfach* (Alemania).—Agence et Messageries de la Presse. Rue de Persil, 14 a 22. *Bruselas* (Bélgica). Librairie des Editions Espagnoles. 72, rue de Seine. *París* (Francia).—Librairie Mollat, 15 rue Vital Charles. *Burdeos* (Francia).—Agencia Internacional de Livraria e Publicaçoes. Rua San Nicolau, 119. *Lisboa* (Portugal).—Stanley, Newsagent Confectioner. 14 Leinster Street (S T H.) *Dublín* (Irlanda)

## ADMINISTRACION EN ESPAÑA

Avda. Reyes Católicos (Ciudad Universitaria)

Teléfono 244 0600

MADRID

| | Pesetas |
|---|---|
| Precio del ejemplar... ... ... ... ... ... ... ... | 25 |
| Precio del número doble... ... ... ... ... ... | 50 |
| Suscripción anual... ... ... ... ... ... ... ... ... | 240 |

IMPRENTA NACIONAL DEL BOLETIN OFICIAL DEL ESTADO. TRAFALGAR, 29. MADRID-10



ARTE Y PENSAMIENTO

# HISPANIDAD EN EL ESCORIAL

Texto del discurso pronunciado, el día 12 de junio de 1963, por el excelentísimo señor Ministro de Asuntos Exteriores, don Fernando María Castiella, en el acto de clausura del Congreso de Instituciones Hispánicas, celebrado en el Monasterio de El Escorial.

*Estamos en este Monasterio de El Escorial, que acaba de cumplir cuatro siglos y cuyo fundador quiso que fuera, mucho más que un gigantesco exvoto por la victoria lograda, un mausoleo real sin precedentes desde la pirámide de Keops, un excepcional relicario de la religión y del arte o una academia y una biblioteca animadas por el más claro espíritu renacentista, pues la creación escurialense es antes que nada voluntad de síntesis y expresión de una época.*

## El Escorial, expresión de una época

*El Escorial es, en efecto, como ha afirmado una voz autorizada en el mundo del arte, la materialización de un anhelo típicamente renacentista. Felipe II, que en el plano político no pudo ver cumplidos sus propósitos de conciliación entre las dos mentalidades —medieval y moderna— a que podríamos reducir, no sin violencia, las múltiples y contradictorias corrientes de la época, logró, en cambio, en el orden estético, una síntesis original —perfilada como otras grandes obras de la Humanidad, al ritmo de su propio crecimiento— con esa superación conciliadora que es un estilo nuevo. Por eso ha podido decir Fernando Chueca, en un magistral estudio recientemente publicado en la «Revista de Occidente», que «El Escorial es el espejo del alma compleja y múltiple de un rey al que la Historia ha solido contemplar casi siempre con mirada unilateral y sectaria»; «el mejor testigo de sus anhelos, su verdadero mensaje a la posteridad».*

## Idea de los Institutos de Cultura Hispánica

*No podemos desdeñar en consecuencia el hecho de que haya sido aquí, bajo estas bóvedas que cobijan tanta grandeza, donde un grupo de escritores y universitarios de América y España espontáneamente, con entusiasta sencillez y sin programas previos, al margen de todo estímulo oficial, acertaran a concretar la misión comunitaria de los*

*pueblos hispánicos en el mundo de nuestros días y formularan por vez primera la idea —imprecisa hasta entonces— de lo que después habían de ser, en toda la amplitud de nuestros dos continentes y en el archipiélago filipino, los actuales Institutos de Cultura Hispánica.*

*El 4 de julio de 1946, en la cámara del rey don Felipe de este Monasterio de San Lorenzo del Escorial, el gran escritor nicaragüense Pablo Antonio Cuadra, como presidente general y de acuerdo con una iniciativa mejicana, leyó el documento de fundación del Instituto Cultural Iberoamericano. El propósito de estos fundadores, hasta ahora fielmente servido, se cifraba en afirmar y defender por todos los medios adecuados la personalidad espiritual de la comunidad de los pueblos hispánicos.*

*Como consecuencia, los Institutos de Cultura Hispánica de las dos riberas del Atlántico y de las Islas Filipinas no son entidades de simple colaboración bilateral entre países, ni mucho menos —a semejanza de otras conocidas instituciones— órganos de penetración espiritual de uno de ellos en todos los demás; los Institutos de Cultura Hispánica tienen la peculiaridad de ser y querer ser instrumentos de entendimiento y de cooperación entre todos y cada uno de los pueblos iberoamericanos, situados en un mismo plano, precisamente con el propósito de fortalecer día tras día nuestra conciencia de unidad.*

### NUESTRO IBEROAMERICANISMO; UNIDAD EN LA DIVERSIDAD

*No pretendo yo ahora definir nuestro iberoamericanismo, pero sí puedo subrayar que es, ante todo, una conciencia de unidad. Unidad, pero no uniformidad, porque se trata de una suma coherente de diversidades que explican y enriquecen nuestro pasado, nuestro presente y nuestro porvenir.*

*Por tanto, no podemos ni debemos ofrecer un repertorio único de soluciones para los problemas que tenemos planteados los distintos países iberoamericanos. Nuestra comunidad de espíritu no supone y no precisa un patrón con perfiles ideológicos fijos que haya de ser utilizado indistintamente en todo el mundo hispánico. Debemos huir, por el contrario, de cualquier uniformidad de programas; comprender que nuestras respectivas soberanías, aunque interdependientes, deben ser respetadas, y observar con la máxima comprensión los esfuerzos que para resolver sus propios problemas realicen los pueblos hermanos:*

## Ideología y pragmatismo

*Un escritor político europeo, el profesor Maurice Duverger, ha podido decir recientemente que, «al contrario de lo que afirma una opinión muy extendida, no es un exceso de empirismo, sino un exceso de ideología, lo que disminuye frecuentemente la eficacia de la acción (exterior) de los Estados Unidos». Los iberoamericanos debemos evitar este riesgo. La comunidad espiritual de nuestros pueblos, que los une indisolublemente en lo más hondo, hace innecesarios los ideologismos de exportación, permite que cada cual busque y encuentre en lo político, en lo social y en lo económico sus peculiares soluciones, levantando —en este mutuo respeto— el edificio uno y vario de la Hispanidad.*

*Así, al menos, lo intentamos los españoles en nuestra tarea de perfeccionar una fórmula política propia, convencidos de que es en la raíz de nuestro propio ser histórico y actual en donde hemos de encontrar la clave de nuestra solución. Así es también como nos atrevemos a pensar que se presenta la situación en Hispanoamérica. Aquí, como allá, el problema nos parece que consiste en ver la realidad de frente, y ahondando en ella y en nuestros propios e intransferibles problemas, dar con la fórmula original y también intransferible que nos asegure el Estado auténtico, representativo y vigoroso, que en el fondo es, en esta hora de crisis ideológicas y políticas del mundo, la gran necesidad de muchos países. Hemos de abordar esta tarea con espíritu juvenil e innovador, como corresponde a la nuestra, que es una comunidad de pueblos jóvenes. Pues si aquí encontráis vuestro viejo solar familiar, no olvidéis que está habitado por un pueblo también joven. Cuando penséis en España, os ruego que recordéis una idea de nuestro gran filósofo Xavier Zubiri: «No es que los griegos sean nuestros clásicos; es que, en cierto modo, los griegos somos nosotros.» Quiero decir: ni España ni Europa son vuestros antepasados históricos. Europa está actualizada en vosotros. España es también Hispanoamérica, sois vosotros mismos.*

*Sin detenernos en la lección múltiple que se deriva de estos encuentros, deseamos subrayar ciertos hechos especialmente importantes y que corroboran, no es preciso decirlo, aquella conciencia y aquella aspiración de unidad iberoamericana que hace diecisiete años proclamó la aludida «Declaración de El Escorial».*

## Iberoamérica, síntesis de razas y culturas

*Querámoslo o no, Iberoamérica es —como tantas veces se ha dicho— un prodigio de síntesis. Síntesis de razas y culturas moralmente*

*logradas en algunos aspectos capitales, que se halla en otros órdenes camino de perfección, pero que ofrece a nuestros contemporáneos —gravemente escindidos— el reto esperanzador de lo que puede ser, a través de un mestizaje de sangre y espíritu que sólo puede tener raíces cristianas, el mundo del mañana.*

*Nuestra situación histórica, es decir, la posición de la mayoría de los pueblos iberoamericanos, aunque con diferente graduación entre ellos, dadas sus estructuras socio-económicas, es intermedia entre las regiones del planeta que viven plenamente las características de la sociedad industrial y las zonas menos desarrolladas. Constituímos por todo eso, con independencia de regímenes internos y orientaciones internacionales, una baza decisiva en el gran juego de la confrontación Este-Oeste. Es cierto que, precisamente por nuestras raíces cristianas e hispánicas y sólo por ellas, nos sentimos hondamente ligados al espíritu y al destino de Occidente; pero a nosotros —a todos los iberoamericanos— toca decidir si hemos de ser agentes de los acontecimientos que nos esperan o solamente objeto de ajenos mercados, y en la más trágica de las eventualidades, pasivo campo de batalla.*

*Tenemos un pasado glorioso, tanto en común como en el curso histórico de nuestras nacionalidades independientes. Un pasado que cuenta en su haber con algunas de las más nobles realizaciones del espíritu humano. Estas propias piedras, patrimonio de todos los hispánicos, puesto que son recuerdo y testimonio de la secular convivencia de nuestros comunes antepasados, pueden ser muestra de ello. Con estos incentivos, pero sobre todo con el de los concretos intereses actuales de nuestros pueblos, hemos de edificar nuestro presente y nuestro futuro; sólo así podremos estar seguros de volver a ser protagonistas de la Historia.*

## UN GRAN PROYECTO HISTÓRICO: EL «IMPERIO ATLÁNTICO»

*Importa esto a los demás, créanlo o no, tanto como a nosotros. Sin el concurso de Iberoamérica, libre y dignamente incorporada al diálogo histórico de nuestros días, el futuro de lo que llamamos civilización occidental es más que incierto. No olvidemos que fué en torno a estas piedras escurialenses y a su regio fundador donde surgió —hace cuatro siglos— un gran proyecto histórico que tiene resonancias actuales: la idea filipina del «Imperio Atlántico», que han estudiado entre nosotros con singular agudeza el duque de Maura y Luis Rosales, idea que, trasladada a las concepciones y al lenguaje de nuestro tiempo, supone un dispositivo político, económico y estratégico de coope-*

*ración entre todos los pueblos de ambas riberas del Océano. Felipe II y sus consejeros concibieron la posibilidad de que éste viniera a ser el mar interior de una nueva civilización occidental e imaginaron un edificio político de gigantescas proporciones, asentado sobre las dos orillas del Atlántico. No encontró don Felipe el constructor que, como Toledo, Herrera o Villacastín, levantara este quimérico Escorial y realizara este sueño político, pero nos dejó la herencia de su pensamiento, más jugoso y variado de lo que muchos han podido creer.*

*Fué un vaticinio, una utopía renacentista, que sólo nuestra época —aunque sea bajo otras formas sociales y políticas— puede hacer realidad. La idea filipina del «Imperio Atlántico», multirracial y multinacional, proporcionado sólo a la magnitud de la construcción escurialense, no es más que un antecedente, pero válido, desde luego, como solución actual y adecuada a los problemas de Occidente.*

### UNA NECESIDAD ACTUAL: LA COOPERACIÓN EUROAMERICANA

*La Europa unida del mañana, al establecer su necesaria colaboración con los Estados Unidos, no ha de prescindir de los demás pueblos de aquel continente. Y, por otro lado, el diálogo de las dos Américas sólo cobrará hondura, firmeza y trascendencia con la participación europea, que entraña por modo eminente —aunque sin exclusivismo— esa relación triangular de que habló no hace mucho el secretario de Estado norteamericano, Mr. Dean Rusk; es decir, la presencia de España y Portugal.*

*En realidad, ese gran coloquio en triángulo es la clave misma del entendimiento occidental. Debemos convencernos: lo que sucede en Europa, los procesos que estamos viviendo los países europeos, atañen directamente a Iberoamérica, constituyen para ella una experiencia ejemplar que debe ser escrutada con toda atención, porque Europa está en la esencia misma de Iberoamérica. En este sentido, creo que podemos decir que la comprensión cabal por parte de los Estados Unidos de los problemas europeos supone, como condición previa, la comprensión de los problemas iberoamericanos y viceversa. Unos van unidos a los otros por una raíz profunda, hundida en el légamo mismo de la Historia. Si los Estados Unidos nos entienden a los europeos, entenderán también a los iberoamericanos.*

*Por nuestra parte, el 12 de octubre de 1961, hablando en el Monasterio de la Rábida con ocasión de la Fiesta de la Hispanidad, pudimos exponer algunos puntos de vista a este respecto: «Sólo una nueva «comunidad atlántica» —decíamos entonces—, entendida como fórmula de cooperación internacional entre Europa y las dos Américas y*

*dotada de contenido no sólo estratégico y económico, sino también político y espiritual, podría ser la respuesta proporcionada a la magnitud del reto comunista y la solución a los más hondos problemas de los pueblos históricamente establecidos a los dos lados de nuestro Océano.» «En definitiva, creemos que es preciso —seguíamos diciendo— adelantarse a los acontecimientos en vez de irles a la zaga, y construir desde ahora un instrumento de eficaz colaboración euroamericana susceptible de atraer a esa futura «comunidad atlántica» a los nuevos países africanos y capaz de afrontar con éxito las insólitas circunstancias del mundo en que vivimos.»*

### En pro de una «comunidad atlántica»

*Contemporáneamente, en ese mismo octubre de 1961, el presidente de la Comisión de Relaciones Exteriores de la Alta Cámara norteamericana, senador J. W. Fulbright, publicaba en la revista «Foreign Affairs» un amplio estudio en que se llegaba a conclusiones semejantes, afirmando que la necesaria unificación europea había de ser completada y perfeccionada con la formación de una más amplia «comunidad atlántica», comunidad que habría de integrar y fortalecer los actuales lazos estratégicos, económicos y políticos entre los países interesados, fundamentándose «no sólo en el peligro común, sino también en valores y en aspiraciones que nos son comunes».*

*Posteriormente la idea ha seguido teniendo un eco creciente como consecuencia, sobre todo, de su adopción por destacadas figuras estadounidenses, aunque, a decir verdad, en estos proyectos de colaboración euroamericana se olvida indebidamente la capital participación de los países al sur de Río Grande.*

*En estos mismos días, autorizadas voces de ambos continentes, con entonaciones diferentes, pero con fundamentales coincidencias, han vuelto a poner en primer plano la necesaria colaboración entre Europa y América. Lester Pearson ha afirmado su necesidad en la Conferencia de Ottawa, y el general De Gaulle, en un viaje reciente a las tierras antiguas de la Hélade, ha proclamado también su afirmación de principios y su sólida adhesión «a la alianza formada de una y otra parte del Atlántico, sin la cual el universo se encaminaría al peor de los caos».*

### España, puente entre Europa y América

*Quede bien claro que es dentro de estos supuestos como entendemos nosotros la idea de la «comunidad atlántica», concepto que, pese a su aparente novedad, tiene —como hemos visto— hondas raíces en*

*el pensamiento político español. España puede, en consecuencia, reafirmar en estos momentos una doble vocación: de un lado, su vocación europea, que hoy deseo reiterar aquí solemnemente. España es parte viva e inseparable de Europa, y por ello nuestra línea europeísta es decidida e inequívoca y responde al sentido de nuestra historia. No hay en esto ninguna novedad. Si España se ha aproximado espontáneamente a los proyectos de integración europea —como a cualquier otro proyecto de positiva cooperación internacional—, no es en virtud de una maniobra política imputable a un régimen o a un gobierno. Es en servicio de un interés permanente de España misma y pensando en el futuro de nuestro pueblo.*

*Al lado de esa vocación europea está nuestra indeclinable y también radical vocación americana y la convicción de que sólo con el entendimiento cooperador de todos los pueblos que viven a orillas del Atlántico —sin olvidar a los de Africa— será eficaz nuestra respuesta al desafío que hoy se nos ha lanzado. Esta vocación bifronte está en la sustancia misma de España y hace de ella un país original y clave de la comunidad occidental.*

*Nos hemos referido ya, aunque haya sido en líneas generales, al primero de los temas de que se ha ocupado el Congreso; es decir, al origen, al concepto y a la orientación, ya que no a sus actividades concretas, de los Institutos de Cultura Hispánica, así como al sentido de nuestro iberoamericanismo frente a la actual hora crítica del mundo.*

*Permitidme ahora que examine algunas otras de las facetas que han sido objeto de vuestro estudio, porque ha de ser más fácil hacerlo a la luz de las anteriores reflexiones, esto es, reflejando sobre estos aspectos concretos de orden económico, social y cultural nuestra idea de Iberoamérica y de su función en el mundo de nuestros días.*

## Colaboración euroamericana en el ámbito económico y social

*Habéis tenido el acierto de escoger para vuestras reuniones otros dos temas de innegable actualidad: «el Mercado Común Europeo y su repercusión en Iberoamérica» y «la problemática del cambio social en los países hispanoamericanos». Previamente hemos dicho que no podíamos ni debíamos detenernos en un examen detallado de vuestras conclusiones. Estimamos, por el contrario, imprescindible afirmar aquí nuevamente que, cuanto hemos dicho en términos generales con respecto al sentido histórico y a los alcances políticos de la necesaria*

*colaboración euroamericana, ha de ser reiterado con mucha más razón por cuanto se refiere al ámbito económico y social.*

*Si hemos proclamado ya que nuestra concepción de una futura «comunidad atlántica» y de cualquier otra forma válida de colaboración euroamericana no está fundada en ningún intento exclusivista que pretenda monopolizar estas relaciones en provecho de España, porque creemos que no son sólo los llamados pueblos latinos, sino Europa entera, la que tiene que disponerse a esta histórica empresa, con mayor motivo habremos de entenderlo y declararlo así cuando se trata de promover el desarrollo económico y social de los pueblos iberoamericanos.*

*En todo momento el Gobierno español ha afirmado, como sabéis muy bien, la necesidad de que Europa y Norteamérica no olviden, no sólo por razones de justicia, sino por una elemental prudencia política, que los problemas económicos y sociales de los países hispánicos deben considerarlos como propios en un mundo cada vez más reducido por la aceleración de las comunicaciones; un mundo en que, acercándonos unos a otros, las nuevas técnicas han venido a poner ante nuestros ojos con singular evidencia la eterna verdad de que todos somos hijos de Dios. En el orden práctico, está verdad ha cuajado en una realidad política ya insoslayable: el diálogo entre las naciones ya no puede edificarse si no es sobre la base de la igualdad entre ellas. No sería tolerable que hubiera naciones de primera o de segunda clase en la sociedad internacional.*

## Gravitación de Iberoamérica en la política española

*España, por eso, en todas las posibles ocasiones, ha expuesto ante los diferentes Gobiernos de Europa y ante el de los Estados Unidos, especialmente a través de directos contactos personales, su honda preocupación por el futuro económico-social de los países hispánicos, relegados con frecuencia a un olvido injusto. Incluso en momentos en que esta actitud podría afectar a nuestro propio interés, no hemos olvidado a los pueblos hermanos. Permítaseme citar solamente dos casos, dada su especialísima importancia: el momento en que España suscribió el nuevo Convenio fundacional de la OCDE en París, en enero de 1960, y aquel otro en que nuestro Gobierno solicitó, en febrero de 1962, entablar negociaciones para una futura incorporación a la Comunidad Económica Europea.*

*Quede claro, por eso, que en ningún terreno político o económico, ni aún siquiera en el cultural—aunque reivindicamos las razones*

*históricas de nuestra comunidad y los derechos de nuestra estirpe—, entendemos a Iberoamérica como un coto cerrado para los pueblos de habla española y portuguesa. España, que desearía ver cómo los pueblos de Europa y de América del Norte acuden a Iberoamérica con espíritu de colaboración y de ayuda a la resolución de los grandes problemas humanos que allí se debaten, reivindica para ella un solo privilegio: el del mayor desinterés y la más decidida entrega al servicio de estos pueblos iberoamericanos, cuya unidad resume nuestras mejores tradiciones y alienta nuestras más ambiciosas esperanzas.*

## Diálogo de las lenguas

*Junto a vuestros debates sobre las instituciones culturales hispánicas y los problemas económicos y sociales, habéis trabajado también sobre un tema palpitante del que quisiera hablar con brevedad: el presente y el futuro de nuestro idioma común. Toda la atención a este problema será siempre poca. Recordemos que la lengua es, en definitiva, la base última, el cimiento más profundo de nuestra comunidad, pues no es ella mero mecanismo de diálogo, sino vehículo del espíritu, expresión de una radical aproximación de los hombres.*

*A esta aproximación ha servido nuestra lengua desde el nacimiento mismo de América, desde que se hacía balbuciente idioma en la boca de los primeros intérpretes que traducían el conmovedor diálogo de indios y españoles; desde que las gentes de España les decían las primeras palabras castellanas a los atónitos hermanos de América y alumbraba sobre ellos una especie de pentecostés del entendimiento; desde que los indios nos regalaban la primera palabras que nos venía de América, la palabra «canoa», para que Nebrija la incrustase en su diccionario al año mismo del descubrimiento, y nos enseñaban, junto al nombre del humilde esquife aborigen, los nombres de los seres y las cosas de la América inmensa y lejana, y nosotros decíamos por la primera vez puma y cóndor, mate y quina, pongo y sabana, pampa y huracán.*

## El vasto y diverso solar del idioma

*Este idioma común, en el que al fundamental tesoro de la lengua castellana en trance de esplendor se unió el rico venero de los vocabularios indígenas—salvados por la gigantesca obra de los lingüistas españoles de la época, que en poco tiempo fueron autores de más de*

*mil gramáticas y diccionarios de las lenguas aborígenes—, tiene hoy un solar común que excede de los originales límites de la tierra española matriz. Su solar es el de toda nuestra comunidad, y en cada una de sus ciudades puede tener la lengua su tiempo de grandeza y su capitalidad.*

*Es importante que todos seamos conscientes de ello para que nadie abdique de la responsabilidad de cuidar este patrimonio. Nadie posee entre nosotros un monopolio y una exclusividad de la lengua común, y las diferencias que advirtamos entre nosotros responden a la rica diversidad que alienta dentro de nuestra unidad lingüística, como ocurrió en la evolución regional de la lengua española dentro de las propias fronteras peninsulares. En este sentido, nosotros los españoles vemos en los matices de nuestra lengua en ultramar formas purísimas y castizas del español original, suaves acentos de nuestras regiones, vocablos antiguos llenos de riqueza expresiva que entre la mayoría de los españoles han perdido vigencia y que perviven, vigorosos y fecundos, en vuestras tierras como en ciertas comarcas de la nuestra.*

## El legado de las letras hispánicas al mundo

*Esta es la lengua común, que debemos proteger y exaltar. Y ello no solamente porque es el medio de nuestro entendimiento recíproco y la base de nuestra cohesión comunitaria—es decir, de nuestra potencia—, sino porque, como vehículo espiritual, es el instrumento de nuestra aportación a la cultura universal. Es la lengua en la que llevamos siglos enriqueciendo la literatura del mundo; la lengua que sirvió para expresar el doble mestizaje—de sangre y de espíritu— del príncipe Fernando de Alva Ixtlichótitl o del inca Garcilaso de la Vega, y que salvó de la muerte la capacidad de expresión literaria indígena dotándola de un instrumento universal. La lengua que, en más de cuatro siglos ya, fué gracia juvenil y empuje de inmensa y creyente libertad en Sor Juana Inés de la Cruz; lección de clasicismo en Andrés Bello; espíritu romántico en Jorge Isaacs; fresca poesía de la pampa, con olor a cuero y yerba mate, en José Hernández; nostálgicas «tradiciones» en Ricardo Palma; agudo ensayo en Montalvo; ardorosa palabra en José Martí; deslumbrante lírica en el gran Rubén; verso desgarrado en José Asunción Silva; poder de evocación en Larreta; humanismo y profundidad en José Enrique Rodó; ritmo trepidante, como las escenas de la revolución, en Mariano Azuela; entrañable ternura en la dulce Gabriela Mistral; arrebato de amor en Juana de Ibarbourou; egregia prosa, en fin, en Rómulo Gallegos,*

*José Eustasio Rivera, Alfonso Reyes o Jorge Luis Borges y en tantos otros que desde el otro lado del Atlántico nos han dado a los españoles el orgullo de participar de su gloria literaria como ellos participan de las nuestras, y que al mundo han dicho su palabra en la misma lengua que un día fué el romance niño de Castilla.*

*Lo que habéis cumplido aquí es, por tanto, tarea de máxima vitalidad. Viene a añadirse a la misión vigilante y orientadora de los Congresos de las Academias de la Lengua que en Méjico, Madrid y Bogotá plantearon ya su preocupación por nuestro idioma, en el que se entiende uno de los bloques de naciones más importantes del mundo.*

## Arte de América y España

*Finalmente, quiero recordar que esta gran reunión de hoy se ha celebrado en Madrid a la par que la magna Exposición de la pintura de América y España, organizada también por el Instituto de Cultura Hispánica de Madrid. Quisiera llamar la atención de ustedes sobre este hecho. Significa que España, fiel a esta condición «americana» que forma parte de su ser histórico, identifica las inquietudes de su arte con las del arte de América y no limita esta solidaridad a los países más directamente ligados a ella dentro de la comunidad hispánica, sino que la extiende a todo un continente que, al fin y al cabo, fué ella la que lo descubrió y en donde se encuentran huellas de la cultura española desde Alaska a la Tierra del Fuego. Al presentar las obras de los artistas de América al lado de las suyas propias, España quiere subrayar de nuevo su voluntad de estar en línea con el arte joven de un continente joven, al cual, por lo menos de manera espiritual, ella también pertenece. Un gran pensador español, José Ortega y Gasset, dijo hace años —justamente desde las páginas de la revista «Mundo Hispánico»— que los españoles que fueron a América a descubrirla, conquistarla y colonizarla eran ya, en cierto modo y gracias a su decisión de partir, los primeros americanos. Pues bien, creo yo que podríamos añadir que, puesto que aquellos hombres eran España —y no esporádicamente, sino a lo largo de tres siglos—, toda España es también un poco América. No tiene, pues, nada de extraño que pintores americanos y españoles aparezcan juntos en esta exposición, que viene a continuar con su presencia brillante el gran éxito de aquella primera Bienal de Arte Hispanoamericano de Madrid, que fué, hace trece años, un verdadero aldabonazo en la historia de la pintura de nuestro tiempo.*

## Revelación española del arte indígena

*Pero nuestra identificación con los frutos de la cultura de América no se limita a la actualidad ni siquiera a los siglos en que la presencia física de España en el continente americano produjo el hermoso arte virreinal. Incluye también el bello y misterioso arte indígena, el fascinante producto de las culturas aborígenes que nos habían precedido en la vida de América. Recordemos que, en definitiva, los primeros indigenistas de América fueron los españoles, que conservaron lo que hasta nosotros ha llegado de las culturas precolombinas, que escribieron los primeros tratados de arqueología, antropología o filología y que, en suma, hicieron posible que hoy Hispanoamérica esté habitada aún por millones de indios.*

*Respondiendo a esta preocupación secular, España se propone organizar para un futuro próximo el envío de una misión arqueológica a Hispanoamérica para que, en contacto con sus colegas de aquellos países, los investigadores españoles puedan cooperar a nuestro mejor conocimiento y al estudio de las antiguas culturas indígenas, de cuya rica vena espiritual fluyó una corriente que, a través del mestizaje realizado por España, se encarnó en buena parte de las manifestaciones de la actual cultura de América.*

*Estos son los propósitos y reflexiones que vuestra asamblea me sugiere. Quiero ponerlos en vuestras manos con un ademán de esperanza, porque estoy convencido de que el simple hecho de habernos querido reunir, ya es en sí un primer acto de voluntad comunitaria.*

## El Escorial, símbolo de esperanza

*Antes de terminar deseo daros la enhorabuena y las gracias porque, trabajando con tenacidad, rigor e inteligencia, habéis cumplido vuestra tarea felizmente, en bien de la comunidad. Mi agradecimiento se dirige especialmente a los amigos que, no perteneciendo a aquélla, nos han acompañado con su saber y su fervor hispanistas.*

*Y puesto que vamos a separarnos, permitidme unas finales palabras de optimismo. Nos hemos acogido, para cerrar nuestra reunión, a un gran símbolo: la sombra ilustre de estas piedras. Nuestro gesto dará frutos porque —como os decía al iniciar mis palabras— éste es un símobolo vivo y profundo y significa la voluntad de un gran rey que amaba la unidad, el orden y la universalidad, y al que sirvieron unos arquitectos que, sacando del caos geológico de estos montes la piedra de El Escorial, dieron con ella una suprema lección de unidad*

*y orden geométrico. Y sobre la selva armónica de chapiteles, pináculos, cimborrios y veletas —en los que canta el fuerte viento de Castilla— alzaron, junto a las cruces, una constelación de esferas que simbolizan la forma acabada y perfecta y recuerdan la «terrestre esfera» del verso de Camoens y el globo ecuménico que un marino español de mi costa vascongada había completado, dando así al espíritu del hombre un espacio mayor para su vuelo.*

# MONTINI - RONCALLI - MONTINI

POR

FEDERICO SOPEÑA

Una serie de gentes esperan todas las mañanas el autobús, el autobús que se retrasa, que les hace llegar tarde a la oficina; todos, a la vez, murmuran, pero se resignan. Son las gentes vulgares, que viven en «serie», hasta que tal mañana, uno, por inspirada decisión, decide no protestar, no irritarse hasta la ira, sino obligar a los coches oficiales que pasan al lado y de vacío a detenerse y a llevarle; por obra y audacia de un individuo, esa «serie», esa vulgar, pequeña masa, se ha convertido en «grupo», y como tal grupo remueve, trastorna ese mundo en torno. Esta imagen tan viva y tan literaria, tan filosófica y tan de cine neorealista, es la que, como es sabido, emplea Sartre para mostrar la dialéctica de su Etica social. Así, sin más, creo que hubiera divertido como descripción a ese Papa viejo, bueno, sonriente y audaz que se nos acaba de morir: a Juan XXIII.

La Iglesia, humanamente, vivía en unas estructuras de poder y de relación viejas del diecinueve y con otras vejeces, más respetables por tener más siglos de fecha, pero especialmente inactuales; la admirable organización «centralista» de la Curia romana venía precisamente, y aun se había anticipado a la concepción nacional, absolutista, del Estado, desde los tiempos del Renacimiento. En lo humano, el Concilio Vaticano podía ser visto, históricamente, más como realidad «papal» que «conciliar» pues si dejó incompleto el esquema sobre la Iglesia, se centró, en cambio, en torno a la proclamación del dogma de la infalibilidad pontificia. La idea «conciliar» no era «idea-fuerza» en la Iglesia; la época de los Concilios aparecía o muy lejana, en la fabulosa Iglesia «imperial», o fijándose en Trento como una realidad especialmente definitoria y defensiva. He citado al diecinueve porque en estructuras tan sensibles como las del «protocolo» podíamos ver, los que fuimos y somos «romanos», ciertos claros signos de mengua práctica para la realidad episcopal. Por ejemplo, centro de la Curia romana es la «Secretaría de Estado», con un personal que, en lo eclesiástico, se ve a sí mismo como personal «diplomático». Piénsese también en la extraordinaria importancia práctica de los nuncios. No era, pues, sólo fórmula el arreglo que se dió a la «cuestión romana» hace ya casi cuarenta años. De hecho, salvo en el engranaje de la visita *ad limina,* era protocolariamente más fácil que fuese recibido por el Papa un diplomático que un obispo. Se agravó

esta situación con la muy lejana soledad de los últimos años de Pío XII. Los teólogos avanzados buscaban argumentos como puntadas contra una organización demasiado burocrática, demasiado centralista. La tensión, por ejemplo, entre la jerarquía europea y sus teólogos y el Santo Oficio era claramente extrema y grande. Todos esperando el autobús, varios protestando y casi todos lamentándose con resignación. Hasta que...

### «No soy infalible»

Visitaba un día Juan XXIII el Colegio de los griegos. En su charla de anciano alegre les dijo a los más entusiastas siempre, a los seminaristas: «Yo no soy infalible.» Sonrisas y murmullos acogieron la frase como una gracia. «Me explicaré —continuó el Papa—: sería infalible si hablara *ex cathedra;* pero como no pienso nunca hablar *ex cathedra...*» El dogma de la infalibilidad pontificia está ahí, dogma como definición de un muy hondo misterio, pero se «vive» de una manera distinta.

Juan XXIII trastornó las «series», las costumbres, anunciando, ante el asombro general —parecido, pero en grande, al del individuo audaz en el ejemplo de Sartre—, la convocatoria de un Concilio Ecuménico. No hacía uso de su poder *ex cathedra,* pero, en cambio, obligaba a pensar que decisión tan inesperada en un Papa cercano a los ochenta años era como una especial llamada, un especial empujón del Espíritu Santo.

Creo que así podemos resumir la originalidad y la grandeza a la vez del Pontificado de Juan XXIII. Sin cambios notables de estructura, acentuando incluso tradiciones y consintiendo amablemente en rutinas siempre que hubiere una razón de caridad (la había, por ejemplo, en el aumento del Colegio Cardenalicio, aumento con miembros de Curia no promovidos, contra costumbre, por su antecesor Pío XII), el Papa, por decisiones personalísimas, con una diplomacia de campesino realista y tierno, obligaba a la jerarquía eclesiástica, a la Iglesia y al mundo, por tanto, a cambiar bastante sus perspectivas. Resumir ahora, por muy brevemente que sea, es llorar de admiración, de cariño y de nostalgia.

### El Concilio

Nadie podía discutirle al Papa la conveniencia del Concilio; pero tantos siglos de vida eclesiástica, tanta acumulada finura diplomática en la Curia romana y con un cardenal como Tardini en la Secretaría

de Estado, daban mil fórmulas para que el Concilio fuera perfectamente llevado como aumento de piedad en los fieles y como real aumento de poder en la Curia romana y, por supuesto, como algo realísimamente «papal». Esto último sí lo fué, pero ¡de qué inesperada manera!

Juan XXIII no varió la Curia romana, pero sí consintió en que cardenal tan caracterizado como Ottaviani fuese reciamente criticado por sus esquemas sobre la revelación. El Papa quería que se manifestase al mundo esa bíblica «libertad de los hijos de Dios». Lo quiso y así fué, y en las sesiones de noviembre sancionó el acuerdo de una mayoría movida por los grandes cardenales europeos. El Concilio, hasta cierto punto, pudo ser «fórmula» y tuvo el peligro de ser «estallido». Ni una cosa ni la otra: expresión de libertad en la jerarquía para buscar, como en los tiempos del mal llamado humanismo ingenuo, la manera de renovar, de reformar, de «poner al día» muchas de las estructuras eclasiásticas. Seguía Juan XXIII los debates a través de un especial sistema de televisión y mandaba breves líneas en unos tarjetones para felicitar especialmente por alguna intervención «luminosa».

### La llamada a la unión

Empezó, sencillamente, por una conversación de viejos: el Papa Juan XXIII recibe cordialmente al doctor Fisher, primado anglicano de Canterbury, y charlan. ¿De qué? Juan XXIII, a la buena de Dios —nunca mejor empleada la expresión—, habla de lo que es la realidad estremecedora de este mundo: la desacralización, la pérdida del sentido del misterio. Por tanto, si no ya creer en Dios, sino cierto humanismo «espiritualista», es, en muchas partes, vínculo minoritario de unidad contra el mundo, cuanto más debe ser «práctica» —fijémonos en el adjetivo— esa unidad entre los que creen en Cristo y en su inseparabilidad de la Iglesia. El clero de mi generación, y no digamos el de generaciones más jóvenes, viajeros todos, comprende inmediatamente que en una ciudad europea, dado que el tanto por ciento que «no practica religión alguna» es inmenso, el católico se sentirá ligadísimo con el protestante, y pasará lo mismo entre sacerdotes y pastores. Sabido es cómo en la posguerra alemana un mismo edificio servía para la misa de los católicos y para el «servicio» protestante.

Usando la palabra en el más exacto sentido romano diremos que la genialidad religiosa de Juan XXIII en la «impostación» de este gravísimo problema ha consistido en partir de dos bases. Primera: la Iglesia Católica se reúne en Concilio para renovarse, para ajustar mejor sus estructuras a la situación del mundo que nos rodea y de esa manera

constituir un auténtico polo de atracción para los cristianos no católicos. Piénsese además que esto ha creado movimientos parecidos en esas iglesias. Segunda: precisamente el punto de partida que es la triste desacralización del mundo obliga no a comenzar por un examen de las diferencias (de aquí la estupenda originalidad de este Concilio: no va a definir nada contra nadie), sino por un ambiente de unidad. No es la vez primera, claro, que se invita a ortodoxos y luteranos; pero los «observadores» en este Concilio han sido recibidos cariñosísimamente por el Papa, se han sentido, incluso los más difíciles, los rusos, como hermanos.

### Influencia sobre la paz

Se dijo en Roma que, en el momento más álgido de la crisis cubana, el Papa estaba dispuesto a salir en avión hacia Moscú y Washington. Es posible. Sí, es indudable el cambio de clima, y los católicos tenemos derecho a pensar que en ese cambio de Krutschef—algo más que «cambio de humor»—la influencia de las palabras y de los gestos de Juan XXIII ha podido ser muy honda. Ante la actitud «pacífica» del Papa puede haber en los políticos no creyentes una primera actitud egoísta: el Papa es un factor más que ayuda a no «calentar» la guerra fría. El segundo paso, al que no todos los políticos dan muestras de seguir, es el siguiente: pensar ante el ejemplo del Papa que la instancia superior está mucho más arriba del equilibrio de las fuerzas. Por lo menos es necesario aspirar a entenderse. El Papa se «entiende» desde una agudeza intelectual que sólo el gran amor, la absoluta lejanía de todo interés material, pueden dar: el distinguir, refiriéndose implícitamente al otro lado del «telón de acero», entre una doctrina y las realidades históricas posteriores no es sutileza, sino, sencillamente, caridad.

### Las dos Encíclicas

La Encíclica *Pacem in Terris* despertó todavía más interés que la *Mater et Magistra;* de ella, de la primera, viviremos mucho tiempo los no resignados a este egoísta apoliticismo típico de la Europa de hoy, especialmente en la juventud presente, aunque de manera diversa, a ambos lados del «telón de acero». ¿Por qué el interés extraordinario, la atención, el deseo hasta imprudente de sacar conclusiones inmediatas?

Hay tres temas primarios en el mundo de hoy: el económico, la promoción de las nuevas nacionalidades en Africa y Asia y el miedo a la guerra atómica. Sobre cada una de ellas el Papa había dicho su

opinión, y tanto con palabras como con gestos, pero los tres aparecen ahora reunidos; si es necesario dar la bienvenida a la promoción obrera y a la de la mujer y la bienvenida también a los pueblos que nacen como nación; si es igualmente necesario comprender y ayudar a los que viven exiliados y a los que, pertenecientes a minorías especiales, viven como en exilio interior; si se necesita, al hablar de la guerra atómica, de una instancia superior al miedo, la *Pacen in Terris* muestra cómo sólo una «asegurada» afirmación de los derechos del hombre, de la libertad, pueden encarnar la paz de los «hombres de buena voluntad». Lo económico, lo político, se alcanzan a través de toda una pastoral del Papa que arranca de la defensa de lo más hondo de la personalidad.

## La muerte personal

Todas y cada una de estas realidades se han agavillado en esa dolorida, hermosa, larga y humanísima agonía. En primer lugar, la humanidad; toda esa renovación de las entrañas de la Iglesia no ha sido primariamente «programa», sino actitud personal, actitud que reunía y asumía todas las realidades «sacramentales» del pastor: cura, párroco, obispo, Papa. Como tal ha sufrido y ha muerto. Y este mundo en el que vivimos, donde se prohibe aquella «muerte personal» que era la obsesión de Rilke, el Papa da ejemplo de cómo se muere con dolor y con paz al mismo tiempo; de aquí el extraño y maravilloso carácter de «misión» que ha tenido esa muerte. Yo he visto una Roma que lloraba, sí, pero buscando los confesonarios olvidados por tantos. Todo se ha dicho sobre esto.

Conviene, sin embargo, recordar esa gran reunión de los grandes temas del Pontificado en torno a la muerte del Papa. La unidad: todas las oraciones, todas, incluso ese final de *Mater mea,* podían rezarlas todos los cristianos sin distinción; subiendo de lo más hondo y a la hora de morir, eso no podía ser política, ni siquiera política eclesiástica. El Concilio: ilusionarse a la primera mejoría pensando que iba a verlo; terminar bendiciéndolo después como si en él estuviera el resumen de su testamento. Uno de los Papas más personales de la historia quiso trabajar siempre en compañía: por eso recibió y bendijo a tantos cardenales, Ottaviani incluído, en el lecho de agonía. Paz ofrecida junto a la muerte, ofrecida a todos los hombres. Y, por fin, el testimonio decisivo, el que convertía en clamor las lágrimas del pueblo romano: menos de veinte mil pesetas de herencia; nada, el dinero que tendría a mano para la limosna reservada y urgente.

## La razón de Bolonia

Si el secreto del Conclave, digan lo que digan, es casi absoluto, no lo es de igual manera, ni tiene por qué serlo, el del Concilio. Se sabía, y con detalles, que después de la dramática sesión de mediados de noviembre, el discurso que había «conmovido», porque presentaba «la apertura» en forma de casi oración, fué el del cardenal Lercaro, de Bolonia. Y a Bolonia me fuí en víspera del Conclave para escuchar. Bolonia es la capital de una región donde los comunistas tienen mayoría. Esta y otras muchas cosas más unidas al particular temperamento explican que la «apertura» eclesiástica se fijara mucho en él: la insistencia en la Iglesia como «pueblo de Dios», la primacía de la Teología pastoral, el extraordinario cuidado por la Liturgia llevada a consecuencias directamente sociológicas, la vida del Prelado como vida del Pastor, el inevitable interés por la vida política, todo esto hacía que entre el clero avanzado, joven o no, la figura de Lercaro apareciera como ideal.

Sin embargo, yo oí en Bolonia lo siguiente: «El ideal, la maravilla sería que fuera Papa el cardenal Lercaro y secretario de Estado el cardenal Montini, dada la mutua admiración y estima entre estas dos grandes figuras de la Iglesia. Ahora bien: como el cardenal Lercaro aparece como demasiado avanzado, entonces ojalá sea Papa el cardenal Montini.»

## Montini

Es decir, incluso ese clero lercariano nos daba la razón a los montinianos. Lo importante era salvaguardar la herencia del Papa de la *Pacem in Terris*, y la forma de salvaguardarla no era volver a la figura que indica el ejemplo del autobús de Sartre, sino darle una marcha no burocrática, no, pero sí jurídica, estructural, con larga perspectiva de años.

El cardenal Montini había intervenido poco en el Concilio; poco públicamente, pero había vivido muy cerca del Papa. Su discurso fué un discurso de gran prudencia, avanzado y de orden a la vez. Pero sabíamos en esos días que un voto importantísimo sobre la renovación de ciertas estructuras eclesiásticas había sido entregado por el cardenal Montini directamente, como con reserva, a la Comisión.

Más y más sobre un detalle que nadie ha recordado, y se comprende, porque en los días anteriores al Conclave lo más importante fué la oración necrológica del cardenal Montini, proclamando poco menos que la intangibilidad de la obra de Juan XXIII; pero yo recuerdo, insisto, lo que nadie ha recordado: cuando salió elegido Juan XXIII, el carde-

nal Montini, con una como explosión de alegría —esos típicos gestos del apasionado y tímido a la vez—, vino a decir, poco más o menos, que él, siendo subsecretario en Roma, había influído para su destino en París, para su posterior carrera eclesiástica. Me atrevería a decir que monseñor Roncalli, en su Nunciatura en París, luego en Venecia, en su preocupación por la «democracia genuina», en su especial relación con la jerarquía europea, era como un discípulo de Montini, monseñor en Roma. Arriesgada expresión, pero que entendida *cum grano salis* puede iluminar muchas realidades del ambiente en torno al Conclave.

Y se explica la emoción, la timidez del nuevo Papa, ante la herencia «personal» de Juan XXIII: en lo humano, en lo social, en la formación, dos mundos no opuestos, pero sí completamente distintos. Y esta es la bella sucesión que vivimos estos días. «Pero desengáñese —me decía un monseñor romano—. Si frente al cardenal Montini hubiera habido una gran figura representante de la corriente más conservadora, el Papa hubiera sido un «tercero» no en discordia, pero sí en compromiso.» Yo le respondía: «Pero esa dispersión en los nombres, ¿no era precisamente consecuencia del aumento grandísimo de cardenales italianos, algunos muy ancianos ya al ser promovidos por Juan XXIII?»

Termino con esto que puede parecer anécdota para señalar qué real, qué hermosa ha sido la «pasión eclesiástica» en torno al Conclave. ¡Y qué maravilla esta primera etapa de Pablo VI, repleta de doctrina, de orden, de dulzura, encaminada toda ella hacia el Concilio! ¡Y qué de Juan XXIII, es decir, al pueblo romano desde la ventana, desde esa ventana corazón de la tierra que «parece que lo de la paz va mejor»!

P. Federico Sopeña
Iglesia de la Ciudad Universitaria
MADRID

# RAICES CRISTIANAS EN ORTEGA

POR

TOMAS OLASAGASTI, OFM, Cap.

Raíz, radical, son vocablos predilectos de Ortega. En las cosas, como en las palabras, gusta de ir a la raíz. No contento con la realidad, se afana tras la realidad radical. Por debajo de las filosofías —y de la filosofía misma— trata de sorprender, quizá tácitos e informulados, sus supuestos radicales. «Especialista en raíces», define al filósofo.

A la hora de mostrar las raíces de su propia filosofía, en su extrema madurez, a la altura de sus sesenta y cinco años y en ocasión solemne, Ortega nos hace esta confesión: «... nosotros, aparte otras razones, por necesidades puramente filosóficas, nos encontramos reviviendo en su raíz la intuición cristiana de la realidad y forzados a ver cómo logramos pensarla según ella reclama, como un ser indigente, por tanto, como un ser que al mismo tiempo que es no acaba de ser...»

Que un hombre como Ortega, no católico, más aún, evadido, mejor diríamos náufrago, del catolicismo, incomprometido, que tantas veces «lleva la contraria» al lector o al oyente, declare, en las circunstancias aludidas, su filosofía en coincidencia fundamental con la visión cristiana de la realidad, puede producir, al pronto, un *choc* de sorpresa. Tal vez la primera reacción es no tomarlo en serio, y quien cede a la imagen de un Ortega que antepone la brillantez a la precisión, fácil a la hipérbole, no muy escrupuloso en punto a coherencia de sus doctrinas, propenderá a no ver en esas palabras más que una frase o a lo más una pretensión que el resto de su obra desmiente. Pero a un lector atento le parecen más bien la explicitación de lo que venía madurando de tiempo atrás. Ese lector a lo sumo habría experimentado sorpresa hacia 1914, cuando Ortega da el paso decisivo del yo absoluto y vacío del idealismo a la humildad de la vida, que sale a escena en las *Meditaciones del Quijote* y da a este primer libro de Ortega temple cristiano.

Después de la superación de su etapa juvenil, una vez en posesión en primera madurez de su intuición de la vida, comienza Ortega a interesarse filosóficamente por el cristianismo. Cae en la cuenta, tal vez con azoramiento, de que su idea de la realidad tiene algo que ver con el cristianismo: por lo pronto, el poner en primer plano el vivir, no

el pensamiento o el ser. Pero aparece a la vez la divergencia. No tanto el dualismo esta vida-la otra, que también hay en Ortega, cuanto su articulación y perspectiva. El cristianismo, como religión que es, no se ocupa de esta vida en sí misma, sino que la mira sin más desde Dios. Es claro que esta actitud básica del cristianismo puede ir modulándose, en las distintas situaciones históricas, en diferentes formas, unas más logradas que otras. Ortega suele referirse a una, que a veces identifica sin más con el cristianismo, que no comparte. Consiste en invertir la perspectiva real, viviendo el último plano, la otra vida, como realidad primaria, mientras esta vida, como realidad y valor, queda desatendida, casi esfumada. Ya en un ensayo de 1911, *Arte de este mundo y del otro,* ve encarnada esta actitud en el arte gótico. A éste contrapone el arte románico, cristiano también, el cual, respetando la perspectiva real, se asienta en este mundo, lo afirma, y deja que el otro lo ilumine y dé el último sentido trascendente.

En 1923, al abordar la vida como valor —terminología menos adecuada que luego abandonará; todavía no posee la expresión «realidad radical»— y repasar las distintas valoraciones de la vida, se encuentra de nuevo con el cristianismo. Sin llegar al extremo del budismo, para el que la vida individual es radicalmente mala, el cristiano «carece de aptitud estimativa ante la existencia terrenal», y ello porque «el cristianismo no parte de consideraciones sobre la vida, sino que, desde luego, comienza con la revelación de una suprema realidad: la esencia divina, centro de todas las perfecciones». En el artículo *Dios a la vista,* de 1926, describe dos actitudes extremas, agnosticismo y gnosticismo. El primero atiende sólo a lo inmediato, a este mundo, desentendiéndose del último plano como inaccesible. El segundo, al contrario, parte del último plano, Dios, e ignora lo inmediato, este mundo. Entre ambos extremos —concluye Ortega— está la actitud justa, y es la que se ve necesitada a adoptar hoy la mente humana: la que atiende a los dos planos y en su verdadera perspectiva, por ser ambos «dados», «positivos». En el curso *En torno a Galileo,* de 1933, habla Ortega del «extremista cristiano» que niega este mundo e intenta fugarse de él, pero al fin tiene que pactar, ya que «esa negación de lo intramundano es una negación arbitraria». En cambio, Ortega hace referencia en su conferencia sobre Vives, de 1940 —también en *En torno a Galileo* había aludido a ello—, a otra actitud, la correspondiente a la situación histórica del cristianismo por aquellas fechas, que no es precisamente la del extremista cristiano, y es adoptada —nada menos— por San Ignacio de Loyola: vivir desde Dios cara a este mundo.

La preocupación por la articulación de los dos mundos acompañó

siempre a Ortega. De sus últimos años son unas páginas, sólo comenzadas, con el título *Vistas sobre el hombre gótico,* donde intenta definir esa forma de vida que es el goticismo, y cuyo rasgo fundamental sería, de nuevo, esa «perspectiva sobremanera paradójica» que adelanta el más allá al primer plano, mientras lo próximo apenas se afirma como realidad.

Lo que se advierte en Ortega, al lado de sus reservas, que afectan más bien a formas históricas concretas, es una progresiva comprensión del cristianismo en la dimensión donde tiene lugar el encuentro: realidad como vida. La plena conciencia de esto parece coincidir con la última madurez de su propia filosofía. En las lecciones de 1929-1930 con el título *¿Qué es filosofía?* atribuye al cristianismo el descubrimiento de la sujetividad, que la filosofía moderna renovará por vía teorética. Que ésta, a partir de su fundador, Descartes, haya extremado el hallazgo incurriendo en sujetivismo, no le impide a Ortega ver la filosofía moderna por uno de sus lados como hija del cristianismo. Es muy probable que, de haberse extendido en ese curso en la analítica de la vida humana, que aparece ya caracterizada como realidad radical y ser indigente, hubiese hecho notar la raíz cristiana, más honda y decisiva, de que se nutre esta nueva visión de la realidad. Pero sólo da, apresuradamente, unos pocos trazos esquemáticos. No tuvo tiempo. Tres años más tarde, en *En torno a Galileo,* ha alcanzado los estratos más profundos: nihilidad ontológica de la vida, realidad como conducta allende el ser y la sustancia, dedicación, misión, responsabilidad, averiguaciones del cristianismo; caracteres constitutivos, por otra parte, de la realidad radical que es la vida humana. Este proceso culmina en las conferencias sobre *Una interpretación de la historia universal,* de 1948-1949, a que pertenecen las palabras citadas al principio.

Tratemos de fijar con cierta precisión, a través de los textos de Ortega, el sentido y alcance de ese encuentro en la raíz con el cristianismo.

## Realidad como indigencia

Ortega ha hecho notar que el hombre antiguo, hacia el siglo I antes de Cristo, había caído en desesperación. Esto le permitió hacer la experiencia de la nulidad de la vida y abrirse al mensaje cristiano que, partiendo de la nihilidad de la criatura, ofrecía a la vez la salvación en Dios. «El estrato básico del cristianismo es el reconocimiento de la nulidad del hombre y de la naturaleza.» Para el cristiano «el

hombre no es un ser suficiente, sino, por el contrario, el ser indigente, que necesita de otro en que apoyarse». El ser suficiente sería, para el cristianismo, «suficiencia», hacerse ilusiones sobre sí, la definición del pecado según San Agustín, «sibi quodam modo fieri atque esse principium». «De este modo el hombre desesperado descubre, al reconocer la nulidad o insuficiencia de su vida tomada por sí, la necesidad de admitir otra existencia y otra realidad firme.» El cristiano «se siente dependiendo absolutamente de otro ente superior o, lo que es igual, se ve a sí mismo esencialmente como criatura. Y para quien existe como criatura, vivir tiene que significar no poder existir independientemente, por sí, por su propia cuenta, sino por cuenta de Dios y en constante referencia a él».

En *En torno a Galileo* está contada la historia de esa concepción cristiana. Con San Agustín alcanza su expresión teórica más plena, en lo tocante a la capacidad cognitiva humana, al quedar absorbida la luz de la razón en la luz divina. La escolástica es ya un incipiente racionalismo que va afirmándose con San Anselmo hasta llegar en Santo Tomás a un equilibrio —y a la vez armonía— entre la razón y la fe. Esa armonía va a romperse a partir de Escoto en un intento de retorno a un pensamiento más auténticamente cristiano. El *Deus exuperantissimus* vuelve a recobrar sus derechos. Dios llega casi a perderse para la razón y ésta queda descalificada. Pero la afirmación del hombre y de la naturaleza sigue su curso; al quedar la divinidad inaccesible, la fe de la razón en sí misma rebrota en otro dominio: este mundo, la naturaleza. Esa progresiva glorificación de la razón y de este mundo no se detendrá hasta el endiosamiento de la naturaleza y del hombre, el panteísmo, que aparece ya pujante en Giordano Bruno y reaparecerá una y otra vez en el pensamiento moderno.

Pero la historia de la filosofía ofrece sorpresas. Al hacer crisis la filosofía moderna, nace hoy una nueva filosofía que se ve forzada dialécticamente a volver al punto de partida cristiano. ¿Habrá que decir que el episodio de la moderna filosofía ha sido el *necessarium peccatum*, la vuelta táctica que ha tenido que soportar la intuición cristiana para que, al fin, se reconozcan sus derechos en el plano filosófico? Lo cierto es que la realidad intramundana vuelve a ser en Ortega el ser indigente, no el ser suficiente o sustancia. «... resulta —concluye en *¿Qué es filosofía?*— que el único ser indubitable que hallamos es la interdependencia del yo y las cosas, las cosas son lo que son para mí, y yo soy el que sufre de las cosas —por tanto, que el ser indubitable es, por lo pronto, no el ser suficiente, sino el 'ser indigente'. Ser es necesitar lo uno de lo otro.» Y en *Una interpretación de la historia universal:* «... tras veinticinco siglos de experiencias

intelectuales nos hemos visto forzados a abandonar la interpretación de la realidad como sustancia y nos estamos apretando las cabezas para ver si conseguimos reconocer, según resulta y se advierte ineludiblemente, que toda realidad, se entiende intramundana, es lo contrario, es el ser menesteroso, deficiente, el ser indigente que no se basta a sí mismo, que es menesteroso y, sin embargo, es.» La última gran empresa de Ortega, la creación del Instituto de Humanidades, emerge de ese intento de reformar la idea helénica del ser y repensar la intuición cristiana de la realidad.

Desde 1933, fecha de la plena madurez de Ortega, esta idea se hace más y más sistemática y reiterativa. Toda la furia, digámoslo así, con que ataca en *Historia como sistema,* de 1935, la sustancia, el ser y la naturaleza, no tiene otro objetivo que salvar la realidad como indigencia. Este es el preciso sentido de la parte «destructiva» de la obra de Ortega. No es su caso el del buscador de la verdad que, tras vanos intentos, desespera de su empresa y se sume en una actitud escéptica. Es el caso de quien ha descubierto realidades nuevas, territorios nuevos de verdad, y, al echar mano, para pensar sus hallazgos, de los instrumentos mentales al uso, los encuentra inadecuados e intenta forjar otros.

Ortega habla en *¿Qué es filosofía?*, en *Historia como sistema* y en el mismo curso *Una interpretación de la historia universal* de reforma del ser. Pero la verdad es que, en el fondo, nunca creyó en las posibilidades de vivificación del ser. Ya desde su primera madurez, las *Meditaciones del Quijote,* se libera de él. Es un extremo en que Ortega y Zubiri siguen líneas divergentes. Zubiri —al menos el de *Naturaleza, Historia, Dios*— está por una ampliación del ser en sugestivo paralelismo con la llevada a cabo por Aristóteles para el movimiento, a fin de poder alojar en él la realidad histórica, el acontecer humano y, en el límite, en virtud de una problemática supra-analogía, la realidad divina. Ortega observa que sólo con expresiones paradógicas es posible hablar de la realidad humana en términos ontológicos. En *Historia como sistema* nos ofrece abundantes ejemplos. La realidad humana es «el ser indigente». Más que ser, es «dificultad de ser», un «esforzarse por ser». Es un ente que «lo único que tiene —su único haber— es, propiamente, menesteres». No es ser, sino que «le pasa ser». Es un ente que «lo único que tiene de estable es su constitutiva inestabilidad». Un ser «siempre distinto de sí mismo». No es de suyo nada, sino «mera potencia para ser 'como usted quiera'». Un «peregrino del ser», un «sustancial emigrante». Su auténtico ser «consiste precisa y formalmente en 'ser lo que no se ha sido'». No es, sino que «va siendo».

Si se quiere hablar sin paradojas, en términos no contradictorios —concluye Ortega—, hay que renunciar al ser. «Y como el término 'ser' está irresistiblemente ocupado por su significación estática tradicional, convendría libertarse de él. Porque el hombre no es, sino que 'va siendo' esto y lo otro. Pero el concepto 'ir siendo' es absurdo: promete algo lógico y resulta al cabo, perfectamente irracional. Ese 'ir siendo' es lo que, sin absurdo, llamamos 'vivir'. No digamos, pues, que el hombre *es*, sino que *vive*.»

A la misma conclusión llega en el coloquio después de su conferencia en las *Rencontres* de Ginebra de 1951: los existencialistas, como Sartre, y Heidegger mismo, que utilizan la terminología ontológica para hablar de la realidad humana, se ven forzados a usar expresiones contradictorias como ésta: «el hombre es un ser que es lo que no es». Merleau-Ponty se asombra de ver a Ortega preferir el término «vida» a la pareja dialéctica «ser-no ser». Ortega, después de hacer sus reservas frente al término mismo vida, sobre todo para desentenderse de los sentidos de que se ha ido cargando el alemán «Leben», insiste en una razón higiénica: el ser está tan contaminado de significaciones inextirpables, que es preferible dejarlo. No interesa aquí precisar qué lugar secundario reserva Ortega para la Ontología.

Conviene atenerse al significado estricto que está presente en la mente de Ortega cuando habla de ser y sustancia. La preocupación por determinar exactamente el sentido de los términos es constante en Ortega, hasta el punto de poder caracterizarse su estilo mental como una tendencia a acotar la significación de las palabras o, lo que es lo mismo, a hacer de-finiciones. Hallazgos sustanciales de Ortega no tienen otro origen que éste, humilde, de haber distinguido claramente ideas que andaban confundidas: pensamiento-conocimiento, ideas-creencias, lo interindividual-lo social, yo-circunstancia, etc.

Uno de los reproches que dirige a Heidegger es haber empleado el término ser en su significado vago, como término *omnibus*, haber hecho del ser «el gran gato pardo», lo que le permite sentar su peculiar tesis de que el hombre «es pregunta por el ser». Ortega, por el contrario, se ha fatigado en determinar el preciso sentido que recibía en las mentes griegas. Ortega suele insistir en la dificultad de entender a los griegos. Hoy comenzamos a entenderlos un poco —dice en las *Rencontres*— gracias a todos los recursos de la filología. Ciertamente, hay que convenir en que lo que se ha entendido hasta ahora por *tò ón, ousía, lógos, noûs, alétheia,* difiere bastante del sentido originario que tratan de extraer un Heidegger, un Zubiri o el mismo Ortega. Este subraya que el ser griego, lo mismo el de Parménides que el de Aris-

tóteles, está afectado esencialmente de fijeza, estabilidad, invariabilidad última, reposo ontológico, y este carácter, inspirado por el modo de ser de las realidades cósmicas, es el que está en colisión con el nuevo tipo de realidad que es la realidad humana. En cuanto a la sustancia, Ortega se atiene al sentido de haber, suficiencia, que poseía en el lenguaje corriente y conserva en Aristóteles, de donde deriva la independencia o in-seidad y, más secundariamente, la permanencia idéntica y el carácter de sub-stantia. La sustancia, por ser lo suficiente y en sí, es también, para Aristóteles, la culminación del ser.

Ortega se ha esforzado en desandar la historia del ser—la «destrucción» postulada por Heidegger—hasta llegar a sus orígenes. En este terreno donde todo es oscuridad no es poco poder decir que Ortega aventura una buena hipótesis. Los pensadores griegos que iniciaron la filosofía, Heráclito, Parménides—conjetura en *Origen y epílogo de la filosofía*—recurrieron al ser en busca de la seguridad perdida al volatilizarse su fe en los dioses. El ser posee los atributos de seguridad. De ese modo el ser sería, en su sentido originario, el sucedáneo, el *Ersatz* de la divinidad. Como quiera que sea, es amonestadora la historia del ser y de la sustancia. Reiteradamente, el término de su evolución ha sido el panteísmo. La escolástica lo evitó poniendo restricciones a la definición de sustancia. Pero ésta ha acabado siempre por romper amarras y seguir inercialmente su impulso hasta dar en el panteísmo, como si fuera su querencia y su lugar natural. Lo más desazonador es que al reaparecer hoy el ser con Heidegger, Sartre, *l'enfant terrible* de la ontología, lo convierte sin más en anti-Dios. «... el ser... no puede afirmarse como ser más que frente y contra su creador; de lo contrario, se funde en él: la teoría de la creación continua, quitando al ser lo que los alemanes llaman la 'Selbstständigkeit', le hace desvanecerse en la sujetividad divina. Si el ser existe frente a Dios, es que es su propio soporte, es que no conserva la menor huella de la creación divina. En una palabra, aun cuando hubiese sido creado, el ser-en-sí sería *inexplicable* por la creación, porque recobra su ser por encima de ésta. Esto equivale a decir que el ser es increado.» Así se expresa, de entrada, en *L'être et le néant*.

En su discurso de 1947 en San Sebastián sobre el *Optimismo en Leibniz* se atreve Ortega a llevar la cuestión de la menesterosidad de la realidad a su última consecuencia. En las líneas finales, se pregunta problemáticamente si la realidad no será imposible. Sería la última derivación de la concepción de la realidad como insuficiencia, como la posibilidad a priori de la realidad es, según nota Ortega en el mismo discurso, corolario de la idea del ser como autárquico. Na-

turalmente, ello supondría una transmutación del sentido mismo de realidad y posibilidad. «¿Cómo cabe dudar de que lo que es puede ser? Declararla problemática, cuestionable, supondría invitar a una reforma radical de la noción misma de ser y trastornar de arriba abajo la ontología tradicional... En efecto, afirmar que lo 'real' es posible, está fundado en la idea del ser que Platón y Aristóteles inocularon a toda la subsecuente filosofía. Según ella, el ente es autárquico, es suficiente, es de suyo logro. A esto es a lo que llamaban la 'perfección' o la bondad del Ser y ha dado a toda la ontología posterior una base última de inconmovible optimismo. En esa tradición resulta incomprensible un modo de ser que consista en mero ensayo o conato de ser, el cual no incluye garantía alguna de que no se malogre, es decir, de que su intento de ser no sirva sólo para demostrar que es imposible. Pero, repito, no son estos días buena sazón para discutir si tiene sentido tan inaudito enigma.» La fórmula concreta con que aparece esta idea en Ortega es «el hombre como ser utópico», una de las categorías importantes de su sistema. Ortega suele hablar del «magnífico fracasar» humano.

### Antioptimismo

Las anteriores frases nos introducen en el tema del optimismo. Para Ortega, el abandono de la idea griega de sustancia es también el ocaso del optimismo. Realidad como autosuficiencia y realidad como bondad son ideas parejas: el ente, sólo por serlo, tiene que ser suficiente, perfecto, bueno. En su *Leibniz* y en el curso *Una interpretación de la Historia Universal,* aquí a propósito de la historia del Imperio Romano, que no se ha entendido bien por no aceptar que la realidad puede ser «constitutivamente enferma y defectiva», y esto por el prejuicio del optimismo intelectual, hace breve historia del optimismo. El optimismo está ya presente en el nacimiento mismo de la filosofía con Heráclito. Toma cuerpo en Platón y Aristóteles; es heredado por los primeros escolásticos, los árabes; pasa de éstos a los escolásticos cristianos; pervive en toda la filosofía moderna, y encuentra en Leibniz a la vez su culminación y su declive.

Ortega piensa que la superación del optimismo es «la reforma más urgente e importante que hay que hacer en la mentalidad contemporánea». Toda la obra de Ortega, sobre todo desde su madurez, es antioptimista, un combate, insistente en los últimos años, contra el optimismo intelectual. También aquí reconoce la filiación cristiana. «¡Cuán-

to más profunda que todo ese inveterado optimismo filosófico tan perfectamente arbitrario, tan mal fundado en razón —y me refiero a Platón y me refiero a Aristóteles—, cuánto más profunda es la definición geográfica que de este mundo da la religión cristiana cuando dice de él que es un valle de lágrimas!»

Por esos años, hablando en Hamburgo sobre Goethe, culpaba al optimismo del peor morbo de la filosofía: el panteísmo. «El panteísmo estoico-humanístico-racionalista del siglo XVIII y comienzos del XIX es el resultado de una gran enfermedad que los griegos nos transmitieron: el optimismo intelectual, el *Tout va bien, madame la marquise* metafísico.» «Toda esta idea de una naturaleza divina supone un estado de pueril optimismo que permite al hombre de esta época, como de las inmediatamente anteriores, 'sentirse sostenido y llevado'. No quiere un Dios trascendente de la naturaleza en que estamos y a que pertenecemos —porque podría pedir a ésta y a nosotros cuenta, al ser otro y más. Pero si metemos a Dios en la naturaleza y creemos *est Deus in nobis,* entonces todo marcha a pedir de boca. Cuanto pasa está bien.»

Esto no quiere decir que Ortega profese el pesimismo. «Lo cual no quiere decir que yo piense ser verdad el vicio opuesto: el pesimismo intelectual. Precisamente ahora se está cayendo, y muy peligrosamente, en este nuevo vicio, y ello ha sido por no estar educadas las mentes humanas para situarse igualmente abiertas ante el optimismo y el pesimismo.» Por debajo del fenómeno existencialista, cabe una actitud no pesimista ante la realidad cambiante y caduca. Ortega gusta de citar la frase de Galileo: *i detrattori della corruptibilità meritebber d'esser cangiati in statue.* Esta sensibilidad que sabe valorar lo móvil y pasajero es, según Ortega, uno de los caracteres con que se anuncia la nueva cultura. «Uno de los caracteres más profundos y más radicalmente nuevos que comienzan a acusarse en la cultura que dentro de nosotros está germinando es la creencia de que *no es lo mejor* que cosas y destinos sean permanentes, inmutables. Sólo los vespertinistas están interesados en que todo perdure. Pero no es permanencia, sino moverse la sustancia del hombre. Pertenecemos a la simiente de Heráclito... nosotros ponemos proa hacia una cultura, la única adecuada a un ente como el hombre, que en medio de un mundo en constante movimiento es él mismo móvil.» Así hablaba, en 1949, a la juventud universitaria alemana. Y con estas palabras cierra el curso *¿Qué es filosofía?:* «Aceptemos este mundo de rocío como materia para hacer una vida más completa.»

Ortega, que no es pesimista en su visión de la realidad, tampoco lo es frente a las vicisitudes históricas. Ni en la hora actual de crisis deja

de vislumbrar síntomas de una nueva aurora. Por los años de la posguerra gusta de clasificar a las personas en matinalistas y vespertinistas. El se cuenta entre los matinalistas. Para Ortega el crepúsculo actual no es presagio de la noche, sino preludio del día. De muchos años atrás venía oponiéndose al tópico de la «decadencia de Occidente» puesto en circulación por la obra de Spengler.

En *Leibniz* fundamenta filosóficamente su equidistancia entre optimismo y pesimismo: «el mundo es, a la par, intemperie y hogar».

Tampoco el cristianismo es pesimismo, recuerda en esa obra. En dos ocasiones ha exteriorizado Ortega, en forma casi violenta, su antipatía hacia Kierkegaard, el representante en nuestros tiempos del cristianismo trágico: en *Prólogo para alemanes,* de 1934, y en *Leibniz,* de 1946-1947. Ortega cree descubrir en Kierkegaard un falsificador del cristianismo auténtico. «No creo que exista escritor que aparte del cristianismo tanto como Kierkegaard.» Para Ortega Kierkegaard es, nada menos, un histrión-de-raíz, es decir, lo contrario de lo que se ha solido ver en él: la personificación de la autenticidad. Lo empareja en este respecto con Unamuno. Y a ese hombre histrión de raíz habría sido el romanticismo el que le hizo tomar al cristianismo por el lado trágico. «El romanticismo envenenó el cristianismo de un hombre histrión-de-raíz que había en Copenhague: Kierkegaard, y de él pasó la cantilena a Unamuno y luego a Heidegger.» Pero el cristianismo no es trágico. «El cristianismo envuelve en sí no un sentimiento, no un vago «sentido», sino directa y formalmente una precisa *idea,* una interpretación casi trágica de la vida, pero es precisamente porque no se detiene a contemplar el fenómeno de la Vida como tal, sino que es *desde luego* solución al problema de la Vida, es salvación. Por eso digo que es una concepción *casi* trágica: a la postre todo termina bien y las cosas se areglan. El cristianismo ve *desde luego* la Vida en su relación con Dios y esto hace que se le presente *a limine,* antes de contemplarla, *sin relacionarla,* como algo infinitamente distante de Dios, el *Ens realissimum* y absoluto, el que absoluta y plenamente *es.* Con lo cual automáticamente la Vida aparece como siendo casi, casi Nada, como casi siendo la Nada, el no-Ser.»

Es decir, esa visión no pesimista de la realidad no la obtiene el cristiano por el análisis de la realidad misma. El cristiano como tal no hace filosofía. No se trata de enunciados filosóficos, sino de vistas tomadas desde la fe. Pero ya es mucho que al repasar hoy el filósofo con mirada filosófica el paisaje visto antes con ojos cristianos, resulten ambas visiones coincidentes.

En *En torno a Galileo* ha mostrado Ortega la novedad que representa la idea cristiana de realidad frente a la griega. La idea griega de realidad está calcada en el modo de ser cósmico; realidad es ser cosa. Y las categorías que inventó el griego para concebir ese modo de ser fueron la sustancia, causa, cualidad, movimiento, etc., categorías propias del ser cósmico. Por el contrario, realidad significa para el cristiano, primeramente, algo totalmente diferente: el comportamiento del hombre con Dios, Dios y hombre en referencia dinámica, realidad como algo moral o, mejor, ultramoral. Realidad consiste ahora no en ser cosa, sino una conducta, un «habérselas con Dios». Realidad como comportamiento ante Dios no sólo implica radical insuficiencia, sino también realidad como algo por hacer, quehacer y, por tratarse de un hacer humano, realidad como algo constitutivamente moral.

El primer principio de la metafísica de Ortega es: la realidad radical es la vida humana. Pero la vida humana, que nos es dada, no nos es dada hecha, sino por hacer. La vida humana consiste en el quehacer de un yo frente a la circunstancia. Ese no estar hecho no significa simplemente que se trata de una entidad en evolución, como la planta. La «vida» vegetal no es problemática, no es en su sustancia misma peligro: es tranquilo desarrollo de lo que pre-existía en germen. El vegetal, más que hacerse él, va siendo hecho. El sí mismo que va a hacerse el yo en la vida no le es prefijado, no está preestablecido, como en la planta o el animal. Por eso —dice Ortega— el yo es *causa sui* en segunda potencia: no sólo tiene que hacerse, sino escoger en todo momento el sí mismo que va a hacerse. El proyecto que es ya el yo inexorablemente no le es impuesto, sino sólo propuesto. La persona puede decidir realizar, llegar a ser un sí mismo que no es el suyo, el originario que es él. Entonces se falsifica.

Aquí radica el carácter intrínseco y constitutivamente ético de la vida: el hombre es invitado imperativamente a realizar un sí mismo concreto, el que *es* en proyecto. De ahí la inevitable responsabilidad de todo hacer humano. La persona tiene que responder en cada una de sus acciones ante ese sí mismo que reclama realizarse y que en cada una de ellas se hace o contra-hace. El imperativo pertenece a la realidad misma del yo, e impera no simplemente lo que el yo debe ser, sino lo que tiene que ser so pena de falsificarse, de destruirse a sí mismo. No es sólo que el hombre, al obrar mal, no sería bueno; es que no sería, con el no ser de lo humano que es la inautenticidad. Al hombre, en el obrar bien o mal, «le va el ser». Por eso la vida en su

estrato último es para Ortega seriedad. Ortega persigue por todas partes al capricho, madre de la frivolidad. «Llega a ser el que eres», el verso de Píndaro que Ortega tantas veces cita, cifra y compendio de su ética, es el antípoda del capricho y del puro «decidir libremente» en que se ha querido hacer consistir la autenticidad y no es sino una forma de capricho.

El yo —o la vida, no urge aquí distinguir— es proyecto, programa, quehacer. Y es vocación, misión, dedicación. Ortega acumula los términos para nombrar el yo, probablemente porque ninguno agota su peculiaridad. Proyecto, programa, quehacer, son conceptos vulgares. Vocación, misión, dedicación, son categorías religiosas, más aún, cristianas. Ortega ha aludido más de una vez al fenómeno de que la filosofía, hoy, se haya visto obligada a tomar sus términos al habla coloquial, a consagrar palabras vulgares y elevarlas a categoría filosófica. Esto quiere decir que la filosofía parte hoy de los datos más elementales y próximos, que de puro inmediatos habían escapado a la reflexión filosófica. Tal vez no han sido siempre afortunados algunos pensadores existenciales en el uso de conceptos religiosos. Pero el fenómeno en conjunto obedece a que se han encontrado, con sorpresa, trabajando en terreno común con la religión y se han visto en el trance de emplear, a falta de otras, herramientas de técnica religiosa.

No creo que quede adecuadamente expresado el hecho hablando de «secularización» o laicización de conceptos religiosos. Hay secularización cuando a ideas originariamente religiosas se les amputa el significado religioso para sustituirlo con otro profano o para-religioso. Si analizamos los conceptos religiosos adoptados por Ortega, vemos que se trata de otra cosa. Expresan una dimensión esencial de la vida humana, que es *substratum* del ulterior fenómeno propiamente religioso. No se trata de suplantación, sino de continuidad. Por debajo del fenómeno religioso se desciende a otro primario, previo, que lo posibilita y reclama y, en virtud de una analogía de buena ley, se nombra con la misma palabra.

«Hay una vieja noción —dice en *El hombre a la defensiva,* de 1929— que es preciso rehabilitar, dándole un lugar más importante que nunca ha tenido: es la idea de vocación.» Y en 1932, en un intento de dar con la vocación de Goethe: «Si por vocación no se entendiese sólo, como es sólito, una forma genérica de la ocupación profesional y del *curriculum* civil, sino que significase un programa íntegro e individual de existencia, sería lo más claro decir que nuestro yo es nuestra vocación. Pues bien, podemos ser más o menos fieles a nuestra vocación y, consecuentemente, nuestra vida más o menos auténtica.» El yo es vocación. Que esto no es un decir se comprueba por el hecho de que

siempre que ha intentado hacer un esbozo de biografía, sea de Goethe, o de Dilthey, o de Vives, o de Velázquez, o de Goya, o de Contreras, se preocupa, ante todo, de precisar la vocación del biografiado. Y no hay que olvidar que para Ortega la biografía, en un sentido nuevo de que hasta ahora no existen ejemplos, es el supremo género literario y culminación de la teoría de la vida humana.

La vocación, en filosofía, no puede considerarse como sucedáneo, *Ersatz*, del concepto religioso. El yo es proyecto que reclama realizarse. Por eso es llamada, vocación. No es, todavía, llamada de Dios; no tiene todavía sentido religioso. Pero es lo que fundamenta la vocación como llamada de Dios. La llamada religiosa quedaría desfundamentada si no se apoyase en el ser radical del hombre.

Como el hombre *es* vocación, *es* también misión. «Misión es esto —dirá en 1935—: la conciencia que cada hombre tiene de su más auténtico ser que está llamado a realizar. La idea de misión es, pues, un ingrediente constitutivo de la condición humana, y como antes decía, sin hombre no hay misión, podemos ahora añadir: sin misión no hay hombre.» Y *es* dedicación. «... el acto de dedicar su vida a algo determinado es un privilegio de la condición humana... el acto más íntimo y a la vez más sustanciosamente solemne de nuestra vida es aquel por el cual nos dedicamos a algo, y no es mero azar que denominemos esa acción con el vocablo 'dedicar', que es un término religioso de la lengua latina.»

Ortega ha recordado, en el curso *En torno a Galileo,* que ha sido el cristianismo el descubridor de la vida como misión. Y misión —añade— no es sino conciencia de la vocación. Vida como vocación y misión es, a la vez, vida como dedicación. Llamada y envío es invitación a entregar la vida a algo. Ortega proclama en frases fervorosas esa «averiguación fundamental del cristianismo.» «He ahí lo fundamental de la experiencia cristiana del hombre: todo lo demás es secundario, casi anecdótico al lado de eso. Descubrir, caer en la cuenta de que la vida en su última sustancia consiste en tener que ser dedicada a algo, no en ocuparse de esto o de lo otro dentro de la vida, que eso sería lo contrario, meter en la vida algo que se considera valioso, sino tomar en vilo nuestra existencia entera y entregarla a algo, de-dicarla... esa es la averiguación fundamental del cristianismo, lo que indeleblemente ha puesto en la historia, es decir, en el hombre. El hombre antiguo ignoraba eso: para él, en el mejor caso, la vida recta consistía en aguantar con dignidad los golpes de la fortuna —esto era en su mejor extremo el estoicismo: la vida como aguantar, el *sustine* de Séneca. Pero desde el cristianismo el hombre, por ateo que sea, sabe, ve, no ya que la vida humana debe ser entrega de sí misma, vida como misión prometida y destino

interior —todo lo contrario que aguante de un exterior destino—, sino que lo es, queramos o no.»

Al ser misión y dedicación, la vida es, para el cristianismo, responsabilidad. «... entonces la vida es en su propia esencia responsabilidad de sí misma. ¿Quién sino el cristianismo ha hecho este descubrimiento de la vida como consistiendo en responsabilidad?»

Esta idea de vocación, de tanta raigambre bíblica, tan central lo mismo en el viejo como en el nuevo Testamento, está lejos de haber agotado todas sus posibilidades en el campo teológico. Los signos parecen ser de que la teología actual se siente cada vez más atraída por ella y ensaya estructurar toda la economía de la vida cristiana en torno a la vocación y elección por Dios. Tal vez es buena razón ésta para que también la ética cristiana, que busca nuevos derroteros y ha intentado, quizá no del todo acertadamente, fundamentarse en la idea de valor, ensaye construirse a partir del ser humano como vocación. Hasta ahora a la vocación sólo se le ha concedido «voz» en lo individual, en las determinaciones últimas que las normas generales dejaban inconcretas. La vocación, siendo una figura integral de vida, ha de estar en condiciones de guiar integralmente la conducta humana. Hay que concordar el carácter singular de la vocación con la necesaria universalidad de toda disciplina teórica. Sin exclusivismos, sin interferencias con la ética intelectualista (llamémosla así), en continuidad con ésta, en una interrelación que habría que precisar, hay que reservarle un puesto a la ética de la vocación. Lo que no parece dudoso es que una ética cristiana no alcanza su última plenitud o, si se prefiere, su radicalidad primaria, sino es como ética de la vocación.

## Vida, realidad radical

Para el cristiano, esa realidad de un alguien que es en Dios y tiene que irse haciendo en Dios y para Dios, es el dato primordial. Para el cristiano, el ser de las cosas es, primeramente, un *ser-para;* lo cual equivale a negarles, en primera instancia, su condición de cosas, a negarles el ser, al menos si éste significa ser en sí, ser de suyo. Ni el mundo es el conjunto de cosas, sino el escenario en que tiene lugar ese drama que es la vida cristiana, el campo donde se «juega» la salvación. Al cristiano como tal sólo le es realidad él mismo y cuanto le rodea *en referencia* a Dios.

Tal es la perspectiva propia de la religión. Una perspectiva inversa a la filosófica. Para la filosofía la realidad es un mundo de cosas, de

seres en sí y para sí. Lo dado inmediatamente, lo incuestionable, lo que *hay* son las cosas con su ser.

Esta manera de ver, que abarca un ciclo cultural amplísimo, hasta punto de parecer la perspectiva «natural», es la que queda anulada en Ortega. De la inversión de esa perspectiva hace Ortega el punto de partida de su metafísica. Sus análisis de la vida humana como menesterosidad, quehacer, etc., con ser tan importantes, habrían quedado en la línea de la «Analítica existencial» de un Heidegger o un Jaspers si no les confiriese rango metafísico la tesis fundamental de que la vida humana es la realidad radical. Según esa metafísica, el ser en sí de las cosas no nos es patente, no tropezamos con él, no lo encontramos, en suma, no lo hay, sino que es, por lo pronto, una idea, una teoría. La inversión se completa con la pretensión de que es precisamente ese ser-para de las cosas, su instrumentalidad, su condición de facilidades y dificultades, de posibilidades o imposibilidades para nuestra vida, la realidad primaria, lo que verdaderamente encuentro, lo que no supongo para explicar tales o cuales datos, sino que es el dato radical, lo que hay.

Ahora resulta que la visión cristiana no era un punto de vista alcanzado con una violenta distorsión mental, algo que filosóficamente sólo podía justificarse tras laboriosos y penosos distingos y salvedades. Resulta que no tenía «razón» la filosofía científica y la filosofía popular del «sentido común», precipitada en creencia desde milenios, sino que la «razón estaba de parte de la religión.

No se trata de fusión o confusión de filosofía y religión. Es eliminación de un contraste que deja a salvo la peculiaridad e independencia de ambas. Se trata de no distanciarlas más de lo justo. En la perspectiva total de la realidad—la propia de la filosofía—corresponde a este mundo el primer plano, la condición de realidad primaria. La tentación permanente de la filosofía no ha sido destacar este mundo, traerlo a primer plano, sino sustantivarlo, haciendo a Dios superfluo. En el racionalismo, por ejemplo, se reserva a Dios el puesto principal; es el fundamento de todo: de la certeza, del orden natural y del moral. Pero... es el fundamento de las construcciones mentales, de los mundos artificiales que los racionalistas se sacan de la cabeza. No saben, en cambio, encontrarlo en la verdadera raíz: en la radical indigencia de la realidad *misma*, tal como se nos presenta exenta y previa a toda fabricación mental. El racionalismo vacía la realidad de su menesterosidad y, por lo mismo, de su necesidad de salvación. El racionalismo es prepotencia del hombre y de la naturaleza, y su temple es la soberbia vital, como ha visto Dilthey. El peligro de sustantivación de este mundo y esta vida queda *a limine* evitado desde el momento

que la filosofía parte de la vida humana como *realidad radical,* por tanto, de afirmar como *realidad primaria* algo indigente y desustanciado.

Que la cima quizá más alta de la filosofía actual haya llegado a estas posiciones es, creo, uno de los motivos para mirar con esperanza el porvenir. Cuando una filosofía cristaliza en creencia, influye, por pura que sea, en todos los órdenes. Descartes protesta en *Discours de la méthode* de que no pretende aplicar a la sociedad la reforma de la razón. Pero siglo y medio más tarde la «razón pura» lleva a cabo la Revolución francesa. La filosofía de Ortega, superación de la forma más depurada del idealismo —la fenomenología de Husserl—, que aúna como ninguna de las actuales la radicalidad con la claridad y distinción, a tono con la sensibilidad de nuestro tiempo, tiene todas las probabilidades de «hacer mundo», de convertirse en ingrediente sustancial del sistema de creencias de que ha de vivir el hombre de mañana.

Debería ser preocupación del pensador católico actual que ese influjo, al parecer inevitable, sea para bien y no para mal. Recuérdese la observación de Zubiri en *Sócrates y la sabiduría griega:* toda la filosofía dice algo explícito y dice algo en germen. Ese germen es susceptible de ser desarrollado en varias direcciones; unas serán vías muertas o funestas, otras fecundas y benéficas. Al pensador católico actual le debe preocupar, más que Ortega, lo que hagamos de Ortega: un filósofo integrado en partes sustanciales al catolicismo o un pensador más, en la triste lista de la historia, que los enemigos del catolicismo puedan airear como gloria suya y bandera contra el cristianismo. En Ortega no es difícil rescatar el elemento salvable. No es menester siquiera apelar, por debajo de su doctrina explícita, a ese germen de que habla Zubiri, susceptible de elaboración ortodoxa. Basta atenerse a lo dicho expresamente, quizá aislarlo de adherencias circunstanciales y continuarlo hasta llevarlo a sus últimas posibilidades.

En este sentido, hablar de «raíces cristianas» en Ortega resulta, tal vez, insuficiente. Si esa expresión sólo nos sugiere que el elemento cristiano queda soterrado, sin alcanzar el tronco y las ramas, hay que decir que es inadecuada y que en Ortega hay más. Su doctrinal filosófico, el torso de su filosofía contiene ya sustancia cristiana. La metafísica de Ortega consta parcialmente de una lista de enunciados coincidentes con la visión cristiana de la realidad. Hay que hablar de «raíces cristianas» en el sentido de fundamentalidad, de doctrinas básicas.

La metafísica de Ortega es independiente de posiciones científicas más o menos discutibles que puedan encontrarse en su obra. Aun

cuando teorías de Ortega como la del origen del hombre y de la razón se demostrasen erróneas, no por ello sufrirían conmoción sus tesis metafísicas. La metafísica de Ortega —como toda verdadera metafísica— no está cimentada en doctrinas zoológicas, biológicas o psicológicas. El punto de vista «científico» es derivado y secundario. La metafísica parte de una reflexión sobre la realidad *misma*. Por fortuna, es en sus tesis metafísicas donde topamos con esas raíces cristianas, donde tiene lugar el encuentro con el cristianismo.

**Rvd. P. Tomás Olasagasti**
**Paseo Cuéllar, 10**
**ZARAGOZA**

# POEMAS

POR

MIGUEL GONZALEZ GERTH

## VISION

¡Espejo de la mañana!
Mar en que sueños viajeros
apuntan sus proas de silencio
hacia la cruz del alba.

Laberinto de la luz.
Ensayan los dardos
del sol los arcos
de la lentitud.

Y aparece la sombra,
la sombra al trasluz
de cansada quietud
y gaviotas.

Entonces se tiñen los aires
de altura y suspensión.
Entre reflejos sin voz
vuelan imágenes.

## VISLUMBRES DE CONCIENCIA

### 1

### AMANECER

El capricho de la noche,
antes vanidad de estrella,
consiente un rubor que apenas
sugiere un alma que despierta.

Un cántico se eleva
de labios que dormían.
¡Qué adiós semeja el tiempo
en la aurora encendida!

¡Oh!, y una voz clarinegra
—sobra de mi alma en vilo—
canta como canta el agua
cuando la luna se ha ido.

## 2

### MOMENTO POETICO

Mis ojos miran a través de un lente
el jardín lejano de mi infancia,
huerto de triste fragancia
de pronto abierto.

Dentro atisbo un paradigma:
el pasado de mi cuento;
el presente de mi vida;
el futuro de mi sueño
malogrado por desidia.

Mas la vieja leyenda de una fuente
conjuga en el silencio de la estancia
la íntima consonancia
de un cuarto tiempo.

## 3

### FUGA INUTIL

Soliloquio: llama que delira.
Silencio: cristal oscurecido.
Me escondo: huyo de mí mismo.
Me encuentro: en mi alma sorprendida.

## SILENCIO SIN CRISTAL

*A mi hermana Miriam,*
*cuando era niña.*

La rosa
Quiero tus crines de noche
para los sueños de mi alma.
El pegaso
Te doy la vitrina del cielo
para tu rezo de estampa.
La rosa
Quiero tu aliento de bronce
para la flor de mi pecho.
El pegaso
Te doy la luna de perlas
para que adornes tu cuello.
La rosa
Quiero tus alas eternas
para mi suave fragancia.
El pegaso
Te doy la luz de una estrella
para que escondas el agua.
La noche
Dos sueños, dos sueños son,
con y sin corazón:
uno de negros claveles,
el otro de cielo verde.
El pegaso
Rosa, rosa, flor ideal,
¿por qué no aprendes a olvidar?
La rosa
Ay, pegaso, corcel real,
tengo ganas de llorar.

## MEDITACION

(ANTE UNA ARQUITECTURA BARROCA.)

No es la gárgola presente del pasado
lo que alimenta el triple ambiente.
Su actitud es la agonía del ser
sapiente. Como un rudo santo
—su nimbo, enjambre de alas rotas—
susurra su rezo en arco simple,
incapaz de dar sus ojos a quien mire
su frente continuada en sombra.
Sólo la conciencia de la hora, marco
impuesto en curva incompleta de su origen,
su mirada hacia atrás, lo oscuro rige.
Toda palabra es silencio en este canto.
En él la mudez trasciende el llanto.

**Miguel González Gerth**
**Department of Spanish**
**Bryn Mawr College**
**BRYN MAWR, PENNSYLVANIA (USA)**

# PATRON

## (CUENTO)

POR

## ABELARDO CASTILLO *

### I

La vieja Tomasina, la partera, se lo dijo. Tás preñada, le dijo y ella sintió un miedo oscuro e indefinible: llevar una criatura adentro, como un bicho enrollado. Un hijo, que a lo mejor iba a tener los mismos ojos duros, la misma piel áspera del viejo. Estás segura, Tomasina, preguntó; pero no preguntó, asintió, porque ya lo sabía; siempre supo que el viejo iba a salirse con la suya. Pero, m'hija, dijo Tomasina, llevo más partos vistos que potros tiene tu marido. La miraba; va a estar contento Anteno, agregó. Y Paula dijo: Sí, claro. Y aunque no se acordaba, una vez, hacía cuatro años, también había dicho:

—Sí, claro.

Esa tarde quería decir que aceptaba ser la mujer de don Antenor Domínguez, el dueño de La Cabriada. El amo.

—Mire que no es obligación —dijo la abuela de Paula: tenía los ojos bajos y se veía de lejos que sí, que era obligación—. Ahora que usté sabe cómo ha sido siempre don Anteno con uno, lo bien que se portó desde que nos falta su padre. Pero eso no quita que haga su voluntad.

Sin querer, las palabras «su voluntad» fueron ambiguas; parecían afirmar más la voluntad de don Antenor que la de Paula, y nadie dudaba que en toda La Cabriada «su voluntad» quería decir siempre lo mismo. Ahora quería decir que Paula, la hija del viejo peón de

---

* *Publicamos uno de los últimos relatos del escritor Abelardo Castillo, nacido en 1936 y uno de los más firmes valores de la rica literatura argentina joven. Poco después de los veinte años, Castillo escribe y estrena la tragedia en un acto «El otro Judas», con la que obtiene por unanimidad el primer premio en el concurso teatral de la publicación bonaerense «Gaceta Literaria». En 1959 funda con Arnoldo Liberman la revista «El grillo de papel», en la que inicia la publicación de sus cuentos. Ha editado un volumen de ellos, distinguido también en dos concursos y hoy rigurosamente agotado, «Las otras puertas» (Ed. Goyanarte, Buenos Aires, 1916). Su drama «Israfel», inspirado en la vida de Edgar Allan Poe, después de haberle deparado otro galardón en Buenos Aires, el de la Federación Argentina de Teatros ndependientes, le acaba de valer un «Premio Internacional de Autores Dramáticos Latinoamericanos Contemporáneos», organizado en París por el Institut International du Théâtre (UNESCO) y cuyo Jurado contó entre sus miembros a Eugéne Ionesco, Christopher Fry, Diego Fabbri, Marc Connelly, Alfonso Sastre, Claude André Puget y otros autores —austríacos, polacos, finlandeses, etc.— del mayor prestigio. Abelardo Castillo dirige en la actualidad y en Buenos Aires la revista «El escarabajo de oro».*—N. de la R.

chacra —muerto, achicharrado en los corrales por salvar la novillada cuando el incendio aquel del 30— podía ser la mujer del hombre más rico del partido, porque él un rato antes había entrado al rancho y había dicho:

—Quiero casarme con tu nieta —Paula estaba afuera, dándole de comer a las gallinas; él había pasado sin mirarla—. Se me ha dado por tener un hijo, sabés —señaló afuera, el campo, y su ademán pasó por encima de Paula que estaba en el patio, como si el ademán la incluyera, de hecho, en las palabras que iba a pronunciar después.

—Mucho para que se lo quede el gobierno, y muy mío. ¿Cuántos años tiene la muchacha?

—Dieciocho, o diecisiete —la abuela no sabía muy bien; tampoco sabía muy bien cómo hacer para disimular el asombro, la alegría, las ganas de regalar, de vender la nieta. Se secó las manos en el delantal.

El dijo:

—Qué me mirás. ¿Te parece chica? En los bailes se arquea para adelante, bien pegada a los peones. No es chica. Y en la chacra va a estar mejor que acá. Qué me contestás.

—Y..., yo no sé, don Anteno. Por mí no hay...

Se encogió de hombros, sin acabar de decir que no había inconvenientes porque no le salió la palabra. Y entonces todo estaba decidido. Cinco minutos después él salió del rancho, pasó junto a Paula y dijo «vaya, que la vieja quiere hablarla.» Ella entró y dijo:

—Sí, claro.

Y un mes después el cura los casó. Hubo malicia en los ojos esa noche, en el patio de la estancia. Vino y asado y malicia. Paula no quería escuchar las palabras que anticipaban el miedo y el dolor.

—Un alambre parece el viejo.

Duro, retorcido como un alambre, bailando esa noche, demostrando que de viejo sólo tenía la edad, zapateando un malambo hasta que el peón dijo está bueno, patrón, y él se rió, sudado, brillándole la piel curtida. Oliendo a padrillo.

Solos los dos, en sulky la llevó a la chacra. Casi cuatro leguas, solos, con todo el cielo arriba y sus estrellas, y el silencio. De golpe, al subir una loma, como un aparecido se les vino encima, torva, la silueta del Cerro Negro. Dijo Antenor:

—Cerro Patrón.

Y fué todo lo que dijo.

Después, al pasar ellos, Tomás, el cuidador, los saludó con el farol desde lejos, y cuando llegaron a la casa, Paula no vió más que a una mujer, y a los perros que se abalanzaban, y se frenaron en seco sobre

los cuartos, porque Antenor los enmudeció, los paró de un grito. Paula supo que esa mujer, nadie más, vivía ahí adentro, y por una oscura relación entendió que era ella quien cocinaba para el viejo: el viejo le había preguntado «comieron», y señaló a los perros.

Ahora, desde la ventana alta de la chacra, se ven los pinos y los perros duermen. Largos los pinos, lejos.

—Todo lo que quiero es mujer en la casa, y un hijo, un macho en el campo —Antenor señaló afuera, a todo lo largo de la noche agujereada de grillos; en algún sitio se oyó un relincho—. Vení, arrimate.

Ella se acercó.

—Mande —le dijo.

—Todo esto va a ser para él, entendés. Y también para vos. Pero andá sabiendo que acá se hace lo que yo digo, que por eso me he ganao el derecho a disponer —y señalaba el campo, afuera, hasta mucho más allá del monte de eucaliptos, detrás de los pinos, hasta pasar el cerro, abarcando aguadas y caballos y vacas. Le tocó la cintura, y ella se puso rígida debajo del vestido—. Veinticinco años tenía cuando me lo gané —la miró, como quien se mete dentro de los ojos—, ya hace treinta.

Paula aguantó la mirada. Lejos, volvió a escucharse el relincho. El dijo:

—Vení a la cama.

## II

No la consultó. La tomó, del mismo modo que se corta una fruta del árbol crecido en el patio. Estaba ahí, dentro de los límites de sus tierras, a este lado de los postes y las alambradas de púas. Una noche —se decía—, muchos años antes, Antenor Domínguez subió a caballo y galopó hasta el amanecer. Ni un minuto más. Porque el trato era «hasta que amanezca», y él estaba acostumbrado a esas cláusulas viriles, arbitrarias, que se rubricaban con un apretón de manos o a veces ni siquiera con eso.

—De acá hasta donde llegues —y el caudillo, mirando al hombre joven estiró la mano, y la mano, que era grande y dadivosa, quedó como perdida entre los dedos del otro—. Clavás la estaca y te volvés. Lo alambrás y es tuyo.

Nadie sabía muy bien qué clase de favor se estaba cobrando Antenor Domínguez aquella noche; algunos, los más suspicaces, aseguraban que el hombre caído junto al mostrador del Rozas, tenía algo que ver con ese trato: toda la tierra que se abarca en una noche de a caballo. Y él salió, sin apuro —sin ser tan zonzo como para reventar el animal

a las diez cuadras—, y cuando clavó la estaca empezó a ser don Antenor. Y a los quince años era él quien podía, si cuadraba, regalarle a un hombre todo el campo que se animara a cabalgar en una noche. Claro que nunca lo hizo. Y ahora habían pasado treinta años y estaba acostumbrado a entender suyo todo lo que había de este lado de los postes y el alambre. Por eso no la consultó. La cortó.

Ella lo estaba mirando. Iba a decir algo, pero prefirió callar. Nadie, viéndola, hubiera comprendido bien este silencio: la muchacha era una mujer grande, ancha y poderosa como un animal, una bestia bella y chúcara a la que se le adivinaba la violencia debajo de la piel. El viejo, en cambio, flaco, áspero como una rama.

—¡Contestá, ché! ¡Contestá, te digo! —se le acercó—. Paula sentía ahora su aliento junto a la cara, su olor a venir del campo. Ella dijo:

—No, don Anteno.

—¿Y entonces? Me querés decir, entonces...

Obedecer es fácil; pero un hijo no viene por más obediente que sea una, por más que aguante el olor del hombre corriéndole por el cuerpo, su aliento, como si entrase también, por más que se quede quieta boca arriba. Un año y medio boca arriba, viejo macho de sementera, un año y medio sintiéndose la sangre tumultuosa galopándole el cuerpo, queriendo salírsele del cuerpo, saliendo y encontrando sólo la dureza despiadada del viejo. Sólo una vez lo vió distinto; le pareció distinto. Ella cruzaba los cuadros de la chacra, buscándolo, y un peón asomó detrás de una parva; ella había sentido la mirada caliente recorriéndole la curva de la espalda, como en los bailes, antes, y entonces oyó un crujido, un golpe seco y se dió vuelta. Antenor estaba ahí, con el talero en la mano, y el peón abría la boca como en una arcada, abajo, junto a los pies del viejo. Fué esa sola vez. Se sintió mujer disputada; mujer, no más. Y no le importó que el viejo dijera: «yo te voy a dar mirarme la mujer, pión rotoso». Y era un macho herido vindicando su orgullo.

—Y vos, qué buscás. Ya te dije donde quiero que estés.

En la casa, claro. Y lo decía mientras un hombre, todavía en el suelo, abría y cerraba la boca en silencio, mientras otros hombres empezaron a rodear al viejo ambiguamente, le empezaron a rodear con una expresión menos parecida al respeto que a la amenaza. El viejo no los miraba:

—Qué buscás.

—La abuela —dijo ella—. Me avisan que está mala —y repentinamente se sintió sola, únicamente protegida por el hombre del talero; el hombre rodeado de peones agresivos, ambiguos, que ahora, al escu-

char a la muchacha, se quedaron quietos. Y ella se dió cuenta que, sin quererlo, estaba defendiendo al viejo.

—Qué miran ustedes —la voz de Antenor, súbita—. El viejo sabía siempre cuál era el momento de clavar una estaca. Los miró y ellos agacharon la cabeza; el capataz venía del lado de las cabañas, gritando alguna cosa. El viejo miró a Paula, y de nuevo al peón que ahora se levantaba, encogido como un perro apaleado—. Si andás alzado, en cuanto me dé un hijo te la regalo.

## III

A los dos años empezó a mirarla con rencor. Mirada de estafado, eso era. Antes había sido impaciencia, apuro de viejo por tener un hijo y asombro de no tenerlo: la mirada interrogante del viejo y ella que bajaba la cabeza con un poco de vergüenza. Después fué la ironía. O algo más brutal, más bárbaro, pero que se emparentaba de algún modo con la ironía, y hacía que la muchacha se quedase con la vista fija en el plato, durante la cena o el almuerzo. Después, aquel insulto en mitad del campo, golpeándole el rostro, prefigurando la mano pesada y ancha que alguna vez va a estallarle en la cara, porque Paula siempre supo que el viejo iba a terminar golpeando. Lo supo la misma noche que murió la abuela.

—O cuarenta y tantos, es lo mismo.

Alguien lo había dicho en el velorio: cuarenta y tantos. Los años de diferencia querían decir. Paula miró de reojo a Antenor; y él, más allá, hablando de unos cueros, adivinó la mirada y entendió lo que todos pensaban: que la diferencia era grande. Y quién sabe entonces si la culpa no era de él, del viejo.

—Volvemos a la chacra —dijo de golpe.

Esa fué la primera noche que Paula le sintió olor a caña. Después —hasta la tarde aquella, cuando un toro se vino resoplando por el andaribel y hubo gritos y sangre por el aire y el viejo se quedó quieto como un trapo— pasó un año, y Antenor tenía siempre olor a caña. Un olor penetrante, que parecía querer meterse en las venas de Paula, entrar junto con el viejo. Al final del tercer año quedó encinta. Debió de haber sido durante una de esas noches furibundas en que el viejo, brutalmente, la tumbaba sobre la cama, como a un animal maneado, poseyéndola con rencor, con desesperación. Ella supo que estaba encinta y tuvo miedo. De pronto sintió ganas de llorar; no sabía por qué, si porque el viejo había salido con la suya o por la mano brutal, pesada, que se abría ahora: ancha mano de castrar y marcar, estallándole, por fin, en la cara.

—¡Contestá! ¡Contestame, yegua!

El bofetón la sentó en la cama; pero no lloró. Se quedó ahí, odiando al hombre con los ojos muy abiertos. La cara le ardía.

—No —dijo mirándolo—. Ha de ser un retraso, no más. Como siempre.

—Yo te voy a dar retraso —Antenor repetía las palabras, las mordía—. Yo te voy a dar retraso. Mañana mismo le digo al Fabio que te lleve al pueblo, a casa de la Tomasina. Yo te voy a dar retraso.

La había espiado seguramente. Había llevado cuenta de los días; quizá desde la primera noche, mes a mes, durante los tres años llevó cuenta de los días.

—Mañana te levantás cuando aclare. Acostate ahora.

Una ternera boca arriba, al día siguiente, en el campo. Paula la vió desde el sulky, cuando pasaba para el pueblo con el viejo Fabio. Olor a carne quemada y una gran «A», incandescente, chamuscándole el flanco: Paula se reconoció en los ojos de la ternera. Al volver del pueblo, Antenor todavía estaba ahí, entre los peones. Un torito mugía, tumbado a los pies del hombre; nadie como el viejo para voltear un animal y descornarlo, o caparlo de un tajo. Antenor la llamó, y ella hubiera querido que no la llamase: hubiera querido seguir hasta la chacra, encerrarse allá. Pero el viejo la llamó y ella ahora estaba parada junto a él.

—Cebá mate —algo como una tijera enorme, o como una tenaza, se ajustó en el nacimiento de los cuernos del torito. Paula frunció la cara. Se oyeron un crujido y un mugido largo, y del hueso brotó, repentino, un chorro colorado y caliente—. Qué fruncís la jeta, vos.

Ella le alcanzó el mate. Tás preñada, había dicho la Tomasina. El pareció adivinarlo. Paula estaba agarrando el mate que él le devolvía; quiso evitar sus ojos, darse vuelta.

—Ché —dijo el viejo.

—Mande —dijo Paula.

Estaba mirándolo otra vez, mirándole las manos anchas, llenas de sangre pegajosa. Recordó el bofetón tremendo de la noche anterior. Por el andaribel traían un toro grande, un pinto, que bufaba y hacía retemblar las maderas. La voz de Antenor, mientras desanudaba unas correas, hizo la pregunta que Paula estaba temiendo. La hizo en el mismo momento que Paula gritó, que todos gritaron.

—Qué te dijo la Tomasina —preguntó.

Y todos, repentinamente, gritaron. Los ojos interrogantes del viejo se habían cerrado; de inmediato volvieron a abrirse, enormes, y mientras todos gritaban, el cuerpo de Antenor dió una vuelta fantástica en el aire, atropellado de atrás por el toro. Hubo un revuelo de hombres

y animales y el resbalón de las pezuñas sobre la tierra. En mitad de los gritos, Paula seguía parada con el mate en la mano, mirando absurdamente el cuerpo como un trapo del viejo. Había quedado allí sobre el alambrado de púas, como un trapo puesto a secar. Y todo fué tan rápido que los sobresaltó, por encima del tumulto, la voz autoritaria de Antenor Domínguez.

—¡Ayudenmé, carajo!

## IV

Esta orden y aquella pregunta fueron las dos últimas cosas que articuló. Después estaba allí, siempre, tendido de espaldas sobre la cama, sudando, abriendo y cerrando la boca sin pronunciar palabra. Quebrado, partido como si le hubiesen descargado un hachazo en la columna; no perdió el sentido hasta más tarde. Sólo entonces el médico aconsejó llevarlo al pueblo, a la clínica. Dijo que el viejo no volvería a moverse, tampoco a hablar. Cuando el viejo estuvo en condiciones de comprender alguna cosa, Paula le anunció lo del chico:

—Va a tener el chico—le anunció—. La Tomasina lo ha dicho.

Un brillo como de triunfo alumbró ferozmente la mirada del viejo; se le achisparon los ojos, y de haber podido hablar, acaso hubiera dicho gracias por primera vez en su vida. Un tiempo después garabateó en un papel que quería volver a la chacra. Esa misma tarde se lo llevaron.

Nadie vino a verlo. El médico y el capataz de La Cabriada, el viejo Fabio, eran las dos únicas personas que el viejo veía; salvo la mujer, que ayudaba a Paula en la cocina—pero que jamás entró al cuarto del viejo, por orden de Paula—, nadie más andaba por la chacra. El viejo Fabio llegaba al caer el sol. Llegaba y se quedaba quieto, sentado al borde de la cama, sin saber qué hacer o qué decir. Paula, en silencio, cebaba mate entonces.

Y súbitamente, ella, Paula, se transfiguró. Se transfiguró cuando Antenor pidió que lo llevaran al cuarto alto; pero ya desde antes, su cara, hermosa y brutal, se había ido transformando. Hablaba poco, cada día menos. Su expresión se fué haciendo cada vez más dura—más sombría—, como la de quienes, en secreto, se han propuesto obstinadamente algo. Una noche, el viejo pareció ahogarse; Paula sospechó que Antenor podía morirse así, de golpe, y tuvo miedo. Sin embargo, ahí, entre las sábanas y a la luz de la lámpara, el rostro de Antenor Domínguez tenía algo desesperado, emperradamente vivo. No quería morirse hasta que naciera el chico; los dos querían esto. Ella le vació una cucharada de remedio en los labios temblorosos. Antenor echó la

cabeza hacia atrás. Los ojos, por un momento, se le habían quedado en blanco. La voz de Paula fué un grito:

—¡Va a tener el chico, me oye! —Antenor levantó la cara; el remedio se volcaba sobre las mantas, desde las comisuras de una sonrisa. Dijo que sí con la cabeza.

Esa misma noche empezó todo. Entre ella y Fabio lo subieron al cuarto alto. Allí, don Antenor Domínguez, semicolgado de las correas atadas a un travesaño de fierro, que el doctor había hecho colocar sobre la cama, erguido a medias podía contemplar el campo. Su campo. Alguna vez volvió a garrapatear con lentitud unas letras torcidas, grandes, y Paula mandó llamar unos hombres que, abriendo un boquete en la pared, extendieron la ventana hacia abajo, y a lo ancho. El viejo volvió a sonreír entonces. Se pasaba horas con la mirada perdida, solo, en silencio, abriendo y cerrando la boca, como si rezara —o como si repitiera empecinadamente un nombre, el suyo, gestándose otra vez en el vientre de Paula—, mirando su tierra, lejos hasta los altos pinos, más allá del Cerro Negro. Contra el cielo.

Una noche volvió a sacudirse en un ahogo. Paula dijo:

—Va a tener el chico.

El asintió otra vez con la cabeza.

Con el tiempo, este diálogo se hizo costumbre. Cada noche lo repetían.

## V

El campo y el vientre hinchado de la mujer: las dos únicas cosas que veía. El médico, ahora, sólo lo visitaba si Paula —de tanto en tanto, y finalmente, nunca— lo mandaba llamar, y el mismo Fabio, que una vez por semana ataba el sulky e iba a comprar al pueblo los encargos de la muchacha, acabó por olvidarse, al volver, de subir al piso alto. Salvo ella, nadie subía.

Cuando el vientre de Paula era una comba enorme, tirante bajo sus ropas, la mujer que ayudaba en la cocina no volvió más. Los ojos de Antenor, interrogantes, estaban mirando a Paula.

—La eché —dijo Paula.

Después, al salir, cerró la puerta con llave (una llave grande, que Paula siempre llevará consigo, colgada a la cintura), y Antenor tuvo que acostumbrarse también a esto. El sonido de la llave, girando en la antigua cerradura, anunciaba la entrada de Paula —sus pasos cada día más lerdos, más livianos a medida que la fecha del parto se acercaba—, y después la mano que dejaba el plato, y que Antenor no se atrevía a tocar. Hasta que, de pronto, la mirada del viejo también cambió.

Tal vez, alguna noche, sus ojos se cruzaron con los de Paula, o tal vez, simplemente, miró su rostro. El silencio se le pobló entonces con una presencia extraña, amenazadora, que acaso se parecía un poco a la locura, sí, tal vez alguna noche, cuando ella venía con la lámpara, el viejo miró bien su cara: eso como un gesto estático, interminable, que parecía haberse ido fraguando en su cara. O tal vez sólo en su boca. Como si la costumbre de andar callada, apretando los dientes, mordiendo algún quejido que le subía, en puntadas, desde la cintura, le hubiese petrificado la piel.

Una noche, cuando Antenor oyó girar la llave y vió proyectarse, larga, la sombra de Paula sobre el piso, antes de que ella dijera lo que siempre decía, intuyó algo tremendo. Súbitamente, una sensación que nunca había experimentado antes. De pronto le perforó el cerebro como una gota de ácido: el miedo. Un miedo solitario y poderoso, incomunicable. Quiso no escuchar, no ver la cara de ella, pero adivinó el gesto, la mirada, el rictus aquel de apretar los dientes. Ella dijo:

—Va a tener el chico.

Antenor volvió la cara hacia la pared. Después, cada noche la volvía.

## VI

Nació en invierno; era varón. Paula lo tuvo ahí mismo. No mandó llamar a la Tomasina: el día anterior le había dicho a Fabio que no iba a necesitar nada, ningún encargo del pueblo.

—Ni hace falta que venga en la semana —dijo, y como Fabio se había quedado mirándole el vientre, agregó—: Mañana o pasao ha de venir la Tomasina.

Después pareció reflexionar en algo que acababa de decir Fabio; él había preguntado por la mujer que ayudaba en la cocina.

—No la he visto hoy —dijo Fabio.

—Ha de estar en el pueblo —dijo Paula, y como Fabio ya montaba, agregó—: Si lo ve al Tomás, mandemeló.

Luego vino el Tomás y Paula dijo:

—Podés irte no más a ver a tu chica. El Fabio va a cuidar la chacra esta semana.

Desde la cama, arriba, Antenor pudo ver cómo Paula se quedaba sola junto al aljibe. Luego ella se metió en la casa y el viejo ya no volvió a verla hasta el día siguiente, cuando le trajo el chico.

Antes, vuelto contra la pared, quizá pudo escuchar algún quejido ahogado, y, al acercarse la noche, un grito largo retumbando entre los cuartos vacíos; por fin, nítido, el llanto triunfante de una criatura.

Entonces el viejo comenzó a reírse como loco; de un súbito manotón se aferró a las correas de la cama y quedó sentado, riéndose. No se movió hasta mucho más tarde.

Cuando Paula entró al cuarto, el viejo permanecía aún en la misma actitud, rígido y sentado. Ella lo traía vivo, y Antenor pudo escuchar la respiración de su hijo. Paula se acercó. Desde lejos, con los brazos muy extendidos y el cuerpo echado hacia atrás, apartando la cara, ella dejó al chico sobre las sábanas, junto al viejo, que ahora ya no se reía. Los ojos del hombre y la mujer se encontraron luego. Fué un segundo: Paula se quedó allí, inmóvil, detenida ante los ojos imperativos de Antenor; como si hubiera estado esperando aquello, el viejo, de pronto, soltó las correas y tendió el brazo libre hacia la mujer; con el otro se apoyó en la cama, para no aplastar al chico; desesperadamente sus dedos rozaron la pollera de Paula, pero ella, como si también hubiese estado aguardando el ademán, se echó hacia atrás con violencia. Retrocedió unos pasos: arrinconada en un ángulo del cuarto, al principio lo miró con miedo. Después, no. Antenor había quedado grotescamente caído hacia un costado: por no aplastar al chico estuvo a punto de rodar fuera de la cama. El chico comenzó a llorar nuevamente. El viejo quiso reincorporarse, pero no pudo; durante un segundo se quedó así, con la boca abierta en un grito inarticualado y feroz, una especie de estertor mudo, impotente, tan salvaje, sin embargo, que, de haber podido gritarse, habría conmovido la casa hasta los cimientos. Cuando Paula salió del cuarto volvió la cabeza. Antenor estaba sentado nuevamente: con una mano se aferraba a la correa; con la otra, sostenía a la criatura. Delante de ellos se veía el campo, lejos, hasta el Cerro Patrón.

Al salir, Paula cerró la puerta con llave; después, antes de atar el sulky, la tiró al aljibe.

Abelardo Castillo
Maza 1511, 2.º C
Buenos Aires (República Argentina)

# TENSION DE LA HISPANIDAD EN EL MUNDO ACTUAL

POR

JULIO ICAZA TIGERINO

Al ser invitado a participar en este ciclo de conferencias organizado por el Instituto Guatemalteco de Cultura Hispánica, y planteárseme la selección del tema que habría de abordar en mi intervención de esta tarde, pensé que si algo podría y debería traer ante vosotros, para corresponder al interés de mis ilustres invitantes y no defraudar a mis oyentes, era, ante todo, mi preocupación de intelectual hispanoamericano y centroamericano y de creyente insobornable en los ideales hispánicos por el destino de nuestros pueblos y de esos nobles ideales; mi preocupación por los peligros que desde afuera y desde adentro acechan a la Hispanidad, concebida ésta como las esencias históricas, étnicas y espirituales de la comunidad de nuestros pueblos y como esa misma comunidad hispánica de naciones en su contorno geográfico y en su realidad y posibilidad políticas.

De antemano os pido francamente perdón por el desaliño de esta conferencia. Mi única excusa es que ha sido pensada y escrita rápidamente y a retazos en los muy recientes días de expectación y de agitación que hemos vivido en Nicaragua con motivo de las elecciones presidenciales y después de agotadoras jornadas de intensa actividad política, tan ajenas al puro quehacer intelectual y tan opuestas a la serenidad espiritual que debe acompañar al pensamiento en la meditación de estos problemas.

En uno de los capítulos de mi libro *Originalidad de Hispanoamérica,* editado por el Instituto de Cultura Hispánica de Madrid en 1952, señalé el peligro que para la Hispanidad encierra el puro retoricismo a que somos tan propensos los hispánicos de todas las latitudes. «La Hispanidad —escribí allí— no está en quiebra, pero está en retórica, y si sigue así terminará por estar en quiebra.» Puede ser que de entonces a esta parte, en estos diez últimos años, se haya abandonado un tanto la postura retórica para avanzar en el camino de las realizaciones. Los Institutos de Cultura Hispánica esparcidos por todos los ámbitos del mundo hispánico son la mejor prueba de la posibilidad o mejor dicho, de la certeza de este avance realista.

Sin embargo, debemos confesar que la Hispanidad no ha sido puesta históricamente en función de los problemas actuales del mun-

do, no ha sido puesta en evidencia y en vigencia como fuerza espiritual y política capaz de influir y contribuir decisivamente en el planteamiento correcto y en la solución adecuada de esos problemas, como fuerza vital capaz de transformar la estructura social y política de nuestros pueblos y de salvarlos y realizarlos en la Historia.

Las exigencias y conveniencia de las diversas políticas nacionales y de la política internacional, subordinadas a los intereses de las superpotencias mundiales, han colocado a la Hispanidad como una idealidad secundaria y coadyuvante dentro del campo del llamado Occidente cristiano; idealidad de sentido romántico, a la que se tolera y ya no se discrimina abiertamente como antes, pero se la admite tan sólo como una vaga fórmula de acercamiento espiritual entre un grupo de pueblos subdesarrollados, siempre que no tenga ningún rozamiento con las grandes fórmulas y panaceas ideológicas y políticas auspiciadas por las potencias líderes: Democracia, Panamericanismo, Defensa Continental, OEA, Alianza para el Progreso, etc. Se acepta a la Hispanidad en la medida que resulte ser un ingrediente inocuo, un excipiente en el remedio preparado por los laboratorios de los grandes organismos internacionales para curar los males de nuestros pueblos «subdesarrollados». Quienes han asumido la invención y el usufructo de la bomba H y de los cohetes interplanetarios creen que ellos les da el derecho y la exclusividad de inventar también y aplicar las fórmulas políticas, sociales y económicas para el desarrollo y progreso de nuestros pueblos.

En la X Reunión del Centro Europeo de Documentación e Información (CEDI), celebrada en Madrid del 7 al 9 de julio de 1961, y que tuvo como tema central *El Occidente en esta hora de Iberoamérica,* al abrirse el debate sobre el problema de las dos Américas tuve ocasión de intervenir para señalar, con aplauso de la mayor parte del auditorio, la incongruencia de contraponer en la fraseología de moda a un Oriente comunista un Occidente cristiano; como si el comunismo, junto con todos sus antecedentes filosóficos, políticos e históricos, no fuera uno de los grandes pecados de Occidente; como si la gran revolución anticristiana no tuviera su cuna y su desarrollo en las naciones más representativas de la llamada civilización occidental Y señalé también la incongruencia de aceptar sin más ni más, por arte de birlibirloque histórico e ideológico, que los Estados Unidos de Norteamérica, el país que constituye la más típica expresión del materialismo capitalista, la nación que a través de su corta historia ha combatido más fieramente al catolicismo de Hispanoamérica, el pueblo que hace unos cuantos años era el aliado máximo de la Rusia soviética y se unió al comunismo internacional en la condena de la

España anticomunista, ahora es nada menos que el adalid de la civilización cristiana. No niego que la Historia tiene sus vuelcos inexplicables, sus giros misteriosos, y que los intereses económicos y la geopolítica cumplen un papel decisivo en el juego internacional. No niego que en el inescrutable desenvolvimiento de los acontecimientos humanos, un individuo o un pueblo, cualesquiera que sean sus culpas y errores, pueda convertirse en instrumento de la Providencia para cumplir una misión salvadora de la cultura y de la cristiandad. No niego que bajo el cúmulo de estos errores y pecados pueda existir un viejo sedimento de auténtica espiritualidad y de cristianismo, presto a aflorar pujante en la propicia contingencia histórica. Pero esto, desde luego, implica una rectificación fundamental, profunda y lógica no sólo en la conducta política circunstancial, sino en la estructura ideológica y en el pensamiento guía de esa política.

Por falta de esa rectificación fundamental, el liderato político de los Estados Unidos sobre las naciones cristianas de Occidente es inseguro y vacilante, está expuesto a toda clase de resistencias, se halla minado espiritualmente y pone en peligro a cada momento, como en el caso de Cuba, no sólo el destino de este mismo Occidente, sino la seguridad del mundo todo. Los Estados Unidos de Norteamérica, dueños de ese indiscutible liderato político, no son, no han podido ser a su vez el líder espiritual de esa cultura y de esa civilización cristiana cuya defensa le ha entregado la Historia. Por eso la Hispanidad, haz poderoso de vínculos espirituales y comunidad de pueblos fundada en esos vínculos, no puede ni debe aceptar la posición subordinada y secundaria en que se la tiene colocada; no puede ni debe aceptar el puesto de retaguardia que en la defensa de Occidente se le ha asignado en razón de la debilidad económica y política que ostentan separadamente nuestras Patrias.

No vengo aquí a proponer planes ni empresas de quijotes, no intento fomentar rebeldías inocuas frente a situaciones que se imponen bajo el peso de realidades indiscutibles. Traigo aquí tan sólo, como dije al principio, mi preocupación de intelectual hispanoamericano y de creyente en los ideales hispánicos de nuestros pueblos, y el planteamiento y la explicación de ese fenómeno histórico que yo llamo, en el título de esta conferencia, *Tensión de la Hispanidad en el mundo actual,* y del cual es preciso tener conciencia o «tomar conciencia», como se dice ahora, aunque sólo sea para no caer en la vacuidad de una Hispanidad puramente retórica o en la ingenuidad de creer que estamos haciendo una gran labor hispánica con unos cuantos recitales de música española y de poesía hispanoamericana, mientras en el campo de las grandes decisiones universales los ideales

cristianos de la Hispanidad y el destino de la civilización occidental son destrozados por los capitostes atómicos del materialismo capitalista y comunista o sucumben bajo la estructura simbiótica de un mundo semiliberal y semisocialista.

Es muy grande y muy seria la responsabilidad de la misión histórica de nuestras naciones hispánicas para que dilapidemos alegremente nuestro tiempo y nuestras energías en juegos retóricos y nos crucemos de brazos ante la infantilidad e incapacidad de los rectores políticos de Occidente, dejando que en sus manos ineptas se arruine nuestro porvenir histórico y fracasen los sueños y esperanzas de la Humanidad.

Aunque nuestros pueblos no tienen una clara conciencia de esa responsabilidad y de esa misión, un oscuro instinto vital, un sexto sentido de supervivencia histórica, acaso el hilo misterioso que los liga con la Providencia, hace que intuyan y adivinen la necesidad de encontrar un derrotero nuevo y distinto, y de ello nacen la insatisfacción, la inquietud y la tensión que, como en el verso de Rubén, «es un hondo temblor que pasa por las vértebras enormes de los Andes», y en ciertos momentos y lugares adquiere fuerza de convulsión y cataclismo políticos y sociales.

No estoy haciendo frases ni confundiendo fenómenos históricos con situaciones muy concretas y pasajeras. No estoy queriendo dar a cuartelazos ocasionales ni a algaradas demagógicas dimensiones trascendentales que no tienen. Cuando hablo de tensión de la Hispanidad me refiero a fenómenos profundos y generales que es posible observar en los diversos planos de la vida de nuestras naciones, tanto en el plano puramente espiritual como en el social, en el político y en el internacional, y que afectan en una u otra forma a los diversos estratos de su composición social y popular.

Para entrar en la descripción de estos fenómenos es conveniente aclarar de previo el concepto y la idea de *tensión* de que he querido valerme para acercarme a ellos en plan de observarlos y de intentar una exploración de su complejo histórico y de sus posibles consecuencias.

La palabra *tensión* es una palabra de moda que se ha impuesto en el lenguaje de las ciencias sociales para describir el estado emocional de temor, desconfianza e incertidumbre que se apodera de los pueblos y de sus dirigentes cuando se produce una crisis en las relaciones y situaciones políticas y sociales, ya sea en el orden interno o en el internacional. Se habla de tensión política cuando no se encuentra la solución de un grave problema que enfrenta a fuerzas políticas divergentes. Se habla de tensión internacional cuando el

deterioro de las relaciones entre dos o más Estados o bloques de Estados provoca una tirantez que puede traducirse en una ruptura o plantear un *casus belli.*

En todos estos sentidos se da la tensión de la Hispanidad. Pero a fuer de académico de la Lengua hube de fijarme en la acepción estricta que nuestro Diccionario da a esta palabra *tensión,* y ello me ha servido para encontrar y desentrañar una nueva dimensión y un nuevo sentido de la *tensión* de la Hispanidad.

Tensión —define el Diccionario de la Real Academia Española—: «Estado de un cuerpo estirado por la acción de fuerzas que lo solicitan»; y también: «fuerza que impide separarse unas de otras a las partes de un mismo cuerpo cuando se halla en dicho estado.»

La primera de estas acepciones nos describe la tensión de la Hispanidad como una situación del cuerpo político y geográfico de la comunidad de naciones hispánicas violentado en límite de estiramiento y descoyuntamiento por la acción de fuerzas contrapuestas que lo tiran y solicitan en sentido contrario.

En la segunda acepción la tensión de la Hispanidad viene a ser la fuerza propia y centrípeta que en pugna con las fuerzas contrarias que tiran contrapuestamente impide el descoyuntamiento y la separación de los pueblos que integran la comunidad hispánica.

Pablo Antonio Cuadra escribió hace diez años que la Hispanidad es una crucifixión. Pero él le dió a esta afirmación un sentido histórico y geográfico. «Ocupamos la geografía como una cruz.» La mano izquierda está clavada en España, sobre Europa. La derecha, en Filipinas, sobre Asia. Hispanoamérica es el cuerpo de este crucifijo geográfico.

En el momento actual del mundo la comparación de Pablo Antonio adquiere un sentido mucho más real y dramático. El cuerpo de la Hispanidad sufre una tremenda tensión o distensión. Está siendo colocado en la cruz de la Historia, y de un lado hala con fuerza poderosa el materialismo capitalista y del otro lado tira de él violentamente el materialismo comunista. Pero la Hispanidad tiene su propia tensión interna, su propia fuerza espiritualista y cristiana que mantiene unidos a los pueblos hispánicos, que conserva la unidad de la cultura hispánica e impide la separación y el descuartizamiento.

La tensión de la Hispanidad es fundamentalmente una tensión espiritual, esto es, religiosa y cultural; pero de ella derivan y a ella se suman una tensión interna o social, que es demográfica, política y económica, y una tensión externa o internacional.

En el corto espacio de esta conferencia es imposible analizar y estudiar todas y cada una de estas tensiones. Debo, pues, contentar-

me con hacer de ellas un rápido esbozo, dejando para futuras conferencias o para las páginas de un libro la más seria y extensa labor de un análisis complejo y exhaustivo.

La tensión religiosa de la Hispanidad nace de un desajuste múltiple. Desajuste, en primer término, entre la concepción antropocéntrica del mundo moderno y de la moderna civilización y la concepción teocéntrica con que España se hizo a sí misma e hizo a América. España nació y creció como nación en la defensa permanente de la religión y de la cristiandad contra los peligros y amenazas del Oriente pagano. Como ha expresado Carlos Vossler comentando la *Historia de España,* de Louis Bertrand, «el viaje del descubrimiento de América habría de considerarse como una cruzada contra el Islam, pues a este viejo enemigo de la cristiandad había que atacarle indirectamente, dando un rodeo por los mares occidentales». El hecho de no llegar al Oriente por la ruta de Occidente para combatir al Islam no quitó al descubrimiento y conquista de América ese sentido y carácter iniciales de la cruzada cristiana. En América, España encontró también un paganismo que combatir, encontró también una cruzada que realizar y una labor misionera que cumplir para convertir a los habitantes del Nuevo Mundo a la religión de Cristo y ensanchar los límites de la cristiandad. En América España encontró, pues, el campo abierto para continuar la obra de la reconquista que había realizado en su propia tierra. La conquista de América se lleva a cabo con el mismo espíritu religioso de la Reconquista, se realiza bajo el mismo signo de redención cristiana y dentro de la misma concepción política y social que centraba todo el orden humano en Dios, que subordinaba todo ideal político al ideal religioso de la cristiandad y colocaba el Poder Civil y su brazo armado al servicio de Dios.

Esta concepción teocéntrica de la vida, de la política y de la Historia deja su huella imborrable y permanente en el espíritu de la Hispanidad, en las vigorosas instituciones por ella creadas y en la cultura tradicional de nuestros pueblos. De ahí el desajuste vital de la Hispanidad con una historia y una civilización occidentales que han sustituído a Dios por el hombre en el centro de sus concepciones de la vida y de la sociedad.

A este desajuste básico e inicial hay que agregar, o derivar de él, el desajuste que se produce en Hispanoamérica con el mestizaje étnico y espiritual, agravado por la ruptura, con la Independencia, de ese proceso de mestización, esto es, de integración de sangres y culturas.

El sentido religioso tradicional del español sufre en América, ya

desde los comienzos de la conquista, un poderoso impacto telúrico bajo el cual sufre ineludiblemente una importante transformación. No se ha estudiado hasta la fecha, que yo sepa, el proceso de adaptación del hombre español a la realidad del mundo americano, sus reacciones biológicas y espirituales ante la tierra americana y ante la humanidad americana. Porque si es evidente que la conquista española transformó al indígena de América fundamentalmente, no es menos cierto que el español sufrió a su vez una importante transformación al contacto con la vida del nuevo mundo. Y esta transformación tenía que afectar, y afectó ciertamente, la concepción religiosa y la práctica religiosa del español de América.

Me atrevo a sugerir como característica de la transformación que la religión católica sufre en América, es decir, la religión sentida y vivida por el criollo, el indio y el mestizo, una vuelta primitiva hacia la naturaleza, hacia lo terrenal, una terrenalización de la divinidad, y si se quiere un poner el acento más en la humanidad de Cristo que en su divinidad. No es que pretenda que en España la religión carezca de acento sensorial, de calor humano, pues el culto y la imaginería española se caracterizan precisamente por su exceso de realismo y cordialidad humanos. Me refiero a ese sentido cósmico o pánico de integración religiosa del hombre con la naturaleza que convierte a Dios en un Espíritu protector del hombre, acechado por los peligros de la naturaleza más que por los peligros del demonio y ansioso de salvarse en esta vida más que en la otra, lo que disminuye su sentido de la culpa dándole a la ética una mayor labilidad y flexibilidad y eliminando toda preocupación puramente mística y teológica.

La religiosidad española es agónica, dramática y ética. La religiosidad hispanoamericana es, en cierto modo, fatalista y estética. El español vive la religión como un drama; el hispanoamericano la goza más bien como un espectáculo. El español vive su religión en función de la muerte; el hispanoamericano la vive en función de la vida. No estoy hablando, desde luego, en términos absolutos. No quiero tampoco que se me interprete mal, pues lo que yo digo aquí no afecta a la ortodoxia de la doctrina ni a la conducta de la Iglesia, sino que se refiere a una actitud vital propia de la idiosincrasia de cada pueblo.

La concepción agónica que Unamuno tiene del cristianismo es una concepción auténticamente española y tiene su raíz en la propia Historia de España, en el sentido misional y de cruzada religiosa que está impreso en el ser y en el quehacer histórico del pueblo español.

El dramatismo religioso de España es demasiado evidente para

ser discutido. Está presente no sólo en su Arte, sino en la vida misma del pueblo español, en el culto, en las fiestas, en el folklore, en la corrida de toros, que no es un espectáculo sino un rito de estirpe y hondura religiosas.

Y este dramatismo supera toda diferencia de carácter regional. Lo siente el sevillano ardientemente cuando grita su saeta impresionante al paso del Cristo del Perdón y lo siente igualmente el aldeano de cualquier pueblecito de Castilla que sigue acongojado al Nazareno de túnica morada en la severa procesión del Vía Crucis cuaresmal.

Aquel conocido poema de Gabriel y Galán, *La pedrada,* ilustra con toda propiedad esta vivencia dramática de la religión del pueblo español. El conmovido rapaz castellano que ve cómo llevan a Cristo entre soldados con la cara ensangrentada y con la soga echada al cuello, no contempla el cuadro como un espectáculo de recordación y devoción, sino que lo siente vivo y actual y se convierte en protagonista histórico, toma un duro guijarro y, nuevo quijote, lo lanza al rostro de cartón de los sayones. Es ésta la reacción instintiva de un pueblo que vive la pasión de Cristo humanamente en su propia carne y sentimiento, al que, como dice el mismo poema: «... las entrañas se le anegan de torrentes de amargura, y las lágrimas lo ciegan, y lo hiere la ternura.» La reacción del hispanoamericano, criollo, indio o mestizo, ante el mismo cuadro es diferente. Es una reacción mezcla de curiosidad, de respeto y de temor. El espectáculo le impresiona. Respeta y venera lo que ve y siente temor por lo que ello representa, pero tiene conciencia de que es un espectáculo y lo goza estéticamente.

No es ésta la oportunidad para extenderse en un ensayo comparativo sobre la religiosidad hispánica de una y otra orilla del Atlántico. Permitidme tan sólo que señale un punto más que acentúa las diferencias apuntadas: la actitud frente a la muerte. El tema está lleno de sugerencias, pero en homenaje a la brevedad sólo diré que la actitud del español ante la muerte es eminentemente ética y la del hispanoamericano fundamentalmente estética y, en cierto modo, fatalista.

El hispanoamericano acepta la muerte como un destino y se la juega fácilmente al azar de una revolución o de una riña. Por otra parte, la teatraliza, ya sea pictóricamente en representaciones un tanto funambulescas y hasta directamente satíricas, ya sea festivamente, convirtiéndola en ocasión de francachelas, ya sea retóricamente, con discursos políticos, ya sea literariamente, carnalizándola y embelleciéndola, como en el famoso poema de Rubén Darío:

*La muerte. Yo la he visto. No es demacrada y mustia,*
*ni ase corva guadaña, ni tiene faz de angustia.*
*Es semejante a Diana, casta y virgen como ella;*

*en su rostro hay la gracia de la núbil doncella*
*y lleva una guirnalda de rosas siderales.*

El sentido y valoración éticos de la muerte es evidente en la literatura peninsular desde la poesía castellana de los siglos XI y XII, y en el Renacimiento con Juan de la Encina y Jorge Manrique, y después en Lope, en Santa Teresa, en Calderón, en los románticos, hasta Unamuno, García Lorca y los poetas de hoy. Y no sólo en la poesía culta, sino en el propio romancero popular y mester de juglaría. El camino es fácil pero largo de correr. No nos dejemos tentar. Señalemos tan sólo aquí que el español se enfrenta a la muerte como castigo o como liberación y la concibe siempre, por sobre todo, en función de la otra vida.

A este desajuste religioso entre Hispanoamérica y España que condiciona la tensión religiosa de la Hispanidad, de que venimos hablando, hay que agregar las influencias que sufre el catolicismo hispánico, principalmente en Hispanoamérica, por parte del catolicismo norteamericano y del catolicismo francés. Este último, con su carácter de racionalismo antivitalista, ha afectado principalmente a los cuadros directivos del catolicismo y de la Iglesia en algunos países de Sudamérica. La influencia del catolicismo yanqui, con su sentido liberal de convivencia y confraternización con todas las religiones y su concepto de la eficacia de los medios materiales para la obra evangélica, es mucho más amplia, pues se ejerce sobre millares de estudiantes, residentes y viajeros hispanoamericanos en los Estados Unidos, y a través de las órdenes religiosas norteamericanas afincadas en Hispanoamérica es ejercida directamente sobre grandes sectores de nuestra población.

Sin condenar definitivamente este tipo de influencias, quiero hacer notar aquí que ellas contribuyen también notablemente a provocar el desajuste religioso de que venimos tratando. Y si a estas influencias de signo católico agregamos la influencia desorientadora y perniciosa del protestantismo, fomentado desde los Estados Unidos con un imponente aparato de dinero y propaganda, tendremos un cuadro bastante desconsolador de la tensión religiosa que sufre Hispanoamérica y que sufre la Hispanidad. Esta tensión se agrava radicalmente en regiones como Puerto Rico, sometidas directamente al impacto abrumador del dominio político y económico de los Estados Unidos.

No es difícil comprender en qué medida afecta este desajuste interno del catolicismo hispánico a la unidad y misión de la Hispanidad. Por un lado anula, en parte, el aporte misionero de España a la Iglesia de los países hispanoamericanos. La labor del clero español, en los pueblos hispanoamericanos encuentra muchas veces un problema

de mutua resistencia e incomprensión entre párroco y feligreses, entre profesores y alumnos, entre catequistas y catequizados. Las mismas disciplinas y directrices eclesiásticas surgidas de Roma sufren muchas veces de inadaptación a realidades sociales diferentes y complejas y no contribuyen al prestigio y al desarrollo del catolicismo. Por otro lado, al no lograrse una superación de este desajuste y de esta tensión internos, la unidad de la fe y de la moral se resquebraja socialmente, y se agudiza así la tensión religiosa que frente a la cultura antropocéntrica del mundo actual sufre el mundo de la Hispanidad. En último término, el destino y la posibilidad de encontrar y ofrecer soluciones cristianas a la crisis de la Historia y de la civilización a través de la estructura católica de nuestros pueblos hispánicos se alejan y se oscurecen, el hombre hispánico deviene en ser desfalleciente y solitario sin apoyo social y político para el cumplimiento de su misión histórica.

Los supuestos de la tensión religiosa que hemos señalado son también, en su mayor parte, junto con la propia tensión religiosa, supuestos de la tensión cultural de la Hispanidad.

Al sentido ético de la cultura propiamente española o peninsular sucede un sentido fundamentalmente estético en la cultura hispanoamericana, fruto del impacto telúrico y del impacto espiritual y sanguíneo del mestizaje indohispano.

La ruptura del hombre con el mundo natural, la «hendidura entre carne y espíritu», que señala el inglés Watkin en la cultura europea u occidental, se produce en España por el camino de la religión, mientras que los otros países de Europa llegan a ella por un proceso cultural de intelectualización y de racionalismo. Pero la Hispanidad recobra en América ese sentido naturalista de la vida y de la cultura, esa integración de lo humano con el resto del mundo natural, y ello en virtud del contacto telúrico y humano con este continente que Keyserling llama «el continente del tercer día de la creación».

Tenemos, pues, así una triple ruptura en el triángulo cultural; Europa, España, Hispanoamérica: ruptura de España con Europa, es decir, con el racionalismo europeo; ruptura de Hispanoamérica con ese mismo racionalismo europeo, y ruptura de Hispanoamérica con España en cuanto ésta se fuga de la naturaleza por el camino ético-teológico, mientras que en América el hombre recobra para la cultura, por el camino de la sangre y de la tierra, su integridad de cuerpo y espíritu y su integración con el mundo de la creación natural.

Desde luego, cuando hablamos de cultura no nos referimos a la producción filosófica, literaria y científica estrictamente, sino a toda una concepción de la vida, de la sociedad y de la Historia reflejada

en el modo de actuar y de pensar de un pueblo o de un conjunto de pueblos. La tensión cultural es vivida, pues, por todo el complejo social como tal y no por las élites de intelectuales y artistas, aunque ellos, como antenas sensitivas de sus pueblos, la capten primero y la sientan con cabal conciencia y con toda intensidad.

Pero la tensión cultural de la Hispanidad en la triple dirección de las tres rupturas señaladas no es producto tanto de la ruptura en sí cuanto de las fuerzas que la han motivado y las que, ajenas a esta motivación inicial, se han originado en aquéllas o las han superado y sustituído como efecto de las crisis espirituales y sociales.

Del racionalismo de tipo liberal surgió, como consecuencia de su propia dialéctica, el materialismo capitalista y también, en un último extremo de desarrollo histórico de sus postulados deicidas, el materialismo marxista o comunista. Ambos materialismos, desde diversos ángulos de atracción y poderío, son fuerzas que solicitan al mundo de la Hispanidad y de su cultura. La cultura materialista del capitalismo, con todo el vigor del imperialismo norteamericano que ha actuado tan decisivamente sobre nuestros pueblos y que la auspicia y la exporta con su ejemplo tentador y su potencialidad económica y política, ejerce una presión tremenda y una acción abrumadora en todos los ámbitos de la Hispanidad, pero, sobre todo, en los vecinos hispanoamericanos. Sin embargo, la reacción histórica natural contra este imperialismo y la constatación de las fallas espirituales y políticas del capitalismo han dado pábulo y pie para que el otro materialismo, el marxista o comunista, ejerza cada día con mayor fuerza una peligrosa atracción para las élites intelectuales y para ciertos sectores populares del mundo hispánico que están incorporando a su cultura las teorías y prácticas del marxismo, elaborando un arte y una literatura inspirados en el resentimiento social y en las utopías del falso igualitarismo socialista.

Por otro lado, la tensión cultural de la Hispanidad adquiere en nuestros países hispanoamericanos una dramática dimensión al plantearse, como fruto de ya seculares pecados sociales y políticos y de ideologías interesadas, una falsa contraposición entre los elementos étnicos y espirituales del mestizaje fundamental de nuestros pueblos. Me refiero a la corriente del llamado *indigenismo,* que pretende eliminar, como extraño al mundo americano, al elemento hispánico, y resucitando ancestros precolombinos y zurciendo restos vivientes de las culturas indígenas desaparecidas, intentan reconstruir con ellos el alma de América y fundar una civilización enteramente original y divorciada de las esencias espirituales del Occidente cristiano.

De esta tensión espiritual de la Hispanidad, que es, como acabamos

de ver, cultural y religiosa, deriva en cierto modo la tensión interna o social del mundo hispánico, que es a su vez, en sus aspectos más notables e importantes, tensión demográfica, tensión económica y tensión política.

La tensión demográfica se expresa en el fabuloso ritmo de crecimiento de la población de habla española, especialmente en el continente americano. Según los datos recogidos por las Naciones Unidas con base en las estadísticas controladas, la población total del mundo en 1956 era de 2.710 millones de individuos. Si la tasa de crecimiento medio se mantiene en un 1,7 por 100, a fines del presente siglo la población mundial habrá aumentado en un 135 por 100 y llegará a 6.300 millones de habitantes. Pero esta tasa de crecimiento no es uniforme, sino que varía tremendamente de un continente a otro y aun de una región a otra región. Mientras en Europa occidental la población habrá aumentado en un 30 por 100 de 1956 al año 2000, en un 80 por 100 en Norteamérica y en un 200 por 100 en la Unión Soviética, para la América hispana el aumento habrá sido de un 300 por 100. Se calcula que la población de Hispanoamérica, que en 1960 alcanzó los 206 millones de habitantes, habrá llegado a los 300 millones en 1975 y a los 600 millones para el año 2000. En este crecimiento de la población del mundo hispánico intervienen factores de orden religioso y cultural. Nuestros pueblos rechazan categóricamente todo tipo de control y racionalización de los nacimientos, tan extendidos en países y pueblos de cultura no católica, como los Estados Unidos, donde los principios de la moral natural ceden ante los de la comodidad burguesa y la seguridad económica.

Al margen de los problemas propiamente económicos, de que luego hablaremos, esta tremenda presión o tensión demográfica de la Hispanidad crea una serie de graves tensiones sociales. Por una parte, el crecimiento de las grandes masas de proletarios campesinos y obreros, que es la clase social en que con más fuerza incide la alta tasa de natalidad, frente a una minoría de personas de clases rectoras y medias, cada día proporcionalmente menos numerosas, ya que su crecimiento no puede compararse con el aumento fabuloso del proletariado de la ciudad y del campo. Esta desproporción, que sólo podría ser salvada por un incremento importante de la movilidad social, orientada de abajo a arriba, esto es, de las clases bajas hacia las altas, puede constituir o constituye un factor negativo en el desarrollo cultural de nuestros pueblos y en el avance hacia las metas históricas de la Hispanidad.

Por otro lado se corre el peligro de aceptar como una necesidad inevitable, tomándolo de los Estados Unidos, el proceso de masifica-

ción de la cultura o nivelación de la cultura a la altura del hombre-masa, eliminando de la cultura popular toda excelencia y toda selección. En el otro extremo podría caerse también, lo que en cierta manera viene a ser lo mismo: en el totalitarismo de una cultura dirigida.

Habría también que plantearse y preguntarse en qué medida este crecimiento veloz de las clases proletarias, este surgir de improviso en pocos años unas masas enormes de población con todos los problemas socioeconómicos que ello implica puede afectar psicológicamente al hombre hispánico, al sujeto de la hispanidad, y operar en su espíritu y en su biología transformaciones de opuesto sentido a los valores que integran nuestra idiosincrasia étnica y nuestra tradición cultural y religiosa.

Esta tensión o presión demográfica gravita decisivamente sobre la economía de nuestros países y es determinante fundamental de una tremenda tensión económica. La especial situación creada en el mercado de materias primas por la segunda guerra mundial favoreció grandemente el incremento de la producción nacional de los países hispanoamericanos y el aumento sustancial de su renta *per capita;* de manera que de 1945 a 1957 el producto nacional bruto creció en Méjico en 100 por 100; en Brasil, 87 por 100; en Colombia, 76 por 100; en Argentina, 45 por 100; en Chile, 30 por 100, y así en los demás países, y la renta *per capita* de 1938 a 1949 tuvo una tasa de crecimiento mayor que la tasa de crecimiento de la población: en Méjico, la renta por habitante se duplicó de 60 a 121 dólares, y en Brasil casi se elevó al cuádruplo, subiendo de 33 a 112 dólares. A partir de 1957 el descenso en el crecimiento de la renta corre parejas con el aumento de la población. En este año, la tasa de crecimiento anual de la renta en Hispanoamérica era de 6,9 por 100, y de la renta por habitante, de 4,5 por 100; mientras la tasa de crecimiento de la población era de 2,4 por 100. Para 1958, mientras la tasa de crecimiento de la población aumenta al 2,5 por 100, la de la renta baja a 3,8 por 100, y la de la renta *per capita* a 1,3 por 100. En 1959 las cifras son aún más alarmantes: 2,9 por 100 para el crecimiento de la renta, 0,3 por 100 para el aumento de la renta por habitante y 2,6 por 100 para el incremento de la población. Ya para 1960 los datos indican una situación verdaderamente trágica: frente a una tasa altísima de crecimiento de la población, 2,6 por 100, la más alta del mundo, el crecimiento de la renta general es sólo de un 1,6 por 100, y el de la renta por habitante es negativo: *el menos 1 por 100,* o sea que el habitante hispanoamericano en 1960 es un 1 por 100 más pobre que en 1959.

De estos números no puede deducirse simplemente que el crecimiento demográfico es la causa de la pobreza en nuestros países. Las

cifras indicadas demuestran que, aun con una tasa inferior de crecimiento de la población, el aumento actual de la renta no bastaría para cubrir las necesidades de los pueblos hispanoamericanos. Estamos frente a un problema económico muy complejo que tiene sus raíces, por una parte, en la injusta distribución de la renta nacional, y por otra, en la baja producción y en los bajos precios y falta de mercados para nuestros productos, y por otra parte, en el advenimiento de las grandes masas al conocimiento de los bienes y ventajas de la civilización, lo que crea en ellas la correlativa necesidad de su disfrute. Las poblaciones proletarias de nuestros países, por muy paupérrimas que sean, no han podido sustraerse ni ser sustraídas a la propaganda y difusión de la enorme cantidad de productos industriales de toda clase que facilitan la vida al hombre moderno haciéndosela más amable. Ha surgido en ellas, pues, inevitablemente, la necesidad y la ambición de acceder al más alto nivel de vida que la posesión de esos bienes representa.

Ante esta necesidad, las masas proletarias hispanoamericanas han ido tomando conciencia de la tremenda injusticia social que significa el hecho de que un grupo de privilegiados acapare en su máxima parte la renta nacional. Los datos al respecto son pavorosos. Para no cansar a ustedes con la lectura de muchas cifras, voy a citar tan sólo el caso de Méjico, por estar más cercano y por tratarse de un país que ha realizado una revolución socialista y fué el primero en implantar una reforma agraria, por lo que muchos piensan que debe suponerse que ha avanzado más que otros países en el camino de remediar la injusticia social en que se asienta la estructura económica de nuestros pueblos. En Méjico, el 5 por 100 de las familias recibe el 37 por 100 de la renta nacional, y un 46 por 100 recibe el 14 por 100. El porcentaje de la renta nacional acreditado a beneficios aumentó de 1939 a 1960 en una escala que va del 26 por 100 al 41,4 pesos; en el mismo período el porcentaje de dicha renta nacional acreditado a sueldos y salarios bajó del 30,5 por 100 al 23,8 por 100. Otros datos significativos respecto de Méjico son los siguientes: el 5 por 100 de la población gana 3.000 pesos, o sea unos 240 dólares o más mensuales; el 67 por 100 gana más de 700 pesos, que es el ingreso mínimo para la subsistencia familiar. Este porcentaje baja hasta el 40 por 100 en los Estados del Norte y del Golfo, y en el Sur y costa del Pacífico apenas un 20 por 100 de las familias ganan lo necesario para no morirse de hambre. Hay grupos de población que viven todavía en peores condiciones, como los 70.000 indios otomíes del valle del Mezquital, a 128 kilómetros de la ciudad de Méjico.

Con revolución socialista o sin ella, la situación de los países hispa-

noamericanos, en cuanto a la mala distribución de la riqueza, es verdaderamente trágica.

En lo que respecta al problema de la tierra, la concentración latifundística se significa por los siguientes datos: el 1,5 por 100 de las explotaciones agrícolas en Hispanoamérica posee el 50 por 100 de la tierra cultivable; las extensiones menores de 20 hectáreas representan el 72,6 por 100 de los propietarios y el 3,7 por 100 de la superficie, mientras que las extensiones de más de 1.000 hectáreas pertenecen al 1,4 por 100 de los propietarios, que acaparan el 64,9 por 100 de la superficie, y en algunos casos este porcentaje se eleva a más del 90 por 100, como en Bolivia y Paraguay, y hasta el 87 por 100 en Chile y 75 por 100 en Argentina.

A esta situación social y económicamente gravísima hay que agregar el también gravísimo problema de la baja producción y de los bajos precios. La baja producción se debe en parte a aquella situación y también a los bajos precios en el mercado internacional y a la falta de mercados, tanto internos como internacionales. Se calcula que en 1960 la producción de Hispanoamérica disminuyó en un 2 por 100. Sólo en Argentina, el número de cabezas de ganado se redujo de 47 millones que tenía en junio de 1956, a 37 millones en junio de 1959, y la superficie cultivada de trigo se redujo de 1960 a 1961 en un 11 por 100. Esta reducción se debe en gran parte a la falta de mercados. En ese mismo año de 1961, Argentina produjo cuatro millones de toneladas de trigo, de las cuales sólo pudo exportar un poco más de un millón. Los países cafetaleros han tenido que reducir sus exportaciones de este grano, tan importante en las economías de muchas naciones hispanoamericanas, estableciendo un sistema de cuotas de retención que deben consumirse dentro del propio país. Los productores de algodón tienen pendiente sobre sus cabezas la posibilidad de un *dumping* algodonero de los Estados Unidos, como el que hace unos años hizo descender vertiginosamente los precios de este producto en el mercado internacional. A Chile le sobran anualmente varios miles de toneladas de acero producidas en Huachipato, que no sabe dónde colocar.

A todo esto hay que agregar, como dije, la sensible baja de los precios de las materias primas que exportan nuestros países y la elevación de los precios de los productos industriales. De 1953 a 1960, el precio de las materias primas de exportación de Hispanoamérica ha bajado en un 12 por 100, mientras que el precio de los productos industriales que ella importa de Estados Unidos y de Europa principalmente ha subido en un 7 por 100.

Todos los factores concurren, pues, a plantear a la Hispanidad una

situación económica que tiene caracteres desesperantes. El fabuloso crecimiento demográfico, la baja vertical de la renta, la falta de mercados y el desnivel creciente de la balanza comercial por el aumento de los precios de los productos industriales importados y el descenso del precio de las materias primas de exportación, operando sobre una tremenda realidad de injusticia social por la mala distribución de la riqueza y la concentración de la propiedad en pocas manos, pueden conducirnos a un callejón sin salida o a la salida trágica de una Revolución comunista de dimensiones continentales y mundiales.

No soy economista y no voy a pretender dar aquí indicaciones para solucionar esta grave crisis y tensión económica del mundo hispánico. Sabemos sí, y podemos decirlo a ciencia cierta, que no se ha dado hasta la fecha ninguna fórmula de solución a este problema. La llamada Alianza para el Progreso ha merecido las más severas críticas de parte de los mismos directores políticos y funcionarios del Gobierno de Washington. Un dato bastará para indicarnos la justicia que asiste a los críticos de todas las latitudes: Colombia recibió 150 millones de dólares de la Alianza para el Progreso en el año 1961, pero ese mismo año perdió la suma de 450 millones de dólares con la baja del precio del café. Y como según el Presidente Somoza, de Nicaragua, de 1957 a 1962 Centroamérica ha perdido con la baja del café alrededor de 600 millones de dólares, resulta que a pesar de las ayudas de la alianza para el Progreso, aún se siguen perdiendo 72 millones.

La ceguera tradicional de la política norteamericana, que no ve más allá de los intereses inmediatos de su propio país sin atender a la posición rectora de Occidente a que la Historia lo ha llevado, coloca a los pueblos hispanoamericanos en situación de incertidumbre y desconfianza. Por otra parte, el problema económico no puede plantearse separadamente de los problemas cultural y político, especialmente del político. Mientras los Estados Unidos no renuncien a su postura de maestros y paradigmas de sistemas económicos y políticos, mientras no acepten que los pueblos hispánicos tienen el derecho de buscar y aplicar sus propias soluciones dentro del orden cristiano de su tradición histórica, y que ellos —los Estados Unidos— deben cooperar en el campo internacional para encontrar y practicar normas justas de convivencia política entre los pueblos sin aprovechamiento ni extorsionamientos comerciales, mientras no dejen el juego peligroso de estar disputando a todos los pueblos en beneficio propio la hegemonía mundial, no será posible llegar por caminos adecuados a enfrentar satisfactoriamente los ingentes problemas económicos de los llamados países *subdesarrollados*, que gravitan tan peligrosamente sobre la paz del mundo y sobre el destino de nuestra civilización.

La tensión espiritual, la tensión demográfica y la tensión económica de la Hispanidad desembocan históricamente en el campo político y se plantean en él más agudamente, por ser la política el eje primordial de toda convivencia humana, sobre todo en esta edad de aproximación universal en que los modernos medios de relación y comunicación entre los hombres han unificado la vida del mundo y acercado a todos los pueblos de la tierra.

Es, pues, la tensión política la que más claramente refleja la efervescente vivencia histórica de la Hispanidad en el mundo actual.

Es evidente que nuestros pueblos hispánicos, más que ningún otro pueblo, acusan en su historia y en su vida actual la crisis de las formas políticas, la carencia de normas, principios y sistemas de ordenación política adaptados a la realidad étnica y social. No es posible sostener seriamente y científicamente que las fórmulas de la Democracia liberal han tenido ni están llamadas a tener un éxito completo, o siquiera en alguna forma lisonjero, en la estructuración política estable de nuestras nacionalidades. No estoy defendiendo ningún sistema contrario a la democracia, ni estoy negando que alguna forma de democracia pueda adaptarse a la realidad social de nuestros pueblos y ser garantía de su pacífico ordenamiento y desarrollo históricos. Pero cuando toda la ciencia política actual reconoce la crisis del estado liberal burgués y de las formas más universales de la democracia liberal, como el parlamentarismo y el sistema de partidos, no es lícito predecir optimistamente un afianzamiento de estas formas y fórmulas en la agitada sociedad hispanoamericana.

En la interesante obra del tratadista francés M. Duverger, titulada *La Dictature* y publicada en París en 1961, leemos las siguientes categóricas apreciaciones: «Las elecciones, indiscutiblemente no dicen gran cosa en ausencia de competición, pero acostumbran a los ciudadanos a votar, y a votar tomando en consideración los problemas nacionales. Escrutinios pluralistas en países subdesarrollados se desarrollan necesariamente en una atmósfera de trampas y de corrupción, que deforma mucho más a los ciudadanos que las elecciones unitarias... Hoy se considera que el advenimiento de las democracias en los países atrasados depende más de la expansión económica que de la educación política, hasta el extremo de que si el nivel de vida de las masas permanece muy bajo, no es posible elevarlo ni elevar tampoco la comprensión de los problemas. El hambre, la desnudez, el frío y la miseria obstaculizan el progreso de la educación.»

Otros tratadistas señalan una clara evolución en las democracias occidentales hacia el sistema de Partido único. Observan la grave crisis de los Partidos en Francia e Inglaterra, que se encuentran en franca

decadencia por el proceso de despolitización de la sociedad que se consuma a medida que se realiza la nivelación social y se alcanza un grado satisfactorio de bienandanza económica y prosperidad material Así sucede en algunos Estados norteamericanos del Sur, donde se ha consolidado el dominio de un solo partido y la abstención electoral rebasa a veces el 90 por 100 de los ciudadanos aptos para votar. Este fenómeno de la abstención electoral se da también en Francia, donde el régimen parlamentario de partidos ha terminado por sucumbir.

«El periodista especializado en el estudio de los Partidos —afirma el francés Priouret de su Patira— da la impresión de ser un entomólogo que analiza una variedad de insectos raros.» Un caso de Partido único es en la India el Partido del Congreso, que ocupa más de las tres quintas partes de los asientos de la Cámara de Representantes. Y aquí al lado nuestro tenemos en Méjico el Partido Revolucionario Institucional, que es también prácticamente el único Partido en la democracia mejicana.

Estamos, pues, frente a una crisis universal del sistema democrático y de las formas políticas. El panorama político actual de Hispanoamérica demuestra que en nuestros pueblos esta crisis democrática, que en ellos es endémica, no ha sido superada. Los golpes militares estallan por diversos lados en países donde se daba por sentado que la democracia se había consolidado definitivamente. Los profundos cambios sociales operados en nuestras naciones en los últimos años exigen nuevas formas y fórmulas políticas. El viento de la Revolución sopla de diversos rumbos, y el tremendo problema del llamado *subdesarrollo*, a que atrás nos hemos referido, plantea a su vez la peligrosísima alternativa de tener que escoger entre el sistema liberal capitalista de empresa privada que auspician los Estados Unidos como correlativo económico de la democracia política y el sistema socialista de intervención y planificación estatales con la consiguiente pérdida de libertades civiles y políticas. Esta alternativa, debemos decirlo claramente, nos ha sido impuesta por los Estados Unidos en la medida en que se ha negado a nuestros pueblos el derecho y la oportunidad de buscar un tercer camino de acuerdo con nuestro nacionalismo y nuestra tradición.

Observaba el ministro de Comercio de España, don Alberto Ullastres, en discurso pronunciado en la X Reunión del Centro Europeo de Documentación e Información a que aludí al principio de esta conferencia, que la teoría económica clásica, que intentan todos aplicar por inercia, está ya acabada, y que la teoría del desarrollo, que es la que debe aplicarse en Iberoamérica, está, con respecto a Iberoamérica precisamente, sin elaborar. Se aplican a nuestros países criterios de desarrollo económico basados hasta cierto punto en la teoría económica tradicional y, por otra parte, basados en la experiencia de países desarrollados de

renta nacional muy elevada y que tienen, por tanto, características fundamentalmente diferentes a las de nuestros países.

Recordaba también el ministro español en su discurso que Iberoamérica debe pasar por una revolución industrial, como pasó Europa, y que esta revolución industrial y económica se financió en Europa a base de jornadas de catorce y dieciséis horas, del trabajo de mujeres y niños, de bajos salarios y de ausencia de seguridad y de protección social, es decir, a base de esclavitud social y económica.

El problema está, pues, en saber si Hispanoamérica puede o no realizar esa revolución industrial sin esclavitud de su pueblo. La alternativa del socialismo marxista es precisamente la de la esclavitud. Y si queremos ser sinceros y objetivos debemos reconocer, que a base de ella, como dice el ministro Ullastres —sin auspiciar el método, desde luego—, los socialistas o comunistas hispanoamericanos pueden obtener buenos resultados en el orden puramente económico, como lo están obteniendo también en cierta medida los comunistas chinos.

«Muchas veces —observa el famoso sociólogo italiano Conrado Gini— la institución de la esclavitud aparece históricamente justificada por la necesidad de evolucionar las poblaciones, a través del trabajo forzado, del estadio animal del trabajo al estadio del trabajo espontáneo y de la acumulación... En el estadio del trabajo forzado, la costumbre y la selección redicaron y desarrollaron en las masas sometidas la propensión a trabajar para conseguir frutos que iban más allá de sus estrictas necesidades, primera condición para el desarrollo de la técnica y para el progreso...

En tal forma, la esclavitud ha representado un pasaje obligado para conseguir la civilización» (1).

Nuestros pueblos deben encontrar la forma política de acceder al desarrollo de la técnica y al progreso sin condicionarlo al trabajo forzado y a la esclavitud. Pero esta forma política, sea o no una forma de tipo democrático, no la pueden dar a nuestros pueblos los laboratorios sociopolíticos de Washington ni de los organismos internacionales supeditados a los intereses de las grandes potencias, sino que debe surgir del propio laboratorio histórico y social de la Hispanidad.

Los Estados Unidos deben comprender el enorme peligro que para ellos mismos y para el mundo entero representa su absurda pretensión de obligar a los pueblos hispanoamericanos a escoger entre su sistema de democracia liberal capitalista y el sistema socialista de la Rusia soviética. Ya Cuba tuvo que escoger, y es un ejemplo activo y un foco de contagio para los pueblos del continente y para los de todo el ámbito hispánico. Hasta la fecha las fórmulas políticas y económicas inven-

(1) *Revista de Estudios Políticos*, núm. 122. Madrid.

tadas en Washington no han ganado la confianza definitiva de los pueblos hispanoamericanos y ni siquiera han merecido la aceptación unánime de los gobiernos.

En una reciente conferencia sobre el porvenir de la sociedad norteamericana, el famoso historiador británico Arnold Toynbee ha hecho a las potencias occidentales, y en especial a los Estados Unidos, la siguiente sabia advertencia: «Ningún país ha escogido el régimen comunista antes de haberse persuadido en la experiencia de que el sistema democrático no podría resolver sus problemas en las circunstancias históricas en que se encontraba. El comunismo, bien entendido, no es la única alternativa a la democracia en el mundo de hoy. En ciertos países, que han fracasado en hacer funcionar una democracia, no son los comunistas los que han logrado el poder, sino los militares. No hay duda de que existen todavía otras soluciones que serán ensayadas por los nuevos países emancipados en el curso de su difícil ascendencia hacia el lugar al cual aspiran en la comunidad de naciones modernas.

Los occidentales deberían comprender y juzgar con simpatía las dificultades de los pueblos asiáticos, africanos y sudamericanos. Sería estúpido e injusto reprocharles no haber logrado en el primer ensayo aclimatar una planta política tan extraña para ellos como es nuestra forma occidental de democracia. En todo caso no debemos subordinar nuestra ayuda al éxito de la democracia en los países que tienen necesidad de ella. Parece, pues, que no debe contarse con el impulso revolucionario que se manifiesta hoy en el mundo entero para asegurar en todas partes el triunfo de la democracia en un futuro próximo.

Y continúa Toynbee planteando la cuestión del fin que persigue esa revolución mundial en marcha. «El primer objetivo de la mayoría subdesarrollada del mundo —afirma— no es, en mi opinión, la libertad, sino la igualdad, o cuando menos una atenuación de la desigualdad tradicional entre las masas hambrientas y unas minorías privilegiadas. Este combate de la mayoría para obtener igualdad es la ambición, el elemento más importante del mundo actual. Es infinitamente más importante que la lucha política o ideológica que se libra en el Occidente y en el campo comunista; uno u otro hacen de esta rivalidad su preocupación esencial; pero creo que deberían cambiar rápidamente de perspectiva. Estoy convencido que ninguno de ellos llegará a dominar la totalidad del mundo y a imponerle su ideología.»

No debemos, pues, los pueblos hispánicos encerrarnos en la disyuntiva de capitalismo democrático o socialismo marxista. No debemos dejarnos encerrar en ese dilema absurdo. Debemos buscar y desarrollar nuestra propia fórmula política cristiana, de democracia si se quiere o si se quiere de socialismo, para librar con éxito nuestra propia batalla

contra el hambre, la miseria y la injusticia social sin sacrificar las más caras y esenciales libertades del hombre. Si la democracia liberal capitalista pretende llegar a la igualdad por la libertad, y el socialismo marxista busca alcanzar la libertad por medio de la igualdad, nosotros sabemos que la libertad dentro del capitalismo mata la igualdad, y que la igualdad dentro del socialismo mata la libertad, y que sólo a través de un concepto cristiano de la vida y de la historia es posible conjugar la libertad con la igualdad, concibiendo la libertad humana bajo la patria potestad de Dios y la igualdad esencial de todos los hombres en su naturaleza de seres creados a imagen y semejanza del Creador.

La Hispanidad, señores, no es una pura entelequia. Es un fermento vital de la historia y una comunidad de pueblos destinada a proyectarse cultural y políticamente con valor y sentido universales.

En mi *Sociología de la Política Hispanoamericana* afirmé con claro optimismo: «Son los pueblos hispánicos, poseedores de la más fuerte y sana sedimentación histórica de cristianismo, los llamados a buscar y encontrar la solución política para el problema del hombre moderno y de la historia moderna.» Esta frase provocó la protesta del norteamericano Harry Kantor, profesor asociado de Ciencia Política de la Universidad de Florida, que al comentar mi libro me calificó por ella de *racista.* Y yo hube de replicar al señor Kantor que es ridículo y absurdo llamar racismo al hecho de que los pueblos hispánicos busquen una solución política cristiana a la crisis histórica del mundo moderno. Alguien tiene que encontrar esa solución, y si yo pienso que los pueblos hispánicos son los llamados a encontrarla ello puede causar molestia al señor Kantor, pero no le da pie para acusarme de racismo. La rectoría política del mundo ha ido pasando en la historia de unos pueblos a otros. El que los pueblos hispánicos aspiren a suceder a los Estados Unidos en esta rectoría debe satisfacer al señor Kantor y a todos los norteamericanos, porque nuestra fuerte y sana sedimentación histórica de cristianismo es garantía de que nuestras naciones no desarrollarán ninguna forma de imperialismo ni de racismo.

La Hispanidad, como realidad étnica y espiritual y como posibilidad política, afronta tremendos problemas que la hacen vivir en una dramática tensión. Pero estos problemas son fundamentalmente en gran parte los problemas del mundo actual, y esta tensión es, o debe ser, una tensión creadora. Por eso la Hispanidad debe tener una mayor participación en la obra de defensa y recuperación de la cultura de Occidente y en las grandes decisiones universales que afectan al destino del mundo y de la civilización. Los rectores políticos y espirituales de nuestros pueblos y los intelectuales hispánicos de todas las latitudes, tenemos en ello una tarea primordial y una enorme responsabilidad.

Mientras tanto, la Historia sigue su marcha ineluctable, y como dice el verso de Rubén:

*La América española como la España entera*
*fija está en el Oriente de su fatal destino.*

Interroguemos a la esfinge con el encorvado cuello del blanco cisne rubeniano, y pensemos con el poeta inmortal:

*que aún guarda la esperanza la caja de Pandora.*

Matagalpa.

Julio Icaza Tijerino
Instituto Nicaragüense de Cultura Hispánica
Apartado Postal 2184
MANAGUA (NICARAGUA)

# SALMOS

POR

## ERNESTO CARDENAL

### SALMO 103

Bendice alma mía al Señor
Señor Dios mío tú eres grande
Estás vestido de energía atómica
como de un manto

De una nube de polvo cósmico en rotación
como en la rueda de un alfarero
comenzaste a sacar las espirales de las galaxias
y el gas en tus dedos se fue condensando y encendiendo
y fuíste modelando las estrellas
Como esporas o semillas regaste los planetas
y esparciste los cometas como flores
Un mar de lava de olas rojas era todo el planeta
hierro de roca derretida que subía y bajaba con las mareas
y el agua estaba toda hecha vapor
y sus espesas nubes ensombrecían la tierra
y empezó a llover y llover por siglos
una larga lluvia de siglos en los continentes de piedra
y después de eones aparecieron los mares
y empezaron a emerger las montañas
(la tierra estaba de parto)
a crecer como grandes animales
y a ser erodadas por el agua
(y allí han quedado como ruina amontonada de aquellos tiempos
como escombros)
y la primera molécula por el efecto del agua y la luz se fecundó
y la primera bacteria se dividió
y en el Pre-Cámbrico la primera alga tenue y transparente
alimentada de energía solar
y los flajelados transparentes como campanitas de cristal
o flores de gelatina
se movían y reproducían
(y de ahí procede la criatura moderna)
Y después las primeras esponjas

medusas como de plástico
pólipos con boca y estómago
y los primeros moluscos
y los primeros equinodermos: la estrella de mar y el erizo de mar
Al principio del Cámbrico una esponja cubrió todo el fondo del mar
construyendo arrecifes de polo a polo
y a mediados del Cámbrico todas murieron
Y los primeros corales florecieron
llenando de rojos rascacielos el fondo del mar
En las aguas del Silúrico las primeras tenazas: escorpiones de mar
y a finales del Silúrico el primer pez voraz
como un diminuto tiburón (ya tiene mandíbula)
Las algas se han convertido en árboles en el Devónico
aprendiendo a respirar
dispersan sus esporas y empiezan a crecer en bosques
y nacieron los primeros tallos y las primeras hojas
Los primeros humildes animales pasan a tierra
escorpiones y arañas huyendo de la competencia del mar
las aletas crecen y aparecen los primeros anfibios
y las aletas se hacen pies
Arboles suaves y carnosos crecían en los pantanos del Paleozoico
Todavía no había flores
y aparecen los insectos
nacen los dinosaurios y las aves
y las primeras flores son visitadas por las primeras abejas
En el Masozoico aparecen los tímidos mamales
pequeños y con sangre caliente
que crían vivos a sus hijos y les dan leche
y en el Eoceno los lemures que andan sobre las ramas
y los tarcios con ojos estereoscópicos como el hombre
y a comienzos del Cuaternario creaste al hombre

Tú das al oso polar su traje del color del glaciar
y a la zorra polar del color de la nieve
a la comadreja haces parda en verano y blanca en invierno
a la *mantis religiosa* le das su camouflage
y camuflajas las mariposas con colores de flores
Enseñaste a los castores a construir sus diques con palitos
y sus casas sobre el agua
la cigarra nace sabiendo volar y cantar y cuál es su alimento
y la avispa sabiendo perforar el tronco de los árboles
para depositar sus huevos

y la araña sabiendo tejer su tela
Ias cigüeñas saben desde que nacen cuál es el norte y el sur
y sin ser guiadas por nadie vuelan en dirección al norte
diste rapidez al leopardo
ventosas a la rana arbórea
y olfato a la mariposa nocturna
para sentir el olor de la hembra en la noche
a 2 millas de distancia
y órganos luminosos al crustáceo
y a los peces abismales das ojos telescópicos
y al *gymnotus electricus* pilas eléctricas

Inventaste los mecanismos de la fecundación de las flores
Les das alas a las semillas para volar en el viento
membranas como si fueran mariposas
otras tienen cabelleras para flotar en el viento
o caen como copos
o como élices
o como paracaídas
o bogan en el agua como barcas buscando los estigmas
y el polen conoce siempre su camino exacto
no vacila a través de los tejidos del estilo
hasta encontrar el óvulo

Los ojos de todos en ti esperan Señor
y le das a cada uno la comida a su tiempo
Abres tu mano
y llenas a todos los animales de bendiciones
Al humilde copeópado le das su diatomea
Te piden de comer las anémonas marinas
(flores feroces y voraces)
y tú las alimentas
La nereidad de celofán
te pide de comer con sus hambrientos tentáculos
Das algas y cangrejos al somormujo y a sus hijos
y a la gallinita-de-playa le das suaves moluscos
Los gorriones no tienen graneros ni tractores
pero tú les das los granos que caen de los camiones
en la carretera (cuando van a los graneros)
y al pica-flor le das el néctar de las flores
Tú le das arroz tierno al pájaro arrocero
y pescado al martín-pescador y su compañera

La gaviota todos los días encuentra sus pescados
y la lechuza todas las noches sus ranas y ratones
Tú le preparas al cuco su comida de orugas
y de gusanos peludos
Le das grillos al cuervo
y das insectos al grillo que está cantando en su hoyo
Tú le das frutitas rojas al pájaro carpintero
y tiene más frutitas de las que puede comer
La ardilla-listada pasa el invierno dormida
y cuando se despierta ya tiene sus semillas
y tú abres las primeras flores primaverales
cuando las primeras mariposas salen de sus crisálidas
Abres las flores en la mañana para las mariposas diurnas
y las cierras en la tarde cuando se van a dormir
y abres otras de noche para las mariposas nocturnas
que pasan todo el día dormidas en rincones oscuros
y empiezan a volar al caer de la tarde
y despiertas a los abejorros de su sueño invernal
el mismo día que les abres las flores de los sauces

Cantaré al Señor mientras yo viva
Le escribiré salmos
Séale grato mi canto
Bendice alma mía al Señor
Aleluya!

## SALMO 129

Desde lo profundo clamo a ti Señor!
Clamo de noche en la prisión
y en el campo de concentración
En la cámara de torturas
en la hora de las tinieblas
la hora de la Investigación
oye mi voz
mi S. O. S.

Si tú llevaras el récord de los pecados
Señor ¿quién estaría inmune?
Pero tú perdonas los pecados
no eres implacable como ellos en su Investigación!

Yo confío en el Señor y no en los líderes
No en los slogans
Confío en el Señor y no en sus radios!

Espera mi alma al Señor
más que los centinelas la aurora
más que como se cuentan en la prisión las horas nocturnas

Mientras nosotros estamos presos
están en fiesta!
Pero el Señor es la liberación
la libertad de Israel

## SALMO 150

Alabad al Señor en el cosmos
Su santuario
de un radio de 100.000 millones de años luz
Alabadle por las estrellas
y los espacios inter-estelares
alabadle por las galaxias
y los espacios inter-estelares
alabadle por los átomos
y los vacíos inter-atómicos
Alabadle con el violín y la flauta
y con el saxofón
alabadle con los clarinetes y el corno
con cornetas y trombones
con cornetines y trompetas
alabadle con violas y violoncelos
con pianos y pianolas
alabadle con blúes y jazz
y con orquestas sinfónicas
con los espirituales de los negros
y la 5.ª de Beethoven
con guitarras y marimbas
alabadle con toca-discos
y cintas magnetofónicas
Todo lo que respira alabe al Señor
toda célula viva
Aleluya!

Ernesto Cardenal
NICARAGUA

# OLIVERIO GIRONDO, INICIADOR DE LA VANGUARDIA POETICA ARGENTINA

POR

ALFONSO SOLA GONZALEZ

El 15 de diciembre de 1962 se cumplieron cuarenta años de la aparición, en prensas francesas, del primer libro de poesía argentina de «vanguardia»: los *Veinte poemas para ser leídos en el tranvía,* de Oliverio Girondo. Es decir, el primer libro orgánico intencionalmente «vanguardista».

Con anterioridad, un vago ambiente renovador se había ido creando en ambas orillas del Plata, y algunos escritores, ya en poemas enteros, ya en fragmentos, ya en líneas aisladas de poemas, se habían anticipado solitariamente a ciertos aspectos de lo que sería luego nuestra primera escuela de «vanguardia». Baste recordar al Lugones de *Las montañas del oro* (1897) y del *Lunario sentimental* (1909); *El cencerro de Cristal* (1915), de Ricardo Guiraldes; poemas y escritos dispersos de Macedonio Fernández; algunos versos, entre otros, de Fernández Moreno, de Mario Mariani, de Alfonsina Storni. En Uruguay se anticiparon al espíritu del ultraísmo, unas veces, y otras a sus ecuaciones formales, poetas como Armando Vasseur, Parra del Riego y, especialmente, Horacio Quiroga, quien, en su único libro de poemas —*Los arrecifes de coral* (1901)—, asume una actitud de verdadera avanzada por el empleo del automatismo, la exploración del mundo onírico y subconsciente, etc. Cabe recordar también la obra de Julio Herrera y Reissig, que contribuyó, con la de Leopoldo Lugones, a resquebrajar la empedernida costra de los prejuicios literarios en el ámbito rioplatense.

Antes de la aparición del «ultraísmo» ya se había hablado en Buenos Aires de revolución literaria. Adolfo Prieto ha exhumado un curioso ejemplar de la *Revista de Orientación Futurista,* aparecida en Buenos Aires el 1 de enero de 1920 (1). Existe también por esos años cierto conocimiento del «dadaísmo», de las greguerías de Gómez de la Serna, de la poesía de Maiacowski; se había comentado, por ejemplo, en la revista *Nosotros* el célebre libro de Jean Epstein *La poesie d'aujourd'hui.* De Armando Vasseur se dijo que había inventado el futurismo antes que Marinetti, y del *Lunario sentimental,* de Lugones,

---

(1) ADOLFO PRIETO: *Una curiosa.* «Revista de Orientación Futurista». Boletín de Literaturas Hispánicas, año 1961, núm. 3. Santa Fe.

afirmaba Juan Mas y Pi: «... La renovación de las imágenes en la poética de Lugones ha obedecido a un plan bien meditado de estética que pudiéramos llamar futurista, sin relación de ninguna especie con la tendencia dogmatizada por Marinetti» (2).

En suma, antes de la aparición del libro que comentamos existieron antecedentes dispersos, precedentes impremeditados, cierto conocimiento de la nueva poesía en círculos reducidos.

Estos hechos, aunque no prepararon el camino a la obra poética de Oliverio Girondo, recogida en los *Veinte poemas* (publicados en Francia en 1922, pero escritos algunos ya en 1920 y 1921, en Buenos Aires y en Europa), nos permiten sospechar un grupo de lectores porteños que no se escandalizarían por las audacias del joven poeta.

Una minuciosa indagación de los antecedentes argentinos con que cuentan el artículo doctrinario de Borges sobre el ultraísmo (revista *Nosotros,* 1921) y el libro de Oliverio Girondo en el año siguiente requeriría un capítulo aparte. Bastan para nuestra intención en este artículo las menciones que hemos hecho ya.

La primera edición del libro de Oliverio Girondo fué hecha en Argenteuil y se terminó de imprimir el 15 de diciembre de 1922. Constó de 850 ejemplares numerados y 150 fuera de comercio, ilustrados por el autor, aunque Ch. Keller coloreó los dibujos, según reza el colofón. En la edición «tranviaria» y popular hecha en Buenos Aires en 1925 se agrega una *Carta abierta a La Púa,* dirigida al cenáculo de *gourmands* y *gourmets,* al que ya había sido dedicada la primera edición de los poemas, de la siguiente manera:

> A La Púa:
> «Cenáculo fraternal, con la certidumbre reconfortante de que en nuestra calidad de latino-americanos poseemos el mejor estómago del mundo, un estómago ecléctico, libérrimo, capaz de digerir y digerir bien, tanto unos arenques septentrionales o un kouskous oriental, como una becasina cocinada en la llama o uno de esos chorizos épicos de Castilla.
>
> *Oliverio»*

La dedicatoria, de progenie pantagruélica, era precedida por la siguiente leyenda, aislada en el amplio blanco de una página:

*Ningún prejuicio más ridículo que el prejuicio de lo* sublime.

Estas dos páginas anticipan, en cierto modo, el contenido del libro. Pero sólo en uno de sus aspectos, el vulgar, el no poético, la baladronada porteña del buen digerir.

---

(2) JUAN MAS Y PI: *Leopoldo Lugones y su obra.* Buenos Aires, 1911; p. 152.

Los *Veinte poemas para ser leídos en el tranvía* coinciden a veces con las líneas generales del «ultraísmo» argentino. Se acercan también a la vasta e indefinida idea del «ultra» que años antes había movido a algunos españoles, pero se advierte también en ellos la heterodoxia nacionalista —dentro de su cosmopolitismo—, que diferenciará el movimiento rioplatense de su homónimo y que se concretará en forma definitiva un año después con *Fervor de Buenos Aires,* de Jorge Luis Borges.

Esta ubicación de *Veinte poemas* en las coordenadas de los nuevos «ismos» estéticos puede plantearnos un problema cronológico acerca de quién fué el primer poeta que en Buenos Aires se lanzó por el nuevo camino. Se ha dicho, y hasta el momento nadie lo ha discutido, que Jorge Luis Borges introdujo el ultraísmo en el Plata a su regreso de España, en 1921. El movimiento, según los datos que poseemos, comienza a manifestarse en Buenos Aires en diciembre de ese año, con la aparición de la revista *Prisma* y el tan mentado artículo de *Nosotros,* que incluye una pequeña antología de poetas, en su mayor parte españoles. Si consideramos que en el libro de Girondo hay nueve poemas de indiscutible filiación «vanguardista», fechados en España, Francia, Río de Janeiro, *Mar del Plata* y *Buenos Aires* en 1920, no puede dudarse entonces de que, por lo menos un año antes del regreso de Borges, la «vanguardia», sin bautismo oficial todavía, había dado ya sus primeros poemas intencionadamente adscritos al *esprit nouveau* triunfante en las literaturas europeas. Este reconocimiento no resta méritos a la misión jordanista o bautizadora de Borges y al papel que como doctrinario y poeta le cupo en las primeras querencias del nuevo sentir. Simplemente queremos anotar fechas y reconocer en Oliverio Girondo al poeta que por primera vez en el Río de la Plata —en agosto de 1920 se halla en Buenos Aires, de regreso de un viaje a Europa— se ajusta a la nueva estética *con segura conciencia de lo que está haciendo.*

## España

Las más antiguas composiciones del libro de Oliveiro Girondo están fechadas en Sevilla, en marzo y abril de 1920. Les siguen otras de julio y agosto del mismo año, escritas en Francia. ¿Dónde, pues, entró en contacto nuestro poeta con los movimientos de «vanguardia»? Todo haría sospechar que fué en España. Recordemos que por esa época culminaba en la península la actividad poética ultraísta y que era Sevilla, precisamente, uno de los centros de irradiación del movimiento. Allí la revista *Grecia* ofrecía, en originales y traducciones —éstas especial-

mente de autores franceses—, un abundante material de renovación poética. Los poemas de Oliveiro Girondo suelen tener puntos de contacto con ciertas formas líricas del humorismo que aparecen en los colaboradores de *Grecia:* Eugenio Montes, César A. Comet, Rivas Panedas y otros. Podría aceptarse, pues, salvadas grandes diferencias, cierta concomitancia en la actitud ante lo real, que podría acercarlos a pesar del mutuo desconocimiento. El mismo Oliverio Girondo, en largas conversaciones que hemos mantenido en su casa de Buenos Aires, se ha encargado de recordarnos que su formación estética fué eminentemente francesa y que fué en París donde entró en contacto con los grupos de la *avant-garde,* por intermedio de su amigo Supervielle. Allá asistió a las tumultuosas reuniones dadaístas y posteriormente a las primeras del naciente surrealismo.

El conocimiento de los poetas españoles de vanguardia vino después, y ninguno de ellos alcanzó a influir decisivamente en su obra. Ello no impide que advirtamos una inquietud similar en el libro del poeta argentino y en las columnas de la revista andaluza, donde aparece, por ejemplo, una página destinada a los poetas de *l'aventure* del otro lado de los Pirineos, con los nombres de Guillermo Apollinaire, Pedro Reverdy, Pablo Dermée, Francis Picabia, Felipe Soupault, Luis Aragón, André Breton y Pablo Morand (la catellanización de los nombres y las versiones poéticas son de Guillermo de Torre). También se traducen fragmentos de *Le cornet à dés,* de Max Jacob, que tanta influencia tuviera en la conformación de la nueva lírica y en el espíritu inquietante que la sostuvo. Para nuestro interés resulta importante señalar la presencia de Paul Morand, quien fué, sin duda, uno de los escritores que más notablemente influyeron en ciertos aspectos del «ultraísmo» rioplatense, especialmente de Oliverio Girondo.

En fín, tales indicios parecerían probar la comunidad de las fuentes francesas en los puntos de acercamiento que ofrece la poesía de Girondo con la de los ultraístas españoles.

Por la misma época también se hallaba Jorge Luis Borges en España, y según algunos poemas llegados hasta nosotros, «ultraizaba» ortodoxamente. Pero es Oliverio Girondo quien regresa primero a Buenos Aires, donde fecha varios poemas de su libro en agosto de 1920.

Casi todas las composiciones que integran *Veinte poemas para ser leídos en el tranvía* son anteriores a las fechas reconocidas como iniciales del «ultraísmo» entre nosotros. En 1920 es Girondo quien trae las formas y el espíritu de una poesía nueva, que todavía no encuentra eco en el país. La falta de epigonos y su pronto retorno a Europa contribuyen al desconocimiento de la novedad revolucionaria. En 1922, cuando se publica el libro en Francia, Borges ya ha dado ciudadanía al

«ultraísmo» —y planteado asimismo la derrota de toda actitud extrema— en su artículo de *Nosotros*. El «vanguardismo» ya moderado de Borges es, sin embargo, para nuestro ambiente un acontecimiento casi escandaloso. El lector común no ve todavía las reticencias del joven teórico. Por el contrario, el libro de Girondo, editado en Francia, es un verdadero acto de ruptura. Unos años después, comprendiendo la necesidad de su divulgación, la editorial «Martín Fierro» hace la edición popular a veinte centavos, que reemplaza a la difícil de hallar y de lujoso formato salida de las prensas de Argenteuil. Oliverio Girondo cuidará siempre desde entonces el ala extrema de la poesía lírica argentina.

No fué en España donde nuestro poeta entró en contacto con el ultraísmo, pero allí encontró más tarde a Ramón Gómez de la Serna, con cuyo espíritu ágil e inquisitivo tendría muchas afinidades. A pesar de que Girondo —según propia confesión del poeta que no niega otras influencias en su primer libro— no conocía la obra de Gómez de la Serna al escribir sus poemas, el espíritu del «ramonismo» es en ellos más acentuado que en otros españoles de la misma época. Es bien conocido, además, el deslumbramiento del humorista español ante los *Veinte poemas*. Por otra parte, el isomorfismo de algunas líneas poéticas de Oliverio Girondo y las greguerías, no invalida en nada la estrepitosa originalidad de aquél, su peculiar visión de la realidad, íntimamente distinta de la de Gómez de la Serna, quien tampoco abordó la forma expresiva del poema en forma sostenida. Oliverio Girondo escribe *poemas*. Solamente *poemas*.

## Paul Morand

Hay en *Veinte poemas para ser leídos en el tranvía* una serie de tonos y modulaciones que los aproximan a la obra de Paul Morand, uno de los escritores franceses que tuvo más popularidad entre los «ultraístas» argentinos. Conviene recordar que en 1920 aparece —el 30 de junio— *Feuilles de température*, y que un año antes lo había hecho *Lampes à arc*, también del poeta francés, algunos de cuyos poemas tradujeron los redactores de *Grecia* ya en 1920. Ventura Calderón, citado por Edmundo Bianchi, dice: «Morand optó, como nuestra edad, por la rapidez, el esbozo, el apunte, la concentración de metáforas, la visión temblorosa del cinematógrafo... Es suya la poesía del bar, del cine, del coche-cama; es suyo el lirismo de la Europa desbaratada por la guerra con su fusión de sexos y lenguajes... (3).

(3) Edmundo Bianchi: *Antología de poetas franceses contemporáneos*. Buenos Aires, 1944.

¿No conviene acaso esta breve y exacta caracterización a los poemas de Girondo —rapidez, esbozo, apunte, concentración metafórica, visión cinematográfica, bar, cosmopolitismo—, coetáneos de los dos primeros libros de Paúl Morand? Marcel Raymond nos facilita este acercamiento cuando al referirse a la poesía de la acción y la vida modernas dice: «En cette poésie, aussi pauvre de syntaxe q'elle est riche de vocabulaire, nourrie de mots techniques, argotiques, de locutions populaires, de néologismes, les images visuelles et les images motrices abondent. Les premières sont en général hallucinantes; elles fixent tel détail obsédant; approximations par excès, le plus souvent, qui confèrent aux gestes une apparence mécanique, *aux visions un air de caricature*» (el subrayado es nuestro). «Songez aux *Lampes à arc* et aux *Feuilles de température*, de Paúl Morand» (4).

La influencia del autor de *Ouvert la nuit* sobre la «vanguardia» argentina de 1920, como ya dijéramos en otra ocasión (5), no ha sido suficientemente considerada aún. Transcribimos un poema suyo de tema sevillano:

DON JUAN

A Marie Laurencin.

*Il se rend au Club Conservador.*
*Il a des chaussures à tige de drap gris,*
*une barbe de cacique, un chapeau de Cordue,*
*des yeux d'anthracite avec des poches dessous.*
*Pour avoir vendu des mules à l'armée américaine*
*(les boiteuses défilant au centre du troupeau),*
*il a des billets de mille a même sa poche-revolver.*
*La statue du Commandeur qui était au cimétière*
*appartient à l'ainé des Seligmann Brothers.*
*Du coté de chez le Duc de Montpensier*
*minuit sent la fleur d'oranger.*
*Des mules glissent et souvent sont tombées*
*les procéssions ayant répandu la cire sur les pavés,*
*le chauffeur a l'ordre d'éviter.*
*le Guadalquivir et son humidité*
*car Don Juan a la prostate éprouvée.*
*Cependant une grosse dame en kimono,*
*d'un index bagué d'une dent de lait*
*l'invite à monter.*
*Sur un banc, des réligieuses repenties*
*s'offrent à lui faire les souliers avec leurs cheveux.*

Sevilla, 1918

---

(4) Marcel Raymond: *De Baudelaire au Surréalisme.* París, 1952; p. 243.
(5) Alfonso Sola González: *Capítulos de la novela argentina.* Mendoza, 1959.

De aquí a «Croquis sevillano» hay un paso. Pero este paso es enorme. Es el que va del simple humor y la vaga ironía al calor y la intensidad de la palabra poética. Este paso lo da Oliverio Girondo.

## Poesía y humorismo

La lectura de los *Veinte poemas para ser leídos en el tranvía* nos plantea una pregunta: Oliverio Girondo, ¿es un poeta o simplemente un humorista?

Evar Méndez, que en el «martinfierrismo» bonaerense representa un papel similar al de Cansinos Assens respecto del ultraísmo español, es reticente en cuanto a lo poético de este libro: «Girondo poeta —para aplicarle el calificativo por entero habría que darle un sentido muy largo, muy de hoy, a la palabra— sólo aparece en un par de nocturnos de su primer libro...» (6). El resto de los poemas, según esta interpretación del animador del movimiento, sería un mero juego humorístico. A no ser que le diéramos a la palabra poeta un sentido «muy de hoy», cavila Evar Méndez. Y ese sentido es el que conviene, precisamente, a *todas* las composiciones del libro. Sí, efectivamente, el dar un nuevo sentido a la palabra poeta, a la palabra poema, a la palabra poesía, es el programa de la revolución literaria europea y americana, que generalmente llamamos «vanguardismo».

¿Ha negado alguien la condición de poeta a Alfred Jarry por las composiciones de *Gestes et opinions du Docteur Faustroll;* a Pierre-Albert Birot por sus poemas *à hurler et à danser;* a Max Jacob, por los de *Frères Martorel* y *Cornet à des?*

Es precisamente el *esprit nouveau* el que ensancha hasta lo ilimitado las posibilidades de lo poético y permite la repetición insistente de esas visiones con el aire de caricatura de que hablaba Marcel Raymond.

*Les manèges deménagent*
*Ménager manager*
*De l'avenue du Maine*
*Qui ton manège mene*
*Pour mener ton ménage*
*Ménage ton ménage*
*Manège ton manège*
*Ménage ton manège*
*Manège ton ménage.*
*Mets les ménagements*
*Au deménagement.*

---

(6) Evar Méndez: *Doce poetas nuevos.* En síntesis, I-4. Buenos Aires, 1927; página 30.

*Les manèges deménagent*
*Ah, vers quels mirages?*
*Dites pour quels voyages*
*les manèges deménagent.*

La poesía de los *Veinte poemas* se halla en la tradición de *Ubu Roi* y sus prolongaciones. Dentro de esa esfera incandescente hay que contemplarla y no desde el enfoque del lirismo puro o sentimental, tradicionalmente avalado por la costumbre y la pereza intelectual. Es verdad que los dos «nocturnos» de que hace mención Evar Méndez son las composiciones más «líricas» del poemario. Pero la poesía de Oliverio Girondo es también otra cosa: visión peculiar de lo real y peculiar modo de expresarlo. Y si hemos llamado poemas a las composiciones incluídas en la *Défense de Tartufe,* de Max Jacob, no podemos negar el mismo título a ésta de los *Veinte poemas para ser leídos en el tranvía:*

CHIOGGIA

*Entre un bosque de mástiles,*
*y con sus muelles empavesados de camisas,*
*Chioggia*
*fondea en la laguna,*
*ensangrentada de crepúsculo y de velas latinas.*
*¡Redes tendidas sobre calles musgosas... sin afeitar!*
*¡Aire que nos calafatea los pulmones, dejándonos un gusto de alquitrán!*

*Mientras las mujeres*
*se gastan las pupilas*
*tejiendo puntillas de neblina*
*desde el lomo de los puentes,*
*los chicos se zambullen*
*en la basura del canal.*

*¡Marineros con cutis de pasa de higo y como garfios los dedos de los pies!*
*Marineros que remiendan las velas en los umbrales y se ciñen*
*con ellas la cintura, como con una falda suntuosa y con olor a mar.*

*Al atardecer, un olor a frituras agranda los estómagos*
*mientras los zuecos comienzan a cantar...*
*y de noche, la luna, al disgregarse en el canal, finge un*
*enjambre de peces plateados alrededor de una carnaza.*

Venecia, julio de 1921.

Oliverio Girondo es un poeta inscrito en la pauta del humor, pero no es sólo un humorista. No hace profesionalismo del humor; hace

poesía, y si el humorismo entra en esa poesía es porque su especial visión de lo real y de la sociedad se lo exige.

Sobre lo cómico ha dicho Bergson: «... Lo cómico tiene algo de estético, pues aparece en el preciso momento en que la sociedad y la persona, libres ya del cuidado de su conservación, empiezan a tratarse a sí mismos como obras de arte» (7). La explosión revolucionaria del *esprit nouveau* se caracterizó precisamente por el abandono de ese cuidado de conservación. De ahí que lo cómico encajara perfectamente en sus moldes más representativos. Oliverio Girondo, en 1920, contempla la realidad a través de la visión transformadora del lente lúdico; la ve como una caótica falta de dignidad del ser. Y así surge la necesidad de expresión a través de la especie del humor y no de otra, ya que su vigor ético, su sólida salud mental, su ferocidad de pugilista del intelecto, le impiden tenderse hacia la desesperación nihilista.

Recordemos palabras de Marcos Victoria: «No hay duda de que la transposición de una realidad al plano del juego implica su *degradación*» (8). Esto es lo que hace Girondo, y a ello se debe que para muchos críticos sus poemas no sean poemas.

Entendemos nosotros como «degradación» una visión menoscabada de lo real; las cosas pierden algo de su identidad consigo mismas, de su dignidad ontológica, y son deslizadas oblicuamente hacia un plano escéptico a través de las formas del juego y del absurdo.

Esta poesía, que, como ya dijimos, penetra profundamente en los estratos del «ubuísmo», que, atravesando la literatura de los primeros años del siglo, se instala en el desorden, en la fertilísima negatividad dadaísta, es la que informa el mundo creador de Girondo y, sin comprenderla, será imposible comprender los *Veinte poemas para ser leídos en el tranvía.*

Sus poemas pertenecen a la categoría psicológica de lo cómico en su forma literaria más común que llamamos humorismo. Ello justifica que recientemente se haya incluído a Girondo en una antología del humorismo argentino. Pero no sólo esta promoción interior de procedencia irracional hacia el absurdo poético mueve las ondas creadoras de Oliverio Girondo; también hay en él una actitud programática, consciente, esencial al *esprit nouveau,* y es la lucha contra la tradición, la batalla de la aventura, que desde el manifiesto futurista de Milán de 1909, pasando por *L'antitradition futuriste* de 1913 de Apollinaire, llegaba con su formidable ola destructora de todo lo

---

(7) HENRI BERGSON: *La risa.* Buenos Aires. Losada, 1939; p. 24.

(8) MARCOS VICTORIA: *Ensayo preliminar sobre lo cómico.* Buenos Aires, Losada, 1958; página 57.

constituído y aceptado hasta entonces como arte, hasta el «dadaísmo», vigente en la época del libro que comentamos.

La interioridad creadora de Girondo habría de encontrar su fórmula exterior en las proposiciones vanguardistas que iban de Jarry, Apollinaire, Marinetti, Cendrars, a Tristán Tzara y André Bretón.

## Poesía del espacio

Girondo fecha gran parte de sus poemas en distintas ciudades europeas: Sevilla, Douarnenez, Brest, Venecia, Verona, Palanza, París; uno, en Río de Janeiro. Otros, evidentemente, han sido escritos en Biarritz y en Dakar. Los *Veinte poemas* se nos presentan como un cuaderno de viaje donde se han ido anotando esquemáticamente las impresiones recibidas.

A comienzos de siglo, la tierra comienza a empequeñecerse; los modernos medios de transporte acortan las distancias, el mito de la velocidad, exaltado por los futuristas, renueva con caucho, acero, aluminio y bencina la vieja *invitation au voyage.* En Francia se produce un movimiento en que el espacio asume papel protagónico y llega a hablarse de un «sentimiento geográfico moderno». Esta frase pertenece a Valéry Larbaud, quien, bajo la máscara de A. O. Barnabooth, ofrece el más alto ejemplo de esta poesía «del espacio», como se la ha llamado. Los trenes de lujo, los transatlánticos, las ciudades, toda la geografía, son los temas de una poesía que muestra la felicidad, el placer melancólico de estar partiendo siempre, de vivir este minuto de hoy en una ciudad del mundo y aquel otro de mañana en el tren que, «à travers la Bulgarie pleine de roses...», corre hacia otra ciudad de otro país donde esperan también otros minutos que es necesario vivir intensamente —*carpe diem*— para partir mañana y partir otra vez.

A esta poetización del espacio pertenece también Blaise Cendrars, especialmente en su poema *La prose du Transibérien et de la petite Jehanne de France,* uno de los más hermosos que ha dictado el *esprit nouveau* en esos años de oro de la poesía francesa.

*En ce temps-là j'étais en mon adolescence*
*j'avais à peine seize ans et je ne me souvenais dejà plus de mon enfance*
*j'étais à seize mille lieues de ma naissance*
*j'étais à Moscou, dans la ville des mille et trois clochers et des sept gares...*

Y, desde luego, Paul Morand, tan conocido y traducido entre nosotros, el poeta y a veces el ironista de los continentes.

En esta corriente cosmopolita del nuevo «sentir el espacio», en el desplazamiento lujoso y veloz de los hermosos monstruos modernos,

deben inscribirse las fotografías mágicas tomadas con lente prodigiosa de los *Veinte poemas.* Y también sus palabras de combate presentes en 1924, en el manifiesto de *Martín Fierro,* pero que sirven para los poemas ya escritos en 1920: «*Martín Fierro* se encuentra más a gusto en un transatlántico moderno que en un palacio renacentista, y sostiene que un buen hispano-suiza es una *obra de arte* muchísimo más perfecta que una silla de manos de la época de Luis XV» (9).

La visión de lo real—hombre, naturaleza, cosas—es en Girondo fragmentaria, discontinua. Cada poema parece un rápido boceto anotado en su libro de bitácora. Muchos de ellos adoptan el aspecto exterior de la prosa. A través de estos bocetos se presenta una realidad caótica y absurda. El autor no transfigura esa realidad: lo real es así. Así lo ve el poeta. Si bien casi todos los poemas se hallan vertidos en formas próximas a la prosa, nos resistimos a incluirlos en esta categoría. Gómez de la Serna, acaso el mayor admirador que haya tenido Girondo, comentando en *Sur* el libro *Interlunio,* califica a su autor de «poeta en prosa» y dice: «... Se verá que fué el primero en lanzarse a la prosa desmedida, paradójica y temeraria que había de volver a inventar el mundo y a encararse con su más sincera inspiración» (10). Gómez de la Serna no se refiere específicamente a *Interlunio* (que efectivamente es prosa), sino a la obra de iniciación renovadora de Oliverio Girondo. Y si podemos aceptarlo como «un poeta en prosa» en más de una ocasión, no podemos admitir que sus «bocetos poéticos» sean considerados mera prosa, por numerosos que sean los calificativos que acompañen a esta palabra. La poesía de Girondo no es prosa; es lo contrario de la prosa. Es poesía que reviste la forma de la prosa, poesía que manipula elementos que por entonces sólo se movían en el recinto de la prosa, poesía que por rechazar intolerantemente todo «lo sublime», puede parecer prosa a la mala educación pseudo-idealizante y ornamental, pero que es poesía, poesía de rostro fascinador, sonriente, grotesco, innovadoramente lírico.

## HUMORISMO COMO EXCIPIENTE. LO MORAL

Tampoco aceptaremos su inclusión—repetimos—así porque sí entre los humoristas, profesional o técnicamente tales. Hay humor a veces torrencial en sus poemas, pero el humor es adjetivo en ellos. La forma humorística se convierte en el intermediario, en el excipiente de su poesía, porque es el modo expresivo más acorde con su visión del mundo. El humorismo tiene un valor expresivo en esta obra por-

(9) Periódico «Martín Fierro». Segunda época, núm. 4, 15-V-1924.
(10) R. GÓMEZ DE LA SERNA: *Sur.* VIII-40. Buenos Aires, enero de 1938.

que conviene al plano escéptico (como diría Dámaso Alonso para Góngora) en que el poeta se sitúa, alejado de lo sublime, de la ilusión romántica, del optimismo burgués, de la flora del sentimentalismo *pompier*.

Escepticismo no significa aquí pesimismo ni movilización negativa del alma o indiferencia elegante frente a los objetos, sino, por el contrario, visión simpática de lo que es grotesco, porque *no puede ser de otro modo*, amor por lo que es *forzosamente* pintoresco o ridículo. Y si no nos equivocamos, ésta es la fórmula con que Thackeray definía al humorismo. Encarado así el problema, vemos cómo el humor era la fórmula de expresión ineludible para Oliverio Girondo, por ser la más afín a su concepción intelectual y ética del mundo.

Es necesario que lo digamos de una vez: hay un *valor moral* en esta destrucción de lo convencional facturado, un heroísmo aséptico en este castigo implacable de lo real aparencial, en este escepticismo vigoroso, pero lleno de amor por la máscara que destruye. Algo de esto entrevió Ramón Gómez de la Serna cuando decía: «Pero no importa la condición delirante de su obra, sino esa rigidez moral que hay en ella, la moralidad por encima de la aventura, la dignidad por encima de la farsa» (11). Claro que para quienes no vean en los *Veinte poemas para ser leídos en el tranvía* otra cosa que una colección de bufonerías sicalípticas, están de más nuestras palabras y las más autorizadas de Gómez de la Serna.

### La caricatura

Este convenir en que los *Veinte poemas* son una serie de fragmentos abocetados de cuaderno de viaje, que encaran una realidad peculiar enfocada a través de lo pintoresco, lo absurdo, lo extravagante, nos plantea el problema de la caricatura. Marcos Victoria, insistiendo tenazmente en considerar a lo cómico como una «desvalorización», dice en un párrafo dedicado a la caricatura: «En ella se trata de aniquilar la aspiración al valor de los rasgos de un rostro o de un cuerpo, y con ellos, los de un ser con nombre y apellido. Dos condiciones deben darse, por consiguiente: la imagen diseñada debe asemejarse lo suficiente a ese ser como para que lo evoquemos sin dudar y, al mismo tiempo, debe diferir lo suficiente como para aniquilar su aspiración a cierta belleza, a cierta dignidad formal» (12).

Señalemos que Marco Victoria se refiere, evidentemente, a la caricatura plástica, que tiene milenios de antigüedad. Pero, de cualquier

(11) Idem, p. 71.
(12) Marcos Victoria: *Op. cit.*, pp. 101-102.

modo, su enunciado es válido para la caricatura literaria. Dejemos de lado aquello de la aniquilación de un valor de los rasgos de un rostro o de un cuerpo y vayamos a las dos condiciones:

*a)* Semejanza suficiente para *evocar* el ser caricaturizado sin que dudemos.

*b)* Diferencia suficiente para aniquilar cualquier aspiración a cierta belleza y dignidad formal.

Ninguna de esas dos condiciones se da en los *Veinte poemas*. En sus composiciones no se nos ofrece un «parecido a algo». En cambio se nos presenta ese «algo» *tal como es* en la visión de un realismo que para no confundir no nos atrevemos a llamar «mágico». De *Fiesta en Dakar:*

> *Europeos que usan una escupidera en la cabeza.*
> *Negros estilizados en ademán de sultán.*

Aquí no existe la semejanza suficiente con otro ser real para que lo evoquemos. Aquí el ser es ya una caricatura y está presente. No necesitamos hacer el esfuerzo intelectual de «evocarlo» porque ya está ahí. La evocación supone una ausencia, que es traída aquí y a este momento por una semejanza o parecido. Hay un desdoblamiento del objeto: la evocación (presente) y lo evocado (ausente). En los poemas de Girondo no hay seres desdoblados en lo que son y su postulado grotesco. Los dos aspectos son una misma cosa actual, unitaria, única. En cuanto al requerimiento de una diferencia suficiente para aniquilar cualquier aspiración a la belleza, vale también lo expuesto anteriormente. Para Oliverio Girondo no existe un ser real A, ausente aquí y ahora, suplantado por un A' con aditamentos cósmicos; lo presente es siempre A.

El humorismo poético de Oliverio Girondo no consiste, pues, en ofrecernos una caricatura de la realidad, sino en postular que *la realidad, tal como se nos ofrece fenoménicamente, es ya una caricatura.* Si se propusiera mostrarnos que esa realidad es la caricatura de otra más profunda escondida en sí misma y no visible, cegadora para quien accede a su secreto retiro esencial, Oliverio Girondo estaría haciendo metafísica y no poesía, y nuestro escritor es solamente un poeta. Su trasfondo moral surge de que a través de esa poesía nos indica, es decir, nos señala con su índice luminoso, un mundo de valores donde la máscara de lo aparencial no es nada más que eso: máscara.

> — Noches..., en las que nuestro único consuelo es la seguridad de que nuestra cama nos espera con las velas tendidas hacia un país mejor!

Ha terminado la vigilia, y las máscaras de lo real desaparecen. En el sueño, en el despojo de los artificios de un mundo fabricado, en las entrañas del espíritu total liberado de los grillos de lo convencional y aparente, el soñador entrevé la realidad verdadera, el «país mejor».

No hace caricatura; lo real cotidiano es ya una caricatura.

### El objeto y su predicación absurda

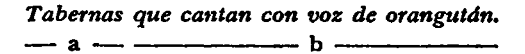
¿Por qué en algunas composiciones de los *Veinte poemas para ser leídos en el tranvía,* en medio del «no tomar en serio» los valores, experimentamos una sensación de angustia? Es que estamos en presencia de un dramatismo provocador de desazón, dramatismo que no se muestra ostensiblemente, pero que está allí, en la médula misma del poema. ¿No conjugamos acaso el verbo del humor en el modo del drama? La realidad que conocemos es así, cómica, absurda; por tanto, trágica, porque pretende ser de otro modo, «valer» en proyección hacia alguna belleza. No soy yo quien deforma la realidad, quiere decirnos el poeta. En todo caso, es el hombre quien la desvaloriza con su presencia caída, ridícula.

*La vida aquí es urbana; es simple.*
*Sólo la complican:*

*Uno de esos hombres con bigote de muñeco de cera que*
*enloquecen a las amas de cría y les ordeñan todo lo que*
*han ganado con sus ubres.*
*El guardián con su bomba que es un Manneken-Pis.*
*Una señora que hace gestos de semáforo...*

No hay una transposición de lo real al plano intelectual de lo cómico, sino una dramática —ahí se engendra la descarga poética— mostración de lo cómico instalado en la entraña de lo real.

De todo esto resulta —ahora ya dentro de la estructura, de la técnica formal del poema— una visión desplegada del objeto: el objeto y su predicación pintoresca o grotesca, que el poeta, luego de la incisión intuicional, extrae y despliega implacablemente ante el ojo azorado del lector. Veamos un ejemplo de esta explayación adjetiva, extravagante y cómica del objeto:




*a)* El sustantivo, que en sí nada tiene de cómico.
*b)* La oración adjetiva, que es una predicación absurda del mismo.

El objeto-sustantivo *taberna,* que en la lengua común posee un variado número de connotaciones diríamos normales, sufre la incisión del estilete poético-humorístico y despliega su escondida entraña cómica adquiriendo un sentido ásperamente inusitado que desorienta a quien maneja las habituales connotaciones de ese lenguaje común.

*Collares de perlas que hunden su tarascón en las gargantas.*
——— a ——— ——————— b ———————

Collares de perlas: el objeto conlleva cierto valor especial. Elegancia, riqueza. Las perlas que ciñen opulentas gargantas dejan ver, en su explayación adjetiva, grotescos dientes de perro.

El procedimiento corriente consiste, pues, en la presentación de un sustantivo-objeto normal en el ambiente que se describe —barca, taberna, muelle, aldea marítima— y el agregado de una oración adjetiva que indica el comportamiento cómico-poético de lo mentado. Con ello, el carácter nominal de la estructura poética no desaparece, y en cambio un mínimo de articulación verbal (el de las oraciones dependientes) evita el rígido y cansado estiramiento enumerativo. Porque ha llegado el momento de decir que esta manera de percibir los fragmentos de la realidad se singulariza por un peculiar modo expresivo en que predominan las oraciones nominales y el estilo enumerativo al que éstas se acomodan. Cierto es que no faltan las oraciones verbales, pero el eje estilístico es el de la enumeración nominal. Oliverio Girondo ve cosas, seres, hombres, y los muestra en series enumerativas. Podríamos decir de su estilo que es un estilo «coleccionista».

CROQUIS SEVILLANO

El sol pone una ojera violácea en el alero de las casas, apergamina la epidermis de las camisas ahorcadas en medio de la calle.

Ventanas con aliento y labios de mujer!

Pasan perros con caderas de bailarín. Chulos con los pantalones lustrados al betún. Jamelgos que el domingo se arrancarán las tripas en la plaza de toros.

Los patios fabrican azahares y noviazgos.

Hay una capa prendida a una reja con crispaduras de murciélago. Un cura de Zurbarán, que vende a un anticuario una casulla robada en la sacristía. Unos ojos excesivos que sacan llagas al mirar. Las mujeres tienen los poros abiertos como ventositas y una temperatura siete décimas más elevada que la normal.

El sol *pone, apergamina* la epidermis; *pasan* perros; los patios *fabrican...,* etc.; pero de ningún modo estos verbos de acción debi-

litada quitan el fuerte acento nominal y el carácter enumerativo a la composición.

El verbo *pasar* encabeza una enumeración y equivale al impersonal *hay* de la enumeración siguiente. Sin que cambie absolutamente el sentido ni se modifique apreciablemente la acción, podríamos sustituírlo por ese *hay:*

*Hay* perros con caderas de bailarín, chulos... jamelgos... El verbo *pasar* ha perdido su función activa y se convierte en simple instrumento de la enumeración nominal. Tomemos otros ejemplos de igual sentido:

> Pasa: una inglesa idéntica a un farol. Un tranvía que es un colegio sobre ruedas. Un perro fracasado con ojos de prostituta que nos da vergüenza mirarlo y dejarlo pasar.

Y en *Apunte callejero,* aunque con menos precisión:

> En la terraza de un café *hay* una familia gris. *Pasan* unos senos bizcos buscando una sonrisa.

Este hecho no es casual en los *Veinte poemas,* donde abundan los verbos de acción debilitada. En *Croquis sevillano* se presentan formas verbales de *tener, pasar, haber,* que no conllevan idea alguna de acción; *poner* y *apergaminar* de mínimo movimiento y recién entonces *fabricar,* el único que denota un verbalismo más o menos intenso, aunque muy atemperado en el contexto.

APUNTE CALLEJERO

> En la terraza de un café hay una familia gris. Pasan unos senos bizcos buscando una sonrisa sobre las mesas. El ruido de los automóviles destiñe las hojas de los árboles. En un quinto piso alguien se crucifica al abrir de par en par una ventana.
>
> Pienso en dónde guardaré los kioscos, los faroles, los transeúntes, que se me entren por las pupilas. Me siento tan lleno que tengo miedo de estallar... Necesitaría dejar algún lastre sobre la vereda...

Al llegar a una esquina, mi sombra se separa de mí, y de pronto se arroja entre las ruedas de un tranvía. Las formas verbales, nuevamente, sirven a un estatismo, a una visión pausada, que no alcanzan a destruir los dos versos finales con su disparo humorístico. De modo análogo, en *Café Concierto,* «las notas del pistón *describen* trayectorias..., *vacilan, se apagan..., salen* unos ojos pantanosos..., la mirada del público *tiene* más densidad... *es* una mirada... *hay* un grupo..., el telón al cerrarse *simula...*»

Todas estas formas verbales apuntan a la descripción, a la mostra-

ción, a la exhibición, pero de ningún modo denotan actividad intensa, musculatura dinámica. Ello corresponde al estilo de boceto plástico, de mágica fotografía de viaje que hemos adjudicado al libro. El uso de casi todos los verbos en el tiempo del presente descriptivo prolonga, como la duración del gesto en un cuadro vivo, la visión estática de seres fijados en una actitud absurda o pintoresca.

Resulta extraño que Leopoldo Marechal, tan lúcido y agudo en la crítica y en la especulación estética, haya afirmado que Girondo, en *Veinte poemas* y en *Calcomanías* (1925), es un narrador en potencia, cuando precisamente es todo lo contrario. Dice Marechal: «Los lectores que con agudeza de juicio hayan considerado la obra de Oliverio Girondo se habrán dicho más de una vez que los *Veinte poemas* y las *Calcomanías* estaban anunciando a un narrador» (13). En el mismo artículo, al referirse a un subjetivismo *sui generis,* de Girondo, agrega: «Pero ese espacio 'elemental' de su obra poética no bastaría, ciertamente, para revelar en Girondo a un narrador en potencia si no existiese lo extraordinario, si al fin de cuentas no descubriéramos que cada uno de sus poemas es un relato. Podría suceder que alguien me preguntara sin ocultar su sorpresa: ¿Cuáles son los personajes que animan ese poema-relato de Girondo? Responderé: sus personajes son las mismas cosas que describe.»

Hemos visto cómo el estilo «coleccionista», enumerativo y nominal, paraliza la acción —quita «animación», como quiere Marechal— de los personajes. El mismo crítico invalida su hallazgo cuando afirma que los personajes «son las mismas cosas que describe». Descripción sí. La descripción supone detención del ojo sobre un aspecto de la realidad fenoménica, pero de ningún modo significa un «contar», una acción continua y encadenada. En cambio, el crítico ha visto con claridad otras notas: «El color y la forma, expresados mediante la palabra, son los elementos de su trabajo, su materia prima: en lo que atañe al color y a la forma, yo diría que Girondo hace literatura con ojo de pintor.»

Nada más alejado de la visión estática del pintor que el movimiento temporal del desplazamiento en la línea diacrónica argumental de todo relato.

## Objetivismo y subjetivismo

A ese escudriñar en el aspecto grotesco de las cosas, a ese reconocimiento dramático de la instalación de lo cómico en la entraña de lo real, corresponde correlativamente cierta actitud cínica que el autor

(13) Leopoldo Marechal: *Interlunio. Sur,* VII-48. Buenos Aires, septiembre de 1938.

pretende disimular no apareciendo en el poema. ¿Se trata, pues, de un objetivismo total, de una tentativa de imparcial alejamiento de las cosas? Ya nos había advertido Marechal que «ese objetivismo tan suyo es un subjetivismo *sui generis*». Oliverio Girondo no está al margen de las cosas, pues si bien advertimos que *obra por ausencia,* sabemos que frente a la realidad actúa nuestro poeta como un prisma que descompone los elementos integradores de la misma, reteniendo tan sólo aquellos poéticos-grotescos que su sensibilidad y su concepción del arte le hacen preferir. Esta elección de un solo aspecto —el menos «sublime»— de la realidad, es ya en cierto modo una forma de cinismo, aunque la supuesta objetividad e imparcialidad del autor contribuyan a hacer pensar lo contrario. Sólo en dos o tres ocasiones, y en una de ellas para expresar una duda cínica, el poeta habla en primera persona.

En medio de estos bocetos, que hemos intentado caracterizar, se destacan dos poemas, los dos Nocturnos, donde los elementos poéticos-humorísticos han sido casi totalmente sustituídos por elementos más definidamente poético-líricos. En ellos —y por única vez— se nos ofrece una encarnadura de emoción, y aparece también por única vez un indefinido plural afectivo de compañía:

> «Noches en las que desearíamos que nos pasaran la mano por el lomo, y en las que súbitamente se comprende que no hay ternura comparable a la de acariciar algo que duerme.»

Y en el *Otro nocturno:*

> «Noches en las que nos disimulamos bajo la sombra de los árboles, de miedo de que las casas se despierten de pronto y nos vean pasar, y en las que el único consuelo es la seguridad de que nuestra cama nos espera, con las velas tendidas hacia un país mejor.»

Marcos Victoria, refiriéndose al libro que ahora comentamos, admite —afectuosa y admirativamente— que es un calco más o menos feliz de poetas franceses anteriores, lo cual es sólo parcialmente cierto, y que «todo lo demás es 'cachada' de dieciocho quilates...» Nada más lejos de la fruición bonaerense de la «cachada» —que no es un modo de ser literario, sino una estupidez *cometida en grupo,* o para un grupo —que estos poemas de Oliverio Girondo, tatuados, ciertamente, de porteñismo, pero en el mejor y más estimable sentido.

En la *Carta abierta* al cenáculo porteño de «La púa», especie de manifiesto personal, encontramos datos que nos confirman en muchas observaciones hasta aquí expuestas. Toda realidad —sostiene Oliverio Girondo— es poetizable *(frase-reproche* de Borges a Leopoldo Lugones). «Y se encuentran ritmos al bajar la escalera, poemas tirados en la calle,

poemas que uno recoge como quien junta puchos en la vereda.» Y proclama luego: «Irremediablemente terminamos por escribir *Veinte poemas para ser leídos en el tranvía.*»

¿Voluptuosidad de humillarnos ante nuestros propios ojos? Encariñamiento con lo que despreciamos? La voluptuosidad, si la hay, no está en la humillación personal, sino en la humillación de lo real, en la humillación que sentimos al comprenderlo como tal. Amar lo ridículo es esencia —Thackeray— del humor. Agregamos: especialmente del humor poético.

Todo un programa —cuya realización la inician los *Veinte poemas*— se continúa en la *Carta abierta:* «Lo cotidiano, sin embargo, no es una manifestación admirable y modesta de lo absurdo. ¿Y cortar las amarras lógicas, no implica la única y verdadera posibilidad de aventura?» No, no es nuevo lo que se dice, pero tales conceptos, aunque formulados en París, son revolucionarios para Buenos Aires. Y revolucionaria, por anti-literaria, es la actitud de Girondo cuando declara, al terminar la carta: «Yo, al menos en mi simpatía por lo contradictorio —sinónimo de vida— no renuncio ni a mi derecho de renunciar, y tiro mis *Veinte poemas* como una piedra, sonriendo ante la inutilidad de mi gesto.»

Tuvo razón Oliverio Girondo en 1925, si reducimos sus palabras a su aplicación más inmediata. La llamada «vanguardia» argentina se orientó, por aquellos años, en el sentido moderado de Borges, Mastronardi, Marechal, Molinari —sin negar la intensa personalidad de cada uno de ellos— o bien en la línea ingenuamente anacrónica del maquinismo futurista. Pero la repetición de aquel gesto heroico y solitario, muchos años después dió a nuestra poesía el sentido de la «revolución permanente», que en la literatura francesa era postulada desde el simbolismo.

Oliverio Girondo creó, con los *Veinte poemas para ser leídos en el tranvía,* un ámbito poético de ilimitadas posibilidades temáticas y expresivas; con ello abrió el difícil camino al *esprit nouveau* en una literatura que inicialmente sólo había de aceptarlo, imitando superficialmente sus modos exteriores. Tal es, a nuestro juicio, la trascendencia del primer libro de Oliverio Girondo, además de sus intrínsecos valores poéticos: la apertura de la literatura argentina hacia las vías y la problemática no sospechadas por entonces o apenas vislumbradas del lirismo moderno.

Alfonso Sola González
Juan B. Justo, 694, Dorrego
MENDOZA-ARGENTINA

# EL CANARIO

(CUENTO)

POR

LUIS FERIA

Dejó el tren negro sobre el suelo y se puso a escuchar. A lo lejos, apagadamente, oía un rumor de pies arrastrándose, de sillas que rozaban la madera al cambiarlas de sitio, de murmullos y llantos. Se acercó al pilón del agua, metió la cabeza bajo el chorro que caía despacio, la sacudió con fuerza y se pasó vagamente el pañuelo por el pelo húmedo. Después fué a sentarse con la espalda contra la pared desconchada; quemaba con el resol. Dió un respingo hacia la sombra. Las hojas del parral apenas se movían en un vaivén de sombra-a-sol-a-sombra. Se quitó una gota que le resbalaba por el cuello y miró a la pared de enfrente. Vió al canario, lo saludó con la mano; el pájaro pió, saltó de la caña al suelo, para coger un grano de alpiste y revolar a la caña balanceante. Allí se fué adormeciendo en el semisol que le llegaba por las rejas de la jaula, a través de la copa del último tamarindo del patio.

Estiró la mano sin ganas para coger el tren, pero no alcanzaba. Y de pronto, casi al lado esta vez, el arrastrar de sillas y pies, el bisbiseo como de gente en la iglesia. Se sobresaltó; parecía que todo estuviera ocurriendo allí mismo, o en la habitación de al lado, sin que él pudiera verlo ni saber qué era. Se levantó tenso, apretando en la mano derecha la bola de miga de pan que había amasado al desayuno. La notó dura, seca y resquebrajada.

Avanzó por la penumbra del pasillo palpando la pared a oscuras. Una espesa niebla flotaba a su alrededor. El pasillo parecía cada vez más largo y hondo, como si no condujera a ninguna parte. Siguió avanzando. Los ruidos sonaban cada vez más claros, casi corpóreos, y en mitad de la niebla, una espada brillante pendió sobre su cabeza, centelleó y desapareció al instante. El niño alzó las manos; no había nada. La niebla empezó a disiparse lentamente. Siguió adelante, seguro de que iba en la dirección adecuada. Un roce seco le hizo estrecharse contra la pared, pero apenas distinguió una sombra oscura, un vestido negro entrevisto y, al fondo, oyó el ruido apagado de una puerta que se cerraba blandamente. Luego, nada; el silencio. Los sonidos se volvieron confusos, enguatados. Estuvo por regresar, pero no podía. Continuó adelante. Tropezó con una jarra que se fué contra el suelo. El agua, podrida y cálida, le mojó un instante los pies y se evaporó rápidamente. Sentía en las piernas el roce de las flores casi marchitas, con

los pétalos ya ásperos. El calor, denso, se le subía encima, le impedía moverse, lo cogía por las rodillas y los hombros agobiándolo.

Alzó los brazos extendidos tocando el aire como un ciego. La puerta de enfrente se abrió y se cerró con un sonido apagado. Alguien venía por el corredor. Se hizo a un lado y volvió a oír un rumor de leña seca, el roce de un vestido; la niebla se espesó súbitamente. Luego notó la cabeza pesada y un sopor dulce, como un sueño hondo y angustioso. Se dió cuenta de que la mujer que había pasado le sonreía muy tristemente. Quiso preguntarle algo, no sabía bien qué, pero de una forma oscura presentía que no iba a contestarle. La mujer llegó hasta la cocina, recogió un objeto y pasó deprisa, con algo blanco que casi le ocultaba la cara y que al niño le parecieron flores. La espada brilló otra vez un momento. La puerta trasera se cerró; las flores las había traído alguien. Algún recadero quizá. La mujer desapareció y el niño no volvió a verla más. Todo se quedó en silencio. Retrocedió y volvió al patio.

Subió las escaleras hasta la azotea. La perra canela meneó la cola y le enseñó los colmillos. Tenía debajo a los siete cachorros que le habían nacido dos semanas antes. El niño intentó coger uno, pero el animal, gruñendo, le rozó la mano con sus dientes amarillos y afilados. Empezaba a divertirse, a olvidar los ruidos. Se inclinó por la tapia del patio y alcanzó una de las ramas altas del tamarindo que crecía en el rincón. Se inclinó más, con el cuerpo colgando entre el vacío y la azotea. La rompió por fin, recobró el equilibrio con dificultad y se puso en pie dando un salto hacia atrás. Trasteó a la perra con la vara mientras le quitaba una de las crías. El animal gimió, mirándolo tan tristemente como una mujer. El niño puso al cachorro en el suelo, lejos del alcance de la madre, y le acarició la tibia barriga con los dedos apiñados. El gozque bostezó a gusto y se tumbó boca arriba, despatarrado. Lo pinchó con el palo hasta que lo hizo ladrar. Se rió divertido; la señal se le había quedado marcada en el vientre con pelusa. El niño lo agarró por el cuello y se lo devolvió a la madre, junto a los otros. Se había olvidado de los ruidos, los pasos y los murmullos.

A mitad de las escaleras le arrojó una china al canario, que agitó las alas violentamente con el susto, parpadeó nervioso y saltó a la caña hecho una bola. Por fin, cubrió los ojillos redondos con los párpados blancuzcos y se durmió otra vez. Debían de ser las cuatro. El calor pesaba cada vez más, como una capa de plomo. El niño se quitó la camisa y se quedó medio desnudo. En ese momento empezaron de nuevo los golpes, los siseos, los llantos. Alguien lo llamó, pero no vió a nadie.

Avanzaba otra vez a oscuras, sin saber a dónde iba, quién golpeaba, qué ocurría. Se agarró el corazón con las dos manos para que no se le saliera de su sitio. Apretó el paso instintivamente y se detuvo, ya casi en la puerta del fondo del pasillo. Levantó la mano y le dió la vuelta al picaporte, lentamente.

Al principio sólo se dió cuenta de que la puerta se cerraba y de un extraño olor a museo, a alcohol, a humedad y a flores al mismo tiempo. Luego distinguió un bulto oscuro en mitad de muchos crisantemos y una vela en un rincón del cuarto. Las ventanas estaban cerradas, y el humo del pabilo formaba un chorrito gris y espeso que se esfumaba pronto en el aire pesado. El bulto, sobre la cama, estaba ligeramente inclinado hacia abajo. Dos o tres hombres fumaban, graves. Uno lloraba. No se oía nada. Parecían sus tíos, el vecino de la casa de al lado; no sabía bien quienes. Del cuarto contiguo le llegaban otra vez los rumores, los llantos y rezos a media voz, y le pareció ver a su madre vestida de negro, con la cabeza inclinada, con otras mujeres. De pronto empezó a sentirse solo y asustado. Miró a uno de los hombres que no se dió cuenta; seguía fumando, sonándose, mirando al suelo. Se acercó al bulto y vió que era su padre. Allí estaba, quieto y serio y con la cara amarillenta, un trapo por debajo de la barbilla y la boca medio abierta. Quiso hablarle, pero no sabía qué decirle. Tal vez fuera mejor cogerlo de la mano, como siempre. Le tomó la derecha y retrocedió casi de un salto al notar el frío inesperado y desagradable. La mano penduló un momento; luego se paró. El niño metió la suya entre las flores blancas y malolientes y se limpió con disimulo. Un crisantemo cayó al suelo con un sonido distante, casi inaudible, estremecedor. Miró a los hombres, que no se habían movido. Desde un rincón estudió la colocación de la caja, de las flores, del cuerpo inerte de su padre. De pronto empezó a temblar; notaba un frío intenso y extraño, y las manos y la boca empezaron a sudarle. No podía tragar. Las rodillas le entrechocaban.

Retrocedió despacio, con miedo a caerse. Tenía que hablar con alguien, gritar, preguntar, hacer algo. En la habitación contigua buscó a la madre. Tenía que decírselo, que contarle que el padre estaba allí muy quieto, entre flores, sin oírlo y sin contestarle ni saludarlo.

La madre lloraba mirándose las manos, y pasaba las cuentas del rosario lentamente. Las otras mujeres hacían lo mismo. Levantó la vista y lo miró, pero sin verlo, como si fuera un desconocido. El pánico empezó a dominarlo. Le pareció que ya nunca le haría caso, que no tendría amigos, que se encontraba en mitad de una isla rodeado de gente y de agua y silencio, separado de todos por algo extraño, como

un muro a través del que no podían verlo ni oírlo, que no pudiera ser atravesado por mucho que gritara o anduviera.

Quería llorar, pero no lo conseguía; notaba algo amarrado fuertemente en la garganta ahogándolo. Echó a correr al patio. Allí estaba otra vez su mundo, sus amigos, todo en su sitio, intacto, reconociéndolo, como si no se hubiera ido y nada hubiera pasado. Pero notaba algo cambiado, diferente; no sabía qué. Le pareció que todo lo que había visto y oído era irreal, que se había dormido al sol y lo había soñado. Se tocó la cabeza; no estaba caliente. Pero al fondo seguía oyéndose el mismo sonsonete acorchado de voces y ruidos. Nadie lo había visto, nadie parecía haberse dado cuenta de que había entrado en la habitación, de que había tocado al padre, de que existía. Todos estaban concentrados en lo mismo: las flores, los rezos, los lloros. Sólo aquel extraño suceso parecía interesarles. Nada más que «aquello» importaba en ese momento. Se sentó en el patio, lleno de pánico, de frío y de incertidumbre.

La necesidad de hablar con alguien, de llorar, de gritar, eran cada vez más fuertes, más urgentes, pero no podía. Miró hacia arriba y vio al canario, despierto ya. Se subió a una silla y lo descolgó. El pájaro, aterrorizado, revolaba por la jaula, resbalaba por el piso y se agarraba con fuerza a los barrotes con las finas patas. La puso en el suelo y metió la mano dentro. Consiguió atraparlo al fin. El canario intentaba desesperadamente desplegar las alas contra la palma de la mano cerrada; giraba la cabeza casi asfixiado, con los vivos ojillos negros asustados como los de una solterona, y le picó un dedo. El niño sentía el pequeño corazón agitarse contra sus venas. Fué apretando los dedos, apretando cada vez más fuerte, hasta que notó que el corazón se había parado, que las alas no se movían ya. Los ojos del pájaro estaban cubiertos por una película blancuzca, y por el pico abierto asomaba la lengüecilla menuda y afilada. Se miró la mano y no tenía ni una gota de sangre; sólo unas plumas amarillas pegadas en la palma. Con la otra se secó el sudor que le corría por el pecho abajo hasta el ombligo. Sacó el pañuelo, envolvió al canario cuidadosamente y escondió la jaula detrás del pilón del agua.

Entró en la casa. Se oía llorar más fuerte, más cerca, y el sonido de rezos y martillazos se había hecho más vivo y alto. Fué a la parte trasera de la huerta y no encontró nada. Subió al desván. Revolvió en el cajón de la máquina de coser vieja; luego, en un armario. El polvo lo hizo toser. Encontró una caja de zapatos vacía, la sacudió y le quitó los hilos, retales y cuentas de collar que tenía en el fondo. Un muñeco con la cabeza casi desprendida cayó al suelo. La mano se le abrió del susto, y el pequeño bulto amarillo se deslizó entre el montón de trastos que lo ocultaron. Revolvió y lo sacó de allí. Quitó los papeles de la caja

y formó con trapos y serrín del muñeco una cama para el pájaro. Luego lo colocó sobre ella, sucio y con las plumas pegajosas del sudor, con las alas extendidas y las patas tiesas. Hizo unos agujeros para que pudiera respirar, lo mismo que cuando encerraba moscas. Sólo faltaban las flores. Volvió al pasillo y avanzó despacio, sin hacer ruido. No se oía nada. Llegó al cuarto y no había nadie. Sólo quedaban un ramo tirado por el suelo, y el silencio. Cubrió la caja con crisantemos y la tapó. Anduvo deprisa por el corredor, hacia la salida trasera.

La puerta estaba hinchada por el calor, y no se abría; desde el verano anterior nadie la había utilizado. Puso la caja en el suelo y tiró fuerte. Cedió un poco. Tiró más y se abrió chirriando. El sol le dió en plena cara, y notó que estaba más bajo, menos duro, más amigo. Miró a lo alto y vió unas nubes negras que se entramaban para traer la tarde.

Por el senderillo abajo no se oía más que el rápido rasguño de algún lagarto contra las piedras caldeadas, y el movimiento casi imperceptible del aire lento contra las cañas. Las hojas de los eucaliptos chocaban de vez en cuando con un son metálico, desganadamente, o permanecían caídas sin querer moverse. El niño apretó la caja bajo el brazo. Un pájaro negro se asomó entre dos ramas, lo miró con curiosidad y voló con un graznido leve.

Bajó por el barranquillo entre helechos y almendros blancos. En un equilibrio difícil, y dejada del resto del mundo, una mariposa se mecía en el borde erizado de una tunera. Soltó la caja y se acercó sin ruido, despacio. Pero la mariposa voló dejándole un polvillo entre los dedos. Se los llevó a la boca para sentir su suavidad, y los dejó resbalar por los labios. Luego trepó a un almendro. Empezaba a sentir hambre; rompió la cáscara de una almendra y la escupió: era amarga. Al bajar del árbol, tocó el sol que estaba parado entre las ramas como una naranja, a su alcance. La mano se le puso roja y caliente. La elevó en el aire y vió cómo resplandecía.

Estaba cansado. No sabía en realidad hacia dónde iba. Se sentó sobre la yerba achicharrada y abrió la caja. Le buscó el corazón al canario bajo el ala y notó que aún estaba tibio. Lo envolvió otra vez y lo cubrió con las flores, que despedían un olor desagradable, acre. Se sentía cada vez más cansado. Al llegar a una mata de heliotropo vio que un conejo había hecho un agujero. Con una piedra y un palo fué ahondándolo. Cada vez se sentía más cansado. El hoyo se hacía mayor, hasta que, ayudándose con las uñas, tuvo la medida de la caja. Intentó meterla dentro, pero no cabía. Cada vez estaba más cansado. Cansado, cansado. Empezó a llorar. Las lágrimas sonaban sobre la tapa de la caja levemente, como el ruido de las gotas de lluvia sobre las hojas verdes. Hurgó de nuevo con el palo, metió la caja deprisa, tapándola

con tierra; volvió a sacarla y la besó. El llanto no lo dejaba ver bien. Sobre la tapa sonó un golpeteo seco, espaciado y redondo. Esta vez era también la lluvia, que empezaba a caer con fuerza. Acabó de echar tierra y pisó encima para igualarla. El llanto le resbalaba por la cara, y la lluvia le empapaba la camisa y los pantalones azules. Le iba desapareciendo el cansancio, lenta y progresivamente. Una honda paz le entraba por todas partes, unas como ganas de echarse y dormir mucho, o de llorar y llorar, pero sin pena. Echó a andar bajo el agua que no cesaba. Retrocedió y puso sobre el lugar que ocupaba la caja unas hojas de hierbabuena y de helecho verdiblanco. Le hubiera gustado dejarle también algún insecto, un caracol quizá, pero no encontraba ninguno.

El niño subió por el sendero entre las gruesas gotas. El cielo empezaba a limpiarse, ahondando su negro intenso y puro, y la lluvia a espaciar el sonido de las gotas cada vez más. Se detuvo en las cañas rectas de la hondonada. En lo alto se encendía una luz, y un rumor de agua lenta sonaba en la distancia, corriendo entre las piedras. Sintió que le manaba por dentro, que le saltaba del corazón a las venas, a los ojos, a los labios. Metió la mano en el pecho y la tocó, palpó su frescura. Miró al frente; la casa, iluminada, ya no quedaba lejos.

Luis Feria
Monte Esquinza, 28, 7.°
MADRID-4

# EL CANTE FLAMENCO Y LAS LETRAS ESPAÑOLAS CONTEMPORANEAS

POR

RICARDO MOLINA y ANTONIO MAIRENA

## EL DESPRESTIGIO DEL CANTE ENTRE LOS INTELECTUALES (1890-1920)

La creciente adulteración del arte flamenco entre 1890 y 1920 (nos referimos al que se exhibía públicamente en cafés y teatros) tenía que provocar una reacción negativa y de desprecio en los hombres de la generación del 98. Era una reacción lógica y natural. Eugenio Noel, escritor menor de aquella generación, representa la actitud general en toda su virulencia. González Climent ha tratado extensamente el tema en su obra *Andalucía en los toros, el cante y la danza* (Madrid, 1953).

No todos los escritores del 98 le fueron, sin embargo, hostiles. Recordemos a un Antonio Machado, cuyo poema «Cante hondo», de las *Soledades, galerías y otros poemas,* es una prueba suficiente:

*Yo meditaba absorto, devanando*
*los hilos del hastío y la tristeza,*
*cuando llegó a mi oído,*
*por la ventana de mi estancia, abierta*

*a una caliente noche de verano,*
*el plañir de una copla soñolienta,*
*quebrada por los trémolos sombríos*
*de las músicas magas de mi tierra...*

En realidad, ni Pío Baroja, ni Unamuno, ni —que sepamos— ningún escritor de aquella gloriosa generación tuvo conocimiento directo del genuino cante flamenco.

Lo que atacaban era la «españolada», que se confundía entonces, como ahora, con la «andaluzada», y al cante y al baile, en cuanto vehículos del despreciable producto. No soportaban la inautenticidad, la afectación, la vulgaridad que habían invadido al flamenco en tanto que *espectáculo.*

La actitud más representativa es la de Baroja, excelente conocedor de Sevilla, Córdoba, Cádiz. Basta leer algunas divertidas páginas de *Las inquietudes de Shanti Andía* para comprobar, a través de la caricatura del andaluz, cuánto desprecio le inspiraba.

* Del libro *Mundo y formas del Cante Flamenco,* de próxima publicación por Ediciones «Revista de Occidente».

«Quería transformarme en un andaluz flamenco (confiesa el protagonista), en un andaluz agitanado. Entrar en una de esas tiendas de Montañés a tomar pescado frito y a tomar vino blanco; ver cómo patea sobre una mesa una muchachita pálida y expresiva, con ojeras moradas y piel de color de lagarto; tener el gran placer de estar palmoteando una noche entera, mientras un galafate del muelle canta una canción de la *maresita* muerta y el *simenterio;* oir a un chatillo, con los tufos sobre las orejas y el calañés hacia la nariz, rasgueando la guitarra; ver a un hombre gordo contoneándose, marcando el trasero y moviendo las nalguitas y hacer coro a la gente que grita: ¡Olé!, ¡ay tu *mare!* y *¡ezo e!*, ésas eran mis aspiraciones...»

La opinión de Baroja refleja, en términos generales, la de sus contemporáneos; nos referimos a los escritores. Sin embargo, esta opinión, referida a Baroja, pierde un poco de su fuerza, porque en términos parecidos nos habló de la jota (que calificó de «brutal») y de otros cantes regionales españoles.

Es que la generación del 98 no fué amiga de la música. Las alusiones de Valle-Inclán son meramente èsteticistas y ambientales; las de Azorín, circunstanciales, biográficas. Unamuno se pronuncia abiertamente contra la música, a la que atribuye influencia paralizadora de la acción y de las ideas. Contradictorio, como siempre, Unamuno, escribió una breve composición sobre cante dedicada «al gitano»:

*Con el cante jondo, gitano,*
*tienes que arrasar la Alhambra,*
*no le hacen falta a la zambra*
*palacios hechos de mano.*
*Que basta una fresca cueva*
*a la vera del camino,*
*tienes el cante por sino*
*que a tus penitas abreva.*
*Tienes el sol por hogar,*
*tienes el cielo por techo,*
*tienes la tierra por lecho,*
*por linde tienes la mar...*

Lo gitano, para Baroja, tiene un sentido peyorativo. Por otra parte, su falta de sensibilidad musical y poética le impidió percibir la gracia, el arte, la originalidad del baile flamenco. Por eso es tan grotesca su imagen de la bailaora, que no baila, sino *patea.* La expresión recuerda otras análogas de Eugenio Noel. La posición barojiana frente al cante y baile flamencos no es más que una muestra de su oposición general a todo folklore que no sea el vasco, al que dedica abundantes recuerdos en sus *Memorias.*

El Madrid de principios de siglo no le inspiró páginas más favorables. Don Pío ha trazado magistralmente la caricatura de cada tipo humano regional. Somete cada región española a semejantes análisis, y como fruto de él obtiene esos personajes, verdaderos dentro de su deformación esencial.

En lo andaluz, Baroja exageró y destacó lo negativo y bastardo. Y lo hizo con claridad y justicia. ¿Acaso lo que Baroja presenta grotescamente no es la plaga que amenaza y viene corroyendo al cante desde hace cincuenta o sesenta años?

La actitud de la generación del 98 no desaparece con sus hombres representativos. Todavía son muchos los escritores e intelectuales de nuestro tiempo que la prolongan. Testimonio evidente es el artículo *Las ínfulas del flamenco,* de don José Bergamín («Al volver», p. 139, ensayos, ed. Seix y Barral, S. A., Barcelona, 1962). La crítica de Bergamín tiene un fundamento literario. No alude a experiencias propias. Habla del cante «de oídas». Su opinión es una amalgama de otras. Enfoca en falso un objeto cuya poderosa realidad desconoce. Tropieza con la aporía de la interna contradicción del cante, a un tiempo popular y aristocrático o minoritario. Bergamín asimiló el cante al folklore y se encontró con el caso estupendo de una manifestación supuestamente folklórica, de carácter impopular. Ahí está el error. Porque el flamenco no es folklore, por más que de él proceda. Lo ha superado e ingresado en la esfera superior del arte. Por tal razón carece de aquella popularidad o favor de las masas, constituyendo un caso, quizá único, de «arte popular minoritario».

En cuanto a las conquistas universales del cante, estimado hoy en todo el mundo, no son, como sugiere Bergamín, consecuencia de una desorbitación agónica, sino de su entrañable contenido humano.

Volviendo al tema de la generación del 98, es oportuno subrayar que otros factores, ajenos al arte, pesaron sin duda en la desestima de lo flamenco, capítulo particularísimo de una desestima mucho más grave y general de lo andaluz. Mas no es éste lugar ni momento de considerar el fenómeno. Nos desviaría demasiado de nuestro objeto.

Escritores posteriores, como don José Ortega y Gasset y don Eugenio d'Ors, adoptaron actitudes muy diferentes. Don José Ortega acercóse más que D'Ors a la posición dominante de la generación del 98. Su *Teoría de Andalucía* califica de «quincalla meridional» fastidiosa al «cante hondo», que asocia al contrabandista y la «presunta alegría» del andaluz.

Este juicio data de 1927, en que fué publicado en *El Sol.*

Lo extraño es que, adverso al cante, don José Ortega fuese tan amante del castizo y flamenco toreo. Es muy posible que una expe-

riencia más profunda hubiese repercutido en sentido favorable. De todas formas, hay que valorar el juicio como lo que es: una simple alusión, escrita además en época relativamente temprana.

Eugenio d'Ors, testigo de las jornadas granadinas precursoras del Concurso Nacional de Cante Jondo de 1922, nos ha dejado pruebas dispersas de comprensión y amor al cante, al baile y al toque flamencos. Una de las glosas más interesantes, titulada *Cante Jondo,* remite nada menos que a la ciencia de la cultura el problema (con el que chocó Bergamín) de la definición de la naturaleza del cante: «Porque o una de dos: o bien se trata aquí de algo ya entrado y difundido en el conocimiento común, como en el folklore oral los proverbios y en el folklore material los trajes populares, y entonces, ¿a qué viene el misterio?; o bien estamos con ello en la región del hermetismo y de los sabores, para cuya luz y cuyo cultivo es necesaria la iniciación, y en este caso el tal saber distará bastante de ser «folklore», de constituir un «saber popular» (*Nuevo glosario,* vol. III, pp. 820-21, Editorial Aguilar, 1949).

En *Dialéctica de la guitarra* descubre el importante secreto de que «la guitarra, lejos de limitarse a cantar, razona. Por eso, el sometido al hechizo de un rasgueo no sólo queda suspenso, sino convencido» (*Nuevo glosario,* vol. I, p. 199; Ed. Aguilar, Madrid, 1947).

*Epos de los destinos* recoge en verso la impresión que causó a don Eugenio una visita a «El Polinario» granadino, taberna flamenca de la calle Real, de la Alhambra, donde solían celebrar tertulia los organizadores del Concurso Nacional de Cante Jondo de 1922 (*Epos de los destinos,* Editora Nacional, Madrid, 1948).

El hecho de que los grandes escritores e intelectuales españoles se ocupasen más o menos incidentalmente del cante entre 1890 y 1920 demuestra, sobre todo, que había adquirido un relieve significativo y extraordinario, por más que se manifestara exteriormente en forma de lamentables mistificaciones (salvo contadísimos casos excepcionales).

## El Concurso Nacional de Cante Jondo de Granada en 1922

*Los escritos sobre música y músicos,* de Manuel de Falla; la obra documental de Eduardo Molina Fajardo *Manuel de Falla y el cante jondo* (edición de la Universidad de Granada, cátedra Manuel de Falla, Granada, 1962) y los numerosos artículos periodísticos aparecidos en la prensa de la época y posterior nos informan ampliamente

sobre el desarrollo y los frutos del ya casi legendario Concurso de Cante de Granada.

«Una tarde caminaban solitarios Manuel de Falla y Miguel Cerón por los jardines del Generalife, y volvieron al tema. Falla insistió en que el cante jondo estaba en trance de desaparecer, y Cerón insinuó que quizá se atajaría su muerte convocando un concurso de cantaores no profesionales, gente vieja que no estuviese influída por las nuevas modas.

—¿Se atreve usted a que hagamos ese concurso? —preguntó.

Manuel de Falla se paró, miró atentamente a su compañero y sólo dijo:

—¡Hombre, sí!

Y este sí apasionado fué la base de la rehabilitación del cante jondo, el fulminante de la gran polémica española, piedra inicial del éxito del «Primer Concurso del Cante Jondo», celebrado en Granada en los días 13 y 14 de junio de 1922 (Eduardo Molina, *Manuel de Falla y el cante jondo*, pp. 49-50, Granada, 1962).

Corría diciembre de 1921 y los organizadores proyectaron incluirlo en los festejos del Corpus de 1922, buscando con ello obtener una subvención municipal.

La solicitud al Ayuntamiento la redactó Miguel Cerón y la suscribía el Centro Artístico de la ciudad. El documento alternaba verdad y error en memorables dosis. Verdad: la influencia del cante en la música europea contemporánea. Error: que Granada, según las más serias investigaciones, sea su cuna.

La solicitud iba firmada por importantes personalidades intelectuales y artísticas.

Subrayaremos los nombres ilustres de Falla, Turina, Juan Ramón Jiménez, Pérez de Ayala, Oscar Esplá, Adolfo Salazar, Alfonso Reyes, Fernando de los Ríos, García Lorca, etc.

Tras laboriosas deliberaciones concretáronse las bases, el lugar y el desarrollo del concurso, y se creó una *Escuela de Cante Jondo* para que, semanas antes de las pruebas, enseñara a cantar a los aficionados de la localidad, haciéndoles oir discos seleccionados para el caso; medida de encantadora ingenuidad.

Por fin, celebróse el concurso en la plaza de los Aljibes, con una brillantez extraordinaria de poetas, pintores, críticos musicales, periodistas, compositores, catedráticos y una carestía no menos extraordinaria de cantaores.

El premio de honor, correspondiente a las siguiriyas, quedó desierto. El premio de soleares, serranas, polos y cañas se dobló y fué para Diego Bermúdez Cala, apodado *Tenazas,* y Manolo *Caracol,* un niño

entonces. Los otros premios se otorgaron a Francisco Gálvez, *Yerbagüena;* José Soler, *Niño de Linares;* María Amaya, *La Gazpacha,* y las niñas granadinas Concha Sierra, *la Goyita* y Carmen Salinas.

Los datos son por sí tan elocuentes, que no necesitan comentario.

El certamen granadino del año 1922 cumplió la misión primordial de rehabilitar el cante entre artistas e intelectuales. Los concursantes fueron pocos y de escaso relieve, si se exceptúa a Manuel Ortega (Manolo Caracol), cuyo destino de cantaor despuntó públicamente entonces. El resto (el mismo Diego Bermúdez) careció de personalidad y de trascendencia. El concurso fué una fiesta para intelectuales —legos la mayoría en materia del cante—, en modo alguno un auténtico certamen para cantaores, y la prueba está en que tanto en los días del concurso como ahora no es de los cantaores de quien se habló —ni se habla—, sino de las relevantes personalidades españolas y extranjeras que acudieron. Del cante genuino, pues, ni la discografía ni los profesionales (con haberlos de primerísimo orden) hacían otra cosa que seguir mercantilmente la moda del fandango, los cantes levantinos, etc.

La gran personalidad magistral estaba asesorando al Jurado, y se llamaba don Antonio Chacón.

Y los concurrentes (mas no concursantes) geniales llamábanse Pastora Pavón, *Niña de los Peines,* y Manuel de Soto Loreto, *Niño de Jerez,* o *Manuel Torre.*

Al margen, pero en fecunda tangencia con el cante, había dos poderosos creadores andaluces: don Manuel de Falla y Federico García Lorca.

El objetivo de reorientar la afición y reintegrar el cante a su primitiva pureza no se había logrado. Una de las causas del fracaso radicó, a nuestro juicio, en el supuesto erróneo de que el concurso partía, a saber: que el cante es *cosa del pueblo,* y que el gañán y el mayoral, el arriero y el hortelano, el zapatero y el sastre, el cochero y el carpintero poseían puro el precioso legado, mientras que el profesional era responsable de la reinante adulteración y, por tal motivo, debía tener vedada la participación en el certamen.

Pero negar acceso al profesional era ir al fracaso; porque el cante es arte de profesionales o, a lo sumo, de minorías muy exiguas. El pueblo jamás cantó ni conoció siquiera la inmensa mayoría de las modalidades que el concurso granadino calificó de jondas. Dichas modalidades fueron siempre patrimonio de muy pocos. Por eso el Concurso surtió menguado efecto. La figura más distinguida que

descubrió fué la de Manolo Caracol, niño entonces, profesional hoy; figura que, con el Concurso y sin él, estaba abocada a un puesto señero en la historia flamenca; figura, por otra parte, no surgida del pueblo, sino de una familia gaditana de cantaores y bailaores calés,, que desde muchas generaciones vivían en la intimidad de sus hogares su propia tradición cantaora.

Los verdaderos maestros, *el Morcilla* (Jiménez Hermosilla, hijo de Enrique *el Mellizo)*, Manuel Torre, Pastora y Tomás Pavón, *Niño Gloria, Curro de la Jeroma, Niño de Escacena,* Cayetano Muriel, Juan Mojama, Joaquín de la Paula, *Joaniquí de Utrera,* etc..., no asistieron. Y ellos poseían (no el pueblo) el buscado tesoro.

El cante no recibió impacto alguno. Ya lo hemos apuntado: el concurso granadino afectó principal y transitoriamente a un heterogéneo grupo de artistas e intelectuales. Frente a los ataques de la generación del 98 surgen ahora dos excelsos defensores de la causa flamenca: Falla y Lorca.

La tentativa quedó ahí. Todo siguió como estaba antes de la celebración del concurso. Ni los discos, ni los teatros, ni las salas de fiestas, acusaron el golpe. Y la afición general no sancionó con su aplauso el fallo del jurado: la presentación al público de algunos de los premiados en diversas ciudades españolas fué un lamentable fracaso.

## Dos paladines: Don Manuel de Falla y Federico García Lorca

Manuel de Falla, nacido en tierra y tiempo de cantes (Cádiz, 1876). oyó desde niñó a *la Morilla,* moza rondeña que servía de criada en su casa. Recuerdos infantiles, nostálgicas canciones maternas afloran en sus obras. La *Nana* («Siete canciones») es acaso la que su madre le cantaba de niño (L. Campodonico: *Falla,* Ed. du Seuil, pág. 105, Bourges, 1959).

Desde sus primeras obras el cante ejerció profunda influencia en el primer músico español de todas las épocas, hasta que a partir de 1922, precisamente a raíz del Concurso del Cante Jondo de Granada, su inspiración se alejó definitivamente de lo flamenco, y aun de lo andaluz. Antes que él Albéniz había bebido en la misma fuente, pero su actitud había sido distinta. Ni Albéniz ni Turina consiguieron trascender lo flamenco a un arte universalístico en el grado en que lo logró Falla, superando limitaciones regionales y nacionales.

El gran compositor gaditano utilizó el cante como reactor de ideas y, asimilándolas directamente, les dió expresión abstracta.

El cante tuvo para él valor inapreciable en su calidad de fuente de la que llamó Pedrell *música natural,* traduciendo un concepto de Oubilichef (L. Campodonico: *Op. cit.,* pág. 93). Por eso, a través de la conferencia de Lorca, Falla lo describió: «*teñido por el color misterioso de las primeras edades*».

La propia experiencia, el interés de Pedrell, su maestro, por el folklore en general y por el flamenco en particular, el ambiente de su adolescencia y juventud, despertaron su temprana afición. Más tarde Debussy había de influir decisivamente en su orientación artística, mostrándole cómo se deben utilizar los elementos de origen popular. Falla descubre en la música de Debussy «verdad sin autenticidad, porque no hay un solo compás tomado al folklore español, y sin embargo, toda la composición (1) evoca a España, incluso en sus menores detalles».

Verdad y autenticidad brillarían sólo en la obra del maestro gaditano. Partiendo de Barbieri y Albéniz, Falla, técnicamente formado al lado de Pedrell, encuentra su camino propio en París, donde establece fecunda comunión artística con la música europea.

La etapa creadora comprendida entre 1904 y 1922 se caracteriza por la persistencia de un común denominador que es el cante y el toque flamencos. «La vida breve», «Sombrero de tres picos», «Las noches en los jardines de España», «La fantasía bética», son las obras maestras de ese período.

¿Qué pensaba Falla del cante? Su breve estudio *El cante jondo* («Escritos sobre música y músicos», Colec. Austral) desarrolla su teoría. El tronco del que derivan los cantes jondos (los que nosotros hemos calificado de «gitanos primitivos») es la siguiriya. Todos guardan «altísimas cualidades que los distinguen de los cantes que el vulgo llama flamencos».

Luego analiza los factores históricos del cante y sus caracteres propios, de los que deduce su parentesco con los primitivos sistemas musicales hindúes.

Como colofón, y para subrayar la importancia del cante, repasa su influencia en egregios compositores europeos, rusos y franceses principalmente.

Las últimas relaciones de Falla con el cante flamenco ejemplifican (a parte del valor intrínseco de su obra) el camino a seguir y la actitud a tomar frente a lo popular.

---

(1) *Soirée dans Grénade.*

Falla jamás fué lo que se llama un músico folklórico, como lo habían sido muchos de los infaustos compositores de zarzuelas anteriores y contemporáneos suyos. Por otra parte, la obra musical de Falla, estimada en el mundo entero al lado de un Strawinsky o un Bela Bártok, familiarizó a numerosas minorías españolas y extranjeras con la idea de la excelsitud del flamenco, abriéndole así camino en la estimación de los mejores.

Lo extraño y casi inexplicable es que a continuación del Concurso granadino el maestro se apartara para siempre de lo andaluz. Más que a contrariedades humanas, pensamos que ese alejamiento obedeció a desilusión artística. Falla esperaba mucho del Concurso, y la magnitud de su esperanza fué defraudada por la mediocridad del resultado.

Es posible que, de haber logrado acceso al hermético mundo gitano-bajoandaluz, Falla se hubiese sentido compensado con creces. Pero en Granada, lejos de él, el gran músico no traspasó los umbrales del minoico laberinto flamenco. Porque en Granada no podía tener experiencia del cante, y mucho menos del que calificaba de jondo. Ni siguiriyas ni soleares, ni tonás, ni polos, ni cañas arraigaron nunca en Granada. La sugestiva ciudad andaluza no cuenta con un solo siguiriyero ni con un soleaero que hayan pasado a la historia; fenómeno nada privativo, pues lo mismo ocurre en Málaga, Córdoba, Jaén y Almería... (2).

Para penetrar en el «sancta sanctorum» del cante puro Falla tenía que haber vivido en Sevilla y haber morado temporalmente en muchos de sus pueblos. En Sevilla congregábase el oro de ley de la época. Los maestros de Cádiz y de Jerez afluían a ella. Sevilla era un crisol. Ahora bien, además de la razón geográfica, otras dos poderosas circunstancias impedían la familiaridad de Falla con el cante. Una de ellas, su prejuicio contra los profesionales, que entrañaba la creencia de que el cante es de dominio popular, y otra, el carácter serio y reservado del maestro.

Para ingresar en la cueva mágica del cante hay que contar con la amistad y simpatía de sus cultivadores, los gitanos bajo-andaluces. Hay que metamorfosearse «de verdad». Sólo entonces gozaremos el precioso privilegio de la «iniciación».

Se nos objetará que Falla había oído cantar muchas veces a Chacón, a Manuel Torre, a Pastora Pavón. Precisamente tal hecho justifica su fervor. Pero la experiencia nos enseña que no basta. Un cantaor en

---

(2) La colección de artículos «Cosas de Antaño», de Antonio Muñoz, publicada en *El Ideal*, de Granada (diciembre, 1962), da fe de cuanto acabamos de afirmar, por si fuera poco testimonio el de la historia misma del cante.

una reunión de intelectuales, por muy ilustres que sean, se siente como el pez fuera del agua y canta casi siempre por cumplir, si no es que da «gato por liebre». Y un cantaor de rango y gitano nunca da todo lo que tiene a una reunión de ese tipo. El único procedimiento de indagar en el tesoro celosamente oculto es ganarse su amistad y su confianza.

La presencia de Rusiñol, Zuloaga, Gómez de la Serna, Falla, Oscar Esplá y tantos escritores y artistas en las fiestas privadas de «El Polinario» sólo podía producir reacciones negativas desde el punto de vista flamenco. El hecho es triste, pero real. En el fondo de su alma, el gran cantaor desprecia profundamente cuanto no procede del «Tronco de Faraón». Y aquellos artistas y escritores madrileños, catalanes valencianos, congregados en Granada como en un sínodo para definir la ortodoxia de un arte que desconocían, tenía que causar sorda e íntima irritación en los sumos sacerdotes de ese arte.

Federico García Lorca, muy joven en 1922, se interesó apasionadamente por el cante, arrastrado por las circunstancias locales granadinas y el ejemplo insigne de Falla, pero llevado también por una vocación flamenca indiscutible y sentimentalmente preparado por recuerdos de su infancia. (Vid. *Manuel de Falla y el Cante Jondo,* Eduardo Molina, páginas 62 y 63.)

Las dos obras poéticas de Lorca más popularizadas *El poema del Cante Jondo* y el *Romancero Gitano* son el mejor testimonio de su flamenquismo. Algunos desorbitaron el valor de lo flamenco (y de lo gitano) en la obra del poeta granadino. El propio Lorca reaccionó contra aquella engañosa imagen que lo reducía a poeta gitanófilo: «Mi gitanismo es un tema literario y un libro. Nada más.» (Guillermo Díaz Plajá: *Federico García Lorca,* Colec. Austral, pág. 106.)

El *Poema del Cante Jondo,* «escrito al calor de los preparativos del Concurso granadino en 1921, y publicado más tarde, nos ilustra sobre las ideas y sentimientos de Lorca respecto al cante.

La función y el alcance de lo flamenco en su poesía no han sido tratados a fondo, que sepamos. Nuestras observaciones aspiran a aproximarse, por lo menos, a la cuestión. Puede afirmarse sin temor a yerro que ni antes ni después de él hubo poeta que más profundamente haya captado el mundo y el espíritu de lo flamenco. La penetración mágica de Lorca en ese mundo es un capítulo —no más— de una orientación mucho más amplia de su poesía: la tendencia a lo popular.

Esta se pluraliza por cuatro vertientes: el Romancero castellano, el Cancionero de los siglos XV al XVII, el Cante Flamenco y los Toros. No nos proponemos desarrollar el hecho que apuntamos ni indagar la

causa o causas que pudieron haber influído en favor de lo flamenco. La cuestión es sugestiva, pero lo que nos interesa ahora es señalar cómo lo flamenco y, concretamente, el cante, encarna en la poesía lorqueña hasta el punto de convertirse en sustancia de un libro fundamental, *El Poema del Cante Jondo,* y en fuente inspiradora del *Romancero Gitano.*

Tenemos un documento precioso que nos informa de las ideas de Lorca: la conferencia que con el título *Importancia histórica y artística del primitivo canto andaluz llamado «Cante Jondo»* leyó en el Centro Artístico de Granada el 19 de febrero de 1922.

Aunque en última instancia no pasa de ser una exaltación lírica, preparatoria de clima propicio al Concurso inminente, la conferencia revela finura, apreciación de los matices y profunda simpatía por el tema. En cuanto a la interpretación del fenómeno del cante, Lorca mantiene: 1.º, la diferencia entre lo jondo y lo flamenco. 2.º, la identificación de lo jondo con el cante primitivo andaluz, y 3.º, la creencia de que ese cante primitivo había surgido del «alma música del pueblo». Tal creencia, muy de acuerdo con el neopopularismo poético de la época y con importantes teorías literarias avaladas por la autoridad magistral de Menéndez Pidal, despistaron a Lorca del camino a seguir en una posible investigación sobre el origen del cante. Pues el cante flamenco —ya lo hemos expuesto— refunde materiales heterogéneos preexistentes en Andalucía. Algunos de dichos materiales seguramente podrían definirse como cantos populares andaluces, mas no todos. Ahora bien, el cante flamenco (nosotros no distinguimos lo flamenco de lo jondo) fué desde su origen críptico, oculto, secreto, como expresión profunda de un pueblo perseguido.

Lo más valioso de la conferencia es el breve y certero estudio sobre las «letras» o «coplas», que tendremos muy en cuenta al tratar el cante en su aspecto literario.

Mucho más profundo que la conferencia es el *Poema del Cante Jondo.* El poeta se mueve aquí en su mundo. No dominaba los hechos, en lo que al cante se refiere, pero había llegado a una entrañable identificación con su esencia lírica. Los hechos no le hacían falta al poeta.

Cuatro cantes, los portentosos cuadros titulados *Viñetas,* las *Tres ciudades* y los *Seis caprichos* componen la obra que comentamos. Estilizados, transfigurados, trascendidos al plano superior de la poesía, no falta ningún elemento característico: cante, baile, guitarra, taberna, café de cante, pueblo nocturno, cantaor, cantaora, castañuela, balcón, cueva, serranía, chumbera, procesión, velatorio, candil...

A la dominación de la imagen acústica, representativa de la Siguiriya (el «grito») y de la Petenera (las «campanadas»), opónese el predominio de lo óptico en la Soleá (el «puñal») y en la saeta (panorama de pueblo en «Semana Santa»).

Tres ciudades asumen categoría típica: Granada, Córdoba y Sevilla.

Desde su *Andalucía del Sacromonte* Lorca olvidó la «Andalucía *del Observatorio de San Fernando.* Cádiz, Jerez, Huelva brillaban por su ausencia. Málaga es aludida en varias ocasiones, pero sin alcanzar nunca el relieve de Granada y Córdoba, ciudades protagonistas del «Poema».

Las *Viñetas Flamencas* nos dan que pensar. Existe una marcada antinomia entre la sustancia gitana del *Poema del Cante Jondo* y el dócil sacrificio que el poeta ofrece a los ídolos convencionales del cante, que tenían que ser *no-gitanos:* Silverio y Juan Breva. No faltaba más que don Antonio Chacón para que el triunvirato fuese completo. Pero hay un dato personalísimo, que es la dedicatoria de las *Viñetas* al maestro del cante gitano Manuel Torre, en lo que se revela, a nuestro entender, que al escribirlas Lorca siguió la opinión vulgar, mientras que al dedicarlas, obedeció a su personal inspiración que le arrastraba irresistiblemente hacia las misteriosas raíces del cante: hacia los gitanos de la Baja Andalucía, encarnados en el *Niño de Jerez.*

Hasta qué punto es auténtica la inspiración flamenca de Lorca en esta obra lo demuestra la *Viñeta* dedicada a Silverio, en la que descubrimos coincidencia literaria con una vieja siguiriya: son aquellos versos que marcan la culminación poética y expresiva del retrato de Franconetti:

*Los viejos*
*dicen que se erizaban*
*los cabellos*
*y se* abría el azogue
de los espejos.

La siguiriya aludida coincide con los dos últimos versos. Es la siguiente:

*Yo no sé por dónde*
*al* espejito donde me miraba
se le fué el azogue.

No se limitó al *Poema del Cante Jondo* y a la Conferencia el influjo del cante y de su mundo en la obra lorqueña. Está presente también en el *Romancero,* en la conferencia sobre «el Duende», en sus creaciones dramáticas.

## Rehabilitación del Cante Flamenco en la actual poesía española

En nuestro tiempo los grandes poetas han cultivado los metros populares y han bebido inspiración en el cante flamenco. Algunos (Manuel Machado: *Cante hondo)* incluso han compuesto con éxito letras para cantar. La tendencia venía del siglo XIX, en que varios poetas escribieron letras populares. El cancionero de Paláu incluye un apéndice de coplas firmadas por Antonio Trueba, Augusto Ferrán, Ventura Ruiz Aguilera, Campoamor, Zorrilla, Balart, Luis Montoto, Cayetano Alvear, Villaespesa, etc... En total 79 autores. Pero la colección peca de informalidad, porque incluye como «cantares» poemas que jamás fueron concebidos en ese sentido por sus autores. Tal vez ocurre con Bécquer, representado por la conocida rima:

*Por una mirada un mundo,*
*por una sonrisa un cielo,*
*por un beso... ¡yo no sé*
*qué te diera por un beso!*

La inmensa mayoría de estas coplas no prendieron en el pueblo ni llegaron a cantarse. La causa la ha señalado certeramente don Francisco Rodríguez Marín: *el olor literario.*

A veces, el pueblo reelaboró coplas de origen culto con pretensiones populares. En tales casos casi siempre mejoró las originales. Sirva de ejemplo uno de los aducidos por Rodríguez Marín *(El alma de Andalucía en sus mejores coplas amorosas,* pág. 44). El cantar de Ventura Ruiz Aguilera:

*En tu escalera mañana*
*he de poner un letrero*
*con seis palabras que digan:*
*«Por aquí se sube al cielo».*

adoptado por el pueblo se transformó en la siguiente copla:

*En la puerta de tu casa*
*he de poner un letrero*
*con letras de oro que digan:*
*«Por aquí se sube al cielo».*

A. González Ciment ha coleccionado en *Antología de la Poesía Flamenca* (Edit. Escelicer, 1961) una serie de poemas *circunscritos a lo que va de siglo.* El índice suma 85 poetas (españoles y americanos). El criterio del antólogo no fué selectivo. Su propósito consistió en reali-

zar *un balance* de poesía contemporánea inspirada en temas de cante, baile y guitarra.

A la distinción de González Climent entre poetas vernáculos (o tradicionales) y neopopularistas nosotros añadiríamos un tercer grupo estrictamente lírico, constituído por los poetas que se limitaron a asimilar y refundir sustancia o hechos flamencos a su pura e íntima subjetividad, tal como ocurre en Caballero Bonald. La nota castiza, externa, pintoresca, está ausente. Alberti, Oliverio Girondo, Bartolomew, Rodríguez Spiteri, pertenecen a este grupo.

La diferenciación entre vernaculistas y neopopularistas establecida por González Climent en el prólogo nos parece muy justa: «La tarea del vernaculista —escribe—, sin ser del todo pleonástica, rara vez alcanza a renovar ni menos que menos a reforzar lo que el pueblo brinda con más segura prodigalidad y frescura. Se trata, pues, de un folklorismo presionado por procedimientos estilísticos.»

El neopopularismo se caracterizó, según González Climent, por su calidad lírica y literaria de primer orden, arraigada principalmente en el motivo flamenco. Una extraordinaria libertad y variedad son sus atributos cardinales.

La *Antología de Poesía Flamenca* muestra que un 25 por 100 de poemas se inspiran en el *cante* (los mejores están firmados por Caballero Bonald, Concha Lagos, Antonio Murciano, Rafael Montesinos, José María Pemán y Mario López).

Le siguen en importancia cuantitativa los dedicados a ciudades andaluzas (un 13 por 100). Sobresalen composiciones de Gerardo Diego, Carlos Murciano, Romero Murube, Adriano del Valle. Luego, los inspirados en motivos del baile (12 por 100, muy mediocres en general, a excepción de los de Carlos Pellicer, Mario López y A. Murciano).

El grupo biográfico evoca cantaores de antaño. El más celebrado es Chacón. Tres poesías merecen destacarse: la de José María Pemán a *Aurelio de Cádiz,* la de Tomás Borrás a *Chacón (Elegía del Cantaor)* y *Funeral,* de Eloy Muñoz Martí, *in memoriam* de Rodríguez Marín, verdadero alarde en verso de erudición flamenca. El puro lirismo representa un 10 por 100 (J. Rejano, R. Molina, Roy Bartolomew, G. Diego, Aquilino Duque, González Estrada, Caballero Bonald, R. Montesinos, Rodríguez Spiteri)... Lorca, Gerardo Diego, Antonio Machado, Pemán y Evaristo Carriego son cantaores de la guitarra (5 por 100). Finalmente, Andalucía en general inspira poemas de M. Machado, Romero Murube y Benítez Carrasco (3 por 100).

Un tono de áurea mediocridad flota en la *Antología,* donde de cuando en cuando suena la malhadada pandereta andaluza. A pesar de Villalón y de M. Machado, llegamos a la conclusión de que el can-

to de cisne de la poesía flamenca lo representa la obra lírica de Lorca (en su *Poema del Cante Jondo* y *Romancero Gitano*). Y no podemos menos de llamar la atención sobre el poema admirable *Cante hondo* de Antonio Machado, que brilla en el libro con profundo esplendor de solitario astro.

## Las coplas y el cante actual

La primitiva sencillez de las letras gitanas y el «esprit» de las andaluzas se han adulterado en los últimos cuarenta años. El cancionero flamenco ha padecido una lamentable invasión de coplas escritas por compositores comerciales, ansiosos de halagar el gusto popular con lo truculento, sensiblero y folletinesco. Todo lo cual existía en las coplas primitivas, pero excepcionalmente y en germen.

El auge del fandango (1915-1950) con sus «letras» melodramáticas intensificó el mal y lo agravó. Fué así como se divulgaron esas caricaturas flamencas que en tanto libretillo a la venta callejera constituyen un atentado contra la mágica tradición literaria, la gracia, la sinceridad y el espíritu mismo del cante flamenco.

Debe denunciarse también la nefasta costumbre (todavía en boga) de intercalar recitales de versos entre cante y cante, de la que *Romería Loreña* puede ser grotesco exponente.

Pero los buenos cantaores intuyeron que no es ese el cauce literario del cante. En consecuencia, su fidelidad a las viejas coplas sumóse a la fidelidad a los cantes auténticos, y si aportaron creaciones personales, fué siempre a tono con los altos ejemplos de la tradición literaria flamenca.

Los grandes maestros fueron extraordinariamente sensibles al contenido de las coplas. Su argumento lírico o sentimental fué y sigue siendo para ellos inspirador estímulo.

Cuando interpreta una «letra», el buen cantaor tiene muy presente su contenido, y los matices expresivos del cante se ajustan al desarrollo de la letra, de la que son íntima y sentida expresión. La elección de las letras (para cantarlas) no por intuitiva es menos delicada. Las hay que no van a ciertos estilos. El cantaor debe realizar una doble elección, pues ha de escoger una copla idónea al cante y además en armonía profunda con su estado de ánimo del momento. La compenetración con la letra ha de ser muy honda y total, de forma que se produzca la impresión de que acaba de nacer en el instante mismo en que se está cantando, y que brota espontáneamente de los más entrañables estratos sentimentales del artista.

Algunos cantes (bulerías, tanguillos) están abiertos a toda suerte de inmigraciones. Coplas de moda, de procedencia italiana, francesa o norteamericana, invadieron las bulerías, cuya actitud hacia los recién llegados invasores la define perfectamente el clásico:

*Graecia capta ferum victorem cepit...*

En la obra de nuestros clásicos, desde Cervantes y Lope hasta Rafael Alberti y Antonio Machado, se pueden espigar «letras» cantables, flamencas por el espíritu y por la forma. Tal la garbosa quintilla de *La Encerrada*, de Alberti:

*Porque tienes olivares*
*y toros de lidia fieros,*
*murmuran los ganaderos*
*que yo no vengo por ti,*
*que vengo por tus dineros...*

Ricardo Molina y Antonio Mairena
Calle Coronel Cascajo, 26
CÓRDOBA (ESPAÑA)

# SALMO XII

POR

ENRIQUE BADOSA

*Alumbra mis ojos para que no duerma en la muerte.*

(Ps. XII, 19)

## 1

## ESTOY LEJOS Y VIVO EN LO PROFUNDO...

ESTOY lejos y vivo en lo profundo,
hay plena oscuridad sobre mis manos.
Ya nadie dice nada, nadie viene,
la soledad persiste... ¿Qué ha pasado?
El silencio está en mí. No lo conozco.
La soledad en mí, y un tiempo extraño.
La noche no termina. ¿Quién murmura
nombres desconocidos? Se han cerrado
las puertas de las casas derribadas.
¿Quién se oculta en la noche y a mi lado?
En las viejas paredes familiares
se ha parado el reloj, y los retratos
a nadie mirarán. Cuánta distancia...
Todo el mundo se fué. Los que me amaron
también tuvieron que partir. Quisiera
escucharles y hablar. Están lejanos.
Ahora, más que nunca en lo profundo.
Ahora, más que nunca fatigado.
Ya comienzo a temer, me encuentro solo
y pidiendo esperanza y esperando.

## 2

## SEÑOR, TU PUEBLO NO TE RECONOCE...

SEÑOR, tu pueblo no te reconoce,
pone en sus ojos sal para no verte
y olvida tu palabra en la tristeza.
Se acostumbra al dolor y sólo tiene
silencio entre su voz ensangrentada.

Como quien cierra puertas para siempre,
—¡Señor, Señor!—, tu nombre repetimos
y nos cobijan viejas intemperies
donde nunca supimos alzar casas,
donde nunca supimos merecerte.

Nuestra vida prosigue fatigada,
siempre sin ti, siempre sin ti... ¿Quién puede
llevar sus días hacia la esperanza,
si la tribulación nos oscurece,
si persistimos en estar a solas
y en olvidar la paz que nos concedes?

Sorprendidos en nuestra desnudez,
sin lugar en la luz, nos acontecen
las más desalentadas soledades
y una sed de tinieblas nos requiere.

¡Señor, tu pueblo no te reconoce!
¡Está cansado, triste, sucio, inerme!
¡Concédele el perdón, el pan y el tiempo
para que llegue pronto a responderte!

## 3

## NO MERECIMOS NUNCA EL PAN NI EL AGUA...

NO merecimos nunca el pan, ni el agua,
ni la esperanza, ni el amor, ni el aire,
ni el tiempo de la vida y de la muerte.
Hay soledad y no lo sabe nadie.
Hay quien habla muy claro. Nadie escucha.
Y también hay quien dice que ya es tarde...

Se nos advierte. Manos escondidas
han borrado la luz de los cristales.
Se nos acusa. Voces inminentes
repiten los recuerdos más culpables.
Se nos aparta. Vemos nuestros nombres.
en los papeles rotos por las calles.

Decimos y pasamos y olvidamos
y no tememos nunca que nos llamen
por la palabra escrita en nuestra frente.
Viene el dolor y nunca han de callarse
los gritos de quien quiere distanciarnos
de la paz. ¡Que el silencio nos ampare!

La esperanza tan sólo está en la muerte
y es hora de temer que el tiempo acabe,
que la noche persista y que durmamos,
y que la soledad nos amordace.

## 4

## ALGUIEN QUE NO CONOZCO, ME PREGUNTA...

ALGUIEN que no conozco, me pregunta
si recuerdo las cosas que he perdido,
cómo vivo mi tiempo de estar solo
y qué páginas leo y lo que escribo...

Alguien que no conozco, me detiene,
me acompaña y me entrega un nuevo libro,
borra los viejos nombres de las calles
y teme mi silencio... Alguien ha visto
mi soledad severa y me ha buscado
para romper espejos escondidos,
para encender las luces de mi casa
y ver claro en los días que medito.

Alguien prosigue junto a mí, recuerda
que en las plazas oscuras hace frío
y que es hora de andar muy cautamente
y que el tiempo de ayer ha transcurrido.

Alguien me está mirando y se entristece
y sabe las palabras que no he dicho...

¡Alguien llama a mi puerta mal cerrada,
y pide que le deje andar conmigo!

## 5

## AMOR HABRA, PALABRAS ENCONTRADAS...

AMOR habrá, palabras encontradas
en la serenidad de cada día,
y un silencio de paz en nuestra casa
y un sencillo ademán de libertad.

Hallaremos la luz iluminada
por un claro paisaje de alegría,
el sol abrirá puertas y ventanas
y borrará los números candentes
del reloj, de la noche y la campana.

Corto será el camino. Y el buen tiempo
nos favorecerá lo que se acaba.
Si alguien se siente solo, han de decirle
que ya la soledad está olvidada.
Amor habrá, palabras que acompañen
hacia la casa nueva y esperada.
¡Entornemos la puerta, cada noche,
para aguardar las horas anunciadas!
Mientras tanto, vivamos lo que ocurre
y hagamos de la espera la esperanza.

Enrique Badosa
Marco Aurelio, 14, 2.º, 2.ª
BARCELONA

# LA SUPERVIVENCIA POETICA

POR

MANUEL VALLDEPERES

## I

Cuando la influencia de Edgar Allan Poe determinó la división poética en dos zonas características —la coloquial y la simbolista— ya estaba abierto el interrogante que hacía discutible si es lícito o no buscar argumento en los poemas. Y, en el transcurso de la discusión, cada poeta se había situado ya, según su posición estética, entre la verdad y el hombre o la música y la pasión. Goethe, que buscaba la verdad entre los hombres, llegó a explicar en magníficos versos su concepto del universo físico, mientras Verlaine, premeditadamente activo en las zonas del idealismo abstracto, exclamaba: «El matiz, sólo el matiz es lo que importa a la poesía.»

Y al través de la evolución poética, con todos los períodos de estancamiento que han amenazado su popularidad —sombras en el luminoso proceso de la penetración espiritual—, se ha mantenido abierto el interrogante. ¿Es lícito buscar argumento en la poesía? Si tenemos en cuenta que los elementos más poderosos del poeta son la música verbal y los efectos emocionales, cuyo contenido artístico no admite readaptación en prosa sin una pérdida total de la esencia emotiva, forzosamente deberíamos situarnos en la misma tesitura creadora de Verlaine; pero si aceptamos como justo el axioma de Musset, según el cual «la vida debe dar algo de sí a la armonía y al ritmo de la frase», nos hallaremos nuevamente con la interrogación abierta.

Es más: desde que la poesía surgió en el mundo de las artes para imponernos sus acentos emocionales, existen poemas cuyo respaldo es la vida, que con Eliot han adquirido forma coloquial, y poemas que expresan la esencia misma de la pasión en un sentido sensitivo y que en Valéry son recreación de un estado psíquico bajo el venero de sus sutiles revelaciones íntimas. Y nadie ha cometido la insensatez de dictaminar sobre la superioridad estricta de una cualquiera de las dos zonas poéticas que han evolucionado paralelamente y que han coexistido con frecuencia en la obra de un mismo poeta, como en el caso de Baudelaire, puente tendido entre las dos corrientes creadoras que, en realidad, conducen a una misma supervivencia: la autenticidad poética.

A lo más que el crítico puede llegar, situado en el ángulo divergente, es a declarar cuáles son sus preferencias, de acuerdo con sus propias

reacciones psíquicas y en presencia de la poesía coloquial o simbolista; pero esto no puede significar, en modo alguno, la desvalorización absoluta de cualquiera de las dos más significativas tendencias poéticas —acaso las únicas— que actualmente se esfuerzan en recuperar para la poesía la influencia perdida. Y menos si no tratamos de olvidar —¿cómo hacerlo, sin embargo?— que poetas tan vivos en su presencia emotiva, como Goethe, Shakespeare, Calderón de la Barca, Villon, Musset, Baudelaire, Whitman y Eliot, para no citar más que algunos nombres representativos de distintas épocas, han escrito poemas cuyo contenido emocional parte del hombre en tanto que realidad humana, mientras Poe, Verlaine, Lawrence, Lautréamont, Mallarmé Rimbaud, Rilke, Baudelaire (ahora en la posición inversa y como eje), Eluard, Bretón y Valéry, entre los más característicos, tienen poemas cuya secreta armonía interior proviene totalmente de las reacciones oníricas, con intervalos fulgurantes en los que brilla con luces propias la llama del genio.

Sin pretender negar la licitud de la realidad discutible que ofrece la interrogación —en tanto que definidora de una única supervivencia poética— podemos llegar a conclusiones más o menos determinantes sobre el valor intrínseco de la poesía con argumento y de aquélla cuya esencia es la rara correspondencia de música y de impresiones que forman el conjunto de un poema. La lucha entre las dos zonas, que es lucha efectiva de valoraciones en el terreno positivo de la permanencia, tiene actualmente un hondo sentido vital. Después del silencio de los simbolistas franceses —acaso más que silencio fué aislamiento—, se observa una reacción reconfortante de la que proviene el resurgir de la poesía y, como consecuencia, la recuperación de la popularidad que ésta había perdido.

Poetas jóvenes —jóvenes algunos de ellos en relación con la fuerza vital de su poesía— substancialmente humanos en cuanto a lo ideal, intensifican el cultivo de la poesía coloquial, procurando que la vida dé algo de sí, según el concepto de Musset, a la armonía de las palabras y al ritmo de la frase, mientras otros, no menos jóvenes, aceptando la juventud como fuerza creadora, nos ofrecen una poesía construída sobre la base de una delicada armonía de palabras y de símbolos. Los conceptos son inseparables de la belleza con que son expresados, y la melodía musical fluye espontánea sin tener en cuenta las ideas. Estos poemas maravillosos, en su aspecto artístico —y de ellos no está ausente la influencia de Baudelaire—, necesitan tanto de la sinceridad ideal como de la presencia del poeta en su estado de vibración espiritual, sin cuyo requisito es probable que no lleguen a producir la emoción propuesta, que no ha de ser forzosamente la misma en todos los lectores,

y sin la cual el poema queda convertido en una simple abstracción.

Por el contrario, la poesía con argumento —coloquio del poeta con el hombre o introspección analítica—, a la que poetas tan intensamente emotivos como T. S. Eliot han regresado, exige un complemento estético y musical casi tan vivo y alentador como el de la poesía sensorial: la que expresa las emociones del alma. Cierto que en poesía no es la exposición de los estados de ánimo ni la sicología del ser lo que interesa, sino la emoción de las palabras en justa correspondencia con el pensamiento creador. De ahí que las dos zonas poéticas se produzcan con idéntica intención: hacer sentir, a la intimidad del lector, las emociones impulsivas que dan a la poesía un fin social y en las que se origina la supervivencia poética.

Todos los procedimientos son lícitos, en el campo de la poesía, cuando se parte de las efectividades emotivas que transmiten las sensaciones, ya sea en forma coloquial, ya sea simbólicamente: el poeta con el hombre o el poeta con su mundo interior; pero nadie puede negar que de la misma manera que carecen de valor poético los poemas que permiten su traslación a la prosa corriente sin perder su fondo ideal, carece de signo y de supervivencia el poema simbólico que suena en los oídos como música vacía y sin sentido.

La poesía se encuentra, en las actuales circunstancias convulsivas, en un período de búsqueda. Sin despreciar en absoluto a la poesía tradicional —Eliot está influído por la tradición y los surrealistas lo están por el romanticismo—, vemos cómo estas dos zonas de una misma supervivencia buscan una plenitud que devuelva a la poesía su alta significación directiva, ejerciendo su influencia en el espíritu del hombre para dejar de ser, como lo ha sido durante el último cuarto de siglo —o quizá más—, un arte cerrado.

## 2

El estudio de la poesía moderna o, más exactamente, de sus vinculaciones, deslinda a ésta, como ya hemos dicho, en dos zonas de una misma supervivencia, porque una sola es la finalidad de la poesía, tanto si ésta es imaginativa como sensorial, es decir, la que se forma del contacto del poeta con la naturaleza y con el hombre y la que nace de las sensaciones.

Es evidente que para el poeta no existe diferencia fundamental entre lo artificial, que es la obra de arte en sí, y lo natural, punto de arranque de las reacciones del espíritu; pero sería peligroso para la poesía caer en la absurda posición de creer —recuérdese el fracaso del realismo poético— que una fotografía, que es la copia exacta de la natura-

leza y del hombre en sus formas externas, sea una obra de arte. Lo natural se convierte en arte positivo, en arte verdadero, por alguna ley del espíritu y sólo por las reacciones que el artista —el poeta— experimenta ante la naturaleza y que al través de las leyes de la creación —la metafísica y la técnica, según Leonardo da Vinci— queda convertido en esa sublime realidad espiritualizada que es la esencia de la vida.

Cualquiera que sea la forma de expresión poética, el poeta se ciñe a su ambición creadora. El coloquial busca un estado síquico que, de acuerdo con la naturaleza, vaya más allá de ella: es la recreación de lo natural al través del espíritu; el simbolista, con los inesperados encuentros de objetos y de palabras que provienen de su vigilia, espera la revelación de las tinieblas: del choque de la verdad humana con la embriaguez poética.

Sentir es la primera facultad del alma y en el orden puramente experimental —¿qué es la poesía sino un experimento sensorial?— los sentidos son la causa determinante de nuestras impresiones y de nuestras reacciones. La poesía sensorial responde a un principio experimental y desde este punto de vista debe existir un equilibrio lógico entre las sensaciones y la manera de expresarlas, para conseguir que las reacciones espirituales del poeta —la luz de la poesía— sean, a la vez, las reacciones del lector, sin lo cual es estéril la revelación y el juego de las palabras resulta vana pompa musical.

Para el poeta existen en la lógica las advertencias del placer y del dolor, señaladas por Condillac como principio determinante de las sensaciones que llegan o no al alma. Al goce sucede el dolor como consecuencia de un juicio falso, como el placer viene a nosotros después y como consecuencia de un juicio verdadero. Esta es, sin duda, la función de la metafísica en la autenticidad de la poesía, porque ante la imagen oscura, falta de verdad, el hombre reacciona dolorosamente, y en semejante dolor hallamos el germen de la incomprensión.

Es evidente que para el poeta que busca en sus propias sensaciones la emoción poética —y no hay poesía sin esta autenticidad— el mundo visible ha muerto, como afirmaba, hace ya muchos años, el apasionado y sensible Teófilo Gautier; pero al través de la desaparición del mundo material debe el poeta hacer surgir un mundo espiritual, más humano y más íntimo, puesto que surge de la experiencia del espíritu y se manifiesta por el contraste de los sentidos. Es la revelación de las tinieblas en la que Poe advertía una forma poética esencialmente humana y recreadora. Pero no basta con que esta revelación del mundo, que es la verdad poética, surja de las zonas frías de la imaginación, porque lo imaginado sin el impulso creador y animador de los sentidos es lo que más alejado está de las sensaciones del espíritu humano.

Baudelaire, puente tendido entre la poesía coloquial y la simbolista, basaba su poesía inmortal en la relación inevitable que existe entre la forma y la función. Así concebía su sentido de la supervivencia poética y advertía que la permanencia del verso se halla en su función. Por esta razón la poesía sensorial tiene hondo sentido filosófico, puesto que mientras la poesía, que sólo se sirve de la armonía interior para hacernos sentir, carece de hondura espiritual, aquélla va más allá del espíritu. Eso es: al poeta que podríamos distinguir como clásico, dentro de la nomenclatura tradicional, le basta con la música verbal, mientras que al puramente sensorio, cualquiera que sea su punto de partida, no le basta con la forma: su secreto está en el fondo, en la función de las reacciones y, más que en éstas, en la imagen poética, que es, a la postre, la manera de expresar las sensaciones en forma intelectiva para que resulten efectivas. Y en ello reside, para el poeta auténtico, el venero de sus altos poderes creadores.

Sólo cuando el poeta logra hacer sentir sus propias emociones, proyectando en el entendimiento colectivo, con imágenes bellas, las reacciones de un mundo espiritualizado, eso es, la naturaleza modificada al través de las sensaciones, puede afirmarse que existe un poeta verdadero. Cantar con sonoridades huecas imágenes huérfanas de sentido humano es tanto como desvirtuar la verdadera finalidad de la poesía, teniendo en cuenta que el poeta debe darse a sí mismo en estado de vibración espiritual. Y para que el poeta consiga llegar al alma del pueblo —sin lo cual la poesía se aparta de su función— es preciso que las sonoridades que emanan de su obra sean voces surgidas no sólo de su imaginación, sino de la conjunción equilibrada de la razón y de la emoción, fuentes auténticas de todo sentimiento humano y, como consecuencia de ello, de la vida misma.

El movimiento simbolista, en el que hallamos figuras tan representativas como las de Paul Valéry, Rainer Maria Rilke y W. B. Yeats, no es más que un regreso a la pureza poética, una reacción contra el imperativo de los imaginativo-científicos, que estaban apartando a la poesía de las zonas universales de influencia. T. S. Eliot ejerce la misma influencia regresiva, que por contraste es progresiva, devolviendo a la poesía todo su poder. Pero Eliot no se sirve del símbolo más que para apuntar el sentido humano de su poesía dialogística, de sus poemas en acción y en función de vida.

Coloquiales y simbolistas, constituyen, pues, dos zonas de una misma supervivencia. Aunque la poesía no puede ser diálogo en el sentido literal de la palabra, lo es en cuanto el poeta dialoga consigo mismo; pero en esta conferencia íntima, en la que emociones y reacciones se manifiestan en un monólogo espiritual que es a la vez

diálogo con el lector, no hay que buscar las esencias del realismo ni del impresionismo que en Francia se opuso a los simbolistas. Eliot simboliza la vida; pero al igual que los poetas que, como Valéry y Rilke, usan del símbolo para realizar el análisis introspectivo, no es realista. Ni siquiera se vale de la imaginación para elaborar sus poemas, que obedecen siempre a una experiencia íntima. Son los sentimientos, la emoción íntima, sus sufrimientos, los que están latentes en su poesía, con múltiples acentos subordinados a la vida.

¿No son, pues, dos zonas de una supervivencia poética las que se manifiestan ampliamente en este movimiento renovador? Trataremos de demostrarlo, aunque sea sumariamente.

## 3

T. S. Eliot, al través de un lento proceso de penetración íntima y de búsqueda de una poesía que le sitúe entre el hombre, ha hallado su propia dimensión creadora en un lenguaje coloquial y vivo que parte de la necesidad de establecer principio y fin a todas las cosas para situarlas no en la zona de la invención, sino en la puramente intuitiva: la que interpreta las verdades humanas al través del sufrimiento y del conocimiento de la vida.

En sus primeros poemas se advierte el desarraigo de su palabra poética de las verdades que anhela, a pesar de buscar estas verdades en su propia intimidad; pero, trasplantado de los Estados Unidos de América a la Gran Bretaña, el fenómeno de la desintegración queda definido hasta que halla la palabra nueva en el lenguaje coloquial, en la dialogística que le sitúa entre el hombre y le arraiga en el ambiente; porque Eliot, que es universal como pocos en su esencia expresiva, no llegó a ser un poeta del mundo hasta que intimó con las realidades circundantes, que impulsan con una fuerza honda su sinceridad poética.

Sería impropio, sin embargo, establecer una relación directa entre su poesía y las realidades que la impulsan. El poeta, que en lo íntimo ha arraigado en la comunidad secular de Inglaterra, no ha dejado, a pesar de su firme personalidad, de sentir la influencia generadora, en el sentido formal, de dos poetas norteamericanos: Poe le presta las rimas internas, aunque desprecia su sentido musical y el uso especulativo de ciertas aliteraciones; de Whitman posee el sentido de la pureza poética, el secreto de la emoción y el principio estético que le ayudó a situarse entre el hombre y sus emociones, sin dejar de seguir los senderos de la popularidad, dándose el caso singular de

ser Eliot —con Valéry en otra zona de la misma supervivencia poética— el poeta contemporáneo de mayor popularidad universal.

El convencionalismo tradicional, que obliga al poeta a someter la idea a la palabra, quedó herido con Whitman y muere con Eliot. El poeta inglés Edwin Muir ha escrito que los últimos poemas de Eliot son una intensa consagración del espíritu, el corazón y la imaginación a supremos fines espirituales. La definición es exacta si tenemos en cuenta que el poeta no pretende inventar la poesía en el sentido que ha malogrado el esfuerzo creador de los surrealistas franceses: con frialdad de laboratorio —sólo se salvaron los que ampararon su poesía en cualidades superpoéticas: Breton, Nerval, Lautréamont, Eluard, etc.—, sino todo lo contrario.

T. S. Eliot busca en el lenguaje coloquial el secreto de la poesía. En ocasiones es prosaico y musicalmente disonante; pero el diálogo —que en determinadas circunstancias es monólogo interior interrogativo— sirve al poeta para apurar el pensamiento y dar firmeza a la idea. Así, advertimos que cada palabra suya es acción —acción que no puede estar sometida a un ritmo obligado— y consecuencia de vida, cuando no la vida misma con acentos de espíritu. Es altamente sugeridor en la introspección en que apoya sus verdades íntimas y hay una relación apenas perceptible entre la palabra y el pensamiento; pero cualquiera que sea el motivo sugerido, el poeta está presente en él en toda su integridad: es el hombre en presencia poética, es la consagración total de que habla Muir.

En su propia dimensión creadora —en anchura y altura cósmica—, Eliot halla, después de una penetración profunda en su propia intimidad —él es el hombre en función de universo—, principio y fin a todas las cosas, y si las relaciones con paisajes peculiares y definidos, con ambientes y hombres reales, no es para limitar sus verdades poéticas, sino para establecer contacto con el mundo, para unir, en un sentido evolutivo —ahí está su propia presencia—, el pasado, el presente y el porvenir. Es en estos instantes cuando el poeta llega a la plenitud del monólogo y establece la relación más íntima entre él —sus sentimientos y sus acciones— y las realidades de la vida.

Los valores coloquiales, la dialogística interpretativa, son la esencia misma de su poesía sorprendente, como continúan siéndolo, a través de su proceso evolutivo, los objetos familiares; pero Eliot no regresa nunca al pasado, a pesar de unir la historia al presente en función de porvenir. Es el mismo proceso que observamos en Héctor Incháustegui Cabral, poeta dominicano al que Eliot y Whitman prestan acentos, a pesar de su definida personalidad poética y de su singularidad creadora.

Eliot, en su afán de hallar principio y fin a todas las cosas, los encuentra en sí mismo, en su propósito, en su sentido militante de la poesía. No cree que baste con cantar fríamente, situándose al margen del hombre y de sus realidades aprisionantes. «La historia puede ser libertad», dice; pero, partiendo de este supuesto, que para él es realidad en su liberación presente, se agita constantemente para hacer de la «oscuridad la luz y de la inmovilidad la danza». Está con el hombre —y él es el hombre en función de universo— para partir de él y elevarse hacia las zonas cósmicas en que las voces descubren las verdades que sirven de base a la palabra coloquial en que se apoyan. De esta manera establece orígenes a todas las cosas para renovarlas y transfigurarlas, conduciéndolas hacia un fin. Es el grito de la razón, la presencia del poeta, la finalidad universal del poeta.

Al margen de la significación ideal del creador ofrece Eliot otras realidades, interiores y exteriores, que parecen situadas ya en un punto de influencia universal: el acento que ha dado a la poesía y la función que le ha asignado. El genial poeta, arraigado en una cultura secular, pero sintiendo como propias las inquietudes del mundo —«estando entre dos vidas»—, siente la necesidad de salvar de las influencias bárbaras el lenguaje del poeta. Cimenta en su experiencia de más de un tercio de siglo una finalidad definida y un propósito logrado, amparándose en la dialogística, en el coloquio interior y hasta en el monólogo para llevarlos a cabo. Es, en su condición de poeta, entrega total. Entiende que la música de la poesía —él mismo lo declara— no es algo que exista fuera y aparte del significado, y que por esta razón fundamental la poesía no puede permitirse el lujo de perder su contacto con el cambiante lenguaje de la comunicación común y corriente.

En este sentido, la posición de Eliot no es original, sino eslabón de una revolución permanente en el poeta de auténtica condición creadora. Shakespeare, Shelley, Yeats, Schiller, Baudelaire, Rimbaud, Mallarmé, Calderón de la Barca, Lope de Vega y el Dante, entre muchísimos más, participaron en la permanente revolución poética que significa la adaptación del verso al lenguaje cotidiano; pero, en el caso de Eliot, la entrega total se condiciona a la forma coloquial y tiene distintas zonas, más o menos prosaicas, según hable con el mundo o hable sólo para él: según sea diálogo o monólogo.

El poema —dice el propio Eliot— es antes que la forma, en el sentido de que una forma nace del deseo o intento de alguien por decir algo. Así es de viva y humana, realmente, su poesía, que nace y crece paralelamente al desarrollo del mundo en que se produce, pero yendo más allá, en su proyección, del hombre o del objeto que la inspiran. En el lenguaje coloquial de Eliot palpitan la verdad

prosaica y el espíritu en función de supervivencia, y su poesía es el punto de contacto entre la razón y el sueño, entre la realidad palpable y la ambición del poeta. Por eso sus poemas, que son acción, emoción y sufrimiento, están situados entre el mundo esotérico, dentro de las impenetrables zonas oníricas, y la realidad del hombre, en función de eternidad.

## 4

En un mismo plano de proyección universal, pero en la zona opuesta —dos zonas de una misma supervivencia poética—, están situados los simbolistas, cuya máxima representación ostentan Rainer Maria Rilke y Paul Valéry, después del grito de rebeldía que significó el simbolismo en Francia y en el siglo XIX.

Es difícil, acaso imposible, definir el simbolismo en la plenitud de sus propósitos, si es que los simbolistas obedecen a alguna ley de la mente; pero se advierte en ellos, especialmente en Valéry, la preocupación que sienten por la revelación íntima. En oposición con la esencia creadora de los coloquiales, que buscan la revelación del hombre en función de universo, los simbolistas parten del conocimiento de sí mismos para crear una poesía que es de regreso hacia el misticismo de la vida, pero en una forma moderna y peculiar de meditación, mayormente después de Baudelaire y de Rimbaud.

Contrariamente a lo que ocurre en la poesía coloquial —el hombre para el poeta—, en los simbolistas la proyección va del poeta al hombre, de la vida íntima a la vida exterior, de la soledad meditativa a la colectividad absorbente. Es posible que el simbolismo sea, vencida ya la época en que fué oposición a los imperativos de un arte basado en la ciencia, búsqueda total de la verdad; pero desvinculado totalmente del realismo que limita, en sus proyecciones íntimas, la manifestación del espíritu: búsqueda, pues, de la verdad pura en sus esencias y no en su potencia, porque el símbolo poético es no sólo una representación auténtica, sino una revelación figurativa de cuanto está contenido en las más hondas profundidades del alma.

Lo intuitivo, en el simbolismo, y muy especialmente en el simbolismo de Valéry, no es embriaguez poética, como lo fué entre los surrealistas franceses, sometidos a la influencia romántica, sino clasicismo alucinante y en la integridad de su pureza formal y creativa. Por eso, dentro de la subdivisión de los simbolistas —los surrealistas y los místicos—, sólo han alcanzado universalidad los poetas que han dominado su desbordada fantasía y han apoyado su creación poética en los elementos ideales de significación universal que se desarrollan más allá de su propia realidad. En este sentido nos ofrece un ejemplo

vivo la obra de André Bretón, el cual, partiendo de elementos surreales, ha apoyado su poesía de esencia universal en los mismos elementos de la mística simbolista de que parten Rilke y Valéry.

Analizando serenamente la poesía simbolista de los maestros, incluyendo a Baudelaire, que es el punto de unión entre lo coloquial y lo simbólico, advertimos que los poetas parten de sí mismos como sujeto y como objeto: de su facultad de atención y de creación. Los sujetos y los objetos exteriores se manifiestan en su poesía al través de la recreación íntima. Para Valéry, por ejemplo, cada símbolo es reflejo de los demás símbolos, es decir, que el análisis introspectivo es lo que le sirve para hallar las intensidades anímicas que dan a cada objeto proyección universal.

El simbolismo moderno, el que ha superado los arrebatos impetuosos de la fatalidad y de lo fantástico, el que descubre la madurez de la inteligencia, no es más que el principio activo de la poesía en función creadora y está situado en la zona opuesta a la coloquial. Mientras Eliot busca y halla una relación íntima y bien calculada entre el lenguaje prosaico y el poético para procurar una ilusión realista —simple ilusión—, Valéry establece una separación absoluta entre el lenguaje de la realidad y el de la creación poética. Pero esta separación no incluye abandono de la realidad, porque cada símbolo es representación de un sujeto activo que es el que determina la efectividad de los símbolos adicionales: una idea para muchas ideas convergentes. Es así como los simbolistas parten de la inteligencia para ver claro en el sueño que engendra.

Valéry define su poesía considerándola como el ensayo de representar o de restituir por medio del lenguaje articulado esas cosas que intentan expresar oscuramente los gritos, las lágrimas, las caricias, los besos, los suspiros, etc., y que parecen querer expresar asimismo los objetos en todo lo que éstos tienen de apariencia de vida o de supuesto designio. Es, pues, el fenómeno inverso al que se produce en la poesía coloquial, pero con idéntica finalidad espiritual: dar al hombre, en su representación íntima, una supervivencia encadenada, más que al objeto, al sujeto, con la permanente presencia espiritual que le asignan las leyes de la existencia.

Los poemas de Valéry responden a un equilibrio perfecto entre el hombre y la razón de ser del hombre, y en su actitud frente a la vida descubrimos un hondo sentido de la supervivencia del espíritu, porque en cada eco de su voz —palabra lírica, desencadenada y libre— hallamos un significado universal y una intensidad que van más allá de su propia realidad presente. Es el poeta en funciones de universo y en la estricta aplicación del precepto de Rimbaud según el cual

la primera condición del poeta es llegar a un cabal conocimiento de sí mismo.

Y a través de este conocimiento, Valéry establece sus símbolos y contempla con lucidez todo lo que está fuera de él y está en el hombre; pero, contrariamente a lo que sucede con Yeats y Rilke, por ejemplo —y Franklin Mieses Burgos es, en este sentido, una ascendencia ejemplar en la poesía dominicana—, el autor de *Narcisse* no espera la revelación de las tinieblas, del sueño en función germinadora, sino que busca en su intimidad, a través de la inteligencia, las revelaciones que ilustran su poesía, las cuales, en el fondo, son producto de una mecánica cerebral perfectamente articulada.

Pero ¿cómo establece Valéry la relación entre las revelaciones y el pensamiento y cómo une aquéllas a su poesía? Por una gradual acción de su fuerza íntima, liberada de influencias exteriores; por la acción introspectiva y a través del hondo conocimiento de sí mismo, ya que el poeta vincula al pensamiento la idea y ésta adquiere forma poética por la interpretación interior de las imágenes y de los símbolos.

Dijimos, al señalar la existencia de dos zonas poéticas como consecuencia de la influencia de Poe, que éste había determinado la unión de las fuerzas convergentes del espíritu en lo coloquial y en lo simbólico, y que ambas zonas obedecían a un ritmo definido de la supervivencia de la creación. Esto es, que desde polos opuestos ambas concepciones obedecen a idéntica función de idealismo integral. Hemos buscado el ejemplo en Eliot y en Valéry, por ser ambos representación pura de la poesía y por haber conseguido, cada uno desde su posición íntima, dar permanencia a lo fugaz, contener los arrebatos del alma y materializar el espíritu, si el espíritu del hombre, en tanto que sujeto determinante de una civilización, admite materialización.

Que ambas zonas poéticas tienden a trazar idéntica supervivencia, en la justificación y ahondamiento de la concepción artística, queda bien definido, como queda ampliamente establecido que es la libertad creadora el punto de partida del simbolismo y de la dialogística. Pero la libertad del poeta no responde a un movimiento disolvente, sino a un proceso de integración: desprecio absoluto del lenguaje musical que aprisiona la idea y desprecio de la idea que cohibe la palabra poética. Libertad que no es más que una introspección milagrosa que permite al poeta convertir en real el sueño de Baudelaire: «someter a la voluntad el dominio fugitivo de los momentos felices».

## 5

Es evidente que sin libertad creadora no hay arte posible. Ni la política, ni la religión, ni la moral pueden ejercer su influencia sobre

la poesía sin limitar la libertad del creador, sin cohibir la manifestación del genio, sin cortar las alas a la fantasía, especialmente si tenemos en cuenta que la independencia creadora reside justamente en el aislamiento que el poeta forma en torno suyo para concebir, al amparo de su mundo interior, un mundo de proyecciones espirituales. Este es el caso de los poetas coloquiales y de los simbolistas.

El poeta se independiza al penetrar sin obstáculos en las zonas de la libre concepción, de la invención de las formas y de los conceptos: del establecimiento efectivo de una función determinada para la poesía. En las dos zonas de la supervivencia poética analizada, lo abstracto se antepone a lo concreto y lo anímico a lo material. Y a través de la evolución histórica —de los clásicos griegos y latinos a Eliot y Valéry— hemos podido advertir la lenta desaparición del realismo poético y la persistente insubordinación del poeta ante lo concreto. Y advertimos también que el fracaso se produce porque al imponer como modelo a la naturaleza, con las limitaciones que ésta lleva implícitas, se limitaba la facultad creadora, cohibiendo el libre albedrío del poeta. El realismo fué, pues, la primera limitación que se impuso a la libertad creadora, a pesar de haber tenido, con posterioridad a los simbolistas franceses del siglo XIX, una reacción también negativa contra tal imposición.

En realidad, el realismo poético —sin olvidar el misticismo medieval— no fué un movimiento espontáneo, sino la reacción de los poetas contra las limitaciones impuestas al ideal —a las zonas del hombre en que el ideal se manifiesta libremente— por la política, la religión y la moral. Ya las tribus atávicas sintieron la necesidad de crear libremente. La poesía primitiva —los cantos raciales—, tan ingenua como esotérica, marca la pauta del arte independiente en función civilizadora. Y hoy, al amparo de la libertad creadora, que es la superación de las verdades naturales —no olvidemos que la poesía comienza más allá de los límites concretos de lo natural y de lo humano—,comprendemos a nuestros antepasados más remotos y sentimos, por nuestra propia presencia, la presencia espiritual de aquéllos.

Sin libertad no hay poesía, porque la voluntad que tiraniza es la negación y anulación total del principio creador. Lo hemos comprobado a través de todas las edades, advirtiendo, además, que la libertad, que no es un bien en sí, lo es todo en su esencia: es el principio de la facultad intelectual y de la libre manifestación del espíritu, cuyo vértice de enfoque hacia la supervivencia es la poesía. A medida que el mundo avanza y que la civilización progresa, la poesía sufre transformaciones sustanciales. El realismo languidece y el romanticismo pierde todo su vigor revolucionario.

Cuando el hombre vivía en la caverna, la libre manifestación del espíritu estaba a tono con la época, y la poesía era rudimentaria, pero libre. Luego, con la evolución del hombre y de la manera de vivir del hombre, la poesía evoluciona a su vez. El mundo interior del poeta —en función de universo— está en franca oposición con el mundo real, aunque para la creación parte de las realidades que impulsan y generan nuevas realidades superiores. La posición individualista —¡y tan profundamente universal!— de Goethe, Shakespeare, Calderón de la Barca, Willon, Musset, Baudelaire, Whitman y Eliot, en una zona, y de Poe, Verlaine, Lawrence, Lautréamont, Mallarmé, Rimbaud, Rilke, Eluard, Bretón y Valéry, en otra, para no citar más que a los poetas ya mencionados antes, se basa en esta posición constructiva y evolucionadora a la vez.

Si cada uno de estos poetas hubiese realizado o realizara su obra sin atender a los imperativos de la creación —libertad frente a concepto rígido—, su influencia, en tanto que elementos positivos de supervivencias espirituales, hubiera sido y sería nula. Adviértase que parten de la libertad creadora en la búsqueda leal de la popularidad, sin pretender la generalización de la poesía; pero se acercan al pueblo sin buscarlo para que éste participe de sus emociones. Y cuando las multitudes —hasta donde éstas son capaces de percibir el goce estético— entran en el mundo ideal por ellos creado, que es un mundo recóndito, pero real, en su sublimidad, queda hecho el milagro de la personalidad, que es el milagro de la supervivencia.

En tales condiciones es evidente que la poesía sufre transformaciones fundamentales de fondo y de forma a medida que se opera la evolución. Desde el canto primitivo, que es intuición y augurio, hasta la poesía de Homero, media un abismo. Y otro abismo separa a Homero de Whitman, de Eliot y de Valéry, a pesar de que las esencias de la poesía siguen siendo las mismas. Pero hay algo etéreo, quizá onírico, que anima al poeta y que impulsa al hombre a pasar de la caverna a la choza, de la choza al edificio de piedra y de éste al rascacielos. En poesía es tránsito, evolución permanente. Para las multitudes, hacia las cuales trazan su proyección los poetas y de las cuales parten, es simple proceso de civilización.

A medida que el poeta siente la necesidad de hacer uso total de su facultad creadora, busca, en la legitimidad de la obra, la expresión de su propia personalidad, crea medios de expresión y busca en la palabra nueva el acento que corresponde a cada versión ideal de las realidades cósmicas. ¿Qué importa el proceso de la creación si el resultado es efectivo? Nada hay más impenetrable para el espectador que el misterio de la creación. La obra, la concepción de una obra, es

un proceso interior, íntimo. La fantasía y la lógica —como advierte Zweig— sólo pueden facilitarnos una idea vaga sobre la génesis de la creación. Para el poeta, este proceso se relaciona con la facultad de sentir y tiene su efectividad en el contacto que se establece entre los sentidos y la inteligencia en función de musa. Así es en Valéry, mientras que en Eliot la inteligencia sirve de control a sus relaciones con el hombre.

Para dar expansión a la libre facultad creadora —y sólo para ello— el poeta responde a sus acentos íntimos y busca en el conocimiento de sí mismo el matiz que corresponde a su lenguaje poético, rompe los moldes tradicionales y busca en el verso libre su propia libertad creadora. Las dos zonas de la supervivencia poética, que tienen su representación en T. S. Eliot y Paul Valéry, tienden a acercarse a las masas a través de una independencia absoluta, a recuperar para la poesía su casi perdida popularidad y a hacer del verso, en función militante, el principio de la libertad universal del espíritu en sus proyecciones civilizadoras.

## 6

Cualesquiera que sean el espíritu y la función social atribuída a la poesía, ésta —coloquial o simbolista— cumple una misión altamente espiritual y humana y, por consiguiente, civilizadora. Es la supervivencia poética, que para Valéry es una misión y para Eliot un programa, y que para ambos —y ambos representan grandes núcleos creadores— es una finalidad. En la ruta que nos eleva y que nos conduce hacia el porvenir, hemos visto derrumbarse el convencionalismo poético que hiere y ofende la dignidad del hombre y hemos visto al poeta regresar hacia las zonas en las que el espíritu alienta y domina, iluminando las sombras.

En este tránsito de lo viejo a lo nuevo —y lo nuevo es lo eterno porque es la esencia de la evolución— está la recuperación de la fe. Buscamos la razón no por la razón misma, sino para amparar en ella nuestro derecho a la vida: para llegar hasta la conciencia del hombre, para desprendernos de las reminiscencias del realismo y del romanticismo latentes, a pesar de su larga agonía, y pasar a ser no simples instrumentos de la caduca verdad popular, sino creadores de lo ideal, que es la verdad pura hacia la cual avanzan los poetas —hombres del mundo que germina a su amparo—, desperezándose y saliendo del caos de la decadencia.

Cada aurora señala horizontes nuevos y hace más patente la necesidad en el poeta de crear libremente. Adular a las masas es caminar

sobre la arena y ahondar aún más las profundidades de la decadencia para cubrir al hombre de sombras en vez de iluminarlo. En el horizonte clarean las luces de la nueva aurora que ilumina las rutas del futuro —abiertas ya al tránsito por poetas de la significación universal de Eliot y Valéry: dos zonas de una supervivencia poética—, en las que podemos advertir la presencia del genio abatiendo a los falsos dioses que adulan al vasallo para asegurar su alto sitial en el Olimpo.

En el rudo combate actual —combate del espíritu vivo contra la pretendida verdad poética: la vigilia como germen y el sueño como fin— se perfila ya la salvadora escisión de los rangos, asegurándose el triunfo de los egregios sobre los vulgares para elevar a éstos hasta lo Ideal. El mundo de mañana será el de la Inteligencia imponiéndose a la vulgaridad; el del Espíritu dominando la materia; el de la Poesía afincada en lo más íntimo del creador para proyectar, desde cualquiera de las dos zonas de influencia señaladas —poesía del hombre con el hombre y para el hombre—, idéntica supervivencia universal y civilizadora.

Manuel Valldeperes
Arz. Portes, 145, 3.º
SANTO DOMINGO (REPÚBLICA DOMINICANA)




PRIMER CONGRESO DE INSTITUCIONES
HISPANICAS

# ASAMBLEA DE DIRECTIVOS DE INSTITUTOS DE CULTURA HISPANICA

## Los Institutos

Quizá el eje del Congreso de Instituciones Hispánicas lo haya constituído la Asamblea de directivos de Institutos de Cultura Hispánica, una de las cuatro reuniones especializadas en que aquél se dividió. Eje interno, aunque no el más aparente, pues su propia contextura mantuvo sus trabajos en el marco de una lógica intimidad. Los Institutos de Cultura Hispánica han sido la fuerza motriz capaz de movilizar las restantes reuniones de Economía, Filología y Sociología a lo largo de toda América.

Los Institutos de Cultura Hispánica, americanos y españoles, poseen un perfil original difícilmente encajable en la tipología de los organismos encargados de mantener las relaciones culturales entre las naciones. Como ha precisado Castiella en el discurso de clausura del Congreso, «no son entidades de simple colaboración bilateral entre países, ni mucho menos—a semejanza de otras conocidas instituciones—, órganos de penetración espiritual de uno de ellos en todos los demás». Son entidades nacionales, independientes y soberanas, sin relación ninguna de subordinación con el Instituto de Madrid o con otro cualquier organismo. Están ligadas entre sí, al mismo nivel, por una finalidad de servicio al patrimonio de valores común a los pueblos hispánicos. Su razón de ser originaria brota de la propia originalidad de la comunidad iberoamericana.

Nacieron a la vida institucional hace apenas quince años, a los dos lados del mar, con un profundo sentido afirmativo y unitario. Su existencia en tan breve y agitado espacio de tiempo ha estado amenazada por los mismos peligros que arriesgan y desdibujan la personalidad espiritual de sus pueblos. La formulación de sus propósitos, algo así como su fe de bautismo, se enunció en El Escorial, en julio de 1946, con la fundación del Instituto Cultural Iberoamericano.

En la nómina de los fundadores es obligado recordar, entre otros, los nombres de una brillante generación de hispanistas nicaragüenses: Pablo Antonio Cuadra, Julio Ycaza Tigerino, José Coronel Urtecho, León Pallais; los de los peruanos José Agustín de la Puente Candamo, Wagner de Reina; de los chilenos Jaime Eyzaguirre; de los argentinos Juan Carlos Goyeneche, Juan R. Sepich; de los españoles Joaquín Ruiz Jiménez, Alberto Martín Artajo, Pedro Laín Entralgo, Alfredo Sánchez Bella, etc. «Acertaron a concretar la misión comunitaria de los pueblos hispánicos en el mundo de nuestros días» y pusieron en

marcha los primeros Institutos, venciendo las circunstancias adversas de los años de la última posguerra.

Cada Instituto, entrañado en su ambiente nacional, ha sufrido en carne viva los avatares, a veces trágicos, de la historia de sus países y ha soportado presiones y situaciones asfixiantes en la defensa de sus valores. Unos poseen hoy amplitud de medios y otros navegan desarbolados por el temporal. Todos han sido testigos y en buena medida actores de la transformación de Hispanoamérica, iniciada en la última década. La conmoción continental alcanza el punto de crisis y las circunstancias aconsejaban una toma personal de contacto entre los directivos de estas entidades.

## ANTECEDENTES

A pesar de su soberanía, los Institutos han desarrollado sus actividades en completa armonía y con visión supranacional. Las reuniones conjuntas han sido indispensables en el decurso de su historia. En el año 1951 se celebró en Madrid la primera reunión de directivos de Institutos americanos, recién constituídos aquéllos; convocó la reunión el entonces director del Instituto de Madrid, Alfredo Sánchez Bella, y allí se trazaron los primeros planes de acción común y se establecieron criterios que han dirigido la vida de estos organismos durante muchos años.

En octubre de 1958, con mayor caudal de experiencias, y siendo director del Instituto de Madrid don Blas Piñar, se reunió en Bogotá el II Congreso de Institutos. Presidió sus sesiones don Ignacio Escobar, director del Instituto Colombiano, y a los actos se adhirieron no sólo los propios congresistas, sino varios Presidentes de Repúblicas americanas, que enviaron especiales mensajes de adhesión. Fruto principal de los trabajos del Congreso de Bogotá fué la creación de la Federación de Institutos de Cultura Hispánica, con la cual se estructuraba la coordinación de los Institutos hacia el futuro; se eligió presidente de la misma a Ignacio Escobar y el Instituto de Madrid quedó encargado de mantener la secretaría permanente de relación.

Con independencia de las dos anteriores reuniones generales, se han celebrado asambleas regionales, como la anual, que agrupa a los directivos de los varios Institutos mejicanos en una ciudad del país, instalándose en una de ellas su secretariado conjunto, rotativo; la de Institutos platenses, celebrada en Asunción, del Paraguay, el año 1957, con asistencia de delegados de los Institutos del Brasil, Uruguay, Argentina y Paraguay, convocada por el Instituto Paraguayo, etc.

## Asistentes

La Asamblea actual se ha convocado por el Instituto de Madrid, con gran amplitud y al mismo tiempo con extraordinario realismo en la formulación de las invitaciones. Han estado representados en ella no sólo los Institutos de Cultura Hispánica de América, sino también los círculos femeninos de aquellos países, las asociaciones de ex becarios y las entidades iberoamericanas radicadas en España. En conjunto, cuarenta y cinco instituciones, que propiamente han constituído la Asamblea, pues a ellas y no a los delegados ha correspondido la representación y el voto. El número de delegados procedentes de los países del área hispanoamericana pasó del centenar. Asistieron también representantes de los varios millares de estudiantes hispanoamericanos residentes en España, por medio de los directivos de sus asociaciones nacionales. Las entidades con vida no efectiva, aun cuando tuvieran el carácter de Institutos de Cultura Hispánica, no participaron en la Asamblea.

Asistieron delegados de los Institutos mejicanos, de los centroamericanos, colombianos, chilenos, argentinos, brasileños y filipinos. La selección de las entidades participantes y la categoría profesional y pública de sus directivos repercutieron directamente en el carácter de las reuniones. Dará una idea de la composición humana de la Asamblea los siguientes datos: entre los directivos de los Institutos figuraban cinco ex ministros, ocho embajadores y ex embajadores, cuarenta y cinco catedráticos universitarios, siete rectores y ex rectores de Universidades, diecisiete académicos y veinte diputados. Las zonas más neurálgicas de la vida pública y cultural de Hispanoamérica, aunque muchas de ellas no fueran tratadas directamente, estuvieron presentes en la Asamblea a través de la personal experiencia de la actual posición de los congresistas.

## Carácter de los trabajos

A diferencia de los anteriores congresos de Institutos, en los que se estudiaron temas de índole muy diversa, el presente se ha ceñido al estudio de los problemas que directamente afectan a los Institutos y a su plan de actividades. Los aspectos sociológicos, económicos o humanísticos de Iberoamérica han sido objeto paralelamente de reuniones especializadas autónomas, y los temas más generales de la problemática hispanoamericana se aplazaron para considerarlos en posteriores reuniones.

La naturaleza de la reunión quedó precisada antes de iniciarse las sesiones en el documento de trabajo enviado por el Instituto de Madrid a todos los países meses antes de inaugurarse la Asamblea. Fué redactado después de conocer las opiniones expresadas por los interesados. Tuvo dos aspectos fundamentales: uno, de trabajo práctico, dirigido a estudiar y revisar las actividades concretas de los Institutos. En seis días de apretadas sesiones se efectuó una confrontación exhaustiva de su organización y de los planes futuros. Otro aspecto fué informativo; cada Instituto presentó a la Asamblea su realidad e informó sobre la acción que desarrolla, sobre los resultados que obtiene, las necesidades y problemas que se le presentan, las dificultades que han de vencer y las iniciativas en curso.

Los principales temas de estudio fueron los siguientes:

*a)* Estudiantes hispanoamericanos, becas y ex becarios.

*b)* Cursos y conferencias. Intercambio de personas, cooperación técnica y docente y vinculación con las Universidades.

*c)* Información, prensa, cine, radio y televisión.

*d)* Bibliotecas, publicaciones y revistas.

*e)* Relación entre los propios Institutos con los círculos femeninos y con otras entidades.

La índole práctica de los trabajos estuvo condicionada por dos preocupaciones fundamentales que se manifestaron a lo largo del Congreso: una de carácter ideológico ante el peligro materialista y marxista que amenaza el continente, y otra de orden técnico, dirigida a apoyar las necesidades que en este orden tienen los países iberoamericanos.

## Organización de la Asamblea

El temario se distribuyó en trabajo de comisiones y en sesiones plenarias. Una vez aprobados y discutidos los temas en las respectivas Comisiones, éstas elaboraron las conclusiones para su discusión y definitiva aprobación en el pleno. En la sesión preparatoria se eligió presidente de la Asamblea, a propuesta del doctor Julio César Chaves, presidente del Instituto Paraguayo, al director del Instituto de Cultura Hispánica de Madrid, don Gregorio Marañón; vicepresidente, a los directores de los restantes Institutos, los cuales presidieron las sesiones plenarias rotativamente y por orden alfabético, y secretario, a don José María Alvarez Romero, director de Intercambio del Instituto de Madrid, actuó como secretario técnico don Luis Sainz de Medrano, jefe del Departamento de Asistencia Universitaria del mismo Instituto.

Se organizaron cuatro Comisiones. La primera dedicada al estudio

de las becas, Asociaciones de ex becarios y universitarios hispanoamericanos, eligió al catedrático don Manuel Montecinos, presidente del Instituto Chileno-Hispánico de Valparaíso, presidente de la comisión; vicepresidente a don Ramón Mulleras, secretario del Instituto de Estudios Hispánicos de Barcelona, y secretario a don Luis Sainz de Medrano.

La Comisión segunda se dedicó al estudio de los problemas de intercambio cultural y cooperación técnica. La presidió el catedrático de la Universidad de Santiago de Chile don Jaime Eyzaguirre, directivo del Instituto Chileno de Santiago; vicepresidente y secretario, don Fernando Murillo, jefe de la Oficina de Cooperación Técnica del Instituto de Madrid.

La comisión tercera, especializada en los problemas de información, bibliotecas y publicaciones, designó a don Julio César Chaves, presidente; vicepresidente, al embajador don José Rumazo, director del Instituto Ecuatoriano, y secretario, al jefe del Departamento de Información del Instituto de Madrid, don Manuel Calvo Hernando. Actuó de vicesecretario de la comisión el escritor don Julio Garcés, secretario del Instituto Peruano.

La Comisión cuarta, de iniciativas y régimen interior, estuvo integrada por los delegados señores don José Barroso, presidente del Instituto Mejicano; don Julio César Chaves, presidente del Instituto Paraguayo; don José Rumazo, presidente del Instituto Ecuatoriano; don Raúl Yrarrazábal, presidente del Instituto Chileno; don Ignacio Escobar, presidente del Instituto Colombiano, y don José María Alvarez Romero, secretario de la Asamblea. Correspondió la presidencia al director del Instituto de Madrid, don Gregorio Marañón.

La presidencia de la mesa de las sesiones plenarias correspondió sucesivamente a la delegación argentina, presidida por el profesor don Atilio Anastasi, director del Instituto de Mendoza; a la delegación brasileña, presidida por el rector de la Universidad de Río, señor Calmón; a la chilena, por el embajador don Raúl Yrarrazábal; a la ecuatoriana, por el embajador don José Rumazo; a la mejicana, por su presidente, don José Barroso, y a la colombiana, por don Ignacio Escobar. Participó activamente, ostentando la representación del Instituto de Madrid, su subdirector, don Pedro Salvador.

## Estudiantes y Becas

La Comisión primera se enfrentó con el hecho de la existencia de más de 10.000 estudiantes hispanoamericanos que estudian por su cuenta carreras en las universidades españolas o con las consecuencias de

todo orden que se derivan de este hecho. Tan importante núcleo no debe ser desaprovechado, pues ha de repercutir de manera notable a su regreso a los países de origen.

Se puso de manifiesto la necesidad de arbitrar un sistema para proporcionar a estos estudiantes una exacta información sobre la realidad y las condiciones de la vida universitaria española, antes de dejar su país. En segundo lugar se consideraron los medios para facilitarles la incorporación a las universidades, una vez en España, y para resolverles los problemas de alojamiento, manutención y los más complejos del aprovechamiento en los estudios y de su formación integral. Las conclusiones se encaminaron a procurarles cursos de orientación en sus respectivos países y en España antes de iniciar los estudios, a la reestructuración de las Asociaciones nacionales de estudiantes en las que se integran en España, a la fundación de nuevos colegios mayores iberoamericanos y a la organización de una red eficiente de tutores, profesores universitarios capaz de cubrir las necesidades docentes del alumnado de ultramar.

Se consideró no sólo el caso particular planteado a la Universidad Española, sino los problemas generales y la atención de los estudiantes americanos que estudian en otros países hispánicos.

El sistema de becas fué ampliamente debatido. En la actualidad el Instituto de Madrid concede anualmente 500 dirigidas a jóvenes graduados iberoamericanos para especializarse en España. La Asamblea precisó claramente la doble finalidad que deben cubrir las becas. Por una parte, «formar en los países Iberoamericanos y Filipinas grupos dirigentes de pensamiento hispánico que realicen una acción permanente, coordinada y eficaz»; por otro lado, «promover el adelanto y el perfeccionamiento cultúral, profesional y técnico de los becarios y colaborar en la solución de los grandes problemas de nuestras comunidades». Para que la doble finalidad se cumpla, el otorgamiento de las becas debe hacerse con un riguroso criterio de selección conjugando la calidad del expediente profesional con la vocación hispánica de los candidatos.

La declaración del Congreso fué terminante: «el auge de las corrientes marxistas en los ambientes universitarios hispanoamericanos reclama de nuestra parte una acción vigilante y una preparación profesional muy seria». La peocupación por la crítica situación de Hispanoamérica pesó constantemente en el ánimo de los delegados y se manifestó más claramente que en otras en las recomendaciones sobre los becarios y estudiantes. «En ningún caso las becas pueden tener, en la actual coyuntura de nuestros pueblos, un sentido neutro y aséptico de perfeccionamiento individual, sino una misión doctrinal muy pre-

cisa y urgente.» La Comisión primera fué muy viva en sus discusiones y los resultados se condensaron en doce conclusiones apasionadamente debatidas en los plenos. Aluden a los requisitos y trámites de la convocatoria de becas, a la necesidad de ampliarlas al campo obrero y al de los técnicos medios, a la necesidad de vincular a los becarios con sus Institutos y a la conveniencia de interesar a las fundaciones privadas y públicas, nacionales e internacionales, en el plan de becas.

Como tercer apartado fundamental, la Comisión consideró los medios para vincular y coordinar entre sí la acción de los ex becarios definitivamente instalados en sus países y al modo de integrarlos en la tarea de los Institutos nacionales. Entre otras recomendaciones, se aprobó la edición de un «quién es quién» de los ex becarios del Instituto, cuyo número repartido en el continente asciende a varios millares, y un gran porcentaje ocupa puestos de relieve profesional y público; creación de asociaciones nacionales de ex becarios; convocatoria de un próximo congreso en España de ex becarios siguiendo la pauta del recientemente celebrado en Córdoba por los argentinos.

## Intercambio Cultural y Cooperación Técnica

La Comisión segunda discutió un apretado temario, con gran altura y precisión en los planteamientos. Abordó los siguientes temas: *a)* Cursos y conferencias; *b)* intercambio de personas; *c)* becas de cooperación; *d)* organización de cursos de cooperación técnica; *e)* información sobre necesidades técnicas; *f)* contratación de profesores, y *g)* problemas educativos de la juventud.

Se adoptó el criterio de conceder primacía, por encima de la organización de conferencias aisladas, a la preparación de cursos completos dedicados a temas actuales y vigentes o a necesidades de especial interés en la vida nacional. En los cursos desarrollados por especialistas de otro país se trazó un plan para alcanzar la máxima eficacia de los viajes, en una gran medida costeados por el Instituto de Madrid. Cada viaje debe cubrir un área geográfica regional, dentro de la cual los respectivos Institutos han de coordinar la preparación de sus cursos y la recepción del profesor.

El intercambio cultural, en el amplio sentido, viajes de profesores, exhibición de exposiciones, presentación de muestras, etc., no debe ceñirse a los contactos entre España y América, sino repartirse entre todos los países, haciendo especial hincapié en las relaciones interuniversitarias.

Los problemas de la cooperación técnica fueron ampliamente debatidos. Los Institutos han de superar su inicial inclinación, predominantemente cultural, y convertirse en centros suministradores de servicios a sus respectivos países. La relación con los organismos técnicos nacionales e internacionales es indispensable, y los Institutos, por su especial vinculación y carácter supranacional, pueden contribuir efectivamente a la resolución de estos problemas. Los congresistas «subrayaron especialmente las necesidades de este orden sentidas por el conjunto de los países iberoamericanos y la importancia de trazar un plan de acción que responda a ellas».

Este plan engloba la concesión de becas especiales de cooperación técnica, la contratación de profesores para Universidades en otros países hispánicos y la organización de cursos de cooperación. Se recomendó la publicación de un Boletín informativo sobre posibilidades y actualidades de carácter técnico para distribuirlo en toda América.

Entre los problemas educativos de los niños y de la juventud, se recomendó la activa participación de los Institutos en las campañas de alfabetización que los gobiernos están desarrollando. También se recomendó la creación de centros orientados a la preparación de estudiantes de enseñanza media o universitaria.

La creación de grupos juveniles y agrupaciones de estudiantes fué tema de discusión y en el seno de la Comisión, así como en las sesiones plenarias, se puso de manifiesto la preocupación de los delegados por estimular los valores hispánicos y hacer frente a la creciente influencia de tipo materialista y marxista. Los campamentos de verano, la organización de excursiones educativas, y la fundación de colegios de segunda enseñanza son sólo algunas de las medidas estudiadas en la Asamblea.

### Información y publicaciones

La Comisión tercera dividió sus trabajos en tres grandes apartados: uno, dedicado a los problemas de la información, con especial atención a la prensa y difusión de noticias; otro, referido a los medios audiovisuales de cine, radio, televisión, etc., y un tercero, dedicado a las publicaciones y revistas.

Se concretó la organización de las bibliotecas de los Institutos y el modo de funcionamiento coordinando los esfuerzos. En cuanto a las publicaciones de libros y revistas, deben cumplir una triple finalidad: *a)* De fomentar el mutuo conocimiento de los países hispánicos; *b)* evitar que las fronteras nacionales fraccionen la cultura común, y

*c)* contribuir al fortalecimiento de su unidad. Para alcanzar estos objetivos se aprobaron varias conclusiones sobre la creación de nuevas colecciones de obras clásicas del pensamiento hispanoamericano y de cuestiones fundamentales y de actualidad, así como una colección de documentos básicos de la historia común. Las Revistas «Cuadernos Hispanoamericanos» y «Mundo Hispánico» fueron también objeto de atenta consideración en cuanto a su contenido, venta, distribución y presentación. Hubo unánime deseo de que las Revistas recojan colaboraciones y sean órgano de difusión de la totalidad de los Institutos de América.

En materia informativa, se puso de relieve la necesidad de contar con una agencia de noticias propia, pues es la única forma de mantener la independencia informativa de Hispanoamérica y conseguir un mínimo de objetividad en la presentación de sus acontecimientos. Se recomendó a los Institutos mantener una relación constante con los órganos de información de cada país. Cada Instituto debe, además, convertirse en un centro informativo de la realidad del bloque hispanoamericano en el ámbito de su país, recogiendo y difundiendo las informaciones que recibe de los otros Institutos nacionales. El Instituto de Madrid hizo una detallada exposición de la realidad de sus servicios informativos.

Se hizo patente la necesidad de mantener un mutuo intercambio y conocimiento entre las actividades y realidades de los distintos Institutos. El mejor medio es la edición de un Boletín mensual que recoja la vida y actividades de estas Instituciones.

La Comisión finalizó sus tareas proponiendo al pleno varias conclusiones, aprobadas todas ellas, sobre el intercambio de films documentales, presentación de películas de largo metraje, participación en los certámenes y festivales cinematográficos. También se consideraron la participación en los programas de radio y televisión. El Instituto Vascongado de Cultura Hispánica informó sobre su experiencia en la organización del Festival anual de Cine Documental.

## Iniciativas varias

En la última sesión plenaria se aprobaron varias propuestas no incluídas en el orden de las tres Comisiones regulares de trabajo. Entre otras, figura la referente a la creación de una escuela superior iberoamericana de archivística en el Archivo de Indias de Sevilla; la adhesión a la conmemoración del VII Centenario de las Siete Partidas; la postulación del nombre de don Ramón Menéndez Pidal para el

premio Nóbel; el voto para que los restos del poeta Antonio Machado vuelvan a tierra española, y el homenaje a la figura del hispanista peruano Víctor Andrés Belaunde.

Finalmente se aplaudieron por aclamación dos proposiciones de orden doctrinal presentadas por don Julio César Chaves y don Julio Ycaza Tigerino. El presidente del Instituto Ecuatoriano, don José Rumazo, en nombre de todos los delegados, y antes de cerrar la Asamblea, pronunció unas sentidas y bellas palabras de homenaje a España y agradecimiento al Instituto de Cultura Hispánica.

El colofón de la Asamblea de Institutos fué el propio acto de clausura, celebrado en el Monasterio de El Escorial, en el mismo lugar donde años antes se puso en marcha la obra de los Institutos de Cultura Hispánica. El presidente del patronato y ministro de Asuntos Exteriores de España, señor Castiella, concedió las placas de Miembro de Honor, en medio de una gran emoción, a don José Agustín de la Puente Cándamo, presidente del Instituto Peruano, y a don Julio Ycaza Tigerino, presidente del Instituto Nicaragüense, ambos firmantes del Acta de El Escorial.—José María Alvarez Romero.

# RESUMEN GENERAL DE LA ASAMBLEA DE FILOLOGIA (PRESENTE Y FUTURO DEL IDIOMA ESPAÑOL)

La preparación de este I Congreso de Filología, convocado por el Instituto de Cultura Hispánica, ha tenido dos características primordiales. Por una parte, la convocatoria iba dirigida, sin discriminaciones, a todo el amplio mundo de la investigación y de la enseñanza del español. Ningún escalafón, ningún especial título que no fuera el de la especialización técnica prevaleció en el momento de congregar a quienes representan el actual pensamiento en torno a los problemas de nuestra lengua. Tampoco hubo temor a los temas, vivos y llenos de posibilidades polémicas, que se planteaban. Se pensó en que nada puede ser más negativo que la reticencia a la hora de enjuiciar una cuestión tan decisiva para los países de habla española como es el estado actual y el futuro desarrollo del idioma común.

El Instituto de Cultura Hispánica reunía las condiciones ideales para esta empresa. Con una ya larga tradición en las relaciones hispanoamericanas, joven, sin embargo, en su historia y, sobre todo, en el pensamiento de sus directivos, quizá ningún otro organismo tenía mejor posición ni estaba más libre de compromisos para lograr lo que ha sido virtud principal de este Congreso: la espontánea y despreocupada exposición técnica.

Fué muy fácil, y es justo reconocerlo así, unir para este propósito a otras entidades de muy distinto significado cultural. El Consejo Superior de Investigaciones, a través de su Instituto de Filología Miguel de Cervantes, ofreció desde el primer momento su apoyo incondicional. La Real Academia Española no esquivó el riesgo ni la oportunidad de este encuentro con las nuevas generaciones de universitarios e investigadores. Los Institutos de Investigación americana como el Caro y Cuervo o el Andrés Bello; los Departamentos universitarios tanto del sur como del norte de América, de Filipinas, de Israel o de los países europeos, acogieron el proyecto sin reservas, con una amplia y generosa confianza. Estaba abierta la discusión en torno a una amenazadora incógnita: la unidad futura del castellano, pero ya desde el principio era manifiesta la dirección de casi todos a un mismo fin.

El siguiente resumen representa una pequeña parte de los resultados obtenidos y está escrito todavía sin la perspectiva necesaria para su valoración.

## La situación actual

Antes de llegar a los problemas que el futuro del idioma forzosamente nos plantea es preciso conocer la perspectiva actual, el balance objetivo que nos proporcionan los estudios contemporáneos. Un numeroso grupo de comunicaciones presentadas en el Congreso tienen esta finalidad: situarnos ante el castellano de hoy. El profesor Luis Flórez, representando al Instituto Caro y Cuervo, estudió extensamente el español hablado en Colombia y su atlas lingüístico, destacando la gran difusión y unificación de usos que en él se observan. Hechos que atribuye especialmente a la radio, prensa, el cine, la televisión y a la influencia creciente de las grandes ciudades. «Hay en Colombia una intensa preocupación por alcanzar una expresión correcta y castiza no sólo en las autoridades educativas, sino también entre el pueblo.» En el español actual de Colombia, dice el profesor Flórez, se encuentra variedad y unidad, fuertes contrastes influídos, de una parte, por la tradición hispánica, y por otra, por la creciente influencia de los Estados Unidos.

También es clara, según concluye en su comunicación sobre *El español en Méjico,* el profesor Juan Manuel Lope Blanch, esa influencia inglesa, que ha venido a sustituir al anterior influjo francés. Sin embargo, la situación actual del español hablado en Méjico, nos dice, «no presenta rasgos diferenciadores que nos hagan temer por el porvenir inmediato de la lengua. Más aún: gran número de peculiaridades mejicanas no son sino el resultado de haber llevado a una etapa avanzada tendencias íntimamente españolas; son modificaciones que sólo afectan a la parte externa del idioma, sin alterar su estructura. El afán de propiedad expresiva, el sentido de una comunidad lingüística supranacional, son fuerzas conservadoras de la unidad que se dejan sentir con notable vigor en Méjico».

Sigue la perspectiva optimista si tendemos la vista hacia el español en Chile, presentado por el profesor Rodolfo Oroz en su comunicación enviada al Congreso y titulada *El español en Chile.* Puede afirmarse, dice, que nada autoriza para mirar con desconfianza el futuro de nuestra lengua en Chile, cerrado el paso a la peligrosa dialectalización.

Humberto Toscano ha presentado amplia y profundamente la situación del español en el Ecuador, donde el proceso de castellaniza-

ción ha sido tan largo, que todavía continúa en parte su vigencia. Felizmente, afirma, «nunca se ha cortado la comunicación con España ni con los demás países del idioma común, y esa comunicación, cada día más rápida y frecuente, contrapesa toda tendencia al particularismo». Observa el profesor Humberto Toscano, al igual de lo que respecto a Colombia notaba el profesor Flórez, un creciente influjo del inglés, que ha desplazado la antigua influencia francesa.

El profesor Luis de Gásperi, en el informe enviado sobre *El español en el Paraguay,* afirma no conocer fenómenos de disgregación del idioma español hablado en su país, si bien «faltan cursos y libros españoles y sobran, en cambio, las malas traducciones, que tanto perjuicio causan a la pureza lingüística».

Sobre *El español en Costa Rica y su Atlas lingüístico,* expuso un amplio esquema de situación el profesor Arturo Agüero, concluyendo que los cambios idiomáticos se acomodaron allí al sistema de lengua heredado y siguen acomodándose a él. «Ni la influencia francesa en generaciones anteriores ni la de los Estados Unidos en las posteriores han logrado avasallar tanto a nuestra lengua como en España la francesa en el siglo XVIII.»

## El español en la Argentina

Sobre la lengua española en la Argentina, que tantos decisivos problemas ha planteado a nuestros estudios modernos, son varias las comunicaciones presentadas. El doctor Luis Alfonso, en *Tendencias actuales del español en Argentina,* estima que el porvenir del español en su país depende de la presión que el habla culta ejerza sobre el habla común: «El momento —dice— es propicio, pues en la República Argentina el hispanismo se está convirtiendo en una especie de mística profana.» Sólo así se cree que podrá vencerse la tendencia diversificadora, apoyada y difundida en el periódico, la radio, la televisión y la propaganda comercial.

Mayor optimismo se trasluce en la comunicación que sobre *El léxico español de la Argentina* presenta la doctora Berta Elena Vidal de Battini. Destaca el problema particular de la lengua de Buenos Aires, en cuyo bajo fondo social apareció el lunfardo, jerga de delincuentes. Esta acción lingüística de Buenos Aires trasciende las fronteras y alcanza con sus modos de hablar a Montevideo y La Asunción. Junto, o frente a ella, el habla regional en la Argentina, cuya semejanza con el español peninsular es mucho más notoria, actúa de contrapeso.

¿A qué puede achacarse la actitud del argentino medio frente a la lengua? Este es el tema de la comunicación del doctor Rodolfo A. Borello, *Actitud del argentino medio frente a la lengua:* «Todavía —nos dice— falta saber qué grupos sociales de la Argentina señalarán en los próximos años los rumbos de nuestra lengua. Los hablantes de las grandes ciudades argentinas podrían ser divididos en tres grandes grupos de acuerdo con los niveles culturales de cada uno; los que la manejan sin embarazo alguno y se expresan con precisión y propiedad forman el grupo menos numeroso... Todos, sin embargo, poseen un común denominador: la consciente intención de usar los modismos rioplatenses.

Muy similar es el problema que se plantea el profesor Angel J. Battistessa, aunque quizá su optimismo sea mayor respecto al mantenimiento de la futura unidad lingüística: «La creciente celeridad de las comunicaciones, el más alto nivel educativo y el auge de la industria editorial y del intercambio bibliográfico apartan y aun invalidan el lamentable conato que en su hora creyó entrever Rufino José Cuervo.»

### El español en Puerto Rico

No han faltado perspectivas sobre las que bien podemos considerar más peligrosas zonas geográficas, es decir, aquellas que por su condición fronteriza con el inglés representan la avanzada del castellano. En su comunicación sobre el *Estado actual del español en Puerto Rico,* el profesor Rubén del Rosario señala que el contacto político entre Puerto Rico y Estados Unidos ha conducido a lo que corrientemente llamamos americanización del país. Sin embargo, sus conclusiones son precisas y nada pesimistas. Con plena vitalidad, dice, «se extiende la literatura puertorriqueña en castellano, atenta siempre a la corrección universalista».

### La división dialectal

Podemos resumir este conjunto de comunicaciones sobre el español en Hispanoamérica, considerando existentes en la actualidad unas zonas de amplia garantía purista como Colombia; otras, en que los substratos indígenas conservan cierta intensidad, y aquellas en que el inglés constituye el principal e inminente peligro.

División esquemática que no contradice la exacta y detallada comunicación del profesor José Pedro Rona, que en sus conclusiones subdi-

vide el dialectalismo americano en 23 zonas, según sea su caracterización por el yeísmo, zeísmo, voseo y forma verbal que acompaña al pronombre *vos*.

## El dialectalismo en España

No podía faltar en relación con el decisivo aspecto del dialectalismo hispánico el estudio de las actuales variantes en la península y en el archipiélago canario. Fernando González Olle, en su comunicación sobre el castellano de Burgos en la actualidad, hace notar hasta qué punto el habla de Burgos como modelo idiomático ha ascendido modernamente a una condición de gran prestigio purista frente al carácter rústico y anticuado que parecía ser característica suya en el siglo XVI. No obstante, señala González Olle la gran variedad dialectal de determinadas zonas burgalesas, si bien la transformación social y económica va unificando en torno a la lengua oficial las variantes regionales.

Diego Catalán estudia *El español en Canarias*. El testimonio de esta región, dice, «no puede olvidarse al examinar los problemas del español de América, toda vez que las condiciones lingüísticas isleñas son, hasta cierto punto, muy semejantes a las que, en escala continental, gobiernan el desarrollo y cultivo del español de América. Hay entre las islas y el continente una notabilísima continuidad en su fonética, su morfología, su sintaxis y su léxico; hay, además, un estrecho paralelismo en las peculiares condiciones de desarrollo de la lengua que se dan en estos dos fragmentos desiguales de la neo-romania».

## El español en Filipinas

Y llegamos a los puntos más fronterizos, a las zonas más difíciles para el mantenimiento y difusión del castellano: aquellas, como las Islas Filipinas, que están rodeadas de hablas o intereses no hispánicos. La doctora Belén S. de Argüelles, en nombre del Ministerio de su país, presentó una detallada comunicación sobre *El estado presente del español en Filipinas*. Su informe, objetivo y concreto, destaca junto al hecho de ser Filipinas una parte real de la comunidad lingüística hispánica, la de luchar con dificultades crecientes para mantener la presencia viva del español en las islas. Especialmente destacó la falta de un profesorado adecuado como la más peligrosa dificultad.

Complemento de la exposición anterior, la comunicación del doctor Guillermo Berdín, titulada *El español en Filipinas;* luego de pasar

revista a las múltiples vicisitudes por las que modernamente ha pasado la protección oficial del español en Filipinas, resume el estado actual de su enseñanza en los distintos niveles; de sus dificultades y de la posibilidad de mantener el substrato español en las islas: «Evidentemente —dice—, el español mantiene sus raíces en Filipinas. Hay muchas regiones donde el ambiente se conserva impregnado de hispanidad. No hace falta mencionar a Manila como la región que disfruta de esta cualidad en grado máximo.» En la isla de Luzón, además de Manila, se encuentran las regiones de Isabela, la Unión, Abra, Cavite y Bicolandia. En las islas Visayas: Negros, Panay, Samar y Leyte. En Mindanao, Zamboanga.

## El judeo-español

La situación del judeo-español ha sido atentamente observada por el Congreso. Aparte de las comunicaciones presentadas, ha trabajado una comisión especialmente sobre este tema, sin duda el de más difícil, quizá irremediable, solución de todos los tratados.

El doctor Isaac R. Molho destaca el gran caudal que para el mundo hispánico supone la existencia en el estado de Israel de una extensa población sefardí y askenazi de habla española, que va rápidamente hacia el medio millón de hablantes. No obstante la presión de la lengua oficial, el hebreo moderno es un poderosísimo rival para el habla y la cultura española.

En su comunicación titulada *Penetración de extranjeros en el español de Oriente*, el doctor Michael Molho hace una completa historia de la evolución sufrida por las comunidades sefardíes en torno al gran foco de Salónica. El lenguaje judeo-español, dice, que alcanzó su última etapa de evolución al comienzo de nuestro siglo, «es el castellano de la época de la expulsión, vale decir del siglo xv y de la primera mitad del siglo xvi, matizado desde su origen por giros y vocablos hebraicos, fuertemente influídos por voces tomadas de otros idiomas ibéricos, particularmente el gallego portugués. Pero hacia fines del siglo xix recibió muchos préstamos del vocabulario turco por motivos de la vida práctica, y de otros idiomas latinos, italiano y francés, por vía de la enseñanza y la literatura». «Ante el proceso de la rápida desaparición del español en Oriente —concluye el doctor Molho—, es urgente la publicación de un diccionario latino que recoja el vocabulario en vías de extensión.»

El doctor Henry V. Besso expuso en su comunicación sobre *La situación actual del judeo-español* unas conclusiones igualmente pesi-

mistas sobre las posibilidades de mantener el antiguo idioma ya moribundo, que tanta evocación histórica lleva aparejada. Sin embargo, estima la gran posibilidad de transformar en hablantes de un castellano actual a la numerosa población de origen sefardí y askenazi: «Creo —afirma— que el judeo-español, especialmente en Israel y en los Estados Unidos, donde hay todavía un gran número de sefardíes, quizá pueda perdurar unas generaciones más, si es que el mundo atómico sigue existiendo todo ese tiempo. Creo —añade— que los sefardíes se pondrían con entusiasmo a aprender y practicar el español moderno y que de un salto casi inconcebible y gigantesco lograrían salvar la distancia de estos pasados cinco siglos.»

Muy semejantes han sido las conclusiones de la Comisión encargada de estudiar el judeo-español. Reconocimiento de una extrema decadencia a consecuencia principalmente de la desaparición de grandes núcleos de población; del nacionalismo lingüístico de los países en que se establece la población sefardí; del descuido en la enseñanza; del adulteramiento producido por influjo de otras lenguas, especialmente del francés, y por el reducido ámbito familiar en que está inscrito. En conclusión, consideró como labor más eficaz la de recoger el mayor número de datos sobre el antiguo judeo-español e impulsar su sustitución por el español actual en la población sefardí.

## Expansión del español

Estrechamente relacionado con la situación del español en los países de habla hispánica, está el de su expansión por amplias zonas de muy distinta significación y latitud. También sobre este tema el Congreso dedicó la atención y el trabajo de una Comisión especial, orientada concretamente a estudiar el funcionamiento y actividad de los departamentos de español.

Sobre *El español en el Brasil y la relación entre el portugués y español en América del Norte,* trata la comunicación presentada por el profesor J. Mattoso Cámara, Jr.: «Es preciso —dice— lograr una estructuración general en la enseñanza de las dos lenguas, de modo que sea posible el estudio superior comparativo que esclarece la evolución de las dos. Las dos grandes lenguas ibéricas, aliadas en vez de rivales, podrán desempeñar un papel de latinización de la cultura norteamericana.»

La relación entre lengua y cultura, y concretamente la *Creación y el desarrollo del hispanismo en el Brasil,* es el tema de la comunicación presentada por el profesor Julio García Morejón: «Sólo a espa-

ñoles, portugueses, brasileños e hispanoamericanos, y tendremos que incluir a Filipinas dice, les es dado, en la hora que vivimos, en que se plantean los más angustiantes dilemas sobre el porvenir de la Humanidad, la conquista rápida de esta unidad, que forjará el grandioso imperio espiritual del mañana. Brasil —concluye— ha llegado a un hispanismo volitivo que se relaciona con aspectos de la formación de la nacionalidad y del desarrollo de su cultura.»

Todavía una tercera comunicación ha traído la representación brasileña al Congreso: la presentada por Dionisio Fuerte Alvarez sobre *La lengua española en el Río Grande del Sur:* «Aunque se hable en el Río Grande del Sur un portugués que algunos reputan como el mejor del mundo lusitano, es cierto que este estado meridional del Brasil se halla, con respecto al castellano, en una situación muy particular si se le compara con los demás estados de la Federación Brasileña. Y esto por dos razones: una, histórica, debida a la penetración inicial de pobladores españoles, entre los que figuraban numerosos jesuítas españoles, y otra, geográfica, dado que dos lados del rectángulo riograndense son limítrofes con pueblos de habla castellana.» Hay por todo una influencia mutua entre el portugués y el español en esta zona del Brasil que se refleja en la existencia de buen número de castellanismos de apellidos españoles y de un gran interés por el estudio del español.

### La expansión europea

El profesor Daniel Poyan se refirió, en su comunicación sobre *La lengua española en Suiza. Consideraciones sobre su futuro,* al avance de la enseñanza de nuestra lengua, que tiende a mejorar día a día debido, por un lado, al incremento de la colonia española, que en los tres últimos años ha pasado de 1.500 a 50.000 hispanohablantes. Denuncia, sin embargo, la inexistencia de estudios de lengua española en los colegios de enseñanza media, si bien las Universidades tienden a mejorarlos.

Sobre «La lengua española en Italia, ayer, hoy y mañana», trata la comunicación del profesor Giuseppe Carlo Rossi, en la que, aparte de destacarse la tradicional familiaridad de los italianos, a través de muchos siglos, con la literatura y la lengua española, continuada modernamente por gran cantidad de especialistas, señala con alarma la situación no enteramente favorable del estudio de la lengua española en las escuelas y Universidades italianas: «El hecho grave es que en la actual escuela media italiana la enseñanza del español se ha ido reduciendo

cada vez más en estos últimos años, sin que sea paliativo suficiente el haberse ampliado la enseñanza universitaria.»

### Otras zonas de expansión

El profesor Harry Bernstein expuso su desarrollo del hispanismo yanqui. En su comunicación se pudo apreciar el avance extraordinario de tales estudios en los Estados Unidos desde 1700, fecha en que la curiosidad por el español en este país, combinada con el deseo de introducir ideas hispanoamericanas, provoca un pensamiento primario de Panamericanismo y de Panhispanismo. En resumen, explica lo que en el desarrollo de tales estudios significaron los nombres de Prescott, Ticknor, Lonfellow, Dean Howells, los editores del «North-American Review» y los profesores de español de Harvard College.

Respecto a la expansión del español en Las Antillas Neerlandesas, expuso su comunicación el profesor J. H. Terlingen: «Rodeadas de países hispanohablantes, dominadas por España durante más de un siglo, no llegaron a ser estas islas—como otras islas antillanas—un foco de cultura española. Se las consideraba—dice—las islas inútiles. No obstante, hay un proceso de reintroducción del español ya en plena dominación holandesa, que obedece a las actividades misioneras a fines del siglo XVII y principios del XVIII y a la inmigración de judíos españoles expulsados.» Sigue luego un período pasivo entre 1915 y 1940 y, por último, una reactivación actual. «A pesar de que el papiamiento se hable en todas las clases de la sociedad antillana, los intelectuales se han dado cuenta de que no hace posible el contacto con el mundo. No extraña, pues, que al lado del papiamiento surjan corrientes que favorecen el empleo del holandés, y como medio de comunicación internacional, el español y el inglés.»

No faltan datos, por último, que reflejen la presencia del español en áreas tan alejadas como Hong-Kong. Según los datos presentados por el profesor Robert W. Thomson, son varias las organizaciones culturales y universitarias que difunden nuestra lengua, que según dice es hablada familiarmente en varios centenares de hogares de hispanofilipinos, chinos, mestizos y familiares del cuerpo consular.

Dentro de este mismo campo de la expansión del idioma, el profesor Fernando Toro Garlán trató sobre la relación entre lengua y cultura a través de su comunicación titulada *Cultura Hispánica y Enseñanza del Idioma.* El idioma, vínculo de unión fundamental entre los pueblos del mundo hispánico. En ella, sobre una base sociológica, destaca la existencia de una tendencia a enseñar el idioma mecánicamente, sin considerar su esencia fundamental: la expresividad.

De los auxiliares técnicos indispensables para llegar a una idea clara de la situación del español, ninguno más necesitado de un final impulso para alcanzar su perspectiva general que el de los Atlas lingüísticos.

Varias comunicaciones y una Comisión, en la que estaban representadas las varias tendencias en vigor dentro de la geografía lingüística hispanoamericana, se reunieron con motivo del Congreso.

El profesor Manuel Alvar, director del Atlas Lingüístico y Etnográfico de Andalucía, estudia la metodología de los diversos atlas peninsulares y especialmente compara el valor de los Atlas nacionales, como el Alpi con el de los regionales: «Un Atlas nacional —dice— no debe buscar un léxico especializado, porque ello no conduciría a otra cosa que a fragmentar lo que debe ser una visión de conjunto. Este es el valor principal de los Atlas de grandes dominios lingüísticos. Pero tal es también su propia limitación. Los Atlas regionales tienen, añade, enormes ventajas: conocimiento depurado de las áreas que se estudian, penetración de las estructuras lingüísticas más reconditas, establecimiento seguro de isoglosas. Su gran inconveniente es que no cobran sentido sino en el conjunto.»

Luis Michelena presentó una comunicación sobre el Atlas Lingüístico Vasco, obra de fundamental interés para el romanista y más especialmente para el hispanista: «Es un hecho bien establecido —afirma— que la lengua vasca tiene mucho más de español —o, si se prefiere, de iberorrománico— que de francés o galorrománico.» Hace historia de los preparativos llevados a cabo hasta la fecha y de las condiciones a que habrá de someterse el cuestionario de este gran proyecto, y concluye: «podemos llegar a la conclusión nada optimista, pero razonable, de que el futuro Atlas Lingüístico Vasco no está aún maduro ni siquiera como proyecto».

También en la Comunicación presentada por el profesor Luis F. Lindley Cintra, con el título *Colaboración hispano-portuguesa en la investigación lingüística,* hay una preferente atención a la geografía lingüística. Como el profesor Alvar, su labor gira en torno a los Atlas regionales, y cree que en la actual fase de su elaboración «convendría establecer la más íntima conexión posible entre los trabajos de los dialectólogos españoles y de los portugueses».

La Comisión destinada al estudio de este mismo problema llegó a conclusiones muy concretas. Primero, el que las cuestiones que se redacten para los futuros Atlas de la península e Hispanoamericana tomen como base los ya publicados del Atlas Lingüístico de Andalucía, del de Aragón y del de Colombia, y segundo, que la transcripción fonética

siga las normas de la RFE y RFH, con las adopciones introducidas en los Atlas citados. También aconseja que se tenga bien en cuenta, al hacer los cuestionarios, la situación fonológica y la exploración de los distintos niveles de lengua.

## Toponimia

Estrechamente relacionado con los problemas tratados en esa Comisión están las comunicaciones del profesor Manuel García Blanco, titulada *Nombres de lugar en España y en América,* en la que pasa revista a diferentes clasificaciones actualmente en vigor para agrupar los topónimos, establece algunas preferencias mentales en la denominación toponímica, tanto en España como en América, observa los nombres de lugar comunes a uno y a otro lado del Atlántico, así como la presencia de indigenismos en la toponímica americana. Por último, llama la atención sobre la necesidad de que una publicación especial se dedique a este tipo de investigaciones.

## El español hablado

Sobre este tema de tan urgente estudio, y en torno al cual se centran multitud de posibilidades de la lengua futura, presentó su ponencia, titulada *Planteamiento gramatical del español hablado,* Manuel Criado de Val. En ella, después de exponer los procedimientos de recogida de materiales, en los que establece como bases indispensables la absoluta espontaneidad de los sujetos de la encuesta, y la atención preferente a fuentes no literarias, se plantea el problema ¿será posible o conveniente la aplicación de los métodos de estudios tradicionales a este caudal de tan difícil sistematización como es la lengua hablada? O bien, ¿será indispensable proceder ante ellos con una atención limpia de prejuicios procedentes de la tradición gramatical? Expuso también la técnica seguida por él durante los tres últimos años para, por medio de cintas magnetofónicas, tener un archivo de coloquios, términos de predominio mologuial y modismos.

Dentro de la misma Comisión, el profesor Emilio Lorenzo expuso su comunicación titulada *Un nuevo planteamiento del estudio del verbo español,* en la que pasa revista a características funcionales del presente, del pretérito perfecto, el imperfecto, el pluscuamperfecto, el pretérito indefinido, los futuros, los condicionales y el subjuntivo: «Aun prescindiendo de planteamientos de fondo —termina— hay que admitir

que dentro de los límites estrictos de lo que venimos llamando verbo, la tarea que se presenta ante nosotros es ardua, aunque llena de promesas.»

### El español literario

Sobre el español literario son varias las comunicaciones presentadas. El profesor Rafael Benítez Clarós, bajo el tema *Problemas de investigación en el español literario,* plantea la oposición entre filosofía del lenguaje y filosofía del arte considerados como dos organismos íntimamente ligados entre sí e inexcusablemente fundidos en la unidad del acto literario: «El eje principal de esta ecuación —afirma— entre idioma y estética radica de modo natural en el acto poético. Servidumbre, pues, a la lingüística y servidumbre a la estética».

Esta misma unidad nos la define Gerardo Diego como autoridad normativa de la lengua: «la poesía, a pesar de su aparente levedad, es también un firme cimiento de la unidad del castellano. Ella guarda —nos dice— el equilibrio entre lo arcaico y lo neológico. Por sus delgadas canales entra, se depura y valora toda nueva corriente, y lo que ella, con su ejemplo insigne autoriza, queda incorporado a la comunidad».

El profesor Leonida Riancolini, en su comunicación sobre los *Fenómenos armonizadores del idioma castellano,* observa, resume y concentra las características del castellano, que dan a nuestra lengua su propia armonía: «El fenómeno de la diptongación —dice— tiene en el castellano un campo mucho más amplio que en italiano. Otro elemento armonizador —afirma— es la destrucción del hiato, que disminuyó las sílabas y suavizó las palabras latinas. Tanto en el campo vocálico como en el de las consonantes latinas, Castilla acertó a limar esquinas y asperezas, evitando la pronunciación neta, enérgica, explosiva de varias consonantes iniciales e intervocálicas, sonorizando, pronunciando a medias. Diría uno que los castellanos tenían prisa y, por tanto, querían ganar tiempo y ahorrar trabajo, ya sea abreviando palabras y quitando estorbos.»

El profesor Julio César Chaves personaliza en Unamuno, a través de su comunicación, titulada *Unamuno y el porvenir del español,* el tema fundamental del Congreso. Devoción unamuniana por la lengua hasta hacerla cimiento de la hispanidad; acción y lucha incansable por la unidad del castellanohispánico, tanto en España como en América, en el que la lengua popular predomine; defensa en un momento en que todo parecía augurar un porvenir sombrío para la unidad; por los proyectados idiomas nacionales americanos; demostración del escaso volumen de los dialectalismos y americanismos en el fondo básico del

español. Unamuno, en la polémica entre Rufino José Cuervo y Valera, se decide por la posición optimista de este último, convencido de que el porvenir ha de reformar, en lugar de disgregar, el español.

Representación poética, elevación de la palabra a símbolo supremo es la síntesis que a través de la palabra poética de Leopoldo Marechal nos transmite la doctora Lila Perrén de Velardo. Palabra que significa la síntesis de lo culto y lo popular, ya que en ella adquieren categoría poética los términos usuales del campo argentino y en la que se dan a un tiempo desborde y contención; características del barroquismo de una época. «Su palabra —concluye— obedece al don de claridad y caridad que quería Pedro Salinas.»

## La unidad del español

Junto a la descriptiva indispensable para situarnos ante los problemas y características del español contemporáneo era necesario plantearse el vital problema de su unidad lingüística. Numerosas han sido las comunicaciones que desde uno y otro ángulo han ido en busca de esa fibra íntima y misteriosa que nunca sabemos cuándo ni en qué medida perderá su fuerza unitaria.

Don Vicente García de Diego nos habló de *Los malos y buenos conceptos de la unidad del castellano,* oponiendo las distintas fundiciones y contenido de la lengua culta normativa y de la vulgar, más o menos discrepante: «La lengua culta da en la literatura y en la ciencia el mayor esfuerzo de la perfección en una competencia de laboriosidad y de ingenio hacia metas estéticas y científicas; pero la lengua vulgar tiene su arte y su riqueza verbal es mayor.» La unidad del castellano español y su variedad regional forma un complejo, sin cuyo conocimiento considera imposible el entendimiento de nuestra lengua. Otro tanto sucede con la dialectología americana, si bien ésta presenta una mayor homogeneidad que la peninsular, y discrepa de ésta, dice, en una mayor estimación del lenguaje rural. Al resumir la unidad, o variedad entre castellano de España y castellano de América, estima que «las diferencias que entre ellos puedan señalarse no modifican el hecho vital de ser el mismo idioma».

Tendencia a la unidad parece ser la conclusión constante de este Congreso. Bajo el título expresivo de *Tendencias a la unificación idiomática hispanoamericana e hispánica,* Gastón Carrillo Herrera hace historia de la polémica mantenida desde la gran señal de alarma de Rufino José Cuervo hasta hoy: «Con los últimos años ha aparecido un hecho nuevo —afirma—, inusitado, que viene a agregar otro factor al cuadro general del desarrollo de la lengua en Hispanoamérica. Se

trata del crecimiento considerable que han experimentado las grandes capitales de América hispana, crecimiento que se debe mayormente a la emigración interna. Es éste —afirma— uno de los factores de la unificación idiomática.»

Manuel Muñoz Cortés, bajo el título de *Niveles sociológicos en el funcionamiento del español. Problemas y métodos,* insiste en la decisiva importancia, muchas veces olvidada por los lingüistas, de la sociología lingüística: «Desde el punto de los niveles sociológicos, hay que tener en cuenta las zonas de irradiación de la lengua normante, la mayor o menor coincidencia de sistemas, etc. En la creación cotidiana la lengua se enfrenta con situaciones varias en niveles y encuentros sociales diversos, y hay que tomar en consideración soluciones de todos esos niveles.»

La nivelación social es complementada por otra, fruto de la constante creación literaria. Este es el tema de la comunicación del profesor Alonso Zamora Vicente, titulada: *Nivelación artística del idioma.* Un nuevo ideal de lengua fundado en una común tradición va desarrollándose en los últimos tiempos: «A lo largo de los siglos XVI y XVII y aun después, en el área del español se discutía bizantinamente, y de buena fe, si la lengua común debería llamarse castellana o española, o castellana-española. Hoy esa discusión, eliminada por una razón de coincidencia cultural, se ha quedado aldeana y reducida. Hay que pensar en una lengua hispánica. Una lengua en que bajo la férrea unidad espiritual del idioma puedan cobijarse las variedades concretas que tengan más digna representación en la circunstancia histórica y espiritual que las justifica».

Nivelación es concepto que puede llegar a ser sinónimo de internacionalización. Margarita Morreale en su comunicación *El Idioma Español y la progresiva internacionalización del lenguaje (con una mirada retrospectiva hacia el Libro de Buen Amor)* encuentra las pruebas de la extraordinaria fuerza de reacción que posee y ha poseído siempre el español ante las influencias extranjerizantes. Siguen resonando las mismas palabras pegadas a la tierra de aquella vieja y burlona lengua del Arcipreste, sin que la poblada selva de los giros populares nos dé excesivos motivos de temor respecto a la unidad del castellano.

Una unidad que está bien fundada en conceptos íntimos del propio vivir hispánico, cuya oposición a los que caracterizan al más poderoso de los mundos que se oponen al castellano, es decir, el inglés, es claramente manifiesta. Este es el tema de la comunicación del doctor Jaime Ferrán, titulada *Constantes del vivir hispánico comparadas con el vivir angloamericano,* tema que ha venido interesando más «a medida que ha sido debidamente acotado por la inicial exégesis his-

pánica, procedente de la Península o de las naciones hispanoamericanas.»

Oposición anglo-española, siempre cargada de amenazas para nuestra pureza idiomática, según muestra en su comunicación sobre *Anglicismos, galicismos y barbarismos de frecuente uso en Colombia*, el doctor Oscar Echeverri Mejía, y para cuya vigilancia y contención siempre serán pocos los esfuerzos que las Academias, a ejemplo del informe que el doctor Echeverri hizo al Congreso, realizan.

## Las características esenciales

Un conjunto de comunicaciones de tema estrictamente filológico buscan rasgos o diferenciaciones que puedan ayudarnos a caracterizar mejor, que es tanto como comprender mejor el nervio fundamental de nuestra lengua.

El profesor Alvaro Galmés de Fuentes analiza la difícil frontera entre dialecto y lengua general. Especialmente en su repercusión a través de los propios hablantes «para reducir sus posibles interferencias y consecuentemente sus efectos en orden a la unidad o diversificación del idioma». «El carácter dialectal de un idioma se manifiesta primordialmente por el sentimiento de inferioridad de quien lo practica» y después por «la estimación que considera las formas autóctonas dialectales como más arcaizantes o antiguas que las de la lengua general.» Esto no obstante, afirma que lengua general y dialecto viven en una mutua y benéfica interdependencia, tanto en España como en América: «Si los modismos regionales de aquí y de allá permanecen en su esfera, sin tratar de suplantar en su conjunto a la lengua general, podrán ser fuente inapreciable de la lengua literaria.»

Desde sus orígenes, la lingüística moderna, según afirma el profesor Friedrich Schürr, está basada en el principio de la comparación. Comparación en el sentido geográfico e histórico, por lo cual fué posible ilustrar la originaria unidad o, mejor dicho, coherencia de lenguas geográficamente separadas pero afines, y establecer, por ejemplo, la gramática comparada de las lenguas indoeuropeas y, de otra parte, comparando fases diversas de una misma lengua, ilustrar su evolución. Fundado en esta base teórica, el profesor Schürr estudia los dos fundamentales fenómenos de *La inflexión y la digtongación del español en comparación con las otras lenguas románicas*, logrando establecer un sistema coherente de comparaciones y la indudable eficacia del método comparativo aplicado a los antiguos fenómenos comunes a las lenguas románicas.

La fonología ha tenido a lo largo del Congreso una activa presen-

cia. El profesor Emilio Alarcos, en su comunicación, estructura las fundamentales oposiciones fonológicas del castellano. Destaca la gran unidad del sistema, «a pesar de la enorme extensión geográfica de habla española» y de hallarse «fragmentada en casi dos docenas de entidades políticas independientes». Destaca asimismo la sencillez del vocalismo castellano, que hace posible el que «sus cinco vocales permanezcan fijas desde el Pacífico hasta el Mediterráneo». Respecto del sistema consonántico, menos unitario, bifurcado al pasar del sistema medieval al moderno en dos resultados: consonantismo castellano y consonantismo meridional, estima que la presencia de estos dos sistemas en áreas bien delimitadas es la cuestión decisiva para el futuro de nuestra lengua y principalísima en la configuración de métodos de enseñanza: «La enseñanza del castellano debería estar en manos de personas de mayor formación fonética de la que habitualmente poseen los maestros nacionales.»

También sobre un importante problema fonológico, el de la juntura en sus varias formas, trata el doctor Antonio Quilis: «Opinamos —dice— que en español no existe la juntura interna abierta; nuestra lengua tiene una característica —en cuanto lengua románica— que la diferencia de las lenguas en las que se ha probado su existencia —inglés o alemás, por ejemplo—. Esta peculiaridad consiste en la tremenda fluidez con que se enlazan los fonemas en el grupo fónico. Una prueba de este entrelazamiento de los elementos fónicos que conforman la cadena hablada es la falsa separación de palabras que, cuando no las conocen, realizan al escribir al dictado los extranjeros, y que comprobamos a diario en nuestros cursos.» Un detallado análisis de los fonemas vocálicos y consonánticos desde el punto de vista fonético y de sus consecuencia fonológicas completa su comunicación.

### Andaluz y español de América

Ha vuelto, con una nueva resonancia, la antigua controversia sobre el andalucismo de América, que al cabo de un breve paréntesis ha pasado al primer plano en el tema de la división geográfica y de la caracterización de nuestro idioma. El profesor Rafael Lapesa, en *El andaluz y el español de América,* estudia los varios caracteres comunes al Mediodía español e Hispanoamérica: «Las tres premisas en que se apoyaba la postura antiandalucista respecto del seseo americano han perdido toda validez. No cabe duda —concluye—, respecto al origen andaluz, de los rasgos más peculiares de la pronunciación americana: el más general, el seseo; muy probablemente, el yeísmo; seguros, aunque no generales en América, la confusión de r y l finales, la

aspiración de la s final y la sustitución de j por h aspirada. Todos, salvo el seseo, propios en España no sólo de Andalucía, sino de otras regiones meridionales, sobre todo Extremadura. No supone esta afirmación que las otras regiones españolas ni los elementos procedentes de las lenguas indígenas no hayan participado en la formación de la fuerte personalidad del habla hispanoamericana. Pero obliga a dejar a un lado la oposición entre español de España y español de América; al menos por cuanto a la fonética se refiere, sería más exacto la división entre español castellano y español atlántico.»

La propagación social y geográfica de la fonética andaluza es también el tema que estudia Gregorio Salvador en su comunicación, advirtiendo que no es una, sino múltiple, según aparece documentada en el Atlas lingüístico-etnográfico de Andalucía, llegando a formar un intrincado mosaico de variantes y matizaciones fónicas. Destacan, no obstante, cuatro o cinco fenómenos más generalizados, llegando a la conclusión de que «lo característico del andaluz no es sólo andaluz, y que aquello que puede resultar sólo andaluz lo es de un modo tan limitado y tan fragmentario, que no tiene valor caracterizador». «Nos quedan como rasgos generalizados —añade— la aspiración de s implosiva, con toda la serie de asimilaciones y transformaciones vocálicas y consonánticas a que da lugar; la pérdida de la *d* intervocálica, la neutralización de l y r en la distensión silábica y el yeísmo. Nada más.» La moda andaluza que aparece en distintas épocas, termina, sigue en vigor: «Andalucía usufructúa la representación de España, y su pronunciación sigue ganando terreno.»

## El español y las lenguas indígenas

No podía faltar en un Congreso sobre situación y porvenir del español el apasionante tema de la lucha y fusión de lo hispánico y lo indígena en América. Han sido varias las comunicaciones que de un modo o de otro se infiltran por la difícil investigación de estos hechos. El profesor Angel Rosemblat, bajo el título *La hispanización de América. El castellano y las lenguas indígenas desde 1492,* pasa revista al largo proceso de castellanización de América, que se inicia el 12 de octubre de 1492 y que no ha terminado después de cuatrocientos setenta años. En todas partes de América, en los siglos de colonización, hubo españoles que se incorporaron a la vida indígena, aprendieron la lengua de los indios y sirvieron de intermediarios. «Esta indianización del español es uno de los aspectos más novelescos de la historia americana de los primeros siglos.» Pero hay un factor decisivo en el profundo conflicto hispano-indio: la evangelización. En toda la pri-

mera época se hizo la predicación por medio de intérpretes, pero los misioneros comprendieron que esa situación no podía prolongarse, y decidieron acercarse a los indios en sus propias lenguas, entregándose a su aprendizaje en una portentosa labor lingüística. Incluso fueron eficacísimos propagadores de lenguas generales, como el quechua o el nahuatle o el tupa-guaraní. El español iba quedando marginal, si bien las autoridades políticas españolas no coincidían con el criterio misionero. Por una extraña contradicción, el absolutismo de Felipe II fué liberal en materia lingüística; en cambio, la política de Carlos III decidió imponer una hispanización rápida, por vía escolar. El mestizaje es factor, finalmente, decisivo en la hispanización americana. En líneas generales, la llamada atomización lingüística americana favoreció la imposición del español, única lengua verdaderamente general. Hispanización que continúa y penetra hoy en los más profundos reductos indígenas.

El doctor Marcos Morinigo llega a unas claras conclusiones en torno a un aspecto fundamental del mismo tema: «La penetración de los indigenismos americanos en el español, la historia de este hecho, las lenguas americanas, que en contacto con el español le ofrecieron materia léxica; los indigenismos en la literatura peninsular y americana en el pasado y en el presente; los indigenismos en la lengua viva y en los diccionarios», es el título y a la vez el resumen de su comunicación. «Las lenguas indias —dice en ella— constituyen una fuente importante de nuestro léxico, y mezcladas desde el comienzo de la colonización a la lengua general, viven en el español americano hablado. No obstante que los diccionarios falseen a menudo esta situación incorporando muchas voces que en realidad no han pasado nunca al uso común. La colonización lingüística que España realizó en el Nuevo Mundo —concluye— es el único tipo de colonización que crea lazos indestructibles.»

Unos lazos que se extienden por toda América y que en ningún caso aceptan el peligro de la disociación. El profesor Bertil Malmberg, bajo el tema *Tradición hispánica e influencia indígena en la fonética hispanoamericana,* estudia la diferenciación dialectal de la América española vista desde el plano vital de la fonética y reconoce que la tradición hispánica está ilustrada, sobre todo, por el hecho de que las diferencias dialectales en América española son en realidad insignificantes. No comprometen en ningún caso la comprensión. Y hay más, concluye: «el mundo hispánico entero está caracterizado por una comprensión general y absoluta, en la que ni siquiera las particularidades del judeo-español, aislado durante casi quinientos años, hace excepción».

Vitalidad, excepcional resistencia y capacidad de penetración son virtudes del castellano, que aparecen reconocidas en cuantas comunicaciones vamos revisando. El profesor Antonio Tovar, *Español y lenguas indígenas: algunos ejemplos,* se sitúa ante el proceso de sustitución de una lengua indígena por otra, colonizadora y absorbente. Un proceso que no se realiza de modo repentino ni total, quedando siempre zonas marginales de contacto, incluso formándose unas lenguas mixtas en medida mucho mayor de lo que se suele creer. Tal ocurre con el llamado bilingüismo guaraní-paraguayo, que ya en los mediados del siglos XVIII era objeto de mofa de parte de los cronistas de la Compañía de Jesús, quienes afirmaban que únicamente en las misiones se hablaba guaraní castizo: «Nos faltan descripciones de estas humildes lenguas mixtas; nadie ha estudiado con interés las coplas en que alternan español con quechua, ni las formas en que conviven español y nahuatle. Su destino parece humilde, pero la historia futura es poco previsible, y no sabemos si en ella se determinará lingüísticamente el destino de territorios grandes o pequeños.»

## La previsión del futuro lingüístico del español

Sin duda, junto a los rasgos caracterizadores de la lengua presente y de sus estructuras y características fundamentales, hay multitud de indicios expresivos de la evolución que en un plazo más o menos prudencial cabe prever para el español en su inmensa geografía. Varios de estos aspectos concretos han sido objeto de un fundamental grupo de comunicaciones presentadas al Congreso. El profesor Dámaso Alonso, situado ante la alternativa de una vigilancia o una pasividad ante esa evolución inevitablemente incierta de nuestra lengua, se decide por una positiva y esperanzada acción. Su tema *Para evitar la diversificación de nuestra lengua (con especial atención a los problemas que plantea el léxico),* encierra un proyecto muy concreto, que es el de la creación de una oficina hispánica de vigilancia de nuestra lengua común; que atienda a la vigilancia del idioma y resuelva sus problemas de urgencia. Sobre unos principios que sin duda han sido denominador común del Congreso; es decir, el respeto para todas las variedades nacionales, el mantenimiento del *statu quo* actual, la difusión de la cultura como único elemento refrenador de las quiebras fonéticas y sintácticas ya existentes, funda el profesor Dámaso Alonso su iniciativa. Que, por cierto, sale al paso de una idea que suele ser frecuente entre lingüistas: la de que la diversificación en materia de léxico no es peligrosa para la unidad de la lengua. Los ejemplos que aduce para demostrar lo contrario son patentes en el campo del eufe-

mismo. Las voces malsonantes, con su molesta incomprensión; los procesos no coincidentes de sexualización y desexualización de nuestra comunidad idiomática; las pérdidas para el léxico por degradación de algunas voces; los neologismos surgidos por necesidad de la vida moderna, con su evidente peligro de diversificación. Son todos ellos peligros de fragmentación, desorden inútil, que trastornan nuestro tesoro común. El profesor Dámaso Alonso concluye pidiendo al Congreso «la fundación de un sencillo organismo internacional en el que cada uno de los países hispanohablantes estuviesen o pudiesen estar, en principio, representados con igualdad de derechos, cuya misión fuera el mantenimiento, en lo posible, del actual *statu quo* idiomático hispánico. Tendría varias funciones, pero quizá la principal y la que podría ser más eficaz sería la de evitar la diversificación del léxico relativo a los nuevos géneros de vida. En este caso del léxico moderno tenemos una gran ventaja: en estas voces apenas podrá encontrarse o existir matices de afectividad ligados a peculiaridades nacionales (como se dan en el léxico en tantos otros casos); las voces para designarlos pueden ser de origen meramente intelectual, y elegidos por común acuerdo, no habría pique ni disensión alguna entre nosotros». La proposición planteada por el profesor Dámaso Alonso fué recogida por el Congreso e incorporada a la Oficina Internacional de Información y Observación del Español, en la que funcionará, de acuerdo con su propuesta, una Comisión Internacional de Urgencia, que en estrecho contacto con la Asociación de Academias complemente la acción de éstas, ejerza una discreta acción previsora y facilite una exacta información sobre nuestra lengua actual y sobre sus tendencias.

Como una confirmación de la enorme trascendencia que para el porvenir de nuestro idioma suponen los tecnicismos, absolutamente inevitables en el continuo desarrollo de la ciencia moderna, el profesor Samuel Gili Gaya, dentro del tema *El lenguaje de la ciencia y de la técnica,* revisa una selección de los más peligrosos barbarismos que en uno u otro punto de la geografía hispánica van logrando penetrar. Naturalmente, afirma: «Por grande que sea la base común que nos dan el latín y el griego para formar neologismos, queda siempre un caudal importante de tecnicismos extranjeros, para los que la solución más recomendable es la traducción. Tarea difícil, pues ya se sabe que pocas veces se traduce sin residuo, porque la identidad de significados es rara. El tecnicismo tiene en la lengua de origen una significación precisa, que debe ser traducida también en la forma más precisa posible. Por esto el traductor, además de conocer con profundidad los dos idiomas, debe ser especialista en la materia de que se trate.»

Confirma el profesor Gili Gaya la necesidad, ya expuesta por Dámaso Alonso, de una vigilancia activa y bien organizada internacionalmente de estas voces y el asesoramiento a entidades científicas e industriales.

### Un proceso lingüístico en marcha

Con este título presentó su comunicación el profesor Salvador Fernández Ramírez, íntimamente ligado a los problemas académicos de nuestra gramática y en magnífica posición para observar las tendencias íntimas que orientan el futuro sintáctico de la lengua. Uno de los hechos que pueden servir de índice para conocer el nuevo rumbo corresponde, según él, al inestable campo de los pronombres, en el que las categorías de persona y cosa juegan y se oponen, dando a nuestra lengua castellana una de sus principales características: «¿Cómo y por dónde —se pregunta Fernández Ramírez— llegará esa anhelada unificación entre España y América en el terreno pronominal, que sin duda es el punto más activo de diferencias y particularizaciones?» Observa que hay una gran inestabilidad en las construcciones pasivas con se, situadas en el punto clave de la oposición entre persona y cosa, y quizá con el peligro de desplazarse exclusivamente a uno de los extremos. «Lo cierto —termina— es que la lengua española ha entrado en este punto en un período de gran actividad», y añade: «Todo lo daríamos por bien empleado si el resultado final contribuyera a la unificación del idioma.»

Sobre un punto de polémica ya tradicional entre los gramáticos españoles, aun cuando en uno de sus aspectos menos estudiados, desarrolla su comunicación, titulada *El gerundio de posterioridad,* el profesor Antonio Badía Margarit. Estudia en ella las influencias extranjeras, la estructura, los problemas históricos y etimológicos que plantea, y llega a una interesante conclusión respecto al uso moderno, no enteramente conforme con la norma tradicional: «Teniendo en cuenta —concluye— su papel en la estructura del verbo, el carácter habitual de sus empleos en la lengua de hoy, su antigüedad y su tradición en la historia del idioma, y su posible origen en una lengua que tanto ha contribuído a moldear la personalidad de la nuestra, quizá no carecería de fundamento que los altos organismos competentes estudiasen la conveniencia de revisar los preceptos normativos hoy vigentes sobre el gerundio de posterioridad.»

### La enseñanza del español

Junto a los dos grandes temas tratados en el Congreso, es decir, la situación y la unidad lingüística, no podía faltar el estudio de las

condiciones y características que orientan su enseñanza, tanto en el campo de los países hispanohablantes como el cada día más amplio de la enseñanza para extranjeros. El profesor Manuel Seco pasa revista en su comunicación sobre *El idioma y su metodología en la enseñanza media española* a los problemas que plantea la actual organización de los estudios oficiales del español en España. La sucesión de planes de enseñanza en los que el estudio de la lengua pasa de unos a otros cursos nos lleva a una conclusión nada favorable: «Nuestra asignatura —lengua y literatura española—, a pesar de ser considerada una de las más importantes y formativas, ha sido eliminada totalmente de dos de los seis cursos de bachillerato, si bien es verdad que ha sido intensificada en tres de los cuatro supervivientes. Los problemas que afectan a los métodos didácticos, la formación de profesores y la rutina que quita valor al carácter eminentemente práctico del estudio de la lengua necesitan soluciones urgentes.» No obstante, destaca en la comunicación «el gran acierto de los nuevos programas el haber puesto el acento en la explicación de textos en la que es preciso vencer dos máximas dificultades: una, las lecturas que el programa oficial impone; otra, la casi absoluta carencia de libros orientadores sobre el comentario expuesto».

La enseñanza del español para extranjeros tiene, naturalmente, muy diversos planteamientos, según haya de dirigirse a unos alumnos de habla familiar con el español, como puedan ser los brasileños o italianos, o cuando se trate de alumnos de lengua absolutamente dispar. El profesor Celso Ferreira da Cunha estudia *O ensino superior de lingua e literatura espanhola no Brasil.* Confronta los antiguos sistemas con el actual y llega a la conclusión de que este último evita la atomización de materias y permite, consecuentemente, el estudio profundo de la lengua propia y de una lengua extranjera, así como la de sus respectivas literaturas. En resumen, afirma: «El español y su literatura serán en adelante estudiados con mucha mayor intensidad, pudiéndose llegar así a la creación de un verdadero hispanismo brasileño, que a su vez redundará en gran beneficio para el país, tan íntimamente ligado a los problemas de la lengua y de la cultura hispánica».

En Italia, los «problemas de enseñanza y estudio del castellano», estudiados por el profesor Guido Mancini, presentan la mayor dificultad, y su solución respecto de todos los que atañen a la enseñanza de las lenguas y literaturas extranjeras: «Sería casi ingenuo buscar las causas de esta complicada confusión en motivos ocasionales o inmediatos; hace falta —dice— investigar, objetiva y animosamente, las razones más escondidas, tal vez, pero más exahustivas que se han

opuesto a la rápida difusión del estudio del español en Italia.» Hace historia de las antiguas relaciones culturales entre los dos países y del extenso intercambio literario y crítico tradicional, haciendo notar que no corresponde con la real situación de los estudios del castellano, en el que los mayores resultados se han obtenido en el ambiente universitario, compensado, desgraciadamente, por la escasez de cátedras en las escuelas secundarias y la falta de demanda de especialistas en español por parte del ambiente cultural y económico italiano. Quizá la convicción de ser el español una lengua muy fácil para los alumnos italianos sea un obstáculo de carácter psicológico para interesar al cada vez menor número de sus estudiantes.

Una *Vista panorámica de las últimas tendencias en la enseñanza del español en las escuelas norteamericanas* es el propósito de la comunicación del profesor Lloyd Kasten, en la que se pone bien de manifiesto el interés por los métodos orales impuestos después de la última guerra, así como las concretas finalidades que en este mismo tiempo tuvo la dirección general del programa lingüístico, dirigido especialmente a entrenar grupos de soldados: adquisición de un acento correcto, habilidad para hablar bien en las varias situaciones en que un soldado pudiera encontrarse, conocimiento de los patrones estructurales básicos de la lengua extranjera, aprendizaje de un considerable vocabulario práctico. Así, se organizaban las clases en grupos de veinte para poner en práctica el procedimiento llamado *mimicry memorizing*, es decir, imitación y memorización. No obstante, veinte años más tarde el cuadro ha cambiado, debido especialmente a los avances en el campo de la grabación magnetofónica y de las tácticas audiovisuales. Hoy, en general, se emplean una serie de máquinas en cabinas conectadas con la máquina principal en la mesa del profesor, que permiten un sinfín de usos pedagógicos. Sobre el papel de la lingüística estructural en la enseñanza, que es el punto de gravitación en la polémica sobre la enseñanza en los Estados Unidos, el estudio del español ocupa un plano preferente: «Tal vez una parte de este interés derive del hecho de que un buen número de los estructuralistas son a la vez especialistas en español. De todo lo dicho se desprende —concluye el profesor Kasten— que existe en los Estados Unidos un interés muy marcado en los estudios hispánicos, resultante de una política de comprensión de todo lo español, que, por una parte, arranca de la proximidad de un gran número de países descendientes culturales de España, y por otra, de la existencia, dentro de los límites del país, de una considerable población de origen hispánico.»

Y no falta la referencia más extrema, al menos geográficamente, la *Actualidad de orientación para la enseñanza del español en el Japón,*

expuesta por el profesor Makoto Hara, nos sitúa ante una extraordinaria popularidad del español en este país, después del inglés y antes del francés: «En las Universidades japonesas, en las que es obligatorio aprender, por lo menos, dos lenguas extranjeras, la mayor parte de los universitarios eligen el inglés como primera lengua, y el español o el francés como segunda.» Sobre el problema vital de los profesores y de sus métodos de enseñanza, observa que «la mayor parte de ellos no hacen caso de lo importante que es la enseñanza de la pronunciación española, porque creen que es muy fácil para nosotros los japoneses»; compara en la segunda parte de su comunicación el sistema fonológico del japonés con el del español, que demuestran hasta qué punto los estudiantes japoneses hablan el español con una entonación japonesa que, si bien tiene muchos puntos de correspondencia, presenta en el fondo una fundamental diferenciación.

## La terminología lingüística

Intimamente unido al problema de la enseñanza está el de la unificación terminológica en el campo gramatical, ya que la diversidad supone un obstáculo más para el estudio, especialmente en los primeros grados de la enseñanza. Varias comunicaciones y una Comisión especialmente dedicada a su estudio ha sido la labor del Congreso a este respecto. El profesor Fernando Lázaro Carreter estudia los *Problemas de terminología lingüística*, estableciendo, ante todo, la diversidad de un planteamiento, según atienda a la investigación o la docencia, estimando que en esta última la solución es mucho más urgente. Piensa igualmente en la correlación entre la estructuración lingüística y su envoltura terminológica. Por otra parte, dice: «La complejidad del lenguaje permite su enfoque desde puntos de vista distintos, complementarios y hasta incompatibles.» «En definitiva, discutir los términos supone discutir las realidades que designan.» En cualquier caso estima que una nomenclatura unificada ha de reunir por lo menos tres condiciones: 1.ª Que dentro de su sencillez sea, en la medida de lo posible, científicamente verdadera. 2.ª Que dicha nomenclatura esté formada, siempre que sea hacedero, por términos válidos también para el estudio de otras lenguas. 3.ª Que cuando un término nuevo no merezca adhesiones cualificadas, se mantenga la terminología tradicional. «La Comisión terminológica tendrá que habérselas —concluye— con importantes zonas de la Gramática poco transitadas, si no es que de antemano limita su ambición a cosechar un breve manojo de eventualidades y a correr el riesgo de que se le cuelen entre los dedos errores inveterados.»

El profesor Bernard Pottier, tratando sobre el mismo tema, es decir, *Terminología gramatical,* estima que «cualquier reforma de la terminología gramatical en la enseñanza supone un detenido estudio lingüístico preliminar.» Su estudio, orientado hacia las posibilidades de incorporar con intención pedagógica los conceptos y terminologías estructurales, se detiene ante la necesidad de que se llegue a un acuerdo previo y, sobre todo, limitado a posibilidades de definición lingüística suficientemente generales y coherentes. Acompaña a su documentación un esquema de los posibles niveles en el estudio de la lengua y una definición esquemática del signo lingüístico. El carácter eminentemente práctico de los problemas terminológicos en la enseñanza tuvo en la Comisión destinada a su estudio un reflejo claro: la creación de una Comisión internacional destinada a unificar, dentro de lo posible, la terminología gramatical española y que en el plazo de un año habrá de dar resultado de sus conclusiones e informe para su reconocimiento oficial.

## La Oficina Internacional de Información y Observación del Español

La eficacia de una reunión de tanta amplitud como la convocada por el Instituto de Cultura Hispánica depende en gran parte de los resultados concretos y, sobre todo, de que se continúe y perfeccione su labor. El estudio de la situación del español no es cuestión que pueda quedar incompleta ni en su perspectiva geográfica ni en la extensión de sus datos; otro tanto sucede con la observación de los múltiples fenómenos evolutivos de la lengua contemporánea. Son temas que exigen atención permanente y continua, no esfuerzos aislados. Con esta finalidad fué creada la Oficina Internacional de Información de Observación del Español, cuya ordenación fué aprobada por el pleno del Consejo; en él se dispuso que sus miembros, constituídos en forma de asociación, representarían todos los niveles superiores relacionados con el estudio y enseñanza del español, considerando que, como tarea principal, tendría la de preparar las actas definitivas del Congreso, complementando sus resultados; el ordenar y clasificar las personas, centros y publicaciones relacionados con el estudio, la enseñanza y difusión del idioma dentro y fuera de los países de habla hispánica; poner al día la situación de los estudios sobre geografía lingüística, español hablado y español básico; preparar, en fin, los futuros congresos de lengua española. Estrechamente vinculados a esta oficina se acordó la creación, de acuerdo con el proyecto presentado por el presidente del Congreso, don Dámaso Alonso, de una

Comisión internacional de urgencia que informará sobre los tecnicismos y demás neologismos de la vida moderna, complementando y facilitando la acción de las Academias de la Lengua.

### Notas finales

Los resultados de una reunión tan extensa como la convocada por el Instituto de Cultura Hispánica no pueden resumirse con la corta perspectiva de unos días ni quizá de unos meses. Poco a poco iremos experimentándolos, a veces inconscientemente, en multitud de actitudes y orientaciones, que tendrán su verdadera fuente en este intercambio. Sin duda, por la significación particular de los asistentes, tanto como por ser reflejo de todas las variantes castellanas, ha sido esta Asamblea una verdadera expresión del actual pensamiento filológico hispano.

A lo largo de las setenta comunicaciones presentadas hay varias notas comunes que no parecían, en principio, tener un asentimiento tan general. Había temor, un fundado temor, ante la exploración y el diagnóstico de nuestra lengua. Temíamos que quedase manifiesto algún peligro incurable de disociación. Ha sido extraordinaria y grata la sorpresa ante unos datos y unos juicios que, salvo la inevitable contrapartida, acusan una decidida marcha hacia la unidad. Y también hemos sido testigos de un hecho de sintomática importancia. No ha habido polémica alguna entre autoridad central y regionalismo; nadie ha pretendido ocupar la autoritaria tribuna de la lengua, quizá porque tampoco nadie ha tenido deseo de destruirla.

Cabe añadir otros varios rasgos más o menos imprevistos de este Congreso. Quizá el más positivo, y de más amplias perspectivas, haya sido el gesto de franca y cordial invitación por parte de maestros y académicos hacia las nuevas generaciones universitarias; hemos podido comprobar que nadie desea monopolios a la hora de colaborar en la decisiva empresa de limpiar y fijar el idioma. Ante la coincidencia en las grandes líneas teóricas y en el interés por conservar la unidad lingüística, todas las otras diferencias han quedado en sombra. Sin duda, al final de este Congreso, puede afirmarse que la enorme familia que hoy constituye la filología hispánica no tiene ningún grave motivo de discordia. Hace medio siglo no hubiéramos podido decir lo mismo.

**Manuel Criado de Val**

# EL MERCADO COMUN Y SU REPERCUSION EN EL AREA IBEROAMERICANA

Entre los días 5 y 12 de junio de 1963 se ha celebrado en Madrid una reunión que, bajo el título genérico de Congreso de Instituciones Hispánicas, ha concentrado en nuestra capital a gran número de personalidades de la economía, sociología y filología de España y de nuestros pueblos hermanos de América.

De estas reuniones tuvo una importancia manifiesta, por el amplio impacto que la agenda podía producir en las actuales coyunturas socio-económicas, la que bajo el título «Tema III: Economía: El Mercado Común Europeo y su repercusión en el área iberoamericana», ha reunido en la sede de la Cámara Oficial de Industria a gran cantidad de autoridades en esta materia, que han asistido a título personal y en calidad de miembros titulares unos y observadores otros, con independencia de los gobiernos, organizaciones o instituciones a los que pertenecen.

De esta forma han intercambiado sus ideas nacionales de Argentina, Bolivia, Brasil, Colombia, Costa Rica, Chile, Ecuador, España, Estados Unidos, El Salvador, Francia, Guatemala, Honduras, Méjico, Nicaragua, Paraguay, Perú, Portugal, Uruguay y Venezuela, y funcionarios de las organizaciones iberoamericanas o interamericanas como la ALALC, CEMLA, CEPAL, OEA, etc.

En la primera sesión plenaria, celebrada el día 6, se aprobó la agenda general de la reunión, cuyo tema central sería el «Mercado Común Europeo y su repercusión en el área iberoamericana». No obstante se acordó que durante las reuniones de las distintas comisiones de trabajo podría tratarse de cualquier tema de carácter económico que consideraran de interés los participantes. En esta misma reunión se discutió el Reglamento por el que se regirían las reuniones de trabajo, aprobándose con algunas enmiendas el proyecto presentado por el Instituto de Cultura Hispánica.

Uno de los acuerdos más importantes tomados en esta reunión fué la constitución de seis comisiones de trabajo, cada una de las cuales estudiaría un tema concreto de la agenda general conectado directamente con el estudio que era objeto principal de la reunión.

Estas comisiones son las siguientes:

I Comisión: *Problemas estructurales del desarrollo económico.*
II Comisión: *Recursos humanos.*
III Comisión: *Problemas financieros.*
IV Comisión: *Problemas comerciales.*
V Comisión: *Ayuda y asistencia técnica y cooperación industrial y agraria.*
VI Comisión: *Otros aspectos de la cooperación económica.*

Por último se eligió la Mesa directiva de toda la reunión y las Mesas directivas de cada una de las comisiones, nombrándose asimismo los servicios técnicos adscritos a cada una de ellas.

Estas Mesas y las relatorias se compusieron de la siguiente forma:

## Mesa directiva de la reunión

Presidente: don Galo Plaza, Ecuador.
Copresidentes: don José Antonio Moreno González, Paraguay; don Carlos Mantero, Portugal.
Secretario general: don Manuel Fuentes Irurozqui, España.

## Mesa directiva de la Comisión I

*Problemas estructurales del desarrollo económico*

Presidente: don Charles Edgar Moritz, Brasil.
Copresidente: don Juan Sánchez Navarro, Méjico.
Secretario: don Carlos Humberto Matute, Honduras.

## Mesa directiva de la Comisión II

*Recursos humanos*

Presidente: don Manuel Trujillo Venegas, Colombia.
Copresidente: don Guillermo MacLean, Bolivia.
Secretario: don Néstor Osvaldo Galán, Argentina.

## Mesa directiva de la Comisión III

*Problemas financieros*

Presidente: don Germán Picó Cañas, Chile.
Copresidente: don Alfonso Martínez Rivero, Venezuela.
Secretario: don Eduardo Montealegre, Nicaragua.

### Mesa directiva de la Comisión IV

*Problemas comerciales*

Presidente: don José Gómez Gordoa, Méjico.
Copresidente: don Gustavo Navarro y A. de Celada, España.
Secretario: don Carlos Ons Cotelo, Uruguay.

### Mesa directiva de la Comisión V

*Ayuda y asistencia técnica y cooperación industrial y agraria.*

Presidente: don César Belaunde Guinassi, Perú.
Copresidente: don Antonio Arnaldo Gómez Taveira, Brasil.
Secretario: don Gustavo Romero Kolbeck, Méjico.

### Mesa directiva de la Comisión VI

*Aspectos diversos de la cooperación económica*

Presidente: don Jorge Peirano Facio, Uruguay.
Copresidente: don Luis Dobles Sánchez, Costa Rica.
Secretario: don Salvador Toledo Morán, Guatemala.

### Relatores

Para la Comisión I: don Manuel Ortiz Serrano.
Para la Comisión II: don Manuel Gómez Reino.
Para la Comisión III: don Armando Alvarez Couceiro.
Para la Comisión IV: don Serafín Piñeiro Fernández.
Para la Comisión V: don Carlos Quesada García.
Para la Comisión VI: don Francisco Vigil Alvarez.

Las discusiones ya orientadas a través del título general, bajo el que se reunían las distintas comisiones, fueron encauzadas, en primer término, por la ponencia que sobre el tema general del «Mercado Común Europeo» redactó el Departamento de Información del Instituto de Cultura Hispánica a través de su servicio de «Documentación Iberoamericana». A esta ponencia se unió otra gran lista de ellas, tanto orales como escritas, cuya relación sería prolijo enumerar.

Después de celebrada la primera sesión plenaria y constituídas las seis comisiones de trabajo, comenzó en realidad el verdadero trabajo del Congreso, de cuya efectividad dan constancia las actas de las

reuniones de las seis comisiones y el documento final, síntesis de semana y media de largas y fructíferas conclusiones.

Las reuniones de trabajo en las seis comisiones se caracterizaron por el gran interés de los señores participantes y por la gran cantidad de acuerdos conseguidos en ellas, acuerdos hechos posible a lo largo de treinta excelentes reuniones de trabajo, cuyas incidencias vamos a exponer.

La Comisión I, sobre *Problemas estructurales del desarrollo económico,* celebró su primera sesión el jueves 6 de junio, a las seis de la tarde, bajo la presidencia de don Charles Edgar Moritz, la copresidencia de don Juan Sánchez Navarro y actuando de relator don Manuel Ortiz Serrano.

Se partió de la consideración inicial de la amplitud del tema asignado a la Comisión, conviniéndose en la necesidad de seleccionar, dentro de su amplio contenido, una serie de temas que, siendo de límites más definidos, comprendiesen la iniciación de tratamiento que presuponía el título general, acordándose la formulación de los tres siguientes:

Tema I: Problemas que enfrenta el desarrollo integrado de Iberoamérica.

Tema II: Política para acelerar el crecimiento e integración económicos de Iberoamérica.

Tema III: La participación del sector público y del sector privado en el proceso de desarrollo. La planificación económica.

En principio se había acordado la inclusión de un tema más, el IV, cuyo título aproximado hubiera sido: «Complementariedad en el desarrollo de Iberoamérica y de Europa occidental, especialmente España y Portugal», tema que quedó como directriz general o punto de continua referencia en el tratamiento de los tres temas aprobados.

Con el objeto de preparar un desarrollo de estos tres temas para, en forma de programa, ser, en su caso, aprobado por la totalidad de la Comisión de trabajo en su sesión del mismo viernes 7, a las seis de la tarde, la Comisión designó una Subcomisión encargada de este particular.

Al día siguiente, viernes, la Subcomisión designada quedó reunida, acordándose proponer para su aprobación el siguiente temario:

Tema I: Monoexportación y productos primarios.

Tema II: Los bajos niveles de ingreso impiden una más intensa formación de capital que produce estrangulamientos en relación con las infraestructuras que requieren los sectores productivos y con las inversiones sociales: vivienda, educación y salud pública. Ingreso y consumo en la población rural y marginal urbana.

Tema III: Las altas tasas de incremento de población, promedio 2,6. Ello agrega un factor que agrava la situación de crisis. Crecimiento demográfico en relación con el crecimiento de las oportunidades de empleo.

Tema IV: Fuga de capitales. Causas y valoración del fenómeno. Comisión III.

Tema V: Problemas de educación fundamental. Problemas de educación tecnológica.

Esta Comisión continuó sus reuniones el día 7 por la tarde, el sábado día 8 por la mañana y el lunes día 10 también por la mañana, obteniéndose de su trabajo las conclusiones siguientes, que con carácter de recomendación presentaron a la sesión plenaria final de la reunión económica.

*Conclusiones al tema I: «Problemas que enfrenta el desarrollo integrado de Iberoamérica»*

Primera. Se concluye en la necesidad de impulsar, en los países del área iberoamericana, la diversificación de las exportaciones, tanto como los acuerdos internacionales, que eviten las fluctuaciones bruscas en los precios de los productos básicos del área, a cuyo efecto se recomienda dar la máxima urgencia a la realización de los esquemas de integración económica iberoamericana, a objeto también de reducir los pagos sobre otros mercados y aumentar las fuentes de trabajo para observar la demanda de empleo originada por el rápido crecimiento de la población.

Segunda. Estimular la inversión de capitales extranjeros para que participen en el proceso de desarrollo económico de Iberoamérica y participen de las ventajas del desarrollo económico continental. A este objeto se recomienda la creación de empresas de carácter mixto, formadas por capitales nacionales y extranjeros. Todo ello dentro del marco legislativo e institucional de cada país y dando preferencia a las inversiones destinadas a producción de manufacturas.

Tercera. Dar especial impulso a la exportación de productos manufacturados. A este efecto, los países iberoamericanos deberían negociar con los Estados Unidos de América y con Europa la rebaja o supresión de las barreras aduaneras.

Cuarto. Perfeccionar las actividades agrícolas con objeto de lograr que los hombres dedicados a estas tareas puedan incorporarse plenamente a un sistema económico de altos rendimientos y mayores ingresos. Igualmente crear, a través de un fuerte desarrollo industrial, las fuentes de trabajo urbano que se requieren para ocupar a los exce-

dentes de población agrícola procedentes de la racionalización de aquellas actividades.

Quinta. La Comisión estima que ninguno de estos objetivos podrán ser alcanzados plenamente sin una intensa labor educacional en todos los niveles, que dé a las nuevas generaciones la preparación que exigen los sistemas económicos más avanzados propuestos en los puntos anteriores.

*Conclusiones al tema II: «Política para acelerar el crecimiento e integración económicos de Iberoamérica»*

Primera. Se recomienda la aceleración del proceso de integración iberoamericano, considerando adecuado medio para ello una promoción más intensa del intercambio comercial entre estos países.

Segunda. Se recomienda acelerar la ejecución de los acuerdos existentes de integración iberoamericana para llegar a una etapa próxima a la formación del Mercado Común Iberoamericano. Corresponde a los hombres de empresa realizar estos propósitos de integración.

Tercera. Para acelerar el proceso de desarrollo iberoamericano debe tenderse a un mayor entendimiento con los países de Europa occidental y con los Estados Unidos de América, en forma de permitir el acceso a los mercados europeos y norteamericano de los productos manufacturados de Iberoamérica. Se considera especialmente interesante la participación de España y Portugal en la ALALC.

*Conclusiones al tema III: «La participación del sector público y del sector privado en el proceso de desarrollo. La planificación económica*

Primera. En el proceso de desarrollo económico, los gobiernos tienen la obligación ineludible de realizar todas las obras relacionadas con la infraestructura de los países, entendiéndose por tal las obras destinadas a comunicaciones, puertos y aeropuertos, obras de regadío, aguas potables, obras sanitarias, escuelas, etc.; su acción en otros campos económicos no deberá ser en menoscabo de dichas funciones.

Esta conclusión ha sido aprobada salvando el voto particular de don Carlos Humberto Matute.

Segunda. Compete primordialmente al sector privado la realización del desarrollo agrícola, industrial y comercial.

Tercera. Sólo en aquellas tareas que por su magnitud o por otras circunstancias no puedan ser realizadas por la actividad privada corresponderá a los gobiernos la iniciativa en esta actividad.

Cuarta. Los programas de desarrollo económico requieren en la

actualidad un sistema de planificación que determine objetivos y prioridades. En esta tarea planificadora, los representantes del sector privado deberán asumir las responsabilidades y realizar las labores públicas que las circunstancias actuales imponen a los empresarios.

La Comisión considera oportuno añadir la siguiente recomendación:

Que es conveniente, para el más dinámico desarrollo social y económico de Iberoamérica, la constitución de polos de desarrollo, especialmente los de carácter integrador de áreas fronterizas.

Se recomienda que los países iberoamericanos estudien la promoción solidaria de áreas o regiones fronterizas que lo justifiquen en atención a la posible irradiación dinámica del desarrollo de dichas áreas o regiones en beneficio común de los países limítrofes.

Finalmente, la Comisión recomienda muy especialmente utilizar al máximo las oportunidades que ofrece el Instituto de Cultura Hispánica, incluso creando en su seno o bajo su patrocinio los Organismos adecuados a estos fines.

La Comisión II, sobre «Recursos humanos»

Se reunió en la tarde del día 6 de junio de 1963, con la asistencia de su presidente, don Manuel Trujillo Venegas; copresidente, don Guillermo MacLean; secretario, don Néstor Osvaldo Galán, y los señores congresistas don Julio Chaná, don Manuel Trujillo Rueda, don Federico Mandelburger, don Alberto Samper, señor Castellá, don Enrique Enrich, señor Codina y don Manuel Bejarano.

Después de la intervención del señor don Galo Plaza y de algunos señores congresistas se llegó a las siguientes conclusiones: recomendar la creación de un Comité central, con sede en Madrid, que agrupe a todos los países iberoamericanos no asociados al Mercado Común Europeo, y Comités en los diversos países de Iberoamérica, formados por representantes de las instituciones privadas y públicas de alcance nacional, como las Cámaras de Comercio, Institutos de Fomento, Universidades y establecimientos de enseñanza técnica, etc.

Se acordó también recomendar la creación de mecanismos que desarrollen el intercambio de los diversos países iberoamericanos entre sí, y con Europa especialmente a través de España, para fomentar la educación mediante el intercambio de libros, revistas y experiencias, y del envío de profesores y otorgamiento de becas.

Se recomendó también el crear sistemas especiales para la educación de los adultos, especialmente para la preparación técnica, considerándose como medio más eficaz el envío de profesorado técnico idóneo, y que la educación secundaria tenga como finalidad propia

la preparación para las actividades generales de la vida, especialmente las productivas, y no solamente para ingresar en la Universidad.

Por último, se recomendó la adopción por las Universidades americanas de los sistemas más modernos de enseñanza y profesorado, con dedicación completa.

En los días siguientes actúan las reuniones de esta Comisión, que toma los siguientes acuerdos:

Recomendar que se declare que todas las inversiones en el hombre o elemento humano en todos sus aspectos, como educación, son básicos para el desarrollo económico y deben considerarse debidamente.

Estas inversiones deben abarcar no sólo el adiestramiento técnico, sino también la educación de carácter general, que prepara la actitud de la comunidad para el desarrollo económico.

Lo anterior no reemplaza la necesidad de modificar las estructuras socioeconómicas defectuosas, si bien contribuyen indirectamente a su mejoría.

Recomienda también intensificar la participación de recursos de los presupuestos nacionales a la educación, fijando como meta próxima los porcentajes destinados a este objeto por las naciones más adelantadas en este aspecto.

Por último, el sábado día 8 se reunió la Comisión en sesión de clausura y adopta las siguientes conclusiones, que presenta a la sesión plenaria de la asamblea de economía:

Declara que las acciones que se efectúan en favor del elemento humano en todos sus aspectos, tales como educación, entrenamiento técnico y formación profesional son básicos para el desarrollo económico. Que estas inversiones deben abarcar la educación de carácter general que prepare la actitud de la comunidad para el desarrollo económico y el adiestramiento técnico adecuado en todos sus niveles y para el cumplimiento de sus deberes morales y materiales con la sociedad. Que si bien la educación no es el único factor de reforma y de desarrollo de las estructuras económico-sociales, contribuyen indudablemente a su mejoramiento. Que el aprovechamiento de los recursos destinados a los fines antedichos, en relación con la más urgente necesidad de desarrollo económico, creada por el Mercado Común Europeo, hace indispensable establecer mecanismos ágiles y prácticos que permitan la divulgación de principios, cooperación y ayuda recíproca entre los países iberoamericanos.

Esta labor deberá coordinarse con los organismos ya existentes de carácter internacional. Por ello, esta Comisión recomienda:

Primero. Que en los presupuestos de cada nación se incrementen las sumas destinadas a la educación general, y en especial a la técnica,

estimulando asimismo por parte de los gobiernos todas las inversiones privadas destinadas a este objeto, mediante los incentivos adecuados.

Segundo. Que las Universidades adopten los más modernos sistemas de enseñanza y profesorado con dedicación plena. La educación secundaria deberá tener como primera finalidad la preparación integral para las efectividades generales de la vida, en especial las productivas, y no ser exclusivamente una etapa previa para la educación universitaria. Deberá también alentarse la educación técnica de los adultos, estimándose como medio más eficaz el intercambio de profesorado técnico idóneo.

Tercero. Que se establezca en cada uno de los países iberoamericanos, no asociados al Mercado Común Europeo, Comités nacionales que fomenten la educación y divulgación de principios que tiendan al desarrollo económico mediante el intercambio de libros, revistas y material de enseñanza, promoviendo el envío de profesores y otorgamiento de becas. Pero que antes dichos Comités unifiquen su acción a través de una línea central de enlace con el Mercado Común Europeo, que tendrá su sede en España, en el Instituto de Cultura Hispánica.

Cuarto. Significando la falta de unidad terminológica del vocabulario técnico un espacio para el debido entendimiento entre los países de habla española, con consecuencias negativas de tipo económico, se considera necesario llevar a cabo con carácter de urgencia trabajos de unificación de esta terminología, para cuyo fin debería crearse una Comisión permanente en el Instituto de Cultura Hispánica, con representación de los países hispanoamericanos y de los diversos sectores interesados, especialmente los educativos.

Tuvo lugar en la primera reunión de la tercera comisión, que estudia los problemas financieros, y cuyos debates fueron dirigidos por su presidente, don Germán Picó Cañas, el perfilamiento del programa a seguir en las próximas sesiones.

Intervinieron la mayoría de los señores congresistas, tocando gran cantidad de puntos de interés, después de lo cual el esquema de trabajo efectivo de esta Comisión fué el siguiente:

I. Inversiones:

1 Privados.
1.1 Nacionales.
1.2 Extranjeros.
2 Públicos.
2.1 Nacionales.
2.2 Extranjeros.

II. Banca:

3 Países.
3.1 Intercambio.
3.2 Banco Interamericano de Desarrollo.
3.3 Cámara Centro-Americana de Compensación.
3.4 Banco de Fomento.

Prosiguiendo los trabajos de esta Comisión, durante la sesión de la mañana del día 7 de junio, que tuvo lugar con la asistencia de don Galo Plaza, se entró en el estudio de las materias y los problemas con ellas relacionados.

A lo largo de toda la sesión se estudió la promoción del desarrollo interno en América latina, siendo tratados los siguientes temas:

Primero. Que los organismos internacionales coordinen la acción para promover el aumento de la capacidad productiva de Iberoamérica, teniendo en vista una política de integración de la zona.

Segundo. Una diversificación de las rúbricas de exportación y, en consecuencia, la disminución de una excesiva dependencia de las economías de esa zona, de la exportación de productos primarios.

Tercero. Vigorizar los vínculos de toda América latina con Europa, con la ALALC, con el Banco Interamericano de Desarrollo y otros organismos similares.

Cuarto. Creación o estímulo de agencias de promoción de la inversión pública y privada, tanto nacional como extranjera.

Quinto. Coordinación de la política tributaria de los países iberoamericanos con la vigente en los países de origen de los capitales, en el sentido de facilitar tales inversiones.

Se anotó que la participación de España en estos esfuerzos junto a Iberoamérica sería muy deseable.

Se observó también que sería deseable que el capital extranjero del sector público, proveniente de los países de la Comunidad Económica Europea y de los demás países industrializados, sea canalizado principalmente por medio de las instituciones de financiamiento internacionales, en particular por medio del Banco Interamericano de Desarrollo y el Banco Centroamericano de Integración Económica, con vista a financiar los planes de desarrollo económico de los países iberoamericanos.

En las siguientes reuniones se fueron aceptando las proposiciones anteriores y sustituídos unos temas, entre los que encontramos:

— Considerár que el deterioro de los términos de intercambio dificulta el ahorro interno, disminuye la capacidad de compra,

obligando a importaciones, particularmente de bienes de capi tal, lo que obliga al endeudamiento.

— El proceso de inversión está estrechamente vinculado a los precios de los productos de exportación de los países en vías de desarrollo.

Con el objeto de acelerar el desarrollo con el mejor aprovechamiento de las inversiones privadas y estatales, tanto nacionales como extranjeras, se sugirió:

Primero. En orden de prioridad, a aquellas dirigidas a sectores industriales que exijan producción en grandes series, dimensiones mínimas óptimas o mercados más amplios que el de un solo país.

Segundo. Orientarlas y coordinarlas a niveles supranacionales, armonizando los intereses comunes y evitando en lo posible despilfarro de capitales o la creación de industrias en diversos países que se asfixien por falta de dimensiones óptimas de producción o fabriquen de forma antieconómica, con el encarecimiento de los costos y consiguiente disminución del poder de compra de los consumidores.

Como resumen de todas las reuniones de trabajo, esta Comisión presentó al pleno de la asamblea los acuerdos tomados por ella, que son los siguientes:

Considerando que al ser fundamental para Iberoamérica, a fin de fomentar su desarrollo económico el ahorro doméstico, pero al ser insuficiente el mismo, necesita por tanto, fuertes inversiones públicas y privadas, tanto nacionales como extranjeras, como consecuencia de ello se establece la necesidad de promover un desarrollo intensivo sobre América latina, sugiriéndose lo siguiente:

Primero. Que los organismos internacionales coordinen la acción para promover el aumento de la capacidad productiva de Iberoamérica, teniendo en vista una política de integración de la zona.

Segundo. Una diversificación de las rúbricas de exportación y, en consecuencia, la disminución de una excesiva dependencia de las economías de esa zona de la exportación de productos primarios.

Tercero. Vigorizar los vínculos de toda América latina con Europa, con la ALALC, con el Banco Interamericano de Desarrollo y otros organismos similares.

Cuarto. Creación y estímulo de agencias de promoción de la inversión pública y privada, tanto nacional como extranjera.

Quinto. Coordinación de la política tributaria de los países iberoamericanos con la vigente en los países de origen de los capitales, tendiendo a facilitar tales inversiones.

Sexto. Dar preferencia a las inversiones en los campos en que la

contribución del capital extranjero al producto nacional retenido en el país sea mayor.

Séptimo. Que tales inversiones extranjeras del sector privado se asocien en lo posible con los capitalistas o empresarios nacionales de los países en que se realicen las inversiones.

Octavo. Sería deseable que el capital extranjero del sector público, proveniente de los países de la CEE y de los demás países industrializados sea canalizado principalmente por medio de las instituciones de financiamiento internacionales en particular, por medio del Banco Interamericano de Desarrollo y el Banco Centroamericano de Integración Económica, para financiar los planes de desarrollo económico de los países iberoamericanos.

Noveno. Considerar que el deterioro de los términos de intercambio dificulta el ahorro interno, disminuye la capacidad de compra, obligando a importaciones principalmente de bienes de capital, lo que fuerza el endeudamiento.

Décimo. El proceso de inversión está estrechamente ligado a los precios de los productos de importación de los países en vía de desarrollo.

Con el objeto de acelerar el desarrollo, con el mejor aprovechamiento de las inversiones privadas y estatales tanto nacionales como extranjeras, se sugiere:

Primero. Señalar un orden de prelación para aquellas inversiones dirigidas a sectores industriales que exijan producciones en gran escala, dimensiones mínimas óptimas o mercados más amplios que el de un solo país, orientándolas y coordinándolas dentro del área, para armonizar los intereses comunes, propiciando la asociación de los capitales nacionales con los extranjeros o de cualquier otra forma adecuada para evitar en lo posible despilfarro de medios financieros.

Segundo. Buscar mecanismos que obtienen las inversiones hacia sectores nuevos o insuficientemente desarrollados en favor de los países de menor grado de desarrollo, a fin de contrarrestar su poco atractivo actual como lugar de inversiones.

Tercero. Que se orienten las inversiones mediante incentivos y facilidades de todo género hacia aquellos sectores que mayor valor añadido puedan generar en beneficio de las economías de cada país.

Reconociéndose que el mejor medio para asegurar la afluencia de capitales es que cada país establezca una legislación que ofrezca debida protección a las inversiones, tanto nacionales como extranjeras, que en él se realicen, promoviendo las condiciones de estabilidad indispensables, se sugiere para ello:

Primero. Estimular la creación y desarrollo de sistemas de seguros de riesgos, ya sea mediante tratado o de otra forma.

Segundo. Tender el establecimiento de disposiciones legales que libren debidamente a los inversionistas del detrimento injusto de sus inversiones, como consecuencia de fenómenos de inestabilidad, como son la inflación, las devaluaciones y otros.

Tercero. Disposiciones legales que garanticen la disponibilidad y repatriación de los capitales.

Para todos estos puntos será necesario que las políticas económicas de los países iberoamericanos deberán proporcionar las máximas condiciones objetivas de seguridad a las inversiones extranjeras, no inferiores a las que reciba la inversión nacional. De esta forma se fomentará la afluencia de los capitales internacionales que requiere el desarrollo económico del área, ante la insuficiencia del ahorro nacional y los problemas que dificultan su integral aprovechamiento y la previsible agravación temporal del desequilibrio del comercio exterior, conforme avanzan los procesos de industrialización.

Las inversiones extranjeras privadas, tanto las a largo plazo, a través de los organismos de inversión y de financiamiento internacional, como las a plazo medio o corto, que facilitan importaciones de bienes de capital, deberán tender a generar sus propios mecanismos de seguridad y amortización, al contribuir directamente a incrementar los productos nacionales brutos y estimular el proceso de sectores industriales que precisen una cuota de capital o una participación tal de mano de obra, que permitirá la competencia más ventajosa con las correspondientes producciones de los países altamente desarrollados.

Al mismo tiempo, la necesaria capacidad de cancelación de los compromisos financieros, derivados de las compras de bienes de producción con pagos fraccionado y diferido, aconseja procurar elevar el poder adquisitivo de las exportaciones de artículos primarios para asegurar, con los recursos obtenidos el máximo porcentaje de las importaciones precisas, y negociar cuantos acuerdos o cooperaciones exteriores tiendan a ese fin.

Sobre el problema de las relaciones entre las entidades internacionales de financiamiento (Banco Interamericano, Banco Centroamericano de Integración Económica, etc.) y los Bancos de Fomento y Desarrollo se señaló la conveniencia de que estos últimos sean los canalizadores de los recursos de dichas entidades internacionales de financiamiento para los préstamos a las pequeñas y medianas empresas.

Estos Bancos de Fomento y Desarrollo podrían ser, por tanto, los

canales para las obligaciones locales, debiéndose crear en aquellos países en que no hubiese.

A las cuatro de la tarde del día 6 se reunió por primera vez la Comisión IV, que estudia los «Problemas financieros». Después de dar la bienvenida a todos los asistentes y de alentarles por el éxito de las sesiones de trabajo, se inician las intervenciones de los congresistas a la primera sesión. En primer lugar, el relator de la Comisión dió lectura de los cinco puntos básicos de la agenda de trabajo que fueron:

Primero. Situación actual de Iberoamérica y la Comunidad Económica Europea.

Segundo. Políticas a seguir para intensificar los intercambios entre dichas áreas económicas.

Tercero. Soluciones posibles para el mejor encaje de Iberoamérica con el Mercado Común.

Cuarto. Situación actual de las relaciones de España con Iberoamérica.

Quinto. Posición de España como elemento de enlace entre los dos grupos.

El señor Cruz Amador, después de destacar la importancia de España como elemento de vinculación de América Latina con la Comunidad Económica Europea, se refirió a las condiciones bajo las cuales se desenvuelve Hispanoamérica, condiciones que califica de azote como consecuencia de haber considerado al hombre como instrumento de la producción y no como de índole moral. Estimó que el bajo nivel de vida, malas viviendas, salarios injustos, mala distribución de ingresos, etc., constituye un campo propicio para la penetración ideológica revolucionaria. Aboga por una intercooperación que alcance todos los aspectos de la vida económica, y propone la creación de:

— Una unión aduanera y una unión de pagos iberoamericana enlazada con Europa.

El señor don Emilio Castañón, manifestó que el tema de las uniones aduaneras le parece complejo y de difícil consecución. Las crisis del comercio latinoamericano la fundamentó en lo siguiente:

— Incapacidad de la América Latina para negociar en el mercado internacional debido a la falta de organización e información.
— Al propio desarrollo que bien paradójicamente dió lugar a un subdesarrollo.
— A las alteraciones de precios, desfavorables para los productos típicos de exportación.
— A la presencia de exportadores comerciales que establecen precios muy bajos para los productores.

Según su opinión, con una adecuada información y organización

sería posible una recuperación rápida y a corto plazo. Por último, señaló que Europa aplica una moral de doble norma al exigir principios de liberalidad económica a otros países, principios que ella no cumple.

El señor San Miguel, estimó altamente conveniente que se tenga presente dos movimientos cooperativos:

— Alianza para el progreso.
— Declaración de la Asamblea de las Naciones Unidas por lo que se denomina la presente década como la del desarrollo económico y social.

Consideró también, tener presente para la buena marcha de la Comisión, la última reunión de la CEPAL y las tareas preparatorias de la Conferencia Mundial de Comercio y Desarrollo en la que los países menos desarrollados podrán dejar oir sus voces y obtener ventajas.

Se refirió después a los factores que motivaron la deteriorización de los términos de intercambio a partir de 1955:

Primero. A la menor elasticidad de la demanda de los productos primarios, frente a la elasticidad de la demanda de los productos terminados.

Segundo. A la actuación digopolística de los ofertantes de bienes de capital, frente a una actuación desconectada (casi bajo una forma de competencia perfecta) de los productos primarios.

Tercero. Los movimientos integracionistas de asociación que de hecho afectan a corto plazo a los países productores de alimentos.

Sugiere que a una situación así debe hacérsele frente mediante una armonización de la política de desarrollo de América latina, la aplicación de medidas para hacer frente a la política comercial del Mercado Común que permitan, no obstante, complementar el área latinoamericana con la de la CEE.

El señor Poetzxcher, manifestó que su país posee ya un acuerdo de unión aduanera y de pagos en el seno de la ALALC, y que por consiguiente la propuesta del señor Cruz Amador no la estima necesaria, ya que mejor que crear un nuevo acuerdo será completar y perfeccionar los existentes.

El señor Ojeda se refirió a las limitaciones de la CEE al comercio hispanoamericano, citando algunas cifras ilustrativas concretadas al comercio con su país. A este respecto señaló que los intercambios con la CEE aumentaron sensiblemente, en tanto que disminuyeron los realizados con los Estados Unidos. Habló del problema del petróleo que no encuentra cabida en el Mercado Común, mientras que el procedente de zonas socialistas sí la tiene, lo cual consideran un serio obstáculo para las negociaciones.

La posición de España en relación al acercamiento de América latina a la CEE debe ser similar a la efectuada por países relacionados con los «seis» para el acercamiento de los países asiáticos con estos últimos.

El señor secretario general anunció al señor presidente la llegada de los señores Ortuño y Magariños, presidente del Comité Ejecutivo y secretario adjunto de la ALALC, respectivamente.

El señor presidente, después de darles la bienvenida, tuvo una interesante intervención refiriéndose:

— Problemas de los productos primarios.
— Recordó la intervención del representante peruano que puso de relieve las situaciones criticables de la explotación de su país por países europeos.
— El signo deficitario de las balanzas de pagos, señalando sin embargo, la favorable situación monetaria del Perú por su capacidad exportadora, aunque no con Europa.
— Latinoamérica constituye un conjunto de países con capacidad consumidora de productos de origen europeo, y que por ello debería existir una contrapartida para lograr un equilibrio en la balanza.
— Trascendental visita del señor Mora a Bruselas que fué la base de una relación más estrecha de la ALALC con la CEE.
— La reducción arancelaria alcanzada en la última reunión del GATT con Estados Unidos plantea para América latina una nueva faceta, considerando para esta última el derecho a exigir una situación semejante.

El señor René Ortuño inicia su intervención refiriéndose al fenómeno de asociación económica, tanto para el ALALC como para los países que están fuera, señalando además las repercusiones, especialmente de la CEE en el Mercado Común latinoamericano. Al concretarse a la labor realizada por la ALALC manifestó que ésta no es bien conocida. Después de transcurridos tres años de la firma, las negociaciones se encuentran interrumpidas, pero han sido importantes las rebajas de aranceles a que se ha llegado.

El señor Monserrat hizo unas interesantes observaciones al tema de discusión. Primeramente señaló la sobresaliente importancia de la CEE con América latina, señalando:

— El Mercado Europeo ocupa la primera posición en lo que se refiere a productos de zona templada y a ciertos minerales.
— En cinco años las exportaciones latinoamericanas con Europa aumentaron en un 35 por 100. Con la ausencia de este mercado aquélla hubiera decaído.

Pero esta importancia se enfrenta con seis problemas, como son:

— La política común agrícola de la CEE que afecta a los productos de la zona templada como consecuencia del carácter proteccionista de aquélla. Las quejas que se formulan —señaló el señor Monserrat— no se refieren a hechos ya ocurridos, sino a los proyectos y programas de la CEE en materia agrícola para el futuro.
— Preferencia otorgada por el Mercado Común a las exportaciones agrícolas de origen africano.
— Política seguida por la CEE de promoción de producciones en los países africanos. Los fondos de inversión se oponen a los intercambios de América latina.
— El tratamiento diferencial arancelario existente para los productos primarios frente a los semimanufacturados y manufacturados.

Cerró su intervención señalando que con la creación de la ALALC se mejoró la posición competitiva, sin embargo dijo que era fundamental encontrar fórmulas políticas y sociales adecuadas que sirvan apuntarlas al desarrollo regional.

El señor Rodríguez Larreta habló de la presencia de la ALALC en Europa al establecerse una Oficina para recoger informaciones de acontecimientos europeos que puedan afectar a Latinoamérica y constituir un sistema de vinculación de América latina con el Mercado Común.

Se refirió a las entrevistas del señor Mora con los gobernantes de la CEE con el fin de consolidar la política de acercamiento y tratar problemas de interés común.

Citó dos acontecimientos significativos, pero en cierto modo contrapuestos con esta política de acercamiento. El primero, favorable consistente en la resolución expresa adoptada en el último Consejo de Ministros de la CEE de mantener reuniones periódicas con representantes sudamericanos, lo que se considera como un paso positivo para futuras negociaciones. El segundo, se refiere al hecho ocurrido en el GATT recientemente, que se refiere a la oposición sistemática de la CEE al programa de siete puntos presentado por los países subdesarrollados, programa que no obstante fué aprobado.

El señor Magariños tuvo a su cargo la intervención final de la sesión de trabajo.

El día siete se inicia la segunda sesión con la intervención del señor Correa, quien felicita a la Mesa por la elaboración de la agenda de trabajo, pasando después a explicar las causas de empeoramiento de la relación de intercambio. Plantea la problemática del bilateralismo o el multilateralismo, basándose en que la adopción de este último sistema implicó un serio quebranto para el comercio de América Latina, por lo

que suscita la duda sobre la conveniencia de volver de nuevo a un régimen comercial basado en bilateralismo, es decir, «comprar a quien nos compre».

El señor San Miguel mostró su disconformidad a la tesis del señor Correa, señalando que necesariamente deberá encauzarse el comercio internacional por la senda del multilateralismo. Admite que actualmente este sistema los afecta porque no existe por parte de determinados países o áreas económicas una línea de acción que se ajuste a dicho sistema, pero tiene la esperanza de que las ventajas del multilateralismo se manifiesten pronto en una recuperación de los intercambios.

Suscita el señor San Miguel la conveniencia de reconsiderar los puntos establecidos en la agenda ofrecida en la sesión anterior, para deliberar y concretar más el significado de los mismos. En este mismo sentido se han expresado otros congresistas, quedando en definitiva fijada la siguiente agenda de trabajo:

Primero. Situación actual de Iberoamérica en relación con la Comunidad Económica Europea.

Segundo. Política a seguir y soluciones posibles para intensificar los intercambios entre dichas áreas económicas y la mejor relación de Iberoamérica con el Mercado Común.

Tercero. Situación actual de las relaciones de España con Iberoamérica.

Cuarto. Posición de España como elemento de enlace entre los dos grupos.

Una vez aprobadas las modificaciones de la agenda, el señor presidente sugirió la conveniencia de constituir dos grupos de trabajo, cada uno de los cuales adscritos a los siguientes puntos de la agenda:

Grupo 1.º
- — Situación actual de Iberoamérica en relación con la Comunidad Económica Europea.
- — Política a seguir para intensificar los intercambios entre dichas áreas económicas y la mejor relación de Iberoamérica con el Mercado Común.

Grupo 2.º
- — Situación actual de las relaciones de España con Iberoamérica.
- — Posición de España como elemento de enlace entre los dos grupos.

Con la asistencia de los congresistas elegidos para cada uno de los grupos establecidos en la sesión matinal, se inició la de la tarde bajo la presidencia del señor Gómez Gordoa.

El señor Vila Coro manifestó que la escasez de tiempo para llegar

a unas conclusiones o recomendaciones, hacía necesario que las dos comisiones actuasen conjuntamente y se aprovechase en lo posible las declaraciones de interés formuladas en las sesiones preferentes.

En el mismo sentido coincide el señor Castañón, señalando que las intervenciones de los señores Monserrat, Rodríguez Larreta y Correa tuvieron un contenido suficiente para perfilar unas conclusiones.

El señor presidente manifestó que el primer punto ha sido suficientemente concreto, a lo que el señor Ortuño asintió, pero recomendó la elaboración de un borrador que recogiendo dichos comentarios se someta a la aprobación de los congresistas.

Intervino a continuación el señor Navarro que, como consecuencia de la premura de tiempo, dijo que sería muy conveniente aprovechar el contenido de algunos párrafos de las ponencias presentadas, seleccionando algunas de las mismas.

El señor Medina Mora no compartió la sugerencia del interlocutor anterior, proponiendo por su parte un esbozo de lo que podría ser el contenido central de las recomendaciones que se deriven de los puntos primero y segundo de la agenda de trabajo. Su enfoque se fundamenta en los siguientes aspectos:

- Coordinación de las producciones de América latina y del Mercado Común.
- La industrialización de América latina sigue un ritmo creciente, pero para ello, establece barreras arancelarias y de cualquier otra índole que pueda favorecerla.
- El Mercado Común tiende hacia una producción agropecuaria cada vez más importante y extensa y, por tanto, adopta medidas protectoras.

El señor Medina Mora formula un interrogante respecto a si la política del Mercado Común es alcanzar niveles de producción integral para los productos agropecuarios. Por otra parte señaló que la presencia de estos productos en el seno de la Comunidad de origen externo, no proceden como cabría suponer, de los propios países sudamericanos directamente en un volumen importante, sino más bien a través de los Estados Unidos y Canadá. Esto, sin embargo, no significa un empeoramiento de las exportaciones de productos primarios de la CEE que indudablemente han aumentado.

Al formular la pregunta de hasta dónde va a llegar la producción interna del Mercado Común, señaló que para los «Seis» es relativamente más fácil aumentar estas producciones, lo que indudablemente supone un riesgo para Iberoamérica.

La coordinación de producciones es, por tanto, fundamental: ahora bien, al referirse a ella recalca la influencia y la preponderancia que

en las exportaciones tienen las de los Estados Unidos y Canadá con la política de excedentes y que, por consiguiente, crean un clima de estabilidad en los precios.

El aspecto de la industrialización es de la mayor importancia, ya que al Mercado Común le interesa más una Iberoamérica industrializada que si no lo está. Pero para conseguir esta industrialización hay dos alternativas de interés: mediante exportaciones a precios adecuados o mediante inversiones europeas.

El señor Medina Mora, con el ánimo de completar su esbozo referente a los puntos primero y segundo, expresó una posibilidad de soluciones, recalcando que debe encontrarse una de carácter interno de trascendental importancia.

— Cambiar la actitud del elemento empresarial en América latina ante los mercados exteriores. Falta de agresividad es uno de sus graves defectos.
— Estos cambios implican la existencia de organizaciones de venta iberoamericanas no solamente para productos típicos de exportación, sino también para los restantes productos.

Finalizó esta intervención manifestando que en el fondo existen buenos deseos para que esta coordinación de producciones tenga lugar.

Tras la exposición del señor Medina Mora, el señor Navarro insistió nuevamente en la conveniencia de recoger conclusiones o recomendaciones recogidas en las ponencias.

El señor presidente, ante las posturas un tanto emotivas de algunos congresistas, acuerda fijar dos Comisiones de redacción de los puntos primero y segundo de la agenda.

El señor San Miguel manifestó que debe tenerse sumo cuidado de no adoptar recomendaciones de carácter oficial definiendo prácticas de índole gubernamental. Señaló también la tarea de acercamiento que la OEA y la ALALC están haciendo con el Mercado Común, por lo que la labor de España y Portugal debe ser complementaria.

La observación del señor San Miguel ha sido compartida por el señor Vila Coro al manifestar que deben establecerse bases de tipo doctrinal que no rozarán para nada lo jurídico ni lo político.

El señor Ortuño consideró que no era necesaria la utilización de fuentes estadísticas, ya que el escaso tiempo disponible no permitiría utilizarlas con eficacia para obtener conclusiones, y por ello se refirió a dos documentos que contienen las relaciones de América latina con la CEE preparados para las Naciones Unidas por especialistas conocedores de los problemas sudamericanos. Una síntesis de los mismos podría ser la base de un planteamiento del que se obtuvieran recomendaciones de interés.

En este mismo sentido se expresó el señor González Casal sobre la utilidad que puede representar para los congresistas tener en consideración algunos puntos de la documentación que será utilizada en la Conferencia de las Naciones Unidas sobre Comercio y Desarrollo que se celebrará en el próximo año. Puso a disposición de esta Comisión una breve información respecto a dichos puntos.

El señor presidente manifestó que se deja plena libertad a los comisionados, pero señaló, según observación del señor San Miguel, la conveniencia de que cada uno de los comisionados elabore una pequeña nota que estime de interés para redactar un borrador posible de las recomendaciones finales.

El señor Poetsxcher insistió sobre la necesidad para América Latina de crear condiciones básicas favorables para estimular las exportaciones. Hizo una dura crítica a la política fiscal que constituye, en casos concretos, un serio obstáculo para la expansión de las ventas al exterior.

El señor Castañon se refirió al tema abordado por el señor Poetsxcher, manifestando que fué debatido a puerta cerrada por los técnicos en una reunión en Méjico de la Alianza para el Progreso. Resaltó que la comercialización en Latinoamérica de los productos se encontraba en manos de unas cuarenta firmas.

El señor Medina Mora recalcó la conveniencia de hacer una recomendación para suavizar la presión fiscal como estímulo para las exportaciones.

El señor Ortuño puso de relieve la necesidad de:

— Crear redes comerciales para canalizar productos nuevos en las exportaciones de Latinoamérica.
— Señalar medidas que faciliten la exportación, no solamente de índole fiscal, sino de otra índole entre las que merece destacarse la del *crédito interno*.

Por último el señor presidente cerró la sesión.

Por fin, la última sesión de trabajo estuvo referida a la redacción y discusión por separado del texto de las Recomendaciones que las dos Subcomisiones de trabajo presentarían al pleno de la Asamblea y que son las siguientes:

## *Ponencia A. Iberoamérica y el Mercado Común Europeo*

Al considerar los aspectos comerciales de las relaciones entre el Mercado Común Europeo e Iberoamérica, la Comisión desea destacar la extraordinaria importancia que dicho comercio tiene para los países iberoamericanos. En efecto, el intercambio con la Comunidad Económica Europea absorbe aproximadamente una quinta parte del valor total de las exportaciones. Con respecto a las compras de productos agrícolas de origen tropical solamente los Estados Unidos superar al Mercado Común en importancia, y en cuanto a los productos agrícolas de la zona templada, es el principal comprador. El Mercado Común Europeo es la unidad económica que está creciendo a mayor velocidad en el mundo occidental. La dinámica de los «seis» países que lo integran ha dado lugar a que durante los años transcurridos desde que entró en operación el Tratado de Roma, las ventas latinoamericanas hayan crecido en porcentaje apreciable, mientras que las exportaciones a otros mercados se mantenían estancadas e incluso decrecían como en el caso del mercado estadounidense.

Dicha importancia se destaca aún más cuando se considera la imperiosa necesidad iberoamericana de incrementar el valor de sus exportaciones, a fin de que ello permita adquirir el creciente volumen de bienes de equipo y capital indispensable para el logro de tasas satisfactorias de desarrollo económico.

Sin embargo, la Comisión considera que a los efectos de que ese proceso de crecimiento pueda seguir teniendo lugar en el futuro, es imprescindible que la política comercial y la política agrícola de la CEE promuevan el abatimiento de las restricciones existentes en vez de acrecentarlas. No obstante, existe un grave peligro de que las políticas comunes en gestación tengan características marcadamente desfavorables para la expansión de las exportaciones iberoamericanas.

Por ello, la Comisión considera que, a fin de promover un desarrollo adecuado de las relaciones comerciales entre Iberoamérica y el Mercado Común Europeo, es altamente conveniente que la CEE las encauce observando entre otras las orientaciones de política económica y comercial que se resumen en los puntos siguientes.

Primero. *Política agrícola.*—La CEE está estructurando una política destinada a asegurar al sector agrícola interno una proporción determinada del crecimiento de su ingreso nacional, recurriendo a medidas que tienen como propósito incrementar el porcentaje de participación de ese sector en el mercado agrícola de la CEE en detrimento de las

exportaciones de los países iberoamericanos. Es de señalar asimismo, que la aplicación de una política de tal naturaleza genera niveles artificiales de precios internos e implica el establecimiento de restricciones comerciales de todo orden.

Con el próposito de coordinar a la mayor brevedad posible la aportación de productos agrícolas, tanto de procedencia de los propios países del Mercado Común, como de las naciones latinoamericanas en los mercados de la Comunidad, es deseable que ésta ponga en práctica políticas que impidan la mayor producción de estos artículos a precios artificiales, con evidente desventaja para ambas áreas y adopten fórmulas que permitan la más amplia colocación de estas producciones latinoamericanas. Ello tendría por consecuencia una mayor adquisición por parte de Iberoamérica de bienes de capital procedentes de la Comunidad.

Segundo. *Trato preferencial a los países asociados de Africa.*—La CEE al otorgar privilegio de libre acceso en su territorio a determinados productos agrícolas originarios de zonas tropicales procedentes de países africanos en tanto grava su importación desde el resto del mundo, causa graves perjuicios a los países iberoamericanos exportadores de esos mismos productos. Tal situación se ve agravada, además, por los impuestos internos aplicados a dichos productos, que actualmente son muy elevados en varios países de la Comunidad.

Para corregir esta situación, la CEE debe hacer causa común con los países industrializados que hayan aprobado en el seno del GATT la abolición de los aranceles que gravan la exportación de esos productos, así como de los impuestos internos mencionados.

De seguirse ese curso de acción, se beneficiarían no solamente los países de Africa, sino también los de Iberoamérica.

Tercero. *Política de desarrollo en relación a los países de Africa.*—El apoyo que la CEE presta para el fomento de la producción en territorio africano de productos exportables que se encuentran en una situación de exceso de oferta en el mercado mundial perjudica grandemente los intereses de las exportaciones de Iberoamérica. Estas políticas de fomento resultan tanto más perjudiciales al hacerse efectivas en muchos casos, mediante subsidios otorgados directamente a los productores o donaciones efectuadas con vistas a inversiones destinadas a aumentar la capacidad de producción.

Al respecto se estima adecuado que la ayuda que la CEE facilitó a las naciones africanas se encaminó especialmente a la diversificación de las producciones regionales y el progresivo desarrollo del sector industrial, evitando promover actividades que agraven situaciones ya de por sí desfavorables para los intereses de los países en vías de desarrollo.

Cuarto. *Gravámenes a la importación de semimanufacturas y bienes de consumo final.*—Se ha señalado en los puntos precedentes el tratamiento marcadamente desfavorable resultante de las políticas que la CEE aplica y tiene en gestación en cuanto se relaciona a las exportaciones agropecuarias tradicionales de las naciones iberoamericanas.

Ocurre al propio tiempo que la tarifa común de la CEE, cuya vigencia se va haciendo efectiva gradualmente, reitera las viejas prácticas de los países industriales tendentes a dificultar la importación de productos semielaborados y elaborados en medida mucho más acentuada que la de aquellas materias primas empleadas en su producción. De tal modo se cierra prácticamente el acceso al mercado de la CEE para semimanufacturas y manufacturas que Iberoamérica produce en condiciones adecuadas de economicidad. Este problema, crucial para Iberoamérica en circunstancias en que se hace imperativo para su estabilidad social y política incrementar la capacidad para importar bienes de capital esenciales para acelerar el proceso de desarrollo económico a ritmo conveniente, sólo ha de tener solución por vía de la diversificación de las exportaciones, y, en especial, de las de productos semielaborados y de consumo final, ya que el ritmo previsible de crecimiento de sus exportaciones tradicionales, señaladamente lento dada la inelasticidad de la demanda de bienes primarios en los mercados mundiales, resulta insuficiente para satisfacer las metas mínimas previstas

La situación apuntada, inquietante en sí misma, se agudiza sensiblemente si se tiene en cuenta que el arancel común y otros gravámenes y restricciones diversas de efectos equivalentes, no rigen para los países africanos asociados, en razón de los privilegios especiales a que ya se hiciera referencia más arriba.

Expuesto el problema, cabe señalar al respecto la imperiosa necesidad de que la CEE encare el reajuste de la tarifa externa, teniendo en cuenta los intereses de todos los países en vías de desarrollo, a la luz de un renovado concepto de la equidad y de la reciprocidad en el trato entre naciones y grupos de naciones que tienen recursos y posibilidades presentes manifiestamente desiguales. Esto es, por otra parte, el principio básico que han consagrado los Estados que integran la Asociación Latinoamericana de Libre Comercio en el ámbito regional y cuya traslación al plano de las relaciones mundiales hará posible inaugurar, sin duda alguna, una etapa sustancialmente constructiva y fecunda para el mundo occidental.

Quinto. *Actitud de la CEE ante el GATT.*—La Comisión desea dejar constancia de su profunda preocupación por la actitud de los países de la Comunidad Económica Europea puesta en evidencia en la reciente reunión ministerial celebrada en el seno del GATT, en la cual

dichos países consideran que no podrán suscribir el programa de acción de ocho puntos auspiciados por los países iberoamericanos, además de otros miembros del GATT, el cual incluía especies sustanciales de política económica y comercial. La Comisión espera que para el comienzo de las negociaciones arancelarias, que tendrán lugar en el año próximo, los países de la CEE habrán reconsiderado su posición, y estarán en situación de ponerse en línea junto con la mayoría de los demás países industrializados, apoyando el programa de acción antes mencionado. De lo contrario será necesario buscar nuevas formas de organización internacional que contemplen de una manera más comprensiva y permanente los intereses de los países que se encuentren en vías de desarrollo.

Finalmente, la Comisión cree oportuno subrayar que el proceso de integración contemporáneo que tiene como meta la liberación del comercio mundial y la formación de mercados ampliados, para alcanzar equilibrio y vigencia plena, debe reconocer como objetivo esencial la amplia brecha existente entre los países altamente industrializados y aquellos que se hallen en vías del desarrollo.

PONENCIA B. *El GATT y la Conferencia Mundial sobre Comercio y Desarrollo*

Vista la decisión de las Naciones Unidas para convocar a la Conferencia Mundial sobre Comercio y Desarrollo y los trabajos que se realizan en el seno del GATT y considerando la conveniencia de que los países en vías de desarrollo actúen en forma armónica y solidaria para mejorar su capacidad de negociación, en razón de los sustanciales aspectos que se tratarán y que son de esencial gravitación para el aceleramiento de su ritmo de desarrollo económico y social, recomiendan:

Será altamente conveniente que los países en vías de desarrollo hagan viable un proceso de contactos recíprocos para formalizar una acción armónica y solidaria durante la realización de la Conferencia Mundial sobre Comercio y Desarrollo y asimismo en el GATT, a fin de lograr la mayor capacidad de negociación que permita alcanzar soluciones efectivas y permanentes a los problemas sustanciales del subdesarrollo.

PONENCIA C. *Organización para la exportación*

Teniendo en cuenta:

Que el sistema de ventas al exterior, bastante generalizado en Iberoamérica, se caracteriza por los contactos directos insuficientes entre productores nacionales y compradores extranjeros.

Que esto determina no sólo que el productor nacional no perciba un ingreso razonable por su producto, sino también que venda sin la adecuada acción proporcional externa y, por tanto, a niveles de precios menos equitativos.

Por ello se recomienda promover la organización adecuada de los productores nacionales para hacer viable la valoración equitativa de sus productos en los mercados exteriores.

## II SUBCOMISION DE TRABAJO

PONENCIA D. *Relaciones de España con Iberoamérica*

Las potencialidades económicas de Iberoamérica y de España no guardan relación con la débil intensidad de su actual intercambio comercial, notoriamente desfavorable para España, como lo prueba el déficit en contra de ésta registrada en el curso de los últimos años.

En situación desfavorable se podría ver agravada en el futuro por los acuerdos de carácter multilateral, producidos a través de la creación de organismos regionales o de índole específica, que habiendo reemplazado a los acuerdos vigentes con anterioridad no han conseguido mejorarlos.

Considerando que las transformaciones del comercio exterior, para lograr el incremento conveniente, deben acompañarse de reajustes estructurales de las economías involucradas, con el fin primordial de conseguir un ritmo determinado de crecimiento que supere al de las exportaciones primarias.

Considerando asimismo que la estructuración de las diferentes tarifas y demás interferencias producidas por determinadas medidas de carácter administrativo dañan aún más el comercio entre España e Iberoamérica.

Considerando, por último, que la tradición histórica, la unidad espiritual, las vinculaciones económicas y comerciales permanentes entre Iberoamérica y España exigen poner en ampliación las fórmulas adecuadas y los procedimientos más efectivos que tienden a corregir las actuales desigualdades, así como los impedimentos que hoy se manifiestan en las negociaciones comerciales.

La Comisión recomienda:

Primero. Que como medidas de carácter inmediato se adopten, entre otras, las siguientes:

*a)* Utilizar al mayor grado posible las áreas de exención y los mecanismos de liberación en vigor.

*b)* Difundir el conocimiento de la actual situación de los mercados

de España e Iberoamérica, a fin de ubicar con el mayor grado de análisis posible las condiciones de sus producciones, consumos, saldos exportables, precios, calidades y demás factores estimables en el orden comercial.

*c)* Desarrollar una adecuada promoción de las oportunidades viables que posibiliten el incremento del comercio entre las áreas económicas mencionadas.

*d)* Procurar fórmulas adecuadas para alcanzar una compensación de pagos y para mejorar las actuales condiciones del crédito y del financiamiento del comercio exterior entre España e Iberoamérica.

*e)* Realizar un estudio de las actuales condiciones de los medios de transporte disponible, con el fin de procurar su racionalización en beneficio del comercio recíproco entre España, Portugal y los países iberoamericanos.

*f)* La supresión del visado de pasaporte por parte de aquellos países del área americana que no hubieran celebrado con España convenios para su eliminación. Y que en el ínterin se den, recíprocamente, las mayores facilidades para obtenerlos.

*g)* Mientras no se perfeccione el instrumento que permita una más avanzada asociación entre España y Portugal y los países iberoamericanos, se señala la conveniencia de que se gestione un intercambio de observadores ante los organismos económicos o comerciales de ambas áreas.

Segundo. Procurar fórmulas de asociación entre los países iberoamericanos, España y Portugal que propendan al acrecentamiento del intercambio recíproco entre las partes interesadas, para conseguir así una mayor coordinación de sus economías.

PONENCIA E. *Problemas comerciales de Iberoamérica, España y el Mercado Común*

Visto el excelente trabajo realizado durante el Congreso de Instituciones Hispánicas, la Asamblea resuelve expresar su satisfacción al Instituto de Cultura Hispánica por la oportuna y adecuada organización del citado Congreso y por la incorporación en el temario de cuestiones económicas.

A las seis de la tarde, con una nutrida concurrencia, se reunió la Comisión V, que estudia el problema de «la Ayuda Técnica y Cooperación Industrial y Agraria» con nuestros países. Después de que el copresidente, señor Antonio Arnaldo Gómez Taveira dió lectura a la lista de congresistas asistentes, se procedió a la aprobación del título general de la Comisión y de los temas de la Agenda.

El primero, después de una breve discusión, quedó aprobado por unanimidad, que se reformará en el sentido de incluir también a la ayuda y cooperación en el ámbito agrario de indudable importancia para Iberoamérica. A continuación, y después de interesantes debates, la Agenda quedó estructurada de la siguiente forma:

Primero. Niveles de desarrollo industrial y agrario en nuestros países.

Segundo. Ayuda técnica y cooperación para el desarrollo industrial y agrario.

Tercero. La industrialización como base de la diversificación económica a escala nacional.

Cuarto. Integración, cooperación, complementación y especialización industrial en nuestros países.

No obstante, las intervenciones de algunos congresistas expusieron el deseo de que la Agenda pudiera ser reformada a lo largo de todas las sesiones, adecuándose perfectamente al giro que éstas tomaran.

Por último, se pasó rápidamente al estudio del primer punto de la Agenda. Después de interesantes intervenciones de los señores Delegados, en las que se debatieron puntos tan interesantes como la repercusión del Mercado Común en la exportación de las materias primas de nuestros países, pasando por los costos de producción y la relación de competencias de éstas, concluyó la sesión sugiriendo los señores delegados una resolución que exponía, clara y sucintamente, que «el Mercado Común Europeo ha repercutido y puede repercutir mucho más en el nivel de desarrollo de nuestros países».

Al día siguiente, 7 de junio, comienza la sesión con unas breves palabras del señor César Belaunde Guinassi, presidente de esta Comisión, agradeciendo la atención de su nombramiento y disculpándose por no haber podido estar presente en la primera reunión, declarando que esperaba que las sesiones se caracterizaran por lo «claro, conciso, preciso y concreto», lema del buen economista.

A continuación, el señor Romero Kolbeck, secretario de la Mesa, dió lectura al texto de la declaración expuesto el día anterior, siendo aprobado éste por unanimidad, pasando con ello como resolución de esta Comisión V al Pleno de la Asamblea Económica. Poco después, y previa la lectura por el señor relator de las breves modificaciones al Reglamento, aprobadas en reunión del señor presidente de la Asamblea con los señores relatores, toma la palabra el señor Castellá para proponer la creación de unas Comisiones de Asesoramiento Técnico dentro del Instituto de Cultura Hispánica. Estas, que tendrían como función la cooperación técnico-científica con los países iberoamericanos que la solicitaran, estaría integrada por altos especialistas en diversos temas de

palpitante interés para nuestros países, que colaborarían en esta alta misión a título gratuito y con entero conocimiento de sus importantes repercusiones.

El señor Romero Kolbeck agradece la iniciativa del señor Castellá y se asocia plenamente a ella. Interviene a continuación el señor Belaunde Guinassi, solicitando del señor Castellá explique en unas breves líneas el esquema de estos proyectos y en qué medida se distribuirían y complementarían los asesoramientos proporcionados al sector público y privado de las respectivas economías nacionales.

Responde el señor Castellá exponiendo el ejemplo español de colaboración plena dentro del Plan de Desarrollo, de los sectores públicos y privado nacional, además del asesoramiento que el primero presta al segundo y los frutos que de él se esperan. Con este motivo el señor Romero Kolbeck solicita del señor Castellá le proporcione un breve esquema de cómo el Plan de Desarrollo español ha conjuntado estos dos sectores de su economía. En relación también con la ponencia del señor Castellá interviene el señor Martínez Cattáneo, asociándose a su proposición, aunque expresando que es optimista en sus pretensiones; no obstante, sugiere que la Oficina se amplíe al mayor número de ramas posible, sugerencia que es aceptada inmediatamente en el seno de la Reunión.

A continuación toma la palabra el señor Heiremans, para recomendar dos puntos concretos referentes al problema de la Ayuda y Cooperación Técnica. Estos puntos son:

1.° Que todos los países establezcan metas concretas a sus planes de desarrollo, con el objeto de adecuar la ayuda técnica a las metas del plan.

2.° Creación de organismos nacionales con representación de todas las fuerzas del país, donde se tenga un control y una formación completa de la ayuda técnica disponible con el objeto de saber con lo que se cuenta y evitar su desperdicio en algunas ocasiones.

Continúa el señor Heiremans refiriéndose a la posibilidad de que España canalizara una corriente de técnicos, profesionales y obreros especializados que acudieran a colaborar en el desarrollo económico de nuestros países, al mismo tiempo que en relación con este mismo problema y en otro terreno Europa concediera a Iberoamérica licencias de fabricación, con un trato aduanero que no las hicieran inútiles.

A continuación interviene el señor Olivos haciendo una referencia a la ponencia del señor Heiremans, a la que éste contesta que su deseo no ha sido limitativo de posibilidades, sino centralizador de realizaciones.

Por último, interviene el señor Belaunde Guinassi exponiendo una

moción completa sobre intercambio, que se realizaría a través de una Institución ya organizada (Instituto de Cultura Hispánica) en relación con el Instituto Iberoamericano de Cooperación Económica, quedando los profesionales obligados a la presentación de una memoria de su experiencia, observaciones y conclusiones en el país en el que han estado invitados.

A continuación, el señor Belaunde Guinassi, presidente de la Comisión, cierra el debate de este segundo punto.

Finalmente, se pasa rápidamente al estudio del tercer punto, que se suspende hasta que el señor Romero Kolbeck adopte una resolución, que presentará a la Comisión en la sesión de trabajo del día 10.

Por la tarde de este mismo día, y después de dar lectura al acta de la sesión anterior y de proceder a su aprobación, comenzó la sesión, tomando la palabra el señor Castellá, que presenta una propuesta de resolución para la creación de un Servicio de Asistencia Técnica Ganadera en el Instituto de Cultura Hispánica. En relación con ella, el señor Merlo sugiere que sea el Instituto Iberoamericano de Cooperación Económica y no el Instituto de Cultura Hispánica el que cree dentro de sí el expresado Servicio, moción que queda aprobada por unanimidad por los señores delegados.

Después de realizar la lectura de la ponencia el señor Castellá, toma la palabra el señor Martínez Cattáneo, expresando su deseo de que la resolución se redactará en un sentido más amplio, no ciñéndose exclusivamente al ámbito ganadero. En consecuencia, el señor Merlo presenta una moción unificadora de las dos anteriores, a la vista de la cual el señor presidente sugiere al señor Martínez Cattáneo redacte una moción completa referida a este particular, cuya resolución podrá ser aprobada en la próxima reunión.

A continuación toma la palabra el señor Heiremans, cuya ponencia es aprobada por unanimidad; no obstante, este señor delegado sugiere que ésta se incorpore a la resolución final unificada, a la que el señor Martínez Cattáneo presentará próximamente.

Siguiendo el orden del día toma la palabra el presidente de la V Comisión, señor Belaunde Guinassi, cuya ponencia es aprobada por unanimidad por los señores congresistas, acordándose quede incorporada al acta final con carácter de recomendación. Con esta intervención termina la discusión del tercer punto de la Agenda.

Se pasa a continuación a la discusión del cuarto, tomando la palabra en primer lugar el señor Merlo, que a lo largo de su exposición sugiere la coordinación de la industrialización en nuestros países y la creación de empresas comunes o mixtas en nuestra región. Después de una pequeña objeción presentada por el señor Heiremans, el señor presidente

solicita del señor Merlo presente un proyecto de resolución cuya votación se realizaría en la próxima sesión de trabajo. También en relación con este punto interviene el señor Taveira, co-presidente de esta Comisión, cuya ponencia queda incorporada como recomendación al acta final de la Comisión V, en los siguientes términos:

«Se propone a los gobiernos de los países componentes de la ALALC y España la constitución de una Comisión mixta encargada de estudiar las posibilidades de integración industrial, agrícola y pecuaria, al mismo tiempo que elaboran una relación de piezas, equipos y productos que compondrían la lista en que se basaría un Tratado Multilateral de Integración.»

En relación con el punto segundo de la Agenda se produce una última intervención, que presenta el señor González del Valle, y que después de ser aprobada por los señores delegados queda incorporada como recomendación al acta final en los siguientes términos:

Primero. Se pide a los gobiernos de los países que como España pueden especialmente favorecer la conexión de Europa e Iberoamérica, la firma de convenios que a través del Instituto de Cultura Hispánica o del Instituto Iberoamericano de Cooperación Económica formará un inventario de las instituciones europeas con las que se cuente en dicho país para esa conexión y de las iberoamericanas que puedan eficazmente colaborar con ellas.

Segundo. Que se pida a través del Instituto de Cultura Hispánica o del Instituto Iberoamericano de Cooperación Económica la adopción de cuantas decisiones puedan favorecer la transformación de esos organismos en otros de carácter iberoamericano.

Tercero. Que se pida a través del Instituto de Cultura Hispánica o del Instituto Iberoamericano de Cooperación Económica a los gobiernos de los países que, como España, puedan favorecer la referida conexión entre Europa e Iberoamérica, tomen las medidas necesarias para asegurar la acción y desarrollo de dichas instituciones y organismos.

Comienza la reunión del día 8 de junio con la lectura y aprobación por los señores delegados del acta de la sesión anterior, siguiendo el señor presidente con la lectura de la ponencia, que el señor Rubio Cordón presenta a la Mesa del Congreso y que es remitida a la primera Comisión por entenderse que ella está encuadrada claramente en su temario.

A continuación se procede a la lectura de las reformas del programa para pasar seguidamente al estudio de las ponencias concretas incluídas en el orden del día. Siguiendo éste interviene el señor Martínez Cattáneo, cuya proposición es aceptada por la Comisión con breves correcciones, pasando con carácter de recomendación al acta final de esta Comisión.

Posteriormente, y en relación con esta ponencia, interviene el señor Olivos, sugiriendo se solicite la cooperación de los organismos internacionales para llevar a cabo las recomendaciones adoptadas. Con este motivo el señor Belaunde Guinassi, presidente de la Comisión, declara que esta propuesta está ya incluída en la ponencia del señor Heiremans y en la suya propia.

Por último, y de acuerdo con el orden del día, toma la palabra el señor Merlo, cuya propuesta de recomendación es aprobada por unanimidad, incorporándose con ello al acta final de esta Comisión.

El lunes día 10 de junio empieza la reunión con la lectura del acta del día anterior y su aprobación por los señores delegados. A continuación interviene el señor Romero Kolbeck, de Méjico, cuya ponencia por estar incluída en el apartado declarativo del acta primera de esta Comisión, no se somete a discusión.

Por último, el acta final que esta Comisión eleva al Pleno queda redactada en los siguientes términos:

Teniendo en consideración las exposiciones orales, los anexos y fundamentaciones presentadas por escrito y los debates producidos durante las sesiones de trabajo, la Comisión V del tema III ha aprobado, por unanimidad, las siguientes recomendaciones, que se elevan a conocimiento del plenario, y por ello declaramos:

«Que el desarrollo económico de los países latinoamericanos se ve seriamente afectado por las medidas discriminatorias de los bloques económicos europeos, en la medida en que cesan las exportaciones a esa área y por la importancia que éstas tienen en el total de las ventas regionales, existiendo igualmente la opinión de que el desarrollo agrario se perjudica directamente por la pérdida de esos mercados y el desarrollo industrial, indirectamente al reducirse la capacidad para importar equipos industriales y el poder de compra del sector agrícola», y recordamos:

Primero. Que se establezca un programa iberoamericano de intercambio de profesionales y técnicos, al cual pueden adherirse en el futuro otros países que tengan intereses económicos similares.

Segundo. Que en el citado intercambio, previa investigación y recomendación de la Asociación respectiva, los beneficiados residen durante su permanencia en los países que les han sido asignados, como invitados de los hogares de técnicos o profesiones inscritos en el programa.

Los profesionales cooperadores en el programa deberán entregar el resultado de sus observaciones, estudios o planes de trabajo a la institución que centralice el programa, para los efectos de su adecuada utilización.

Tercero. Que el plan de intercambio de técnicos y profesionales se

efectúe bajo el patrocinio del Instituto de Cultura Hispánica, a través del Instituto Iberoamericano de Cooperación Económica.

Cuarto. Que el Instituto Iberoamericano y las asociaciones que cooperen y planeen directa o indirectamente el plan enunciado, intercambien información y soliciten cooperación de la OEA y demás organismos internacionales.

Quinto. Que para el mejor, más completo e inmediato establecimiento, en el más alto grado posible de una cooperación económica en sus más altos y varios aspectos y sectores, y muy especialmente en los de intercambio y colaboración técnica entre los países de la comunidad iberoamericana, se propugne el establecimiento en plena vigencia del Instituto Iberoamericano de Cooperación Económica, vinculado al Instituto de Cultura Hispánica y con representación en todos los países integrados.

Esta cooperación multilateral debe ser precedida del oportuno intercambio de información entre todos los países de los medios y recursos disponibles, tanto de carácter material y financiero como muy especialmente técnico y humano, utilizando en su caso los correspondientes a la UNESCO, OEA y demás organismos internacionales.

Sexto. Que sea sugerido a los gobiernos de los países componentes de la ALALC, España y otros organismos internacionales la constitución de una comisión mixta encargada de estudiar las posibilidades de integración industrial, agrícola y pecuaria y elaborar una relación de piezas, equipos y productos que compondría la lista en que se basaría «Un Tratado multilateral de integración».

Séptimo. Que todos los países establezcan metas concretas a sus planes de desarrollo, con el objeto de adecuar la ayuda técnica a las metas del plan.

Octavo. Que se creen organismos nacionales con representación de todas las fuerzas del país, donde se tenga un control y una información completa de la ayuda técnica disponible, con el objeto de saber las posibilidades que se tienen y evitar sus desperdicios en algunas ocasiones.

Noveno. Que se estudie la posibilidad de establecer industrias o empresas mixtas de interés común para dos o más países iberoamericanos, con capacidad para atender el consumo de dichos países en una determinada gama de productos o en un modelo de los mismos. Para ello podría solicitarse la colaboración de los organismos internacionales especializados.

Décimo. Que los recursos financieros privados, apoyados, en su caso, por el sector público, puedan intervenir en la creación de estas industrias, estableciendo así fuertes lazos de intereses financieros y comerciales que sirvan de base para una política común de industrializa-

ción en aquellos sectores en que las exigencias técnicas de gran producción o la poca capacidad del Mercado aconseje evitar despilfarros inútiles de técnica y de equipo capital.

Undécimo. Que se pida a los gobiernos de los países que, como España, pueden eficazmente favorecer la conexión de Europa e Iberoamérica, la firma de convenios con los que a través del Instituto de Cultura Hispánica y del Instituto Iberoamericano de Cooperación Económica, se proceda a formar un inventario de las instituciones europeas en las que se cuente con dicho país para esa conexión y de las iberoamericanas que puedan eficazmente colaborar con ellas.

Duodécimo. Que se pida a través del Instituto de Cultura Hispánica o del Instituto Iberoamericano de Cooperación Económica la adopción de cuantas decisiones puedan favorecer la transformación en organismos de carácter iberoamericano de los nacionales que iniciados en principio con este carácter puedan favorecer aquella conexión.

Decimotercero. Que se pida a través del Instituto de Cultura Hispánica o a través del Instituto Iberoamericano de Cooperación Económica a los gobiernos de los países que, como España, pueden favorecer la referida conexión entre Europa e Iberoamérica, tomen las medidas necesarias para asegurar la acción y desarrollo de dichas instituciones y organismos.

A las seis de la tarde inicia su sesión de trabajo la sexta Comisión, bajo la presidencia de don Jorge Peirano Facio y de don Luis Dobles Sánchez, y en cuyo temario se estudian «Otros aspectos de la cooperación económica».

Abre la sesión el señor presidente, centrando el tema a tocar por esta Comisión en toda una serie de asuntos diversos que por sus matizadas características merecen ser tratadas aparte del tema general sobre la cooperación comercial de los países iberoamericanos.

El señor Godoy considera de mucha importancia, dentro del campo económico, el plantear el problema en los servicios de seguros y reaseguros, señalando la falta de reciprocidad y la situación de desventaja en que se encuentra Iberoamérica frente a los seis países del Mercado Común en este caso. Más de la mitad de los reaseguros de las compañías hispanoamericanas los efectúan compañías del Mercado Común, sin que repercutan en forma alguna en Hispanoamérica.

El señor Julio Ruiz considera vital para Hispanoamérica el conformar un bloque unido en el campo económico conjuntamente con España frente al Mercado Común. Propone como camino para conseguir esta unidad el de la unificación de los distintos códigos y leyes comerciales.

El marqués de la Vega Inclán apoya la argumentación de don

Julio Ruiz con una amplia documentación. En la misma línea, don Juan María Amador propugna la creación de una oficina económica adscrita al Instituto de Cultura Hispánica que represente los intereses económicos de los países hispanoamericanos considerados en bloque ante los organismos especializados del Mercado Común Europeo.

A las once y treinta de la mañana del día siguiente, 7 de junio, se inicia la segunda sesión de trabajo con la intervención del presidente de la Comisión, don Jorge Peirano Facio.

Dado el carácter diverso de los temas a tratar por esta Comisión, se resuelve encomendar a diferentes subcomisiones la redacción de las comunicaciones siguientes:

Primera. Problemas de los seguros en relación con otras áreas económicas.

Segunda. Necesidad de unificar el Derecho mercantil de los países iberoamericanos y España.

Tercera. Utilidad y ventajas de las zonas francas.

Cuarta. Postura a adoptar por los países iberoamericanos ante la conferencia sobre comercio y desarrollo organizada por la ONU para los primeros meses de 1964.

Quinta. Estudio de los contactos que puedan promover un incremento en las relaciones comercials de estos países.

La tercera sesión de trabajo se inició a las seis de la tarde de este mismo día, repartiéndose los miembros de esta Comisión entre las distintas subcomisiones para redactar las conclusiones finales.

El día 8 se inicia la cuarta sesión de trabajo con la intervención del presidente de la misma, señor Peirano Facio. Se centra la discusión sobre las distintas comunicaciones confeccionadas en la tarde anterior por los diversos grupos de trabajo.

En primer lugar interviene el señor Julio Ruiz, que lee su trabajo sobre la «Unificación de sistemas jurídicos que rigen relaciones económicas». Esta comunicación fué aprobada por unanimidad.

A continuación el señor Relator da lectura a las comunicaciones siguientes:

Utilidad y ventajas de las zonas francas preparada con la intervención de los señores Naharro Mora y de González Casal, que fué aprobada por unanimidad.

«Diversas medidas tendentes a promover un mayor incremento en las relaciones comerciales», preparada por los señores Dobles Sánchez, Amador y Montserrat.

Puntualizan diversos extremos de esta comunicación los señores Godoy, Monserrat, Vega Inclán y Vigil, Relator de la ponencia,

El señor presidente centra la discusión y unifica criterios, adoptándose nuevos acuerdos sobre la comunicación.

«Problemas planteados a los servicios de seguros frente a otras áreas competitivas»; se abre la discusión con la intervención del señor presidente, que considera algunos de los apartados de esta comunicación un tanto imprecisos. Justifica el señor Godoy las causas que motivaron la redacción de esta forma, aceptándose sus explicaciones, aunque el presidente recomienda se reconsideren estos extremos.

Por último se da lectura a la comunicación sobre «Sugestiones ante la conferencia sobre comercio y desarrollo, organizada por la ONU para 1964».

Interviene el señor de la Vega Inclán para rogar que se puntualice el carácter de dicha conferencia. El señor Monserrat ruega se remarque el enfoque económico que deberá darse a dicha conferencia.

La última reunión de trabajo se efectúa bajo la presidencia del señor Peirano Facio y con la asistencia del señor Galo Plaza, presidente del Congreso, leyéndose las conclusiones finales.

Interviene después el señor marqués de la Vega Inclán para exponer una síntesis de la comunicación presentada al Congreso. A continuación lo hace el señor Velarde, que explica a la Comisión la comunicación sobre «El aspecto competitivo de la economía africana frente a Iberoamérica».

Alfredo Moreno Mendiguren presenta una nueva ponencia sobre actitudes políticas que deben caracterizar las líneas de las resoluciones económicas. El señor Galo Plaza señala la conveniencia de que esta ponencia se le entregue a la Comisión de redacción para que la tenga en cuenta en el documento final.

A continuación se redacta el acta final de esta Comisión, que es como sigue:

Primero. *Incremento de las relaciones comerciales.*

Teniendo en cuenta que tanto las relaciones comerciales cuanto los contactos entre los hombres de los distintos países iberoamericanos no han alcanzado el grado de expansión y de desarrollo que sería conveniente para un mejor desenvolvimiento de la economía de estas naciones; considerando que en buena medida este hecho obedece a la falta de conocimientos y relación entre los empresarios de los países americanos del eje ibérico y los empresarios ibéricos y europeos en general; considerando la conveniencia de que los organismos representativos de la empresa privada de dichos países se fortalezca en su capacidad para estudiar y resolver los problemas que plantean la necesidad de acelerar el ritmo económico de cada nación, y muy particularmente la extensión y diversificación de las exportaciones; con-

siderando que existen en España y en Iberoamérica organizaciones representativas de la empresa privada que han alcanzado un avanzado nivel de organización y que poseen considerable experiencia en el campo de las actividades referidas en el párrafo anterior; considerando la conveniencia de contar con dispositivos supranacionales a través de los cuales dicha experiencia y organización puedan ponerse a disposición de los productores y hombres de empresa de toda el área iberoamericana; considerando igualmente conveniente crear un estado de opinión en el campo de la actividad privada, acerca de la necesidad que existe de que los problemas de Iberoamérica en el Mercado Europeo se presenten de modo conjunto, se resuelve presentar las siguientes recomendaciones:

Primera. Encomendar a la Mesa del presente Congreso que inicie los estudios y contactos necesarios para el fomento y la creación de instituciones de la índole a que se alude en los considerandos que puedan actuar eficazmente como centros de intercambio de informaciones entre los referidos organismos nacionales.

Segunda. Recomendar a los participantes en el Congreso que promuevan una intensa campaña de opinión en sus respectivas naciones, a fin de que se refuercen los organismos que actualmente cumplen la tarea de concertar relación de los países iberoamericanos ante el Mercado Común Europeo. Así como que se creen otros con la misma tendencia de la defensa de los intereses económicos de España, Portugal e Iberoamérica en la medida en que ello sea necesario.

Tercera. Recomendar que se propicie la adopción de cuantas medidas comerciales son aceptadas en el mundo contemporáneo para llegar a la finalidad de intercambio y contactos anteriormente mencionados, tales como congresos, reuniones bilaterales, ferias de muestras, vinculación entre los distintos grupos cooperativos de las distintas naciones, exposiciones, etc.

Segundo. *Unificación de las normas y usos que rigen las relaciones comerciales de los países iberoamericanos.*

Considerando que existe un movimiento general por el cual las economías de los diversos países tienden a integrarse en grupos regionales que faciliten una mayor circulación, distribución y consumo de bienes económicos para la satisfacción masiva de las necesidades y deseos humanos.

Considerando que la diferenciación de sistemas jurídicos por naciones o países es un obstáculo para esa integración, con el objeto de que las transacciones comerciales tengan previamente determinadas las normas jurídicas que las rigen y que no bastan a este respecto las vigentes reglas del Derecho internacional privado que determina la

legislación nacional aplicable en cada caso, por cuanto la experiencia universal demuestra la conveniencia de leyes uniformes que faciliten normas de derecho al alcance del común de la gente.

Considerando que las necesidades de formar códigos y leyes, como asimismo la de dictar normas de acuerdo con las exigencias sociales del presente, lleva a los legisladores nacionales a dictar nuevas reglas y consecuencias, a aumentar las diferencias entre los respectivos sistemas jurídicos, se proponen las siguientes recomendaciones:

Primera. Que se propicie por los participantes en este Congreso el que en España, Portugal y en cada país americano del bloque ibérico se constituyan oficialmente equipos compuestos por juristas, hombres de empresa y trabajo que estudien la unificación e integración de las normas jurídicas que rigen las relaciones económicas y comerciales, tales como las referentes a efectos de comercio, venta de mercaderías, transportes, seguros, garantías, arbitrajes, ejecución de fallos, etcétera.

Segunda. Que se propicien reuniones internacionales para una información y unificación de los sistemas jurídicos que rigen las relaciones comerciales.

Tercera.—Que se cree un estado de opinión tendente a que los Gobiernos de los países indicados, al plantear reformas legislativas sobre dichas materias tengan en cuenta el derecho comparado de los otros países con miras a la tan deseada uniformación.

Cuarta. Que el Instituto de Cultura Hispánica coadyuve a estos propósitos creando una sección o centro de estudios del Derecho hispanoiberoamericano en el sentido expuesto.

Tercero. *Iberoamérica ante la Conferencia sobre comercio y desarrollo, organizada por la ONU, a celebrar en 1964.*

Considerando que la Conferencia de Comercio y Desarrollo, organizada por la ONU y prevista para 1964, tiene por misión especialísima el estudio de los problemas que se derivan para la economía mundial de la asistencia de países en muy distinto grado de desarrollo, y el análisis de los medios por los cuales esa situación podrá ser transformada en el plazo más breve.

Considerando que el bloque iberoamericano, bajo el aspecto es una de las zonas que más atención merece, tanto por las necesidades reales de sus economías nacionales, cuanto por su estrechísima vinculación a los sistemas económicos más desarrollados del mundo occidental.

Considerando que la reciente tendencia a la formación de grupos regionales económicos, con unidad de trascendencia en el campo de las relaciones comerciales, puede significar para nuestros países situa-

ciones de desventaja si no conseguimos formar un grupo con fuerza suficiente para ser oído y respetado.

Considerando que las finalidades específicas de la mencionada Conferencia sólo podrán ser alcanzadas con éxito si el trabajo de la misma se centra en los problemas de índole estrictamente económica, dejando de lado a otros aspectos políticos que no constituyen, sino que antes bien traban la labor de los factores del desarrollo, se resuelve hacer la siguiente recomendación:

Primera. Recomendar a los asistentes a este Congreso que promuevan de la forma más eficaz la celebración de estudios, reuniones y demás actividades preparatorias de dicha Conferencia mundial, a fin de que los países iberoamericanos puedan gravitar en la misma en la medida necesaria para que sean tenidas en cuenta las legítimas aspiraciones de sus respectivas economías.

Segunda. Recomendar asimismo se lleve a cabo una intensa campaña de opinión que reclame que dicha conferencia se plantee y desarrolle dentro de los márgenes estrictamente técnicos y económicos, dejando de lado los planteamientos de carácter político, que representarían un grave riesgo para el éxito de dicho certamen.

Tercera. Instarles a que reclamen de los organismos económicos, actualmente constituídos en el área americana, la necesidad de que las políticas económicas de los distintos países a ellas afiliados sean devueltas en dicha conferencia sin las perturbaciones que derivarían de contradicciones o discrepancias de carácter fundamental.

Cuarto. *Zonas francas y otros regímenes de exención.*

Considerando que uno de los obstáculos que dificultan el comercio del bloque iberoamericano entre sí, en relación con el resto de los países de América y los europeos en general, radica en la circunstancia de que las mercaderías y materias primas se encuentran de ordinario a tal distancia de los puntos en que deberían ser utilizadas, que impiden la comercialización ágil de las mismas.

Considerando que las prácticas comerciales y normas jurídicas actualmente en vigencia en casi todos los países iberoamericanos proporcionan el instrumento de las zonas francas y otras fórmulas similares que permiten obviar el mencionado inconveniente, teniendo en cuenta lo tratado en el Primer Congreso de Cooperación Económica Iberoamericana, celebrado en 1953, en relación con este extremo se resuelve formular las siguientes recomendaciones:

Primera. Que España, Portugal y las naciones americanas de origen ibérico procuren utilizar en sus contactos comerciales las ventajas que los respectivos regímenes aduaneros ofrecen a través de sus sistemas y áreas de exención, respecto de aquellas zonas cuya situación

privilegiada pueda favorecer eficazmente el tráfico de distribución.

Segunda. Recomendar a los participantes de este Congreso que, a través de las distintas organizaciones de carácter privado que integran, promuevan el mejoramiento y extensión de dichos regímenes de áreas de exención.

Quinto. *Las relaciones de los servicios de seguros de Iberoamérica.*

Considerando que las diferentes comunicaciones presentadas a este Congreso y a través de un conocimiento real del problema se deriva la escasa relación de actividad aseguradora entre España, Portugal y los países de Iberoamérica entre sí.

Considerando que a pesar de que en las características de los mercados aseguradores españoles, portugués e iberoamericano son muy similares, no ha existido ni prácticamente existe un intercambio sustancial y de negocios entre los países referidos.

Considerando que ello se debe de manera esencial a la falta de contactos directos entre los aseguradores de los países ya mencionados, se recomiendan las siguientes resoluciones:

Primera. Que se fomente el contacto directo entre los aseguradores privados de España, Portugal y los países iberoamericanos.

Segunda. Que en cada uno de los referidos países se promuevan reuniones de aseguradores privados tendentes a conseguir la realización de las ideas antes expuestas con objeto de lograr una unificación de criterios que matice el intercambio de negocios entre compañías.

Tercera. Aprovechar la celebración de la IX Conferencia Hemisférica de Seguros en la ciudad de Méjico para celebrar las primeras reuniones y contactos expresados en las resoluciones antes propuestas entre los aseguradores de España, Portugal y los países americanos de origen ibérico.

Terminadas las reuniones de trabajo de las distintas comisiones, se reúne el día 17 de junio, bajo la presidencia de don Galo Plaza y con la asistencia de los ministros de Comercio e Industria y del director del Instituto de Cultura Hispánica, la última sesión plenaria de la Asamblea, en donde después de haber dado lectura y aprobación a las conclusiones de cada una de ellas se nombra por la Mesa directiva una Comisión que redacte el documento final en el que se sinteticen los frutos de esta rama del Congreso de Instituciones Hispánicas.

Esta Comisión estuvo integrada por el presidente de la Asamblea, don Galo Plaza, ex presidente de la República del Ecuador; por el secretario general, don Manuel Fuentes Irurozqui; secretario general del Consejo Superior de Cámaras de Comercio, Industria y Navegación y por tres miembros del Congreso: don Javier Márquez, director de CEMLA; don René Ortuño, presidente del Comité Ejecutivo de

ALALC, y don Jorge Sol Castellano, miembro del CIES, los cuales dieron vida a un informe resumen de las conclusiones tomadas en las distintas comisiones que perpetuara las recomendaciones de esta reunión, y cuyo texto íntegro es el siguiente:

Primero. *Problemas estructurales del desarrollo económico.*

Al encarar el tema, la reunión se refirió a determinados aspectos comerciales, financieros y aun educacionales, que fueron motivo de consideración en el curso de las deliberaciones específicamente destinadas al análisis de los mismos. Así, el impulso de la diversificación de las exportaciones, comprendiendo las manufacturas, y de los arreglos destinados a estabilizar los precios de los productos básicos, el estímulo a las inversiones extranjeras y la educación técnica en todos los niveles.

En cuanto a la integración económica iberoamericana, se recomendó su aceleración, en base al intercambio comercial, para llegar en ulterior etapa a la eventual formación de un mercado común.

Al abordar la participación que habría de corresponder, respectivamente, a los sectores público y privado en el proceso de desarrollo, se puso de relieve la importancia que en el desarrollo económico de los países iberoamericanos debe tener la iniciativa privada como factor dinámico de dicho desarrollo. Se sostuvo que el Estado tendría a su cargo la realización de las obras de infraestructura, correspondiendo al sector privado todo lo relativo al desarrollo agrícola, industrial y comercial, salvo el caso de aquellas tareas que, por su magnitud u otra circunstancia, no pueden ser efectuadas por la actividad privada.

Al tratar, también escuetamente, de las prioridades a establecerse para la fijación de metas se recomendó asimismo la participación del sector empresario a fin de que el mismo asuma las responsabilidades que la realidad presente impone al empresario en su condición de tal.

Por último, la reunión recomendó el estudio de la promoción del desarrollo en regiones fronterizas adecuadas para convertirse en polos de irradiación del crecimiento en un área determinada.

Segundo: *Desarrollo cultural.*

Puede sentarse como tesis de validez general que la educación a todos los niveles no sólo es condición *sine qua non* para el desarrollo económico, sino que un desarrollo que descuidara la educación, aunque fuera posible, no tendría contenido social ni humano. Se reconoce, sin embargo, que llevará tiempo y exigirá muchos esfuerzos y gastos superar el atraso en que se encuentran algunos países de Iberoamérica en materia educativa. Si el proceso de desarrollo económico no puede esperar, será preciso ir remediando las deficiencias en materia de educación «sobre la marcha» y aprovechar al máximo las oportuni-

dades de personal adiestrado y de adiestramiento que pueda obtenerse del exterior, así como los recursos financieros y otros externos disponibles con ese fin, facilitando así el esfuerzo interno de los países y apresurando el proceso educativo. Se consideró, en resumen, que la inversión en el «factor hombre» es la más productiva y socialmente deseable de cuantas pueden hacerse.

Además, las circunstancias del momento, con esa nueva dimensión que se ha creado en Iberoamérica con la integración económica, más la conveniencia de diversificar las exportaciones, que se deriva también de la formación del Mercado Común Europeo, no sólo hacen más posible que antes que el esfuerzo educativo tenga su remuneración en un mayor ingreso, sino que lo exigen como arma que capacite al área para la competencia en los mercados exteriores.

Por todo ello, la reunión consideró que sería deseable crear mecanismos ágiles para la divulgación de conocimientos para la cooperación iberoamericana en el campo educativo. Una técnica sugerida con este fin podría consistir en establecer en cada país del área que incumbe a esta reunión comités nacionales que fomenten la educación y divulgación de principios que tiendan al desarrollo económico y social. Tales comités podrían hacer sentir su acción a través de libros, revistas y material de enseñanza, proporcionando instructores y concediendo becas. También podrían centralizar la información respecto a la ayuda técnica disponible y así evitar el desperdicio de oportunidades. La acción de estos comités debería coordinarse a través de algún organismo central, donde sería deseable la presencia y concurso de la OEA, las Naciones Unidas, el Instituto de Cultura Hispánica y otros organismos idóneos.

Además, los organismos internacionales en los cuales el español es uno de los idiomas oficiales de trabajo —especialmente los interamericanos—, en colaboración con organismos competentes de España e Iberoamérica, deberían llevar a cabo trabajos de unificación de terminología técnica, pues la anarquía que hoy existe en muchos casos es un obstáculo para el debido entendimiento entre los países de habla española, con consecuencias negativas de tipo económico y cultural.

Dentro del ámbito cooperativo, con fines de educación, entran también las ideas expuestas sobre el establecimiento de un programa iberoamericano de intercambio de profesionales y técnicos que, tras su estadía en los países a que fueron asignados, proporcionen el resultado de sus observaciones, estudios y planes de trabajo al organismo central a que se ha aludido anteriormente para su adecuada utilización. Se señaló que el intercambio de profesores capacitados es el medio más eficaz de educación de adultos en los campos técnicos.

La reunión hizo votos porque en los presupuestos de los países del área se incrementen las sumas que se destinan en la actualidad a la educación general, y especialmente la técnica, estimulando asimismo las inversiones y aportaciones privadas con ese objeto mediante incentivos adecuados. También abogó por la adopción de sistemas modernos de enseñanza. Las viejas Universidades deberán dedicarse a vivir íntimamente con la comunidad humana que los rodea y a servirla. El profesorado tendrá dedicación plena, señalándose que la educación secundaria debería tener como primera finalidad la preparación integral para las actividades generales de la vida, en especial las productivas, y no ser sólo una etapa previa para la educación universitaria.

Tercero: *Relaciones comerciales.*

Al considerar los problemas vinculados a las repercusiones del Mercado Común Europeo en el área iberoamericana, la reunión destacó, en primer término, la importancia del intercambio comercial recíproco, señalando al propio tiempo la necesidad de que la CEE, en cuanto área económica de mayor dinámica del mundo de occidente, facilite la expansión de las exportaciones iberoamericanas a ritmo compatible con los requerimientos de la aceleración de su desarrollo económico.

Luego de expresar sus inquietudes acerca de los incrementos futuros imprescindibles para asegurar tasas mínimas de crecimiento, dado la tendencia restrictiva que se observa en el presente y la eventual acentuación de la misma que se insinúa en el curso de la gestación de las políticas comunes, la reunión resolvió declarar la conveniencia de que la CEE encauce sus relaciones con Iberoamérica conforme a determinadas orientaciones de política económica y comercial que, a su entender, cubrirán básicamente las aspiraciones de la región.

Al considerar, en primer término, la política agrícola que la comunidad está estructurando, la reunión señaló que parece destinada a asegurar proporciones crecientes del mercado a la producción interna, en detrimento de los exportadores iberoamericanos, aun a costa de generar niveles artificiales de precios internos y de recurrir a restricciones comerciales de todo orden. Para corregir esa situación se convino en que es preciso llegar, a la brevedad posible, a una adecuada coordinación de la aportación de productos agropecuarios en los mercados de la CEE, tanto en cuanto procedan de los países de la comunidad como de los países iberoamericanos. Estimó asimismo que las políticas que se adopten, en definitiva, debieran impedir la mayor producción de esos artículos a precios artificiales y traducirse en formulaciones que permitan la más amplia colocación de las exportaciones iberoamericanas. Ello redundaría en beneficio de ambas áreas económicas, ya que el poder de compra que las mismas generaran permitiría incre-

mentar las adquisiciones de bienes de capital procedentes de la comunidad.

En seguida, al referirse al trato preferencial que la CEE dispensa a los países asociados del Africa, y especialmente el libre acceso al mercado de ciertos productos agrícolas de zona tropical, subrayó el grave perjuicio que ello ocasiona a los países iberoamericanos exportadores de los mismos, con el agravante de que los impuestos internos que gravan su consumo alcanzan niveles muy elevados en varios países de la comunidad. Al respecto, la reunión apreció que la CEE debe contribuir a superar tal estado de cosas sumando su apoyo a la posición de los países industrializados que, en el seno del GATT, se han manifestado por la abolición de los aranceles vigentes y de los impuestos internos que afectan a dichos productos. De tal modo, el beneficio recibido por los países africanos se haría extensivo a los de Iberoamérica.

En relación al apoyo que la CEE proporciona a las políticas de desarrollo de las naciones del Africa, expresóse que la ayuda que se orienta al fomento de producciones exportables, que se hallan en situación de exceso de oferta en los mercados mundiales, perjudica también sensiblemente a los exportadores de Iberoamérica, tanto más cuanto que, en muchos casos, ella se hace efectiva mediante subsidios directos a los productores y donaciones que se traducen en inversiones destinadas a aumentar la producción.

En este caso considérase conveniente que la política de apoyo se oriente a promover la diversificación productiva y el progresivo desarrollo del sector industrial, evitándose así la incidencia desfavorable sobre los intereses de los países en vías de desarrollo de otras regiones del mundo y, en particular, de Iberoamérica.

Especial atención mereció el análisis de las posibilidades existentes para el acceso a los mercados de la CEE de semimanufacturas y manufacturas que Iberoamérica produce o puede producir en condiciones de economicidad. En este caso se apreció que la tarifa común, cuya vigencia se cumple gradualmente, reiterando viejas prácticas de los países industriales, es mucho más gravosa para aquéllas que para las materias primas empleadas en su producción. Tal problema, crucial para Iberoamérica en circunstancias en que se hace imperativo incrementar su capacidad para importar los bienes de capital esenciales a efectos de lograr un ritmo adecuado de desarrollo, requiere pronta y eficaz solución, ya que en caso contrario el crecimiento de las exportaciones tradicionales, señaladamente dada la intensidad de la demanda de la mayoría de los bienes primarios, no permitiría alcanzar el ritmo mínimo de desarrollo económico previsto para evitar graves desajustes.

La reunión apreció, además, que tal estado de cosas se agudiza en vista de que el arancel común, así como otros gravámenes y restricciones de efectos equivalente, no rigen para los países asociados.

En razón a lo expuesto señaló la urgente necesidad de que la CEE reajuste su tarifa externa teniendo en cuenta los intereses de los países en vías de desarrollo, conforme a un concepto renovado de la equidad y de la reciprocidad que, en el trato entre naciones y grupos de naciones que tienen recursos y posibilidades manifiestamente desiguales, debe elevarse por sobre la rígida igualación aritmética de prestaciones inmediatas, ponderándolas en relación a la posición relativa de las partes, tal como lo vienen haciendo en el plano regional los países que integran la Asociación Latinoamericana de Libre Comercio.

Al recapitular la actitud de los países de la CEE durante la reciente reunión ministerial celebrada en el GATT, se estimó que también se hace preciso que ellos reconsideren su negativa a suscribir el programa de ocho puntos auspiciado por los Estados iberoamericanos y otros miembros del acuerdo general, que incluía aspectos sustanciales de política económica y comercial. Si tal cosa no ocurriera, parece seguro que se hará preciso buscar nuevas formas de organización internacional que contemplen de manera más comprensiva y permanente las necesidades de los países en crecimiento.

Al cerrar la consideración del tema, la reunión acordó declarar que el proceso de integración contemporáneo, que tiene como meta la liberación del comercio mundial y la formación de mercados ampliados para alcanzar equilibrio y vigencia plenos, debe reconocer como su objetivo esencial cerrar la brecha existente entre los países altamente industrializados y aquellos que se hallan en vías de desarrollo.

Al tratar de la proyectada Conferencia Mundial de Comercio y Desarrollo, organizada por las Naciones Unidas, así como de los trabajos que se cumplen en el GATT, la reunión consideró la conveniencia de que los países de menor desarrollo económico relativo actúen en forma armónica y solidaria, a fin de mejorar su capacidad negociadora.

En consecuencia, recomendó que tales países promuevan contactos recíprocos adecuados para una acción armónica y solidaria, encaminada a lograr soluciones efectivas y permanentes para los problemas sustanciales del subdesarrollo.

Al tratar del momento de las relaciones comerciales, la reunión se expresó en términos semejantes —aunque restringidos al ámbito iberoamericano— acerca de la Conferencia Mundial de Comercio y Desarrollo, manifestando la preocupación básica de que dicha Conferencia se mantenga al margen de planteamientos estrictamente polí-

ticos que pudieran interferir el tratamiento de los problemas técnicos y económicos esenciales. Por ello la reunión recomendó que se lleve a cabo una campaña intensa de esclarecimiento de la opinión.

En el curso de las deliberaciones quedó evidenciada la necesidad de que se preste especial atención a la organización de los sistemas comerciales destinados a la exportación no sólo para la promoción de la venta de productos no comprendidos en las exportaciones tradicionales, sino también con miras a incrementar los ingresos recibidos por los productores de toda clase de bienes exportables. En concreto, la reunión recomendó la creación de organizaciones de los productores de cada país, con miras tanto a la acción promocional externa como a lograr una valoración remunerativa para sus productos exportables.

Al tratar de las relaciones económicas actuales y potenciales de Iberoamérica, España y Portugal, la reunión, luego de apuntar la escasa relevancia del intercambio presente —sensiblemente desfavorable para España— y de mostrar preocupación por la incidencia futura de los acuerdos multilaterales regionales, estimó que existen bases para llegar a formulaciones adecuadas y efectivas que permitan activar las corrientes de intercambio y corregir el desequilibrio señalado.

En favor de ese objetivo recomendó la difusión de la información comercial referente a Iberoamérica, España y Portugal, la promoción de oportunidades de expansión comercial, el análisis de los problemas y mecanismos cambiarios y financieros vinculados al intercambio comercial, el estudio de los medios de transportes, de la utilización efectiva de las áreas de exención y de los mecanismos de liberación vigente.

Esta línea de acción fué básicamente reiterada al tratar de los aspectos diversos del desarrollo económico. Se insistió en la necesidad de la acción promocional e informativa y, especialmente, en el incremento de los contactos directos de toda índole, tales como congresos, ferias de muestras, exposiciones, reuniones bilaterales, etc. En su ocasión se recomendó asimismo que se ponga en marcha un programa de trabajos tendentes a facilitar la armonización y unificación progresivas de las normas y prácticas que rigen las relaciones comerciales en Iberoamérica, España y Portugal. Específicamente se recomendó fomentar las relaciones entre los servicios de seguros, refiriéndose a la próxima reunión de la IX Conferencia Hemisférica de Seguros, a celebrar en Méjico, como ocasión propicia para efectuar los primeros contactos.

Por último, se aconseja procurar fórmulas de asociación entre los países iberoamericanos, España y Portugal, que propendan al incremento del intercambio recíproco y a la coordinación de las respectivas

economías. En tanto no se llega al perfeccionamiento de instrumentos formales de asociación entre los países de Iberoamérica, España y Portugal estímase conveniente gestionar el intercambio de observadores ante los organismos económicos o comerciales de ambas áreas.

Tal criterio se ha visto reiterado al considerarse diversos aspectos del temario, refiriéndose en algunos casos a organismos o modalidades específicas con respecto a las cuales se manifestaron posiciones discrepantes.

Cerrando este capítulo referido al intercambio comercial, y teniendo presente la conveniencia de facilitar los contactos personales entre las naciones de Iberoamérica y España, la reunión recomendó que, en los casos en que aún no se hubiesen celebrado convenios para la supresión del visado de pasaportes se suscriban a la brevedad posible, facilitándose, entre tanto, al máximo las tramitaciones requeridas a dicho efecto.

Cuarto: *Relaciones financieras.*

La intensificación del comercio de Iberoamérica, tanto dentro como fuera del área, exigirá un aumento de la inversión y también seguramente cambios en su composición tradicional. Si esto es patente para el comercio interlatinoamericano, la proporción decreciente del comercio en productos primarios, a medida que crece el ingreso de los países más desarrollados, así como la política de lo países europeos de protección a sus antiguas colonias y otras zonas subdesarrolladas, hacen que Iberoamérica necesite apresurar las inversiones industriales, a fin de aumentar sus exportaciones, dentro y fuera del área, y obtener así las divisas que necesita para acrecentar su ritmo de inversiones y hacer frente al servicio de su creciente deuda exterior.

Al ser escaso el ahorro interno de muchos países de Iberoamérica y haberse dañado la capacidad para importar por el deterioro de los términos de intercambio, la afluencia de recursos externos por concepto de préstamos e inversiones directas, facilitaría las inversiones que conviene al área, y la prosperidad de los países de la CEE hace concebir la esperanza de que puedan ser una fuente abundante de tales recursos externos, contrarrestando así, aunque indirectamente, los efectos adversos de su política comercial sobre la balanza de pagos de los países iberoamericanos. La afluencia de recursos externos es tanto más deseable por cuanto los procesos de industrialización tienden a crear una mayor demanda de importaciones. Nada de esto debe interpretarse como contrario a permitir insistirse en los esfuerzos por elevar los ingresos provenientes de las exportaciones para que constituyan la mayor proporción posible de las importaciones necesarias, debiéndose con este fin negociar cuantos acuerdos tiendan a ello.

Se ha considerado por la reunión que, con objeto de allegarse recursos externos que ayuden al desarrollo de Iberoamérica, los organismos de financiamiento internacional deberían coordinar estrechamente su acción teniendo en cuenta las oportunidades que ofrece la integración del área. Estos organismos, y especialmente el BID y el BCE, deberían ser el vehículo principal o cauce para que el capital extranjero del sector público contribuyera al desarrollo de Iberoamérica, y también podrían llegar al financiamiento de empresas medianas y pequeñas a través de los bancos de fomento de cada país. Es ésta una de las razones para abogar por el establecimiento de estos últimos.

Las inversiones extranjeras, incluyendo las procedentes de los países de la CEE, deberían tender a reducir la dependencia iberoamericana de la exportación de productos primarios y, en general, deberían tener preferencia aquellas en que sea mayor la contribución al producto nacional retenido en el país; razón ésta, entre otras, para favorecer las inversiones extranjeras que se asocien con capitales del país en que se hace la inversión.

En estas inversiones, la participación extranjera (financiera y técnica) puede tener mayor interés si se dirige a sectores en que es necesaria la producción en gran escala, que requiere mercados superiores a los que puede proporcionar un solo país, y las capaces de generar mayor valor añadido. En cualquier caso sería sumamente deseable que tales inversiones, con recursos oficiales o privados, sean mediante préstamos o por inversión directa, pudiesen generar, directa o indirectamente, aumentos de producción que permitan su servicio regular. Conviene recordar a este respecto que, a los efectos del servicio de los créditos e inversiones, los países en proceso de desarrollo tienen ventaja relativa en la producción de exportaciones que requieren una alta proporción de mano de obra.

La reunión discutió ampliamente el problema de los estímulos convenientes para que la aportación de recursos financieron y técnicos del exterior sea abundante. No se consideró deseable ni viable ofrecer a la inversión extranjera mayores ventajas que a la nacional, pero sí se aceptó que no deberían ser tampoco inferiores. La afluencia de recursos externos hacia las naciones iberoamericanas debe desenvolverse dentro del marco jurídico creado por las normas constitucionales de cada país. Es conveniente establecer organismos que estimulen esa aportación de recursos externos e incluso coordinen las políticas fiscales iberoamericanás con las de los países exportadores de capitales, a fin de facilitar el flujo de divisas hacia Iberoamérica. La legislación de todos los países debería dar protección a las inversiones, sean nacionales o extranjeras, a fin de fomentar la retención del ahorro nacional

en los países y orientar hacia ellos el ahorro exterior. Entre los factores favorables a tal fin se encuentran también, y en grado superlativo, la estabilidad interna y externa, es decir, la estabilidad de los precios, la cambiaria y un nivel de reservas internacionales que desalienta la especulación. Con ello se garantizaría la posibilidad de servicio de deudas e inversiones.

Se considera que sería sumamente deseable idear sistemas de seguros de riesgos para los inversionistas extranjeros, pero no pueden desconocerse las dificultades políticas y económicas que entraña que estos seguros sean a cargo del país que recibe la inversión.

En todo momento los participantes en la reunión estuvieron conscientes del gran problema que significa para la orientación geográfica o la capacidad de la inversión extranjera la disparidad de niveles de ingreso dentro del área iberoamericana. Esta disparidad puede ser enemiga de la igualdad regional de los niveles de desarrollo, pues las inversiones extranjeras tendrán una tendencia natural a concentarse en los países más desarrollados del área. Parece indispensable contrarrestar esta tendencia mediante mecanismos especiales que favorezcan de manera específica a los países de menor desarrollo para la localización de nuevas inversiones de integración.

Quinto. *Conclusión final.*

Considera la Asamblea que el Instituto de Cultura Hispánica, organismo ajeno a toda otra política que no sea la de servir los intereses generales de los países de común estirpe, pudiera asumir las tareas de impulso y puesta en acción de las recomendaciones transcritas como conclusiones de los trabajos de la reunión, y en especial cuando éstas precisen de una entidad de promoción y trabajo permanentes.

Por último, el día 12 se clausura en el Monasterio de El Escorial el Congreso de Instituciones Hispánicas en sus cuatro ramas, terminando con ello estos días de valiosos intercambios de opiniones entre intelectuales, políticos, economistas y hombres de negocios de las dos orillas hermanas del Atlántico.—CARLOS QUESADA.

# LA PROBLEMATICA DEL CAMBIO SOCIAL EN IBEROAMERICA

Haciéndose eco de una necesidad latente en el ámbito económico, social y cultural del mundo iberoamericano, el Instituto de Cultura Hispánica de Madrid aportó las medidas financieras y técnicas necesarias para convocar el que ha sido designado Congreso de Instituciones Hispánicas, dentro del cual ha tenido singular importancia la Mesa Redonda de Sociología, que ha constituído la primera reunión a escala Iberoamericana de destacados sociólogos de las naciones hermanas de América del Sur, España, Portugal y Filipinas.

Respondiendo a esta primera convocatoria del mundo sociológico iberoamericano, hicieron presencia en Madrid, del 5 al 12 de junio, representantes de la mencionada ciencia de múltiples países que en unión de nuestras primeras autoridades en la materia mantuvieron interesantísimos intercambios científicos sobre la realidad social de Iberoamérica, España, Portugal y Filipinas.

Después de la inauguración oficial del Congreso de Instituciones Hispánicas, la Mesa Redonda de Sociología inició sus tareas de trabajo en un ambiente de cordial intercambio de impresiones, entre los que constituyen la intelectualidad sociológica más significada del mundo iberoamericano.

La Mesa comenzó sus tareas dentro de un afectivo ambiente de fraternidad, acordándose por unanimidad el constituir una presidencia rotativa, otorgando tal función en cada una de las sesiones a un miembro de los países representados. Paralelamente se constituyó una secretaría permanente a cargo del señor Lizcano, quien con un equipo de eficientes colaboradores había preparado la ponencia base de dicha Mesa Redonda, y, finalmente, un secretario relator, el señor Couceiro, íntimamente vinculado al equipo del señor Lizcano.

*La primera sesión* de trabajo se desarrolló bajo la presencia del señor Lizcano, que como indicábamos desempeñó la secretaría permanente de la Mesa Redonda.

El relator, señor Couceiro, pronunció unas breves palabras sobre el programa de trabajo. Seguidamente el señor Lizcano planteó las causas que habían promovido la presente reunión sociológica, haciendo referencia al tipo de trabajos presentados.

Posteriormente el señor Lizcano dió a conocer nuestra problemática como conjunto social.

Tras una lectura del señor Couceiro sobre la ponencia base, tomaron la palabra los siguientes señores:

Señor Murillo: Indicó la necesidad de la univocidad en la terminología sociológica, con objeto de que los términos expresados sean igualmente interpretados. Suscitó también la necesidad de examinar la sociología del castellano en cada país, al objeto de contribuir a la tarea desempeñada por los filólogos.

Señor Hernán Godoy: Dado el elemental desarrollo de la investigación empírica en los países de la región, se tendrán más opiniones que hechos investigados, lo cual nos expone al peligro de caer en derivaciones políticas de las que se debe huir; por tanto, los cambios sociales se deben plantear como proyectos de investigación y no como conclusiones.

Señor Ismodes: Acorde con los señores Murillo y Godoy, propone que las instituciones sociológicas realicen intercambios de opiniones.

Señor Cuevillas: Celebra la presencia de sociólogos de varias nacionalidades iberoamericanas e invita a todos los presentes al Congreso de Sociología que se celebrará próximamente en Córdoba (Argentina). Igualmente corrobora la necesidad de homogeneizar los términos.

Reverendo padre Poblete: Planteó la acuciante necesidad de coordinar toda serie de trabajos que conduzcan a la realización de diccionarios de Sociología.

Se establece una animada discusión sobre los temas planteados.

El señor Lizcano expone la conclusión que de confeccionarse un anuario sociológico, debía de realizarse con unos criterios similares. Seguidamente, al concederse la palabra, intervienen:

Señor Ismodes: Suscitó la necesidad de crear una Asociación Iberoamericana de Sociología, idea que viene también corroborada por el señor Román, que confirmó la urgencia de un centro iberoamericano de investigaciones que controle y coordine los trabajos de diferentes nacionalidades.

A continuación el secretario relator, señor Couceiro, dió lectura a las páginas de la ponencia base concernientes a:

Población mundial por continentes y su evolución.

Cálculos y perspectivas.

Suicidios y homicidios.

Población *por sectores* y categorías, etc.

*La segunda sesión* se celebró bajo la presidencia del señor Cuevillas, desempeñando la secretaría permanente el señor Lizcano, y ac-

tuando como secretario relator el señor Couceiro. El debate se inició sobre temas de demografía, interviniendo por orden cronológico:

Señor Ismodes: Planteó la variación del problema demográfico, pues se pasa de: gobernar es poblar, a la situación crítica del estallido demográfico, realmente planteado por la deficiencia del desarrollo económico. Otro problema lo constituyen el establecimiento de censos en diversos países de la región, donde se aprecian notorios retrasos en las fechas de publicación.

El señor Ismodes indicó que existen intereses que impiden el conocimiento exacto de la realidad, perturbando con todos los medios a su alcance la publicación de dichos censos.

Señor Esteva: Suscitó la necesidad de homogeneizar criterios con el objeto de no subestimar o menospreciar las estadísticas obtenidas, como también delimitar con criterios fijos lo que es una población urbana, rural, etc.

A instancias del señor Godoy, el señor Francés expuso la situación en que se encuentra la sección de la OEA sobre la normalización de censos, indicando que hay países que debido a sus deficientes medios no han podido realizar tal labor. El señor Francés afirmó que los sociólogos se deben poner en relación directa con los demógrafos puros, puesto que la Demografía no ha cambiado sustancialmente, pero sí mucho la Sociología.

El señor Diegues: Establece las diferencias nacionales en cuestiones demográficas sobre conceptos tales como población urbana, población rural, etc.

Reverendo padre Ramírez: Planteó el problema dicotómico de lo rural y lo urbano, lo cual aparece confirmado por el señor Francés, pues para algunos lo urbano es lo urbanístico, y para otros es simplemente una cuantía numérica.

Señor Esteva: Indicó la deficiencia del criterio numérico como diferenciador de lo rural y lo urbano. El criterio, según el señor Esteva, debe basarse en función de unos criterios económicos-sociales. El continuum rural urbano es lo que establece la diferencia entre lo rural y lo urbano, y no la cuantía numérica.

Señor Murillo: Respecto a la cuestión expuso que a los demógrafos no se les puede reprochar gran cosa, pues el planteamiento de problematicidad nace más bien en el sociólogo que en el demógrafo.

Seguidamente la Mesa Redonda de Sociología pasó a tratar sobre los grupos étnicos en América, interviniendo:

Señor Esteva: Las apreciaciones de indio blanco son conceptuaciones sociológicas muy difíciles de delimitar, siendo obligado el juzgar de acuerdo a conceptos culturales y no biológicos. Para el señor Esteva,

indio es el que culturalmente no se enmarca dentro de los grupos nacionales; igualmente se puede plantear, referente a los mestizos, a quien se considera como tal, al que permanece en una cultura íntegramente mezclada.

Señor Ismodes: Expuso la creciente corriente nacionalista que se suscita a través del concepto del indigenismo. En América, añadió el señor Ismodes, está surgiendo un nuevo tipo de hombre que aparece íntimamente vinculado a las tendencias nacionalistas, así en Perú el hombre peruano, etc.

*La tercera sesión* se reunió bajo la presidencia del señor Diegues, desempeñando las funciones de secretario los señores Lizcano y Couceiro.

Previo al comienzo de los debates, el señor Hernández propuso un voto de solidaridad de la Mesa Redonda de Sociología al difunto Papa Juan XXIII, por su eminente labor social magistralmente plasmada en las encíclicas *Mater et Magistra* y *Pacem in Terris*.

Seguidamente se formaron las comisiones:

«Precisiones conceptuales sobre problemática urbano-rural», integrada por los señores Esteva, Rubbo Muller, Francés, reverendo padre Gustavo Pérez y reverendo padre Renato Poblete.

«Precisiones conceptuales e investigaciones fundamentales acerca de grupos étnicos» formada por los señores Esteva, Ismodes, Lissarrague, Ballesteros, reverendo padre Santamaría y Rubbo Muller.

Posteriormente el relator señor Couceiro dió lectura a las páginas de la ponencia base concernientes a:

Problemas agrarios en Iberoamérica.

Resumen histórico social de la evolución del estado de la tierra.

Condiciones naturales.

Existencia del latifundismo y minifundismo.

Diferenciación entre los sectores urbanos y rurales.

Finalizada la lectura de los referidos temas se dió lugar a un elevado debate, en el cual intervinieron los siguientes señores:

Señor Ismodes: Quien planteó que la situación agraria en Iberoamérica no se debe al librecambismo, sino más bien al colonialismo.

Señor Hernández: Expuso la necesidad de aportar un plan educacional efectivo, que vaya paralelo a los planes de reforma agraria.

Reverendo padre Gustavo Pérez: Consideró que el aspecto sociocultural es, hasta cierto punto, la causa promotora de la actual situación agraria.

Señor Luna: Indicó la necesidad de realizar una serie de reformas que den alicientes al agro, fomentando las comunidades agrícolas, aprovechando las posibilidades que plantea el servicio militar, etc.

Señor Rubio: Puntualizó que la reforma agraria sin cultura no es aceptable para nadie. El latifundismo se plantea como un gran factor político a través del cual el latifundista controla absolutamente todo. Resultando necesaria una reforma que destruya tal sistema de poder.

Señor Diegues: Expuso el desarrollo económico y social por el que transcurre Iberoamérica, considerándolo como parcial, pues se desestiman criterios sociales. El señor Diegues mantuvo que la reforma agraria debe ser más bien un cambio social, que un incremento de la productividad.

Señor Fals Borda: Indicó que la reforma agraria, para considerarla como tal, debe llevar en sí un contexto revolucionario, destruyendo primero lo caduco para construir después algo nuevo, digno y equitativo.

La reforma agraria en su sentido normal, conservador, sin dinámica y contexto revolucionario, es más bien una acomodación reformista que una obra revolucionaria.

Reverendo padre Poblete: Suscitó la necesidad de preparar al campesinado para que pueda ser debidamente absorbido por la ciudad, evitándose la situación de desajuste por la que pasa el campesino al emigrar a los centros urbanos.

*La cuarta sesión* de la Mesa Redonda de Sociología realizó sus tareas bajo la presidencia del señor Fals Borda, autor del interesantísimo libro *La Violencia en Colombia.*

Tomó la palabra el señor Rubbo Muller, quien disertó sobre la estratificación social a través de catorce diferentes variantes, en las cuales queda perfectamente enmarcado el individuo según sus orientaciones.

Seguidamente el secretario relator, señor Couceiro, dió lectura al trabajo de T. Lynn Smith, de la Universidad de Florida sobre *El proceso de urbanización y los cambios sociales en Iberoamérica.*

Posteriormente tomaron la palabra los siguientes señores:

Reverendo padre Pérez Ramírez: Quien analizó con gran minuciosidad el proceso de cambio que se ha seguido en Colombia, de lo rural a lo urbano.

Señor Godoy: Realizó una exposición crítica del informe que anteriormente se había leído por el secretario relator, perteneciente al señor Lynn Smith.

Señor Esteva: Dió lectura a una propuesta, solicitando ayuda a la Organización de Estados Americanos (representada en la Mesa Redonda por el señor Francés), para la investigación social del mundo iberoamericano.

*La quinta sesión* de la Mesa Redonda de Sociología estuvo presidida por el señor Hernández, desempeñando como tradicionalmente venía

ocurriendo, los señores Lizcano y Couceiro las funciones de secretario y secretario relator.

Comenzó la sesión de trabajo, dándose lectura a las páginas de la ponencia base referentes a «La Estratificación Social» y «Las Clases Sociales»...

Seguidamente se dió apertura a un debate, en el cual tomaron la palabra los siguientes señores:

Señor Ismodes: Planteó que la estratificación social existente en numerosos países de Iberoamérica, se basa en la raza, el color, etc.

Señor Murillo: Indicó que las apreciaciones para una buena estratificación se deben basar más bien en factores cualitativos que en factores de índole cuantitativo. El señor Murillo se incorporó a la «comisión sobre estratificación social».

Señor Ismodes: Disertó sobre el analfabetismo en Iberoamérica. Indicando que lo que verdaderamente ha de desarrollarse en los países iberoamericanos es un auténtico progreso social, que contribuya a la alfabetización.

Señor Ballesteros: Manifestó que la alfabetización no sólo debe ser motivada por razones de planificación económica-social, sino también por razones puramente éticas.

Señor Cuevillas: Suscitó la necesidad de promover un cambio de estructuras que permita verdaderamente un desarrollo económico, social y cultural auténticos.

Señor Diegues: Expuso el desajuste que existe entre las necesidades reales y las proposiciones que verdaderamente se ofrecen. El hombre, añadió el señor Diegues, como unidad debe desenvolverse conjuntamente en el plano material y espiritual.

*La sexta y séptima* sesiones de la Mesa Redonda de Sociología, correspondieron al funcionamiento por separado de siete comisiones, que tuvieron por objeto los siguientes temas de trabajo:

Comisión I. «Precisiones conceptuales sobre problemática urbano-rural», compuesta por los profesores Esteva, de Madrid; Rubbo Muller, de São Paulo; Francés, de la OEA; reverendo padre Gustavo Pérez, de Bogotá, y reverendo Renato Poblete, S. J., de Santiago de Chile.

Comisión II. «Investigaciones fundamentales sobre problemática de estratificación rural», integrada por los profesores Esteva, de Madrid; Ismodes, de Lima; Lissarrague, de Madrid; Ballesteros, de Madrid; reverendo Santamaría, de Guatemala, y Rubbo Muller, de São Paulo.

Comisión III. «Investigaciones fundamentales sobre problemática de estructuración rural», formada por la señorita Philipe, de Santiago de Chile; los señores Fals Borda, de Bogotá; Rubbo Muller, de São

Paulo; Luna, de Quito; Hernández, de Santiago de Chile; Silgado, de Lima, y Esteva, de Madrid.

Comisión IV. «Investigaciones fundamentales acerca de estratificación urbana e industrial», constituída por los profesores Hernán Godoy, de Santiago de Chile; reverendo Gustavo Pérez, de Bogotá; Francés, de la OEA; Arévalo, de Madrid; Ortega, de Salamanca, y Moya, de Madrid.

Comisión V. «Investigaciones fundamentales sobre estratificación social», integrada por los profesores Rubbo Muller, de São Paulo; Esteva, de Madrid; Stefani, de Madrid; Murillo Ferrol, de Granada, y Moya, de Madrid.

Comisión VI. «Investigaciones fundamentales acerca del progreso cultural y social», formada por los profesores Cuevillas, de Buenos Aires; Hernández, de Santiago de Chile; Martín, de Madrid; Silgado, de Lima; Couceiro, de Madrid; Mezquita, de Madrid; Ortega, de Salamanca, y Santamaría, de Madrid.

Comisión VII. «De relaciones entre centros de investigación y creación de nuevos cauces institucionales para estudios sociológicos sobre el área ibérica», constituída por los profesores Diegues, de Río de Janeiro; Hernández, de Santiago de Chile; Francés, de la OEA; Esteva, de Madrid; Lissarrague, de Madrid; Cuevillas, de Buenos Aires; Rubbo Muller, de São Paulo, y Silgado, de Lima.

Paralelamente a las interesantes sesiones de la Mesa Redonda de Sociología se presentaron y distribuyeron las siguientes ponencias:

*La familia argentina ante el cambio social,* del profesor don Fernando Cuevillas, de las Universidades de El Salvador y Buenos Aires.

*El cooperativismo como una de las posibles soluciones al problema agrario en los países iberoamericanos,* del profesor don José Pernau Llimós.

*Sindicalismos, educación y cultura en el horizonte iberoamericano,* del profesor de la Escuela Sindical de Madrid don Raúl Chávarri.

*La transformación del agro en Hispanoamérica: el caso de Nariño en Colombia,* del profesor don Orlando Fals Borda, de Colombia.

*Mudanças sociais no meio rural latinoamericano,* del profesor don Manuel Diegues Jiménez.

*La organización y el cambio social en Colombia,* del reverendo padre don Gustavo Pérez Ramírez.

*Anomia, comunidad y cambio social,* del reverendo padre don Renato Poblete, S. J.

*El proceso de urbanización y los cambios sociales de Iberoamérica,* del profesor T. Lynn Smith, de la Universidad de Florida.

En la octava reunión de la Mesa Redonda, presidida por el profesor

Lissarrague, se dió lectura y aprobación a las conclusiones obtenidas por las sesiones plenarias y las comisiones de trabajo.

Transcribimos íntegramente la que ha sido designada declaración de la Mesa Redonda de Sociología, incluyendo como punto décimo el homenaje al Papa Juan XXIII, redactado en lengua portuguesa, como muestra de atención y fraternidad a los profesores representantes de la Sociología luso-brasileña.

Los sociólogos iberoamericanos y peninsulares reunidos en la Mesa Redonda sobre «La problemática del cambio social en Iberoamérica», con ocasión del Congreso de Instituciones Hispánicas, celebrado en Madrid, en junio de 1963, declaran su propósito de trabajar coordinadamente en el estudio objetivo e investigación científica de los problemas sociales de nuestra área sociocultural, en base a los proyectos y recomendaciones expresados en la siguiente:

## DECLARACION DE LA MESA REDONDA DE SOCIOLOGIA, REUNIDA EN MADRID, EN JUNIO DE 1963

### Punto primero. Conceptuación urbano-rural

Considerando:

1) Que el proceso de transición rural urbano y de acelerada urbanización constituye un fenómeno de particular actualidad y trascendencia en las sociedades iberoamericanas.

2) Que la existencia de criterios diversos para comprender este fenómeno impide su captación adecuada y dificulta las posibilidades de comparación analítica.

3) Que los criterios dicotómicos corrientemente empleados no resultan suficientes para el adecuado conocimiento de las actuales realidades emergentes provocadas por el acelerado cambio social.

La Mesa acuerda:

1.º Recomendar a las entidades oficiales e instituciones privadas dedicadas a la elaboración de estadísticas demográficas, el empleo de criterios sociológicos en los que la identificación de los grupos de población rurales, urbanos e intermedios se haga en base a datos, tales como las ocupacionales, verbigracia: actividades industriales, agrícolas, de servicios, comerciales, mineras, etc.

2.º Recomendar a los sociólogos la realización de investigaciones

que permitan una tipificación más rigurosa de las estructuras rurales, urbanas e intermedias, incluyendo factores, tales como sistemas de motivaciones, sistemas de conducta, etc.

### Punto segundo. Grupos étnicos

La Mesa recomienda:

1) Reconocer que al presente existen grupos étnicos que funcionan al margen de las sociedades nacionales y grupos étnicos que funcionan dentro de las sociedades nacionales, pero que tienen peculiaridades propias de grupo.

2) Plantear la problemática de hasta qué punto la existencia de estos grupos dificulta la integración de las sociedades nacionales; en función de qué factores se designa como miembros de grupos étnicos a los individuos que forman parte de los mismos y cuáles son los factores que hacen y pueden hacer posible la integración de todos los grupos étnicos que funcionan dentro de las sociedades nacionales en desarrollo.

3) Y en vista de que el fenómeno más importante en el terreno de los grupos étnicos en Iberoamérica es el mestizaje biológico y cultural, consideramos de importancia definir sus caracteres, los diversos componentes que lo integran en cada país y su proyección en la cultura y conciencia nacionales.

### Punto tercero. Estructura rural

Considerando:

1) Que es evidente la presión social ejercida por los pueblos iberoamericanos en la búsqueda de un cambio fundamental de sus condiciones de vida.

2) Que esta presión se encuentra en la raíz de los actuales problemas de la nación.

3) Que los fenómenos son de índole social y no de índole exclusivamente económica; es decir, incluyen aspectos de actitudes, creencias, motivaciones y de estructura social no medidos por los indicadores económicos.

4) Que los sociólogos deben ser llamados a prestar su contribución en el estudio y solución de estos problemas.

La Mesa recomienda:

1.° Que en la planificación de cada país se incluyan estudios dete-

nidos de los aspectos sociológicos que inciden en el proceso de cambio del campesinado, buscando su coordinación con los estudios económicos.

2.° Que tales estudios se basen en la aplicación del método científico, incluyendo las técnicas desarrolladas por la sociología.

3.° Que en especial se preste atención al estudio de las estructuras agrarias, educativas, políticas, religiosas y de salud y bienestar, planteando recomendaciones integrales que comprendan una promoción humana.

4.° Que se intensifiquen los estudios sobre la reforma agraria en los países ibéricos de la península y América, que parece ser de la mayor urgencia en lo rural. Tal estudio podrá contemplar dos aspectos:

*a)* Descripción de la estructura, incluyendo la distribución y tenencia de la tierra; las formas de poblamiento y división de la tierra; las posibles persistencias comunitarias y de colectivismo agrario tradicional, así como su posible proyección racionalizada o nuevas formas de explotación comunitaria y cooperativa de la tierra; la autonomía y la organización regional y el desarrollo de comunidades rurales, y los sistemas de agricultura imperantes en relación con el nivel de vida y el desarrollo de los sectores secundarios y terciarios.

*b)* Examen y evaluación de reformas agrarias específicas y de las técnicas y proyectos implicados.

## Punto cuarto. Estructura urbana

Considerando:

1) Que el rápido progreso de emigración rural urbana ha originado la emergencia de estructuras urbanas no planificadas, en forma de barrios marginales en casi todos los países iberoamericanos.

2) Que estas nuevas estructuras constituyen focos de desajuste humano y de problemas sociales, que exigen urgente estudio y solución.

3) Que la gravedad y similitud de estos problemas aconsejan la labor coordinada y la comunicación de experiencias, tanto en su diagnóstico como en el estudio de soluciones.

La Mesa recomienda:

1.° Adherirse a la resolución II-A del primer Consejo Interamericano y Social, por la cual se recomienda a los países del sistema interamericano se den prioridad a los estudios de desarrollo de la comunidad, como medio para elevar los niveles de la vida de las áreas marginales.

2.º Propiciar una serie de estudios paralelos y coordinados sobre el fenómeno de los grupos marginales, incluyendo:

*a)* El análisis del volumen, ritmo y formas de la migración rural-urbana.

*b)* El estudio de las iniciativas locales tendentes a la organización de los barrios marginales y la evaluación de sus resultados.

*c)* La investigación directa sobre las áreas marginales, enfocadas en sus aspectos de mayor importancia sociológica, particularmente en los valores y actitudes de los pobladores marginales, como base de organización social de sus miembros.

## Punto quinto. Estratificación social

Considerando:

1) Que la aguda diferencia entre los estratos sociales de los países iberoamericanos ocasiona tensiones y malestares que urge investigar.

2) Que la estratificación de muchos países iberoamericanos se distingue por sus modalidades propias.

3) Que es importante que se conozcan los resultados de las investigaciones realizadas en esta área de especialización sociológica.

La Mesa recomienda:

1.º Ampliar las investigaciones sobre estratificación social al mayor número posible de países en Iberoamérica, contemplando, entre otros, estudios comparativos acerca de la estructura del poder, surgimiento y función de los sectores medios y resistenciales al cambio.

2.º Buscar categorías adecuadas para el estudio de la estratificación en nuestros pueblos en función del marco de desenvolvimiento histórico y teniendo en cuenta las características étnicas y culturales.

3.º Promover un activo intercambio de información sobre los estudios de estratificación realizados en los países iberoamericanos.

## Punto sexto. Educación y desarrollo

Considerando:

1) Que la educación juega un papel fundamental en el desarrollo económico y social de los pueblos.

2) Que gran parte de los sistemas educacionales de los países de nuestra área se encuentran en crisis, debido principalmente a su insuficiencia cuantitativa y cualitativa y a su desconexión con las actuales realidades sociales.

3) Que esta situación se traduce en una baja utilización del factor humano en su contribución al desarrollo.

La Mesa recomienda:

1.° La realización de un estudio de las necesidades de personal calificado en todos los niveles profesionales y técnicos, con vistas a una planificación del sistema de enseñanza que considere al mismo tiempo las necesidades sociales y los valores humanos.

2.° Que dicho estudio determine las formas más adecuadas de realizar programas de capacitación técnica y profesional para las masas campesinas y las poblaciones urbanas marginales.

3.° Que, además, se incluya el análisis de los factores sociales que frenan el desarrollo sociocultural, así como las motivaciones y aspiraciones educacionales de las gentes.

PUNTO SÉPTIMO. FUNCIÓN DEL SOCIÓLOGO EN LA CRISIS ACTUAL

Considerando:

Que los pueblos de nuestra área cultural se enfrentan en la actualidad con los problemas del desarrollo económico; que el fin de cualquier política económica es el de elevar los niveles de vida de las poblaciones, y que el progreso económico sólo es posible y deseable cuando va acompañado por el desarrollo social.

La Mesa recomienda:

1.° Que en los trabajos de investigación, planificación y programación deben ser considerados los objetivos sociales en íntima relación con los económicos. Aquellas medidas destinadas a modificar las estructuras económicas de los países deben ir apoyadas en medidas de tipo social.

2.° Que se siga prestando la debida atención al hecho de que en el acta de Bogotá, en la Carta de Punta del Este y otros documentos interamericanos, redactados por los representantes de los países que forman la Organización de los Estados americanos, se da primacía a los problemas sociales y se determina que lo económico debe servir principalmente a un fin social.

3.° Que tanto por parte de los organismos internacionales como por los regionales y nacionales se procure que los estudios, planes y objetivos sociales sean sistemáticamente incorporados a las planificaciones correspondientes.

4.° Que para el tratamiento de los problemas sociales se utilice la colaboración de los científicos sociales, especialmente sociólogos, antro-

pólogos, ecólogos y otros, en el tratamiento de los problemas sociales.

5.° Que estas técnicas y métodos sólo puedan ser desarrollados por científicos sociales debidamente preparados en instituciones calificadas y acreditadas con títulos profesionales idóneos.

6.° Que las instituciones universitarias propendan a la organización y consolidación de escuelas y facultades de sociología para el fortalecimiento de la profesión, su representación ante entidades públicas y privadas, así como para evitar el intrusismo profesional.

8.° Que a efectos de la preparación de sociólogos profesionales se intensifique por parte de los gobiernos nacionales los programas de becas en las ciencias sociales que permitan la formación y extensión profesional de los mismos.

9.° Que se establezcan programas de intercambio de profesionales entre los países de Europa y América, con fines de investigación y de docencia.

10. Que se intensifique en lo posible los esfuerzos de cooperación técnica y profesional en materia social, especialmente de las Naciones Unidas y la Organización de los Estados Americanos, y se representen ante entidades públicas y privadas la conveniencia de gestionar mayores medios a estas organizaciones para que puedan aumentar tales programas.

## Punto octavo. Anuario de Sociología Ibérica (Península Ibérica, Iberoamérica y Filipinas)

Considerando:

La necesidad de una publicación científica permanente que globalice todos los datos y estudios de valor sociológico realizados en el mundo acerca del área de países de habla española y portuguesa y que sirva de órgano de trabajo solvente a estos efectos, tanto para el estudio como para el público culto.

La Mesa recomienda:

Solicitar del Instituto de Cultura Hispánica que acometa la publicación de un Anuario de Sociología Ibérica (Península Ibérica, Iberoamérica y Filipinas), en el que se recojan las estadísticas comentadas más importantes; los estudios más significativos aparecidos durante el año; las recensiones bibliográficas de todo el material restante publicado en libros y revistas; una sección antológica de trabajos clásicos y ya agotados o de difícil consulta; y otra última, en la que se recojan algunas investigaciones o estudios directamente encargados por el Anuario especializado de determinados campos.

La Mesa recomienda:

1.° A los gobiernos interesados, a los organismos regionales —especialmente OEA—, a internacionales —especialmente UNESCO— y a las fundaciones privadas interesadas en los problemas sociales o culturales de los países de cultura ibérica dispensen a un ritmo creciente la ayuda necesaria a las entidades especializadas en los estudios relativos a dicha área cultural, tales como Asociación Latinoamericana de Sociología; Centro Latinoamericano de Investigaciones en Ciencias Sociales, de Río de Janeiro; Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales, de Santiago de Chile; Federación de Institutos Católicos de Investigaciones Sociales y Sociorreligiosas (Feres); Facultad de Sociología de la Universidad Nacional de Colombia; Universidad Nacional de San Marcos de Lima; Facultad de Sociología de la Universidad Católica de Santiago de Chile; Seminario de Indigenismo de la Universidad de Madrid, y Fundación para el desarrollo de la Ciencia, la Educación y la Cultura, de Madrid, y otras entidades análogas, así como el Centro de Sociología Ibérica (Península Ibérica, Iberoamérica y Filipinas), promovido y organizado por esta última entidad, con ocasión de la presente Mesa Redonda de Sociólogos Iberoamericanos y Peninsulares.

2.° Que el Centro de Sociología Ibérica (Península Ibérica, Iberoamérica y Filipinas) planifique sus actividades de información, documentación, investigación y publicaciones, en estrecha cooperación con el Centro Latinoamericano de Investigaciones en Ciencias Sociales, dentro de los planes de trabajo y adiestramiento técnico que dicho Centro viene desarrollando prestigiosamente, de modo que se active el intercambio de docentes y estudiantes entre Iberoamérica y la Península y Filipinas, en orden a la máxima garantía del trabajo científico y del conocimiento recíproco.

3.° Que en el plazo más breve posible la comisión organizadora provincial elegida por la Mesa redacte y someta a aprobación de todos sus componentes de número actuales, considerados como miembros natos del Centro, los estatutos correspondientes y formalice la elección de la primera Junta rectora de la entidad, constituída en la presente declaración por la decisión de la Mesa.

4.° Que se consideren incluídos, dentro de la misma área referida de problemas socioculturales ibéricos, los relativos a las minorías hispánicas componentes de diversos estados contemporáneos.

5.° Que en el momento de quedar constituído el Centro de Sociología Ibérica se proclame el acuerdo espontáneo de todos sus funda-

dores, de saludar y expresar la mejor voluntad de colaboración a la Asociación Internacional de Sociología y al Instituto Internacional de Sociología.

### Punto décimo. Colaboración de reuniones periódicas

La Mesa considera necesario, dado el interés científico de la presente reunión de la Mesa Redonda de Sociología de Madrid, expresar su deseo de celebrar reuniones periódicas anuales o bianuales, de confrontación metodológica y de análisis realizados acerca de los problemas confrontados por los sociólogos de nuestra área ibérica.

### Punto undécimo. Sugerencia de una posible Federación regional

La Mesa considera conveniente recomendar una futura federación coordinadora de todas las entidades nacionales, regionales o internacionales, especializadas en los estudios sociólogos de nuestra área ibérica de países.

### Punto duodécimo. Homenagen ao Papa Joâo XXIII

A Mesa redonda de Sociología expresa sua homenagen a memória do Papa Joâo XXIII, resaltando, con o mais elevado respeito, e importante contribuiçâo que se encontra nas Encíclicas e Declaraçôes de Sua Santidade para o conhecimiento e soluçeño ativa dos problemas sociais de nosso tempo. Deseja, de modo particular, destacar as Encíclicas *Mater et Magistra* e *Pacen in terris* assinalando, en especial:

1. As ideais expestas nas Encíclicas de Sua Santidade se baseiam em modernos conceitos em armonía con las teorías o resultados das atuais investigaçôes e estudos das Ciencias Sociais.

2. Acentuan igualmente, con energia, os principios de liberdade do hemen, assinalando âo cristianismo una fundaçâo de estimulador para a elevaçeâo do nivel de vida de todos os homens ao mesmo tempo que estabelecense como melhor caminho para lograr o ben comun una verdadeira democracia, sem perjuizo das diversas modalidades em que possa consistir.

3. Consideramos que obra de Joâo XXIII nao o una simples sintese das magnificas definiçôes dos Pontifices que o antecedoram, mais que marca un verdadeiro espiritu de reforma na dinâmica histórica da Igreja que, por sua origem e missao pode atuar como un elan transformador, na sociodado da nosso tempo.

### Declaración final

La Mesa Redonda de Sociología expresa su agradecimiento al Instituto de Cultura Hispánica de Madrid por haberla convocado y con ello haber deparado ocasión a este grupo de sociólogos del mundo iberoamericano para departir, en un plano de fecunda colaboración y comprensión, sobre los acuciantes temas de las ciencias sociales en su proyección en Iberoamérica. Este voto de gratitud se hace extensivo por la Mesa Redonda al Director del Instituto, don Gregorio Marañón Moya, cuya sensibilidad por los problemas del mundo ibérico y americano le han hecho incluir las preocupaciones sociológicas en el marco del Congreso de Instituciones Hispánicas.—José Santamaría.



# BRUJULA DE ACTUALIDAD

# Sección de Notas

## ACLARACION AL «QUIJOTE»: UNA «AVENTURA VACIA», YA NO VACIA

Durante mucho tiempo, los cervantistas han discrepado sobre la filiación espiritual del manco de Lepanto. Los hay que han afirmado que era erasmista; otros concurren en la opinión de una afinidad tridentina. Pero hasta la fecha las pruebas avanzadas quedan reducidas a conjeturas incapaces de granjearse la unánime adhesión.

Algunos episodios del *Quijote* han dado lugar a interpretaciones más o menos acertadas, y no por falta de bien intencionado empeño. Los hay que habían sido calificados por el que suscribe, lo mismo que por don Luis Rosales, como «aventuras vacías»; por ejemplo, el incidente del duelo frustrado entre Don Quijote y el lacayo Tosilos. Pues de esta aventura, ya no «vacía», se tratará en este ensayo, procurando orientar a los lectores hacia la comprensión de ciertos aspectos exteriores de este episodio quijotesco.

Américo Castro fué uno de los primeros en apuntar la relación entre una obra de arte y la historia; su *Pensamiento de Cervantes* advierte que el genio del manco de Lepanto está influído por la historia del siglo XVI. Esta ley de evolución del pensamiento ha sido desestimada en Francia también, a juzgar por la reconvención del catedrático Henri Peyre, quien, al deplorarla, añade un dato todavía más importante a la advertencia de Castro: «Una de las grandes ventajas de incluir el estudio de movimientos religiosos y de la religiosidad en cuestiones de literatura es que nos enseña a conceder a la historia su participación en los móviles y sentimientos irracionales y no... a despreciar como supersticiones o a recluir en los confines exteriores de la razón lo que no gana al ser constreñido en tal estrecha periferia.» (*PMLA*, LXXVII, 1962, p. 347.)

La interdependencia de la historia y de la religión es una verdad de fondo que no puede desecharse cuando se trata de analizar una

fase de la literatura española, la cual, a lo largo de su evolución, acusa una tensión histórica, digamos permanente, entre las dos tendencias opuestas de lo racional e irracional. Cuando la tensión rebasa la esfera de la religión se proyecta también al plano humanístico, a juzgar por la afinidad espiritual de Unamuno con el señor Peyre, cuando dice el rector salmantino: «Razón y fe son dos enemigos que no pueden sostenerse el uno sin el otro. Lo irracional pide ser racionalizado, y la razón sólo puede operar sobre lo irracional. Pero asociarse en lucha, ya que la lucha es un modo de asociación.» *(OC,* Aguado, IV, p. 550.)

Volviendo a la «aventura vacía» del duelo, cuyo complejo de irracional-racional ha provocado reacciones tan varias, inútil recordar la raigambre del duelo en las costumbres del tiempo de Cervantes, tanto en España como en otros países. El Concilio de Trento se preocupó de la influencia nefasta de este uso, por sus estragos, pero a los ejecutores del Decreto tridentino les inquietó más la dificultad de su aplicación. No se corrigen males seculares con un plumazo al pie de un texto de ley. La actuación draconiana del cardenal de Richelieu realza la gravedad de la tensión entre la Nobleza y la Iglesia post-tridentina, así como la determinación del clero por extirpar del mundo cristiano lo que el Decreto del Concilio de Trento califica de «detestable costumbre de los desafíos, introducida por artificio del demonio para lograr a un mismo tiempo que la muerte sangrienta de los cuerpos la perdición de las almas.» (I. López de Ayala: *El Concilio de Trento.* Madrid, 1917; página 414.)

En España, las cosas no podían ir mejor que en otros países, pues no sólo tropezó la Iglesia con resistencia para la aplicación del Decreto contra los duelos, sino también para otros más.

La coincidencia de ser unos nobles los protagonistas del planteamiento del duelo en el *Quijote* apoyaría la conjetura de la resistencia de la nobleza española al acatamiento de la Decretal de Trento, al igual que la nobleza francesa. La trayectoria de la actitud cervantina ante las disposiciones del Tridentino en esta cuestión tan espinosa inicia, en 1605, con un aleccionamiento mitigado, para terminar, en 1615, proyectando todo el espíritu y la letra del Decreto del Concilio de Trento contra los duelos en un episodio cuya temática narrativa le reviste del velo de aparente indiferencia. En el episodio del duelo entre Don Quijote y el lacayo Tosilos, puede desentrañarse la prueba concreta de la filiación tridentina de Cervantes, ya que la acción se desenvuelve en dos fases opuestas, dentro de la esfera de influencia del espíritu y de la letra de la Decretal, cuyas palabras y cláusulas más importantes procede citar a continuación.

Este Decreto estipula sanciones contra quienes «*concedieren* (1) en

sus *tierras* (2) *campo* (3) para el *desafío* (4) entre cristianos...», así como contra «las personas que dieren consejo en la *causa* (5) del desafío, tanto sobre el *derecho* (6) como sobre el *hecho* (7)...» (Ayala, pp. 414-415.)

Al empezar la narración del incidente duelista, se nos aparece el duque situado, por confesión propia, dentro del cuadro *ad pedem litterae* de la primera cláusula del Decreto, citada previamente. En efecto, al aprobar el proyecto del desafío de Don Quijote, el noble se expresa utilizando las palabras correspondientes a los cuatro elementos constitutivos de infracción a la ley canónica cuando manifiesta: «No es menester... que vuestra merced se ponga en trabajo... tomo a mi cargo de hacerle saber este *desafío* (4), y que lo acepte, y venga a responder por sí a este mi *castillo* (2), donde a entrambos *daré* (1) *campo* (3) seguro (II, p. 52). Le asegura, más tarde, que «le *daba* (1) *campo* franco (3) en su *tierra* (2)... (en aquel combate que reconoce ir) contra el decreto del santo concilio se prohibe tales *desafíos* (4)... (II, p. 56.) ¿Se precisan más pruebas estilísticas para exponer al desnudo el taimado disimulo con que Cervantes inserta las voces cruciales del texto romano, en una narración aparentemente desligada de todo enlace tridentino? De momento, procede concluir que las palabras del duque se ciñen al espíritu negativo, es decir, el preventivo, que los padres del Concilio tienen en la mente al formular la primera cláusula precitada de su Decretal.

La segunda cláusula, no la olvida Cervantes. La ejemplifica por las palabras del noble, cuando éste toma la palabra por *segunda* vez, al manifestar en público que «ante todas cosas es menester que esta buena dueña y mala doncella *pongan el derecho* de su *justicia* (causa) en manos del señor Don Quijote, que de otra manera *no* se hará nada, ni llegará a *debida ejecución* el tal *desafío*». Es decir, sin las formas en cuestión, la contienda no puede considerarse duelo, pues vicia de forma.

Analizando la espiritualidad de la rebeldía del duque contra Trento, acusa un paralelo con las normas que ejemplifican una causalidad rigurosa de carácter teológico-moral; las alternativas del episodio se desenvuelven dentro de la esfera de influencia de los elementos constitutivos de la Decretal; la actuación del duque se ciñe a un conjunto de circunstancias exteriores e interiores que le sitúan, *de facto y de jure,* dentro de las estipulaciones de la ley canónica para constituir una infracción que incurra la máxima sanción eclesiástica.

Los factores exteriores de la forma confirman las alusiones cervantinas a los requisitos canónicos y circunstanciales previstos por la Decretal. Para caer bajo la sanción eclesiástica, en el duelo han de concurrir elementos constitutivos exteriores, tales como plazo fijo

(mínimo de veinticuatro horas), lugar y armas, sin faltar testigos; o, como dice Cervantes, «de otra manera *no* se hará nada, ni llegará a *debida* ejecución» la contienda con carácter anti-tridentino. Es el duque quien se encarga de estipular el plazo previo, «de allí a seis días» para aquel «apuntamiento», así como el lugar, «la plaza de aquel castillo», en sus dominios; las armas convenidas, sin engaño», dice Cervantes, lo cual es gravísimo desde el punto de vista teológico-moral, pues carecen de accesorios susceptibles de evitar un desenlace fatal. ¿Qué más precisamos, en la conducta del Duque, para tacharla de acto de rebeldía deliberada, consciente, contra la Decretal? Las dos únicas veces que Cervantes da la palabra al duque, en este capítulo memorable, es para colocar en su boca las voces clave del Decreto del duelo. Cuando se reanuda el incidente, cuatro capítulos más lejos, los primeros movimientos y las palabras del noble señor acusan una explícita admisión de la influencia del Decreto contra los duelos. Específicamente, se rige entonces dicho noble como bajo el impacto del poder espiritual de la Iglesia: ordena suprimir los hierros a las lanzas... [porque] no permitía la cristiandad... que aquella batalla fuese con tanto riesgo y peligro de las vidas...» (II, p. 56). Con lo cual reconcilia el duque su conciencia con el preámbulo del Decreto en lo que se opone a cuanto puede «lograr a un mismo tiempo que la muerte sangrienta de los cuerpos la perdición de las almas».

El minimizar la gravedad posible de la contienda, bajo la presión de un escrúpulo de conciencia manifestado tan a las claras, contiene admisión de acatamiento a la Decretal, quizá a desgana, pero el orgullo de la nobleza se ve precisado a doblar la cerviz ante una fuerza superior, invisible.

El desenlace del simulacro de duelo proyecta un deje de atisbos del fondo histórico-religioso, real, de la tensión entre la nobleza duelista y la iglesia post-tridentina. Más lejos todavía nos llevan las implicaciones del desenlace. «Colérico en extremo el duque» ante la negativa de su lacayo de luchar contra Don Quijote, ¿qué enlace histórico podría encubrir esta ira sino el de reflejar la reacción normal de disconformidad de la nobleza insurgente? Las represalias del noble contra su lacayo, a quien encierra, podrían quizá abonar la conjetura lógica de una presentación parabólica por parte de Cervantes.

El mérito del manco de Lepanto en este episodio duelista estriba en su arte de presentar tan amenamente una tensión que realmente existió entre la Iglesia y la nobleza. Por su intención inicial, el duque se sitúa en el plano de rebelión contra Trento. Pero la acción termina por rodearse de partes y circunstancias ficticias: el señor don Luis Rosales [*Cervantes y la libertad*] señala con acierto la sustitución del

ofensor real por un lacayo que nada tiene que ver con *causa, derecho* o *hecho* del *desafío*. Lo más interesante, al reanudarse el episodio después de interpolación de varios capítulos sin relación con él, es que las armas aparecen desprovistas de la «ocasión», en el sentido teológico-moral de la palabra; la pompa de burla elimina los aspectos de seriedad casi-trágica con que inició el debate de la contienda; escrúpulos de conciencia terminan por rendir al cristiano al acato, más o menos voluntario, del Decreto del Tridentino. Las razones en pro y en contra del Duelo, apoyadas por las palabras-clave de la Decretal, terminan por producir un efecto de realismo evidente, ya que lo plausible se combina con la realidad.

El incidente, que comenzó con aspectos de comedia, se desliza por la vertiente de la tragedia cuando provoca la inquietud en el lector sobre el «¿qué advendrá...?», sobre cuya nota álgida *interrumpe* Cervantes la narración; pero después de reanudarla centra la atención del lector en un desenlace que acusa el impacto de la espiritualidad restrictiva y punitiva del Decreto de Trento. El conflicto lo ha resuelto Cervantes compaginando el acatamiento a las exigencias de lo racional religioso con el interés de lo irracional histórico-narrativo a que aluden Unamuno y Henri Peyre. Es que, como lo ha sentido la crítica competente, la narración cervantina se dobla de un fondo en que nuestro autor «prepara crisis, pero da también a sus personajes los medios que les permitirán superarlas» (M. Durán, la ambigüedad en el «Quijote», México, 1960; p. 11).

Admirable faceta del arte cervantino para zanjar la controversia medieval: superioridad del clérigo o del caballero. El poder de la espada se rindió al poder de las ideas.—Paul M. Descouzis.

# EL OCASO DE FRANCISCA SANCHEZ

## LA CASTELLANA FIEL DE RUBEN DARIO

Son las cuatro de la tarde, de una tarde dominguera y soleada. Camino hacia la calle del Doctor Esquerdo; detrás queda el sombrío edificio de la Maternidad; al frente, la Inclusa, cuya fachada es aún más tétrica; un poco más adelante está mi meta, el hospital de San Juan de Dios, donde queda encajada en su última perspectiva Francisca Sánchez, la castellana fiel de Rubén Darío.

La primera impresión es que hasta el aire tras los muros del hospital se está muriendo, un aire ácido de medicamentos y desinfectantes. Entre los pabellones hay pequeños jardines yermos; uno, con un gato saltando alegremente en la escasa grama; otro, con un viejo, con quién sabe qué terrible enfermedad de la piel, tomando el sol sobre un banco.

Entro en el pabellón número 12 de los enfermos «distinguidos» que tienen cuartos individuales. También aquí preside en el aire el dolor. La habitación donde la enfermedad consume a Francisca Sánchez es pequeña, caben en ella sólo la cama y una silla; la mesita, sin ningún ramo de flores, y ese tremendo mundo del cáncer, representado por unas toallas puestas a secar en la ventana con manchas de supuraciones y sangre podrida.

Francisca Sánchez está sola. Nadie ha venido a hacerle compañía esta tarde, «esta tarde y muchas», como dice la monja. Paca está en la cama con un vestido negro y un pañuelo blanco, a la usanza de las viejas campesinas de Castilla. Otro pañuelo «florido» le cubre la cabeza y gran parte de la cara, tremendamente torcida e hinchada. Al verme se acuerda de mí, me da la mano, que luego vuelve a caer, cansada, sobre la sábana. Nos ponemos a hablar de su enfermedad. Dice:

—Esto sólo los médicos saben lo que es. No se puede hablar nada. Ya me operaron dos veces. Era mucho el mal que tenía. Me echo a la mesa de operaciones como si tal cosa. No le tengo miedo.

Me habla de su tratamiento:

—Hay mucho nuevo con esto de la radio. Yo tenía las agujas atravesadas en la sien, y como el oído éste me está supurando, me lo lavan bien y me lo desinfectan bien, y yo sigo tan campante... Con

la limpieza, nada, ni hablar. Lo principal es que no he perdido el oído. Lo único, que se me tuerce un poco la boca... Lo demás, nada. Estoy muy contenta. Tengo mucho cariño a este hospital, el primero en que estuve...

La que lo dice es la mujer que ha inspirado los más sublimes versos de Rubén Darío y le ha dado varios hijos. Ahora ya son ochenta y ocho años. ¿Muchos, o todavía pocos? Siempre pocos.

—Yo, que pudiera estar buena ahora; gozando de una vejez un poquito tranquila, feliz... —se lamenta Francisca.

Le digo que se va a curar, que ochenta y ocho años no son nada, que Azorín ha cumplido este día los noventa.

—¿Quién es ese Azorín? —pregunta la monja.

Hablamos con Francisca de su vida. Dice que Rubén es muy querido por el mundo entero. De ahí que la vida de ella fué una nube de artículos y ahora también. Le pregunto si todavía se acuerda mucho de él.

—Son cosas que no se olvidan. En mi casa están todos los recortes.

Sale del cuarto la monja, Sor Leocadia, y Francisca comenta:

—La quiero con locura. La quiero mucho, mucho. Es buena, buena.

Luego cuenta que la escritora doña Carmen Conde ha estado recientemente en Nicaragua, donde la han recibido muy bien.

—Ha dado conferencias sobre Rubén, por la gran admiración que le tiene, ¿sabe usted?, y ahora a mi nieta le han dedicado allí una isla y a mí me ha puesto un telegrama el señor ministro que pone... (trata de recordar). Ya no me acuerdo lo que pone: «En este momento acabamos de inaugurar las grandes escuelas de Nicaragua, dedicadas a usted, doña Francisca Sánchez del Pozo.»

Pregunto si considera que la vida ha sido buena con ella.

—Ha sido buena a ratitos. Rubén fué embajador en Madrid. Ahora el Gobierno ha puesto una placa en la casa donde vivíamos.

Le digo que la he visto, y Francisca se maravilla y exclama:

—Se entera usted de todo, ¡qué bonito!

—¿Sigue usted pensando mucho en Rubén?

—Siempre. Siempre aparece por todas partes donde quiera que voy. Desde el primer día que le conocí, aquellas dos almas fueron una. Nunca hemos vivido separados. Era el lazarillo de Dios en su sendero: «Francisca Sánchez, acompáñame...» (Recita el comienzo de los famosos versos que Rubén escribió para ella.)

Le ofrezco unos dulces que le he traído.

—Para tragar me beneficia el buen tiempo —dice, y elige el bombón más blando, que se come poco a poco. Cuenta que en días pasados

ha salido al jardín—. Este hospital tiene esta ventaja. Y ahí nos sentamos los enfermos a conversar de heridas. A una le falta una pierna, a otra otras cosas. Si no me descubren en el pueblo donde yo vivía (Navalsauz, en la provincia de Avila), ya me hubiera muerto. De allí me trajeron don Julián Pemartín, doña Carmen Conde y don Antonio Oliver. Decían: ¿Dónde está esta mujer? ¿Dónde vive? ¡No se la encuentra en ningún sitio! ¿Dónde está metida? Luego me dieron un piso en Madrid. Aquí en Madrid se me murió mi madre; me la traje a la capital, no quería que se quedara en el pueblo con el frío.

Luego sigue hablando de su enfermedad:

—Siete años con el granito. Me operaron de un grano en la cara, ¿sabe usted? La primera operación hace dos años. Las dos veces, aquí. La tercera ya no era operación, sino el tratamiento de radio.

Hablamos de nuevo de Rubén Darío. Francisca dice:

—Siempre estábamos juntos. El me buscaba y me encontraba. Yo siempre le seguía a todas partes. Este fué el valor que me dió Rubén... Rubén siempre me acompaña. Sus palabras me suenan en todas las partes del mundo. Primero se me murió una hija suya, que se llamaba Carmen, y luego el segundo, que llamaban Guicho, *el Campesino*, porque se crió con mi madre en el pueblo. Murió también él, al que yo quise tanto... ¡Cómo iba a creer que ése era su último viaje que hacía! Allí se quedó con el corazón de Francisca en su pecho...

Se incorpora en la cama y llora tan amargamente, que me asusto y salgo a llamar a la monja.

—Madre, ¿cuánto tiempo cree usted que vivirá Francisca?

—Como tiene una naturaleza tan fuerte, quién lo sabe. Pero, desde luego, no tiene remedio.

Francisca se ha sosegado y saca de su pecho una vieja estampa montada sobre un grueso cartón.

—Es el Niño del Remedio—dice—; si no lo conoce usted, pase a verlo. Hágame el favor. ¡Es algo grandioso! También la Virgen del Pilar me la llevan a mi casa y la dejan allí veinticuatro horas, y a Jesús Nazareno me lo llevan también a mi casa.

Hay un momento de silencio; luego añade:

—Hay amigos, hay familiares, hay amistades, hay conocimientos, lejanos o cercanos, como sea, pero los hay, que dan en el corazón y no se borran jamás. Hasta el último día de la existencia. Yo conozco aquellos nietos míos y de Rubén que viven en Nicaragua sólo de fotografías; pero ahora que ha estado allí doña Carmen ha resucitado una cosa inmóvil, mortecina. Hemos tenido mucha correspondencia. Los dos chicos y la chica, ¿sabe usted?, son el vivo retrato del abuelo.

Ahora estamos de corazón a corazón. (Doña Carmen ha reforzado este contacto y está escribiendo las memorias de Francisca Sánchez.) Doña Carmen Conde es para mí una amiga que llegó a mi casa como usted, pero hoy ya no es solamente una amiga, es una cosa muy íntima, de confianza muy grande. Esto no lo borra nada más que la muerte.

Hablamos de nuevo de aquella página de su vida en la que ha puesto toda su alma, toda su emoción, toda su sinceridad: Rubén. Vuelve a decir:

—Siempre está conmigo. Le pido consejo. Yo fuí «casada» dos veces. La primera vez a mí me llevó el amor, el corazón. La segunda vez, la religión. Mi padre fué catorce años sacristán en mi pueblo. No sé, no sé. No sé si hizo bien en volverme a casar; pero viene la amistad de familia, y a mí me proporcionan este marido una vez muerto Rubén, los dos hermanos míos, mi padre... También he sido feliz, pero la felicidad me duró poco tiempo. En un viaje que hicimos a Madrid para traerle la Navidad a mi hijo, quien estudiaba en San Antón con los frailes (y luego se murió en Nicaragua), a mi segundo marido le dieron dolores en un hombro. Se pone malo y en menos de veinticuatro horas allí se quedó. Era angina de pecho... ¡Rubén de mis ojos! ¡Rubén de mi alma! Mi segundo marido respetó mucho a aquel hombre e hizo recuperar las obras de Rubén en las librerías una por una. De Rubén heredé la poesía; de mi otro marido, la Santa Cruz. Era cofrade de la Santa Cruz, ¿sabe usted?, y ahora lo soy yo. ¿Es bonito ese drama, verdad? He heredado del uno los libros, y del otro, la Santísima Cruz... Si hice mal la primera vez, el Señor me recompensó dándome la Santísima Cruz. En la vida es una historia ésta... Para mí, Rubén no ha podido ser más de lo que fué. Pero he pasado muertes, penas. Verme bien y verme mal. Gracias a Dios todos me abren su portal. Vaya a ver al Niño del Remedio, se lo pido.

Antes de irme insiste que le lea yo la entrevista que le hice hace tres años en Madrid, y que ha sido reproducida en una serie de periódicos centro y sudamericanos. Le he traído unos recortes. Aquella entrevista terminaba con las siguientes palabras de Francisca, refiriéndose a su amor con Rubén Darío:

—Aquello fué un milagro de Dios... ¡Una mujer que no sabe leer, que no sabe escribir, que no sabe nada!

—Pero también se me pegaría mucho—añade ahora la anciana.

Viene una sobrinita de la monja que le dice que hoy tiene «muy buena cara» y le trae unas pocas margaritas y amapolas del jardín.

—Margarita, está linda la mar, y el viento tiene esencia sutil de azahar...—comienza a recitar Francisca, pero ya no se acuerda.

Me despido. Son las siete. Las horas de visita eran de cuatro a seis. En toda la tarde no había venido nadie a hacerle compañía. Pienso en la historia de amor que rodea a esta mujer y en la vejez, la enfermedad y el silencio que tejen hoy la atmósfera en la que vive sus últimas semanas... En la luz cruda, desolada de la realidad, Francisca Sánchez es una anciana marchita y cansada; en la luz de la poesía de Rubén sigue siendo «Francisca Sánchez, acompáñame...».—IRINA DARLÉE.

## INDICE DE EXPOSICIONES

### DOS PERDIDAS ESPAÑOLAS PARA EL ARTE UNIVERSAL

#### UN CRÍTICO DE ARTE: RAMÓN GÓMEZ DE LA SERNA

Ramón Gómez de la Serna y Eugenio d'Ors, al mal ver, en la apariencia tan dispares, y ¡qué semejantes eran!; que parejos en ser grandes oculistas de la vida; maestros en enseñar y en descubrir; abridores de ventanas; grandes apuntadores de las cosas, y qué en serio, qué profundamente en serio, maestros de la crítica del arte...

Qué íntima semejanza hay entre la cripta de Pombo y la Academia Breve; qué identidad en la generosidad de sus directores, advirtiendo a unos y a otros lo que era la vida de verdad y el arte. Ahora, leyendo sus cartas en nuestro almacén de recuerdos y de nostalgias, nos ha venido a las mientes—sitio bien seguro—emparejar a quienes tanto dieron y tan poco recibieron... Los estilos dispares de *Glosas y Greguerías* tienen muchos, muchísimos puntos de contacto. Son los escritores más generosos que tuvimos; los que cada día—he ahí lo más difícil—regalaban al mundo, no sólo a España, el espectáculo hasta ellos inédito de las cosas...

A Ramón Gómez de la Serna, a quien viene estrecho cualquier adjetivo, cualquier determinación, pues abarcaba todo, en el aspecto del arte, le debemos un Greco que supera al de Barrés; un «Greco» leyendo, del cual resulta que había muchos Grecos en el Greco, que hasta entonces no nos habíamos dado cuenta de que el Greco no era sólo el pintor, sino el hombre que pintaba; que era, además de pintor, el más genial alucinado intérprete de las formas; le debemos a Ramón «un» Solana,

que él descubrió en su grandeza, oyéndole cantar en Pombo trozos perdidos de olvidadas óperas, en las que daba, como dió en la vida, el «do» de pecho; le debemos un Goya —igual que a D'Ors—, a quien gracias a él conocemos en su entraña y en su entresijo; le debemos el libro *Ismos;* en donde está el porqué y el para qué de la pintura contemporánea; le debemos las siluetas de Picasso, de Picabia, de Rivera..., y le debemos —todos y cada uno de los españoles— el fabuloso regalo del lienzo «La tertulia de Pombo», que Ramón donó a España en época en la cual nos decía que sus apuros económicos eran ya necesidades vitales; le debemos que haya vivido entre nosotros; que haya podido ser uno más, siendo siempre uno menos; uno aparte; uno con cátedra propia, sillón propio, medalla propia y de abolengo testifical tan antiguo como Indibil y Mandonio... El era un muerto desde que nació, pues sólo un muerto puede saber tanto de la vida, del alba, de las chimeneas, del amor y de la muerte; de esa muerte que él conoció tan bien, y por ello advertía: «Ante la muerte hay que pensar que la vida merece una sinceridad y un delirio fantásticos, porque se puede pasar de un momento a otro a muerto.» Ante su cambio material estamos seguros de oírle seguir diciendo: «Quiero que estéis alegres cuando yo me muera, porque el único que podría llorarlo de verdad soy yo.» Fué Ramón quien mejor eligió los «Morirás» del español: los de Séneca, los de Quevedo, los de Arias Carrillo, los de Mañara y los avisos del maestro Venegas... Bien conoció la vida quien tan buen conocedor era de la muerte, y bien las emparejaba siempre, en *La mujer de ámbar,* en *Gran Hotel,* en *El circo;* en esas extrañas comedias —¡qué fabuloso autor había en Ramón!— que están insertas en el primer tomo de sus obras completas, donde sólo los muertos hablan y se lamentan de no haber conocido y gozado las ternuras de la vida; en *Los medios seres...;* siempre hay muerte y amor en cada línea que escribió este Ramón, que se ha colocado para siempre en la literatura universal. Eso tan difícil, que sabemos todos que es así, y que nadie puede arrebatárselo, y que no será nunca realidad para quienes no pudieron seguir el más ejemplar caminar de escritor que haya en nuestro tiempo. Hay muertes que son muertes: la suya. Hay otras que son sólo sepelios. Ramón no se irá nunca ya de entre nosotros, seguirá tan muerto como cuando vivía; como cuando se asomaba desde su maravilloso nicho para decirnos en el arte, ante la vida, todas las cosas de las cuales, sin él, no nos hubiéramos nunca dado cuenta, ni siquiera de que la muerte es sólo morirse...

Ningún recuerdo mejor del crítico de arte Ramón Gómez de la Serna que reproducir alguna de sus frases y consejos a los artistas: «Lo nuevo, en su pureza inicial, en su sorpresa de rasgadura del cielo

y del tiempo, es para mí esencia de la vida.» «Si el nuevo día dijese en qué consistía su novedad, nadie lo comprendería. Lo mejor que tiene es que es nuevo. Esto es lo que revelan las nuevas imágenes de la plástica.» «Lo nuevo son distancias que se recorren. No hay otra forma ni concepto de la distancia en arte que el innovar.» «Así como el que camina, si ha de avanzar ha de recorrer espacios que no estaban detrás de él, sino delante, el artista está parado y da vueltas alrededor de su noria si no innova.» «El deber de lo bueno es el principal deber de todo artista creador.» «El impresionismo educó los ojos; el cubismo educó el espíritu.» El arte es juego de los siglos y el último juego ha sido a quien escamoteaba más la realidad...

Serían inacabables las citas; su afán por hacer que el artista invente, sea creador y no imitador; cumpla su destino con fe y con esperanza, sin otra recompensa que encontrarse a sí mismo, después de esperarse años y años... Profundo deseo tuvo Ramón por ser un muerto en la vida; algo que le permitiera ese ver y sentir que a los demás está vedado: «... mi rostro ha tomado, sonámbulo de monóculos, el rigor mortis...» «Me he encontrado como si hubiese entrado en la muerte...» «Ya estoy despedido. Yo ya quedo despedido. Yo he sonreído muchas veces a mi muerte...»

A quien, aparte de cada libro, escribió *Automoribundia* y esas terribles y magníficas *Cartas a mí mismo,* nada le podía espantar. Por saberse muerto, cada día podía decirnos lo que nadie hasta él fué capaz de comprender. Por eso no está muerto ahora, sino entre nosotros, enseñándonos su completo vivir, su amor por todo, su ejemplar postura de dignidad, honradez y bondad... Por eso el muerto de antes se halla, y se hallará, siempre entre nosotros, en cada página de sus libros, en cada esquina y bocacalle de la vida, que él supo hacer, de verdad, y con su propia sangre y alma, más alta y mejor. Gracias, Ramón. Ahora comprendemos por qué decías y escribías una vez: «La muerte, esa cosa tan graciosa.»

## Un pintor: Valentín de Zubiaurre

Las buenas condiciones que se achacan al madrileño se daban en este pintor, escueto, buído, en físico y espíritu, y gentil, sensible e inteligente. Muchas buenas condiciones son estas últimas para una sola persona, pero en verdad que todas las tenía en su humano haber este pintor, que, al buen y antiguo decir de Palomino, había «deprendido», a ciencia y conciencia, el arte y oficio de la pintura. Y en tiempos en que la intuición, el fortuito hallazgo, el confundir lo que se piensa o se siente con lo que se pinta, viene bien destacar a quien bien decía

y pintaba: sabía «eso» por lo cual muchos no somos pintores y que podemos llamar oficio. Y que, en resumidas cuentas, es entrar o salir en la historia de la pintura.

Valentín de Zubiaurre nos ha regalado un mundo nuevo. Era lo que debe ser un artista ante todo: creador. A su pincel y alma buena le debemos la incorporación a la historia del arte de unos tipos, de unos paisajes que siempre, por los siglos de los siglos, harán que su quehacer quede en las antologías. Y le debemos también unos colores que son y serán «Zubiaurre». Son colores limpios, profundos, hondos, cargados de una electricidad y de una emoción que su larga contemplación nos llevaba a una geografía lejana y poética, donde los tipos vascos o castellanos adquirían una valoración, un acento lírico y una gracia que los convertía en símbolos de una raza, de una manera de ser y de estar en la vida.

Sus verdes, sus amarillos, sus rojos, sus característicos blancos que centraban las composiciones no serán igualados. Y menos aún esas miradas de hombres y mujeres que nos decían todas las penas, esperanzas o amarguras de una existencia y también las sanas alegrías de los que se agrupan en torno a una jarra de «bon vino» o juegan a la pelota o a los bolos... Su visión de la existencia del hombre era una visión apacible. Ante las tragedias íntimas de esas mujeres vestidas de negro, con luto en el alma y en el cuerpo, que tenían un aire de resignación, una aceptación consentida de males pasados y venideros; ante ellas tenemos la sensación de asistir a un ejemplario humano... Zubiaurre es el pintor de una España ignorada hasta él.

No le gustó seguir las sendas espectaculares y efectistas de un Zuloaga ni las amargas, trágicas y duras de un Solana. Su interpretación de España salva siempre los accidentes. Se complace en que los hombres de Segovia, envueltos en viejas capas de viejo paño, sean sólo hombres cumplidores de un destino y no personajes propicios para ennegrecer geografías... Zubiaurre ponía las cosas en el punto más alto y mejor. Hacía que sus protagonistas se acercaran a nosotros y naciera en el ánimo el deseo de que fueran nuestros amigos, nuestros compañeros, en una aventura por montes de Guipúzcoa o por llanadas de Castilla...

Zubiaurre amó a una España integrada. No fraccionó a los modelos de sus cuadros haciéndolos a todos responsables de una particular visión literaria. Los escogió en todos los paisajes, y siempre en el instante en que estaban «parados», en un momento de sus vidas en que «era bueno» retratarlos... Y así surgen de los lienzos hieráticos como humanos dioses penates de pueblos y aldeas, como representaciones escogidas de buenas herencias, de viejas glorias, como símbolos de una España eterna... Estos viejos castellanos o estos marineros del Norte, igual

pueden ser del siglo xv que de nuestros días. Zubiaurre, tan actual en su pintura (aunque haya alguien que pueda creer lo contrario), no pintaba para el día de hoy: pintaba para el día de mañana, cuando las aguas se hayan sosegado, cuando no se confunda nuestro gusto particular con los gustos de todos, o sea cuando haya un sentido histórico en los lienzos que un artista creó...

Valentín de Zubiaurre era nuestro amigo. Y era el amigo de todos. Con él hemos compartido largas horas de jurados. Con él hemos cambiado conceptos, ya que la discusión no cabía en quien tan erguido y señor caminó por la vida. Con él hemos dialogado, y ¡qué ajenos estarán los pintores nuevos, novísimos, en saber que en este académico, que en esta medalla de Honor (que tuvimos la satisfacción de votar), tenían a un acérrimo defensor, a un hombre inteligente que comprendía, que se daba cuenta de los tiempos y que nada tenía que ver que él se refugiara y refugiara su pintura en lo que nunca pasa y muere, sin dejar de comprender que otros tenían el deber de ser testigos de las horas que vivían, de horas angustiosas, difíciles para el hombre, para la pintura, al fin y a la postre máximo notario del tiempo perdido del presente y del tiempo por venir!...

Sentimos muy de veras no volver a ver su silueta en las exposiciones. Sentimos no ver sus manos con los dedos arracimados junto a la boca decir que eran excelentes los lienzos que nos habían reunido. Para Zubiaurre no hubo nunca un pintor malo. ¡Qué gran lección para esos jóvenes mal peinados, de pantalones arrugados y raídas chaquetas, poblada barba y sucias manos, que nada encuentran bien!... Valentín de Zubiaurre, preciso en el vestir, como «gentleman» que hubiera nacido un poco bajo de estatura, alababa todos los intentos, todas las búsquedas, y sabía (como nosotros) que esos muchachos, con su negligencia, eran portadores de algo, y, a lo mejor, de algo importante, y que cumplían su misión, acaso ingrata y dura.

Ya no «hablaremos» con Zubiaurre. El nos regaló con su amistad la posibilidad de dialogar por señas. Eso tan bello y olvidado que aprendimos en lejana provincia en nuestra mínima juventud para decir a una muchacha con trenzas que la queríamos mucho, y que ella agradecía desde un alto mirador temiendo la vigilancia de su padre, liberal, socio de casino y fumador de puros...

Hombres, muchos hombres, mueren todos los días; señores, pocos. Valentín de Zubiaurre era un gran señor; un hidalgo muy puesto al día en el atuendo y en el «dolorido sentir». Y que ha regalado a todos un mundo generoso en sugerencias, un mundo por el cual nos gustaría caminar cogidos del brazo con una de sus severas muchachas, por brumas violentas, cárdenas, de Donostia, o por amarillos campos y

ondulados camellones de Castilla...; un mundo en que es posible la égloga, y en el que también es posible el suave llanto de la nostalgia y de la dulce melancolía...

## Arte colombiano en Madrid

Buen lugar de peregrinación artística es la sociedad de Amigos del Arte, en donde se exhibe una magnífica colección de objetos de arte. El interesante certamen se halla patrocinado por la Dirección General de Bellas Artes y el Instituto de Cultura Hispánica.

La primera impresión que uno recibe ante este fabuloso muestrario es la de pensar en la misión de España en las tierras americanas, ya que esta exhibición es posible gracias a muchos deberes cumplidos. Y el primero es haber salvado, honrado e incorporado el sentido espiritual de los pueblos aborígenes, cuya cultura permanece inalterable al pasar de los siglos; fundida con las normas españolas y siempre atendida. Y ese estado misional y sus magníficos resultados, lo vemos perdido cuando llegamos a la raya donde marcaron los soldados españoles el límite de sus pasos civilizadores.

Los que tenemos la buena suerte y fortuna de haber estado en la sabia Bogotá podemos apreciar el esfuerzo, buen esfuerzo, que han realizado los directores de los diferentes museos para dar una idea cabal del tesoro artístico colombiano. En la exposición figuran objetos del Museo del Oro, Museo del Arte Colonial, Museo Nacional y del Instituto Colombiano de Antropología.

Las épocas que recoge el certamen comprenden los siguientes ciclos: prehispánico, virreinal, independencia y contemporáneo. Y de aquí el mayor acierto de los organizadores, puesto que de esta forma se puede apreciar el mismo acento nacional a través del tiempo que aúna, recoge y hace compendio de culturas y formas que no han perdido vigencia con el contacto de otras culturas.

Todo el mapa de América española es bien complejo para poder determinar planos culturales y certeza de modos y expresiones, y así lo advierte el excelente prologuista de la exposición, Gómez Sicre, cuando advierte al visitante: «... no se sabe mucho sobre esos grandes grupos humanos que cruzaban gigantescas montañas, vadeaban ríos, penetraban malezas de selvas positivamente feroces y transmigraban dejando rastros estilísticos en sus vasijas, en sus deidades, en sus ornamentos. Subieron por la América Central hasta lo que hoy es Nicaragua (o quizá de ella bajaron tribus que ligaron sus sangres con las que explotaban valles fértiles); también ascendieron otros nómadas del vasto territorio del Perú. Sin embargo, lo colombiano prehispánico

tiene un sello, una expresión «sui generis» que le da fisonomía propia. Es probable que San Agustín fuera un santuario de peregrinación obligada para estos hombres primitivos, que reproducían las formas de las deidades monolíticas que todavía pueblan como colosos inertes aquella inmensidad de 500 kilómetros cuadrados. Esta cosmología lítica prestó sus formas a pequeños cacharros, a ollas, a la cerámica de otros pueblos, que las interpretaron, las distorsionaron o las desfiguraron de acuerdo con otras imposiciones geográficas o temporales...»

Nuestras preferencias ante este excepcional muestrario colombiano se van hacia la cerámica, hacia esa primera manifestación artística del hombre, a ese modo de moldeo con el cual se crea la forma en su más ingenua y sincera expresión. Allí se halla el hombre, su espíritu, lo que fué, lo que pudo ser en la aspiración de la arcilla... La cerámica de Tumaco es un recreo de la vista, y sólo el «Guerrero con la cabeza en el vientre» podría ser modelo de invención, sobre todo en esta época de «invenciones» ya inventadas.

Las civilizaciones quimbaya y chibcha, e incluso la llamada negra, tienen los atractivos que poseen siempre los objetos cuya ignota procedencia no tiene una frontera. La figura humana, la vasija, el idolillo, nos atraen a través de sus formalizaciones, de su hondo misterio, de sus extraños gestos y actitudes. Pijao, Taisona, Calima, son otras tantas citas donde espera al visitante la sorpresa, el hallazgo, con algo que con mucho tiempo a cuestas nos deja la interrogación de su origen.

Es imposible el recuento en espacio preciso. Solamente lo prehispánico debería ocupar un largo folleto, ya que lo oriental, lo africano, surge por similitudes fáciles, aunque sabemos de cierto que algo hubo que nos estará negado para siempre en la brumosa historia del hombre.

Lo virreinal no tiene la presencia debida y la que nosotros conocimos en la alta Bogotá. De ella afirmemos el nombre de Gregorio Vázquez, de cuyos dibujos hizo una colosal copia la Biblioteca Nacional del Estado y cuya traza y figura han sido magistralmente estudiadas por el marqués de Lozoya en bella conferencia pronunciada en el recinto de la exposición.

La Bienal Hispanoamericana —esa exposición tan «graciosamente» perdida— y nuestra estancia nos permitió conocer a varios de los artistas actuales de Bogotá, los mejores de ellos en el ámbito abstracto, como Mateús, Tersa Negreiros, Roda, Villegas, Widemean, Zárate, Negret, Ramiro...

Colombia, ese gran reducto cultural de la América hispana, ha tenido la más feliz de las presencias en nuestra Patria, en esta Patria allí tan verdaderamente querida, y ha demostrado que lo de «Atenas

de América» no es un tópico, sino pequeño índice de una nación a la que esperan tiempos felices, y una proyección que le es debida a su cultura, a su historia y su bien hacer.

### «Toros de Burdeos», de Goya, y Rafael Casariego

Rafael Casariego es autor, entre otros títulos, de la joya bibliográfica «Los caprichos», de Goya, en donde los grabados cuidados, «defendidos» por este gran artista, tienen una perfección que hace de la edición uno de esos libros que pasados los años —muy pocos— son pieza fundamental en las grandes colecciones del mundo. Ahora, «Toros de Burdeos», una de las obras de Goya más importantes y menos conocida, vuelve a tener, en bello y gran cuaderno, la misma o mayor atracción que tuvieron «Los caprichos».

Rafael Casariego no es editor, sino artífice, artista, creador de unas láminas en donde podemos seguir la trayectoria goyesca con una limpieza de ejecución y de traducción que harán de estas láminas una selección preciadísima para ocupar sitio destacado en cualquier lugar de privilegio en una biblioteca, aunque la disposición del gran cuaderno permite enmarcar los grabados goyescos, esos grabados en los cuales Goya se desquitaba de su quehacer cortesano y oficial, dejando que la incisión en la plancha fuera el vehículo para dejar la huella de su genio y de esa afición taurina a la que no fué ajeno como protagonista y que él hizo universal en el concierto del arte. «Toros de Burdeos» es una contribución ejemplar que hace Rafael Casariego a la historia de nuestro arte y al arte de Goya. Lástima que el número limitadísimo de ejemplares no permita un extenso conocimiento y posesión, pero, por otra parte, es deseable que así haya sido para que las perfecciones de la ejecución de la obra y el trazo goyesco queden en toda su pureza a través de un procedimiento cuyo secreto guarda celosamente este artista, creador de algo que no sólo nunca pasa, sino que con el tiempo adquiere mayor dimensión. «Toros de Burdeos» es ya una cita indispensable en el mejor recuento artístico de nuestros días.

### El «Madrid» de Delapuente

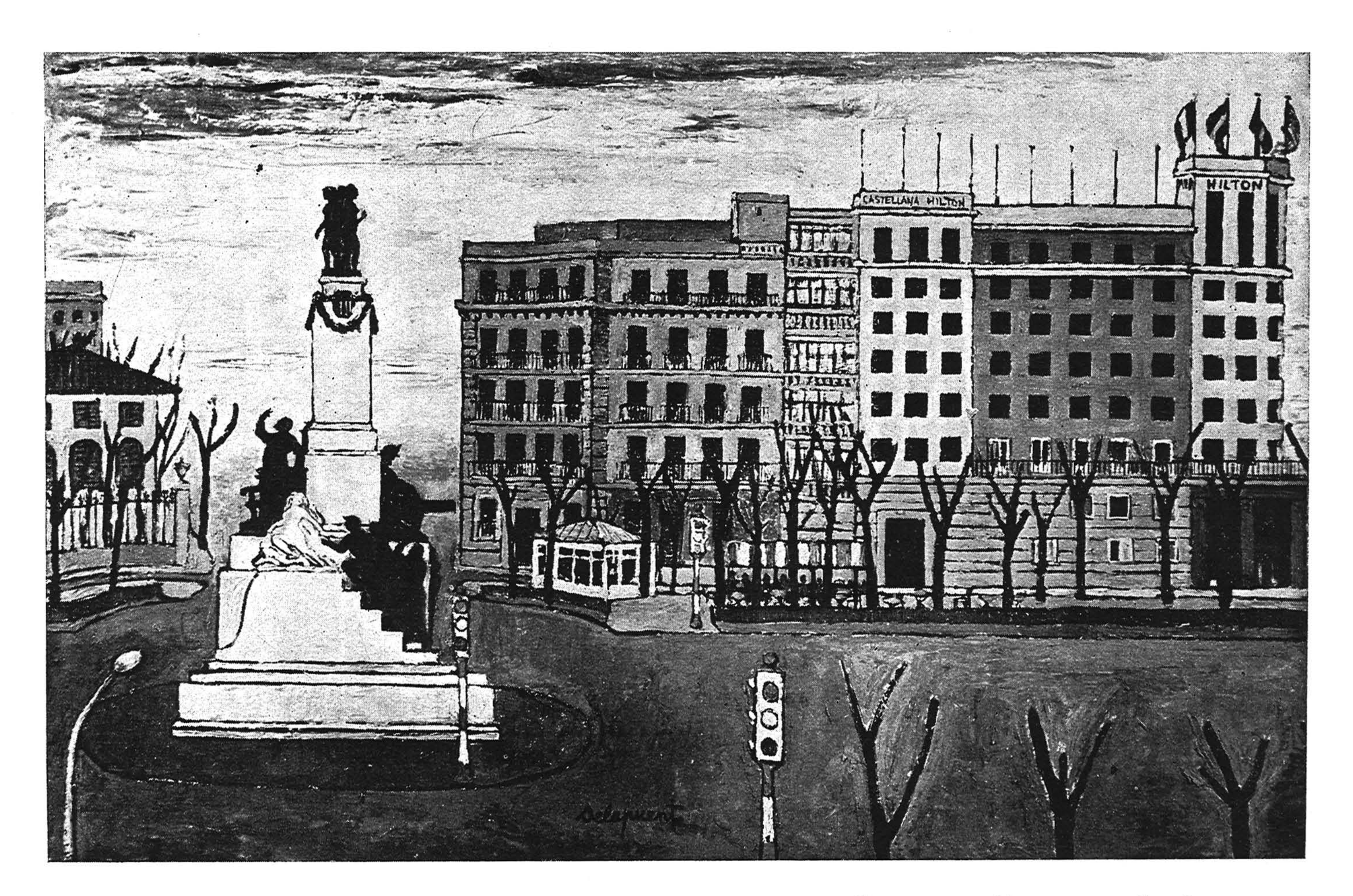
Ante el encuentro, ante el reencuentro, con esta pintura jugosa, ancha, abierta de Delapuente, pensamos en Dufy. Pensamos por encontrar una misma manera de entender un mundo urbano de formas, aunque el calificativo de español aparte toda idea posible de que Delapuente haya tenido directa influencia del artista galo. Es una remota semejanza, a la que separa el profundo abismo de los Pirineos, aunque

existe una coincidencia, feliz coincidencia, de compartir una posición espiritual, un propósito sensible y mental y una expresión plástica.

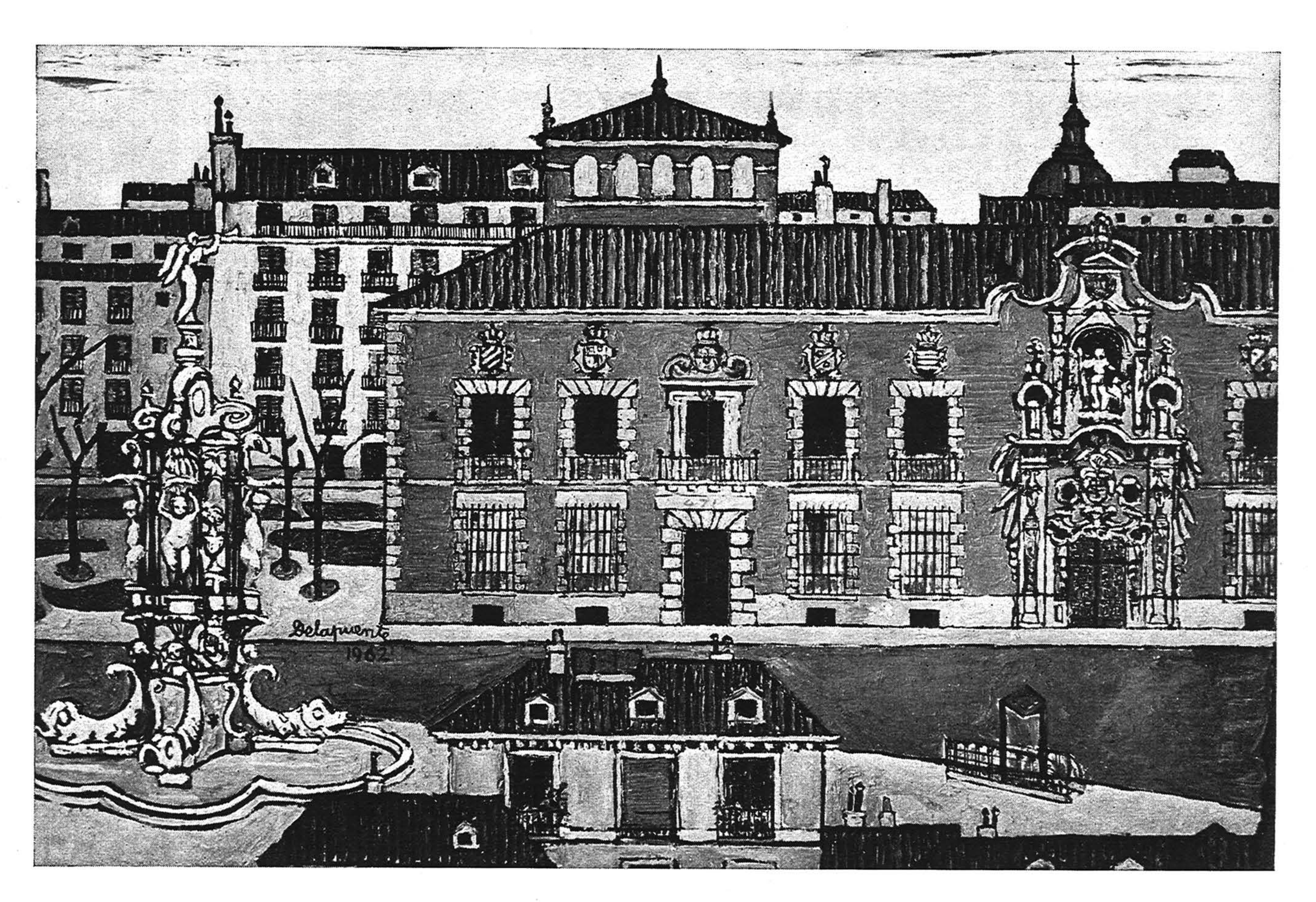
Ante los paisajes de Delapuente, se sabe de cierto que estamos ante un pintor muy español, rabiosamente español. Bastaría ver cómo la arquitectura del cuadro revela unos firmísimos cimientos y cómo las gruesas líneas del dibujo apresan no sólo la conformación de un objeto, sino su entraña y entresijo. La algarabía francesa aquí está sustituída por un orden alegre de visión. Pero si detenemos bien vista y corazón ante los edificios, casas o monumentos, veremos que Delapuente no se ha satisfecho únicamente con encontrar una feliz apariencia de las cosas, que no sólo ha puesto apasionado sentir colorista —fauvismo— en sus colores, sino que además cada objeto relata su historia, y no sólo la que le corresponde, sino la que le pudiera corresponder, pues Delapuente, como los mejores paisajistas, inventa los paisajes y coloca los volúmenes para que sirvan a una aplicación plástica y para que sirvan también a una proyección sentimental.

Delapuente, montañés de pro, es un fabuloso retratista de Madrid. Ha visto Madrid como nadie lo vió hasta él. Como debe ser cuando la pintura anda por medio y se pretende pintar, y decir, y explicar, y enseñar, y descubrir.

Estamos muy lejos de esas visiones míseras y mínimas del bello y cochambroso Arco de Cuchilleros; estamos ante un pintor que quiere —y puede— enseñarnos Madrid a los madrileños. Y enseñar, mostrar una ciudad, no es pintarla ce por be, sino darnos su meollo; inventar —hallar— algo que sea su trasunto fiel de la vida, de la potente y culta vida que tiene cada ciudad. Y Delapuente ha hecho primero lo que debía: pintura, y luego ha explicado por qué ha elegido Madrid, cómo tenía la sana obligación de encontrar en ese magnífico pretexto ciudadano un extenso mundo para explicar sensaciones, estados de ánimo, alta poesía, y, siempre, pintura. Una pintura de alegre paleta, de riente pincel, que sabe disimular la tragedia que algunas veces existe en una luz, en una iglesia, en una plaza, en una calle... Delapuente, en esta exposición, tan bien agarrada al color, tan unida a un corazón de fuerte palpitar, a un pulso claro, pero de sangre bien espesa, se ha unido a esta lista de grandes paisajistas españoles, que en opinión muy particular, para nosotros empieza en el Greco y termina en Solana. Precisamente en aquellos nombres que algunos creen alejados del paisaje, cuando en verdad fueron los que dijeron dónde estaban y dónde debían estar las cosas. Y Delapuente ha demostrado dónde están y, además, dónde debían estar, y por eso entra en la lista grande




DELAPUENTE: *Monumento a Castelar*




Delapuente: *El Hospicio y Fuente de la Fama*

del paisaje tomado en serio, tan en serio como merece siempre tomarse aquello que es jugo de historia, resumen, fanal y enorme habitación del hombre: la ciudad.

### Botí

En la sala Toisón expone este pintor recoleto, misógino, huidizo, cuyo pincel parece que acaricia el lienzo y que hace verdad el que siempre exista un pájaro en sus cuadros. Es una pintura, a fuerza de pureza, realista, casi suprarrealista, y con el interés de quien ha puesto en el quehacer el propio corazón. Botí salva a su pintura a fuerza de sensibilidad, a fuerza de poner sangre en cada pincelada.

### Molezún

Es lástima que el exceso impida dedicar a cada pintor el espacio que merece, y este Manuel Molezún, tan lleno de gozo de pintar, de ensayar y buscar, merece largo comentario, pues su exposición en la sala Neblí es un exponente excelente de pintura; de una pintura hecha casi exprofeso para acompañar y ennoblecer a una arquitectura. La técnica, fija y leve a la vez, tiene calidades de transparencia, como si los vitrales fueran el pensamiento que domina al artista. Molezún reafirma un prestigio y una categoría. Y reafirmar es casi más difícil que afirmar.

### La obra del portugués Pinto Coelho

Luis Pinto Coelho es un joven pintor hijo del embajador de Portugal en España, persona por tantos motivos querida. Pinto Coelho, pintor, es artista que sabe el oficio ya y que lo va a saber mejor porque esta severa servidumbre de la pintura exige que cada día el creador aspire a una mayor perfección. Entre las jóvenes generaciones portuguesas que con tanto interés seguimos en los periódicos de Portugal, país al que de tan antiguo amamos, destaca en la temporada la obra de este Pinto Coelho que en la sala San Jorge ofrece cuadros de muy diversa factura e inspiración, de distinta formalización; pero en todos existe un mismo afán de dejar la pintura con garra, con ese signo que define al pintor con presente y con porvenir. Puede ser una explicación decir que existe un figurativismo, y un neofigurativismo, y en decir que el abstractismo se halla también en estado de evidencia. Pero sea cual fuere la calificación circunstancial, la pintura tiene una realidad precisa y un acento lírico inmerso en la materia, a veces tratada como trallazos, y esto, al parecer tan extraño, puede ser un elogio.
M. Sánchez-Camargo.

## SOBRE BORGES

*El Aleph* es el libro más divulgado de Jorge Luis Borges. La colección de narraciones, agrupadas bajo el título de la última, tiene por escenario los lugares más diversos, por tiempo, las épocas más distintas, por personajes, a romanos, indios, gauchos, nazis o europeos medievales. El efecto que produce la primera lectura de estas historias es el de hallarse perdido en un enloquecedor laberinto de épocas, de hombres y de palabras. Nos parece estar dando vueltas alrededor de un enigma fascinante e indescifrable. No es vana la cita de F. Bacon que precede a la primera narración, «El Inmortal», y cuyo sentido se extiende a todas ellas:

«Dijo Salomón: Nada hay nuevo sobre la faz de la tierra. Lo mismo que Platón tenía la idea de que todo conocimiento no es sino un recuerdo, así Salomón pronunció la sentencia de que toda novedad no es sino un olvido.»

En torno a esta concepción del conocimiento se entrecruzan las historias de Borges, en las que, de un modo alucinante, cada hecho ha sucedido ya una vez o muchas, cada persona no es ella sola sino la suma de otros muchos personajes, cada momento de la vida es la repetición de otros momentos que pueden ser anteriores, posteriores o simultáneos; del mismo modo los seres que los viven no importa que aún no existan o que hayan ya dejado de existir.

En teología se sostiene que en la mente de Dios están presentes el pasado, el presente y el porvenir, así como todos los seres reales o posibles. Un intento de conseguir la simultaneidad universal son estas fantasías, que tienen mucho más alcance que el de un mero entretenimiento: son una teoría poética y filosófica de la existencia, verosímilmente humana gracias a la facultad de olvido que poseen todos los personajes y a los pretendidos titubeos del escritor, a sus inhibiciones repetidas de que sea o no sea cierto lo que está contando y lo que él cree haberle sucedido a él mismo.

El primer relato he dicho que se llama «El Inmortal». Pretende haber sido tomado de un manuscrito que la princesa de Lucinge halló en el último tomo de los seis de *La Ilíada,* de Pope, que le habían sido vendidos por un anticuario de Esmirna. Este detalle es importante porque, aunque el nombre del anticuario no vuelve a figurar en el relato, al final se señala que el héroe de la historia —el romano Flaminio Rufo— compró en Abardeen *La Ilíada,* de Pope, en el año 1715, con lo que se deja suelto el hilo del misterio de que F. Rufo fuese, además de incidentalmente Homero, el anticuario Joseph Cartafilus.

La historia versa sobre la búsqueda de la inmortalidad, su hallazgo y el deseo de perderla una vez encontrada, lo que, al fin, es conseguido por Flaminio Rufo después de una vida de veinte siglos durante la que recorre el universo en busca del río cuyas aguas borren la inmortalidad, puesto que, según la doctrina de que no hay cosa que no esté compensada por otra, «... si existe un río cuyas aguas dan la inmortalidad, en alguna región habrá otro río cuyas aguas la borren». Alentados por este principio, los inmortales que el centurión romano había encontrado —reducidos a una condición infrahumana, puesto que todo les había sucedido y volvería a sucederles y no tenían ningún estímulo para vivir— se dispersan en busca de esas aguas. Flaminio Rufo las encuentra y muere, después de haber tomado parte incidentalmente en sucesos históricos y literarios y después de haber escrito su historia, «en un inglés que abunda en latinismos», en la que cuenta cómo Homero era otro de los hombres llegados a la tierra de los dioses y cómo el relato que él ha escrito «mezcla los sucesos de dos hombres distintos» (Homero y él).

Esta es la trama de la historia, que así despojada es fría como cualquier esquema. Hay que leer las frases cortadas, afiladas, incisivas por la construcción y redondas por la poesía que contienen —que detienen—, hay que seguirlas como se siguen los pasillos de un laberinto y asombrarnos a la vuelta de cada esquina por el hallazgo hecho, y volvernos a asombrar porque no hemos hallado nada. Borges juega con la historia; el mágico atractivo de su «jeux d'esprit» lo logra invocando personajes, filosofías, sucesos que todo el mundo conoce, y desfigurándolos al aplicarles la magia de su visión anular del tiempo. El lector, atraído por la poesía enorme evocada por un solo nombre propio: Homero, por ejemplo, abre ojos tamaños al descubrir al rapsoda convertido en un troglodita, luego, al descubrir que los trogloditas son la última transformación de los dioses, finalmente, al encontrar la explicación lógica de que los dioses no tengan razón para vivir dignamente. A veces las personas evocadas viven aún, pero entonces se agrupan alrededor de una cuyo nombre, literaturizado, es también literario y atractivo: Jorge Luis Borges. En tres historias el escritor alude directamente a su vida: una es «El guerrero y la cautiva», otra, «El Zahir», otra, «El Aleph». En la primera se habla de los destinos semejantes de un guerrero y una muchacha: el bárbaro Durcloft, quien habiendo ido a luchar contra Roma, se convirtió en romano y murió por los que había combatido, y la inglesa, cuyos padres mataron los indios, se casó con un jefe indio y despreció a Inglaterra.

Me interesa sobre todo el modo en que Borges establece la unión entre las dos partes del relato. Después de haber contado lo sucedido al

hombre bárbaro, escribe: «Cuando leí en el libro de Croce la historia del guerrero, ésta me conmovió de una manera insólita y tuve la impresión de recuperar bajo forma diversa algo que había sido mío. Fugazmente pensé en los jinetes mogoles que querían hacer de China un gigantesco campo de pastoreo y luego envejecieron en las ciudades que habían anhelado destruir; no era esa la memoria que yo buscaba. La encontré al fin; era un relato que le oí una vez a mi abuela inglesa, que ha muerto.» Me interesa este párrafo porque es la evidencia del punto desde el que Borges se lanza a sus especulaciones sobre la repetición de los hechos: parte de una experiencia real y reconocible, de la sensación fugaz que a veces se experimenta de haber vivido ya algo que está sucediendo. Es por el hecho de arrancar de la realidad conocida —si bien desde el punto mismo en que esa realidad linda con el misterio— por lo que reconocemos a Borges como escritor enraizado entre los hombres y no como mero inventor de juegos fantásticos.

En «La historia de Tadeo Isidoro Cruz» se describe la misma experiencia, aplicada esta vez a otro personaje: «... Gritó un canjá. Tadeo Isidoro Cruz tuvo la impresión de haber vivido ya este momento.» Efectivamente lo había vivido, aunque «bajo forma diversa», siendo él el acosado y no el atacante. Pero ese es un detalle de poca importancia, porque la historia es reversible hasta tal punto que en el hombre al que atacaban «acababa de ver el rostro de su propio destino». Lo importante es la identificación misteriosa de dos personajes que parecen distintos. En este caso se trata de Tadeo I. Cruz y de Martín Fierro: en vano ha querido el primero alejarse de su destino salvaje de gaucho, en vano ha intentado hacer la guerra a su propia gente. Hay un momento clave en su vida en el que se reconoce en la cara de Martín Fierro, y entonces ya no puede soslayar su destino.

Otra de las teorías de Borges es que en la vida de cada hombre hay un solo momento importante, un solo momento en el que le es dado saber quién es y hacia el que están ordenados todos los actos de su vida que, de alguna manera, no son más que la repetición de aquel único, clave de su existencia. Isidoro Cruz ha visto entre los arbustos la cara de Martín Fierro, a quien perseguían; en ella se ha descubierto y, sin poderlo remediar, se pone a su lado a luchar contra la patrulla que él mismo venía mandando. De igual modo, Emma Zunz, en la historia de este nombre, al recibir la noticia de la muerte de su padre, «comprendió que esa voluntad (la de olvidar lo sucedido) era inútil, porque la muerte de su padre era lo único que había sucedido en el mundo y seguiría sucediendo hasta el fin». Porque fué el hecho que le reveló su propia naturaleza, su destino de vengadora de la calumnia que a su padre le habían infligido. Desde aquel momento, Emma

dejó de ser la muchachita que paseaba con sus amigas e iba al cine los domingos por la tarde, para identificarse con el personaje trágico que le había sido destinado desde la eternidad.

Este personaje, especie de ser abstracto con el que deben identificarse los individuos, si es que tienen la suerte de reconocerlo en el instante de la revelación, nunca es el molde para una sola persona, sino para dos o para varias, entre las que, de este modo, parece existir una identidad sustancial, una especie de desdoblamiento o transmigración.

El final de la historia del guerrero y la cautiva, a la que me he referido antes, dice: «Sin embargo, a los dos les arrebató un ímpetu secreto, un ímpetu más hondo que la razón, y los dos acataron este ímpetu que no hubieran sabido justificar. Acaso las historias que he referido son una sola historia. El anverso y el reverso de esta moneda son para Dios iguales.» La preocupación por la identidad personal es una constante del pensamiento de Borges. Con derroche de ingenio y técnica sutil la ha expuesto en *Los teólogos.*

*Los teólogos* pretende ser la historia de una célebre disputa medieval en la que Juan de Panonia y Aureliano luchan contra la herejía de los «anulares» o «monótonos», quienes, basándose en textos evangélicos como «Perdónanos nuestras deudas, así como nosotros perdonamos a nuestros deudores» (Mateo, 6, 12) o «Vemos ahora por espejo, en la oscuridad» (I Corintios, 13, 12), defendían la existencia por duplicado de las cosas y las personas. Borges hace trabajar a los dos teólogos en la refutación de la herejía mientras, arteramente, descubre los hilos que atan el destino de uno al del otro. Aureliano consigue casi impensadamente la condena de Juan, a quien odiaba y envidiaba, al citar un texto que Juan ha usado para combatir a los herejes y que ahora le envuelve a él mismo en herejía; en el momento en que las llamas se levantan en la hoguera, Aureliano mira por primera vez el rostro de Juan de Panonia y en él se reconoce a sí mismo. Su destino es vivir algunos años más, como sin sombra, y su muerte es esencialmente la misma que ha tenido Juan (aunque cambien las circunstancias): muere abrasado en una hoguera provocada por un rayo en el bosque después de una noche en la que ha oído caer la lluvia, como sucedió en la noche anterior a la muerte de Juan. Así, «Aureliano y Juan de Panonia (el ortodoxo y el hereje, el aborrecedor y el aborrecido, el verdugo y la víctima) formaban una sola persona para la insondable divinidad».

La teoría que se expone en *Los teólogos* como errónea es ladinamente conducida a una afirmación casi categórica. Casi todas las na-

rraciones de «El Aleph» están basadas en esta teoría, lo que les da un aire fantástico y escalofriante.

«El hombre en el umbral», dice el autor que está situado en la India, para que su inverosimilitud sea aceptada. Creo que la razón de su situación geográfica es má bien el parecido de la historia con las leyendas y proverbios orientales, puesto que no veo en qué difiere lo verosímil o inverosímil de ella de lo verosímil o inverosímil de *Los teólogos.* En cualquier caso, los dos relatos son fruto de la misma concepción del mundo, aunque el primero sea más poético y florido, de acuerdo con el decorado en que se desarrolla. En él, el investigador privado que busca a un juez desaparecido llega a una casa en la que parece que se está celebrando una fiesta. Un viejo que está sentado en el umbral contesta a sus preguntas contándole una historia que había sucedido a un juez, en aquella ciudad, hacía muchos años. Cuando el viejo termina, el investigador entre en la casa de la que salía multitud de gente y, al final de ella, encuentra al loco desnudo y coronado de flores que juzgaba al juez inicuo en la historia que acaban de contarle; como en ella, el cadáver del juez yacía en las cuadras, descuartizado. No podemos pensar que Borges ha tratado de escribir tan sólo una especie de novela policíaca en la que el astuto anciano estuviese entreteniendo al policía. No; él, como un profeta, sabía el final de todo antes de que el final sucediese y, por otra parte, el aleteo de lo sobrenatural es demasiado grande para que puedan existir confusiones. Se trata, sencillamente, de que los personajes, los sucesos, no eran únicos, sino múltiples. O tal vez, y sin que esto anule la explicación anterior, sucede que el mismo hecho ha sido vivido por el viejo narrador en un tiempo anterior, porque, para Borges, el tiempo no es un valor absoluto y definitivo, sino una especie de fondo común en el que sucede *una* cosa indefinidamente, a la que los hombres aplican las denominaciones de presente, pasado y futuro, según el ángulo desde el que la contemplen. Así, lo ocurrido sería que el juicio y la muerte de Alejandro David Gerclain habían sido vividos por el anciano hacía ya muchos años y para él era un hecho pasado mientras para el investigador estaban sucediendo entonces, mientras para cualquiera otra persona no habrían sucedido todavía.

Esta concepción del tiempo, latente en todos los relatos, se aclara en *La otra muerte.* Aquí Borges juega con tres personajes del mismo nombre: Pier Damiani, el teólogo, y don Pedro Damián, uno muerto en la batalla de Masoller, en 1904, otro en Entre Ríos, en 1946. Según el autor, su intención es presentar un problema de identidad personal, pero lo que interesa ahora es la conclusión a la que llega después de afirmar que el Pedro Damián que ha muerto en 1946 es el mismo

que parece morir en 1904. Nos encontramos con que Pedro Damián, muriendo en 1946, muere en la batalla de Masoller, ocurrida en 1904. Porque esta batalla sucede especialmente para él en su lecho de muerte, en la forma de un sueño —«ya los griegos sabían que somos la sombra de un sueño», añade Borges—, pero dotado para él, y en consecuencia para todos los demás en cuanto a él se refiere, de auténtica realidad, de modo que si superficialmente parece haber muerto en su cama en 1946, sustancialmente ha muerto en Masoller en 1904. Y esto es hasta tal punto verdadero que el coronel que mandaba el batallón en Masoller recuerda la muerte de Pedro Damián en el campo de batalla.

El campo de batalla o la cama son circunstancias, accidentes de la realidad. Lo que cuenta es la actitud subjetiva respecto a los hechos.

La condición de meras circunstancias que tienen las cosas materiales está esclarecida al final de Emma Zunz, quien, para vengar la muerte de su padre, se había hecho violar por un marinero, después había acudido al despacho de Loewenthal y lo había asesinado, explicando después a la policía cómo el muerto había abusado de ella y cómo ella había disparado sobre él. «La historia era increíble, en efecto, pero se impuso a todos porque era *sustancialmente* cierta. Verdadero era el tono de Emma Zunz, verdadero el pudor, verdadero el odio. Verdadero también era el ultraje que había padecido; sólo eran falsas las circunstancias, la hora y dos o tres nombres propios.»

La verdad está en los hechos invisibles que suceden en el espíritu. Junto al problema de la personalidad, de la esencia y la circunstancia, Borges se plantea el de la relación entre el efecto y la causa. «En la *Suma Teológica* se niega que Dios pueda hacer que lo pasado no haya sido, pero nada se dice de la concatenación de efectos y causas, que es tan vasta y tan íntima que acaso no cabría anular un solo hecho remoto, por insignificante que fuera, sin invalidar el presente.» Esto dice un párrafo de *La otra muerte,* y la idea está claramente expresada; sobre ella descansa la breve historia «Deutsche Réquiem», en la que se alega que la crueldad de Alemania fué el origen de un bien para toda la Humanidad. El coronel nazi escribe su opinión antes de ser fusilado: «Que otros nos maldigan y nos lloren —dice—, a mí me regocija que nuestro don sea orbicular y perfecto», «el mundo se moría de judaísmo y de esa enfermedad del judaísmo que es la fe de Jesús; nosotros le enseñamos la violencia y la fe de la espada. Esa espada nos mata...; hemos dado algo más que nuestras vidas, hemos dado la suerte de nuestro querido país.»

El mundo es una inmensa red de la que no puede ser desatado

un solo nudo; el mal engendra el bien, el bien, al mal... O tal vez uno es el reflejo del otro y no puede darse sin él.

En «El Zahir», Borges vuelve sobre la misma idea. Esta es una complicada narración en la que se sobrepasan los límites del mundo natural y se señala el acercamiento del hombre a la divinidad por medio del estado de locura. Un zahir es una moneda de veinte centavos, cuyo nombre parece ser de carácter simbólico, pues, además de unos cuantos significados distintos, en el libro *Asrar Nama* se lee acerca de él: «El zahir es la sombra de la Rosa y la rasgadura del Velo», palabras evidentemente cabalísticas y escritas para iniciados. El zahir —es decir, la moneda— que le es entregado al hombre que escribe se va posesionando de su mente poco a poco hasta tal punto que sólo puede pensar en él, y la presencia constante de este objeto en su memoria le está haciendo enloquecer. Cuando el zahir se haya posesionado de él por completo, espera ver a Dios, puesto que parece que la concentración total sobre cualquier objeto o palabra provoca el éxtasis: sólo hay *una* cosa importante en la vida y poco importa lo que esa cosa sea, con tal de que su poder sea suficiente para absorber nuestra atención (así los sufíes, para ver a Dios, repetían constantemente su propio nombre).

Es decir, «no hay hecho, por humilde que sea, que no implique la historia universal y su infinita concatenación de efectos y causas. Tal vez quiso decir (Tennyson) que el mundo visible se da entero en cada representación... Los cabalistas entendieron que el hombre es un microcosmos, un simbólico espejo del universo; todo, según Tennyson, lo sería. Todo, hasta el intolerable zahir.»

También puede suceder que, inesperadamente, se encuentre el objeto —existente en el universo pero generalmente oculto a los ojos humanos— que haga manifiesta la propiedad de cada cosa de contener en ella todo el universo y todo el tiempo. Borges llama a este objeto milagroso «el Aleph» —nombre de la primera letra del alfabeto sagrado, o sea, el Principio—, título de la última narración y de todo el libro.

El Aleph puede ser hallado en cualquier lugar inesperado, como por ejemplo en el ángulo del último escalón de la escalera de un sótano, y su descubrimiento proporciona la sabiduría: la visión simultánea y clarísima de todos y cada uno de los seres del universo desde todos y cada uno de sus ángulos, perspectivas y dimensiones, y desde sus posibilidades presentes, pasadas y futuras. La descripción de la visión proporcionada por el Aleph está hecha con el apasionamiento, el

gozo y el asombro que supone el hallazgo del objeto cuya existencia ha sido presentida desde siempre y a cuya búsqueda se han encaminado las especulaciones.

No es casual que el relato que refiere su encuentro cierre el libro porque en él se exhibe un objeto que es la prueba de la teoría del desdoblamiento del universo sobre la que han versado todas las historias, que se revelan ahora como un conjunto homogéneo en la intención y en los recursos utilizados.

A raíz de haber contemplado el Aleph, escribe Borges: «... se dijo que el Aleph tiene la forma de un hombre que señala el cielo y la tierra, para indicar que el mundo inferior es el espejo y mapa del superior», y así lo muestra, como prueba tangible de su idea anular del tiempo. Naturalmente, la prueba es una invención fantástica, así como lo han sido las vinculaciones entre los hechos materiales que han servido de apoyo a sus filosofías, y, sin embargo, su descripción posee toda la seriedad de una experiencia mística: la contemplación del Aleph es la rasgadura del Velo, la toma de contacto con lo Desconocido, el momento inefable y terrible en que el hombre ve tras las apariencias cotidianas. Durante la revelación le sobrecogen el arrobamiento y el terror; después de ella, su reacción es la del hombre que ha vivido un éxtasis. «Ni el ojo vió ni el oído oyó», decía San Pablo. Moisés temblaba cuando escuchaba la voz del Señor y envejecía bajo el peso de su responsabilidad de confidente divino. Borges se siente agobiado por el conocimiento adquirido: «Temí que no quedara una sola cosa capaz de sorprenderme, temí que no me abandonara jamás la impresión de volver», dice. Pero un hombre no es un dios, un hombre es dueño de la memoria y del olvido y está en su derecho a pensar que lo vivido es un sueño («Felizmente, al cabo de unas noches de insomnio me trabajó el olvido») y que los sueños son vida. Un hombre puede seguir viviendo después de haber llegado al conocimiento de todo lo que va a sucederle y no recordarlo más que fugazmente, de un modo físico e instintivo.

El centurión Flaminio Rufo buscó las aguas que borran la inmortalidad; Tzinacán —en *La escritura del dios*— renuncia a pronunciar las palabras que le harán un dios; Borges hace demoler la casa en que era posible la contemplación del Aleph...

Después de los ejercicios, audaces e inspirados, sobre la cuerda floja del conocimiento intelectual, Jorge Luis Borges permanece con los pies bien asentados sobre la tierra. ¿Ha sido todo un juego? Puede parecerlo por la forma novelesca de los relatos, por el valor aventurero de la narración, el desenfado con que las aventuras más fantásticas son contadas como reales, por los personajes literarios utilizados y la burla

sonriente con que el autor se inhibe de sus especulaciones (1). No obstante, hemos visto cómo la colección de relatos de *El Aleph* está construída sobre una preocupación común: la misteriosa relación entre todos los seres del universo, y cómo las interpretaciones arriesgadas y floridas de estas relaciones parten de experiencias reales y concretas. Hemos de fijarnos también en el acento auténtico de los momentos en que Borges describe la aproximación a la Sabiduría. Tanto la descripción de la contemplación del Aleph como la del éxtasis de Tzinacán no son fragmentos retóricos, sino apasionados intentos de comunicar una experiencia tan profundamente sentida que adquiere la fuerza de lo vivido.

Borges no es solamente un esteticista perdido entre sus dioses, sus sufíes y su cuidado caotismo, es también un hombre de carne y hueso aguijoneado por el deseo de lo absoluto. Y alegremente resignado a su condición humana.—PILAR GÓMEZ BEDATE.

## CRONICA DE POESIA

Hacer una poesía original en alto grado, esto es, escribir una poesía que sepa realmente a cosa nueva es asunto fatal cuando tal originalidad no se da *per natura* en el talento creador y el poeta comete el craso error de procurarla y forzarla, maniobra que el lector avezado no deja al punto de percibir. La originalidad en poesía, claro está, puede existir de muchos modos, y en el sentido más pleno del término la poseen, pese a sus respectivas excelencias, escasos poetas actuales. Ello, repetimos, no priva de méritos ni de dimensión a una obra poética, y aun se dan creadores —y se dieron siempre— cuya «originalidad», aun inadvertida por su parte, ha sido la de concertar sustancias poéticas no del todo propias para construir con ellas algo realmente personal, asimilándolas y transfigurándolas con acierto. El de estas heredades o préstamos es un tema vastísimo, a cuya configuración, por rudimentaria que la pretendamos, no podemos ni aludir aquí. Baste con señalar, más modestamente, que la absoluta originalidad no es pues, ni con mucho, un factor imprescindible, ni siquiera nece-

(1) Se ha hablado del parecido del género literario que cultiva Borges con la obra de Poe, de Chesterton y de Kafka. Claro está que no es fácil encontrar antecedentes a la literatura fantástica entre nuestros escritores; sin embargo, hay un escritor español al que Borges se parece mucho: Valle-Inclán. Su prosa le recuerda automáticamente, tanto por las cualidades que acabo de citar como por la ligera ironía, a veces rayando en un cinismo amable, que la envuelve.

sario, en las tareas de poesía, si bien, cuando hace su aparición en innegañables condiciones de evidencia y pureza, constituye un valor evidente y revela a las claras una capacidad especialmente vasta y creadora que contribuye, de manera muchas veces imprevista por el creador mismo, a los necesarios procesos evolutivos de la poesía.

Estas someras consideraciones van en función de nuestro juicio ulterior sobre el libro de Gloria Fuertes que acabamos de recibir (1). *... Que estás en la tierra* tiene, como primer y acusado poder distintivo, el de su sabor de originalidad. Originalidad auténtica, involuntaria por inocente —o viceversa— y ya manifiesta en anteriores libros de esta gran poetisa madrileña, algunas de cuyas piezas más conocidas aparecen reunidas en esta semiantología junto a una porción de poemas inéditos: los de la cuarta sección del volumen. Originalidad que parece impregnar aun los elementos más identificables de esta poesía: sus implicaciones «sociales»; su remoto perfume surrealista y creacionista; su llano y diario lenguaje, estrechamente implicado con los altos niveles expresivos a que acabamos de aludir, como armoniosamente fundido con ellos... Pero el resultado final del manejo de todos estos elementos distinguibles, ya «originalizados» en sí por Gloria Fuertes, es a su vez totalmente distinto a ellos y presenta, pese a su acusado desaliño formal, un empaste y una congruencia poética logradísimos. La «Nana al nene», de la página 54, es un insuficiente pero claro ejemplo de todo ello:

*Duérmete, gusano, duérmete,*
*que los piececitos se te ven.*
*Duérmete, castaña, duérmete,*
*que Luisa ya tiene quinqué.*
*Duérmete, pingüino, duérmete,*
*que tu cama ya tiene dosel.*
*Duérmete, mi oruga, que dormir*
*es inmejorable cicatriz.*

O el arranque de «Tu parcela tendrás» (p. 65):

*El caballo al morir tiene de todo,*
*¡el látigo se borra de su espalda!*
*No te acongojes, hombre,*
*que todo, nada dura.*

O «Toros de Guisando» (p. 88), que reproducimos íntegramente:

*No hubo torero nunca que pudiera*
*torearos desnudo por la noche*
*porque dais aún más miedo que los vivos*
*y vuestras arrancadas son mortales.*

---

(1) Gloria Fuertes: *... Que estás en la tierra.* Col. «Colliure». Barcelona, 1962.

*Hechos solos en piedra por la lluvia,*
*no hubo matador, no hay quien os mate,*
*y cargados de siglos y silencio*
*tejéis lo misterioso con las patas.*

*Toros de piedra ciegos, poderosos,*
*embistiendo a la nada con bravura,*
*sin cuernos ya y cada vez más toros*
*desafiáis las normas naturales,*
*igual que el hombre es hombre sin tristeza.*

Pero la prodigación de los ejemplos ilustrativos, deficitarios siempre, es aún más insuficiente en este caso, por cuanto todo el libro de Gloria Fuertes es largo en variaciones, matices y sutilezas igualmente nacidas de esa ingenuidad en plena gracia de poesía.

Sin género de dudas, la de Gloria Fuertes es una de las voces femeninas de la poesía española contemporánea que más vivamente nos han impresionado desde la posguerra. La cargante reiteración de una determinada asonancia, los desajustes morfológicos y sintácticos, el ancho descuido con que este libro está —o parece— escrito no sólo no malogran, sino que casi siempre hasta subrayan su buen logro.

Poesía conmovedora, muy viva, de la que todo bagaje cultural parece ausente, es decir, como indescifrablemente fatal, es la que brota de ... *Que estás en la tierra,* y se acendra, más revelada e inocente aún, en esos leves y desenfadados versos menores «para párvulos» que dan cuenta del volumen.



«Yo creo —precisa Marcel Béalu en el prefacio de este libro (2)— que el modo mejor de leer los aforismos consiste solamente en entenderlos como se mira una flor, sorprendidos por su perfume. Un lector reacio a fuerza de pasividad protestaría leyendo, por ejemplo, este aforismo de Carlos Edmundo de Ory: *Si lloro, es porque tengo lágrimas.* Pero otro tipo de lector, aquel que sabe que el poeta no puede escribir nada que no esté grávido de experiencia, dejará sin protestas inscribirse en él esa frase tan sencilla, y la belleza, la ambigüedad, la originalidad, todo cuanto encierra la desgarradora afirmación citada se le aparecerá de súbito un día u otro (a no ser que jamás haya tenido lágrimas).»

Las múltiples y afortunadas actividades del poeta gaditano Carlos Edmundo de Ory no son nuevas en las letras españolas jóvenes, a

(2) Carlos Edmundo de Ory: *Aérolithes.* Prefacio de Marcel Béalu. Texto francés de Denise de Ory. Ed. Rougerie. París, 1962.

despecho de su, hasta ahora, breve bibliografía publicada, entre la que destacan un par de reducidas entregas de poemas, alguna que otra monografía y el extenso volumen de cuentos, tan interesante como desigual, *Kikirikí Mangó*. Fundador, con Chicharro hijo y Silvano Sernesi, del movimiento llamado «postismo», es la de Ory, a nuestro entender, una de las cabezas más inventoras y mejor dotadas para poesía de la lírica española actual, como lo revelan, aparte de los libros ya aludidos, sus numerosos poemas aparecidos prácticamente en todas las revistas nacionales y en muchas extranjeras.

Estos «aerolitos» o aforismos, muchos de los cuales son auténticas piezas poéticas en miniatura, abundan en el peculiar acento de la poesía de Carlos Edmundo de Ory, en su fuerza y en su rica capacidad de sugerencia. Un tierno y evidente sentimiento parece en ocasiones empaparlos; en otras, una suerte de negro humor, muy ibérico, administrado de un modo cuidadoso y relampagueante. Algunos de ellos son una pura, aunque siempre acertada, operación de ingenio, y son éstos los que pudieran recordar ciertas «greguerías» mayores de Ramón Gómez de la Serna, de las que, por lo demás, difieren en sustancia los presentes «aerolitos», cuyo objetivo es única y exclusivamente de tipo poético. Pero lo que confiere un valor esencial a estas cortas y casi siempre radiantes asociaciones de palabras es su final y pensativo contenido, el cual, sean cuales fueren la rapidez y las metáforas que reviste para manifestarse, denota de inmediato un poderoso temperamento poético y una decantada experiencia de la vida y de la literatura, aparte de una misteriosa fuerza que, en el fondo, no proviene sino de la del radical misterio del mundo y del de aquellas regiones del subsconsciente —Kafka— desde la cual prorrumpen en viaje casi directo:

El vacío se alimenta de huesos humanos.

Estoy cansado de mañana.

Si Dios ha muerto, *nosotros* somos su cadáver.

La poesía es un vómito de piedras preciosas.

La sangre es la nieve del fuego.

El hombre sin Dios es un perro.

La filosofía *sânkhya* enseña la posibilidad de ampliar el sentido del tacto hasta tocar la luna con la mano.

Es vergonzoso vivir todos los días.

El viejo hospital de mi trabajo.

No conocemos estos aforismos en su original versión española; pero la traducción de Denise de Ory, revisada por el peta, parece justa y excelente.

Vaya una alusión final al lúcido y aclarador prólogo de Marcel Béalu y a la limpieza y calidad de la edición francesa de Rougerie.

☆

Las cuatro décimas, correctas pero indestacables, y aun levemente anacrónicas, que abren este libro (3) no constituyen un prefacio orientador del mismo, por cuanto las siguen, barajados con otros de menor alcance, aunque siempre considerables, hasta diez poemas de primera calidad. La mayor parte de estas piezas, de factura y logro completos, se encuentra en la primera parte del libro: «Cuenta del tiempo»; las restantes, en la segunda: «Razón de amor y otros poemas». Así, pues, Alfonso Canales, el poeta malagueño de *Sobre las horas, El candado* y *Port Royal,* cuyo último y muy estimable libro de sonetos ya reflejamos en estas mismas páginas (4), ha conseguido con *Cuenta y razón* —título claramente aducido de los de las dos partes del libro y abarcador de su todo— un conjunto de empaste no tan regular y apretado como el de sus volúmenes anteriores, aunque sí con una respetable representación de los mejores poemas producidos hasta ahora por Alfonso Canales. Estas desigualdades, en cuanto a la unidad, precisémoslo, no se refieren a la estructura o armazón general de *Cuenta y razón,* que está perfectamente organizada, sino en cuanto a la intrínseca calidad de los poemas que contiene.

En la primera mitad del libro, «Cuenta del tiempo», y según ya hemos indicado, se encuentra la mayor parte de esos aciertos máximos. Un dramático y eterno sentimiento, acaso el más sólido constituyente de toda la poesía española y desde sus orígenes, es el que informa estos poemas, de rico lenguaje y tramitación muy libre, interferida con acierto por algún verso de medida, en su mayoría heptasílabos, endecasílabos y alejandrinos. El sentido de lo temporal, la cósmica carrera de la vida, la nadería que somos, paliada por la distante aunque reiterada presencia de un Dios al que el poeta interroga o al cual se dirige en última instancia, son los elementos básicos de «Cuenta del tiempo». Destacan en esta sección inicial del libro los poemas «6 de Marzo», «17 de Marzo», «12 de Abril», «16 de Octubre», «Ten-

---

(3) ALFONSO CANALES: *Cuenta y razón.* Col. «Adonais», v. CCII. Ed. Rialp, S. A. Madrid, 1962.

(4) ALFONSO CANALES: *Cuestiones naturales.* Ed. de los «Cuadernos de María Cristina». Málaga, 1961.

tación en el Miércoles de Ceniza» y, especialmente, el titulado «Las siete», en el que parece insinuarse, tanto con respecto al tono y a la tarea constructora como a determinados tipos de expresión, cierto vago recuerdo de Dámaso Alonso y de sus *Hijos de la ira:*

> *... cuando uno se baña en el sutilísimo vapor de las almas que circulan,*
> *obedeciendo al imperioso silbato de los guardias municipales,*
> *¡oh qué tristeza, oh qué indefinible tristeza, Dios mío!*

En la segunda y última parte del libro, «Razón de amor y otros poemas», rayan a gran altura, imbuída del mismo espíritu, los dos primeros poemas, en particular «Introducción y carta a Adriano del Valle», composición de patética belleza, y parecen disentir, pese a sus valores formales y tal vez, sobre todo, por el tono y el tema, la «Oda a Antonio Ordóñez» y «Con panes a María».



Diáfanamente aparecen en este primer libro de José López Martínez (5) las implicaciones generalmente inherentes a esa condición de primer libro—altibajos, dispersión ideológica y formal, etc.—, junto a muy estimables condiciones que permiten presumir, en el futuro del poeta, un gradual afianzamiento en las tareas de poesía; posibilidad que parecen confirmar la juventud y la dedicación de López Martínez.

*En carne viva* consta de un poema introductorio, a cuya perfección formal corresponde también una calidad ideológica y expresiva, adecuadamente servida por estos siete cuartetos de endecasílabos blancos, y de cuatro secciones bien diferenciadas—«Poemas del hombre y del paisaje», «Soliloquios», «Dolor y tiempo» y «Semana Santa en Castilla»—. Adviértense a lo largo de ellas las desigualdades del volumen y también sus aciertos, de los cuales los más destacados parecen ser los cuatro poemas que abren la primera sección, junto al dedicado a un hermano del poeta, «En el décimo aniversario de tu muerte», pieza de conmovido y llano acento.

Contiene asimismo el libro de este joven poeta manchego algunos sonetos de los que, sin duda alguna, el «Soneto del Vino-Toro» es el más trabajado y conseguido, junto al titulado «Yo quisiera», en el que la capacidad del poeta para la meditación y para las suscitaciones de su Mancha natal obtiene cierto positivo resultado.

---

(5) JOSÉ LÓPEZ MARTÍNEZ: *En carne viva.* I. Piquío. Madrid, 1962.

En definitiva, un libro con pasajes—y aun piezas completas—valiosos, paso primero de una madurez que, muy probablemente, no tardará en depurarse y sobrevenir.

Las ilustraciones que se insertan entre los poemas del libro son de calidad decididamente funesta.

☆

Las ediciones granadinas de «Veleta al Sur» acaban de lanzar este único poema de Rafael Guillén (6), en bello cuaderno de pequeño formato y muy conseguida cubierta a cargo de J. Amigo Bimbela.

Rafael Guillén, joven voz de la poesía granadina, obtuvo con este *Canto a la esposa* el primer premio en las V Fiestas de la Hispanidad, celebradas en Puerto de Santa María (octubre de 1962). De excelente composición formal, dotado en ocasiones de un ligero tinte hernandiano y siempre de un contenido estremecido y jugoso, el *Canto a la esposa* revela de nuevo las notables calidades poéticas del autor de *Río de Dios, Pronuncio amor* y *Elegía*. Hexasílabos, heptasílabos, endecasílabos y alejandrinos de primoroso corte, tienden, a lo largo de tres partes, un encendido y amoroso elogio, de los que no anda distante un directo y amoroso desgarro; de estas tres partes, entendemos, las dos primeras aventajan a la tercera en belleza y capacidad de revelación.

Sólo la brevedad, a que la limitación de espacio ya nos urge, impide la prolongación de nuestro examen del último libro de Rafael Guillén, acreedor largo a un comentario más dilatado y pormenorizador.—FERNANDO QUIÑONES.

## RUINAS ESPAÑOLAS EN PUERTO RICO

*Vanguardia y llave de las Indias Occidentales.*

FELIPE III

Un raro espectáculo surgió un día sobre las aguas. Extrañas alas blancas a ras de espuma avanzaban hendiendo las ondas verdiazules, lapislázuli, azul de cobalto, azul de zafiro, verde de jade o de esmeralda, que forman el magnético anfiteatro navegable del mar Caribe. Pájaros gigantescos posados en las rizaduras, el insólito plumaje henchido, palpitante bajo los vientos, parecían andar entre cielo y ola

(6) RAFAEL GUILLÉN: *Canto a la esposa.* Ediciones «Veleta al Sur». Granada, año 1963.

más que volar entre cielo y nube. El oleaje imprimía su ritmo a la andanza, y cabeceaban, siempre en su ignoto rumbo, los galeones de España, en la hora mágica y remota de los descubrimientos. Cuando, cercano ya a los trópicos, la noche derrochaba sus astros en la magnitud de la antigua bóveda y hacía sentir más temeraria la empresa, el hombre del Viejo Mundo experimentó sin duda el choque electrizante del silencio y del misterio, y como siempre es enigma lo que es más grande y está más alto que nosotros, orzó la proa al enigmático suelo con que la hazaña española ensanchó la geografía del mundo. «Después del mar, lo más grande de la creación es el hombre»: hombre y mar, dos grandezas y dos soledades, se aliaron para la conquista portentosa. Volaron las naos sobre el *Mare Tenebrarum* para traer a tierras de América la lengua madre y la fe cristiana, doble legado que magistralmente resumió Darío:

*Esté la raza en pie y el brazo listo,*
*que va en la proa el capitán Cervantes,*
*y arriba flota el pabellón de Cristo.*

Y de aquella aventura del siglo XV heredaremos nosotros el inconformismo de los desadaptados, la rebelión que se deshace en un crujir de nervios o se desahoga en poema, la nómada enfermedad de los díscolos, el no sentirnos nunca en donde estamos y estar siempre más allá de donde nos buscan, la aptitud épica y el rapto romántico, la predisposición al desengaño, muy españoles y muy sudamericanos, héroes anónimos de una novela propia que transcurre en la conciencia de cada uno.

Fué en Puerto Rico donde experimentamos en toda plenitud el fuerte impacto, la huella irrenunciable de nuestro origen. Porque aunque, después, otras nacionalidades y otras lenguas hayan llegado a estas orillas, España es lo genuinamente nuestro. Y conste que quien escribe tiene, balanceando un mínimo aporte hispano, el lastre de nueve siglos de ascendencia sajona. Pero lleva dentro un amor profundo hacia el idioma que en otras edades se templó entre lanzas y arcabuces al rescoldo de las batallas conquistadoras y supo también ser dulce para el coloquio o la serenata.

Tan lejos de nuestro Río de la Plata, ¡qué jóvenes descubrimos nuestras márgenes ante la isla, esbelta como una muchacha, que se inscribe, empero, entre los primeros hallazgos que coronaron la empresa de Colón! Tan lejos, fuimos a tropezar con vestigios viejos de más de cuatro siglos, con muros derrumbados que bate el mar, como pétreos cascos de barcos encallados en una playa antigua, empavesados de misterio, embeleso para el alma predispuesta a la añoranza,

contradicción del paisaje: las moles negruzcas pierden bajo el sol recio sus recodos intimidantes, y en la diáfana sonrisa ondulosa de la palmera o en el incendio de los flamboyanes, la piedra vetusta irrumpe con sólido relieve y sirve de contrafigura al cabrilleo de las olas, a la atmósfera intensamente abierta que roba las sombras, al juego de la claridad matinal que barniza de adolescencia los tallos ásperos de los árboles o las anchas hojas de las plantas; y aquel gris macizo cumple un menester humilde, sedante, tranquilizador: la piedra es verdad; la piedra es concreta, real; la piedra existe. Porque todo ese ámbito de luz parece inverosímil, como si fuera posible que de pronto todo volara de nuestra presencia, como un truco mágico. Pero no. La piedra es verdad. Y cuando va atardeciendo, en esos lentos crepúsculos del trópico que no se deciden a entrar en la noche, y caen lampos de oro y fuego en el mar, con exasperante molicie, perezosamente, la piedra es más verdad aún. Porque entonces se empina, se levanta sobre el nivel de la tierra, yergue su masa avasallante, llama, recuerda que hace siglos, coronada de artillería, fué defensora y avizorante, y bajo el constelado cielo los fantasmas vuelven a situarse tras los cañones vencidos, a montar guardia en las troneras verdinosas, a encender linternas invisibles, a remedar la vida a la hora del sueño.

Pero de la otrora ciudad amurallada, apenas quedan en pie algunos tramos del grueso paredón que la protegía. Y sólo una de las puertas que daban acceso al recinto urbano: la puerta de San Juan, por la que pasaron gobernadores y obispos, con séquito brillante de soldados y de acólitos, entre fanfarrias y pendones, procesión o desfile, en las fiestas solemnes que se santificaban con Te-Deums. Vieja hora de las ciudades fortificadas de América... Puerto Rico guarda sus ruinas y sus leyendas. El castillo de San Felipe del Morro, que impone hoy con su arrogancia desmantelada como en otro tiempo debió imponer con su aparato bélico, es en sí un vívido relato de la edad peligrosa y hazañera en que corsarios y piratas, conquistadores y contrabandistas, cruzaban los mares por ambición y por codicia, y también como desafío y como alarde. El Morro y el fuerte de San Cristóbal fueron sólidos baluartes contra los apetitos de los filibusteros que merodeaban la isla boricua. Y desde sir Frances Drake, en 1595, a sir Abercromby, en 1797, resistieron victoriosamente los asedios. Un cronista del siglo XVIII, Fernando Miyares González, proporciona este curioso dato de San Felipe del Morro: «Montaba la artillería correspondiente y la mayor parte de bronce, entre la cual se señalaba una pieza rabona, del calibre de a cuarenta, con las armas del Gran Turco, que era cañón de crujía en la galera real que rindió el señor don Juan

de Austria en la batalla del golfo de Lepanto. Envióla el señor Felipe II, porque en su tiempo se dió principio a esta fortaleza.» Todo es historia que se adhiere a la piedra, todo es leyenda que se desprende de la historia. Como ésa del diablo que se llevó por los aires a un centinela porque se había enamorado de la novia del soldado. ¿Que no lo creéis? Pues nadie dejará de mostraros, irrecusable testimonio, la Garita del Diablo. Y con respeto...

Pero no sólo dejó España la huella guerrera. También de su fe quedaron trazas patentes en los primeros templos católicos que vió alzarse el Nuevo Mundo, en la iglesita de Porta Coeli, en San Germán, o en la capilla de San José, en la capital, cuyo crucero muestra hermosas bóvedas del siglo XVI, en un gótico tardío. En ella se conservaron, hasta su traslado a la catedral, los restos de Juan Ponce de León, el ilusionado buscador de la perpetua juventud.

La hora ya lejana del comienzo persiste, empero, en ese contraste de las reliquias evocadoras, junto al pulso moderno del presente. Fuertes y conventos —toda la España del Descubrimiento y la Conquista— cuyos cimientos datan del siglo XVI conservan viva la tradición hispánica, y el fuerte de San Jerónimo o el viejo convento de Santo Domingo, el fuerte de San Antonio o el Boquerón, el Palacio Arzobispal o la Caleta de las Monjas, la Alcaldía o la Casa Blanca, residencia ancestral de los Ponce de León, que forma parte del fuerte Brooke, tienen el hechizante signo del pasado, la gravitación de una fábula de secular vitalidad, cuyo embrujo se adueña del viajero, poblándole de reminiscencias, como si de pronto, frente a las olas espumeantes que castigan dulcemente las orillas, fueran a reaparecer, remotos e imposibles, aquellos extraños velámenes que iniciaron la aventura americana.

Y se empoza alma adentro, salpicada de espuma y de sol, esa pátina de nostalgia que dejan detrás suyo los grandes imperios cuando se desmoronan.—DORA ISELLA RUSSELL.

## EN CAMPOS DE ZAFIRO PACE ESTRELLAS

### (A PROPOSITO DE «RITOS Y JUEGOS DEL TORO», DE ALVAREZ DE MIRANDA)

Este libro (1) me parece —y estoy seguro que no sólo a mí— no ya muy bueno, sino, lo que es más, necesario, casi diría inevitable. Y el servicio que el autor prestó al hacerlo, y ahora su viuda al tra-

(1) ANGEL ALVAREZ DE MIRANDA: *Ritos y juegos del toro.* Madrid (Taurus), año 1962.

ducirlo (originalmente estaba en italiano), y sus fieles amigos al editarlo y —en cuanto a las notas— completarlo, no será nunca bastante agradecido.

Se trata de una tesis presentada en Roma por el inolvidable autor (de ahí que fuese originariamente en italiano), una parte de la cual (o mejor, de sus trabajos previos y complementarios) había sido ya publicada en español por aquél y recogida en el volumen II de sus *Obras* (2) y ahora —recuperada entre sus papeles por su viuda— se publica íntegra.

Después de esta breve aclaración se preguntará el lector: ¿por qué decir que es necesaria e inevitable? ¿Por qué tanto agradecimiento? Y como el movimiento se demuestra andando, vamos a andar; primero, resumiendo lo que el libro dice; luego, reflexionando sobre ello. Creemos que al final quedará claro que no exageramos en el juicio inicial, y —sobre todo— muchos lo leerán y algunos continuarán (continuaremos) la línea de trabajo tan magníficamente iniciada aquí.

## I

¿Qué mejor resumen que el que hace el propio autor? Empecemos por transcribirlo tomándolo de sus propias «Conclusiones finales» (páginas 209-11):

«Independientemente de la posible luz que el estudio presente pueda aportar a los diversos aspectos concretos examinados, se pueden resumir las conclusiones generales sobre el papel del toro en la historia de las religiones.

Las religiones antiguas han utilizado este animal, al igual que tantos otros animales apreciados, como *víctima* en los sacrificios; independiente de esta utilización del toro para fines de carácter religioso, lo han elegido a veces como objeto de culto, ya bajo la especie de la diversa potencia animal en sí misma, ya como encarnación de la divinidad en ciertos sujetos de la especie bovina, que en muchos casos ha evolucionado hasta concebir al animal como un mero símbolo de la divinidad, un heraldo o un servidor de ella misma. La acentuada evolución del teriomorfismo hacia el antropomorfismo en la religión antigua señala inexorablemente el progresivo empobrecimiento del toro como figura religiosa.

Hay otra dirección en la que el toro a veces alarga su vigencia, como, por ejemplo, en ciertas religiones mistéricas. Su función está ahora vinculada al sacrificio y a la fertilidad, y se basa en la con-

(2) Madrid (I. O. H.), 1959.

cepción arcaica del valor mágico fecundador de la sangre. En esta línea el toro no está solo, porque tanto su sacrificio como su sangre son los valores que comparte con otros animales y con el hombre. No obstante, la transfiguración sociológica que es propia de las religiones mistéricas, el toro ha sobrevivido a veces como tantos otros elementos arcaicos, y sólo perdura en ellas como elemento simbólico y ligado al sacrificio.

Una tercera dirección religiosa en la que el toro parece haber prolongado su presencia es la que hemos aquí perseguido, y que se resume como intuición de su potencia mágica en orden a la generación humana. Así como en el círculo de intereses vinculados al mundo vegetal, el toro comparte con otros animales los prestigios de la fertilidad ligados a la sangre, en este campo el toro goza de una situación aristocrática. El es el fecundador κατ'εξοχμν, y su valor no se vincula a su aniquilamiento sacrificial, sino a su presencia y a su contacto. De aquí surge una serie prácticamente ilimitada de tratos mágicos del toro, capaces de pervivencia, aun en el ámbito de las religiones nacionales; otras veces paralelamente, bien que independientemente de las religiones mistéricas, pero siempre en el estrato de la magia, de la religiosidad popular y de las creencias especialmente femeninas.

Este tratamiento mágico del toro es de una radical degradación desde el punto de vista religioso. Si en las religiones nacionales el toro sólo puede perdurar como símbolo, y en las mistéricas, como víctima, en la magia popular, el toro sólo puede mantenerse a condición de transformarse, de desaparecer como objeto religioso, introduciéndose en la esfera profana. El germen lúdico que posee por naturaleza favorece este tránsito. Al no existir ninguna referencia a la divinidad, fenómeno frecuente en la magia, se llega a perder la conciencia del carácter religioso del antiguo rito, y esta pérdida de conciencia religiosa, unida al creciente descubrimiento del valor de su carácter lúdico, termina por encuadrar al toro en la esfera profana. Es un proceso lento y poco claro, cuyas etapas intermedias son siempre difíciles de precisar. Nunca se efectúa totalmente; su órbita completa se desarrolla enteramente sólo en momentos y lugares especialmente adecuados y con carácter excepcional, en ambientes dotados de una gran tenacidad conservadora del elemento arcaico.»

## II

La «tercera dimensión» y su «degradación» que ahí se nos indican son el origen de la rama popular—casi diríamos «plebeya»— de las corridas («vaquillas», «toros enmaromados», «toro de fuego», etc.), y

el autor apunta que sería un error derivar, sin más, de esto toda nuestra actual tauromaquia. Y por lo demás —como ya se ha visto en el «remotamente» del final de las «Conclusiones»— excluye una derivación directa de las muy antiguas altas culturas (sobre todo Creta, pero también Egipto, Mesopotamia) o incluso del mundo helénico, y no digamos de los «moros». Lo que sí hay es un fondo común —euroafricano, mediterráneo— del que, por procesos muy largos y complicados, derivan unos y otros.

La raíz es un conjunto muy viejo de rituales de fecundidad humana —de bendición nupcial, en muchos casos— vinculados al horizonte del neolítico pastoril, conservados en medios muy arcaizantes y «venidos a menos» en la doble forma de la superstición y del juego. A la luz de esto —y esto parece certísimo por la aplastante masa de datos folklóricos (véanse todos los capítulos, II y III de la primera parte) que aporta y por las comparaciones con el Mediterráneo antiguo, etc., en la segunda parte— resulta factible revisar toda la temática sobre el origen de las corridas de toros. Pero —anticipando— hay algo muy claro; sólo una parte de la tauromaquia que ahora tenemos puede derivar de ahí. Ni la muerte del toro (esta más antigua manipulación no comporta nunca tauroctonia), ni el empleo de caballos, picas y rejones; ni el de la espada, ni la pluralidad de toros, ni el carácter «profesional» —hoy ampliamente publicitario y mercantil— pueden salir directamente de ahí. La capa, las banderillas, el hecho de torear a pie y la procedencia popular (o incluso «plebeya») de una parte de los toreros profesionales —la mayoría de los de a pie y todos los picadores, a diferencia de la más aristocrática de los rejoneadores— vienen de ahí. Pero otra parte —caballos, picas y rejones, procedencia de los rejoneadores— viene de otra cosa, ya veremos luego de cuál; en cuanto al empleo de la espada como instrumento de muerte y el color rojo de la capa (como después la construcción de plazas y la publicidad, o antes, la incipiente profesionalización) son producto ya del contacto entre dos corrientes distintas.

De la breve pero densa y severa revisión a que se somete en el capítulo segundo de la primera parte la multiplicación de teorías sobre el origen de las corridas, se desprende que —a partir de mucha fantasía irresponsable— sólo un par de veces (así, de modo expreso, aunque algo difuso, el marqués de San Juan de Piedras Albas, y con una breve y prudentísima alusión el gran Cossío) se ha visto que allí había varias cosas, y que las más antiguas se deberían hallar en las capeas, vaquillas, toros enmaromados, etc., y no en la tauromaquia y tauroctonia en sus formas plenas. Es más, el aspecto más aparentemente «ri-

tual», «sacrificial» y «sacral» de nuestro toreo —la muerte, la «hora de la verdad»—, que ha deslumbrado y despistado a tan grandes espíritus (Ortega, Landsberg), es de origen *reciente y puramente lúdico-profano.*

Ahora bien, ya desde muy antiguo —por ejemplo, un hombre de la magnífica claridad mental de Jovellanos— se había visto que en el toreo de muerte, en el empleo de rejones y caballos, etc., había una corriente aristocrática medieval que, sin exactitud en cuanto a la persona, pero sí con certera puntería cronológica, se asignaba a la época del Cid (recuérdese uno de los pocos poemillas legibles del XVIII, el de Moratín «Fiesta de toros en Madrid»). En efecto, los documentos que los mejores historiadores de este arte —el mismísimo José María de Cossío— aducen son de esa época —finales del siglo XI—; en ellos se ve torear a caballo y matar con lanza o cosa parecida, y sólo nobles. Es interesante —y señala cierto punto de articulación con el más arcaico y originariamente ritual toreo rústico— que al principio se celebrasen estas tauroctonias sólo con motivo de bodas reales (y en este contexto han seguido celebrándose hasta el final mismo de la Monarquía).

Así, pues, creemos honradamente poder reconstruir la historia de la siguiente forma:

1.º Existen antiquísimos rituales de fertilidad nupcial vinculados con juegos taurinos; el mismo folklore medieval (*Cantigas,* figuras en Silos, continuidad de recuerdo en Lope) y moderno (véase todo el capítulo tercero de la primera parte) —tanto español como mejicano— lo conservan bien vivo.

2.º Estos rituales son de tipo «corrida» en sentido estricto —a pie y sin muerte, con capa («La capa de paño pardo» de Peribáñez o las sábanas de boda, no la capa roja), banderillas, un solo toro, en la plaza o eras del pueblo, siempre en relación con bodas —o secundariamente—, fiestas de cosechas o primeras misas.

3.º Estos juegos son antiguos ritos parcialmente desacrilizados —no es nunca claro el límite—, ya sea en el sentido de «magia autónoma» y superstición, ya en el puramente diversivo, lúdico, etc.

4.º Su raíz es neolítico-mediterránea, parientes, pues, pero no derivados, de lo cretense, etc.

5.º Ciertas formas laterales y parciales de origen indoeuropeo (aquí, celtibérico) o de alta cultura (etrusco-griega, vía Roma) han dejado poca huella y casi puramente arqueológica.

6.º Debe excluirse toda derivación directa de la caza o del totemismo, toda vinculación genética (filiación, aunque haya parentesco) con Creta, Egipto o Roma y —mucho más— con los omniexplicativos «moros».

7.º De aquí pasan a las mal llamadas «corridas» actuales (en realidad, tauromaquias y tauroctonias) los elementos que antes se han indicado.

8.º Este paso se produce, por el trámite de la profesionalización del toreo plebeyo, en la época barroca, al degradarse y degenerar el toreo medieval (a caballo, con lanza, tauroctonia, sólo inicial y ceremonialmente vinculado a bodas reales) aristocrático.

9.º Este —a su vez— es de origen agonal, lúdico, nada (o sólo indirectamente) sacral, y aunque tenga remotos orígenes indoeuropeos, aquí brota como planta espontánea del clima heroico-deportivo, caballeresco de la época romano-gótica.

10. El cruce de las dos corrientes produce el fenómeno del toreo que hoy conocemos. Pero este toreo no sólo acumula los rasgos de los dos anteriores (de esto ya hemos dicho algo antes), sino que los modifica: así, la «espada» es de origen aristocrático (como lo es el hecho de matar el toro), pero su empleo no es a pie, ni lo uno ni lo otro, sino una modificación de la técnica de tauroctonia aristocrática (lanza) por el rodeo de instrumentos plebeyos originariamente no procedentes de la corrida, sino del matadero (machetes, puntillas), y el color rojo de la capa es una funcionalización racionalizada de la antigua capa, etc.

## III

Esto de los toros —«sacro misterio de España» lo llamó, ya hace más de veinte años, el presente comentador, repitiendo ecos de Ortega, Landsberg y quién sabe cuántos más, mejores y mayores que uno mismo— nos afecta a todos. Nos guste o no, y a mí me gusta —entendamos o no—, y yo no entiendo —no hay español que, a favor o en contra, no se haya visto obligado a tomar postura ante ello. Y como dijo Aristóteles, y dijo bien, que la mejor manera de comprender algo es verlo nacer, este libro, que nos lo pone ante los ojos en el momento mismo de su nacimiento, era necesario, y después de tantas cosas grandes (poesía de Lorca, pensamiento de Ortega, erudición de Cossío) resultaba ya inevitable.

Pero no sólo para los españoles. Gran acierto del inolvidable amigo el hacerlo en Italia, tierra cuyo nombre viene del toro joven, del novillo (Uitulus), en el centro del mar Mediterráneo —el mar de Creta y Egipto, el mar de Zeus, que en campos de zafiro pace estrellas.

Porque no sólo la raíz última de nuestra entrañable (entrañable, ya sea con entrañas de amor o de odio) fiesta, sino otras muchas cosas reciben iluminación en este, por tantos títulos, ejemplar trabajo. Señalaremos algunas:

Hay dos provincias —dese a esta palabra el sentido más extenso— en el modo de ver el Toro (le pongo inicial mayúscula voluntariamente, intencionadamente); Egipto, donde el Toro es, ante todo, fecundidad, paternidad (podríamos llamarlo la provincia Euroafricana), y Mesopotamia y sus adyacencias (llamémosla provincia Euroasiática o Asiánica), donde el Toro es, sobre todo, la Voz, la presencia de lo divino. En Creta —como era de esperar, dada la geografía y la cronología de esa cultura— parecen cruzarse las dos (así, nuestro viejo amigo, el mentido robador de Europa, de gongorina memoria, es al tiempo las dos cosas) y —por otra parte—, como era de esperar del «genio» rococó y saltarín de la misma, donde —aquí creo que lo demuestra el autor convincentemente— se empieza a convertir en juego.

Y luego las religiones mistéricas (objeto de otro óptimo trabajo del mismo escritor) reaniman los componentes arcaicos, dándoles mayor gravedad (3). Pero viene el indoeuropeo con su lanza y su caballo, con su espíritu agonal, con su estructura aristocrática, e inventa la tauromaquia, la tauroctonia, y entre todos —incluída la racionalización funcional del siglo XVIII y el gusto publicitario de nuestro tiempo— llegamos a donde hemos llegado. Y tantas cosas importantes-suovetaurilias, tauro y criobolios, rapto de Europa y Minotauro, Pasifae, muchos ritos africanos (Africa, ¡gran reservorio de Creta!, en parte, y no obstante sus fantasías, Frobenius tenía razón), diferencia entre la asociación Mujer-Toro y la asociación Hombre-Caballo (Kornemann *dixit*), etc., quedan claras en este libro.

Habría ahora que ampliar el horizonte en varias direcciones. No se vea en esto objeción, sino lo contrario. La temprana muerte del autor (1957) le impidió poder utilizar datos y resultados que, o bien por haber sido publicados después del inicio de su larga, dolorosa, valientemente soportada enfermedad, o bien por no haber llegado a su conocimiento, al tiempo de redactar esto, no se reflejan aquí. Los anotadores han ampliado bastante la información —y hay que agradecerlo—, pero no basta; trataré de indicar algunos caminos de posible ensanchamiento y profundización del estudio.

1.º La vinculación Mujer-Toro es mucho más antigua de cuanto podría parecer cuando se redactó esto. Leroi-Gourhan la señala (claro que en un contexto muy diferente) en el Paleolítico Superior (lo mismo, por otra parte, que la conexión Hombre-Caballo). Convendría seguir esta pista. A simple vista es «convergencia» o «reconvergencia»; pero visto —por ejemplo— lo ocurrido con la figura de la Madre des-

(3) *Las religiones mistéricas.* Madrid (Revista de Occidente), 1961.

pués de los trabajos de James, Crawford, Neumann, etc., y de resultar que Pestalozza tenía razón, valdría la pena de hacer algo.

2.° El Toro de Mitra se enlaza con las figuras «Dema», después de Jensen y Lanternari (cuyo trabajo no pudo alcanzar a ver Alvarez de Miranda), tampoco esto puede «quedar así». Quizá haya que buscar en la India prearia, oscura cosa.

3.° Alvarez Miranda indica óptimamente —buen discípulo de Pestazzoni y bien influído, como todos nosotros, por Eliade— el tardío proceso de astralización; pero, visto Zerries, ciertas cosas de cazadores muy primitivos recogidas por Jensen, etc., ¿no habría que reconsiderar esto y pensar si no habrá habido otra astralización anterior?

4.° Todo lo cual nos lleva a lo siguiente: ¿no habrá habido un Toro cratofánico, portador de Sacralidad, para los Cazadores —cuyo eco resuena aún en Mesopotamia (algo de eso se indica aquí, en las transcritas «Conclusiones») y en la expresión inglesa *bull-roarer,* de tan amplia resonancia etnográfica (toros pintados en Lascaux o Altamira)—, y «otro Toro» —el toreado aquí tan diestramente por Alvarez de Miranda—, de los agricultores y pastores neolíticos. Y entonces, ¿qué relación hay entre los dos?, etc.

5.° En el orden sociológico habría que hacer dos grupos de observaciones: uno, sin la menor importancia; pero otro, no tanto.

¿Por qué al hablar de la «composición» social del Toro presente se le escapa al autor este curioso hecho: si bien el picador es, generalmente, plebeyo (no sólo por su extracción, sino por su estimación, a diferencia del matador, no siempre «plebeyo» de origen y siempre más o menos «ennoblecido» en el ejercicio de la profesión), en cambio el rejoneador es siempre aristócrata, otro hecho análogo —y al que tampoco alude— es la presencia de la Mujer a caballo rejoneando, y con éxito, en nuestro tiempo. Estas objeciones por omisión no tienen la menor importancia; lo que viene ahora ya es más importante y no es en modo alguno objeción, sino necesidad de ampliar lo que aquí inteligentemente se inicia; la relación entre los públicos de ambas clases de toreo a lo largo del tiempo —y sobre todo—; si en el toreo «noble», aunque brotado de modo orgánico y espontáneo del ambiente agonal del siglo XII, no hay efectiva conexión (aunque discontinua, mediante «latencias») con formas indoeuropeas (los tracios, ciertas figuras celtibéricas) mucho más antiguas. Parece, por ejemplo, que el autor no saca todo el jugo a la pérdida lápida de Clunia y a la otra estela circular del mismo sitio que aquí trae en las láminas III y IV.

6.° Hay muchas cuestiones laterales —relación con lo etrusco y lo cretense o en general lo paleomediterráneo, formas de Africa oriental,

India prearia y del Sur y Sureste asiático (esas áreas megalíticas-circumpacífico-índicas tan enormemente cargadas de interés) y de «sustrato» (conexiones entre el comienzo de la «domesticación» y los juegos más antiguos) que la falta de tiempo y el nivel de los conocimientos cuando se redactó la tesis impiden tratar; tristísimamente la muerte del autor, no permite que sea él quien los explore; a ver si otros —su fiel anotador Blázquez, Caro Baroja, cuyo emocionado prólogo abre dignamente este libro, y hasta ¿por qué no?, yo mismo— lo hacemos.

La traducción es admirable; revive el estilo —el magnífico estilo— castellano de Alvarez de Miranda, y es, salvo un curioso y muy explicable y disculpable despiste en las páginas 73-4, impecable. ¡Ay!, de la impresión no podemos decir lo mismo.

IV

Toda la historia del Toro —voz divina, padre y símbolo de paternidad, objeto lúdico agonal, astralización— viene bien en un verso de Góngora. Y con él terminaremos para dar un fin digno —en verso— al comentario a tan cumplida prosa:

*en campos de zafiro pace estrellas.*

CARLOS ALONSO DEL REAL Y RAMOS

## CUENTISTAS IBEROAMERICANOS (*)

Con su antología *Cuentistas iberoamericanos* (Norstedts), Arne Lundgren ha abierto la perspectiva hacia un grupo literario que ha estado representado muy tacañamente en nuestras listas de libros. Un

(*) Acaba de aparecer, en edición de la Editorial Norstedts, de Estocolmo, la antología de narradores iberoamericanos, *Cuentistas iberoamericanos* (Latinamerikanska berättare), Estocolmo, 1963, que en 405 páginas de lectura incluye treinta y ocho autores de los países que a continuación se indican:

*Argentina:* Jorge Luis Borges, Eduardo Mallea y Ezequiel Martínez Estrada; *Bolivia:* Augusto Céspedes; *Chile:* Enrique Campos Menéndez y Marta Brunet; *Colombia:* Hernando Téllez y Pedro Gómez-Valderrama; *Cuba:* Enrique Serpa, Alejo Carpentier y Lino Novás Calvo; *Ecuador:* Jorge Icaza y José de la Cuadra; *Guatemala:* Miguel Angel Asturias y Mario Monteforte Toledo; *México:* Mariano Azuela, Francisco Rojas González y Carlos Fuentes; *Paraguay:* Augusto Roa Bastos; *Perú:* José María Arguedas, Ventura García Calderón y César Vallejo; *Puerto Rico:* René Marqués; *República Dominicana:* Juan Bosch; *El Salvador:* Salarrué; *Uruguay:* Horacio Quiroga; *Venezuela:* Rómulo Gallegos y Arturo Uslar Pietri: *Brasil:* Machado de Assis, Monteiro Lobato, Castão Cruls, Gracialiano Ramos, Mario de Andrade, Annibal M. Machado, José Lins do Rego, João Guimarães Rosa, Lygia Fagundes Telles y Dalton Trevisan.

La selección, presentación y estudio de cada uno de los autores han sido hechos por el escritor sueco Arne Lundgren, y las traducciones, por Erik Gyberg, Arne Lundgren, Erik Michaëlsson y Per Rosengren.

número reducido de novelas ha llegado hasta aquí, pero pasaron bastante inadvertidas, y ha aparecido uno que otro cuento. Por raro que parezca —si se piensa en las dificultades de interpretación—, han sido los poetas a los que se ha prestado más atención. Primeramente Gabriela Mistral, a través de las interpretaciones de Hjalmar Gullberg y el premio Nobel, y luego Pablo Neruda, al que el acucioso introductor Artur Lundkvist concedió gran interés. Ambos poetas son de Chile. Lundkvist ha dirigido su mirada también, como se sabe, a otros poetas sudamericanos, y Arne Lundgren publicó anteriormente una pequeña antología lírica. Martín Rogberg pertenece asimismo a los que han tenido puestos sus ojos en este grupo literario. Pero aún así hay que incluir a este grupo entre aquellos que no han sido considerados en nuestras ediciones.

Los treinta y ocho cuentistas agrupados por Arne Lundgren en su antología representan a todo el mundo de lengua iberoamericana, tanto portuguesa como española, con gran predominio numérico para el Brasil, que recibe diez escritores, mientras Argentina, Cuba, México y Perú, tres cada uno, y el resto, uno o dos. La distribución y selección pueden siempre discutirse, pero en el caso actual una crítica supondría un conocimiento tan profundo de la literatura iberoamericana, y en especial de la cuentística, que el crítico prefiere renunciar a ello. Por otro lado, se ha de confesar que la selección no sólo es variada, sino que también nos permite trabar conocimiento tanto con los más viejos como con los más jóvenes escritores y con muchos medios diferentes. En un prólogo orientador, que testimonia la erudición del introductor, se pone de relieve que el cuento ocupa un lugar mucho más importante en la literatura americana que allende el Atlántico y que el modelo iberoamericano es bastante más complicado, rico de contenido y abigarrado. La materia es sobreabundante para una antología de esta clase, y Lundgen ofrece una aceptable motivación de por qué una serie de los conocidos escritores que nombra se han omitido y de por qué se ha otorgado tanto espacio al Brasil. Ha estimado que es también importante tener presente a escritores no tan conocidos de la literatura de los países respectivos, lo cual es digno de encomio; y el Brasil, en representación del mundo de habla portuguesa, y que a menudo ha sido desatendido en ocasiones similares, ahora ocupa mejor puesto. Esto contribuye, a la vez, a iluminar semejanzas y peculiaridades en ambos íntimos mundos idiomáticos. Los escritores son presentados de manera ejemplar, con datos y características e indicaciones de sus trabajos más valiosos. Estas apretadas presentaciones completan a su modo el prólogo, y juntos exhiben un interesante panorama de la literatura iberoamericana.

Como primer escritor de la antología está el original argentino Jorge

Luis Borges, con su *Biografía de Tadeo Isidoro Cruz,* apenas cuento en el sentido tradicional, pero característico del escritor. Borges, que nació en 1899, en Buenos Aires, es cuentista, poeta y ensayista, y estos diversos aspectos se vislumbran en el cuento sobre Tadeo. Habrá oportunidad de renovar el contacto con este interesante escritor, cuando dentro de un par de semanas aparezca en traducción sueca su colección de cuentos *La biblioteca de Babilonia y otros cuentos.* Los otros dos argentinos del libro, Eduardo Mallea y Ezequiel Martínez Estrada, muestran en *Conversación* y *La inundación* dos temperamentos cuentísticos totalmente diferentes. La primera historia da una penetración psicológica del peso de la monotonía sobre dos personas que se han unido la una a la otra; la segunda, es una vívida descripción de una reunión de personas que en una difícil inundación buscan su refugio en la iglesia, y allí viven un tiempo de prueba.

No se trata de nombrar aquí a todos los escritores, aunque lo merezcan. Por supuesto que puede variar el valor literario, y hay motivos que no se ligan por completo al medio ambiente, pero apenas se puede afirmar que sean diferentes algunos de los cuentos antologados. Tenemos que contentarnos con algunas muestras. Arne Lundgren indica cómo las principales figuras del arte cuentístico iberoamericano son Machado de Assis y Horacio Quiroga, del Brasil y del Uruguay, respectivamente, representados por dos tan atractivas contribuciones como *Misa del gallo* y *A la deriva.* El cuento del boliviano Augusto Céspedes, en forma de libro diario, *El pozo,* se relaciona con la guerra del Chaco entre Bolivia y Paraguay en los años de 1932 a 1935, y narra cómo un pequeño grupo de soldados en una parte del árido desierto del Chaco recibe la orden de cavar un pozo y los sufrimientos tremendos que soportan mientras el pozo llega a ser cada vez más ancho y profundo, sin que se encuentre agua alguna. Pero al fin llega a ser el pozo la salvación de los soldados que cavan, cuando los guaraníes perseguidos por la sed van hacia el ataque, por haber oído que detrás del frente boliviano había un pozo. Es, en la forma concentrada, una pintura extraordinariamente bien lograda de la naturaleza y de los hombres. Un medio tan fuera de lo corriente, como la tierra del fuego, halla en el corto relato del chileno Enrique Campos Menéndez, *El misionero,* un drástico retrato del encuentro de una tribu indígena con la cristiandad: sus componentes toman la promesa del paraíso tan en serio, que matan al misionero para que éste, como guía, vaya primero a la esperada gloria. Otro tema fuera de lo común —y de éstos hay muchos—, es el asunto colombiano del colombiano Pedro Gómez-Valderrama, *Tierra,* una imagen violenta del terror y de la necesidad sexual, vestida con traje histórico, pero con forma moder-

na. Con pintoresca fantasía y vuelo lírico cuenta Miguel Angel Asturias (Guatemala) una fabulosa *Leyenda del Volcán;* el cubano Enrique Serpa ofrece una amarga descripción social en *Aletas de Tiburón* y *Un zapato para Pedrito,* del brasileño Dalton Trevisan, es una conmovedora historia acerca de la existencia de los pobres. Se pueden tomar otros ejemplos, como la narración de incesto de José de la Cuadra, *Calor de Yunca,* y el cuento de Salarrué, *Semos malos,* que describe cómo cuatro asesinos llegan a estar contritos y sentimentales cuando por primera vez oyen un gramófono.

Hay continuamente motivos cambiantes y variada técnica cuentística, desde la tradicional hasta la surrealista, lindando ésta alguna vez con el ensayo. Hay grandes diferencias de temperamento y de concepción de la vida, a pesar de aquello que tienen en común. De ese algo que no es tan fácil aprisionar, porque entra en la mentalidad iberoamericana, en su propia atmósfera. Alguna vez el tema puede parecernos sobrecargado en la descripción, un poco excesivamente cálido, o de colorido chillón con arrebatos de sentimentalismo. Pero se olvidaría entonces demasiado fácilmente que es una realidad desde muchos puntos de vista, por entero diferente de la nuestra, y esta diferencia es más evidente en el campo y en los despoblados. Por otra parte, se encuentran artísticamente bien equilibradas descripciones, con dibujos de gentes que hacen pensar en distinguidos narradores norteamericanos y europeos. Una antología de tan gran extensión, como *Cuentistas iberoamericanos,* deben depender, naturalmente, en cuanto a la selección, de la orientación y de la visión literaria del autor. Arne Lundgren, me parece, ha logrado hacer la colección representativa y variada, aunque uno que otro autor más o menos conocido falte. Lundgren ha sido por sí mismo diligente traductor y ha tenido buenos colaboradores en la traducción en Erik Gyberg, Erik Michaēlson y Per Rosengren. El libro merece tener un gran número de lectores.—STEN BJÖRILD.

(Del diario de Gotemburgo «Göteborgs-Postem», del viernes 29 de marzo de 1963. Hizo la traducción Jaime Peralta.)

NOTA.—El libro de Jorge luis Borges, a que se refiere esta crítica, acaba de aparecer en ediciones Bonniers, Estocolmo, *Biblioteket i Babel,* y ha tenido una excelente crítica.

## EL ABIGARRADO «MESON DEL MUNDO»

En 1631, según las historias de nuestra literatura, y 1632, según consta en la cubierta de la edición, fecha que está de acuerdo con la de la aprobación de Quevedo, firmada en 27 de agosto de 1631,

el sevillano Rodrigo Fernández de Ribera publicó su *Mesón del Mundo*. Reeditada íntegramente por el señor Petit Caro en 1946, el carácter de edición para bibliófilos, que hubo de adoptar tan noble intento de «sacar a luz» una obra hundida en sombras de olvido, impidió que alcanzase a un amplio sector de lectores. Quizá esa consideración determinó al profesor Edward Nagy a realizar su edición del *Mesón del Mundo,* recién publicada por «Las Américas Publishing Company», de Nueva York. El haber presentado una selección en vez del texto íntegro, así como el tono del extenso estudio que de Ribera hace el señor Nagy y el de las numerosas notas con que avala su edición, muestran esa finalidad abierta hacia muy amplios sectores de público.

El mundo considerado como «mesón» o como «apeadero» es tan tópico como su consideración de simple camino de «romería». Ribera hizo de ese tópico la base de su obra alegórica, dándole una estructura híbrida de novela y disertación satírico-moral, apoyándose para ambas en la expresividad del yo narrativo.

En el largo y enjundioso estudio que precede a la selección de la obra riberiana, Edward Nagy estudia con ajustada y clara visión los antecedentes literarios, las influencias que contribuyeron a formar la manera de ver y la manera de escribir del autor sevillano. Bien expresamente nos explica sus propósitos: «Nuestro interés gira alrededor de su prosa satírico-moral y, concretamente, en torno a una de sus novelas, *El mesón del Mundo*. Esta obra, a nuestro juicio, encierra mayor interés para el lector moderno debido al tono satírico y picaresco de varios de sus episodios, de vivo color costumbrista.»

Y no es exagerada esa opinión. Las páginas que el señor Nagy ha escogido tienen evidente interés, y la viveza de la sátira compensa, en Ribera, la premiosidad de la narración y la afectada prolijidad de su estilo. La influencia cervantina, certeramente señalada por Nagy, y que podría extenderse a otros aspectos y a pasajes tan determinados como el inventario de la librería ambulante, que aparece en el apartado XIII de la selección comentada, no se ejerció en la andadura de la prosa ni en la posición del novelista ante la realidad. El prologuista nos dice: «Aunque las categorías riberianas se fundan en la realidad social circundante, no podemos, a diferencia de Cervantes, decir que el autor sevillano nos presenta una naturaleza real y una sociedad objetiva. Tal afirmación desmentiría el contenido de *El mesón*. En el camino del desengaño, la mirada de Ribera se fija en lo feo, lo melancólico y fugaz, recibiendo de todo ello una fuerte impresión. Por el contrario, lo alegre, lo bello y agradable no dejan raíces profundas en su alma.»

Podríamos añadir que la visión de Ribera incide, como ocurría con la alegoría del «mesón», en la visión del mundo, que es tópico en su tiempo, entre los escritores españoles.

Más intensa que la de Cervantes es la influencia de Quevedo. Al señalarlo, nos dice el señor Nagy: «El estilo narrativo de Quevedo es conciso y a la vez complejo, como el de Ribera; pero el de aquél es relativamente más comprensible, a pesar de sus muchas alusiones a hechos contemporáneos o a asuntos históricos. La semejanza es patente: *El mesón* es sencillo en la acción y complicado en el lenguaje, dándonos Ribera la impresión de estar creando y torciendo a cada instante el lenguaje en que trata de expresarse.»

Siendo cierta esa comparación, es evidente que, además de la inmensa diferencia que implica el hecho de ser Quevedo un escritor de genio y Ribera un escritor de talento discreto, aquél un innovador y éste un imitador atenido más a modas y a modos que a valores esenciales, hay otras diferencias. Incluso la distancia entre ambos autores se advierte más —y claro está que no es paradoja, sino consecuencia lógica del hecho en sí— cuanto más se acerca Ribera a lo quevediano. El doctor Nagy precisa: «En Ribera, los contrastes entre el deseo, la ilusión y la realidad se han debilitado como el fuego violento del potro de la juventud. Pero lo que mayor fuerza tiene en Quevedo, la gracia del chiste popular, no disminuye en Ribera, aunque se presente a veces como mero juego de palabras basado tan sólo en el doble sentido del vocablo.» Sin entrar ahora en la afirmación del prologuista sobre Quevedo, acabada de transcribir, es preciso señalar que el juego de Ribera con las polisemias y las paranomasias, fatigoso por lo reiterado, es casi siempre trivial, contribuyendo a la afectación premiosa de su lenguaje. Con esos dos recursos comparte la facilidad y la abundancia en buscar con visible esfuerzo cualquier posible juego de antítesis.

Véanse algunos ejemplos de todo ello: «era de los que se entremeten en todo para entresacar de todos, de los que nos vengan del mundo porque vienen de engañarle, gentes de rostros en bonanza, difíciles de copiar» (p. 101 de la edición comentada); «la mulata Clara, hecha una yema» (ibíd., 106); «la mesa, que aunque no era para más que un par, era redonda» (ibíd., 107); «donde me tenía por lecho un lechón, tal parecía de sucio y no de grueso» (ibíd., 111).

Otras veces el autor muestra mayor agudeza: «Ponderó los picos de sus mujeres, cosa necesarísima para romper murallas, o como si alabara pájaros» (ibíd., 127); «eran los votos hijos de botas, y como las madres debían haber sido tantas —y quizá tintas—, eran los tipos infinitos» (ibíd., 129).

Esos defectos no invalidan el interés de la obra de Ribera; solamente sitúan a su autor en un nivel medio, a la altura de los escritores conceptistas segundones. Hubo en la prosa española de ese período un lenguaje tan «hecho», que sólo los grandes escritores podían salvarse del repetido «aire de familia». Pero, junto a tales defectos, hay en Ribera una fuerte vena satírica que se aplica especialmente a la crítica social y literaria. Hay un gran interés en sus notaciones costumbristas y un gracioso desenfado en muchas de sus páginas. Elementos suficientes para justificar el trabajo que el señor Nagy ha puesto en la divulgación del *Mesón del Mundo*. Debemos agradecer a este joven hispanista no sólo la intención que le ha guiado, sino los aciertos de su documentado estudio, la valía de sus numerosas notas aclaratorias y eruditas y el acierto con que ha elegido y ha titulado los fragmentos de la obra de Rodrigo Fernández de Ribera.

De todo ello resulta una edición de alto interés y una fina contribución al mejor conocimiento de la prosa barroca española.—ILDEFONSO MANUEL GIL.

## ROMULO GALLEGOS O EL DUELO ENTRE CIVILIZACION Y BARBARIE

Venezuela es uno de los países hispanoamericanos donde la naturaleza conserva todavía, en una inmensa extensión de su territorio, su primitivo estado virgen, saludable y maléfico a un tiempo. Por ello el campo, en especial el llano y la selva, centran gran parte de la obra literaria de este país, así como de su economía y política. Venezuela es, en toda la amplitud de la palabra y con todas sus consecuencias, un país-campo. Ni el fantasma equívoco del petróleo hace cambiar esta visión terrígena, ya que esta industria, al ser explotada por capitales y compañías extranjeras, tiene todos los rasgos de algo postizo, como añadido a una definida fisonomía del país. Sin embargo, sus primeras manifestaciones novelísticas no fueron precisamente regionales, sino más bien costumbristas. Sucedía que en esta nación, eternamente agitada por revoluciones políticas y económicas, estos vaivenes centraban la atención de los novelistas de fin de siglo y principios de éste, cuya temática no iba más allá de la crítica de costumbres y el Gobierno en el poder. Así Pardo, Pocaterra, Blanco Fombona, Díaz Rodríguez y Urbaneja Achelpol. Hubo excepciones, como alguna obra del mismo

Pardo; *Todo un pueblo,* de Urbaneja Achelpol; *En este país,* y, sobre todo, *El sargento Felipe,* de Gonzalo Picón Febrés. La aparición de Rómulo Gallegos supone un cambio radical de orientación a favor del campo venezolano, su llanura y su selva, orientación que han continuado los mejores novelistas actuales, tales como Uslar Pietri, Julián Padrón y otros.

En Venezuela siempre han existido grupos e individuos aislados bienintencionados, deseosos de salvar al país de los males que continuamente lo han aquejado. Uno de ellos fué *La Alborada,* revista que congregó a varios muchachos inquietos, unidos por el denominador común de un compartido «dolor de patria». En 1909 se les unió Rómulo Gallegos. El tema de sus preocupaciones eran «los campos desiertos, las tierras ociosas, la gente campesina al desabrigo de los ranchos mal parados en los topes de los cerros... Ya teníamos sustancia de sensibilidad para nuestra dolorosa patria». Luego el tiempo, la muerte, la desilusión ante lo irremediable, la lucha por el pan cotidiano, dispersó el grupo y truncó esperanzas. Pero Gallegos continuó fiel a los ideales propuestos.

Si Rómulo Gallegos es grande por obra y gracia de sus méritos literarios, no lo es menos por sus cualidades humanas. Ambos aspectos suyos, el humano y el escritor, han alcanzado las proporciones de símbolo. Sus novelas son la más acabada y exacta interpretación del del campo venezolano; su figura humana es prototipo de dignidad, símbolo de libertad, amor a la gran patria común, Hispanoamérica, y de progreso y cultura. *Dignidad* es la palabra por él más estimada. De ella es ejemplo su vida.

Nació en Caracas, en 1884. (Todos los tratadistas están acordes con esta fecha, salvo el conocido crítico y novelista Luis Alberto Sánchez, que en su obra *Proceso y contenido de la novela hispanoamericana* la sitúa en 1889.) Estudió luego Filosofía y Matemáticas, dedicándose a la enseñanza. En 1909 inició sus colaboraciones en *La Alborada,* con ensayos políticos y pedagógicos. En esta revista aparecen también sus primeros cuentos, que más tarde los entregaría a otra revista, *Actualidad;* en esta última publica por entregas su primera novela *El último solar,* convertida luego en *Reinaldo Solar.* En 1925 da a conocer *La Trepadora,* y cuatro años más tarde, 1929, *Doña Bárbara,* obra que le conquista prestigio y nombradía dentro y fuera de su patria. Le siguen dos obras no menos importantes, *Cantaclaro* (1932) y *Canaima* (1934). Obras posteriores son *Pobre negro* (1935), *El forastero* (1945), *Sobre la misma tierra* (1947) y, últimamente, 1952, *La brizna de paja en el viento.*

A raíz de la publicación de *Doña Bárbara,* el dictador Juan Vicente

Gómez, amo por entonces de Venezuela, ofreció nombrarle senador por la provincia de Apure, lugar donde se desarrolla la acción de su novela. Pero Gallegos no podía colaborar con el opresor de su patria, y desde Nueva York envía la renuncia al cargo. Aquí comienza su vida en el exilio. De Norteamérica se traslada a España, y en Madrid trabaja en una casa de máquinas registradoras. Aquí, en España, escribe *Canaima* y *Cantaclaro,* y aquí las publicó. Terminada la dictadura gomecista regresó a su país, donde desempeñó cargos importantes hasta llegar al de presidente de la República, 1947. Derrocado por una revolución militar, se refugió en Cuba, donde continúa su trabajo de creación. Fruto de esta dedicatoria fué *La brizna de paja en el viento,* publicado en la isla y sobre tema cubano.

Como he enunciado en el título de estas páginas, en Gallegos se delimitan con notable precisión dos campos o polos de atracción opuestos, alrededor de los cuales gravita la actividad pública y privada, económica, social y artística de su país. De darles un nombre, el más exacto sería barbarie-civilización. Ambos elementos, objeto de este estudio a través de sus novelas más significativas, no son en realidad nada simple y fácil de delimitar, sino más bien entidades complejas que casi siempre, en virtud de una mágica plasmación artística, adquieren en sus relatos formas concretas, aunque no siempre separables las unas de las otras. En general se puede decir que barbarie es el sometimiento del hombre a la naturaleza, cualesquiera pueda ser la forma de dicha esclavitud; civilización equivale a superarla, adueñándose de ella. Las tres obras que he elegido, *Doña Bárbara, Cantaclaro* y *Canaima,* son, a mi ver, no sólo las más expresivas en este sentido, sino también las más logradas bajo el punto de vista artístico. Antes, sin embargo, quiero aludir, siquiera someramente, a sus primeras publicaciones, como al final lo haré a las que, hoy por hoy, cierran el ciclo de su producción novelística.

### Primeras novelas

Después de un volumen de cuentos, *Los aventureros,* publicado en 1913, su primera novela lleva por título *El último Solar* (1920), conocida a partir de la edición de Barcelona de 1930 como *Reinaldo Solar.* Es la novela de sus inquietudes juveniles, retrato, en parte, del grupo de *La Alborada:* un grupo de artistas caraqueños discute acerca de los males de su país y el modo de remediarlos. El protagonista acusa notables rasgos en común con el personaje real Enrique Soublette, inquietante personalidad desaparecida a los veintiséis años, entre cuyas genialidades estaba la de fundar una nueva religión, idea que también

comparte el personaje de Gallegos. He aquí, muy en primer plano, y en el comienzo mismo de su carrera literaria, un mesianismo que en una u otra forma han de compartir todos sus protagonistas.

*La Trepadora* es su segunda novela, en la que se plantea el problema del mestizo, un nuevo tipo de hombre que llega a imponerse sobre las antiguas familias aristocráticas degeneradas. Una vez más, aunque de un modo impreciso, se cumple la antinomia barbarie-civilización, con el triunfo en este caso de la segunda, concretada en la *juventud*. Arturo Uslar Pietri, otro gran novelista venezolano y continental, ha detallado esta antinomia de Gallegos. En su libro *Hombres y letras de Venezuela* escribe: «Civilización y barbarie, novedad y tradición, ideas europeas y realidad criolla, juventud y pasado, liberalismo ideológico y oligarquía de castas.» En el caso concreto de *La Trepadora* hemos visto que se concreta en *juventud-pasado*.

«DOÑA BÁRBARA»

Como hemos anotado antes, fué esta obra la que cimentó su fama en Venezuela y el extranjero, y esto hasta tal punto que con evidente inexactitud e injusticia para el resto de sus obras suele ser considerado Gallegos únicamente como el creador de este personaje. *Canaima,* desde casi todos los puntos de vista, aventaja a *Doña Bárbara,* y su protagonista Marcos Vargas no es menos señero y significativo. Limitar la obra de Gallegos a *Doña Bárbara* es lo mismo que limitar Venezuela a sus llanos, ignorando sus selvas y su Orinoco.

El conflicto barbarie-civilización se halla claramente delimitado en esta novela: por un lado, doña Bárbara, símbolo y personificación ella misma de cuanto de maléfico y embrutecedor hay en el llano; de otro lado tenemos a Santos Luzardo, el doctorcito Santos Luzardo, en cuya cabeza bullen ideas renovadoras y designios de orden y legalidad, que acaban imponiéndose sobre la anarquía feudal establecida por aquélla. Este es el armazón central de la obra; en él se ensamblan, además, varios personajes curiosos, certeramente tratados, como el americano Mr. Danger, o Mr. Peligro, el general Ño Pernalote, prototipo del militar brutal e ignorante tan característico de aquellas regiones; la niña Marisela, uno de los motivos de este duelo, rescatada al fin para la civilización; Lorenzo Barquero, padre de Marisela y antaño amante de doña Bárbara, que, por la fuerza de la maldad de ésta, o de sus maleficios, como dirían los sencillos llaneros, termina siendo víctima de esta «devoradora de hombres»; Antonio Paiba, el mayordomo infiel, y otros.

Doña Bárbara no lleva el mal dentro de ella. Gallegos tiene mucho

de roussoniano y piensa que el hombre por naturaleza es inclinado al bien; si luego resulta lo contrario, será degeneración de raza o de ambiente. Así los indios que aparecerán en sus postreras novelas, tarados física y moralmente, lo son a causa de su prolongada sumisión al europeo y al criollo dominante; si este mismo criollo es con frecuencia un tarado, Gallegos lo explica por el mestizaje de europeos, negros e indígenas. Doña Bárbara, como digo, no es perversa por naturaleza. Hubo un momento en que *Barbarita* era una muchacha ingenua e ilusionada. Un acontecimiento brutal, el asesinato por celos por parte de un capitán semipirata, viejo libidinoso, de Asdrúbal, su primer y único amor, cambió su instinto para siempre. En adelante, los hombres no serán para ella sino un motivo de odio: usará su belleza para atraerlos y destruirlos. Su único sentimiento respetable será el recuerdo de Asdrúbal, asesinado a orillas del Arauca.

El Llano venezolano es el marco más propicio a todo instinto desatado, sea de codicia, de sexo o de brutalidad. Doña Bárbara encontró en él campo abonado para sus desmanes:

> «La llanura es bella y terrible a la vez; en ella caben, holgadamente, hermosa vida y muerte atroz. Esta acecha por todas partes, pero allí nadie la teme. El Llano asusta, pero el miedo del Llano no enfría el corazón: es caliente como el gran viento de su soleada inmensidad, como la fibra de sus esteros.
>
> El Llano enloquece, y la locura del hombre de la tierra ancha y libre es ser llanero siempre... En el trabajo: la doma y el ojeo, que no son trabajos, sino temeridades; en el descanso: la malicia del «cacho» *(pequeño cuento anecdotico)*, la bellaquería del «pasaje» *(similar a lo anterior)*, la melancolía sensual de la copla; en el perezoso abandono: la tierra inmensa por delante y no andar, el horizonte todo abierto y no buscar nada; en la amistad: la desconfianza, al principio, y luego la franqueza absoluta; en el amor: «primero mi caballo». ¡La llanura siempre!»

Y en otro lugar hace exclamar a uno de los peones a propósito de una exhibición de fuerza y destreza de Santos Luzardo: «Llanero es llanero hasta la quinta generación.» El Llano, viene a decir, sus grandes vicios y sus naturales virtudes, como que se mete dentro del alma e imprime carácter trasmisible de padres a hijos.

Sobre estos hombres del Llano, bestializados por las faenas rudas y primitivas, el ininterrumpido contacto con la soledad inmensa y cuya compañía suele no ser otra que reses y animales semisalvajes, doña Bárbara cuenta con dos modos de influencia: la hechicería y la atracción sexual. No le ha sido difícil hacer creer en sus poderes sobrenaturales a aquellos ignorantes llaneros, predispuestos a la adoración a causa de sus frágiles vidas azarosas, a cada paso amenazadas de muerte,

desamparadas en la infinitud del Llano. En cuanto a su atracción sexual, ella no ha hecho sino aprovechar para sus fines perversos una cualidad otorgada de antemano por la naturaleza.

Cuando Santos Luzardo viene desde Cracas a su hato de «Altamira» doña Bárbara es una mujer:

> «Brillantes los ojos turbadores de hembra sensual; recogidos, como para besar, los carnosos labios, con un enigmático pliegue en las comisuras; la tez, cálida; endrino y lacio el cabello abundante. Llevaba un pañuelo azul de seda anudado al cuello, con las puntas sobre el escote de la blusa; usaba una falda amazona, y hasta el sombrero «pelodeguama», única prenda masculina en su atavío, llevábalo con cierta gracia femenil. Finalmente, montaba a mujeriegas, cosa que no acostumbraba en el trabajo, y todo esto hacía olvidar a la famosa marimacho.
>
> No podía escapársele a Santos que la femineidad que ahora ostentaba tenía por objeto producirle una impresión agradable; mas, por muy prevenido que estuviese, no pudo menos de admirarla.»

Ya eran varios los que habían sucumbido ante esta femineidad fingida, entre ellos Lorenzo Barquero, con cuya hacienda inició ella su expansión anexionista de los hatos vecinos. Pero esta vez, ante Santos Luzardo, se cambiaron los dados, y fué ella quien cayó en la trampa del amor, por más que él, por su parte, no hubiera intentado tenderla; más aún, la detestaba profundamente a causa de sus conocidas fechorías. Para conquistarlo, doña Bárbara reemprendió el difícil regreso a la bondad primitiva. Santos, por su parte, fué incapaz de comprender tal actitud. Ella, un buen día, desapareció de la comarca después de haber testado a favor de su hija, antes abandonada, que acababa de casar con Marcos. Por entonces ya había logrado él imponer la ley y un poco de civilización a aquellos hombres y a aquellas llanuras bárbaras.

Aparte de la expuesta interpretación de la obra como duelo entre barbarie y civilización, simbolizados ambos elementos en doña Bárbara y Santos Luzardo, otras dos suelen darse: los nativos, a quienes llegó el libro durante los días trágicos de la dictadura gomecista, hicieron de doña Bárbara el símbolo de cuanto represivo, voraz e inicuo pudiera atribuirse al actual gobernante; para los europeos ha sido ante todo la epopeya de la llanura venezolana. No sólo de la llanura, habría que decir, sino también de sus hombres, los llaneros, que, no obstante sus miserias, su ignorancia y primitivismo, poseen una peculiar grandeza, similar a la del Llano mismo. Así parece entenderlo el mismo Gallegos al terminar el libro con una exaltación en la que engloba a ambos, el Llano y sus llaneros, unidos para lo bueno y para lo malo:

«¡Llanura venezolana! Propicia para el esfuerzo, como para la hazaña, tierra de horizontes abiertos, donde una raza buena ama, sufre y espera...!»

Por más que Gallegos haya dado la solución razonable al conflicto al hacer triunfar a Santos Luzardo, no es de extrañar que el mismo protagonista, a la vista del grandioso panorama llanero descrito con tan impresionanate belleza, llegue él mismo a dudar de la conveniencia de su actitud:

«Después de todo —se decía (Santos Luzardo)—, la barbarie tiene sus encantos, es algo hermoso que vale la pena vivirlo, es la plenitud del hombre rebelde a toda limitación.»

Esta duda estuvo a punto de convertirse en caída formal en Santos; al final, venció la civilización. Venció ésta, pues, sobre doña Bárbara y cuanto ella representaba, y venció también en esta otra lucha más sutil entablada dentro del alma del mismo Santos.

### «Cantaclaro»

Esta sigue siendo la novela del Llano, mas de un Llano donde se ha suprimido casi toda su ferocidad por obra y gracia del chispeante ingenio de este rapsoda llanero al que apodan Cantaclaro:

«Desde las galeras del Guárico hasta el fondo del Apure; desde el pie de los Andes hasta el Orinoco y más allá, por todos esos llanos de bancos y de palmeras, mesas y morichales, cuando se oye cantar una copla que exprese bien los sentimientos llaneros, inmediatamente se afirma: —Esa es de Cantaclaro.»

Cantaclaro, su persona, sus coplas y sus ocurrencias llenan gran parte del libro; otra parte notable la constituyen sus andanzas, solo muchas veces sobre la llanura y bajo los árboles. A falta de mejor compañía, con estos últimos más de una vez se para a conversar. Cuando se acerca a algún lugar habitado gusta de sonsacar en busca de temas para sus versos, algunos de los cuales le han ocasionado compromisos no muy agradables. Y siempre es don Juan, que trae alborotado a todo el mocerío llanero y no menos a los respectivos padres. Son innumerables los versos y dichos que merecerían ser transcritos; vaya como muestra este cuarteto con que rearguye a una muchacha enojada:

*Ahí te mando tus sortijas,*
*tus cartas y tus pañuelos.*
*Espérame en los chaparros*
*pa devolverte tus besos.*

Otro eximio escritor venezolano, Mariano Picón Salas, ha escrito: «*Doña Bárbara* es a *Cantaclaro* lo que la Odisea a la Ilíada.» Y añade: «La inexplicable lucha de la primera se aplaca en ésta en un mundo de imágenes plácidas. Si la nota final de *Doña Bárbara* era de opresión y pesimismo, aquí el novelista, como necesaria reacción, parecía buscar los valores positivos, lo virginal y puro que todavía alienta en el campo venezolano... (*Cantaclaro* es) uno de los libros que perdurablemenmente vivirán, porque no se ha dicho sobre el alma rural venezolana nada más bello» (*Literatura venezolana,* 3.ª edición, Caracas, 1948).

Hay al final un acontecimiento que remueve esta placidez: el levantamiento militar del negro Juan Parao, otrora bandido y por estos tiempos mayoral de una de tantas haciendas del Llano. Ofrece el mando a Cantaclaro, quien, fiel a sus versos, lo rehusa. El levantamiento, también uno de tantos en la agitada historia venezolana, es sofocado. Florentino Coronado, alias «Cantaclaro», se interna una vez más en la llanura; penetró esta vez tan adentro, que llegó hasta la leyenda: «Tiempo después llegó a *El Aposento* la noticia: A Florentino se lo llevó el Diablo.»

## «Canaima»

Si «Doña Bárbara» es el Llano venezolano, «Canaima» es la selva y el Orinoco. Sin perder el carácter épico de aquélla, esta última posee además todas las características de un poema cosmogónico, cuyas divinidades son la selva, el río y la montaña, y como déspota cruel que domina sobre estos elementos se halla *Canaima,* divinidad indígena en la que se personifica cuanto de maléfico hay contenido en ella.

La selva y sus primitivos moradores fueron siempre atracción para el muchacho Marcos Vargas; le atraía con la fascinación de su misterio y con la perspectiva de sus negocios breves y brillantes: las minas de oro y los árboles del caucho. En la linde de la selva entretiene a Marcos una aventura amorosa: Aracelis, la hija menor de los ricos comerciantes corsos, los Vellorinis, se enamora de él; de machismo o el honor del llanero: la lucha contra los Ardavines, los caciques del momento. Pero no tarda en traspasar sus lindes como encargado de un negocio purgüero, que apenas si le interesa porque paulatinamente ha ido perdiendo afición al dinero. Le interesa el mar verde que le rodea por todas partes. Por primera vez en su vida se enfrenta con él; su primera reacción es de desilusión:

> «¿Y esto es la selva? —se preguntó—. ¡Monte tupido y nada más!»

Mas, sin embargo:

«... Luego empezó a sentir que la grandeza estaba en la infinitud, en la repetición obsesionante de un motivo único al parecer. ¡Arboles, árboles, árboles! Una sola bóveda verde sobre miríadas de columnas afelpadas de musgos, tiñosas de líquenes, cubiertas de parásitas y trepadoras, trenzadas y estranguladas por bejucos tan gruesos como troncos de árboles. Siglos perennes desde la raíz hasta las copas, fuerzas descomunales en la absoluta inmovilidad aparente, torrente de savia corriendo en silencio. Verdes abismos callados... Bejucos, marañas... ¡Arboles! ¡Arboles! He aquí la selva fascinante de cuyo influjo ya más no se libraría Marcos Vargas. El mundo abismal donde reposan las claves milenarias. La selva antihumana. Quienes trasponen sus lindes ya empiezan a ser algo más o algo menos que hombres.»

Por entonces le dió a Marcos Vargas por dedicarse a recorrer solo las trochas recién abiertas o a gastar largas horas en la contemplación de las montañas próximas, cuajadas de verde. Sus hombres le disuadían de tal actitud porque conocían lo que ello significaba. Pero Marcos carecía de sentido para la sensatez y la mesura: era, efectivamente, «el mal de la selva apoderándose de su espíritu». Después de la experiencia decisiva que supone para Marcos su expectante participación en una fiesta típica indígena en la que pudo trabar conocimiento con estos nativos degenerados a causa de su larga sumisión al blanco, tiene lugar otro acontecimiento aún más decisivo y que marca para siempre la personalidad del protagonista, y esto hasta tal punto que bien pudiera hablarse de transformación. Se trata de una tempestad en plena selva. Este capítulo de la tempestad tal vez sea, por lo demás, lo mejor de cuanto haya escrito Rómulo Gallegos. A estas alturas ya no hay en el libro sino selva: árboles, árboles, árboles —para expresarlo con la fórmula del autor—. Marcos mismo se va a convertir en algo no muy diferente de ellos. Era una tempestad que venía preparándose en el ambiente intensamente electrizado y el hombre y el animal superexcitado. La selva temía la tormenta; él, Marcos, hombre superior a ella, permanece tranquilo:

«Y advirtió que la selva tenía miedo. Los troncos de los árboles se habían cubierto de palidez espectral ante la tiniebla diurna que avanzaba por entre ellos y las hojas temblaban en las ramas sin que el aire se moviese. Se sintió superior a ella, libre ya de su influencia maléfica, ganosa de descomunal pelea la interna fiera recién desatada de su alma, y así le habló:

—Es la tormenta. Viene contra nosotros dos, pero sólo tú la temes.»

Y la tormenta llegó con la esperada violencia. Marcos se dejó poseer por su desatado ímpetu; desnudo su cuerpo, se dejó sumergir en este

bautismo cosmogónico. Eran las primitivas fuerzas de la creación actuando sobre él. (En Venezuela, ha escrito en otra parte Gallegos, aún no ha terminado el sexto día de la creación.) Se sintió entonces superior a la selva, cuyo maleficio había al fin superado, pero, sin embargo, como formando parte del limitado e infinito a un tiempo universo que le rodeaba. Sucede que en medio de la tempestad siente cómo un mono se aprieta contra su pecho en busca de protección; Marcos le acoge con estas zumbonas palabras: «¡Hola, pariente!» Y, sin embargo, Marcos se daba cuenta que ese «hola, pariente» había adquirido para él a partir de ese momento un valor real, además de una dimensión insospechada: poseedor él de tan extraordinaria experiencia, ya no podrá habituarse a la vida rutinaria del civilizado. Vuelve al bosque, y unas veces en comunidad con los indígenas a quien un día soñara agrupar y lanzar a la reconquista de sus territorios, otras solo, termina convirtiéndose en un elemento más de la selva, un árbol más que conserva de humano la virtud de trasladarse a capricho dentro de aquella inmensa jaula verde.

Un día aparece en *Tupuquén* un muchacho de doce a catorce años. Don Gabriel, antaño amigo íntimo de Marcos Vargas, reconoce en él al descendiente de su alocado compañero. Trae el niño el encargo de ser educado en el mismo colegio donde se hallan sus dos hijos. Don Gabriel piensa que es la civilización, que una vez más se ha impuesto sobre el mero instinto selvático de Marcos Vargas, padre, algo semejante a lo que ocurre con el Orinoco, «el río macho de los iracundos bramidos de Maipures y Atures... Ya le rinde sus cuentas al mar...»

Sería interesante hacer una comparación entre esta *Canaima* de Gallegos y *La vorágine,* de Rivera, otro gran novelista de la selva tropical. Ello extendería demasiado estas páginas. Baste decir que como conjunto y modernidad la obra del venezolano me parece superior; le supera Rivera, no obstante, en su interpretación del misterio de la selva, taimado y enloquecedor.

### Otras novelas

*Pobre negro* versa sobre la vida del proletariado rural en los cálidos valles del Tuy. En conjunto carece de cohesión: una serie de cuadros, algunos bien conseguidos, en los que se disuelve una trama no muy bien hilvanada y carente de fuerza. Tiene el mérito de que con esta obra ha abordado Gallegos todos los elementos étnicos que componen el pueblo venezolano. *Sobre la misma tierra* es la novela del petróleo. *El forastero,* novela de valor como todas las de Gallegos, carece de importancia significativa. Ya he aludido anteriormente y a pro-

pósito de su biografía al modo cómo nació y qué tema desarrolla *La brizna de paja en el viento*: un movimiento revolucionario cubano bajo la dictadura de Machado.

Del mismo modo que he denominado estas páginas «Rómulo Gallegos o el duelo entre barbarie y civilización», muy bien pudiera del mismo modo haberlo hecho con el de «Rómulo Gallegos, novelista total». Lo es de su país, ya que su obra abarca todos los supuestos étnicos y terrígenos de Venezuela. Es Gallegos en este sentido un gran novelista épico *(Doña Bárbara, Canaima)* dotado de intensa emoción lírica *(Cantaclaro)*. Es también un magnífico estilista, dominador absoluto del castellano. Esto último, por más que parezca curioso, suele ser rasgo común a todos los grandes novelistas hispanoamericanos.—JOSÉ ANTONIO GALAOS.

## PRESENCIA DE ALBERTI EN PARIS

Si no fuera porque recibí un telefonazo de mi exquisita amiga Flora P. —«¿Sabe usted, Ory, que esta noche habla Alberti en el Instituto de Estudios Hispánicos? No deje de ir...»—, en verdad que no me hubiera enterado de la noticia. Salgo poco de casa y ahora estoy a régimen de periódicos. No tengo tiempo de leer... a tiempo fijo. ¡Conque Alberti en París! No es nada nuevo. Hasta es un suceder crónico. Pero es un acontecimiento. El solo nombre de Alberti despierta en los ánimos un fulgor y su presencia en París levanta cada vez un revuelo. No se trata únicamente de un español de marca, ni siquiera de un poeta eminente. Es un viajero que tiene la *vedette* ante un público puesto al corriente. Ante todo es un espectro a caballo entre dos mundos. Un espectro entre dos poesías. Es un fantasma que da miedo. El fantasma de la poesía española. Pero esos dos mundos no son sólo geográficos; son también temporales: el mundo de ayer y el mundo de hoy. Alberti es un poco el sosia de Lorca. Verlo deambular sobre la tierra, tan histórico ya, tan biológico de existencia, con su «maldición» a cuestas (esto es, su poesía), acaba por resultar extraño. Es actual y anacrónico al mismo tiempo. Es un paso extraordinariamente vivo, aunque remoto. Alberti parece remoto a causa de su soledad, como si se le hubiera muerto el hermano gemelo. Es que lleva veinticinco años con su biografía sola, inconclusa, separado

de su pareja. Porque la presencia de Alberti acarrea consigo misma la ausencia de Lorca.

Años pasados también me comunicaron la misma noticia, igualmente un mes de noviembre. Pensando que iba a haber mucha gente en ese café de Montparnasse, donde era la cita, no fuí a verlo. En efecto, hubo mucha gente, se me dijo. La «mucha gente» me atolondra. Y aunque considero beneficiosa la *cura de montón,* no me decidí a inyectar gotas de colectivismo a mi aislamiento laborioso. Por otra parte, enfrentarme con Rafael Alberti, cerca ya de mis cuarenta años, verle la cara por pimera vez, suponía un esfuerzo para mí. El esfuerzo de situarme también yo en la historia. Me negaba a verme, a vernos como páginas. Los dos somos de Cádiz y a los dos nos inspira terriblemente el mar. En igualdad de condiciones, hijos de la poesía, es incuestionable que yo vengo después que él y, lo que no puede olvidarse así como así, que él me maravilló; me maravilló tanto o más que el mismo Lorca. Así que la otra vez no fuí y me evité de sufrir complejo de pequeñez frente a los grandes.

Pero esta vez he ido. Impulsado por la curiosidad y otros factores más nobles, he estado a las nueve de la noche donde podía verlo y escucharlo. Mis motivos personales eran tres: verlo físicamente por primera vez en mi vida, percatarme de su elocuencia y, finalmente, el más profundo de los motivos: el hecho de nuestra cuna común, la palabra Cádiz. Entre Lorca y Alberti, en mi adolescencia, yo me dejé influir automáticamente por el poeta de Andalucía la Alta y nunca me influyó, que yo sepa, el poeta de Andalucía la Baja. Pese a esta selección temperamental de lo estético, puedo asegurar mi fidelidad sin revisión a la línea albertiana que va de *Marinero en tierra* a *El alba de alhelí,* sus primeros tres años de poesía clásica como el mismo mar de nuestra bahía. *Cal y canto, La amante,* en fin, la poesía azul, o hasta diría celeste, de Rafael se me entraba en las venas. Hicieron mis delicias porque la vena marina y clásica como el azul del mediodía gaditano de esa poesía sin énfasis y con fasto andaluz tenía mucho que ver con el *genius loci* y con mi propia sangre lírica. He aquí todo cuanto me unía a Alberti desde los tiempos remotos de mis comienzos.

La presencia de Alberti en París, donde yo habito, era en mi fuero interno un compromiso con lo remoto. Me acordé que había yo sido joven, y me vi, me vi viejo. Mis condiciones de vida, de trabajo creador, mis nuevas vías, no me permitían anegarme en sentimentalismos. No obstante, armado de una nostalgia legítima, me encaminé a la calle Gay-Lussac la templada noche de ayer (1) y me detuve en el

(1) París, 16 de noviembre de 1961.

número 31. Imposible dar un paso hacia dentro. ¡Ya está! Me lo figuraba..., «la mucha gente». Vi la casi imposibilidad de poder entrar; tanto júbilo estudiantil, impaciente y mudo, sin embargo, se amontonaba en el *hall*. La gran mayoría eran muchachas francesas que sabían hablar nuestra lengua. Había, claro es, españoles. Pero dominaba el sonido español sin acento ruidoso, con el acento de la lengua aprendida y la entrega cordial a lo hispano, el lujo universal de hablar español y la desnudez entusiasta de la cultura de una lengua. «¿Qué pasa?», pregunté a diestro y siniestro. «Que no cabe más gente.»

Entonces sentí la fuerza de mi preponderancia inequívoca en tanto que gaditano y poeta; sentí mi progenitura y, sin mover más los labios, no dudé un momento. Entré en movimiento entre la juventud ávida de paso, bien que imposibilitada de conseguirlo *por las buenas* y resbalé, sin brusquedad, fácilmente, ¡oh prodigio!, hasta un espacio libre de cuerpos. Se me abrió paso como ocurre siempre que uno se decide, seguro de que sí, a quemar los obstáculos, viendo el camino expedito, como si uno fuera en realidad, oficialmente, un personaje importante, aunque anónimo y al que no hay que pedirle cuenta de sus actos. No tardé en darme de narices ante otra puerta encombrada de humanidad, a través de la cual pude advertir el amplio salón de conferencias iluminado y, oh sorpresa ingenua, de bote en bote. Ahora bien, yo no podía quedarme allí de mirilla, venga a empinarme y con el cuello estirado. Esta contingencia es la mera descripción del ambiente que reinaba minutos antes de comenzar el acto. Penetré como Pedro por su casa, y ahora se presentaba un nuevo problema: dónde colocarme. La falta de espacio vital ofrecía a los ya normalmente instalados el espectáculo familiar de la acomodación improvisada. Había en el recinto, en espera del orden y del comienzo de la sesión, un aire de familia, un contento sintomático, específico, de fiesta íntima, privilegiada, casi privada. ¿Dónde colocarme sin molestar a nadie? Afortunadamente, mi anonimato frente al estudiantado francés se vió compensado por las amigables señales dispensadas por algunos de mis compatriotas, quienes, sin dejar de saludar, no se movían de su sitio. Total, que me senté al borde de la tarima catedralicia, apoyado contra la mesa, aún vacía de conferenciante, al lado de mi amigo el pintor Pelayo, ambos de cara al público.

A poco entró Rafael Alberti escoltado por sus dos jóvenes traductores franceses. Los dos hispanófilos y traductores especializados, ya que no exclusivos, de la poesía y el teatro de nuestro autor. Se sentaron él y, a ambos lados, ellos; a su derecha, Claude Couffon; a su izquierda, Robert Marrast. Inmediatamente comenzó la sencilla ceremonia. La expectación, mezcla de interés y curiosidad, de culto

y·alegría, al aparecer el poeta y tomar la palabra se convirtió rápidamente en respeto, silencio palpitante y atención vivísima. Aquella reunión, extrañamente seria y campechana, estaba, por supuesto, exenta de protocolos académicos. Era un poeta mayor, un español mayor, «un poeta vivo», y se estaba escuchando su voz. No su «voz», como se dice, del mensaje y del timbre propios a una obra continua y ya clasificada, sino su voz paladial, la voz de la boca, el sonido de palabras con sus inflexiones diarias, su caudal acostumbrado de habla personal, sin cuentos. Consistía la velada en ser interrogado el poeta sobre su vida y su obra; la primera parte del acto, por Couffon; la segunda, por Marrast. En el intervalo hubo la oportuna y cansadora firma autógrafa en la primera página de los libros que los estudiantes tendían al autor. La mayoría, muchachas. Alberti firmaba sus obras, ¿tenía tiempo para florecitas? Yo no me fijé en eso cuando hablaba con él y me miraba, sin dejar de firmar al buen tuntún.

Los utensilios indispensables a la conferencia-interviú, encima de la mesa, consistían en objetos visibles y pertinentes: dos vasos de agua, micrófono, volúmenes de las obras del poeta. Una mesita vecina ocupada por el magnetofón, auxiliado por un operador. Se veía que el poeta sentíase satisfecho del gran recibimiento. No se trataba de éxito. Respecto de él, aquel auditorio cautivado era, no sé, una recompensa, un calor humano, un fruto del mérito individual. Era bueno de ver y de sentir, sin duda. Y a ellos venía él a contar su historia. No había más remedio que contarles su historia, su autobiografía oral.

Estuve observando (por fin me senté en la primera fila gracias a la gentileza de mi amiga Flora), observando estuve la magnífica serenidad del poeta allí sentado, impasible, y hablando, buscando la expresión y hallándola, fácil, pero grácil, nada elocuente, casi balbuciente. Tranquilo y metido en faena, con corazón, con la soberanía de su gracia regional que ningún argentinismo puede mellar. Era el hombre de siempre, con el prestigio del exilio en los años y con su fama intrínseca, que viene de lejos, que es fama de poeta sin más, valorada con sello oficial en el mundillo universitario, tras haber sido incluído en los programas de curso de literatura española.

Allí estaba, hablando por los codos, entusiasmándose, perdido en el hilo de sus recuerdos, siguiendo el hilo sin armarse un lío. Contando la verdad sin cuentos, sin odios, sin regocijo vanidoso. Los consecutivos estallidos de su abierta sonrisa, transfigurante sonrisa de niñote travieso, modesto y como miedoso de felicidad, me daba la medida de su celebridad. Un hombre que ha escrito tanto, y tanto viajado y en tantas historias y antologías metido, ese trabajador de

su perennidad, llega a París, aparece y desaparece. Se nos acerca su presencia; viniendo de lejos, llega... hasta Francia.

Me dió la impresión de un hombre sencillo, al cabo de la calle, viajero del mundo ya, y todavía joven, vital, sanote. Dándose cuenta, eso sí, de que era el centro, agradeciendo sin empaque el ser rodeado, enemigo de las solemnidades, espontáneo y rico de gracia natural. De modo (pensé) que éste es el Rafael Alberti de mi niñez. Pues sí, y la verdad que nunca lo había visto ni me acordaba de su cara por los retratos, si los había visto alguna vez. Cosa increíble, no me acordaba de haberlo contemplado en imagen, salvo muy vagamente en alguna cubierta poco neta de Losada. Guarda en su fisonomía de artista trotador de caminos una juventud espiritual que lo hace semejante *a él mismo;* quiero decir que lo identifica con el poeta *sui generis*. Sólo que poeta al natural español, andaluz, carnoso, carilleno, limpio, claro, lleno de casta. Tiene cara de cartujo bonachón con un mucho de humanidad enriquecida por la experiencia de las luchas. Cara del artista bastante exhibido que jamás vivió en torre de marfil.

Alberti, lo he comprendido ahora mejor que nunca, es el anti-Rilke y está al lado del hermetismo preciso de Mallarmé, Eluard y de la pasión terrestre, populosa, de un Walt Whitman. Pues como dijo en su conferencia de anoche, lo que a él le gusta es concretizar el fantasma y no diluirlo en vaporosidades. Su afán es precisar y dar contornos a lo oscuro. Por eso se detuvo tanto a explicar la verdadera significación de sus ángeles de *Sobre los ángeles,* ya que sabía muy bien que los estudiantes de agregación de español iban a estudiar este año, según lo señalaba el programa, su famoso libro. En cuanto a los estudiantes de la licenciatura de español, el programa indica «Marinero en Tierra». Dijo, pues, lo que eran sus ángeles, seres vivientes y no íconos. Aclaró por qué había un ángel feo, otro tonto, otro en ruinas, y así, deseando que ahora, que han pasado años, se vea y se comprenda su espíritu de lucidez y lo que literalmente representan esos ángeles suyos como representaciones que son de una época conturbada, de crisis, de confusión, antes que seguir viendo entelequias estéticas de retorta. Esta última frase es mía, interpretando, porque Alberti no usa la menor retórica en lo que va diciendo. No es elocuente ni falta que le hace. No es resabiado ni posa hablando. Al contrario, es pura espontaneidad. Habla como todos los días, y aunque dice, como lamentándolo, que no tiene voz, la gente le escucha mirándolo embobada, todos los ojos convergen, imantados, a la cabeza parlante. Tanta es su sinceridad, su gracia natal, su ángel. A cada rato hace reír y eso que no tiene ni la menor pinta de cómico. Es que cuenta las cosas con naturalidad, con añoranza infinita. Y conmueve. Debió de ser tímido en otro tiempo y yo casi lo noto.

He visto la unidad andaluza y española de Alberti en sus gestos y palabras, en su abierto y claro carácter, en su fina dignidad, en su sano donaire, extraño a la extravagancia. Nombró una vez a Dalí diciendo: «un fantoche que tiene talento», lo que muestra que su fama madura lo ha colocado en su sitio como hombre poco literario. Fué muy gracioso cuando dijo, refiriéndose al día que recibió la noticia (viendo por casualidad la prensa) del premio Nacional que se le concedió a los veintidós años, gracias al voto positivo de Antonio Machado: «Con el periódico en la mano, en ese momento se me quitaron todos los complejos.» De modo que los tenía, como no importa quien que, con fibras sensibles, pierde, por culpa de su carácter o de su idiosincrasia, los derechos que su personalidad, esto es, sus talentos, le confieren ante la sociedad.

Yo no he querido ver en esta conferencia —que podría llamarse mejor que «autobiografía» una «Lírico-grafía» de las suyas—, no he querido ver otra cosa que lo que a mí me importa personalmente: el valor del hombre, aparte del valor de su obra. Definido ha sido el poeta como *vir bonus*. Yo digo: «Hombre primero, poeta después.»—CARLOS EDMUNDO DE ORY.

## UN AMBIENTE DE TANGO TRASCENDIDO

En estas sumamente elogiosas palabras —ambiente de tango trascendido— radica para nosotros el máximo interés de la novela de Adolfo Bioy Casares *El sueño de los héroes* (1), héroes de lenocinios e infamantes madrugadas, pero héroes que sueñan y trascienden lo cotidiano popular. Para seguir hay que ponerse primero de acuerdo en lo que es el tango, contemplado desde este otro lado del Atlántico. Nuestros elementos de juicio son más sentimentales e instintivos que eruditos. A una ancha experiencia auditiva han venido a sumarse determinadas conversaciones con argentinos enterados, algún que otro trabajo literario (el polémico *Tango, canción de Buenos Aires*, de Ernesto Sábato, por ejemplo) y, fundamentalmente, el firme convencimiento de que las manifestaciones cantoras populares de las razas inciden en una suerte de cánones similares, por manejar todas ellas esos eternizables elementos directamente devengados de la peculiaridad geográfica y ayuntados a través del espacio, en la imaginación de un escritor, precisamente por la autenticidad de las fuentes, por la

(1) Editorial Losada. Buenos Aires.

gestación lenta e imbatible, por tratarse siempre de una nostalgia. Y es en la nostalgia, en la queja, en la insatisfacción, donde los pueblos acaban por fin identificándose. El tiempo fluye, nos gasta y, al final, nos mata. Por eso las canciones populares son siempre tristes o melancólicas; en suma, evocadoras. El simple hecho de disponerse a oir impide al individuo vivir, y el individuo que oye está inmerso en una esfera distinta y distante: la pasión de la vida le llega recordada, no protagonizada por él mismo; le llega, pues, en concepto de pérdida.

El folklore de Argentina no se diferencia tanto del folklore americano o continental como, por ejemplo, el folklore español se diferencia del europeo. Esto quiere decir que, no obstante existir en la Argentina una riquísima gama músico-popular, es el tango el giro que puede representarla de una manera más definitoria y original, puesto que la riquísima gama antes mencionada no es —al menos en un sentido absoluto— privativa exclusivamente de Argentina, dándose el caso de existir en los países colindantes acentos análogos o muy difíciles de diferenciar para el profano: descendencias de ritmos, fusiones, que vibran por igual en las impresionantes oquedades andinas, en la extensión de las pampas o en las sabanas.

Surge otra cuestión: a veces la personalidad muy destacada de un cantor —como la de Carlitos Gardel— elimina en cierto modo la teoría de los géneros o de los ritmos musicales, y si Gardel canta, a los oyentes de esta orilla empieza sinceramente a darles igual que se trate de un tango, de una milonga, de una ranchera y hasta de una jota de emigrantes balbuciada en la cubierta de un navío. De modo que ya resulta más difícil hablar con entera propiedad del tango. Cabe ampliar el término y hablar de la canción rioplatense, de ese producto singular del arrabal porteño, nacido en las lívidas madrugadas bonaerenses (al decir de la leyenda) y donde a veces a mí me ha parecido topar con el espíritu errante y cansado del gaucho viejo, que se hastió en el exilio y terminó por adherirse —todo resentido y enarbolando una rebeldía y un «machismo» a todas luces acabado— a la avasallante e híbrida civilización migratoria, que aportó matices rápidamente diluídos y reelaborados en el jugo «pampiano», absorbidos en el magma telúrico, ese sentimiento determinista que últimamente parece hallarse en tela de discusión y que desde luego ha inspirado las mejores páginas de la literatura argentina.

Si bien el tango es un producto típico urbano, hay tangos que cantan la huella y el camino, los aguaceros de la pampa y las faenas del rancho. Sin embargo, las tres cosas que distinguen al tango y a la canción rioplatense son el desengaño amoroso, la nostalgia del arrabal y el nihilismo.

## El desengaño amoroso

En el tango siempre es la mujer la que engaña. A veces la queja del varón tiene un aire lacrimoso y folletinesco. La mayoría de las veces, en cambio, alcanza acentos profundos, sencillamente poéticos y que no excluyen cierto corrosivo sarcasmo. Por regla general, con el «mate lleno de infelices ilusiones», las muchachas huyen del hombre pobre en busca de una vida brillante y fácil en la que rápidamente se queman. El amante desdeñado puede reaccionar con violencia y acabar en la cárcel o puede refugiarse en su ternura y en su capacidad de evocación. En cualquiera de los casos, la reiteración obsesiva del engaño de la mujer sólo puede significar, en primer lugar, una ingenuidad desesperada y, después, que la mujer conserva incólumes sus atributos antañosos y clásicos de personaje mitificado que puede impartir el bien y el mal, demostrando al propio tiempo su pertenencia a una civilización rural donde todavía no se ha puesto en marcha esa mecánica social de la industrialización y, como consecuencia inmediata, la independencia de la mujer, el fenómeno del feminismo, la igualdad —hasta donde es posible— con el otro sexo y el destronamiento. La mujer en el tango, como en la literatura clásica, mantiene su carácter de premio. El sarcasmo es una variante siniestrada de la deificación, aunque no se emplea a menudo contra la «pebeta». El sarcasmo más bien se dirige no contra el tipo disoluto, sino contra el que de alguna manera pretende burlar los condicionamientos de su clase social.

## La nostalgia del arrabal

He aquí uno de los matices más serios y dignos de estudio. Se encadenan los cordiales barrios del ensueño, el parpadeo de las luces que a lo lejos van marcando un retorno, las invocaciones a la tierra lejana, al Buenos Aires querido, a la muchacha entrañable... Frases pertenecientes a viejos tangos, a dulces milongas, a suaves valsecitos criollos y que equivalen a toda una estética del desarraigo migratorio. Como sabemos que el tango, aunque plenamente autónomo en la actualidad, tuvo un principio híbrido (giros musicales italianos, bandoneón germánico) al que no fué ajena la corriente de emigrantes procedente de diversos lugares del mundo (ni conquistadores ni colonizadores: emigrantes contemporáneos), ¿cabe aventurar la posibilidad de que esa nostalgia, tan vinculada ahora al arrabal del Plata, fuera en principio la nostalgia que traían consigo los emigrantes, referida lógicamente a sus barrios, a sus campanas, a sus madreselvas

y a sus propios años mozos, y que más tarde terminaría por hacerse constitutiva en el argentino corolario, una vez que el tango, sus creadores y su público alcanzaran densidad nacional, una vez se fundiera en el cedazo común de la pampa tan imponente río de caracteres?

## El nihilismo

Esta otra peculiaridad habla de cansancio, de escepticismo, de soledad, de orgías amargas, de fantoches errados, de fracasos vitales. Filosofía esquemática y sin solución de continuidad: hay quien se quiere morir sin confesión y sin Dios, hay quien prevé el momento en que estén secas las pilas de todos los timbres que se aprietan buscando un pecho fraterno; hay quien en el fondo «escuro» de un rancho perdido, tira'o en un catre, aguarda las horas que han de traerle el sueño, mientras el viento dobla los sauces cuasi contra el suelo; hay quien tiene el alma basureada, quien se encurdela p'a no llorar, quien gime bajo los grilletes invisibles del tiempo recordando obsesivamente bocas juveniles, caravanas de recuerdos que se hunden en el olvido, muertes escondidas en las aguas de miradas buenas, y, por fin y para no hacer interminable la relación, otarios que de pronto un día, cansados, se pusieron a ladrar. El nihilismo es el sentimiento que, como un gas venenoso, reina sobre el tango y domina todo lo demás: el desengaño amoroso, la nostalgia, la sátira descarnada. La mayoría de las canciones del folklore universal presentan facetas melancólicas y también peripatéticas, pero ninguna se hunde como el tango en la negación, negación que no se parece a la «nada» antillana de que hablaba Cintio Vitier, sino que se manifiesta con caracteres apasionados; su negación está en función directa de las decepciones sufridas y, por tanto, de las exigencias cursadas a la felicidad.

Ernesto Sábato introduce el elemento de la sexualidad frustrada, es decir, la añoranza de un amor limpio y bueno como provisional explicación de la tristeza del argentino y de su resentimiento al soportar sucesivas oleadas de emigrantes. Creo que la nihilidad del tango obedece —siguiendo la teoría del hibridaje en la creación y de que la nostalgia era en realidad demasiado vieja y demasiado «europea»— al convencimiento por parte de la inmigración de la imposibilidad de crearse en aquella tierra inmensa y despoblada una nueva vida ilusoria, a la hostilidad del criollo, a la fusión inevitable e irritante y al desmesurado crecimiento de la ciudad. Todo lo cual, por supuesto, es discutible.

A esta novela, que tratamos de relacionar con ambientes de tango, la ha definido Borges al decir que «despliega una odisea de prodigios que no parecen admitir otra clave que la alucinación o el símbolo, y plenamente los descifra mediante un solo postulado fantástico, pero no sobrenatural» (en realidad la definición se refiere a *La invención de Morel,* otra novela anterior de Bioy Casares; sin embargo, las palabras de Borges son aplicables casi por entero a *El sueño de los héroes,* con la sola excepción de que Bioy Casares ha perfeccionado ahora su técnica hasta el extremo de no necesitar recurrir, para explicar situaciones mágicas o irreales, a ningún postulado fantástico).

En esto consiste el primer interés de la novela que nos ocupa: en su realismo mágico, que hoy no representa novedad, pero que hace diez años, cuando se escribió, constituía probablemente una anticipación. Un realismo mágico muy diluído y afincado en raíces populares, concretamente las mismas raíces de esos tangos de juerga triste, con mucha grapa, zascandileo nocturno de cuadra en cuadra y de boliche en boliche, bajo el calor pegajoso, envueltos en la fiebre del carnaval del 27, encima de viejos coches de caballos—allí llamados victorias—, realizando «proezas» que en el fondo no eran más que canalladas. Ambiente que uno mismo ha vivido en cualquier ciudad del Sur marítimo, con la única diferencia de que en vez de ritmar nuestra inevitable y pasajera inconsciencia con un tango del Plata la ritmábamos con un tango gaditano, ambos enlazados por la común melosidad de la habanera, el soplo húmedo del mar, la abreviada articulación de palabras y la típica sicología de la embriaguez. Esta sicología de la embriaguez es la que determina todo el aparente entramado irreal. El joven Gauna, ganancioso en las carreras de caballos, decide dispendiar su dinero con varios amigos un día de carnaval. Envuelto en el áurea engañosa del aguardiente de uva conoce a una deliciosa máscara con la que vive un episodio de amor misterioso y mágico. Más tarde se casa con Clara (ignora que es la máscara). Durante el carnaval del 30 se repiten las circunstancias: vuelve a ganar en los caballos y quiere repetir con los mismos amigos igual itinerario que hace tres años, a fin de recuperar los prodigios vividos entonces. La experiencia le sirve para comprender cuánta iniquidad puede encerrarse en tres noches de borrachera, para convencerse de que era su propia esposa la máscara soñada y para llegar, por fin, a la conclusión de que su destino fatal es morir en los carnavales, en duelo a cuchillo, retomando así el «sueño de los héroes» y no figurándose jamás «que su alma fuera tan grande ni que en el mundo hubiera tanto coraje».

Contada así, a grandes rasgos, quizá esta historia parezca incongruente. Pero no cabe duda: a Bioy Casares le preocupa llegar a esa especie de catarsis criolla, heroica, y reanudar el hilo de la tradición argentina, de una de las tradiciones argentinas, jalonadas por rebeldes que encontraron su verdadera dimensión en la muerte violenta y noble. Se recuerda el espíritu del *Martín Fierro* y se recuerda el espíritu de Jorge Luis Borges inventándole a Martín Fierro nuevos duelos y nuevas cuestiones de honor (2). Todo lo cual significa solamente una cosa: que la tradición literaria argentina, al menos la representada por estos dos escritores, ha sabido manipular técnicas modernas y recursos literarios de vida más o menos efímera, de mayor o menor autenticidad, pero sin perder nunca contacto con el ideal libertario, soledoso y viril del mítico gaucho. En suma, una paradójica regeneración contemporánea del tango.—EDUARDO TIJERAS.

## TERTULIA DE URGENCIA

*Octavio N. Derisi, rector de la Universidad Católica Argentina Santa María de los Buenos Aires, ha escrito unas páginas luminosas sobre la «Cultura latina» en la revista* Sapientia, *órgano de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad que regenta, en el número correspondiente a julio-septiembre de 1962.*

*La cultura es la penetración del espíritu en la naturaleza de las cosas y del propio ser —material y espiritual— del hombre para transformarlo e impregnarlo de su intencionalidad intelectual y volitiva.*

*Frente a la obra natural de Dios surge la cultura, obra del hombre. Los bienes que se transforman son los específicos del hombre. Por la inteligencia el hombre se abre a la trascendencia en busca de la Verdad en sí (actividad contemplativa o teórica); por la voluntad busca el bien de la actividad libre (actividad moral) o del bien y belleza exteriores (actividad artística y técnica), y en definitiva, el Bien y la Belleza infinitas.*

*Se establece una jerarquía orgánica de las diferentes regiones de la cultura —técnica y arte, moral y ciencias morales, filosofía y ciencias bajo su dependencia— ordenadas al bien del hombre.*

*Pero para que esta actividad espiritual sea una auténtica cultura*

---

(2) J. L. BORGES: *El fin.* Narración publicada en «Ficciones» (Emecé) y en la revista «Ficción».

*debe nutrirse de una concepción verdadera del hombre. Los múltiples intentos de cultura están realizados diversamente de acuerdo a la concepción del hombre: la teocracia judaica, la inmortalidad material egipcia, la organización política y guerrera de Esparta, el cultivo del arte y la filosofía en Grecia... El perfeccionamiento del hombre y de las cosas es lo mismo que su plenitud o acto ontológico, su bien, el cual se consigue por la consecución de los bienes antes mencionados en el orden jerárquico que corresponde.*

*Históricamente hay culturas que han logrado realizar aspectos de ese perfeccionamiento, pero, en principio, sólo hay una cultura que sea plenamente tal: la que realiza el bien total del hombre. Esta cultura, sin embargo, no es necesariamente única y está sujeta a circunstancias históricas que le imprimen un estilo propio.*

*Esto lo logró la Filosofía griega —Platón y Aristóteles—, asimilada por Roma: una concepción cabal del hombre que encuentra su modelo perenne y clásico en la lengua y literaturas griegas y latinas, la «Humanitas», formativas del hombre por sí mismas.*

*La Iglesia adopta esa cultura. Vuelca en la literatura su contenido divino-sobrenatural y logra su máxima expresión. Purifica la Filosofía y elabora con ella la organización científica del dogma, la Teología, que es divina por ser revelación, y humana, por sus principios de razón natural y su sistematización.*

*El cristianismo logra la rectificación, ampliación y profundización de la concepción del hombre corrigiendo los defectos de esta cultura, completando su carácter fragmentario (principalmente en lo tocante a la organización temporal de la vida humana en relación con Dios y la vida eterna) y asumiendo los valores parciales de otras culturas, constituyendo la cultura greco-latina-cristiana o cultura latina. Cultura que acaba el perfeccionamiento humano haciendo al hombre hijo de Dios e instaurando una cultura sobrenatural que no destruye lo humano, sino que lo corona y complementa.*



*Bajo el título «El Cristo revolucionario. Un análisis de la literatura rusa en orden a la historia del espíritu», Reinhard Lauer, en* Eco, *Revista de la Cultura de Occidente, de Bogotá (número 31, noviembre de 1962), ha publicado un artículo sobre un tema siempre apasionante.*

*La vuelta de Cristo y la «parusía» cristiana es una constante en casi todas las literaturas. Por dos veces, y conjugado con ideas sociales y revolucionarias, alcanza actualidad este motivo en las letras rusas: primero, a mediados del pasado siglo, cuando las ideas del socialismo*

*utópico francés penetraron en el pensamiento ruso, para permanecer durante algún tiempo en la concepción espiritual de los occidentales; la segunda vez, antes y después de la revolución de octubre, al entregarse parte de la «inteligencia» a un «mesianismo proletario» en el cual se entretejían ideas cristianas kiliásticas y esperanzas ligadas a la revolución del proletariado. Decisivamente, y de forma continua, removió entonces los espíritus el interrogante de si Cristo estaría con los demócratas, con los socialistas, con el proletariado o con la revolución. La respuesta, en diferentes ocasiones, se produjo también diferentemente. La evolución del motivo, reflejada en la literatura, esclarece algunas importantes etapas de la historia del espíritu durante los últimos cien años.*

*Los antecedentes de la primera etapa hay que buscarlos en Fourier, el conde de Saint-Simon y George Sand. Sus ideas encuentran eco en la carta de Bielinsky a Gogol (1847): Cristo es el primer revolucionario; su doctrina se predica falseada. Tema que se repetirá en M. V. Bustachevich, Petraschevsky, A. Grigoriev, S. F. Durov, A. N. Plescheyev y V. M. Mijailov: los sentimientos de Cristo, «hijo de la masa y demagogo», son relacionados paralelamente con los del oprimido. Cristo es un proletario y un profeta incomprendido; su doctrina es la de la libertad, la fraternidad y el amor; Cristo es una especie de «anticapitalista» que arroja del Templo a los mercaderes.*

*El tema de Cristo redivivo en Dostoyevsky es muy conocido por el capítulo «El Gran Inquisidor» de* Los hermanos Karamazov, *aunque aquí no es tanto el Cristo revolucionario del que se trata. N. Berdiayev ha hecho notar que el Gran Inquisidor ejemplifica tanto al teócrata como al comunista ateo.*

*La reiteración sobre el mismo motivo, ya en la segunda época, a más de ser un auténtico acto revolucionario contra el Estado zarista, significa también la secularización y politización de la figura de Cristo y su doctrina. Tanto el bando ortodoxo como el socialista pretenden tener a Cristo de su parte. Lunacharskiy, luego comisario del pueblo y responsable de la política cultural soviética, en su obra «Religión y socialismo» (1908), hace un intento en este sentido: ve en la clase obrera al nuevo Mesías; en la revolución, la resurrección de Cristo. En la revista de «Problemas vitales» se unifican las corrientes socialistas y religiosas merced a la pluma de D. Mereschkovskiy, Berdiayev, V. Ivavov, V. Briusov, A. Bieliy y A. Blok. En sus poemas se presenta a Cristo avanzando con una bandera roja delante de los soldados revolucionarios, o al Niño Jesús abandonando el icono para caer alcanzado por una bala, pero sin resurrección («El camarada», de S. Yesenin). «El misterio bufo» (1918), de Mayakovskiy, es un auto que muestra*

*el «camino de la revolución», y el «verdadero cielo terrenal», un auténtico «antimisterio con rasgos anticristianos».*

*Con la victoria del ateísmo en Rusia, después de la revolución, se despoja a Cristo de su divinidad, se considera su doctrina como superada por los acontecimientos revolucionarios y, finalmente, presentan a Cristo como enemigo de la revolución: un poema de Yesenin de 1918, «El paraíso de las máquinas», de A. K. Gastev; «El Mesías de hierro», de V. V. Kirilov; «Cristo ha resucitado», de D. Briedniy; la novela «Envidia» (1927), de Olescha. Así, la tesis del «Cristo revolucionario» de la primera época viene a convertirse en la tesis opuesta, «Cristo reaccionario».*



*Helio Alberto Scarabotolo hace en la revista* Universidad *(Universidad Nacional del Litoral), en su número 53 (julio-septiembre, 1962), un detallado estudio sobre la «Evolución del teatro brasileño», de la que reseñamos las etapas más salientes.*

*El primer teatro en Brasil se debe a los jesuítas, y concretamente, al Padre José de Anchieta (1534-1597), apóstol en los desolados campos de la Serra do Mar, en la región comprendida entre Santos y São Paulo y en las costas del Estado de Espíritu Santo. El problema era enseñar y atraer a la religión al indio y, también, purificar al colono portugués mediante el teatro. La primera obra así presentada en Brasil es el* Auto de la predicación universal *(1570), del Padre Anchieta. Este teatro catequético incorpora muy pronto elementos populares entresacados de la vida brasileña de la época («anhagás» o diablos, plumajes, expresiones tupís, etc.).*

*Logrado el objetivo propuesto, la catequización del indio, este teatro va decayendo, hasta desaparecer a fines del siglo XVII.*

*A mediados del XVIII, con el descubrimiento del oro y la subida del nivel económico, se multiplican las «Casas de Opera». En Río de Janeiro, el virrey construye un teatro junto al Palacio Real y paga el elenco teatral con los fondos públicos. Se representa a Molière, Goldoni, y a Claudio Manoel da Costa, Alvarenga Peixoto, etc.*

*El dramaturgo brasileño de la época es Antonio José de Silva («El Judío»), cuya obra más famosa y, para muchos, la mejor de habla portuguesa en el XVIII es «Guerras de Alecrin e da Mangerona».*

*El traslado de la corte portuguesa a Brasil supone un impulso definitivo. Teatro que necesariamente está ligado a las corrientes políticas sociales del momento: escuela romántica y nacionalismo. «Antonio José, ou o Poeta e a Inquisiçâo», de Domingo José Gonçalvez de Magalhaes, está considerada como la primera obra auténticamente*

*brasileña, y el dramaturgo Martins Pena, como el verdadero fundador del teatro nacional («O Juiz de Paz da Roça», «O Noviço» y «Os irmâos das almas»).*

*A partir de 1870, el teatro sufre las influencias de las nuevas corrientes literarias y filosóficas. Llega la ópera, la opereta y el teatro musical o «vaudeville», que encuentran expositores brasileños en Arthur Azevedo y França Junior; hay una reacción en contra, representada en José de Alencar, Joaquim Manoel de Macedo, Pinheiro Guimarâes y Machado de Assis.*

*En el siglo XX se produce la revolución artística brasileña y el momento de la madurez, cristalizada en la «Semana de Arte Moderno» de 1922. De la crisis política, social y económica de 1930 surgió el dramaturgo Joracy Carmargo, autor de más de 50 obras teatrales, y, entre ellas, «Dios se lo pague», «El bobo del rey», «El burro»* y *«El Rey de los mendigos». Seguirá después el teatro «desagradable», incorporado a las tendencias más actuales, de Nelson Rodrigues («Vestido de novia», 1943), y el descubrimiento del Simbolismo y el Expresionismo por Ziembinsky, director y escenógrafo polaco. A partir de esta época, los autores y actores se forman en las mejores escuelas extranjeras, se crean los grupos teatrales universitarios y diferentes movimientos vocacionales, el gobierno erige organismos oficiales. Giraudoux y García Lorca influyen en Pedro Bloch y Henrique Pongetti. Brecht, O'Neill y Tenesse Williams, en Nelson Rodrigues y Silveira Sampaio. Guilherme Figueiredo («Un Dios durmió en mi casa», «La zorra y las uvas», etc.), Abilio Pereira de Almeida, etc., se sitúan en una línea independiente que ahonda los temas de costumbres y la tragedia de la vida burguesa o proletaria.*



*Frente a los innegables problemas que se plantean, lo que importa es que el teatro en el Brasil vive un momento de ebullición, de entusiasmo y de vitalidad.*

*En el «Boletín de la Universidad de Chile», Enrique Bello recoge, en un artículo titulado «La reforma universitaria en Cuba», las impresiones más salientes de su viaje por la isla y sus entrevistas con diferentes personalidades, especialmente con los rectores de las Universidades de La Habana y de Las Villas, señores Juan Marinello y De la Torre. Las bases ideológicas de la reforma universitaria, así como su planificación, nos son conocidas por el discurso de Dorticós en el homenaje a Julio Antonio Mella en el trigésimo tercer aniversario de su muerte, por los estatutos publicados en el diario «Hoy», de La Habana, el 18 de enero de 1962, y por el informe de la Comisión Nacional Cubana de*

*la Unesco para la Conferencia de Educación y Desarrollo Económico y Social, celebrada en Santiago de Chile del 5 al 19 de marzo de 1962. Puede interesar, no obstante, el conocimiento de algunos datos y, sobre todo, del factor humano en la reforma y la actual situación del estudiante cubano.*

*La reforma universitaria entró en vigor el 10 de enero de 1962 (año de la Planificación), y como resultado práctico del curso anterior, año de la Educación. Sus antecedentes últimos podrían buscarse en Julio Antonio Mella, muerto en 1927, portavoz en Cuba del manifiesto de los estudiantes argentinos de Córdoba el 21 de enero de 1918 y que constituyó la incorporación de la juventud iberoamericana en la política. Esta reforma fué elaborada a partir de 1960 por un grupo de profesores de la Universidades de Oriente, Las Villas y La Habana, hasta que se formó el Consejo Superior de Universidades, compuesto por cuatro representantes del Gobierno, cuatro de la Universidad de La Habana, cuatro de la Universidad de Oriente y cuatro de la Universidad de Las Villas, más dos suplentes.*

*Antes de la reforma no se prestaba ninguna, o casi ninguna, atención a las enseñanzas técnicas: agrícolas, zootécnicas, geológicas, etcétera; tan sólo en la Universidad de Oriente existía la carrera de minas. A partir de entonces se da gran importancia a la creación de Las Facultades de Tecnología. Antes, el 65 por 100 del estudiantado elegía las carreras clásicas; ahora, más de 65.000 estudiantes están inscritos en Las Facultades de Ciencias y Tecnología sólo en La Habana.*

*Hace unos años, solamente el 1 por 100 de la juventud llegaba a la Universidad; actualmente, concretamente en 1962, se concedieron 71.200 becas completas, que suponen gastos para manutención, vestir, etc., ya que la educación misma, matrículas, libros, etc., es completamente gratuita. Por el contrario, los sueldos de los profesores son notablemente elevados, prohibiéndoseles que den más de tres horas de clase diarias y más de diez a la semana.*

*Para incrementar la educación y las facilidades se han organizado múltiples cursos por correspondencia, y clases tanto diurnas como nocturnas para los trabajadores, funcionarios, etc. El peligro parece residir en que como el Gobierno da todas las oportunidades para facilitar trabajo a los estudiantes faltan, pese a las becas concedidas, los que se dediquen completamente al estudio, con peligro de que no se ahonde suficientemente en la investigación.*

*Por ahora se ha rebajado notablemente el nivel de estudios y las exigencias para ingresar en la Universidad con el objeto de dar las mayores facilidades y acelerar la preparación de técnicos. En los «Centros de Estudios Preparatorios» se forma a los alumnos en tres años*

*para los estudios superiores, con un carácter muy pragmático, desatendiendo estudios complementarios y culturales. Para 1970 se espera tener de ochenta a cien mil alumnos.*

*Los alumnos compiten en hacer horas extraordinarias de estudios. Una estudiante, que alcanzó la cifra de sesenta y seis horas, afirmaba que «el premio consiste en el estímulo de poder ser imitado».*

*Se han levantado numerosos laboratorios y bibliotecas. En todas las Universidades se dan clases de marxismo-leninismo y se invita a los alumnos reacios a contactos y discusiones con los profesores hasta ser convencidos.*

*Un sistema de tipo racional de evaluaciones del trabajo académico ha sustituído a los exámenes. Se permite la enseñanza a profesores extranjeros.*

*La cátedra no es vitalicia, se contrata al profesor por un año, condicionando futuras contrataciones al cumplimiento de los deberes de profesor e investigador. No se permite concentrar más de cien alumnos en clases regulares y no más de veinticinco en clases prácticas y laboratorios.*



*Con ocasión del IX Congreso Internacional de Lingüística, celebrado en Harvard, un grupo de profesores iberoamericanos se ha reunido y acordado, por unanimidad, constituir la «Asociación de Lingüística y Filología de América Latina». El primero de sus estatutos afirma que su objeto es «fomentar el progreso de la Lingüística y de la Filología de América latina, especialmente Lingüística General, la Lingüística Indígena y la Lingüística y Filología Hispánicas y Lusitanas».*

*Hasta la elección del Directorio definitivo, ostenta el cargo de secretario general de la Comisión Organizadora el señor don Gastón Carrillo, de Chile.*



*Se acaba de terminar la impresión del primer tomo de las «Obras» completas de don Miguel Antonio Caro. El colofón lleva la fecha del 15 de octubre de 1962. Esta edición de lujo consta de 52 páginas preliminares y 1.560 de texto, fuera de 33 páginas de índices.*

*Este primer volumen de las obras de Caro, que forma el cuarto de la Serie de Clásicos Colombianos, que publica el Instituto Caro y Cuervo, contiene los escritos de Caro sobre Filosofía, Religión y Pedagogía. Entre ellos merecen destacarse los más conocidos: «Estudios sobre el utilitarismo», «El informe sobre los elementos de ideología de Tracy», «Jesuitas y artesanos», «El partido católico», «Libertad de cultos», «El*

*darwinismo y las misiones», «Galileo», «La religión y las escuelas», «Instrucción laica» y la traducción de las «Cartas» del padre Lacordaire.*

*La edición ha sido dirigida por don Carlos Valderrama Andrade, quien preparó las notas bibliográficas y críticas, revisó las pruebas de imprenta y redactó el estudio preliminar, bajo el título: «El pensamiento de Miguel Antonio Caro.»*

☆

*En toda la América latina la Encíclica «Mater et Magistra» ha tenido profundos ecos, comenta la revista francesa «Missi» en el número de febrero de 1963.*

*En Brasil, los obispos han insistido sobre el derecho estricto al justo salario. En Chile, el episcopado ha recomendado a todos los fieles el estudio de la Encíclica, a propósito de los angustiosos problemas del mundo rural y de las chabolas. En estos dos países se procura obtener resultados rápidos. En el norte brasileño, el P. Malo ha podido obtener una reforma agraria local; y el gobierno federal ha querido incluir los principios de la «Mater et Magistra» en una ley agraria, cuyo texto ha sido presentado a 150 obispos. En Chile, el presidente Alessandri felicitó, el primero, a Juan XXIII por la Encíclica. Los patronos cristianos de veintiún países del mundo se han reunido en Santiago, la capital, y han hecho de la «Mater et Magistra» la carta de su acción. Es verdad, sin embargo, que han sido los delegados europeos los que han insistido para obtener este resultado.*

*En Uruguay, donde el nivel de vida es relativamente elevado, ha habido un obispo que ha denunciado la dura condición que toca al grupo de «rancheros», campesinos del interior.*

*Aquí y allá, en Colombia, en Perú, en Chile, los obispos han distribuído sus bienes a los más desheredados. El de Medellín, en Colombia, ha llegado a dar su residencia. La Acción Católica de este mismo país ha tomado posiciones tajantes en favor de las tesis económicas y sociales de la Encíclica. Los sindicatos se han unido a este movimiento de ideas, que ha dado tenacidad a los patronos católicos, ante las reacciones anticatólicas de la mayoría de los empresarios.*

*En Costa Rica, el entusiasmo ha sido sin mezclas. Este país ha tenido siempre leyes sociales muy avanzadas, y los sindicatos se llaman frecuentemente «Rerum novarum», nombre de otra gran Encíclica sobre el trabajo. La «Mater et Magistra» ha sido el objeto de una gran fiesta en el curso de la cual el obispo de San José, la capital, tomó la palabra delante de tres mil cuadros sindicales.*

*En Venezuela, la «Mater et Magistra» ha tenido las más grandes*

*repercusiones, quizá porque Betancourt ha dado el tono y porque no solamente los movimientos católicos, sino también el Estado ha comprendido el imperativo social. La reforma agraria más seria de América ha sido aplicada en este país. No es por azar por lo que los comunistas dirigen sus ofensivas contra Venezuela —socialmente apasionado por el progreso (realizado fuera del PC)— más que contra los países burgueses, como el Perú, cuya población exprimida «parece a veces no tener otra alternativa que el comunismo» (palabras del arzobispo de Lima).*

*En todas partes, la palabra «nada de anticomunismo negativo» se añade a una neta condenación de los «ricos que se muestran como los bienhechores del pueblo, pero desprecian los derechos de la persona» (monseñor Brito, obispo de la República Dominicana).*

☆

*Méjico es la sede del XIII Congreso Internacional de Filosofía, que se organiza para septiembre de 1963, bajo la presidencia de F. Larroyo. Las actividades del Congreso se ramificarán en sesiones plenarias, symposios, lectura y recensión de comunicdciones libres y conferencias.*

*Los temas elegidos para las sesiones plenarias son: «El problema del hombre», desde un enfoque antropológico, y «Crítica de la época», como una confrontación de los valores de oriente y occidente. Algunos de los temas de los symposios, dirigidos por especialistas de rango internacional, son: Filosofías orientales, Filosofía americana, Estética, Filosofía de las Ciencias, Filosofía y Lenguaje, Filosofía del Derecho y Lógica Matemática.*



*El R. P. Felipe McGregor, S. J., viceprovincial de la Compañía de Jesús en Perú, ha sido nombrado rector de la Pontificia Universidad Católica de su país, que educa a más de cinco mil alumnos. Sucede a monseñor Fidel Tubino como tercer rector de la Universidad, fundada en 1942. Durante el rectorado de monseñor Tubino, la institución triplicó su matrícula, hasta alzanzar la cifra actual, y aumentó en más de siete veces su presupuesto anual.*

*Hay en Iberoamérica veinticuatro universidades católicas —doce de ellas pontificias— que educan unos ciento cuarenta mil alumnos.*

☆

*El Boletín de la Comisión Económica para América Latina de las Naciones Unidas, cuya sede está en la capital chilena, informa que unos cincuenta millones de latinoamericanos mayores de dieciocho años no saben leer ni escribir y que es probable que el número absoluto de analfabetos adultos esté aumentando en vez de disminuir.*

*Según el citado boletín de la CEPAL, más de quince millones de niños en edad escolar no reciben educación alguna por falta de escuelas y maestros o por la situación económica familiar y mal aprovechamiento de los recursos existentes. De unos veintiséis millones de niños que se inscriben en las escuelas primarias, sólo un 15 por 100 llega al sexto grado. Tan sólo 3,2 millones de niños y jóvenes continúan sus estudios secundarios o profesionales. De los ochenta y seis millones de jóvenes menores de quince años, mucho menos del 1 por 100 puede aspirar a una formación universitaria.*

*Hacen falta más de quinientos mil maestros, y la mitad de los que ejercen la profesión de educadores en centros primarios y, sobre todo, secundarios no tiene la preparación debida.*

*Supuesto que la planificación de la educación es uno de los problemas más graves que se presentan a Iberoamérica, la Conferencia sobre Educación y Desarrollo Social, efectuada en Santiago de Chile en marzo de 1962, acordó la convocatoria de un curso de tres meses sobre Planificación de la Educación, que se ha celebrado de septiembre a diciembre pasados y al que asistieron veintinueve educadores de quince países iberoamericanos.*



*El I Semanario de la Oficina Católica Internacional del Cine para Iberoamérica se celebró en la casa de ejercicios «Villa María», situada a ocho kilómetros de Lima, del 29 de marzo al seis de abril.*

*La asamblea iberoamericana precede al Congreso Mundial de la OCIC, anunciado en Venecia para los días 12 al 19 de junio. Ambas reuniones se rigen por un mismo temario: producción, distribución, salas, cine-clubs, clasificación moral de las películas, legislación, apostolado cinematográfico y el cine como auxiliar de la labor pastoral y misionera.*

*El P. José F. Michenfelder, M.M., director del Centro de Información Católica del Perú, fué escogido para exponer en la reunión de Lima la importancia de los medios de difusión en el mundo actual: cine, radio, televisión y prensa.*

*Entre las diversas naciones participantes pueden mencionarse: Argentina, Brasil, Colombia, Ecuador, Perú, República Dominicana, Uruguay y Venezuela.*—CARLOS VARO.

# Sección Bibliográfica

JAIME DORSELAER Y ALFONSO GREGORY: *La urbanización en América latina.* Dos tomos. Editan: FERES-Friburgo y CRSR-Bélgica. Madrid, 1962, pp. 192 y 98.

El término urbanismo apareció por primera vez, como señala Pérez González, después del Congreso de Londres de 1910, donde se reunieron los grandes expertos de la planificación territorial. El entendimiento del mismo no puede hacerse desde una sola perspectiva, porque en su entraña se contienen múltiples y variadas significaciones que aluden a finalidades, causas y consecuencias complejas. Desde el concepto de Posada, que entendía por urbanismo «el arte de proyectar, trazar, construir, rehacer y dirigir la expansión de las ciudades», hasta el más moderno formulado por otros autores, como Pérez Botija y García de Enterría, por no citar sino a autores que nos son más cercanamente conocidos, y que puede sintetizarse como la configuración de una comarca o región, persiguiendo la transformación del suelo rústico en urbano, vemos una línea que resalta nuevos matices dignos de consideración. Ya Howard, el formulador de la teoría de la *Garden City* en Inglaterra, ampliaba considerablemente el núcleo de la cuestión haciendo patentes muchos de entre los variadísimos problemas que la urbanización comporta, al formular los tres principios básicos de la planificación territorial: 1.°, la quita de la especulación sobre los terrenos; 2.°, la limitación del crecimiento de las poblaciones y su proporcionalidad con los espacios libres, y 3.°, equilibrio funcional entre la ciudad y el campo, el mercado y la producción, entre la vida material y la vida espiritual del hombre, que es destinatario de los beneficios de la vida en común.

No es, pues, de extrañar que algún autor, como Gaston Bardet, afirme que el urbanismo no consiste solamente en su expresión exterior, es decir, en el estudio de las formas geométricas o el aparato arquitectónico, sino que hay que tener en cuenta que éstas no son más que expresiones de un ser colectivo y que es el conocimiento de ese ser colectivo lo que importa, reclamando, en consecuencia, una visión más amplia para la total comprensión de la urbanización.

La obra que nos ocupa, publicada por la Oficina Internacional de

Investigaciones Sociales, realizada bajo la dirección de Fr. Houtart, se plantea el fenómeno desde estos últimos supuestos apuntados. Margina lo relativo a *planning* urbanísticos en el sentido más técnico de la expresión y enfoca su investigación desde supuestos socio-culturales, haciendo referencia a los aspectos económicos que se presentan como inexquivables.

El estudio se contiene en dos tomos, que bajo el mismo título general acogen las partes del trabajo de acuerdo con la oportuna sistemática adoptada por los autores. En el primero de ellos, dividido en dos partes, se estudian los aspectos estáticos y dinámicos del fenómeno de urbanización en la América latina, para lograr lo cual se hace, primeramente, una descripción del mismo con métodos estadísticos, al objeto de poder estimar la situación del continente en cuanto a distribución de la población urbana y rural hacia 1950, fecha aproximada de los censos utilizados, y en segundo término, dando una visión de la evolución de las ciudades latinoamericanas.

En el segundo tomo se analizan las causas y las consecuencias de la urbanización en aquel continente, haciendo un estudio detallado de los factores históricos y socio-económicos del fenómeno. En orden a las consecuencias, se alude a éstas desde dos prismas de visión: el económico-social y el socio-cultural, dando, por fin, unas indicaciones para una política de urbanización..

Se inicia la obra con una introducción, en la que se fijan los conceptos y definiciones básicas imprescindibles para lo total y clara comprensión del desarrollo del estudio. De la urbanización se dan dos conceptos, uno estático o demográfico, que alude a la «concentración de la población y de la actividad humanas en las partes centrales del espacio», lo que nos conduce a la idea de relación existente entre la población urbana y rural, y otro sociológico, según el cual la urbanización viene a significar «el cambio gradual de una sociedad de tipo rural a una sociedad de tipo urbano». El grado de urbanización reflejará una situación en un momento dado y en ciertos lugares definidos, haciendo posible, una vez averiguados éstos, el juego comparativo.

Para la comprensión de los cuadros estadísticos, que en gran cantidad se incluyen en el libro, habrá de tenerse en cuenta que los autores manejan un criterio único a los efectos de diferenciar entre población urbana y rural: población urbana será aquella que reside en ciudades de 5.000 habitantes y más. Para el estudio evolutivo de la urbanización, junto a este criterio único, manejan los criterios urbanos nacionales; como lógicamente, al ser éstos diferentes, los resul-

tados serán diversos, la diferencia arroja una porción de población que los autores denominan rural-urbana.

La importancia de la urbanización en la América latina se revela palpablemente si consideramos que el porcentaje de urbanización de este continente era en 1950 superior al del resto del mundo: el número de la población urbana era de 49.911.425, arrojando el porcentaje de 32,9, mientras que el porcentaje de la población mundial viviendo en localidades urbanas de 5.000 habitantes y más fué en 1950 de 29,8 por 100. No obstante lo cual, si se tiene en cuenta que el número de la población rural era de 89.852.967, 59,1 de porcentaje, nos lleva a la conclusión de que la América latina es aún relativamente bastante rural. La densidad urbana y rural no es homogénea en las diferentes regiones, siendo la América central la de mayor densidad rural. El mayor grado de urbanización lo ostenta Argentina, 56,90, y el menor, Haití, con 8,10 por 100.

La fijación del grado de urbanización del continente latino-americano en su conjunto, por regiones, por países y por divisiones administrativas nacionales ocupan, junto con el estudio de las ciudades latino-americanas, la primera parte del tomo primero.

La dinámica de la urbanización en la América latina alcanza también amplia consideración. Teniendo en cuenta que el grado de urbanización solamente es un criterio insuficiente por sí solo a estos efectos, los autores utilizan el de «tasa de crecimiento urbano anual por mil habitantes», con lo que se logra alcanzar la visión real del problema. Cuadros gráficos y estadísticos reflejan con puntualidad matemática la línea de progresión. Línea de progresión que se muestra con relieves muy acusados, puesto que la población del mundo, de 1800 a 1950, aumentó dos veces y media; la población de ciudades de 5.000 habitantes aumentó 30 veces, y las ciudades de 100.000 y más habitantes, 20 veces. Antes de 1750, las grandes concentraciones urbanas casi no existían; al comienzo del siglo XIX no existían sobre la tierra 50 ciudades con 100.000 habitantes, en 1950 se contaban más de 900. El ciclo de urbanización del mundo comenzó hacia 1800, no operándose de la misma manera en todos los países. A este respecto hay que hacer una distinción neta entre los países industrializados y los que no lo están aún. Sólo hacia 1900, estos últimos comenzaron a contribuir al aumento del movimiento de urbanización mundial.

Las consideraciones generales hechas valen, en líneas generales, para la América latina. Veamos su reflejo a través de un ejemplo significativo, cual es el de la Argentina, país el más urbanizado de la América latina: en 1943 el grado urbano era del 48,90; en 1947 ha ascendido al 56,90; las más grandes ciudades han aumentado más

que las otras; así, de 1914 a 1934, el porcentaje de la población total que habitaba en las ciudades de 100.000 habitantes y más subió del 24 por 100 al 34 por 100. Entre éstas está el Gran Buenos Aires, que, con sus 5.750.000 habitantes en 1955, ocupa el primer lugar.

El análisis del grado de urbanización en su evolución por países y por ciudades, de las que se hace un estudio de 148 de entre ellas que hacia 1950 tenían más de 20.000 habitantes, pone término al primero de los tomos.

De las causas y consecuencias de la urbanización de la América latina se ocupa el segundo de los tomos. La hipótesis explicativa de que parten los autores señala su causa en la evolución de las funciones terciarias de una sociedad determinada o del mundo entero, entendiendo por funciones terciarias las comerciales, administrativas y culturales fundamentalmente. Sobre esta base y para la aplicación de esta tesis general a la América latina se formulan tres hipótesis auxiliares: 1) las precondiciones generales de urbanización no se aplican del todo a la América latina; 2) ésta está influída por el carácter industrial y técnico de la civilización occidental, y 3) también está influída por la estructura económica de este continente.

Por lo que respecta a los factores de urbanización, los engloban bajo dos títulos generales, y así hablan de factores históricos y socio-económicos. Teniendo en cuenta que la mayor parte de las ciudades de la América latina son implantaciones hechas por el conquistador, estudian la distinción entre las ciudades del imperio español, fundadas en el interior, y las portuguesas, normalmente costeras. En las colonias españolas, las clases dominantes escogieron las ciudades como domicilio. En el Brasil pasó lo inverso: los grandes señores vivieron en sus «casas grandes», situadas en el centro de sus propiedades. Esto explica el retraso del Brasil en el curso de la urbanización. En cuanto a los factores socio-económicos, ponen de relieve cómo los cambios introducidos por la revolución industrial y el progreso técnico han influído considerablemente, si bien de forma indirecta, por ser países en vías de desarrollo. Los países de la América latina, cuya economía es principalmente rural, se han urbanizado, en cierto modo, gracias al impacto de los países industrializados, producido este impacto fundamentalmente por la instauración de un sistema especial de comercio y por la instalación de la industria local en ciertos centros bien situados. Otro fenómeno que ha influído ha sido la migración interna. Se puede decir que en la América latina las grandes aglomeraciones urbanas deben su crecimiento en estos últimos años más a las corrientes migratorias de los campos que a un aumento demográfico natural.

Se hace en esta parte, por último, un estudio de la estructura agraria de la América latina, en el que se destaca la miseria del mundo rural frente al nivel de vida de las ciudades, verdaderos «islotes de modernidad».

Las consecuencias de la urbanización tienen hondas repercusiones y han planteado problemas todavía latentes y de difícil solución. La urbanización es un proceso que crea un nuevo estilo de vida, un estilo de vida urbano, que puede ser objeto de consideración desde los aspectos estático y dinámico, y que influye decisivamente en la persona y en las estructuras de todo tipo. Los autores se detienen a considerar especialmente las consecuencias económico-sociales y las socio-culturales. Entre las primeras destacan como aspectos positivos el estímulo de este cambio para el futuro, el evitar la fricción del espacio, su contribución a la modernización de la industria, a la aceleración de la industrialización y su influencia en los progresos técnicos y económicos. Como vertiente negativa, la concentración urbana, regional y metropolitana plantea problemas como los de la elevación de costos y precios, las regiones de depresión, problemas de empleo, de rentas, de especulación, etc. Entre las segundas, y por lo que se refiere a las personas, plantea la grave cuestión de la integración en la vida urbana y la impersonalización de las relaciones, que conducen a una despersonalización del individuo. Las consecuencias alcanzan también a los grupos y a las instituciones: la aparición de nuevos grupos y de nuevas clases sociales, por una parte, y el cambio que se opera en las familias tanto en su aspecto estructural como funcional, por otra, son sus más relevantes manifestaciones.

Por la importancia del material que aporta, de muy difícil hallazgo, como por el interés mismo del tema y la forma científica con que está abordado y desenvuelto, se hace esta obra imprescindible para cualquier estudio que se intente de estas materias sobre la América latina.—DARÍO HERNÁNDEZ MARTÍN.

## ALREDEDOR DE LA ESENCIA

El tratado *Sobre la esencia*, de Xavier Zubiri, ha despertado la curiosidad de muchos y ha suscitado el comentario y los elogios de los doctos. Todos convienen en resaltar su originalidad, su hondura y su rigor científico. Por un raro privilegio, nada frecuente en las especulaciones metafísicas, el libro ha sido, además, favorecido por el éxito popular. Ha tenido miles de lectores. No todos, ciertamente, y

aun quizá pocos, habrán dado cima a tan ardua lectura. Pero ya el haberla emprendido revela una especie de talento colectivo o un instinto intelectual bien orientado. Se adivina que el asunto es importante: la esencia. Todos decimos, de quien acierta en algo, que «ha dado en el quid». Con esto queremos decir que ha penetrado —en cuanto es posible— en la esencia o quididad de la cosa. «No es un azar», como diría Zubiri. Por eso, indudablemente, interesa a tantos averiguar qué es la esencia o cómo se halla la esencia. Es como una clave de toda la sabiduría, y tanto en el estudio y la especulación como en la práctica de la vida, lo que ante todo pretendemos es atinar con lo esencial.

Esta popularidad lograda por el tratado *Sobre la esencia* parece que autoriza y hasta invita al vulgo de los lectores también a comentarlo. Y entre el vulgo se cuenta el que, sin ser del todo ajeno a la Filosofía, ni completamente lego en sus graves cuestiones, la tiene bastante olvidada de años atrás. Quede para los grandes maestros el apreciar en todo su valor el nuevo sistema, la singular construcción metafísica. Para nosotros el reflejar una impresión, o —si esta palabra denota ligereza— la huella que su estudio pueda dejar en el discípulo, el lector vulgar. Por eso aquí nuestro pensamiento no volará *Sobre la esencia,* sino que girará, menos encumbradamente, «alrededor de la esencia».

Ante todo, es un sano ejercicio el adentarse en materia tan sutil y abstracta. Son cuestiones en que nuestro entendimiento no encuentra el asidero de la imaginación ni la ayuda de la fantasía. Puro ejercicio intelectual, lejos de lo visible y lo sensible, incluso de lo concreto. Ya nos dirá Zubiri (pág. 506) que «la inteligencia humana, no sólo en el ejercicio de su acto de intelección, sino en la estructura misma de la inteligencia en cuanto tal, está vertida al sentir, de suerte que inteligencia y sentir forman una sola estructura».

Por eso es difícil y trabajoso el ejercicio de la abstracción, y para muchos, abstracto es sinónimo de incomprensible y oscuro. Conocí a alguien que cuando no entendía un informe —y era con cierta frecuencia— decía siempre que aquello le parecía «demasiado abstracto». Y sin embargo, lo abstracto es de suyo tan inteligible como lo concreto. Solamente que considera un aspecto de la cosa, prescindiendo de otro con el cual se identifica realmente; o también considera todos los aspectos y perfecciones que contiene la cosa, pero de una manera indeterminada y vaga que algunos filósofos llaman «confusiva». Al contraerse y concretarse lo abstracto, pierde en extensión todo lo que gana en claridad y en más expreso concepto. Con razón se llama por eso arte abstracto al que elude la representación de particularidades y se funda en una pura armonía de formas y colores. Pero no por eso es

menos inteligible que el arte expresivo y concreto, si de verdad representa, aunque en forma indeterminada y vaga, la perfección.

Un buen filósofo se conoce casi tanto por la exposición de teorías ajenas como por la disertación sobre las propias. De ambas cosas encontramos continuos ejemplos en la obra del profesor insigne. Sólo como una muestra de exposición y sabias alusiones a problemas ya tratados por los antiguos se podría citar al principio del libro la nota general sobre la acepción del vocablo «físico» entre los antiguos (natural, procedente de un principio intrínseco a la cosa), y entre los modernos (cuerpo inanimado). En seguida se ve que la acepción antigua supera en profundidad y riqueza a la nueva. También en la página 9, y en denso resumen, se exponen las teorías que dividieron a dos famosas escuelas que defendían o negaban la distinción real entre la esencia y la existencia. Se trataba, claro está, de la esencia actual del ser creado y de su propia existencia. Más adelante, casi al final del tratado, ha de volver sobre el asunto (págs. 471 y sigs.), inclinándose en lo fundamental a la sentencia que niega la composición real y física entre esencia y existencia. En lo fundamental, porque hay cierta diferencia entre lo que llamaban los clásicos esencia y existencia y lo que Zubiri designa como «meramente rato» y «meramente existente». Pero la razón es la misma (o, por lo menos, una de las razones): no es necesaria esta distinción para explicar la limitación y finitud de la esencia creada que es «intrínseca y formalmente limitada en y por sí misma», y no hay por qué multiplicar sin necesidad las entidades. A lo largo de toda la obra nos encontramos también con luminosas explicaciones de las teorías de Hegel, de Heidegger, de la filosofía india, y continuamente de Aristóteles y de la Escolástica antigua y moderna. La lingüística acude también con frecuencia en su ayuda, ilustrando la interpretación filosófica con indicios de formas de pensar que se advierten en el griego y los idiomas primitivos (pág. 407).

Pero es todavía más interesante lo que esta especulación sobre la esencia tiene de original y se nos presenta desde la primera a la última página como una arquitectura en todo armoniosa y concorde. Si la fatiga de un ejercicio intelectual prolongado nos hace leer con poca atención algún párrafo, pronto habrá que volver sobre él y repasarle, porque unas ideas se encadenan con otras y todo el razonamiento va trabándose con hilos invisibles que no se pueden romper impunemente. Es un estilo de pensar cíclico en que una y otra vez se vuelve a lo anterior *per expressiorem conceptum,* como a otro propósito (la contracción del ente), decían los clásicos.

Sería muy difícil conseguir, y demasiado audaz intentarlo, presentar un verdadero esquema del tratado *Sobre la esencia* que diseñara toda

su egregia arquitectura. Señalaremos en él sólo algunos puntos que nos parecen fundamentales.

En primer lugar, la diferencia entre lo sustancial y lo sustantivo. Sustancialidad es aquel carácter de la realidad según el cual brotan de ella determinadas notas y propiedades. La sustantividad consiste en la unidad de esas notas que forman un sistema, y dentro de él están en una determinada posición y en dependencia mutua. Por lo tanto, es el mismo sistema de notas en cuanto clausurado y total. «La razón formal de la sustantividad no es sino esta suficiencia en el orden de la constitución.» No se debe confundir con la perseidad (capacidad de existencia propia), ni con la sustancialidad. La esencia es el momento fundante de la sustantividad. Por una parte, la esencia «determina la índole y la posición de cada nota de la sustantividad». Por otra, «confiere carácter de sistema a la constitución entera de la sustantividad, es el subsistema fundamental, fundacional de la sustantividad». Entendemos por esto que pertenece a la esencia de una realidad tanto influir en la índole de sus notas como ordenarlas entre sí, y con ella misma en forma de sistema.

Muy importante y grave es también la cuestión de la unidad esencial. Esta unidad consiste, si hemos entendido rectamente el pensamiento de Zubiri, en la propiedad que tienen las notas esenciales o constitutivas de ser «nota-de» todas las demás. Es decir, que no pueden tener realidad física sino *con* todas las demás notas de *esta* esencia física determinada (pág. 298). La razón formal del accidente, o como quiera llamársele, es in-herir en la sustancia. De la nota esencial es co-herir con las demás. «Esta coherencia es la unidad formal del sistema en cuanto tal.» Las notas esenciales son cada una de ellas nota «de» todas las demás. La unidad es la coherencia de todas y en todas está. «La unidad no confiere a las notas su contenido, pero sí su carácter de ser esenciales» (pág. 474).

La idea de lo trascendental, tanto en la filosofía moderna como en la Escolástica, se declara con gran precisión. Sería una especie de agravio a nuestros lectores el repetir nociones sobradamente conocidas que en la exposición de Zubiri aparecen con meridiana luz. Baste decir que, en general, trascendente es aquello «en que todo conviene independientemente de su talidad» (pág. 388). Lo original aquí es la distinción que se establece entre realidad, existencia y ser; que en la Escolástica se emplean como sinónimos. Sobre todo la noción de realidad. La realidad es la cosa como algo «de suyo». «La cosa se actualiza en la inteligencia, se nos presenta intelectivamente, como siendo *de suyo, antes* de estarnos presente.» La esencia y la existencia son distintos momentos de un *prius:* la realidad. La realidad es previa a estos dos momentos de su

«de suyo». La realidad es el carácter, por así decirlo, de las cosas como un «de suyo». Este carácter es primario en la cosa y primero en la intelección. Como se ve, Zubiri tiene que dar varios rodeos para declarar lo que no se puede definir.

No se tomen estas anotaciones escuetas, como de discípulo, y esta imperfecta reseña de algunos rasgos del tratado *Sobre la esencia* como una verdadera síntesis. Sería, ya lo hemos dicho, audaz tarea y desproporcionada a nuestras fuerzas. Sólo quisiéramos que la interpretación hubiera sido exacta y fiel. Por lo demás ha sido forzoso pasar de largo muy sugestivas teorías para no alargar esta nota. Por tal razón también no nos detendremos en los nuevos enfoques que derraman viva luz en materias tan graves e importantes como la aseidad de Dios (realidad plenaria que no tolera reducción); los grados de realidad o la distinta medida en que los entes son reales; la esencia inteligente como «abierta» a todo lo real. Todo, como se ve iluminado por una nueva teoría de la realidad. Una vez terminada la lectura de una de estas explicaciones, la volveríamos a meditar si no nos acuciase el deseo de llegar al final.

La idea de la esencia se estudia en tres aspectos: Primero, como el conjunto de notas que la cosa posee *hic et nunc*. Después, más ceñidamente, dentro de esas notas hay algunas que caracterizan la mismidad de la cosa. Este es el segundo concepto. Finalmente, algunas de esas notas son el mínimo necesario y suficiente para que la cosa, al poseerlas, sea todo y sólo lo que ella es. Tal es la esencia estricta y formal. Al llegar aquí en la lectura de Zubiri, necesariamente nos vienen a la memoria otras descripciones clásicas de la esencia que nos parecen coincidir con ella «en la esencia» también; y la conciben igualmente como algo que constituye y estructura. Especialmente la de Francisco Suárez, en la disputación treinta y una de su inmortal Metafísica: «aquello por lo cual un ser queda constituído en tal grado y orden entre los seres»; y, en general, «aquello por lo cual, primordialmente, se constituye algo dentro de la extensión del ser real, como distinto del ser fingido».

Riqueza, solidez, «estar siendo»: son las tres dimensiones que Zubiri halla en la esencia real. Sean éstas también las tres enormes dimensiones que encontramos en su libro, en su originalísimo tratado. La riqueza, que no consiste en la abundancia de notas, sino en su perfección. Aquí es el acabamiento y rigor del raciocinio. La solidez que es la estabilidad y firmeza en su misma realidad; ya sea con estabilidad estática o dinámica. Aquí la consecuencia y enlace de las ideas. El «estar siendo», que es la duración, que prescinde del carácter temporal y consiste sólo en ser «duradero», por su misma estructura, como indudablemente lo es el libro de Zubiri.—JAIME DE ECHANOVE GUZMÁN.

LAUREANO VALLENILLA LANZ: *Escrito de memoria.* Lang Grandemange, S. A. París, 1962.

¡Qué permanente signo de tragedia lleva consigo el quehacer político —y quién, comprometido o no ideológicamente, puede eludirlo— en la mayoría de los países hispanoamericanos! En las páginas finales de este libro, y que corresponden al momento en que su autor abandona la patria camino del —por ahora— último de sus exilios, se lee: «Aparece mi familia... Les recomiendo salvar la biblioteca paterna. El resto no importa. Es el gran legado de mis mayores. Hasta ahora se ha salvado de la guerra civil y ha escapado milagrosamente de la desgracia política.» Posteriormente, y en carta a un escritor español, Vallenilla escribirá: «Lo que más me ha dolido es la pérdida de mis libros. Conservaba cuidadosamente desde los textos escolares hasta las obras leídas en mis cuarenta y cinco años de existencia. Se trataba de una buena colección, una de las mejores de América Latina. Había libros de la época colonial y de la Independencia, recopilaciones de diarios y periódicos de los primeros tiempos de la República; la primera edición de *Viaje a las regiones equinocciales,* del barón Humboldt, y la famosa y rara *Historia de la rebelión de Caracas,* del español José Domingo Díaz, en la que se relata, con lujo de detalles, la jornada del 5 de julio de 1811, en que las turbas se echaron a la calle y se dedicaron por varias horas al desenfreno y a la licencia. Fué el primer saqueo que registra nuestra historia. Después ha habido muchos. Cada vez que desaparece un gobierno ocurre lo mismo. El proceso es de una monotonía desconcertante.»

Los dos párrafos que acabamos de transcribir justifican el título de este libro de Vallenilla Lanz, y explican —no los hubiéramos reproducidos si no— otras muchas cosas. Hijo del renombrado historiador y ensayista del mismo nombre, espíritu sensible y culto formado durante muchos años en los centros docentes europeos de mayor tradición, el autor de *Escrito de memoria,* cuando le es llegada la hora del ocaso a la etapa política en la que ha sido destacada figura, lo que más le interesa salvar y lo que más le duele perder es su biblioteca. Esto, que a primera vista pudiera parecer hasta fariseísmo, no es sino clamante, dramático y desgarrador grito, atroz queja nacida en lo más auténtico del alma. Ese temor por el saqueo del hogar, de lo más personal —que un caso tras otro, y en toda circunstancia similar, confirma luego, desgraciadamente, la realidad de los hechos históricos—, podría creerse incluso ridículo si no fuera síntoma de un fenómeno inconcebible a estas alturas de nuestra civilización: la evidencia, la seguridad de que en el juego político de una gran mayoría de países, el caído viene a resul-

tar, inevitablemente, hierro que atrae el rayo de la depredación y la rapacería llevadas a sus últimas y más bajas consecuencias.

Pese a la ausencia de escritos y testimonios en qué fundamentar documentalmente este libro de memorias, la obra en sí, a lo largo de sus quinientas páginas de apretado texto, es —creemos— uno de los más completos y elocuentes documentos históricos que se han publicado de la Venezuela moderna. Como bien dice Bertrand Russell, las «circunstancias chicas y accidentales» —entre las que hay, naturalmente, que considerar todo lo personal de cada hijo de vecino, por muy apasionado que aparezca— tienen una importancia fundamental.

Lo mucho personal y subjetivo que, por supuesto, encierra *Escrito de memoria,* obra más bien a modo de apostillas en la costante de la crónica histórica. Una crónica que no sólo abraza lo que es presente en la vida del autor, sino que, como historiador de vasta preparación y humanista de hondo saber que es, abarca también los hechos y los fenómenos más sobresalientes en el acontecer histórico de la nación venezolana y aun de otros países de Hispanoamérica. En esta dimensión, las calas son constantes, y de ellas saca el autor enjundiosas consecuencias filosóficas, sociales, políticas, económicas. Así, por ejemplo, cuando refiriéndose a uno de sus antepasados, Vallenilla, contrastando el ayer con el anteayer y con el hoy, dice con amargura: «Hace lo mismo que casi todos los venezolanos de su época y sufre como los venezolanos de siempre, es decir: conspira, se le encarcela, gobierna a su provincia, se alza en armas, es proscrito y vuelve a gobernar.» Y más adelante, el juicio que le merece la burguesía de su patria no es menos cierto, decepcionante y aleccionador: «Nuestra burguesía —afirma— jamás ha sido factor decisivo en el desenvolvimiento del país. Sus raras intervenciones tienen lugar cuando un gobierno agoniza. Los ricos de Venezuela se conforman con el tráfico de influencias y con asistir a las fiestas de los poderosos de turno. Amigos del fuerte, adversarios del débil, ésa es su historia.»

A propósito del futuro económico y político de su patria, Vallenilla Lanz dice, con agudeza, proponiendo fórmulas originales por encima de los rutinarios y estereotipados sistemas de dictadura o democracia al uso: «En Venezuela, debido a una economía suigéneris, podría llevarse a cabo un ensayo interesante. De hecho existe un capitalismo de Estado, como en la Unión Soviética. La riqueza privada es insignificante, y nada se opone a que convivan propiedad y colectivismo.» En definitiva: testigo de excepción de muchos de los acontecimientos más importantes de su tiempo, Vallenilla Lanz, al redactar sus memorias está haciendo historia en una triple dimensión autobiográfica, narrativa y crítica.

En los primeros capítulos de *Escrito de memoria* predomina, con la remembranza de los años de niñez y primera juventud del autor, la sensibilidad y el excelente estilo literario del buen escritor que Vallenilla es. Resultan francamente bellas las páginas en que se relata la hermosa afectividad y familiaridad provincianas de la Caracas del primer cuarto de siglo, con los viejos soldados de las guerras emancipadoras en amigable diálogo con los muchachos que entonces empiezan a vivir. Son los tiempos inmediatamente anteriores al comienzo de la fiebre del «oro negro», cuando no han arribado todavía al país los geólogos con casco de explorador, y las airosas palmeras y los frondosos samanes no conocen aún la presencia de ese competidor de los aires que es la torre de acero. Es la hora —tan añorada por muchos hoy— de las Caracas dulce y plácida, muy francesa de lujos y de dandismo, pero rabiosamente española de provinciana, que pusiera el gran Guzmán Blanco en trayectoria y sendas de paraíso. La Caracas del *mango* —«un patio o una huerta con todo el velamen de sus *mangos* desplegado al aire, y la dulzura de tenderse a la sombra a no hacer nada»—, como ha escrito tan bellamente Arturo Uslar Pietri.

Luego dominará ya la dinámica: la acción personal o colectiva, el viaje, las obras transformadoras del país, la tarea económica profesional, el arduo y agotador quehacer político... La existencia del hombre, la andadura, sin parada posible, de la patria. Casi medio siglo de vida venezolana en quinientas páginas de amplio formato y con un estilo excelente de narrador que sabe desarrollar adecuadamente, de forma magistral en muchos momentos, las más diversas situaciones y peripecias. En resumen: una obra bella, plena de interés, literaria, histórica y políticamente importante, sobre todo para venezolanos y demás lectores de Hispanoamérica.—José Luis Acquaroni.

José Manuel Caballero Bonald: *Dos días de setiembre.* Seix-Barral. Barcelona, 1962.

Esta novela es un alegato. Un alegato cuya fuerza de persuasión está necesariamente condicionada a la situación compleja y difícil del escritor social español. Es también en nombre de esta dificultad que se ha elegido una técnica objetivista. Pero ahora conviene distinguir entre un objetivismo absoluto (o con aspiración a tal, pues probablemente esa intensidad de ajeneidad no existe), en el que la mirada jamás interpreta la posible sensación que un objeto o un hecho puede en ella depositar, esto es, el objetivismo cuya arma roma es una mirada para la que todo

lo visto es homogéneo e impersonal, desprovisto de la menor persuasión que pudiera detener el gratuito viaje de esa mirada por las cosas, y un objetivismo cauteloso, cuya arma —la mirada— ya comienza a tener un filo, es decir, ya no se disuelve en un recorrido por objetos y personas, sino que se detiene de cuando en cuando sobre algo, un ser, una conversación, un estado físico, un accidente, una descripción, y, al detenerse, merced a esa simple ruptura de la gratuidad que es el objetivismo con aspiración absoluta —el cual conserva una velocidad unitaria—, invita al lector a detenerse también en esa pausa. De cuáles sean las situaciones en que el autor haya decidido detener al lector para que éste asimile, con la lentitud que se le impone, el concepto de lo que se le está mostrando, y de cuál sea la dimensión de esa pausa, depende la eficacia social del libro.

El personaje principal no podía ser otro que el ambiente. Un «héroe» hubiera desviado la atención del lector hacia particularidades personales de ese «héroe», que le harían desatender esa necesidad que el autor tiene de que su lector absorba en su mirada la totalidad de un paisaje social (1). Por consiguiente, dentro de ese paisaje social deben existir seres heterogéneos, diferentes conceptos del mundo, a fin de que el encuentro entre esos conceptos, y la confusión de ese encuentro, haga brotar en el lector la necesidad de un concepto propio. Si decimos que con este procedimiento se deja en absoluta libertad al lector es que no hemos leído la novela como ésta exige ser leída: precisamente esas pausas que la mirada del autor realiza —ese sujetar al lector ante una descripción «elegida»— están encaminadas a que la libertad del lector no nazca de la confusión o de la gratuidad, sino de la elección, única plataforma de libertad consciente. En definitiva, el autor tiene sus ideas sociales y quiere comunicarlas. Este propósito es el que, de una vez por todas, le prohibe un objetivismo totalitario, susceptible de transformarse en pura estética. Por la misma razón, por ese propósito moral, su técnica debía ampararse en un objetivismo cauteloso: algo capaz de lograr que el lector se sienta libre, pero libre ante situaciones que le son mostradas, es decir, libre, pero obligado a interpretar la novela que acaba de recorrer. La interpretación del lector dará fe de si el propósito del libro ha sido cumplido. Veamos ahora nuestra interpretación.

---

(1) Sin duda, una novela con «héroe» puede también incluirse dentro de una corriente de literatura realista. Incluso es posible que el procedimiento, por su propia naturaleza, alcance una mayor intensidad social. Pero su peligro puede ser la unilateralidad. Ahora no podemos sino apuntar esta interesante cuestión, que una vez desapasionadamente estudiada nos llevaría, probablemente, a dos conclusiones fundamentales: la cuantía de honradez y la cuantía de talento de un autor en cualquiera de los dos casos.

Como ya hemos dicho, el personaje de este libro es el ambiente. Se trata de una ciudad vinícola española durante dos de los días de la vendimia. Aparecen —en nombre de esa heterogeneidad necesaria para un libro social de este género— algunos de los dueños de grandes extensiones de viñedo; aparecen varios tipos de obreros de la vendimia; el capataz alcoholizado y despersonalizado por una servidumbre que procede tanto del todopoderoso montaje social —la relación amo-criado— como de esa alcoholización progresiva; el desocupado que vive unas veces del «cante», otra de unos jornales esporádicos, otras de alguna mercancía adquirida al fiado; el tendero sin conciencia de clase que especula con un dinero que le ha sido entregado por un poderoso para organizar una comida de caridad a los mendigos de la ciudad; la mujer áspera y estoica —que tanto se da en algunas zonas de nuestro país—, compañera de un hombre a quien la dureza del ambiente prohibe encontrar una forma de vida suficiente; la «niña» que comienza a bailar y se prepara a ganar la «fama» («la fama», para muchos de estos productos sociales, no es sino la nostalgia de una mesa repleta, un lecho blando y una posibilidad de arrogancia a la que aspira con la necesidad de una desdicha secular); el pequeño-burgués que se ha separado, casi insensiblemente y por causas, en general, ajenas a una sociología directa, de la propuesta de egoísmo que la burguesía quiso inocularle, y que, no obstante, por lo tardío y confuso de esta separación, no ha logrado ingresar en otro estado mental opuesto y claro, sino que ha ido viendo cómo su vida se dividía entre la sumisión y el asco, contradicción que él resolverá con una conducta cargada de un sarcasmo gratuito, que no puede proporcionarle más que aburrimiento y deseo de no poder pensar; aparece también el obrero joven que ha comenzado a ver claro y a perfilar su personal oposición y que, ya desde esta plataforma de libertad, se niega a ocupar un puesto en el engranaje del negocio de un poderoso, en el que su padre ha alcanzado la enajenación de la indiferencia. Hay, en fin, más tipos. Los señalados bastan para dar idea de esa heterogeneidad que habrá de ser el punto de partida de la aspiración social del libro. Ahora, presentados los tipos, el propósito de la novela se cumplirá por medio de las reacciones con que éstos actúen o se inhiban. Así, los sorprendemos en algunos de sus momentos más representativos. El poderoso, mandando organizar a un tendero, que ya en otras ocasiones le ha servido animado por el dinero «que se pierde», una comida dominical a los mendigos; viajando en su coche de tiro hacia una de sus fincas; ordenando que le sirvan este determinado alimento, aquella marca de vino; haciendo callar a uno de sus obreros; charlando en el casino con un amigo y jurando vengarse de un tercero que, merced a una ligera elevación del

sueldo-jornada, le ha robado brazos que le eran necesarios para acarrear a tiempo la uva de sus propiedades; enviando a un servidor con un sobre dirigido a la madre de la muchacha que desea; celebrando el principio del acarreo con una fiesta flamenca durante la cual se ofende con uno de los «cantaores» porque éste —enfermo del estómago— no puede ni beber ni cantar. Sorprendemos a ese «cantaor» tratando de robar uva para venderla y sobrevivir unos días, corriendo ante las detonaciones del arma de sal del guardia de la viña, maldiciendo, emborrachándose con el estómago vacío y buscando pelea con el primer rostro que encuentra en la taberna, desplomándose agotado en el lecho junto al cuerpo de su mujer, la cual calla con un silencio poblado de recriminación y resistencia. Sorprendemos al pequeño-burgués emborrachándose en una fiesta en la bodega, recitando frases cultas que aquí suenan estúpidas, bailando sobre la uva del lagar y componiendo, en suma, una figura grotesca, a la cual no es ajeno, sino que insiste y se aplica en redondearla por no sabe qué sentimiento de culpabilidad; lo vemos recordando su infancia, burlándose de amigos poderosos en el casino, aspirando a que su capacidad de pensamiento se disuelva en el sueño.

En fin, se trataba de un doble viaje: en principio, merced a la presentación de unos tipos, ir configurando un ambiente; por otro lado, merced a la forma en que estos tipos han sido presentados, conseguir que el lector advierta ese ambiente en toda su crudeza y su desorden y, una vez adjetivado ya el ambiente, regrese hacia los tipos que lo componen y los analice uno por uno: a partir de ese análisis habrá de elegir una actitud; en el libro se le ofrecen varias, acompañadas de algunas de sus consecuencias lógicas. A la vista de tales consecuencias, la elección puede ir eliminando las inconvenientes. Vemos, por tanto, que no se trata de un objetivismo exhaustivo, como ya dijimos, sino de un procedimiento por medio del cual se autoriza la mirada —en lo que cabe desapasionada— del lector y, después, se la va obligando a transformarse en conciencia. Imaginamos la plataforma real, digamos vivencial —esto es, no exclusivamente literaria— de tal procedimiento técnico: el autor ha estado presente, por ejemplo, en esa fiesta flamenca; y ha visto la lividez de ese «cantaor» enfermo y la cólera de ese amo congestionado; ha registrado mentalmente la escena; durante su transcurso, él no ha actuado (en la lectura del libro vemos que nadie actúa) en la defensa del humillado. El desamparo de ese personaje queda, así, puro, aislado, afirmándose a sí mismo. Es ese desamparo en su situación original lo que se entregará a la consideración del lector. Es ante ese desamparo no defendido ante el cual el lector habrá de tomar posición. También ante la cólera del amo. También ante el si-

lencio —la aceptación— del resto de los participantes de la fiesta. El objetivismo se convierte así —previa selección del hecho presentado, y ésta es ya la particularidad que hace social el objetivismo— en una pregunta testaruda puesta ante la conciencia del lector. La testarudez de esa pregunta es una testarudez moral. El lector habrá de responder moralmente. Y su respuesta será testaruda. O bien, elegirá no responder. Pero en ese caso, la lectura del libro ya le ha proporcionado varios espejos en las entidades que no responden, en los cuales forzosamente tendrá que reconocerse, con la molestia de ser visto por sí mismo y no gustarse y, al no gustarse, tener que buscar o crear una nueva elección, aunque sea, de nuevo, la de no elegir, probablemente la más molesta de todas. Es esta múltiple y obstinada molestia la que hace de *Dos días de setiembre* un libro actual.—FÉLIX GRANDE.

*Código civil del Perú, con estudio preliminar de don José León Barandiarán, profesor de Derecho de la Universidad de San Marcos y de la Universidad Católica del Perú.* Instituto de Cultura Hispánica. Madrid, 1962.

El Código civil peruano actualmente reinante fué promulgado el 30 de agosto de 1936 y entró en vigor el 14 de noviembre del mismo año, al disponer su artículo final que comenzaría a regir a los setenta y cinco días de su promulgación.

Dicho cuerpo legal es obra de una comisión integrada por los señores Calle, Olaechea, Valdizán, Oliveira y Solf, estos dos últimos catedráticos de la prestigiosa Universidad de San Marcos de Lima.

Este Código significó el fin de su predecesor, el de 1852, del cual le separan profundas diferencias, pues mientras el Código peruano de 1852 es un Código que, respondiendo a las orientaciones propias de su época, se integra plenamente en la línea clásica napoleónica, por el el contrario, el hoy vigente, sin una ruptura total con el modelo francés, se identifica a su vez con los Códigos más progresistas al inspirarse preponderantemente en el B. G. B. alemán, en el suizo, y dentro de esta misma línea, en el Código brasileño, como fuente más directa y cercana para los redactores peruanos.

El Código del Perú de 1936, que a continuación describiremos, consta de un título preliminar y cinco libros, con un total de 1.835 artículos.

El título preliminar está compuesto de veinticinco artículos rela-

tivos a la ley en general, a su aplicación y a las reglas de Derecho internacional privado.

En los artículos referentes a la ley y su aplicación, los redactores peruanos expresamente han dejado sentados, entre otros, los siguientes principios básicos:

Que la ley no se deroga sino por otra ley, habiéndose suprimido en este punto la inútil referencia que en el anteproyecto se hacía a la costumbre y al desuso como causas impotentes para derogar aquélla.

Que la ley no ampara el abuso de derecho y que no se puede pactar contra las leyes que interesan al orden público o a las buenas costumbres.

Con relación ya al problema concreto de la aplicación de la ley, se enuncia en el Código el principio de que, en caso de incompatibilidad entre una disposición constitutiva y una legal, se prefiere la primera, pudiendo, por tanto, los jueces, planteada la incompatibilidad de que se trate, declarar la inconstitucionalidad de la ley en cuestión.

Se señala también para los jueces, como administradores de justicia que son, la obligatoriedad que tienen de fallar, debiendo aplicar en defecto de ley los principios del derecho. Como obligación aneja les corresponde también dar cuenta a la Corte Suprema de los vacíos o defectos de la legislación en el punto concreto. Por su parte, la Corte Suprema deberá comunicar tal deficiencia al Congreso para que éste enmiende la laguna.

Por lo que se refiere a las reglas de Derecho internacional privado, integrantes de este mismo título preliminar, el Código peruano preceptúa que el estado y la capacidad de las personas se rigen por la ley del domicilio. Las mismas leyes regularán los derechos de familia y las relaciones personales de los cónyuges, así como el régimen de los bienes de éstos. En cuanto a los bienes, debe regir, tanto para los muebles como para los inmuebles, el principio de la territorialidad, principio este admitido con unanimidad por la doctrina y el derecho positivo universal como algo inherente a la idea de la soberanía de los pueblos. Finalmente, como es natural, la naturaleza y efectos de la obligación quedarán enmarcados por la ley del lugar donde aquélla fué contraída.

Pasando ya al examen del libro primero del Código peruano vigente, comencemos diciendo que está dedicado al Derecho de las personas y que comprende tres secciones referidas respectivamente a las personas naturales, a los registros del estado civil y a las personas jurídicas.

Entre el articulado consagrado a las personas naturales es interesante destacar la igualdad entre varones y mujeres sancionada en el artículo 5, salvando las restricciones establecidas respecto de las mujeres

casadas, Este Código de 1936, por los años en que fué redactado, no podía ignorar la tendencia contemporánea, ya perceptible entonces en el Perú, de ampliar los derechos de la mujer, si bien acordando siempre, como decimos, la incapacidad relativa de la casada en pro de la unidad de dirección de la sociedad formada con la unión de los esposos.

También es de destacar en esta sección la existencia de un título consagrado a la protección del nombre.

En cuanto a los registros del estado civil, dicha materia ha estado en parte posteriormente alterada por ley de 7 de julio de 1937, afectada ésta asimismo por la reciente de 5 de febrero de 1962.

En la sección de las personas jurídicas han introducido los legisladores peruanos tres tipos de aquéllas: las asociaciones, las fundaciones y las llamadas comunidades de indígenas.

Es curioso observar cómo el Código peruano no ha ignorado estas agrupaciones típicas del país, cuyo carácter de personas jurídicas en realidad parece claro, pues la Constitución reconoce la existencia legal de las mismas. Tales agrupaciones, al decir del profesor León Barandiarán, no son más que «peculiares agrupaciones de gentes unidas a una propiedad rural común que es trabajada en condominio» y cuyo origen histórico se remonta al sistema colonial español que en la Recopilación de Indias había dispuesto que «los indios fuesen reducidos a pueblos y no viviesen divididos y separados por las sierras y los montes», disponiendo además que en cada pueblo hubiese un alcalde indio (o dos, según la densidad de aquéllos) de la misma comunidad.

El libro segundo es el consagrado al Derecho de familia, y en él, a lo largo de sus siete secciones, se disciplina el matrimonio, su régimen de bienes, el divorcio, las relaciones de parentesco y el consejo de familia.

Al hablar de los impedimentos el nuevo Código peruano en su artículo 82 señala como principio general que no pueden contraer matrimonio «los varones menores de edad y las mujeres menores de dieciocho años cumplidos». Sin embargo, los legisladores peruanos han previsto acertadamente que el juez, por motivos graves, podrá dispensar del requisito de la edad, siempre que el varón tenga dieciséis años cumplidos y la mujer catorce, necesitando en todo caso los menores de edad, para contraer matrimonio, el consentimiento expreso de sus padres o ascendientes más próximos.

Vemos cómo en este punto el Código peruano considera inadmisible la doctrina canónica. Sus redactores han pensado sin duda que, en principio y como norma general, no se concibe que tengan derecho a fundar una familia personas a quienes la ley niega aún la plenitud

de la capacidad civil, considerando que no son todavía aptos para ejercer aquélla.

Con ello el Código del Perú se mantiene dentro de la línea germánica, cuyos Códigos se decidieron al respecto por la mayoría de edad, venciendo así los escrúpulos de los eminentes jurisconsultos franceses de la época napoleónica, quienes, como es sabido, se limitaron a adoptar en este punto una solución intermedia en el Código de Napoleón, a pesar de haber éste afirmado en el seno del Consejo de Estado, cuando se discutía el correspondiente artículo 144 de su Código, que «el sistema más sabio sería tal vez no autorizar el matrimonio sino a los veintiún años para los hombres y a los quince para las mujeres». Sin embargo, hemos de esperar a la promulgación del B. G. B. alemán para ver hecha realidad esta prudente consideración.

Si en lo relativo a la edad para contraer matrimonio el Código peruano rechaza la fórmula canónica, en cambio, dentro de este mismo libro se da cabida a una institución típicamente canónica, como es el matrimonio contraído por apoderado. Institución cuya conveniencia ha sido fuertemente discutida por la doctrina, pero que ha arraigado en el Código peruano sin duda por ser una figura muy difundida en todo el mundo iberoamericano.

A juzgar por lo sancionado en el Código, en el matrimonio peruano no hay duda de que el marido se erige en dirigente de la sociedad conyugal, pero señalándose expresamente que la mujer no está obligada a aceptar las decisiones del marido cuando éstas constituyan un abuso de su derecho, pudiendo además la mujer representar a la sociedad conyugal en «las necesidades ordinarias del hogar».

En cuanto al régimen de los bienes del matrimonio, el Código distingue entre bienes comunes y bienes propios de cada cónyuge. El marido es el administrador de los primeros y puede disponer de ellos a título oneroso. Dentro de los bienes de la mujer se distinguen los parafernales, los dotales y los reservados. Dado que en el Código peruano no se aceptan las capitulaciones, deben los cónyuges someterse necesariamente a la disciplina prevista en aquél.

La sección tercera de este mismo libro segundo está dedicada al divorcio, señalándose en el primer artículo de dicha sección las causas del mismo; son éstas numerosas y admitidas con carácter amplio, pues llegan a sumar un total de diez, entre las que se incluye el mutuo disenso.

El libro tercero se desarrolla bajo el epígrafe «Del derecho de sucesión». Este título vino a rectificar acertadamente al «Del modo de adquirir el dominio por herencia» con que se iniciaba esta parcela en el antiguo Código de 1852. Y decimos que la sustitución ha sido cer-

tera porque, de un lado, los legisladores peruanos, en varias de las primeras disposiciones de este libro, contemplan la sucesión mortis causa en su aspecto inicial de negocio transmisivo y, de otra parte, hablando con cierto rigor, no es la mismo «sucesión» que «herencia», ya que mientras la sucesión equivale a una transmisión, la herencia es precisamente el conjunto de bienes, derechos y obligaciones objeto de la transmisión misma.

Los redactores incas, tras separar la sucesión testamentaria y la sucesión legal, se ocupan, naturalmente dentro de la primera, de los testamentos y sus solemnidades, de las legítimas y de la porción de libre disposición, de la sustitucі5n, de las mejoras, de la desheredación y de los legados.

Nos parece que es éste uno de los libros del Código peruano donde resulta aún palpable la influencia del Código francés y, en consecuencia, del mismo Código español, poniéndose de manifiesto que aun en los Códigos hispanoamericanos más recientes (orientados en general hacia el B. G. B. y los que en él se inspiran) se conserva en cierta medida la huella tradicional de los Códigos napoleónicos. Pero sobre este punto tendremos ocasión de insistir al final de estas líneas.

El libro cuarto es el dedicado a los derechos reales. En efecto, en este libro quedan incluídas la posesión, la propiedad, el usufructo, el uso, la habitación, las servidumbres y los derechos de garantía, en donde los legisladores peruanos han incrustado, junto a los típicos derechos de garantía, el derecho de retención. Calificación que originará interesantes consecuencias a efectos del ejercicio de las acciones posesorias, así como también al serle aplicables las reglas sobre el Registro cuando la retención recaiga sobre inmuebles.

La primera sección de este libro comprende dos títulos. En el primero se distingue entre bienes inmuebles y muebles, enumerándose unos y otros en los artículos 812 y 819. En el segundo título los redactores del Código han separado bienes de los particulares y bienes del Estado. Son bienes de propiedad privada, según el Código, «los de los particulares que tienen título reconocido por la ley», quedando descritos en el artículo 822 los bienes del Estado.

Dentro de este mismo libro, en la regulación de la posesión, se ve de modo claro, como muy bien hace notar el profesor León Barandiarán, cómo al redactar tales preceptos la comisión acogió la postura de Ihering frente a la de Savigny en la conocida polémica sobre si es el «corpus» o el «animus» el elemento cualificador y decisivo de la posesión. El Código peruano acoge decididamente la teoría objetiva disponiendo en su artículo 824 que «es poseedor el que ejerce de hecho los poderes inherentes a la propiedad o uno o más de ellos».

Tras la posesión, aparece en el Código la propiedad. Tal como aparece configurado en sus preceptos este derecho, parece claro que durante los trabajos de los redactores peruanos debió gravitar ya sobre ellos el «sentido social de la propiedad», quedando bastante circunscrito en esta materia el campo de acción de la libertad contractual. Así, cuando en el primero de los artículos sobre aquel derecho se expresan las principales facultades que ostenta el propietario, el legislador enmarca loablemente tales atributos dentro de los preceptos o límites establecidos por la ley.

Termina este interesante libro cuarto ocupándose de los registros públicos, comprendiendo el de la propiedad inmuebles (régimen de mera transcripción que no lleva en sí misma una verdadera sustantividad o calificación jurídica); el de las personas jurídicas (con tres libros: de sociedades civiles, de asociaciones y de fundaciones), el de testamentos, el de mandatos y el registro personal (para la inscripción de resoluciones judiciales que modifiquen el status de la persona). El artículo 1.036 enumera además los registros mercantil, de buques y de prenda agrícola, pero los dos primeros se rigen por el Código de Comercio, y el de prenda agrícola, por las leyes especiales sobre la materia.

El libro quinto, último del Código que comentamos, se ocupa del derecho de obligaciones y se subdivide en seis secciones que forman, con considerable diferencia, el libro más extenso del Código del Perú.

La primera sección encabezada por la denominación de los actos jurídicos hace referencia en realidad al negocio jurídico. Destaquemos que, a tenor de lo expuesto aquí, los juristas peruanos no consideran la causa como elemento esencial en la formación de aquél, manteniéndose en este punto al lado de los Códigos de hechura germánica que, como sabemos, mantienen al respecto una posición anticausalista.

En el Código peruano se manifiesta una nueva ruptura con la tesis tradicional y consiguiente asimilación del B. G. B. alemán, cuando al hablar de las fuentes de las obligaciones los redactores peruanos, rechazando la clasificación justiniana, afirman que aquéllas sólo son dos: la voluntad y la ley («el acto jurídico o contrato y la ley», dice el Código alemán en su precepto correlativo).

En este mismo libro se hacen patentes otras varias concordancias con los Códigos de línea germánica, a saber:

Las obligaciones naturales no aparecen como una modalidad de las obligaciones propiamente jurídicas por ser consideradas como obligaciones equiparables al simple deber moral de conciencia afectado de contenido patrimonial.

La compensación, en el Código inca, es siempre legal, con lo cual

se mantiene la abolición de la compensación por ministerio de la ley. Dentro de esta misma sección del libro quinto, es curioso observar cómo la transacción queda regulada en el Código peruano como un modo de extinción de las obligaciones (obligaciones dudosas o litigiosas).

Destaca también que la comisión peruana ha introducido entre las disposiciones generales de los contratos, al estudiar el valor de la oferta, la interesante problemática de los contratos celebrados entre ausentes y por medio de teléfono, inclinándose por la teoría de la expedición de la aceptación como momento de perfección de aquéllos y disponiendo, respecto a los concluídos telefónicamente, que éstos deben ser considerados como hechos entre presentes.

Nueva identidad con el B. G. B. alemán cuando, al regular la estipulación en favor de tercero, el Código del Perú no prevé el consentimiento o aceptación del tercer beneficiario.

La sección quinta del libro que nos ocupa desarrolla los contratos en particular. Los legisladores de 1936 han suprimido algunas de las figuras que estaban aquí reguladas en el antiguo Código de 1852. Quedaron suprimidos por anacrónicos los censos y la enfiteusis; por su eminente carácter mercantil, los seguros, y pasaron, como ya hemos apreciado, a otros lugares del Código varias figuras que en el precedente estaban incluídas en este apartado. Así, la hipoteca, la prenda (hoy en el libro de los derechos reales) y la transacción (actualmente entre los modos de extinguir la obligación). Creemos que también es de destacar la inserción en esta sección referida a los contratos en particular de la donación, considerada verdadero contrato unilateral cuando es puramente gratuita y bilateral cuando impone al donatario el cumplimiento de obligaciones o cargas.

Finalmente, se reglamentan en el Código dos nuevas figuras: los títulos al portador y la promesa de recompensa. Ambas aparecen ubicadas bajo el epígrafe de «obligaciones provenientes de la voluntad unilateral». Acertada medida del Código peruano la de no ignorar la fuerza vinculante de la voluntad unilateral, dado que en los años en que este cuerpo legal fué confeccionado, tal cuestión era doctrina generalmente admitida. En lo que se refiere a la promesa de recompensa, el Código del Perú en realidad sigue plenamente las directrices del B. G. B. En cambio, en las disposiciones relativas a los títulos al portador, en contra de lo dispuesto en Derecho alemán, no se considera necesaria la autorización del Estado para que se puedan emitir títulos al portador, restringiéndose este principio de libertad en cuanto se refieran a títulos al portador con garantía hipotecaria.

La edición del Código del Perú que aquí comentamos queda com-

pletada con la inclusión de los vigentes Reglamentos para la Organización y Funcionamiento de los Registros del estado civil, y el relativo a las Inscripciones de los diversos Registros públicos.

Creemos que con los comentarios intercalados a lo largo de la descripción del Código peruano ha quedado éste suficientemente comentado. Insistimos, sin embargo, en el hecho de que el primer cuerpo legal del Perú debe ser incluído entre los Códigos progresistas que siguen fundamentalmente al B. G. B. Hemos visto cómo en varias partes del mismo se hace patente la huella del Derecho alemán, con las consiguientes identidades y afinidades con aquellos otros Códigos que también se inspiran en aquél, como son sobre todo el brasileño de 1916 y la legislación suiza contenida en el Código civil y Federal de las Obligaciones. Estas son, probablemente, las principales fuentes del Código peruano.

Sin embargo, hemos podido apreciar igualmente que el grupo de Códigos que responden a la línea tradicional han tenido también su impacto sobre el Código peruano. Véase, si no, la influencia napoleónica en el campo de sucesiones o la identidad con el Código español en materia de esponsales o, dentro de las obligaciones, en los preceptos propios de la teoría general del contrato que el Código peruano desarrolla bajo el epígrafe «De los actos jurídicos».

No debe hablarse, pues, de ruptura con los Códigos y doctrina tradicionales, sino simplemente de pérdida de ascendiente de aquéllos, junto con una correlativa y considerable influencia del B. G. B. alemán.

Hemos de tener en cuenta la época en que el Código peruano fué redactado (1936), pues esto ayudará a comprender su esquema. Código, por tanto, que figura entre los más modernos y recientes, dando acogida en su articulado a novísimas figuras (como los contratos de radiodifusión, representación teatral y adaptación cinematográfica) que lo acreditan como un Código auténticamente vanguardista.—RAMÓN LÓPEZ VILAS.

AUGUSTE DETOEUF: *Opiniones de O. L. Barenton*. Editorial Francisco Casanovas. Traducción de Jaime Vicens Carrió. Barcelona, 1961. 212 páginas.

Vieja tradición europea, el libro de humor satírico, intencionado, exponiendo pareceres, a veces incisivos, abriendo en ocasiones paso a un sombrío gracejo, se ha aposentado desde Francia, que es quizá su país de origen, en las dos orillas del Océano, tierno y delicado en ese

poeta que fué el norteamericano James Thurber, disolvente y anarquista, en otro ya desaparecido Ambrose Bierce, autor de un *Diccionario del Diablo,* que ha abierto numerosas posibilidades a la literatura de nuestro tiempo.

De los escritores norteamericanos y de los europeos tiene eco e influencia el libro de Auguste Detoeuf *Opiniones de O. L. Barenton,* que al lector ocasional puede parecerle algo semejante a un conjunto de bromas y ligerezas comunes útiles para ser empleadas en una reunión de industriales; pero, en realidad, la obra es mucho más, es una sátira de la sociedad en la que todo se compra y se vende, en la que todos los valores tienen una función y una consideración económica, en la que la cultura se va convirtiendo, cada vez más, en el parcial telón de fondo sobre el que despliega su magia de mecanismos y multitudes una organización industrial en pleno desarrollo.

El libro se inicia con una semblanza del autor en la que nos habla de su inteligencia, de su acceso a los grandes Consejos de Administración franceses, de su enorme cultura, de su preparación politécnica y de su actitud, un tanto bohemia, en una época y en un ambiente escasamente vocado a estos métodos. A juzgar por la semblanza que firma Pierre Brison, una biografía más completa de Detoeuf sería del máximo interés y tendría muchísima aceptación por todos aquellos a los que, sin duda alguna, atraerá su obra.

En la parte más extensa de la obra se nos presenta la falsa biografía del supuesto señor Barenton, que es, en sí, una trepidante sátira de los modernos procedimientos de organización industrial y que, en una serie de pinceladas geniales, nos cuenta cómo Oscar Barenton se capacitó en la Escuela Politécnica, hizo sus primeras armas industriales al lado de su suegro, fabricante de ballenas para los historiados corsés de la *belle époque,* y culminó su carrera cuando ya no se estilaban dichos accesorios, creando un inmenso negocio de helados que sus hijos a su muerte derrumbaron, quedando como único resultado de su paso por la tierra «la afición a los helados por parte de los franceses».

Después de esta historia falsa, incisiva y acertada, se recoge el supuesto pensamiento de Barenton en una serie de apartados relativos a: «El dinero», «Un poco de Economía Política», «El hombre y las opiniones», «Leyes generales descubiertas oyendo hablar a los industriales», «Características de los industriales según sus nacionalidades», «Psicología para industriales», «Consejos de Administración», «La competencia», «Técnicos y obreros», «Cómo se hace un ingeniero», «Contabilidad y Estadística», «Publicidad», «El Jefe» y «La Dirección de una Empresa», hasta llegar a una observación general y definitiva que constituye la conclusión de toda la obra y que dice así: *Un verdadero*

*hombre de negocios no pierde su tiempo escribiendo pensamientos sobre los negocios.*

En esta pirueta se cifra quizá todo el libro, broma un poco amarga en la que el autor, lo suficientemente práctico para ser oído en los medios industriales de su país, pero no lo suficientemente materialista para entregarse en vida e intenciones a los ideales de la sociedad industrial, se burla de su propio trabajo, de la grandiosa sátira que, prácticamente, no deja fuera ni a aspectos que él conoce, y en cierto modo se ríe de sí mismo, reconociendo la futilidad y el carácter episódico de su propósito de escribir un libro, derrochando en él talento y sensibilidad que no va a tener ningún efecto ni reformador ni consejero sobre sus lectores, que burla burlando van a olvidar lo que como burla se les ha ofrecido.

A lo largo de la obra no falta el acento humano, el consejo cierto, el propósito de que el libro en alguna medida sea una ayuda, la fidelidad al propósito de que toda la obra tienda a intentar realizar un mundo mejor, y, entonces, la sinceridad de Detoeuf desborda la satírica gravedad de su falso portavoz Barenton, y en las páginas del libro habla un hombre profundamente preocupado por la dignidad del género humano, que intenta recordar a otros seres humanos, quizá colocados en la cúspide del proceso industrial, que sólo son simples hombres, nada más que eso. Pero otras veces prefiere la broma, la sátira e incluso la pirueta, así, por ejemplo, en las disposiciones para asegurarse un buen entierro, en las que se entresacan estas dos sensacionales afirmaciones: primera, poseer una gran fortuna, los industriales que no la tengan pueden ahorrarse la lectura de lo que sigue...; tercera, tomar las medidas necesarias para que los hijos y yernos gocen de verdadera influencia..., la influencia personal del muerto no juega un papel tan importante como pueda creerse.»

Detoeuf era, sin duda alguna, un hombre tremendamente decidido; algunas de sus frases, participando en esta virtud, alcanzan en ocasiones esta jocosa pero tremenda sinceridad:

«Un idiota rico es un rico; un idiota pobre es un idiota.»

Las opiniones de Barenton llegan a todos los sectores de la vida industrial: al accionista, al Consejo de Administración, a la producción y a las negociaciones; en todas partes deja una sensación de que estamos oyendo hablar a un hombre experto que ha escrito un libro con el ánimo de aconsejar sin que casi se dé cuenta el aconsejado y, otro poco, en busca de divertir a los lectores en un mundo en el que cada vez se publican menos libros con tan honestos propósitos.—RAÚL CHÁVARRI.

RODOLFO BARÓN CASTRO: *José Matías Delgado y el movimiento insurgente de 1811*. Ministerio de Educación, San Salvador, El Salvador, Centro América, 1961.

Rodolfo Barón Castro es una de las figuras más destacadas de la vida literaria y diplomática iberoamericana, que ha desempeñado y desarrolla actualmente una importante labor en diversos organismos internacionales de carácter internacional e iberoamericano, desempeñando cargos de destacada importancia que en su tarea y responsabilidad no le han impedido acreditarse como uno de los escritores más destacados del mundo iberoamericano, principalmente en las materias relacionadas con la educación, la cultura, la historia iberoamericana, el origen histórico de algunas ciudades de Iberoamérica y otros trabajos de tema y desarrollo igualmente importante.

Al convocarse por el Ministerio de Educación salvadoreño un concurso para conmemorar los doscientos cincuenta años de la iniciación de la independencia centroamericana, concurso que se centraba en torno a una biografía del gran humanista José Matías Delgado, y su actuación en la revolución de 1811, Rodolfo Barón Castro no podía estar ausente de este certamen, al que concurrió con el libro que comentamos y que por sus destacados valores obtuvo uno de los primeros premios.

La obra es un análisis a la vez histórico, político y sociológico, en el que se intenta no sólo evocar superficialmente una época, sino reflejar todo un ambiente y reunir en una descripción lo más acertada posible las causas y aspectos que motivaron las transformaciones del orden social existente.

El libro comienza analizando los antecedentes familiares, estudios y primeros años de José Matías Delgado, hasta su nombramiento ganado por oposición para cura vicario de San Salvador en 1797, nombramiento que es seguido a poco más de un año de distancia de una calamidad (el terremoto de 1798), que asolando la ciudad destroza la sede del recién nombrado vicario a poco de su toma de posesión.

Realiza a continuación el autor un detenido estudio de la actitud política característica de San Salvador entre 1798 y 1805, en el que por falta de corregidor se fortaleció la autonomía municipal, creándose una conciencia ciudadana abierta a la idea de independencia. En este período se recoge la influencia de José Matías Delgado en las decisiones más interesantes adoptadas por el municipio y se evidencia cómo va ganando autoridad el presbítero salvadoreño al mismo tiempo que una serie de sucesos que tienen lugar en Méjico y en otros puntos del Continente crean una especie de contagio ideológico que da lugar a la insurrección de San Salvador en 1811.

Esta insurrección, iniciada el 4 de noviembre de dicho año, fué un levantamiento popular fraguado por un grupo de personalidades criollas, que consiguió la primera parte de su objetivo, encaminada a apoderarse del gobierno de la ciudad y de la intendencia, reemplazando en los puestos de mando a los peninsulares por hijos del país, pero que fracasó en la segunda, consistente en arrastrar a las demás localidades de la intendencia y restantes provincias del reino a que se pronunciaran en un sentido semejante.

Los acontecimientos dieron principio en la noche del 4 de noviembre al circular la noticia de que había sido detenido en Guatemala el sacerdote don Manuel Aguilar y de que su hermano don Nicolás sería conducido a la capital del reino para sufrir idéntico destino, poniéndose también en movimiento el rumor de que los españoles pensaban asesinar al cura vicario, doctor José Matías Delgado.

Los disturbios culminaron en el nombramiento, por aclamación popular, de alcalde a don Bernardo Arce, iniciándose así un gobierno independiente que va a durar veintiocho días y que termina con el envío de un intendente nombrado desde Guatemala, José de Aycinena, criollo guatemalteco de gran arraigo en todo el continente. En la labor conciliadora, José Matías Delgado desempeña un importante papel por cuanto ya que el rumor de la conjura para matarle había sido el principal motor de la conspiración contra el poder establecido; era él, por su autoridad y su nombre, el más adecuado para resolver la tensa situación planteada y llegar a un acuerdo definitivo.

En esta tarea de mediador, José Matías Delgado tuvo un papel muy importante, pronunciando el 22 de diciembre de 1811 un famoso sermón, en el que con gran cuidado estableció las bases para una liquidación del conflicto insurgente, haciendo posible la concesión del indulto a los rebeldes y el establecimiento de una convivencia fundada sobre bases más firmes.

La personalidad de Delgado y su intervención en los acontecimientos de 1811 ha sido tradicionalmente objeto de revisión y discusión por parte de los escritores centroamericanos. Por esta razón todo el esfuerzo de Barón Castro, en su obra, se apoya en destacar el sentido nacional de la acción de Delgado en los sucesos de 1811, afirmando al mismo tiempo su personalidad política y su clara perspectiva.

«La lección de los próceres centroamericanos —dice el autor— es, por tanto, de espíritu ciudadano, de hombría de bien, de respeto humano, de entereza, de rectitud en suma, de civilidad. Acaso el haber cabalgado como quijotes prendados de sus concepciones teoréticas, hizo que muchos de ellos salieran volteados por las aspas de los molinos conociendo de sus compatriotas más de alguno la cárcel o el destierro

que sólo esperaron de sus antiguos dominadores. Y por lo que es más triste, la política menuda empequeñeció a muchos de ellos, por lo que más vale mirarlos en su momento grandioso; cuando apostrofan a Bonaparte, celebran a Wellington o Castaños, luchan contra el trono de San Fernando, y Carlos V, escriben a Morelos, admiran a Bolívar, discuten en las Cortes de Cádiz o teorizan en el Congreso de Panamá.»

«Mas lo extraordinario —termina—, lo que les hace merecedores de la gratitud y del respeto de las generaciones posteriores, es que supieron estar a la altura del momento en que vivieron. Y del mismo modo que un insigne peruano se planteó el problema de cómo era el tipo humano del conquistador español; cabrá preguntarse ya por una lejanía de ciento cincuenta años cómo era aquel centroamericano que se nos agranda con la distancia y se nos magnifica con el ejemplo.»

Todo estudio histórico es siempre una tarea de comprensión, y esto es lo que ha definido la labor que a este respecto ha venido realizando en su obra Rodolfo Barón Castro, interpretando los datos, sucesos y documentos cuyo estudio se le ofrecía desde una real comprensión de las personas y sus motivaciones, en un intento de dar realidad y dimensión a los sucesos y las personas objeto de su trabajo. De un lado intentando ver en un pasado todavía no remoto las circunstancias configurativas del presente actual, y de otro, estableciendo a través del conocimiento por parte de las actuales generaciones de estos sucesos y personas un sentido más histórico y una comprensión más profunda de la situación real del hombre iberoamericano en nuestra actual coyuntura.—R. Ch.

## LIBROS RECIBIDOS

MARIANO GRONDONA: Política y gobierno. *Editorial Columba. Buenos Aires, 1962. 62 págs.*

*Breve, coherente y lúcido ensayo sobre esas complicadas esferas de la política y el gobierno, entendidos los conceptos profesionalmente. A nuestro juicio, la dificultad inicial consiste en poder aislar el tema, es decir, someterse al hecho objetivo de que la política es una realidad histórica e insoslayable y tiene, por tanto, sus métodos, su ciencia, sus actitudes y sus exclusiones determinadas. Mariano Grondona escribe concisa y claramente, partiendo de elementalidades («La política es, en esencia, la actividad de quienes procuran obtener el poder, retenerlo o ejercitarlo con vistas a un fin») y desembocando en atinadas*

*definiciones («Para el hombre político las palabras no son instrumentos del conocimiento, caminos para conocer y expresar la verdad, sino armas de lucha»), que van situando este largo proceso desde las aristotélicas distintas formas de gobierno (tiranía, oligarquía, democracia), desde la impureza y limitaciones de tales formas, hasta el* equilibrio de otra forma, evolucionada y que cuenta con la aprobación del autor: la «democracia-oligarquía», *pasando por la concordia, la libertad, la legitimidad políticas, etc. «Sólo hay un tipo de ideas que* vale *en política: las ideas acerca del nivel del tiempo, la percepción del rumbo de la sociedad transeúnte.»*

*Según nota de la editorial, Mariano Grondona nació en 1932 y estudió sociología y política en Madrid, ostentando luego en su país importantes cargos docentes y la Subsecretaría del Interior. Su breviario político ayuda a familiarizarse con la terminología y los esquemas principales que sirven en la actualidad. Lo único que quizá no esté analizado con la suficiente consciencia histórica o, al menos, atendiendo el desamparo económico en que la mayor parte de la gente se halla sumida, es la llamada política de masas.*

José M.ª Díez Alegría: Actitudes cristianas ante los problemas sociales. *Editorial Estela. Barcelona, 1963. 115 págs.*

*Se da aquí el texto de tres conferencias pronunciadas en Barcelona y en otros puntos en abril del 62. Díez Alegría, S. J., es profesor ordinario de Ciencias Sociales en la Pontificia Universidad Gregoriana, de Roma. Las conferencias, acogidas con expectación, pretenden responder a la grave exigencia planteada por el Papa Pío XII en su mensaje de Navidad de 1954, que aludía, entre otras cosas, al materialismo histórico y a la obligada actitud negativa de la Iglesia con respecto a cierta forma de «progresismo cristiano»; en otras palabras: a cierto temor de que los cristianos vean hoy al comunismo como una especie de necesario «momento» evolutivo. Las conferencias de Díez Alegría perfilan la delicada posición de la Iglesia frente a los problemas contemporáneos, delicada en la misma medida en que sea verdaderamente consciente de dichos problemas. Este inteligente religioso sigue y divulga la enseñanza profunda de los Papas en materia social y trascendente. Y nosotros creemos que su lectura es muy útil, especialmente para los propios católicos.*

F. HERNÁNDEZ GIRBAL: José de Salamanca. *Ediciones Lira. Madrid, año 1953. 680 págs. Ilustraciones.*

*El famoso marqués de Salamanca, verdadera águila de empresa de fines del siglo XIX español, creador de monopolios, galán dispendioso, liberal, cuya existencia agitada y densa influyó —en calidad de banquero y ministro y promotor de innúmeros grandes negocios— en los destinos políticos y económicos de la nación, despliega a lo largo de estas páginas noveladas de Girbal su poderosa personalidad, que abarcó desde la carrera jurídica, jugadas importantes de bolsa, empresario de teatro, circo y plazas de toros, monopolizador de la sal, prestatario económico del Gobierno, hasta la construcción de extensas redes ferroviarias. La labor de Hernández Girbal —conocido por una biografía anterior de Gayarre— pone de manifiesto la singular época en que España se sacude la dominación francesa e inicia un período político y empresarial que habría de desembocar en el republicanismo inmediatamente anterior a la guerra civil de 1936.*

NÉLIDA SALVADOR: Revistas argentinas de vanguardia (1920-1930). *Universidad de Buenos Aires. Facultad de Filosofía y Letras. 108 págs.*

*Son curiosos los cánones de la poesía ultraísta, resumidos por Borges en un manifesto de 1921: reducción de la lírica a su elemento primordial: la metáfora; abolición de los trebejos ornamentales, el confesionalismo, la circunstanciación, las prédicas y las nebulosidades rebuscadas, etc. Es curioso que esto nos parezca hoy poco vigente y que en su momento sirviera incluso para ahondar los elementos expresivos e intentar despojarlos de toda hojarasca. Claro que el famoso ultraísmo quiso eliminar tanta hojarasca, que a poco se queda mudo. Las revistas de vanguardia, esos pliegos efímeros y bulliciosos sacados a la luz por grupos de jóvenes inconformistas y con cosas nuevas que decir, vienen a ser —atendidos numerosos errores, de los cuales siempre se pierde la memoria, y que están sustentados las más de las veces por el entusiasmo y la pasión juveniles— elementos representativos de la evolución cultural de una época y de un país. Este sintético libro de la profesora Nélida Salvador nos presenta conceptuadamente una revisión y estudio de las revistas —«Prisma», «Proa», «Inicial», «Martín Fierro», «Claridad», «Nosotros»— que proliferaron en Argentina durante el período en que se diluye el modernismo y se prepara la nueva*

*orientación poética que llega hasta nuestros días, con sus nombres más representativos, entre los que se cuenta como precursor indudable a Leopoldo Lugones.*

ALAIN ROBBE-GRILLET: El año pasado en Marienbad. *Editorial Seix Barral. Barcelona, 1962. 198 págs.*

*He aquí el guión de la famosa película de igual título, dirigida por Resnais. Nos llega precedido por una introducción realmente esclarecedora e ilustrada con fotogramas del film. Es raro en la historia del cine un caso de colaboración y entendimiento tan totales como el que se ha producido entre guionista y director, pues los dos «veían» el film de igual manera, esto es, coincidiendo en los matices, en la estética, en el ritmo, en la entonación y sentido generales. Robbe-Grillet no se ha limitado a facilitar el argumento, sino que ha escrito, a su modo, el guión técnico, con indicaciones de planos, visajes de la cámara, efectos musicales, luces, ruidos, etc. El grande y verdadero mérito de Resnais consiste en haber dado corporeidad, peso, a ese sutil universo de rememoraciones, trasposiciones y fusión, con frecuencia oscura, de pasado y presente. «El año pasado en Marienbad» es la historia de una persuasión: la propia visión del héroe, la propia palabra, llegan a crear una realidad. La lectura del guión es estéril emocionalmente (hay que ver la película), pero el prólogo contiene las premisas radicalmente profundas y originales (referidas al cine, claro está) de un cambio de sensibilidad y otra manera de ver. Discutible o no, a partir de «Marienbad», el arte cinematográfico da un viraje hacia zonas inexploradas plástica y psicológicamente.*

JOSÉ SEOANE: Remedios y supersticiones en la provincia de Las Villas. *Departamento de Investigaciones Folklóricas. Universidad Central de Las Villas. Santa Clara, 1962. 296 págs.*

*Constituído por una paciente y exhaustiva relación de remedios caseros para curar enfermedades, a este libro no se le ve una clara utilidad científica, ya que a veces se consignan verdaderas atrocidades. Tampoco su recopilador, José Seoane, ha pretendido hacer un libro*

*para consulta de enfermos. La intención ha sido —con carácter casi museal y de eternización— oír la voz del pueblo, la de un campesino, la de una vieja, oír cómo ellos estiman que se curan las enfermedades, oír sus supersticiones y, a veces, su gran sabiduría, la acrisolada en el tiempo y en la experiencia. Es una revisión de la farmacopea guajira, de toda la herboristería (el diccionario se ocupa de advertirnos que esta palabra es un galicismo, pero no facilita otra de igual utilidad) de esa prodigiosa isla. El resultado es valioso por razones vernáculas y de espontaneidad. Estamos acostumbrados a la frase cuidada, correcta y respetuosa, y cuando tropezamos con este hablar desgarrado, jalonado de palabrotas, incisivo, brusco y real, nos recorre una vena hilarante y olvidada. Es un verdadero placer —transitorio quizá— leer esta jugosa prosa sin que el concepto literatura, con todos sus rigores de perfección y artificio, se halle presente y mandando.*—T.

*No queremos dejar de reseñar la conferencia «Panorámica de la poesía belga contemporánea», pronunciada recientemente en el Ateneo de Madrid por Sofía Noël. La polifacética, vitalísima y rigurosa personalidad de Sofía Noël es ya conocida y ha sido numerosas veces celebrada en nuestro país. De origen polaco y nacida en Bélgica, reside en España desde hace más de veinte años, tiempo durante el cual su vitalidad y sensibilidad inagotables han estado presentes en las actividades culturales de la nación. En 1951, en la Colección IFACH, de Alicante, publicó su libro «La huida y otros relatos», en nuestro idioma, que, por cierto, maneja con el profundo dominio necesario para una labor de creación. Contando, como hemos apuntado, con una sensibilidad de creadora, y uniendo a estos una formidable capacidad de trabajo y una vasta y organizada cultura, que tiene su asiento en el conocimiento de media docena de lenguas, es comprensible el éxito que Sofía Noël ha alcanzado en la que ha acabado siendo su dedicación favorita: la divulgación cultural. Esta divulgación tiene en ella, fundamentalmente, dos vertientes: la música y la poesía. Alcanzan un gran número su traducciones y artículos entregados a las revistas españolas. Por otra parte, Sofía Noël ha dado una gran cantidad de recitales en los que —sin dejar de interpretar toda clase de piezas que podríamos llamar de música culta— se ha interesado e interesado a su público por la música popular, desde la sudamericana a la española, desde la rusa a la africana, desde un siglo a otro, deteniéndose muy especialmente y con gran fortuna en la divulga-*

*ción de la música sefardí. Sofía Noël, en fin, está presente en la vida cultural española a través de las salas de conciertos, los organismos literarios, las revistas, con una entidad amplia y un entusiasmo siempre asentado sobre la sensibilidad y el rigor.*

*En «Panorámica de la poesía belga contemporánea», la conferencia a que nos referimos, su autora presenta, en un estilo tanto crítico como informativo, a los poetas belgas Emilio Verhaeren, Maurice Mueterlinck, Enri Michaur, Géo Libbrecht, Géo Norge, Albert Ayguesparse, Maurice Carême, Roger Bodart, Jean Mogin y Edmond Vandercammen. Sucediendo a las páginas informativas y críticas que Sofía Noël dedica a cada uno de estos poetas, la autora leyó una selección de poemas de cada uno de ellos, cuya traducción corrió asimismo a cargo de la conferenciante. Posteriormente han comenzado a publicarse en Bruselas («Anthologie de l'Audiothèque». Place Jean Jacobs, 17) unos cuadernos conteniendo cada uno una selección de poemas de los poetas estudiados en la conferencia, y traducidos al español por Sofía Noël. Al escribir esta reseña tenemos a la vista, junto al texto de la conferencia, algunos de los mencionados cuadernos. Dado el corto espacio de que disponemos hemos de renunciar a toda incursión crítica en tales cuadernos, algunos de cuyos autores son ya conocidos y estimados en España, y nos limitaremos a seguir, a grandes pasos, el texto de la conferencia.*

*Sofía Noël sitúa el origen de la poesía belga de expresión francesa, única vertiente poética a que se limita en su estudio —las otras dos poéticas belgas son la flamenca y la walona— en la «Cantilena de Santa Eulalia», «que data de fines del siglo noveno y se atribuye al sureste de la provincia de Hainaut. Atravesada por múltiples corrientes, la literatura belga-francesa es la expresión fiel de la diversidad de alma de este pequeño país al que se ha dado el título de «Balcón de Europa». Señala que ninguno de los escritores belgas se halla exento de influencias extranjeras, «... y esta amplia audiencia la deben al hecho de haber nacido en una tierra barrida tantas veces por invasiones». A causa de estas invasiones, sucedidas durante casi mil años, «hay que esperar al siglo XIX para que el estado nazca y con él se afirme y florezca una literatura decididamente nacional (...), y, sin embargo, imponiéndose, por este mismo hecho, con más vigor en el extranjero». Luego de un rápido análisis sobre Charles de Coster (en quien a pesar de su lenguaje «arcaico, heredado de Marnix y del Balzac de los «Cuentos grotescos», ve un autor profundamente nacional merced a su ubicación al país por medio de «una gracia popular irresistible, un frescor primitivo inaudito») pasa a estudiar la figura, ya mundialmente*

*reconocida, de Emilio Verhaeren, sorprendiéndolo en su juventud, cuando formó parte del grupo «La Jeune Belgique», cuya divisa era «Seamos nosotros mismos»; con humor, con ternura, Sofía Noël informa: «Verhaeren y Eeckhout iban a ser tan «ellos» que abandonarían «La Jeune Belgique», para fundar «El Gallo Rojo»; pasa revista a la evolución de la obra de Verhaeren, desde sus libros «Los flamencos» y «Los monjes» («ahí está todo Flandes, a la vez místico y sensual»), pasando por sus serenos y confiados «Todo Flandes» y la trilogía «Horas claras», «Horas de la tarde» y «Horas de la noche», hasta desembocar en el Verhaeren posterior a la primera gran guerra: «La guerra del 14 descubre al poeta una pasión desconocida: el odio. Escribe entonces páginas admirables, «Las ciudades heridas de Bélgica», «En las cenizas», «Alas rojas de la guerra»... Da conferencias en Inglaterra, Suiza, Francia, para informar del heroísmo y martirio de su patria.»*

*Con idéntica atención analiza cada uno de los poetas citados, deteniéndose, cuando es necesario para su ubicación, en comentarios sobre corrientes literarias de fuerte u ocasional influencia (surrealismo, dadaísmo) y sobre sucesos de importancia internacional. Sus reflexiones críticas son agudas y objetivas; veamos estas líneas sobre Maurice Maeterlinck: «No existe una vida más colmada que la de Maeterlinck. Tuvo todo lo que un hombre puede desear, y esto durante casi un siglo. Y, sin embargo, esta existencia está impregnada de una constante melancolía. Algo esencial parecía faltarle. Puede que Maeterlinck sufriera de un exceso de poderes. Aquel hombre, que todo lo poseía, parecía como cansado por todos los dones. Posiblemente aquella falta estribaba en el hecho de no haber sufrido la falta de algo». O estas otras líneas que encabezan el capítulo dedicado a Norge: «Norge, unido a la materia, la acepta. No es de ningún modo materialista; es material. Vivir —o, sencillamente, ser— le divierte. Por esto resulta tan sabroso todo lo que escribe. A este saber le ha costado su tiempo sazonar; porque Norge no se ha atrevido a ser Norge en seguida... Ha leído, ha escrito. Ha coleccionado estampas, naipes, libros raros, caballitos de loza, perritos de cristal, amigos; ha fundado una revista, ha creado una tertulia, ha vendido paño belga, holandés, inglés..., hasta el día en que se atrevió a escribir cosas absurdas e insolentes, o atrevidas, que ya no se pueden olvidar.»*

*En suma, esta conferencia, seguida de la publicación de los cuadernos citados con la traducción de los poetas que en la misma estudia, han sido una actividad por medio de la cual Sofía Noël ha aproximado a nuestro país la poesía belga contemporánea, de modo inteligente y ordenado.*

MANUEL PINILLOS: Aún queda sol en los veranos. *Publicaciones «La Isla de los ratones». Santander, 1962.*

*En los numerosos libros que Manuel Pinillos ha publicado en los últimos años nos ha venido ofreciendo una poesía con variedad de temas, con atención a más de una situación humana, pero siempre ordenadas bajo la vigilancia de su personalidad y su apasionamiento. Dicho de otro modo, los libros de Pinillos, heterogéneos en su asunto, homogéneos en su realización, han venido configurando lo que es ya una obra compuesta por numerosas peculiaridades. Así, «Débil tronco querido», de tema familiar; «Debajo del cielo», con incursiones a la indignación social, a la llamada del mundo moderno; «En corral ajeno», un violento documento de soledad... Ahora, con «Aún queda sol en los veranos», Pinillos ha escrito un libro de amor al campo, a las criaturas del campo, a los estados del campo, a la vieja, indestructible y nunca embustera serenidad del campo. Esa serenidad está comunicada al libro. Pocas veces Manuel Pinillos ha alcanzado en su poesía un tono coloquial tan puro. Es evidente que este poeta no podía describir el campo de modo objetivo, frío, estético. Más bien, a la vista de este libro, parece como si el poeta viniera al campo con todo un fardo de ciudad, de desorden, de insatisfacción, de pena, de años; y el campo es entonces un abrevadero, un rincón, un poco de sol, un poco de calma y confianza clarificadoras. Nos recuerda las colinas de Pavese. Con el poema «Final» cerramos un libro, en el que hemos visto a un hombre lleno de cariño hacia la tierra, pasando revista a su vida —la vida es fatalmente ciudad— y recordándola con una lejana piedad, entre un rumor de grillos eternos y una visión de viejos árboles y humildes caminos polvorientos.—G.*

# PREMIO «LEOPOLDO PANERO»

## *Convocatoria*

*El Instituto de Cultura Hispánica, en homenaje a la memoria del insigne poeta Leopoldo Panero, crea un premio de poesía anual, dotado con 25.000 pesetas, titulado «Premio Leopoldo Panero del Instituto de Cultura Hispánica», convocando el primero, correspondiente al año 1963, con arreglo a las siguientes*

### BASES

1.ª *Podrán concurrir a este premio poetas de cualquier nacionalidad, siempre que los trabajos que se presenten estén escritos en lengua española.*

2.ª *Los trabajos serán originales e inéditos.*

3.ª *Los trabajos que se presenten tendrán una extensión mínima de 100 folios y máxima de 150 folios.*

4.ª *Los trabajos se presentarán por duplicado, mecanografiados a dos espacios y por una sola cara.*

5.ª *Los trabajos se presentarán llevando un lema en la primera página y se acompañarán de sobre cerrado y lacrado en el que figure el mismo lema, y dentro, el nombre del autor, dos apellidos, nacionalidad, domicilio y «curriculum vitae».*

6.ª *Los trabajos deberán enviarse al jefe del Registro General del Instituto de Cultura Hispánica, avenida de los Reyes Católicos, Ciudad Universitaria, Madrid-3, España, mencionando en el sobre: «Premio Leopoldo Panero del Instituto de Cultura Hispánica».*

7.ª *El plazo de admisión de originales se contará a partir de la publicación de estas bases y terminará a las doce horas del día 1.º de diciembre de 1963.*

8.ª *La dotación del «Premio Leopoldo Panero del Instituto de Cultura Hispánica» es de pesetas veinticinco mil.*

9.ª *El Jurado será nombrado por el ilustrísimo señor Director del Instituto de Cultura Hispánica, de Madrid, actuando como secretario del mismo el Jefe de su Departamento de Publicaciones.*

10.ª *La decisión del Jurado se hará pública mediante la oportuna acta el día 21 de marzo de 1964.*

11.ª *El Instituto de Cultura Hispánica se compromete a publicar el libro premiado en la Colección «La Encina y el Mar» de Ediciones Cultura Hispánica.*

*12.ª La tirada de esta primera edición será de mil ejemplares y su autor percibirá, independientemente del Premio, y en concepto de derechos de autor, el 12 por 100 del precio de venta al público a que resulte cada ejemplar.*

*13.ª La liquidación de los derechos de autor se efectuará a la salida de prensas del primer ejemplar de la edición.*

*14.ª El Instituto de Cultura Hispánica se reserva el derecho de una segunda edición en idénticas condiciones de tirada y derechos de autor de la primera.*

*15.ª El poeta premiado se compromete a citar el Premio otorgado en todas las futuras ediciones y menciones que de la obra se hicieran.*

*16.ª Se entiende que con la presentación de los originales, los señores concursantes aceptan la totalidad de estas bases y el fallo del Jurado.*

*17.ª El plazo para retirar los originales no premiados terminará a las doce horas del día 30 de junio de 1964.*

*Madrid, 28 de enero de 1963.*

## PREMIO «FRANCISCO A. DE ICAZA» DEL INSTITUTO DE CULTURA HISPANICA

*El Instituto de Cultura Hispánica de Madrid, en homenaje a la memoria del insigne Embajador, Historiador y Poeta mexicano Francisco A. de Icaza, instituye en el primer centenario de su nacimiento (1863-1925) un Premio con periodicidad anual, dotado con veinticinco mil pesetas (25.000) y titulado PREMIO «FRANCISCO A. DE ICAZA» DEL INSTITUTO DE CULTURA HISPANICA.*

*Podrán concurrir a este Premio los escritores españoles que presenten trabajos sobre temas culturales de cualquier índole referente a Méjico, publicados en libros, revistas, folletos, periódicos, etc., o bien inéditos.*

*Excepcionalmente, al Premio correspondiente al año 1963 podrán concurrir todos los escritores españoles, hispanoamericanos y filipinos que comenten en algún trabajo específico la ingente obra diplomática, historiográfica y literaria realizada por don Francisco A. de Icaza.*

### BASES

*Las bases para el PREMIO «FRANCISCO A. DE ICAZA» DEL INSTITUTO DE CULTURA HISPANICA correspondientes al año 1963 serán las siguientes:*

1.ª *Podrán concurrir a este Premio todos los escritores españoles, hispanoamericanos y filipinos siempre que los trabajos que se presenten estén escritos en lengua española y comenten o glosen la obra diplomática, historiográfica y literaria realizada por el insigne mexicano don Francisco A. de Icaza.*

2.ª *Las obras serán originales e inéditas.*

3.ª *Los trabajos se presentarán por duplicado, mecanografiados a dos espacios y por una sola cara.*

4.ª *Los originales se presentarán llevando un lema en la primera página y se acompañarán de sobre cerrado y lacrado, en el que figure el mismo lema, y dentro, el nombre del autor, dos apellidos, nacionalidad, domicilio y «curriculum vitae».*

5.ª *Los trabajos deberán enviarse al Jefe del Registro General del Instituto de Cultura Hispánica, avenida de los Reyes Católicos, Ciudad Universitaria, Madrid-3, España, mencionando en el sobre PREMIO «FRANCISCO A. DE ICAZA» DEL INSTITUTO DE CULTURA HISPANICA.*

6.ª *El plazo de admisión de originales se contará a partir de la publicación de estas bases y terminará a las doce horas del día 15 de septiembre de 1964.*

*7.ª La dotación del PREMIO «FRANCISCO A. DE ICAZA» DEL INSTITUTO DE CULTURA HISPANICA es de veinticinco mil pesetas.*

*8.ª El Jurado será nombrado por el Ilmo. Sr. Director del Instituto de Cultura Hispánica de Madrid, actuando como Secretario del mismo el Director de la Cátedra Ramiro de Maeztu del Instituto de Cultura Hispánica.*

*9.ª La decisión del Jurado se hará pública mediante la OPORTUNA ACTA el día 12 de diciembre de 1964, festividad de Nuestra Señora de Guadalupe.*

*10.ª El Instituto de Cultura Hispánica se compromete a publicar el libro premiado.*

*11.ª La tirada de esta primera edición será de mil ejemplares y su autor percibirá, independientemente del Premio, y en concepto de derechos de autor, el 12 por 100 del precio de venta al público a que resulte cada ejemplar.*

*12.ª La liquidación de los derechos de autor se efectuará a la salida de prensa del primer ejemplar de la edición.*

*13.ª El Instituto de Cultura Hispánica se reserva el derecho de una segunda edición en idénticas condiciones de tirada y derechos de autor de la primera.*

*14.ª El autor premiado se compromete a citar el Premio otorgado en todas las futuras ediciones y menciones que de la obra se hicieran.*

*15.ª Se entiende que con la presentación de los originales los señores concursantes aceptan la totalidad de estas bases y el fallo del Jurado.*

*16.ª El plazo para retirar los originales no premiados terminará a las doce del día 30 de marzo de 1965.*

*17.ª Se redactarán nuevas bases para el Premio «Francisco A. de Icaza» correspondiente al año 1964.*

*Madrid, 6 de febrero de 1963.*

# INDICE

ARTE Y PENSAMIENTO



PRIMER CONGRESO DE INSTITUCIONES HISPÁNICAS



BRÚJULA DE ACTUALIDAD

*Sección de Notas:*



*Sección Bibliográfica:*

Páginas



Ilustraciones de la pintora Aguirre.

# CUADERNOS HISPANOAMERICANOS

REVISTA MENSUAL DE CULTURA HISPANICA

Desde 1948 esta Revista viene integrando el mundo hispánico en la cultura de nuestro tiempo • Por su atención a las manifestaciones profundas del sentir, del pensar y del crear hispanoamericano, y por su reflejo claro y español del latido espiritual de Europa, CUADERNOS es y seguirá siendo:

LA REVISTA DE AMERICA PARA EUROPA

LA REVISTA DE EUROPA PARA AMERICA

DIRECCION, SECRETARIA LITERARIA Y ADMINISTRACION

Avenida de los Reyes Católicos

Instituto de Cultura Hispánica

Teléfono 2440600

Dirección... ... ... ... ... ... ... ... Extensión 250

Secretaría... ... ... ... ... ... ... ... — 249

Administración... ... ... ... ... ... — 221

MADRID

PRECIOS DE SUSCRIPCION

| | Pesetas |
|---|---|
| Seis meses... | 125 |
| Un año... | 240 |
| Dos años | 440 |
| Cinco años... | 1.000 |
| Ejemplar suelto... | 25 |

# CUADERNOS HISPANOAMERICANOS

## BOLETIN DE SUSCRIPCION

D. ..............................................................................................

con residencia en ..............................................................................

calle de .............................................................., núm. ..............

se suscribe a la Revista CUADERNOS HISPANOAMERICANOS por el tiempo

de ................................................ a partir del número .............., cuyo

importe de ........................................................ pesetas se compromete

a pagar contra reembolso / a la presentación de recibo (1).

Madrid, ....... de ........................................ de 196.......

*El suscriptor,*

La Revista tendrá que remitirse a las siguientes señas: ..............................

..............................................................................................

(1) Táchese lo que no convenga.

**E. I. S. A. Oñate, 15. MADRID-20**

# REVISTA DE ESTUDIOS POLITICOS

(BIMESTRAL)



SUMARIO DEL NUMERO 129/130

(Mayo-agosto de 1963)

ESTUDIOS Y NOTAS:



MUNDO HISPANICO:



BIBLIOGRAFIA:



PRECIOS DE SUSCRIPCION ANUAL

| | Pesetas |
|---|---|
| España | 175 |
| Portugal, Iberoamérica y Filipinas | 200 |
| Otros países | 225 |
| Número suelto | 45 |

INSTITUTO DE ESTUDIOS POLITICOS, plaza de la Marina Española, 8. MADRID-13 (España)

# REVISTA DE POLITICA INTERNACIONAL

(BIMESTRAL)

DIRECTOR: MANUEL FRAGA IRIBARNE



SUMARIO DEL NUMERO 67

(Mayo-junio de 1963)



PRECIOS DE SUSCRIPCION ANUAL

| | Pesetas |
|---|---|
| España | 160 |
| Portugal, Iberoamérica y Filipinas | 190 |
| Otros países | 210 |
| Número suelto | 45 |

INSTITUTO DE ESTUDIOS POLITICOS, plaza de la Marina Española, 8. MADRID-13 (España)

CUADERNOS
HISPANO-
AMERICANOS

FUNDADOR
*PEDRO LAIN ENTRALGO*

DIRECTOR
*LUIS ROSALES*

SUBDIRECTOR
*JOSE MARIA SOUVIRON*

SECRETARIO
*FERNANDO MURILLO
RUBIERA*

DIRECCION, SECRETARIA LITERARIA
Y ADMINISTRACION

Avenida de los Reyes Católicos,
Instituto de Cultura Hispánica

Teléfono 244 06 00

MADRID

☆

EN EL PROXIMO NUMERO 165
(SEPTIEMBRE DE 1963)

ENTRE OTROS ORIGINALES:

SANTIAGO RIOPÉREZ Y MILÁ: *La España profunda en la generación de 1898.*

JOSÉ HIERRO: *Poemas.*

LAUTARO SILVA: *La venganza de Baucha.*

JUAN LOVELUCK: *Los pasos perdidos: Jasón y el nuevo vellocino.*

BALTASAR ESPINOSA: *Libro de la muerte.*

JAIME PERALTA: *El retorno a Montesinos.*

VÍCTOR FRANKL: *Imperio particular e Imperio personal en las cartas de relación de Hernán Cortés.*

☆

Y las habituales secciones de actualidad y de bibliografía hispanoamericana y europea.

Precio del número 163-164
CINCUENTA PESETAS



EDICIONES
MUNDO
HISPANICO